NIALL FERGUSON

Civilización

Occidente y el resto



Si nos embarcáramos en un viaje alrededor del mundo en 1411, lo más interesante sería ser testigos del desarrollo de las brillantes civilizaciones orientales. La Ciudad Prohibida estaba en plena construcción en el Pekín de los Ming, y en Oriente Próximo los otomanos acechaban Constantinopla. En contraste, Europa occidental se encontraba sumida en guerras constantes y estaba debilitada por plagas, falta de higiene y sistemas políticos que dificultaban su apertura. La idea de que Occidente iba a dominar al resto del mundo durante el siguiente medio milenio hubiera parecido ilusoria en esos momentos. Y sin embargo, ocurrió. ¿Qué tenía la civilización de Europa Occidental que le permitió dominar a los superiores imperios orientales? La respuesta, para Niall Ferguson, estriba en que Occidente logró desarrollar seis poderosas herramientas de las que el resto carecía: competencia, ciencia, democracia, medicina, consumismo y la ética del trabajo. La cuestión es si actualmente Occidente ha perdido su monopolio sobre estas seis cuestiones. Si fuera así, podríamos estar viviendo el fin de la supremacía occidental.



Niall Ferguson

Civilización

Occidente y el resto

ePub r1.0
Titivillus 23.09.16

Título original: *Civilization: the West and the Rest*
Niall Ferguson, 2011
Traducción: Francisco J. Ramos Mena

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Para Ayaan

Prefacio a la edición del Reino Unido

Intento recordar ahora dónde y cuándo me di cuenta. ¿Fue durante mi primer paseo a lo largo del Bund de Shanghai en 2005? ¿Fue entre el polvo y el esmog de Chongqing, mientras escuchaba a un funcionario del Partido Comunista local describir un inmenso montón de escombros como el futuro centro financiero del sudoeste de China? Eso ocurrió en 2008, y de algún modo me impresionó más que toda la sincronizada parafernalia de la ceremonia de apertura olímpica de Pekín. ¿O fue en el Carnegie Hall en 2009, mientras permanecía sentado hipnotizado por la música de Angel Lam, un joven compositor chino de deslumbrante talento que personifica la orientalización de la música clásica? Pienso que quizá fue solo entonces cuando realmente comprendí qué era lo que definía a la primera década del siglo XXI, justo cuando esta tocaba a su fin: el hecho de que estamos viviendo el final de quinientos años de supremacía occidental.

Tengo la creciente impresión de que la materia principal que se aborda en este libro es la cuestión más interesante que puede plantear un historiador de la era moderna. Simplemente: ¿por qué, más o menos a partir de 1500, unos pequeños regímenes del extremo occidental de la masa continental eurasiática pasaron a dominar el resto del mundo, incluidas las sociedades, más populosas y en muchos aspectos más sofisticadas, de Eurasia oriental? Y para mí, la cuestión subsiguiente es esta: si podemos dar con una buena explicación de la supremacía de Occidente en el pasado, ¿podremos ofrecer entonces un pronóstico para su futuro? ¿Es este realmente el fin del mundo de Occidente y el advenimiento de una nueva época oriental? En otras palabras: ¿estamos presenciando la decadencia de una edad en la que la mayor parte de la humanidad ha estado más o menos subordinada a la civilización surgida en Europa occidental tras el Renacimiento y la Reforma; la civilización que, impulsada por la revolución científica y la Ilustración, se expandió a través del Atlántico y llegó hasta las Antípodas, alcanzando finalmente su apogeo durante los años de la revolución, la industria y el imperio?

El mero hecho de que desee plantear tales cuestiones ya dice algo sobre la primera década del siglo XXI. Nacido y criado en Escocia, educado en la Academia de Glasgow y la Universidad de Oxford, desde los veinte años hasta los cuarenta di por supuesto que mi carrera académica transcurriría en Oxford o en Cambridge. Primero empecé a pensar en trasladarme a Estados Unidos porque un eminente benefactor de la Escuela de Negocios Stern de la Universidad de Nueva York, el veterano de Wall Street Henry Kaufman, me había preguntado por qué alguien interesado en la historia del dinero y el poder no iba al lugar donde el dinero y el poder residían realmente. ¿Y qué lugar podía ser ese sino el centro de Manhattan? En los albores del nuevo milenio, la Bolsa de Nueva York era evidentemente el eje de una inmensa red económica global que era estadounidense en su diseño y también en gran medida estadounidense en su propiedad. La burbuja de las «punto com» se desinflaba, es cierto, y una pequeña y desagradable recesión hacía que los demócratas perdieran la Casa Blanca justo cuando su promesa de pagar la deuda nacional empezaba a parecer casi plausible. Pero solo ocho meses después de acceder a la presidencia, George W. Bush se vio enfrentado a un acontecimiento que subrayó enérgicamente la posición central de Manhattan en el mundo dominado por Occidente. La destrucción del World Trade Center a manos de terroristas de al-Qaeda venía a rendir a Nueva York un atroz homenaje: este era el objetivo número uno para cualquiera que quisiera

desafiar en serio el predominio occidental.

Los acontecimientos posteriores se mostraron ebrios de arrogancia. Los talibanes derrocados en Afganistán, un «eje del mal» considerado maduro para un «cambio de régimen», Sadam Hussein expulsado del poder en Irak… El «texano tóxico» arrasaba en los sondeos, encaminándose a la reelección. La economía estadounidense se recuperaba gracias a los recortes fiscales. La «Vieja Europa» —por no mencionar a la Norteamérica progresista— estaba que echaba humo, presa de impotencia. Fascinado, me encontré leyendo y escribiendo cada vez más sobre imperios, en particular sobre las lecciones que Estados Unidos podía aprender de Gran Bretaña; el resultado fue *El imperio británico. Cómo Gran Bretaña forjó el orden mundial* (2003). En la medida en que reflexionaba sobre el auge, el reinado y la probable caída del imperio americano, se me hizo cada vez más evidente que en el corazón del poder estadounidense había tres déficit fatales: un déficit de mano de obra (no había suficientes soldados en campaña en Afganistán y en Irak), un déficit de atención (no había suficiente entusiasmo público de cara a una ocupación a largo plazo de los países conquistados), y, sobre todo, un déficit financiero (no había suficientes ahorros en relación a la inversión y no había suficientes impuestos en relación al gasto público).

En *Coloso. Auge y decadencia del imperio americano* (2004), advertía de que Estados Unidos había pasado a depender imperceptiblemente del capital asiático-oriental para financiar sus desequilibradas cuentas corrientes y fiscales. La decadencia y caída del solapado imperio de América podría deberse, pues, no a que hubiera terroristas a sus puertas, ni a los regímenes canallas que los patrocinaban, sino a una crisis financiera declarada en el propio corazón del imperio. Cuando, a finales de 2006, Moritz Schularick y yo acuñamos el término «Chimérica» para describir lo que nosotros veíamos como la relación peligrosamente insostenible —de ahí el juego de palabras con «quimera»— entre la cicatera China y la despilfarradora Norteamérica (léase Estados Unidos), de hecho habíamos identificado una de las claves de la inminente crisis financiera global. Y ello porque, si el consumidor estadounidense no hubiera dispuesto tanto de mano de obra barata china como de capital barato chino, la burbuja de los años 2002-2007 no habría llegado a ser tan mayúscula.

El espejismo de la «hiperpotencia» estadounidense se rompió, no una, sino dos veces durante la presidencia de George W. Bush. Su némesis llegó primero en las callejuelas de Ciudad Sadr y en los campos de Helmand, que revelaron no solo los límites del poderío militar estadounidense, sino también, y lo que es más importante, la ingenuidad de las visiones neoconservadoras acerca de una oleada democrática en el denominado «Gran Oriente Próximo». Y golpeó por segunda vez cuando la crisis de las hipotecas *subprime* de 2007 desembocó en el colapso crediticio de 2008 y, finalmente, en la «gran recesión» de 2009. Tras la bancarrota de Lehman Brothers, las falsas verdades del «Consenso de Washington» y la «Gran Moderación» —el equivalente al «Fin de la Historia» para los gobernadores de los bancos centrales— quedaron relegadas al olvido. Durante un tiempo pareció espantosamente posible una segunda Gran Depresión. ¿Qué había fallado? Por mi parte, en una serie de artículos y conferencias que comenzaron a mediados de 2006 y culminaron con la publicación de *El triunfo del dinero* en noviembre de 2008 —cuando la crisis financiera estaba en su apogeo—, argumenté que todos los principales componentes del sistema financiero internacional se habían visto desastrosamente debilitados a causa del excesivo endeudamiento a corto plazo sobre los balances

bancarios, de unos valores con garantía hipotecaria (y otros productos financieros estructurados) groseramente tasados y literalmente sobrevalorados, de una política monetaria en exceso laxa por parte de la Reserva Federal estadounidense, de una burbuja inmobiliaria políticamente orquestada, y, por último, de la desenfrenada venta de falsas pólizas de seguros (conocidas como «derivados») que ofrecían una protección ficticia frente a incertidumbres incognoscibles, en lugar de hacerlo frente a riesgos cuantificables. Se había supuesto que la globalización de unas instituciones financieras que eran de origen occidental anunciaba una nueva era de menor inestabilidad económica. Hacían falta ciertos conocimientos históricos para prever que una obsoleta crisis de liquidez podía hacer que el precario edificio de la ingeniería financiera apalancada se viniera abajo.

Después del verano de 2009 el peligro de una segunda Depresión se alejó, aunque no desapareció del todo. No obstante, el mundo había cambiado. Cabría haber esperado que el impresionante colapso del comercio global causado por la crisis financiera, al cortarse en seco el crédito para financiar las importaciones y exportaciones, devastara las grandes economías asiáticas, que se decía que dependían de las exportaciones a Occidente. Sin embargo, gracias a un programa de estímulo público sumamente eficaz, basado en una masiva expansión crediticia, China solo sufrió una ralentización del crecimiento. Fue una hazaña notable, que pocos expertos habían previsto. Pese a la manifiesta dificultad de controlar una economía continental de 1.300 millones de personas como si fuera una gigantesca Singapur, en el momento de redactar estas líneas (diciembre de 2010) sigue siendo mayor que nunca la probabilidad de que China continúe avanzando en la senda de su revolución industrial, y de que en el plazo de una década llegue a adelantar a Estados Unidos en términos de producto nacional bruto, tal como (en 1963) Japón adelantó al Reino Unido.

Durante la mayor parte de los quinientos años anteriores, Occidente había disfrutado manifiestamente de una auténtica y sostenida ventaja sobre el resto del mundo. La brecha entre las rentas occidental y china había empezado a abrirse ya en la década de 1600, y había seguido ensanchándose hasta una fecha tan reciente como finales de la de 1970, o incluso más tarde. Pero desde ese momento había pasado a estrecharse con asombrosa rapidez. La crisis financiera venía a cristalizar la siguiente cuestión histórica que yo deseaba plantear: ¿había desaparecido aquella ventaja occidental? Solo determinando en qué había consistido exactamente esta podía tener la esperanza de obtener una respuesta.

Lo que sigue a continuación está relacionado con la metodología histórica; los lectores impacientes pueden saltárselo y pasar directamente a la introducción. Escribí este libro porque me había formado la firme opinión de que la gente que vive actualmente presta una insuficiente atención a los muertos. Viendo crecer a mis tres hijos, tenía la incómoda sensación de que estaban aprendiendo menos historia de la que yo había aprendido a su edad, no porque tuvieran malos profesores, sino porque tenían malos libros de historia y aún peores exámenes. Al observar el desarrollo de la crisis financiera me di cuenta de que ellos no eran ni mucho menos los únicos, ya que parecía que solo un reducido número de personas en los bancos y los ministerios de Hacienda del mundo occidental tenían algo más que una información incompleta sobre la última Depresión. Durante unos treinta años, en las escuelas y universidades occidentales se ha proporcionado a los jóvenes el concepto de una educación liberal, sin la sustancia del conocimiento histórico. Se les han enseñado «módulos»

aislados, no narraciones, y mucho menos cronologías. Se les ha formado en el análisis formulista de extractos documentales, no en la habilidad fundamental de leer mucho y rápido. Se les ha alentado a identificarse con unos imaginarios centuriones romanos, o con las víctimas del Holocausto, no a escribir ensayos sobre por qué y cómo surgieron los conflictos que padecieron. En *Los chicos de Historia*, el dramaturgo Alan Bennett plantea un «trilema»: ¿debe enseñarse la historia como un modo de argumentación a la contra, como una comunión con la Verdad y la Belleza pasadas, o simplemente como «una puta cosa detrás de otra»? Evidentemente, Bennett ignora que hoy a los alumnos de los últimos cursos de secundaria no se les ofrece ninguna de las tres alternativas; como mucho, consiguen un puñado de «putas cosas» sin ningún orden concreto.

El antiguo rector de la universidad donde doy clases me confesó una vez que, cuando era estudiante universitario en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, su madre le había implorado que hiciera al menos un curso de historia. El joven y brillante economista replicó con arrogancia que él estaba más interesado en el futuro que en el pasado, una preferencia que hoy sabe ilusoria. De hecho, no existe nada parecido al futuro, en singular; solo futuros, en plural. Hay, ciertamente, múltiples interpretaciones de la historia, ninguna de ellas definitiva; pero solo un pasado. Y aunque el pasado ya no exista, hay dos razones por las que resulta indispensable para comprender lo que experimentamos hoy y lo que nos espera mañana y en lo sucesivo. En primer lugar, la actual población mundial representa aproximadamente el 7 por ciento de todos los seres humanos que han vivido nunca. En otras palabras: los muertos superan en número a los vivos en una proporción de catorce a uno, e ignorar la experiencia acumulada de una mayoría tan enorme de la humanidad redunda en perjuicio nuestro. En segundo lugar, el pasado es realmente nuestra única fuente de conocimiento fiable sobre el efímero presente y los múltiples futuros que nos aguardan, de los que solo uno ocurrirá realmente. La historia no es solo el modo en que estudiamos el pasado; es el modo en que estudiamos el tiempo propiamente dicho.

Reconozcamos ante todo las limitaciones del tema. Los historiadores no son científicos. No pueden (ni deberían intentar) establecer leyes universales de «física» social o política con capacidades predictivas fiables. ¿Y por qué? Pues porque no hay posibilidad alguna de repetir este único experimento plurimilenario que constituye el pasado. El tamaño de la muestra de la historia humana es único. Además, las «partículas» de este vasto experimento tienen conciencia, la cual está sesgada por toda clase de tendencias cognitivas. Ello significa que su comportamiento es aún más difícil de predecir que si fueran partículas rotatorias ciegas y mecánicas. Uno de los numerosos caprichos de la condición humana es el de que la gente ha evolucionado aprendiendo casi instintivamente de su propia experiencia pasada. De modo que su comportamiento es adaptativo; cambia con el tiempo. No deambulamos al azar, sino que transitamos por caminos, y lo que hemos encontrado detrás de nosotros determina la dirección que escogemos cuando los caminos se bifurcan, cosa que hacen constantemente.

Entonces, ¿qué pueden hacer los historiadores? Primero, imitando a los sociólogos y basándose en datos cuantitativos, los historiadores pueden diseñar «leyes de cobertura» en el sentido de Carl Hempel: afirmaciones generales sobre el pasado que parecen «cubrir» la mayoría de los casos (por ejemplo, cuando un dictador asume el poder en lugar de un líder democrático, aumenta la posibilidad de que el país en cuestión vaya a la guerra). O bien —aunque los dos planteamientos no sean

mutuamente excluyentes—, el historiador puede comunicarse con los muertos reconstruyendo imaginativamente las experiencias de estos en la forma descrita por el gran filósofo de Oxford R. G. Collingwood en su *Autobiografía*, publicada en 1939. Estos dos modos de indagación histórica nos permiten convertir las reliquias que han sobrevivido del pasado en historia, en un cuerpo de conocimiento e interpretación que ordene e ilumine retrospectivamente el drama humano. Cualquier afirmación predictiva seria sobre los posibles futuros que podemos experimentar se basa, implícita o explícitamente, en uno de estos procedimientos históricos o en ambos. En caso contrario, pertenece a la misma categoría que el horóscopo en el periódico de la mañana.

La ambición de Collingwood, forjada en el desencanto con respecto a las ciencias naturales y la psicología que siguió a la masacre de la Primera Guerra Mundial, era la de hacer entrar a la historia en la modernidad, dejando atrás lo que él rechazaba como «la historia de refritos», en la que los escritores «solo repiten, con diferentes arreglos y diferentes estilos de decoración, lo que otros dijeron antes que ellos». Merece la pena reconstruir aquí su proceso de pensamiento:

a) «El pasado que estudia un historiador no es un pasado muerto, sino un pasado que en cierto sentido todavía vive en el presente» en forma de rastros (documentos y objetos) que han sobrevivido.
b) «Toda la historia es historia del pensamiento», en el sentido de que una evidencia histórica carece de significado si no puede inferirse el propósito para el que se concibió.
c) Dicho proceso de inferencia requiere un salto imaginativo a través del tiempo: «El conocimiento histórico es la reconstrucción en la mente del historiador del pensamiento cuya historia está estudiando».
d) No obstante, el verdadero significado de la historia proviene de la yuxtaposición del pasado y el presente: «El conocimiento histórico es la reconstrucción de un pensamiento pasado encapsulado en un contexto de pensamientos presentes que, al contradecirlo, lo confinan a un plano distinto del suyo».
e) Así, el historiador «puede muy bien compararse con el no historiador como el curtido habitante del bosque con el viajero ignorante. «Aquí no hay más que árboles y maleza», piensa el viajero, y prosigue su avance. "¡Cuidado! —advierte el habitante del bosque— ¡Entre aquella maleza hay un tigre!".» En otras palabras, afirma Collingwood, la historia ofrece algo «completamente distinto de las reglas [científicas]; a saber: percepción».
f) La verdadera función de la percepción histórica es «informar [a la gente] sobre el presente, en la medida en que el pasado, su aparente objeto, [está] encapsulado en el presente y [constituye] una parte de él no inmediatamente evidente para el ojo inexperto».
g) En cuanto a nuestra elección del objeto de la investigación histórica, Collingwood deja claro que no hay nada malo en lo que su contemporáneo de Cambridge Herbert Butterfield condenaba como «mentalidad presentista»: «Los verdaderos problemas históricos surgen de problemas prácticos. Estudiamos la historia para ver más claramente la situación en la que estamos llamados a actuar. De ahí que el plano en el que en última instancia surgen todos los problemas sea el plano de la vida "real"; [mientras que] aquel al que se remiten para su solución es la historia».

Collingwood, un erudito tan experto en arqueología como lo fue en filosofía, acérrimo oponente de la política de apaciguamiento y uno de los primeros detractores del *Daily Mail*[1] ha sido mi guía durante muchos años, pero nunca me ha resultado más indispensable que a la hora de escribir este libro, puesto que el problema de por qué caen las civilizaciones es demasiado importante para dejarlo en manos de quienes nos proporcionan una historia de refritos. Es realmente un problema práctico de nuestro tiempo, y este libro pretende ser la guía de un curtido habitante del bosque para abordarlo, ya que hay más de un tigre oculto entre su maleza.

Al reconstruir debidamente el pensamiento pretérito, he intentado siempre recordar una sencilla verdad sobre el pasado que los históricamente inexpertos son propensos a olvidar. En el pasado la mayoría de la gente moría joven o esperaba morir joven, y los pocos que no lo hacían se veían repetidamente privados de sus seres queridos, que sí morían jóvenes. Consideremos, por ejemplo, el caso de mi poeta favorito, el maestro John Donne, que vivió en la Inglaterra de Jacobo I hasta la edad de cincuenta y nueve años, trece más de los que yo tengo en el momento de redactar estas líneas. Abogado, miembro del Parlamento y, tras renunciar a la fe católica romana, sacerdote anglicano, Donne se casó por amor, y como resultado perdió su puesto de secretario del tío de su esposa, sir Thomas Egerton, lord custodio del Sello Privado.[2] En el lapso de dieciséis años de penuria, Anne Donne le dio a su marido doce hijos. Tres de ellos, Francis, Nicholas y Mary, murieron antes de cumplir los diez años. La propia Anne murió después de dar a luz al duodécimo hijo, que a su vez nació muerto. Después de que su hija favorita, Lucy, hubiera muerto y de que él mismo estuviera a punto de seguirla a la tumba, Donne escribió sus *Devotions upon Emergent Occasions* («Oraciones sobre ocasiones imprevistas», 1624), que contiene la mayor de las exhortaciones a compadecerse de los muertos: «La muerte de cualquier hombre me disminuye, porque yo participo de la humanidad; así pues, nunca preguntes por quién doblan las campanas: doblan por ti».[3] Tres años después, la muerte de un amigo íntimo le inspiró a escribir «A Nocturnal upon St. Lucy's Day, Being the Shortest Day» («Nocturno sobre el día de Santa Lucía, que es el más corto»):

> Estudiadme entonces, vosotros, amantes del mundo venidero,
> es decir, de la próxima primavera:
> porque yo soy todo lo que ha muerto,
> en quien el amor forjó nueva alquimia;
> pues su arte, aun en vanas privaciones y magra vacuidad,
> manifiesta la quintaesencia de la nada:
> Él me llevó a la ruina, y en la ausencia, la oscuridad y la muerte,
> allí donde no haya existencia, soy de nuevo procreado.[4]

Debería leer estas líneas todo el que desee entender mejor la condición humana en los días en que la esperanza de vida era menos de la mitad de la actual.

El hecho de que la muerte tuviera un poder mucho mayor para llevarse a la gente en la flor de la vida no solo hizo que la existencia pareciera precaria y llena de aflicción; también supuso que la mayoría de las personas que construyeron las civilizaciones del pasado fueran jóvenes cuando hicieron sus aportaciones. El gran filósofo judío holandés Baruch Spinoza (también conocido como Benito Espinosa), que planteó la hipótesis de que hay solo un universo material de sustancia y

causalidad determinista, y de que «Dios» es el orden natural de ese universo tal como nosotros podemos vagamente aprehenderlo y nada más, murió en 1677 a la edad de cuarenta y cuatro años, probablemente a causa de las partículas de cristal que había inhalado al realizar su trabajo diario puliendo lentes. Blaise Pascal, el pionero de la teoría de la probabilidad y de la hidrodinámica y autor de los *Pensamientos*, la mayor de las apologías de la fe cristiana, vivió para cumplir solo los treinta y nueve; y habría muerto aún más joven si el accidente de carruaje que reavivó su lado espiritual hubiera resultado fatal. ¿Quién sabe qué otras grandes obras podrían haber alumbrado estos genios de habérseles concedido los años de vida de los que disfrutaron, por ejemplo, los grandes humanistas Erasmo (sesenta y nueve) y Montaigne (cincuenta y nueve)? Mozart, compositor de la más perfecta de las óperas, *Don Giovanni*, murió cuando tenía solo treinta y cinco años. Franz Schubert, autor del sublime Quinteto de cuerda en Do mayor (D. 956), sucumbió, probablemente de sífilis, a la edad de solo treinta y un años. Prolíficos como eran, ¿qué más obras podrían haber compuesto de habérseles concedido los sesenta y tres años de los que disfrutó el imperturbable Johannes Brahms o los aún más excepcionales setenta y dos que vivió él cansino Anton Bruckner? El poeta escocés Robert Burns, autor de la suprema expresión del igualitarismo, «A Man's a Man for A' That» («Un hombre es un hombre en cualquier caso»), tenía treinta y siete años cuando murió en 1796. ¡Qué injusticia, que al poeta que más despreció el estatus hereditario («El rango no es sino un sello de guinea / el hombre vale oro en cualquier caso») le sobreviviera tantos años el poeta que más lo reverenció: lord Alfred Tennyson, que murió rodeado de honores a la edad de ochenta y tres! *El Tesoro dorado* de Palgrave[5] sería mejor con más Burns y menos Tennyson. ¡Y qué distintas serían hoy las galerías de arte del mundo si el meticuloso Jan Vermeer hubiera vivido para cumplir los noventa y un años, y el prolífico Pablo Picasso hubiera muerto a los treinta y nueve, en lugar de ocurrir lo contrario!

También la política es un arte, y forma parte de nuestra civilización tanto como la filosofía, la ópera, la poesía o la pintura. Sin embargo, el mayor artista político de la historia norteamericana, Abraham Lincoln, cumplió solo un mandato completo en la Casa Blanca, cayendo víctima de un asesino con un resentimiento mezquino solo seis semanas después de su segundo discurso de investidura. Tenía entonces cincuenta y seis años. ¡Qué distinta habría sido la Era de la Reconstrucción si aquel titán nacido en una cabaña de troncos y hecho a sí mismo, autor del majestuoso Discurso de Gettysburg —que redefinió Estados Unidos como una «nación, concebida en libertad y consagrada al principio de que todos los hombres son creados iguales», con un «gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo»—, hubiera vivido tanto como aquel gran noble, jugador de polo y luego afectado por la polio, que fue Franklin Delano Roosevelt, a quien la ciencia médica mantuvo con vida el tiempo suficiente para cumplir casi cuatro mandatos completos como presidente antes de morir a los sesenta y tres años de edad!

Dado que nuestras vidas son tan diferentes de las vidas de la mayoría de la gente en el pasado, sobre todo en su probable duración, pero también en nuestro mayor grado de bienestar físico, debemos utilizar nuestra imaginación con bastante intensidad para entender a los hombres y a las mujeres del pasado. En su *Teoría de los sentimientos morales*, escrita un siglo y medio antes de las memorias de Collingwood, el gran economista y teórico social Adam Smith definía por qué una sociedad civilizada no es una guerra de todos contra todos; porque se basa en la empatía:

Dado que no tenemos una experiencia inmediata de lo que sienten otros hombres, no podemos formarnos una idea de la manera en que se ven afectados más que concibiendo lo que nosotros mismos sentiríamos en una situación similar. Aunque nuestro hermano lo pase mal, mientras nosotros mismos estemos bien nuestros sentidos nunca nos informarán de lo que él sufre. Estos nunca nos han llevado, ni pueden llevarnos, más allá de nuestra propia persona, y solo mediante la imaginación podemos formarnos alguna idea de cuáles son sus sensaciones. Tampoco esa facultad puede ayudarnos en ello de ninguna otra forma más que representándonos las que serían las nuestras si nosotros estuviéramos en su caso. Es solo la impresión de nuestros propios sentidos, no la de los suyos, lo que nuestra imaginación imita. Por medio de la imaginación nos ponemos en su situación.

Eso, desde luego, es precisamente lo que Collingwood dice que debería hacer el historiador, y es lo que me gustaría que hiciera el lector cuando se encuentre en estas páginas con los pensamientos redivivos de los muertos. La clave del libro consiste en comprender qué hizo que su civilización se expandiera tan espectacularmente en riqueza, influencia y poder. Pero no puede haber comprensión sin esa empatía que, mediante un acto de imaginación, nos pone en su situación. Ese acto resultará aún más difícil cuando pasemos a vivificar los pensamientos de los habitantes de otras civilizaciones, aquellas a las que Occidente subyugó o, cuando menos, subordinó a la suya, ya que estas son miembros igualmente importantes del reparto de nuestro drama. Esta no es una historia de Occidente, sino una historia del mundo, en la que el predominio occidental es el fenómeno que hay que explicar.

En una entrada enciclopédica que escribió en 1959, el historiador francés Fernand Braudel definía así una civilización:

… ante todo un espacio, un «área cultural»… un locus. Con el locus… hay que describir una gran variedad de «bienes», de características culturales, que van desde la forma de sus casas, el material con el que están construidas, su techado, hasta habilidades tales como emplumar flechas, pasando por un dialecto o grupo de dialectos, los gustos culinarios, una tecnología concreta, una estructura de creencias, un modo de hacer el amor, e incluso la brújula, el papel o la imprenta. Es la agrupación regular, la frecuencia con la que se repiten determinadas características, su ubicuidad en un área concreta [junto con]… alguna clase de permanencia temporal.

Braudel, sin embargo, era mejor a la hora de delinear estructuras que a la de explicar el cambio. Hoy en día se dice a menudo que los historiadores deberían contar historias; en consecuencia, este libro ofrece una gran historia —una metanarración de por qué una civilización trascendió los límites que habían ligado a todas las anteriores— y muchos relatos más pequeños o microhistorias dentro de ella. No obstante, el renacimiento del arte de la narración es solo una parte de lo que se necesita. Además de historias, es también importante que haya preguntas. «¿Por qué Occidente llegó a dominar al resto del mundo?» es una pregunta que exige algo más que una mera historia como respuesta. La respuesta tiene que ser analítica, debe estar respaldada por la evidencia y ha de ser verificable mediante la pregunta contrafáctica: si las innovaciones cruciales que identifico aquí no hubieran existido, ¿habría gobernado Occidente al resto del mundo de todos modos por alguna otra razón que he pasado por alto o he subestimado? ¿O el mundo habría resultado ser completamente distinto, con China en cabeza, o alguna otra civilización? No deberíamos engañarnos pensando que nuestras narraciones históricas, tal como normalmente se construyen, son algo más que visiones retrospectivas. Para los contemporáneos, como veremos, el resultado del predominio occidental no parecía precisamente el más probable de los futuros que podían imaginar; la posibilidad de una desastrosa derrota a menudo dominaba la mente del actor histórico más que el final feliz que suele

concederse al lector moderno. La realidad de la historia como experiencia vivida es que esta resulta ser mucho más parecida a una partida de ajedrez que a una novela, mucho más similar a un partido de fútbol que a un juego.

No todo fue bueno. Ningún escritor serio afirmaría que el reinado de la civilización occidental ha sido impecable. Pero hay quienes insistirían en que no ha tenido nada de bueno en absoluto. Esta última postura es absurda. Como ocurre con todas las grandes civilizaciones, la de Occidente ha sido un Jano bifronte: capaz de nobleza, pero no menos capaz de vileza. Quizá sea una analogía más acertada decir que Occidente se parecía a los dos hermanos rivales de las *Memorias privadas y confesiones de un pecador justificado* de James Hogg (1824), o de *El barón de Ballantrae* de Robert Louis Stevenson (1889). Competencia y monopolio; ciencia y superstición; libertad y esclavitud; curación y asesinato; trabajo duro y ociosidad: en cada caso, Occidente ha engendrado tanto lo bueno como lo malo. Simplemente ocurrió que, como en la novela de Hogg o en la de Stevenson, el mejor de los dos hermanos en última instancia se alzó con la victoria. También debemos resistir la tentación de idealizar a los perdedores de la historia. Las otras civilizaciones invadidas por Occidente, o más pacíficamente transformadas por este mediante empréstitos tanto como mediante imposiciones, tampoco estaban libres de defectos, de los que el más obvio es que fueron incapaces de proporcionar a sus habitantes cualquier mejora sostenida de la calidad material de sus vidas. Una dificultad es que no siempre podemos reconstruir los pensamientos pasados de esos pueblos no occidentales, puesto que no todos ellos existieron en el contexto de civilizaciones con medios para registrar y conservar el pensamiento. Al final, la historia es primordialmente el estudio de las civilizaciones, ya que, sin los registros escritos, el historiador se ve obligado a retroceder a las puntas de lanza y los fragmentos de cerámica, de los que pueden inferirse muchas menos cosas.

El historiador y estadista francés François Guizot decía que la historia de la civilización es «la mayor de todas… [y] comprende a todas las demás». Esta debe superar las múltiples fronteras disciplinares erigidas por los académicos, dada su compulsión a especializarse, entre la historia económica, social, cultural, intelectual, política, militar e internacional. Debe abarcar una gran cantidad de tiempo y espacio, dado que las civilizaciones no son pequeñas o efímeras. Pero un libro como este no puede ser una enciclopedia. A quienes se quejen de lo que se ha omitido no puedo por menos que recordarles las palabras del peculiar pianista de jazz Thelonious Monk: «No lo toques todo (ni todo el tiempo); pasa por alto algunas cosas… Lo que no tocas puede ser más importante que lo que tocas». Estoy de acuerdo. En lo que sigue se han omitido muchas notas y acordes; pero se han dejado fuera por una razón. ¿Que quizá la selección refleja las tendencias de un escocés de mediana edad, el arquetípico beneficiario del predominio occidental? Es muy probable. Pero albergo la esperanza de que esa selección no merezca la desaprobación de quienes hoy son los defensores más apasionados y elocuentes de los valores occidentales, personas cuyos orígenes étnicos son muy distintos de los míos: desde Amartya Sen hasta Liu Xiaobo, desde Hernando de Soto hasta la persona a la que va dedicado este libro.

Un libro que aspira a cubrir seiscientos años de historia mundial es necesariamente una empresa colectiva, y debo mi agradecimiento a muchas personas. Doy las gracias al personal de los siguientes

archivos, bibliotecas e instituciones: Archivo General de Indias, Museo Departamental Albert-Kahn, Bridgeman Art Library, Biblioteca Británica, Sociedad Bibliotecaria de Charleston, Zhongguo Guojia Tushuguan (Biblioteca Nacional de China, Pekín), Corbis, Instituto Pasteur de Dakar, Deutsches Historisches Museum de Berlín, Geheimes Staatsarchiv Preussischer Kulturbesitz de Berlín, Getty Images, Observatorio de Greenwich, Heeresgeschichtliches Museum de Viena, Biblioteca Nacional de Irlanda, Biblioteca del Congreso, Museo de Historia de Missouri, Musée du Chemin des Dames, Museo Oro de Perú, Archivos Nacionales de Londres, Museo Marítimo Nacional, Başbakanlık Osmanlı Arşivleri (Archivos Otomanos, Estambul), PA Photos, Museo Peabody de Arqueología y Etnología de Harvard, Archivos Nacionales de Senegal en Dakar, Sociedad Histórica de Carolina del Sur, Escuela de Estudios Orientales y Africanos, Biblioteca de Manuscritos Süleymaniye de Estambul, y, desde luego, la incomparable Widener Library de Harvard. Sería un error no añadir también una línea de agradecimiento a Google, actualmente un recurso sin parangón para acelerar la investigación histórica, así como a Questia y Wikipedia, que también hacen más fácil el trabajo del historiador.

He contado en la investigación con la inestimable ayuda de Sarah Wallington, además de Daniel Lansberg-Rodríguez, Manny Rincón-Cruz, Jason Rockett y Jack Sun.

Como es habitual, este libro en su versión inglesa ha sido publicado por Penguin a ambos lados del Atlántico, y editado con la acostumbrada habilidad y vigor por Simon Winder en Londres y Ann Godoff en Nueva York. El incomparable Peter James hizo algo más que corregir el texto. Debo también mi agradecimiento a Richard Duguid, Rosie Glaisher, Stefan McGrath, John Makinson y Pen Vogler, y a muchas otras personas, demasiado numerosas para mencionarlas.

Como ha ocurrido con cuatro de mis cinco últimos libros, *Civilización* fue desde el primer momento una serie de televisión además de un libro. En el Canal 4 de la BBC, Ralph Lee me impidió ser abstruso o simplemente incomprensible, y lo hizo con la ayuda de Simon Berthon. Ni la serie ni el libro podrían haberse hecho sin el extraordinario equipo de personas reunido por Chimenea Media: Dewald Aukema, un príncipe entre los cineastas; James Evans, nuestro ayudante de producción en los filmes 2 y 5; Alison McAllan, nuestra documentalista; Susannah Price, que produjo el filme 4; James Runcie, que dirigió los filmes 2 y 5; Vivienne Steel, nuestra jefa de producción, y Charlotte Wilkins, nuestra ayudante de producción en los filmes 3 y 4. También Joanna Potts desempeñó un papel clave en las primeras fases del proyecto. Chris Openshaw, Max Hug Williams, Grant Lawson y Harrik Maury llevaron hábilmente la filmación en Inglaterra y Francia. Gracias a su paciencia y generosidad con el autor, mis colegas «chiméricos» Melanie Fall y Adrián Pennink han asegurado que en ningún momento dejáramos de representar una imagen propagandística bastante buena en favor del triunvirato como forma de gobierno. Mi amigo Chris Wilson, por su parte, se aseguró una vez más de que no perdiera ningún avión.

Entre las numerosas personas que nos ayudaron a filmar la serie, hubo algunos «manitas» que también contribuyeron a la investigación encarnada en el libro. Vaya mi agradecimiento a Manfred Anderson, Khadidiatou Ba, Lillian Chen, Tereza Horska, Petr Janda, Wolfgang Knoepfler, Deborah McLauchlan, Mattias de Sa Moreira, Daisy Newton-Dunn, José Couto Nogueira, Levent Öztekin y Ernst Vogl.

También me gustaría dar las gracias a las numerosas personas a las que entrevisté en nuestro

recorrido por el mundo, en particular a Gonzalo de Aliaga, Nihal Bengisu Karaca, reverendo John Lindell, Mick Rawson, Ryan Squibb, Ivan Touška, Stefan Wolle, Hanping Zhang y —por último, pero no menos importante— los alumnos de la Robert Clack School de Dagenham.

Soy extremadamente afortunado por tener en Andrew Wylie al mejor agente literario del mundo, y en Sue Ayton a su equivalente en el ámbito de la televisión británica. Vaya también mi agradecimiento a Scott Moyers, James Pullen y todo el resto del personal de las oficinas de Londres y Nueva York de la Agencia Wylie.

Varios historiadores eminentes leyeron generosamente todo o parte del manuscrito en borrador, como hicieron también varios amigos y alumnos míos antiguos y actuales: Rawi Abdelal, Ayaan Hirsi Ali, Bryan Averbuch, Pierpaolo Barbieri, Jeremy Catto, J. C. D. Clark, James Esdaile, Campbell Ferguson, Martin Jacques, Harold James, Maya Jasanoff, Joanna Lewis, Charles Maier, Hassan Malik, Noel Maurer, Ian Morris, Charles Murray, Aldo Musacchio, Glen O’Hara, Steven Pinker, Ken Rogoff, Emma Rothschild, Alex Watson, Arne Westad, John Wong y Jeremy Yellen. Debo también mi agradecimiento a Philip Hoffman, Andrew Roberts y Robert Wilkinson. Todos los errores que todavía hayan podido quedar son de mi exclusiva responsabilidad.

En la Universidad de Oxford, me gustaría dar las gracias al rector y a mis colegas del Jesus College, a sus homólogos del Oriel College, y a los bibliotecarios de la Bodleiana. En la Institución Hoover de Stanford, he contraído una deuda con John Raisian, el director, y su excelente personal. Este libro se terminó en el centro IDEAS de la Escuela de Economía de Londres, donde he sido muy bien cuidado como titular de la cátedra Philippe Roman durante el curso académico 2010-2011. Mi mayor deuda, no obstante, es con mis colegas de Harvard. Dado que llevaría demasiado tiempo dar las gracias individualmente a cada uno de los miembros del Departamento de Historia de Harvard, me limitaré a expresar un agradecimiento colectivo: no es este un libro que yo pudiera haber escrito sin vuestro apoyo académico, vuestro estímulo y vuestra inspiración intelectual. Y lo mismo vale para mis colegas de la Escuela de Negocios de Harvard, en particular los miembros de la sección de Negocios y Gobierno de la Unidad de Economía Internacional, así como para el profesorado y el personal del Centro de Estudios Europeos. Debo dar las gracias asimismo a mis amigos del Centro Weatherhead de Asuntos Internacionales, el Centro Belfer de Ciencia y Asuntos Internacionales, el Taller de Historia Económica y la Lowell House. Pero, sobre todo, vaya mi agradecimiento a todos mis alumnos de ambas orillas del río Charles, en particular a los de mi clase de «Educación General, Sociedades del Mundo 19». Este libro inició su vida en vuestra presencia, y se benefició en gran medida de vuestros trabajos y comentarios.

Finalmente, ofrezco mi más profundo agradecimiento a mi familia, en especial a mis padres y a mis hijos, a menudo descuidados, Félix, Freya y Lachlan, sin olvidar a su madre, Susan, y a nuestra extensa parentela. En muchos aspectos, he escrito este libro para vosotros, hijos.

Sin embargo, está dedicado a alguien que entiende mejor que nadie que yo conozca lo que realmente significa la civilización occidental; y lo que todavía puede ofrecer al mundo.

Londres, diciembre de 2010

Introducción: La pregunta de Rasselas

Él [Samuel Johnson] no admitiría *civilización* [en la cuarta edición de su diccionario], sino solo *civilidad*. Con toda mi deferencia hacia él, yo consideraba *civilización*, de *civilizar*, mejor, en el sentido opuesto a *barbarie*, que *civilidad*.

JAMES BOSWELL

Todas las definiciones de civilización… forman parte de una conjugación que reza: «yo soy civilizado, tú perteneces a una cultura, él es un bárbaro».

FELIPE FERNÁNDEZ-ARMESTO

Cuando Kenneth Clark definió la civilización en su serie de televisión del mismo nombre, no dejó ninguna duda en los espectadores de que se refería a la civilización de Occidente, y especialmente al arte y la arquitectura de Europa occidental desde la Edad Media hasta el siglo XIX. La primera de las trece películas que hizo para la BBC se mostraba cortés pero firmemente despectiva con respecto a la Rávena bizantina, las Hébridas celtas, la Noruega vikinga y hasta la Aquisgrán carolingia. La Alta Edad Media comprendida entre la caída de Roma y el renacimiento del siglo XII simplemente no se consideraba civilización en el sentido que Clark le daba al término. Esta solo revivió con la construcción de la catedral de Chartres, consagrada, aunque no completada, en 1260, y mostraba ya signos de fatiga en los rascacielos de Manhattan de su propia época.

La enormemente exitosa serie de Clark, que se emitió por primera vez en Gran Bretaña cuando yo tenía cinco años, definió la civilización para toda una generación en el mundo de habla inglesa. Civilización eran los castillos del Loira; eran los palacios de Florencia; era la capilla Sixtina; era Versalles. Desde los sobrios interiores de la República Neerlandesa hasta las exuberantes fachadas del barroco, Clark sacaba partido a sus conocimientos de historiador del arte. Hacían su aparición la música y la literatura; y de vez en cuando asomaban la política y hasta la economía. Pero la esencia de la civilización de Clark era claramente la alta cultura visual. Sus héroes eran Miguel Angel, Da Vinci, Durero, Constable, Turner, Delacroix…[1]

Hay que decir, para hacer justicia a Clark, que su serie se subtitulaba «Una visión personal». Y él no era inconsciente de las implicaciones —problemáticas ya en 1969— de afirmar que «la era precristiana y Oriente» eran en algún sentido incivilizados. Sin embargo, en el transcurso de cuatro décadas se ha ido haciendo cada vez más difícil aceptar la visión de Clark, personal o no (por no hablar de su hoy ligeramente irritante talante condescendiente). En este libro adopto una visión más amplia, más comparativa, y pretendo adoptar una postura más humilde y a ras de suelo que elevada y altanera. Mi idea de civilización tiene tanto que ver con alcantarillados como con arbotantes, si no más, ya que sin unas instalaciones sanitarias públicas eficientes las ciudades se vuelven trampas mortales, convirtiendo ríos y pozos en un refugio para la bacteria *Vibrio cholerae*. Estoy recalcitrantemente interesado en el precio de una obra de arte tanto como en su valor cultural. En mi opinión, una civilización es mucho más que el mero contenido de unas cuantas galerías de arte de primer orden. Es una organización humana sumamente compleja. Sus pinturas, estatuas y edificios

pueden constituir muy bien sus logros más llamativos, pero resultan ininteligibles sin cierta comprensión de las instituciones económicas, sociales y políticas que los idearon, los pagaron, los ejecutaron, y luego los conservaron para nuestra contemplación.

El de «civilización» es originariamente un término francés, utilizado por primera vez por el economista galo Anne-Robert-Jacques Turgot en 1752, y publicado inicialmente por Victor Riqueti, marqués de Mirabeau, padre del gran revolucionario, cuatro años después.[2] Samuel Johnson, como aclara el primer epígrafe de esta Introducción, no aceptaría el neologismo, prefiriendo el término de «civilidad». Si para Johnson la barbarie tenía un antónimo, este era la educada y cortés (aunque a veces también claramente grosera) vida urbana de la que él tanto disfrutaba en Londres. Una civilización, como sugiere la propia etimología del término, gira alrededor de sus ciudades, y en muchos aspectos son las ciudades los auténticos héroes de este libro.[3] Pero las leyes de una ciudad (civiles o no) son tan importantes como sus murallas; y su constitución y costumbres —las prácticas de sus habitantes (civiles o no)—, tan importantes como sus palacios.[4] La civilización tiene tanto que ver con los laboratorios de los científicos como con las buhardillas de los artistas; con las formas de tenencia de tierras como con los paisajes. El éxito de una civilización se mide no solo en sus logros estéticos, sino también —y seguramente más importante— en la duración y la calidad de vida de sus ciudadanos. Y esa calidad de vida tiene numerosas dimensiones, no todas ellas fácilmente cuantificables. Podemos ser capaces de calcular la renta per cápita de gente de todo el mundo en el siglo XV, o su esperanza de vida media al nacer. Pero ¿qué hay de su nivel de bienestar? ¿Y de limpieza? ¿Y de felicidad? ¿Cuántas prendas de vestir poseían? ¿Cuántas horas tenían que trabajar? ¿Qué comida podían comprar con su salario? Las obras de arte por sí solas pueden ofrecer pistas, pero no pueden responder a tales preguntas.

Es evidente, sin embargo, que una ciudad no hace una civilización. Una civilización es la mayor unidad de organización humana, superior incluso, aunque más amorfa, que el imperio. Las civilizaciones son en parte una respuesta práctica de las poblaciones humanas a su entorno —a las necesidades de comer, beber, abrigarse y defenderse—, pero tienen también un carácter cultural; a menudo, aunque no siempre, religioso; y a menudo, aunque no siempre, de comunidad lingüística.[5] Son pocas, pero no muy distantes entre sí. Carroll Quigley contó dos decenas en los últimos diez milenios.[6] En el mundo premoderno, Adda Bozeman solo vio cinco: Occidente, la India, China, Bizancio y el islam.[7] Matthew Melko calculó un total de doce, de las que siete han desaparecido (la mesopotámica, la egipcia, la cretense, la clásica, la bizantina, la mesoamericana y la andina) y cinco permanecen todavía (la china, la japonesa, la india, la islámica y la occidental).[8] Shmuel Eisenstadt contó seis, agregando la civilización judía al club.[9] La interacción de estas pocas civilizaciones entre sí, además de con sus propios entornos, se ha contado entre los principales impulsores del cambio histórico.[10] Lo sorprendente de dichas interacciones es que las civilizaciones auténticas parecen permanecer fieles a sí mismas durante períodos muy largos a pesar de las influencias externas. En palabras de Fernand Braudel: «La civilización es de hecho la historia más larga de todas… Una civilización… puede persistir a través de una serie de economías o sociedades».[11]

Si en el año 1411 el lector hubiera podido dar la vuelta al mundo, probablemente se habría sentido

impresionado por la calidad de vida de las civilizaciones orientales. La Ciudad Prohibida estaba en construcción en la Pekín de la dinastía Ming, al tiempo que se habían iniciado las obras de reapertura y mejora del Gran Canal; en Oriente Próximo, los otomanos se acercaban a Constantinopla, que finalmente conquistarían en 1453. El Imperio bizantino exhalaba su último aliento. La muerte del caudillo Timur Lang (Tamerlán) en 1405 había eliminado la repetida amenaza de las crueles hordas invasoras de Asia Central, la antítesis de la civilización. Para el emperador chino Yongle y el sultán otomano Murad II, el futuro era brillante.

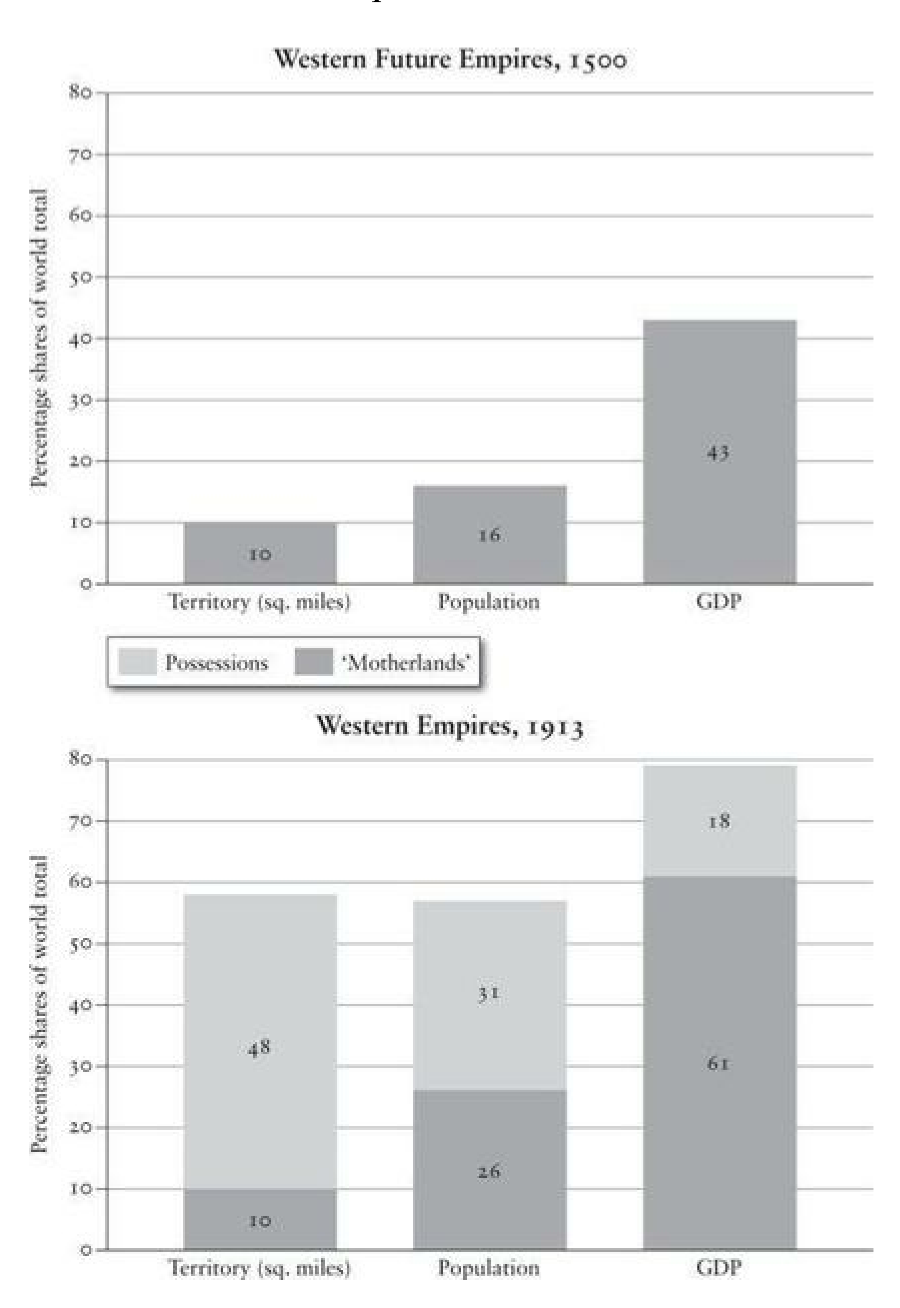
En cambio, el lector se habría visto sorprendido por la Europa occidental de 1411, miserable y atrasada, que se recuperaba de los estragos de la peste negra —la cual había reducido la población a la mitad en su recorrido hacia el este entre 1347 y 1351— y seguía aquejada por las malas condiciones sanitarias y una guerra aparentemente incesante. En Inglaterra ocupaba el trono el rey leproso Enrique IV, que había derrocado y asesinado al malhadado Ricardo II. Francia era presa de una guerra interna entre los seguidores del duque de Borgoña y los del asesinado duque de Orleans. La guerra de los Cien Años entre Inglaterra y Francia estaba a punto de reanudarse. A los otros reinos en conflicto de Europa occidental —Aragón, Castilla, Navarra, Portugal y Escocia— no parecía irles mucho mejor. En Granada todavía gobernaba un musulmán. El rey escocés, Jacobo I, estaba prisionero en Inglaterra tras haber sido capturado por piratas ingleses. Las zonas más prósperas de Europa eran, de hecho, las ciudades-estado del norte de Italia: Florencia, Génova, Pisa, Siena y Venecia. En cuanto a la Norteamérica del siglo XV, no era más que un páramo anárquico en comparación con los reinos de los aztecas, los mayas y los incas en Centroamérica y Sudamérica, con sus altísimos templos y sus elevadísimas carreteras. Al término de este recorrido mundial, la idea de que Occidente pudiera llegar a dominar al resto del mundo durante casi toda la mitad del siguiente milenio habría parecido extraordinariamente descabellada.

Y, sin embargo, eso fue lo que ocurrió.

Por alguna razón, a partir de finales del siglo XV, los pequeños Estados de Europa occidental, con sus corruptos préstamos lingüísticos del latín (y algo del griego), su religión derivada de las enseñanzas de un judío de Nazaret, y su deuda intelectual con las matemáticas, la astronomía y la tecnología orientales, produjeron una civilización capaz no solo de conquistar los grandes imperios de Oriente y de subyugar a África, América y Australasia, sino también de convertir a pueblos de todo el mundo a la forma de vida occidental, una conversión lograda en última instancia más por la pluma que por la espada.

Hay quienes discuten esto, afirmando que todas las civilizaciones son en cierto sentido iguales, y que Occidente no puede atribuirse superioridad alguna sobre, digamos, el este de Eurasia.[12] Pero tal relativismo resulta demostrablemente absurdo. Ninguna civilización anterior había alcanzado nunca un predominio como el que alcanzó Occidente sobre el resto del mundo.[13] En 1500, las futuras potencias imperiales de Europa representaban alrededor del 10 por ciento de la superficie terrestre del mundo y, como mucho, el 16 por ciento de su población. En 1913, once imperios occidentales[*] controlaban casi las tres quintas partes de todo el territorio y la población, y más de tres cuartas partes (un asombroso 79 por ciento) de la producción económica global.[14] La esperanza de vida media en Inglaterra era casi el doble de la de la India. El superior nivel de vida de Occidente también se reflejaba en una dieta mejor, incluso para los trabajadores agrícolas, y una superior

estatura, incluso para los soldados ordinarios y convictos.[15] La civilización, como hemos visto, tiene que ver sobre todo con las ciudades; y también en este aspecto Occidente llevaba ventaja. En 1500, por lo que podemos determinar, la ciudad más grande del mundo era Pekín, con una población de entre 600.000 y 700.000 habitantes. De las diez mayores ciudades del mundo de entonces, solo una —París— era europea, y su población totalizaba menos de 200.000 almas. Londres tenía probablemente unos 50.000 habitantes. Las tasas de urbanización eran también más altas en el norte de África y en Sudamérica que en Europa. Sin embargo, en 1900 se había producido una asombrosa inversión. En esa fecha solo una de las diez mayores ciudades del mundo era asiática: Tokio. Con una población de unos 6,5 millones de personas, Londres era entonces la megalópolis global.[16] Tampoco terminó el predominio occidental con la decadencia y caída de los imperios europeos. El auge de Estados Unidos ensanchó aún más la brecha entre Occidente y Oriente. En 1990, el estadounidense medio era 73 veces más rico que el chino medio.[17]



Asimismo, en la segunda mitad del siglo XX se hizo evidente que el único modo de cerrar aquella abismal brecha de renta era que las sociedades orientales siguieran el ejemplo de Japón adoptando algunas (aunque no todas) de las instituciones y formas de funcionamiento de Occidente. Como

resultado, la civilización occidental se convirtió en una especie de modelo del modo en que el resto del mundo aspiraba a organizarse. Obviamente, antes de 1945 había toda una serie de modelos de desarrollo —o sistemas operativos, por utilizar una metáfora informática— que las sociedades no occidentales podían adoptar. Pero los más atractivos eran todos de origen europeo: el capitalismo liberal, el nacionalsocialismo, el comunismo soviético… La Segunda Guerra Mundial liquidó el segundo en Europa, aunque sobreviviera bajo nombres supuestos en muchos países en vías de desarrollo. La desmembración del Imperio soviético entre 1989 y 1991 vino a liquidar el tercero.

Es verdad que a raíz de la crisis financiera global se ha hablado mucho de los modelos económicos asiáticos alternativos. Pero ni siquiera el más acérrimo relativista cultural se dedica a recomendar una vuelta a las instituciones de la dinastía Ming o de los mogoles. El actual debate entre los defensores del libre mercado y los de la intervención estatal es, en el fondo, un debate entre escuelas de pensamiento occidental perfectamente identificables: los seguidores de Adam Smith y los de John Maynard Keynes, junto con unos cuantos fervientes devotos de Karl Marx que se mantienen en sus trece. Los lugares de nacimiento de los tres hablan por sí solos: Kirkcaldy, Cambridge y Tréveris. En la práctica, hoy la mayor parte del mundo está integrada en un sistema económico occidental en el que, como recomendaba Smith, el mercado establece la mayoría de los precios y determina el flujo comercial y la división del trabajo, mientras que el Estado desempeña un papel más cercano al previsto por Keynes, interviniendo para tratar de allanar los altibajos del ciclo económico y reducir la desigualdad de renta.

En cuanto a las instituciones no económicas, no hay ningún debate digno de tal nombre. En las universidades de todo el mundo se da una convergencia en las normas occidentales. Y lo mismo vale para el modo en que se organiza la ciencia médica, desde la cúspide de la investigación hasta la atención sanitaria de primera línea. Hoy la mayoría de la gente acepta las grandes verdades científicas reveladas por Newton, Darwin y Einstein, e incluso cuando no lo hacen, no por ello dejan de acudir corriendo a buscar los productos de la farmacología occidental al primer síntoma de gripe o de bronquitis. Solo unas pocas sociedades siguen resistiéndose a la invasión de los modelos occidentales de marketing y de consumo, así como a la propia forma de vida occidental. Cada vez más, los seres humanos se alimentan con una dieta occidental, llevan ropa occidental y viven en viviendas de estilo occidental. Incluso la peculiar forma de trabajar occidental —unas ocho horas, cinco o seis días por semana, con dos o tres semanas de vacaciones al año— se está convirtiendo en una especie de estándar universal. Paralelamente, la religión que los misioneros occidentales trataron de exportar al resto del mundo hoy es profesada por una tercera parte de la humanidad, además de obtener pingües beneficios en el país más populoso del mundo. Incluso el ateísmo surgido en Occidente está haciendo impresionantes progresos.

Cada año que pasa aumenta el número de seres humanos que compran como nosotros, estudian como nosotros, se mantienen sanos (o malsanos) como nosotros, y rezan (o se abstienen de rezar) como nosotros. Hamburguesas, mecheros Bunsen, tiritas, gorras de béisbol o Biblias: vayamos donde vayamos, no podemos escapar fácilmente de todas esas cosas. Solo en el ámbito de las instituciones políticas se mantiene realmente una significativa diversidad global, con una amplia gama de gobiernos en todo el mundo que se resisten a la idea del imperio de la ley, con su protección de los derechos individuales, como fundamento de un gobierno auténticamente representativo. Que el islam

más militante trate de oponerse al avance de las pautas de igualdad de género y libertad sexual propias del Occidente de finales del siglo XX es una cuestión de ideología política tanto como de religión.[18]

Así pues, no es «eurocentrismo» ni (anti-)«orientalismo» decir que el auge de la civilización occidental es el fenómeno histórico más importante de la segunda mitad del segundo milenio después de Cristo. No es más que afirmar lo evidente. El reto consiste en explicar cómo sucedió tal cosa. ¿Qué tenía la civilización de Europa occidental a partir del siglo XV que le permitió triunfar sobre los imperios en apariencia superiores de Oriente? Obviamente, era algo más que la belleza de la capilla Sixtina.

La respuesta fácil, si no tautológica, a la pregunta es que Occidente dominó al resto del mundo gracias al imperialismo.[19] Hoy sigue habiendo muchas personas que se ven exaltadas a un estado de gran indignación moral ante las tropelías de los imperios europeos. Tropelías, sin duda, las hubo, y no están ausentes de estas páginas. Es evidente asimismo que las diferentes formas de colonización —asentamiento frente a extracción— tuvieron impactos muy distintos a largo plazo.[20] Pero el imperio no constituye una explicación históricamente suficiente del predominio occidental. Hubo imperios mucho antes del imperialismo denunciado por los marxistas-leninistas. De hecho, en el siglo XVI varios imperios asiáticos aumentaron considerablemente en poder y extensión. Paralelamente, tras el fracaso del proyecto de Carlos V de un gran Imperio Habsburgo desde España hasta Alemania pasando por los Países Bajos, Europa se fragmentó más que nunca. La Reforma desató más de un siglo de guerras de religión europeas.

Un viajero del siglo XVI difícilmente podría haber dejado de percibir el contraste. Además de abarcar Anatolia, Egipto, Arabia, Mesopotamia y Yemen, bajo Solimán el Magnífico (1520-1566) el Imperio otomano se extendía hasta los Balcanes y Hungría, llegando a amenazar las puertas de Viena en 1529. Más al este, el Imperio safawí, bajo el reinado de Abbas I (1587-1629), abarcaba ininterrumpidamente desde Isfahan y Tabriz hasta Kandahar, mientras que el norte de la India, desde Delhi hasta Bengala, estaba gobernada por el poderoso emperador mogol Akbar (1556-1605). También la China de los Ming parecía serena y segura detrás de la Gran Muralla. Pocos visitantes europeos a la corte del emperador Wanli (1572-1620) podían haber previsto la caída de su dinastía menos de tres décadas después de su muerte. Escribiendo desde Estambul a finales de la década de 1550, el diplomático flamenco Ogier Ghiselin de Busbecq —el hombre que introdujo los tulipanes de Turquía en los Países Bajos— comparaba con inquietud el fracturado estado de Europa con la «inmensa riqueza» del Imperio otomano.

Es cierto que el siglo XVI fue una época de frenética actividad europea en ultramar. Pero, para los grandes imperios orientales, los navegantes portugueses y holandeses parecían cualquier cosa menos portadores de civilización: eran simplemente los últimos bárbaros que amenazaban el «Reino del Medio», aunque algo más odiosos —y seguramente más malolientes— que los piratas de Japón. ¿Y qué otra cosa atrajo a los europeos a Asia sino la superior calidad de los tejidos indios y la porcelana china?

Todavía en 1683 un ejército otomano pudo marchar hasta las puertas de Viena —la capital del

Imperio de los Habsburgo— y exigir que la población de la ciudad se rindiera y se convirtiera al islam. Solo después de levantar aquel asedio la cristiandad pudo empezar a hacer retroceder poco a poco al poder otomano en la Europa central y oriental a través de los Balcanes hacia el Bósforo, y hubieron de pasar muchos años antes de que un imperio europeo pudiera igualar los logros del imperialismo oriental. La «gran divergencia» entre Occidente y el resto del mundo tardó todavía más en materializarse en otras partes. La brecha material entre Norteamérica y Sudamérica no se estableció con firmeza hasta bien entrado el siglo XIX, y la mayor parte de África no fue sometida por los europeos, aparte de unas cuantas franjas costeras, hasta comienzos del XX.

Si la supremacía occidental no puede explicarse, pues, en los manidos términos del imperialismo, ¿acaso fue simplemente —como sostienen algunos estudiosos— una cuestión de buena suerte? ¿Fue la geografía o el clima del extremo occidental de Eurasia la causa de que se produjera la gran divergencia? ¿Sencillamente los europeos tuvieron la fortuna de tropezarse con las islas del Caribe, idealmente aptas para el cultivo de un producto tan rico en calorías como el azúcar? ¿Proporcionó el Nuevo Mundo a Europa las «hectáreas fantasma» de las que China carecía? ¿Y fue solo chiripa lo que hizo que los depósitos de carbón de China resultaran más difíciles de extraer y de transportar que los de Europa?[21] ¿O fue China en algún sentido víctima de su propio éxito, atrapada en una «trampa de equilibrio de alto nivel» por la capacidad de sus cultivadores de proporcionar a un inmenso número de personas justo las calorías necesarias para vivir?[22] ¿Es en realidad posible que Inglaterra se convirtiera en la primera nación industrial sobre todo porque las malas condiciones sanitarias y la enfermedad mantenían una esperanza de vida excepcionalmente corta para la mayoría de la gente, dando a la minoría rica y emprendedora mayores posibilidades de transmitir sus genes?[23]

El inmortal lexicógrafo inglés Samuel Johnson rechazaba tales explicaciones contingentes de la supremacía occidental. En su obra *La historia de Rasselas, príncipe de Abisinia*, publicada en 1759, le hace preguntar a Rasselas:

> ¿Por qué medios… son los europeos tan poderosos?, ¿o por qué, dado que ellos pueden viajar a Asia y África tan fácilmente por razones de comercio o de conquista, no pueden los asiáticos y africanos invadir sus costas, establecer colonias en sus puertos, y dar leyes a sus príncipes naturales? El mismo viento que a ellos les lleva de vuelta nos conduciría allí a nosotros.[*]

A lo que el filósofo Imlac le responde:

> Ellos son más poderosos, Señor, que nosotros, porque son más sabios; el conocimiento predominará siempre sobre la ignorancia, como el hombre gobierna a los otros animales. Pero acerca de por qué su conocimiento es superior al nuestro no sé qué razón puede darse, salvo la insondable voluntad del Ser Supremo.[24]

El conocimiento ciertamente es poder si proporciona formas superiores de navegar a vela, de extraer minerales, de disparar armas de fuego y de curar enfermedades. Pero ¿era realmente ese el caso?: ¿Los europeos poseían más conocimientos que otros pueblos? Quizá en 1759 sí; la innovación científica durante alrededor de dos siglos y medio a partir de 1650 fue casi exclusivamente de origen occidental.[25] Pero ¿y en 1500? Como veremos, la tecnología china, las matemáticas indias y la astronomía árabe habían ido muy por delante durante siglos.

¿Fue, entonces, una diferencia cultural más difusa la que equipó a los europeos para saltar por

delante de sus homólogos orientales? Ese era el argumento planteado por el sociólogo alemán Max Weber. La diferencia se presenta en muchas variantes —el individualismo medieval inglés, el humanismo y la ética protestante…—, y se la ha buscado en todas partes, desde los testamentos de los granjeros ingleses hasta los libros de cuentas de los mercaderes mediterráneos y las normas de etiqueta de las cortes reales. En *La riqueza y la pobreza de las naciones*, David Landes apostaba por la vertiente cultural, argumentando que Europa occidental guio al resto del mundo en el desarrollo de la investigación intelectual autónoma, el método científico de verificación y la racionalización de la investigación y de su difusión. Pero incluso él admitía que hacía falta algo más para que aquella manera de funcionar prosperara: intermediarios financieros y buen gobierno.[26] La clave —resulta cada vez más evidente— está en las instituciones.

Obviamente, las instituciones son en cierto sentido los productos de la cultura. Pero, dado que formalizan un conjunto de normas, a menudo las instituciones son elementos que mantienen la honestidad de una cultura, determinando en qué medida esta favorece un buen comportamiento antes que uno malo. Para ilustrar este punto, el siglo XX realizó una serie de experimentos, imponiendo instituciones completamente distintas a dos conjuntos de alemanes (del Oeste y del Este), a dos conjuntos de coreanos (del Norte y del Sur) y a dos conjuntos de chinos (de dentro y de fuera de la República Popular). Los resultados fueron sorprendentes, y la lección, de una claridad meridiana. Si se coge a un mismo pueblo, con más o menos una misma cultura, y se imponen instituciones comunistas a un grupo e instituciones capitalistas a otro, casi de inmediato se producirá una divergencia en su modo de comportarse.

Muchos historiadores convendrían hoy en que en la década de 1500 había pocas diferencias realmente profundas entre los extremos oriental y occidental de Eurasia. Ambas regiones habían adoptado en fecha muy temprana la agricultura, el intercambio basado en el mercado y las estructuras estatales en torno a centros urbanos.[27] Pero había una diferencia institucional crucial: en China se había consolidado un imperio monolítico, mientras que Europa seguía estando políticamente fragmentada. En *Armas, gérmenes y acero*, Jared Diamond explicaba por qué Eurasia había avanzado más que el resto del mundo.[28] Pero solo en su ensayo «Cómo hacerse rico» (1999) ofrecía una respuesta a la pregunta de por qué un extremo de Eurasia adelantó al otro. La respuesta era que en las llanuras de Eurasia oriental los monolíticos imperios orientales siguieron sofocando la innovación, mientras que en Eurasia occidental, montañosa y dividida por ríos, había múltiples monarquías y ciudades-estado que emprendieron la senda de la competencia creativa y la comunicación.[29]

Es una respuesta atractiva. Y, sin embargo, tampoco puede ser suficiente. Basta echar un vistazo a las dos serie de grabados tituladas *Las miserias de la guerra*, realizadas por el artista de Lorena Jacques Callot en la década de 1630 como si pretendiera advertir al resto del mundo de los peligros del conflicto religioso. La competencia entre y en el seno de los pequeños Estados de Europa en la primera mitad del siglo XVII fue catastrófica, despoblando grandes extensiones de Europa Central además de sumergir a las islas Británicas en más de un siglo de luchas recurrentes y debilitadoras. La fragmentación política suele tener ese efecto. Si el lector duda de ello, que se lo pregunte a los habitantes de la antigua Yugoslavia. La competencia ciertamente es una parte de la historia de la supremacía occidental, tal como veremos en el capítulo 1; pero solo una parte.

En este libro quiero mostrar que lo que distinguió a Occidente del resto del mundo —los resortes del poder global— fueron seis nuevos complejos de instituciones identificables, con las ideas y comportamientos que llevaban aparejados. En aras de la simplicidad, los resumo en seis epígrafes:

1. Competencia.
2. Ciencia.
3. Derechos de propiedad.
4. Medicina.
5. La sociedad de consumo.
6. La ética del trabajo.

Por utilizar el lenguaje del informatizado y sincronizado mundo de hoy, podríamos decir que estas fueron las seis «aplicaciones demoledoras» (lo que en inglés se conoce como *killer apps*)[*] que permitieron a una minoría de la humanidad originaria del extremo occidental de Eurasia dominar el mundo durante casi medio milenio.

Y ahora, antes de que el lector me escriba indignado objetando que he omitido algún aspecto crucial de la supremacía occidental, como el capitalismo, o la libertad, o la democracia (o, para el caso, las armas, los gérmenes y el acero), por favor, lea las breves definiciones siguientes:

1. Competencia: una descentralización tanto de la vida política como de la económica, que sirvió de trampolín tanto a los estados-nación como al capitalismo.
2. Ciencia: un modo de estudiar, comprender y, en última instancia, transformar el mundo natural, que dio a Occidente (entre otras cosas) una importante ventaja militar sobre el resto del mundo.
3. Derechos de propiedad: el imperio de la ley como medio de proteger a los propietarios privados y de resolver pacíficamente las disputas entre ellos, lo que constituyó la base de la forma más estable de gobierno representativo.
4. Medicina: una rama de la ciencia que permitió una importante mejora de la salud y la esperanza de vida, y que se inició en las sociedades occidentales, pero también en sus colonias.
5. La sociedad de consumo: una forma de vida material en la que la producción y la compra de ropa y otros bienes de consumo desempeñan un papel económico central, y sin la que la Revolución industrial habría sido insostenible.
6. La ética del trabajo: un marco moral y un modo de actividad derivado (entre otras fuentes) del cristianismo protestante, que proporciona el tegumento que mantiene unida la sociedad dinámica y potencialmente inestable creada por las aplicaciones 1 a 5.

Que nadie se llame a engaño: esta no es otra versión autocomplaciente más de «El triunfo de Occidente».[30] Pretendo mostrar que no fue solo la superioridad occidental la que condujo a la conquista y colonización de una parte tan importante del resto del mundo: fue también la debilidad fortuita de los rivales de Occidente. En la década de 1640, por ejemplo, una combinación de crisis fiscal y monetaria, cambio climático y enfermedad epidémica desató la rebelión y la crisis final de la

dinastía Ming. Eso no tuvo nada que ver con Occidente. De manera similar, la decadencia política y militar del Imperio otomano vino impulsada desde dentro en mayor medida que impuesta desde fuera. Las instituciones políticas norteamericanas florecieron mientras las de Sudamérica se agostaban; pero el fracaso de Simón Bolívar a la hora de crear los Estados Unidos de Latinoamérica no fue culpa de los gringos.

La clave aquí es que el diferencial entre Occidente y el resto del mundo fue de índole institucional. Europa occidental superó a China debido en parte a que en Occidente había más competencia tanto en el ámbito político como en el económico. Austria, Prusia y, más tarde, incluso Rusia se hicieron más eficaces administrativa y militarmente porque el entramado que dio lugar a la revolución científica surgió en el mundo cristiano, pero no en el musulmán. La razón de que a las antiguas colonias de Norteamérica les fuera mucho mejor que a las de Sudamérica fue que los colonos británicos establecieron en el norte un sistema de derechos de propiedad y de representación política completamente distinto del creado por los españoles y los portugueses en el sur (el del norte era «un orden de libre acceso», en lugar de uno cerrado y gestionado en interés de una élite rentista-parasitaria y exclusivista).[31] Los imperios europeos pudieron penetrar en África no solo porque disponían de la ametralladora Maxim; también inventaron vacunas contra enfermedades tropicales a las que los africanos seguían siendo igual de vulnerables.

Del mismo modo, la temprana industrialización de Occidente fue el reflejo de una serie de ventajas institucionales: la posibilidad de una sociedad de consumo de masas existió en las islas Británicas mucho antes del advenimiento y difusión de la máquina de vapor o el sistema fabril. Aun después de que la tecnología industrial pasara a estar casi universalmente disponible, el diferencial entre Occidente y el resto del mundo persistió; de hecho, incluso aumentó. Con las hiladoras de algodón y los telares mecánicos ya plenamente estandarizados, el trabajador europeo o norteamericano seguía siendo capaz de trabajar de manera más productiva, y su patrono capitalista de acumular riqueza más rápidamente, que sus homólogos orientales.[32] La inversión en sanidad pública y en educación pública produjo grandes dividendos; donde no la hubo, la gente siguió siendo pobre.[33] Este libro trata de todas esas diferencias: de por qué existieron y por qué resultaron tan importantes.

Hasta ahora he utilizado términos como «Occidente» y «occidental» de un modo más o menos informal. Pero ¿a qué —o a dónde— me refiero exactamente cuando hablo de la «civilización occidental»? Los varones blancos anglosajones protestantes de la posguerra solían situar Occidente (también conocido como «el mundo libre») más o menos instintivamente en un corredor relativamente estrecho que se extendía (sin duda) desde Londres hasta Lexington, Massachusetts, y (posiblemente) desde Estrasburgo hasta San Francisco. En 1945, la primera lengua de un Occidente recién salido de los campos de batalla era el inglés, seguido por un vacilante francés. Con el éxito de la integración europea en las décadas de 1950 y 1960, el club occidental aumentó de tamaño. Pocos discutirían hoy que los Países Bajos, Francia, Alemania, Italia, Portugal, Escandinavia y España pertenecen a Occidente, mientras que Grecia es un miembro nato, pese a su posterior adhesión al cristianismo ortodoxo, gracias a nuestra perdurable deuda con la antigua filosofía helénica y a la

deuda, más reciente, de los griegos con la Unión Europea.

Pero ¿qué hay del resto del Mediterráneo meridional y oriental, que abarca no solo los Balcanes al norte del Peloponeso, sino también el norte de África y Anatolia? ¿Y qué hay de Egipto y Mesopotamia, cuna de las primeras civilizaciones? ¿Forma parte de Occidente Sudamérica, colonizada por los europeos no menos que Norteamérica, y geográficamente situada en el mismo hemisferio? ¿Y Rusia? ¿Es la Rusia europea realmente occidental, mientras que la Rusia de más allá de los Urales forma parte en cierta medida de Oriente? Durante toda la guerra fría se aludió a la Unión Soviética y sus satélites como «el bloque oriental». Pero seguramente hay razones para afirmar que la Unión Soviética fue un producto de la civilización occidental tanto como pudo serlo Estados Unidos. Su ideología central tuvo casi el mismo origen victoriano que el nacionalismo, el antiesclavismo y el sufragio femenino: nació y se crio en la antigua sala de lectura circular de la Biblioteca Británica. Y su alcance geográfico fue un producto de la expansión europea tanto como pudo serlo la colonización de América. En Asia Central, como en Sudamérica, los europeos dominaron a los no europeos. En ese sentido, lo que ocurrió en 1991 fue simplemente la muerte del último imperio europeo. Sin embargo, la más influyente de las recientes definiciones de la civilización occidental, la de Samuel Huntington, excluye no solo a Rusia, sino también a todos los países con una tradición religiosa ortodoxa. El Occidente de Huntington consiste solo en la Europa occidental y central (excluyendo el este ortodoxo), Norteamérica (excluyendo México) y Australasia. Grecia, Israel, Rumania y Ucrania no aprueban el examen; ni tampoco las islas del Caribe, pese al hecho de que muchas de ellas son tan occidentales como Florida.[34]

«Occidente» es, pues, mucho más que una mera expresión geográfica. Es un conjunto de normas, comportamientos e instituciones con unas fronteras en extremo difusas. Merece la pena reflexionar sobre lo que ello implica. ¿Es posible, entonces, que una sociedad asiática se convierta en occidental si abraza los hábitos occidentales de vestir y hacer negocios, tal como hizo Japón en la era Meiji y parece estar haciendo actualmente una gran parte del resto de Asia? Hubo un momento en que estaba de moda insistir en que «el sistema-mundo» capitalista había impuesto una permanente división del trabajo entre el centro (Occidente) y la periferia (el resto del mundo).[35] Pero ¿qué pasa si a la larga el mundo entero termina occidentalizándose, al menos en su apariencia y estilo de vida? ¿O es posible que otras civilizaciones sean, como sostenía Huntington en un célebre argumento, más resistentes, en particular la civilización «sínica», esto es, la Gran China,[*] y el islam, con sus «sangrientas fronteras y entrañas»?[36] ¿Hasta qué punto su adopción de los modos de funcionamiento occidentales es meramente una modernización superficial, sin la menor profundidad cultural? Estas son las preguntas que abordaremos más adelante.

Otro enigma de la civilización occidental es que la desunión parece ser una de sus características definitorias. A comienzos de la década de 2000, muchos analistas estadounidenses se quejaban de que el Atlántico «se ensanchaba»; es decir, de que se estaban quebrando los valores comunes que habían unido a Estados Unidos a sus aliados de Europa occidental durante la guerra fría.[37] Si esto se ha hecho hoy un poco más evidente que en la época en la que Henry Kissinger era el secretario de Estado al que cualquier estadista norteamericano tenía que acudir cuando quería hablar con Europa, también se ha hecho más difícil decir quién contesta el teléfono de parte de la civilización occidental. Y, sin embargo, la actual división entre Estados Unidos y la «Vieja Europa» es apacible y

amistosa comparada con los grandes cismas del pasado en torno a la religión, a la ideología, e incluso en torno al significado de la propia civilización. Durante la Primera Guerra Mundial, los alemanes afirmaron que libraban la guerra en pro de una *Kultur* superior y en contra de la chabacana y materialista *civilización* anglofrancesa (la distinción la hicieron, entre otros, Thomas Mann y Sigmund Freud). Pero esa distinción resultaba difícil de reconciliar con el incendio de la biblioteca de la Universidad de Lovaina y las ejecuciones sumarias de civiles belgas en la primera fase de la guerra. Los propagandistas británicos replicaron definiendo a los alemanes como «hunos» —bárbaros fuera del alcance de la civilización— y denominando al propio conflicto «la Gran Guerra por la Civilización» en su medalla de la victoria.[38] ¿Resulta acaso más significativo hablar hoy de «Occidente» como una civilización unitaria de lo que lo era en 1918?

Por último, vale la pena recordar que la civilización occidental ya había experimentado antes una decadencia y caída. Las ruinas romanas dispersas por toda Europa, el norte de África y Oriente Próximo son un formidable recordatorio de ello. La primera versión de Occidente —llamémosle «civilización occidental 1.0»— surgió en el llamado Creciente Fértil, que abarcaba desde el valle del Nilo hasta la confluencia de los ríos Tigris y Eufrates, y alcanzó sus dos puntos culminantes con la democracia ateniense y el Imperio romano.[39] Varios elementos clave de nuestra civilización actual —no solo la democracia, sino también el atletismo, la aritmética, el derecho continental, la geometría, el estilo arquitectónico clásico y un importante número de palabras en varias lenguas— tuvieron sus orígenes en el antiguo Occidente. En su apogeo, el Imperio romano era un sistema enormemente sofisticado. Los cereales, los productos manufacturados y las monedas circulaban a todo lo largo y ancho de una economía que se extendía desde el norte de Inglaterra hasta la cuenca alta del Nilo; florecía la erudición; había leyes, medicina, e incluso centros comerciales como el Foro de Trajano en Roma. Pero aquella versión de civilización occidental decayó y finalmente se desmoronó con dramática rapidez en el siglo V d.C., deshecha por las invasiones bárbaras y las disensiones internas. En el lapso de una generación, la enorme metrópoli imperial de Roma se había deteriorado; sus acueductos estaban rotos; sus espléndidos mercados, desiertos. El conocimiento del Occidente clásico se habría perdido por completo de no ser por los bibliotecarios de Bizancio,[40] los monjes de Irlanda,[41] y los papas y sacerdotes de la Iglesia católica, sin olvidar a los califas abasíes.[42] Sin su gestión, la civilización de Occidente no habría resurgido como lo hizo en la Italia del Renacimiento.

¿Es también la decadencia y caída el destino que aguarda a la «civilización occidental 2.0»? En términos demográficos, la población de las sociedades occidentales ha representado durante largo tiempo una minoría del total de habitantes del mundo, pero hoy se halla en franca disminución. Las economías de Estados Unidos y Europa, antaño tan dominantes, afrontan hoy la perspectiva real de verse superadas por China en el plazo de veinte o incluso diez años, mientras que Brasil y la India no le van muy a la zaga. El denominado «poder duro» occidental parece tener dificultades en el Gran Oriente Próximo, desde Irak hasta Afganistán, al tiempo que el «Consenso de Washington» sobre la política económica del libre mercado se desintegra. La crisis financiera iniciada en 2007 también parece señalar un defecto fundamental en el corazón de la sociedad de consumo, con su énfasis en la terapia de compras basada en el endeudamiento. La ética protestante de la frugalidad que antaño pareció tan esencial al proyecto occidental hoy casi ha desaparecido. Paralelamente, las élites

occidentales se ven acosadas por los temores casi milenaristas de un inminente apocalipsis medioambiental.

Es más: la civilización occidental parece haber perdido la confianza en sí misma. Empezando por Stanford en 1963, toda una serie de grandes universidades han dejado de ofrecer el clásico curso de historia «de la civilización occidental» a sus alumnos. También en las escuelas e institutos la grandiosa narración del auge de Occidente parece haber quedado obsoleta. En el Reino Unido, gracias a la moda pedagógica que elevaba las «habilidades históricas» por encima del conocimiento en nombre de la «Nueva Historia» —combinada con las consecuencias imprevistas del proceso de reforma curricular—, hoy demasiados escolares terminan la enseñanza secundaria conociendo solo unos cuantos fragmentos inconexos de la historia occidental: Enrique VIII y Hitler, con una pequeña dosis de Martin Luther King. Una encuesta realizada entre estudiantes de historia de primer curso en una importante universidad británica revelaba que solo un 34 por ciento de ellos sabían quién reinaba en Inglaterra en la época de la Armada Invencible, solo un 31 por ciento sabían dónde se libró la guerra de los bóers, solo un 16 por ciento sabían quién mandaba las fuerzas británicas en Waterloo (más del doble de dicho porcentaje creían que era Nelson en lugar de Wellington), y solo un 11 por ciento eran capaces de nombrar como mínimo a un primer ministro británico del siglo XIX.[43] En otra encuesta similar, realizada a jóvenes ingleses de entre once y dieciocho años, un 17 por ciento creían que Oliver Cromwell luchó en la batalla de Hastings, y un 25 por ciento situaban la Primera Guerra Mundial en un siglo equivocado.[44] Asimismo, al menos en el mundo anglosajón, ha ganado terreno el argumento de que hay que estudiar las otras culturas, y no la propia. La selección musical enviada al espacio exterior en la nave espacial Voyager en 1977 contenía 27 temas, de los que solo 10 eran de compositores occidentales, incluyendo no solo a Bach, Mozart y Beethoven, sino también a Louis Armstrong, Chuck Berry y Blind Willie Johnson. De manera similar, una Historia del mundo «en 100 objetos» redactada por el director del Museo Británico en 2010 incluía no más de 30 productos de la civilización occidental.[45]

Y, sin embargo, cualquier historia de las civilizaciones del mundo que minimice el grado de su gradual subordinación a Occidente a partir de 1500 estará omitiendo el punto esencial: lo que más necesita explicación. El auge de Occidente es, lisa y llanamente, el fenómeno histórico preeminente de la segunda mitad del segundo milenio después de Cristo. Es el elemento que constituye el corazón mismo de la historia moderna. Es quizá el enigma más estimulante que los historiadores han de resolver. Y si debemos resolverlo no es simplemente para satisfacer nuestra curiosidad, puesto que solo identificando las verdaderas causas de la supremacía occidental podemos confiar en evaluar con cierto grado de exactitud la inminencia de nuestra propia decadencia y caída.

1
Competencia

> China parece haber sido durante largo tiempo estacionaria, y probablemente hace mucho que adquirió la dotación de riquezas coherente con la naturaleza de sus leyes e instituciones. Pero esa dotación puede ser muy inferior a lo que, con otras leyes e instituciones, podría admitir la naturaleza de su suelo, clima y situación. Un país que descuida o desprecia el comercio exterior, y que admite los barcos de las naciones extranjeras solo en uno o dos de sus puertos, no puede llevar a cabo la misma cantidad de negocio que podría realizar con otras leyes e instituciones distintas… Un comercio exterior más extenso… difícilmente podría dejar de incrementar en gran medida las manufacturas de China, y de mejorar en gran medida las capacidades productivas de su industria manufacturera. Mediante una navegación más extensa, los chinos aprenderían de forma natural el arte de usar y construirse ellos mismos todas las diversas máquinas que se utilizan en otros países, además de las otras mejoras del arte y la industria que se practican en todas las diversas partes del mundo.
>
> ADAM SMITH

> ¿Por qué ellos son pequeños y, sin embargo, fuertes? ¿Por qué nosotros somos grandes y, sin embargo, débiles? … Lo que tenemos que aprender de los bárbaros es solo… barcos sólidos y armas eficaces.
>
> FENG GUIFEN

DOS RÍOS

La Ciudad Prohibida (Gugong) fue construida en el corazón de Pekín por más de un millón de trabajadores, utilizando materiales procedentes de todo el Imperio chino. Con casi un millar de edificios dispuestos, construidos y decorados para simbolizar la fuerza de la dinastía Ming, la Ciudad Prohibida no es solo una reliquia de la que antaño fue la mayor civilización del mundo; es también un recordatorio de que ninguna civilización dura para siempre. Todavía en 1776 Adam Smith podía referirse a China como «uno de los países más ricos, es decir, uno de los más fértiles, mejor cultivados, más laboriosos y más populosos del mundo… un país mucho más rico que ninguna parte de Europa». Sin embargo, Smith también identificaba a China como «durante largo tiempo estacionaria» o «inmóvil».[1] Y en eso seguramente tenía razón. Menos de un siglo después de que se construyera la Ciudad Prohibida (entre 1406 y 1420), puede decirse que la relativa decadencia de Oriente se había iniciado ya. Los pequeños Estados de Europa occidental, empobrecidos y desgarrados por los conflictos, se embarcaron en una expansión casi imparable que duraría medio milenio, al tiempo que los grandes imperios de Oriente se estancaban y en última instancia sucumbían al predominio occidental.

¿Por qué China declinó mientras Europa salió adelante? La principal respuesta de Smith era que los chinos no habían sabido «alentar el comercio exterior», y, por lo tanto, se habían perdido los beneficios de la ventaja comparativa y de la división internacional del trabajo. Pero también eran posibles otras explicaciones. En la década de 1740, Charles-Louis de Secondat, barón de Montesquieu, culpaba al «plan de tiranía establecido», cuyo origen atribuía a la población excepcionalmente grande de China, la cual, a su vez, se debía al clima de Asia oriental:

> Razono así: Asia no tiene propiamente una zona templada, dado que los lugares situados en un clima muy frío lindan directamente con los que son sumamente cálidos, es decir, Turquía, Persia, India, China, Corea y Japón. En Europa, por el contrario, la zona templada es muy extensa… de ello se sigue que cada [país] se parece al país colindante; que no hay una diferencia muy extraordinaria entre ellos… De ahí se deriva que en Asia las naciones fuertes se oponen a las débiles; la gente belicosa, valiente y activa linda directamente con la que es indolente, afeminada y timorata; por lo tanto, una debe conquistar, y la otra ser conquistada. En Europa, por el contrario, las naciones fuertes se oponen a las fuertes; y las que son colindantes tienen casi el mismo coraje. Esta es la gran razón de la debilidad de Asia y de la fortaleza de Europa; de la libertad de Europa y de la esclavitud de Asia: una causa que no recuerdo haber visto nunca señalada.[2]

Otros escritores europeos posteriores creyeron que fue la tecnología occidental la que superó a Oriente, en particular la tecnología que daría lugar a la revolución industrial. Eso fue ciertamente lo que le pareció al conde Macartney después de su misión claramente decepcionante ante la corte imperial china en 1793 (véase más adelante). Otro argumento, especialmente popular en el siglo XX, fue que la filosofía confuciana había inhibido la innovación. Sin embargo, tales explicaciones contemporáneas del bajo rendimiento oriental resultaban erróneas. La primera de las seis «aplicaciones demoledoras» de las que dispuso Occidente, pero de las que careció Oriente, no fue de índole comercial, ni climática, ni tecnológica, ni filosófica; fue, como supo discernir Smith, sobre todo de índole institucional.

Si en el año 1420 el lector hubiera emprendido un viaje a lo largo de dos ríos, el Támesis y el Yangtsé, se habría visto sorprendido por el contraste entre ambos.

El Yangtsé formaba parte de un vasto complejo de navegación fluvial que unía Nankín con Pekín, más de 800 kilómetros al norte, y con Hangzhou, en el sur. En el corazón de este sistema se hallaba el Gran Canal, que en su momento de máximo apogeo llegó a tener una extensión de más de 1.600 kilómetros. El Canal, cuyo origen se remontaba al siglo VII a.C., y que contaba con esclusas ya desde el siglo X d.C. y con puentes exquisitos como el del Cinto Precioso, de varios arcos, fue sustancialmente restaurado y mejorado en el reinado del emperador Ming Yongle (1402-1424). Una vez que su ingeniero jefe Bai Ying hubo terminado de represar y desviar el curso del río Amarillo, era posible que surcaran cada año el Canal en uno u otro sentido casi 12.000 barcazas de grano.[3] En su mantenimiento se empleaba a casi 50.000 hombres. En Occidente, obviamente, el más grande de los grandes canales siempre será el de Venecia. Pero cuando el intrépido viajero veneciano Marco Polo visitó China en la década de 1270, incluso él se sintió impresionado por el volumen de tráfico del Yangtsé:

> En este río hay más naves que en todo el mar y en todos los ríos aquende el mar, y bajan por él más mercaderías que por todas las tierras en todos los lugares aquende el mar.

El Gran Canal de China no era únicamente la principal arteria del comercio interior. También permitía al gobierno imperial nivelar el precio del grano por medio de los cinco graneros estatales, que compraban cuando el grano estaba barato y vendían cuando estaba caro.[4]

En 1420 Nankín era probablemente la ciudad más grande del mundo, con una población de entre medio millón y un millón de personas. Durante siglos había sido un próspero centro de las industrias de la seda y el algodón, y bajo el emperador Yongle se convirtió también en un centro de conocimiento. El nombre Yongle significa «felicidad perpetua», aunque quizá la expresión «movimiento perpetuo» habría resultado más apropiada para definirle. El mayor de los emperadores Ming no hacía nada a medias. El compendio de todo el saber chino que mandó hacer requirió del trabajo de más de 2.000 eruditos para completarse, y llenó más de 11.000 volúmenes. Solo se vería superada como la mayor enciclopedia del mundo en 2007, tras un reinado de casi exactamente 600 años, por la Wikipedia.

Pero Yongle no estaba satisfecho con Nankín. Poco después de su accesión al trono había decidido construir una nueva capital, más espectacular, en el norte: Pekín. En 1420, cuando se completó la Ciudad Prohibida, la China de los Ming tenía el indiscutible honor de ser la civilización más avanzada del mundo.

En comparación con el Yangtsé, a comienzos del siglo XV el Támesis era un verdadero remanso. Es cierto que Londres era una ajetreada ciudad portuaria, el eje principal del comercio de Inglaterra con el continente. El alcalde más famoso de la ciudad, Richard Whittington, era un importante comerciante de paño que había hecho fortuna gracias a las crecientes exportaciones de lana de Inglaterra. Y la industria de construcción de barcos de la capital británica se había visto potenciada por la necesidad de transportar hombres y provisiones para las repetidas campañas inglesas contra los franceses. En Shadwell y Ratcliffe había atracaderos donde podían izarse los barcos para ser reparados. Y por supuesto, estaba la Torre de Londres, imponente, eso sí, aunque no tuviera nada de prohibida.

Pero un visitante de China difícilmente se habría sentido impresionado por todo esto. La propia Torre era una construcción tosca en comparación con las múltiples salas de la Ciudad Prohibida. El Puente de Londres no era más que un destartalado mercadillo sobre pilares al lado el Puente del Cinto Precioso. Y sus primitivas técnicas de navegación confinaban a los marineros ingleses a estrechas extensiones de agua —el Támesis y el Canal de la Mancha— donde podían mantenerse a la vista de las orillas y costas familiares. Nada podría haber resultado más inimaginable, tanto para los ingleses como para los chinos, que la idea de unos barcos londinenses remontando el Yangtsé.

En comparación con Nankín, la Londres a la que regresó Enrique V en 1421 tras sus triunfos sobre los franceses —de los que el más famoso fue el de Agincourt— apenas podía considerarse una ciudad. Sus viejas y restauradas murallas se extendían a lo largo de unos cinco kilómetros, lo que representaba —una vez más— solo una parte del tamaño de las de Nankín. El fundador de la dinastía Ming había necesitado más de veinte años para construir la muralla que rodeaba su capital, la cual abarcaba otros tantos kilómetros, con puertas tan grandes que una sola podía dar cabida a 3.000 soldados. Y además se construyó para durar. Gran parte de ella permanece en pie todavía hoy, mientras que apenas queda nada de la muralla medieval de Londres.

Para los estándares del siglo XV, la China de los Ming era un lugar relativamente agradable para vivir. El rígido orden feudal establecido en los comienzos de la era Ming se relajó luego gracias al floreciente comercio interno.[5] Hoy el visitante de Suzhou todavía puede ver los frutos arquitectónicos de aquella prosperidad en los umbríos canales y elegantes pasarelas del casco viejo de la ciudad. En Inglaterra, en cambio, la vida urbana era muy distinta. La peste negra —o peste bubónica, causada por la bacteria *Yersinia pestis* y transmitida por las pulgas—, que llegó al país en 1349, había reducido la población de Londres a unos 40.000 habitantes, menos de una décima parte del tamaño de la de Nankín. Además de la peste, también eran frecuentes el tifus, la disentería y la viruela. E incluso en ausencia de epidemias, las malas condiciones sanitarias hacían de Londres una trampa mortal. Las calles, sin alcantarillado de ninguna clase, eran de una pestilencia insoportable, mientras que en las ciudades chinas los excrementos humanos se recogían sistemáticamente y se empleaban como fertilizante en los arrozales del extrarradio. En los días en los que Dick Whittington fue alcalde —cuatro veces entre 1397 y su muerte en 1423—, las calles de Londres estaban pavimentadas de algo bastante menos atractivo que el oro.

Antes solía llevarse a pensar a los escolares en Enrique V como una de las figuras heroicas de la historia inglesa, la antítesis del penúltimo de sus predecesores, el decadente Ricardo II. Aunque sea triste decirlo, el reino de ambos estaba muy lejos de ser la «isla coronada» del *Ricardo II* de Shakespeare; era, más bien, una «isla apestada». Puede que el dramaturgo la llamara con afecto «este nuevo Edén, semiparaíso, / este bastión, que la naturaleza ha levantado / contra la peste…». Pero en Inglaterra, entre 1540 y 1800, la esperanza de vida al nacer fue, como media, de treinta y siete miserables años; en el caso concreto de Londres, la cifra se reducía a los veinte y pico. Aproximadamente uno de cada cinco niños ingleses moría en el primer año de vida, y en Londres la cifra aumentaba a casi uno de cada tres. El propio Enrique V se convirtió en rey a la edad de veintiséis años, y murió del disentería a los treinta y cinco; lo que nos recuerda que la mayor parte de la historia, hasta una fecha relativamente reciente, la hicieron personas bastante jóvenes y de vida efímera.

La violencia era endémica. La guerra con Francia representaba casi una situación permanente. Cuando no estaban luchando contra los franceses, los ingleses luchaban contra los galeses, los escoceses y los irlandeses. Cuando no estaban combatiendo a los celtas, combatían entre sí en toda una serie de guerras por el control de la corona. El padre de Enrique V había accedido al trono mediante la violencia; su hijo, Enrique VI, lo perdió por medios similares con el estallido de la guerra de las Dos Rosas, que vio a cuatro reyes perder su trono y a cuarenta pares adultos morir en la batalla o en el cadalso. Entre 1330 y 1479, una cuarta parte de las muertes producidas entre la aristocracia inglesa fueron violentas. Y el asesinato común estaba a la orden del día. Los datos del siglo XIV sugieren una tasa de homicidios anual en Oxford de más de 100 por cada 100.000 habitantes. Londres era un poco más seguro, con una tasa de alrededor de 50 por cada 100.000 habitantes. Actualmente las peores tasas de homicidios del mundo se dan en Sudáfrica (69 por cada 100.000 habitantes), Colombia (53) y Jamaica (34). Incluso Detroit, en su peor momento (la década de 1980), tenía una tasa de solo 45 por cada 100.000 habitantes.[6]

La vida inglesa en este período era realmente, como observaría más tarde el teórico político Thomas Hobbes (hablando de lo que él denominaba «el estado de naturaleza»), «solitaria, pobre,

inmunda, brutal y corta». Hasta para una próspera familia de Norfolk como los Paston[*] la seguridad podía ser escasa. La esposa de John Paston, Margaret, fue sacada a rastras de su alojamiento cuando trataba de defender el legítimo derecho de la familia a la mansión de Gresham, ocupada por el heredero del dueño anterior; asimismo, el castillo de Caister había sido legado a los Paston por sir John Fastolf, pero poco después de la muerte de John Paston fue sitiado por el duque de Norfolk, que retuvo su posesión durante diecisiete largos años.[7] Con todo, Inglaterra se contaba entre los países más prósperos y menos violentos de Europa. La vida era aún más inmunda, más brutal y más corta en Francia, e iba empeorando de manera constante conforme uno se desplazaba hacia el este de Europa. Todavía a comienzos del siglo XVIII el francés medio tenía una ingesta diaria de 1.660 calorías, apenas por encima del mínimo requerido para sostener la vida humana y aproximadamente la mitad de la media actual en Occidente. Asimismo, el francés prerrevolucionario tenía una estatura media de solo 1,65.[8] Y en todos los países continentales de los que tenemos datos relativos al período medieval, las tasas de homicidios eran superiores a las de Inglaterra, con Italia —una tierra famosa por sus asesinos tanto como por sus artistas— ocupando regularmente el peor puesto.

A veces se argumenta que la propia inmundicia de Europa occidental fue una especie de ventaja oculta. Dado que las elevadas tasas de mortalidad eran especialmente comunes entre los pobres, quizá ayudaron de algún modo a los ricos a hacerse más ricos. Sin duda, una consecuencia de la peste negra fue la de estimular la renta per cápita europea: los que sobrevivieron pudieron ganar salarios más altos gracias a la escasez de mano de obra. También es cierto que los hijos de los ricos tenían más probabilidades de sobrevivir hasta la edad adulta que los de los pobres.[9] Sin embargo, parece improbable que esos caprichos de la demografía europea expliquen la gran divergencia entre Occidente y Oriente. Actualmente hay países del mundo donde la vida es casi tan miserable como lo fue en la Inglaterra medieval, donde la pestilencia, el hambre, la guerra y el asesinato garantizan que la esperanza de vida se mantenga en valores medios lastimosamente bajos, y donde solo los ricos viven mucho. Pero Afganistán, Haití o Somalia muestran pocos indicios de que tales condiciones les reporten beneficio alguno. Como veremos, Europa dio el salto a la prosperidad y el poder a pesar de la muerte, no gracias a ella.

Hay que recordar a los estudiosos y lectores modernos cómo era entonces la muerte. *El triunfo de la muerte*, la visionaria obra de arte del pintor flamenco Pieter Brueghel el Viejo (c. 1525-1569), no es, desde luego, una muestra de realismo; pero seguro que Brueghel no tuvo que basarse únicamente en su imaginación para representar una escena de muerte y destrucción que revuelve las tripas. En una tierra dominada por un ejército de esqueletos, un rey yace moribundo, sin que le valga de nada su tesoro, mientras un perro mordisquea un cadáver cercano. Al fondo vemos a dos hombres colgados de horcas, a otros cuatro descoyuntados sobre sendas ruedas, y a otro a punto de ser decapitado. Los ejércitos chocan, las casas se queman, los barcos se hunden. En primer plano, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, soldados y civiles, son todos ellos empujados atropelladamente hacia un túnel estrecho y cuadrado. Nadie se salva. Hasta el trovador que canta a su amante está sin duda condenado. El propio artista murió a los cuarenta y pocos años, siendo más joven de lo que hoy es este autor.

Un siglo más tarde, el artista italiano Salvator Rosa pintó el que quizá sea el más conmovedor de los *memento mori*, titulado simplemente *La fragilidad humana*. Se inspiró en la peste que había

asolado su Nápoles natal en 1655, cobrándose la vida de su hijo pequeño, Rosalvo, además de llevarse a su hermano, su hermana, el marido de esta y cinco de los hijos de ambos. Con una horrible sonrisa, el ángel de la muerte surge de la penumbra detrás de la esposa de Rosa para reclamar a su hijo, mientras este da sus primeros pasos en la escritura. El sentimiento del afligido artista queda inmortalmente resumido en solo ocho palabras latinas inscritas en el lienzo:

> Conceptio culpa
> Nasci pena
> Labor vita
> Necesse mori.

«La concepción es pecado, el nacimiento es dolor, la vida es esfuerzo, la muerte es inevitable.» ¿Qué descripción más sucinta se podría concebir de la vida en la Europa de aquella época?

EL EUNUCO Y EL UNICORNIO

¿Cómo podemos entender la preeminencia de Oriente? Para empezar, la agricultura asiática era considerablemente más productiva que la europea. En Asia oriental bastaba media hectárea de tierra para sustentar a una familia: tal era la eficiencia del cultivo del arroz; mientras que en Inglaterra la cifra media se acercaba a las 10 hectáreas. Esto ayuda a explicar por qué Asia oriental era ya más populosa que Europa occidental. El sofisticado sistema oriental de cultivo del arroz podía alimentar a muchas más bocas. No cabe duda de que el poeta Ming Zhou Shixiu veía el campo a través de un cristal de color de rosa; aun así, el panorama que aquí describe es el de una población rural contenta:

> Surgen humildes puertas en el oscuro sendero, un callejón tortuoso desciende hasta la entrada. Aquí diez familias… han estado viviendo juntas durante generaciones. El humo de sus fuegos se entremezcla allá donde se mire; así también, en sus rutinas, la gente coopera. El hijo de un hombre dirige la casa del oeste, mientras que la hija de otro es la esposa del vecino occidental. Un viento frío de otoño sopla en el santuario del dios, en el suelo; se ofrendan cochinillos y cerveza de arroz al Ancestro de los Campos, al que el viejo chamán quema papel moneda, mientras los chicos golpean un tambor de bronce. La niebla envuelve en silencio el jardín de caña de azúcar y cae una fina lluvia sobre los campos de taro, mientras la gente vuelve a casa después de los ritos, extienden las esteras, y charlan, medio borrachos.[10]

Estas escenas de bucólica placidez, sin embargo, cuentan solo parte de la historia. Las generaciones posteriores de occidentales tendieron a pensar en la China imperial como una sociedad estática, alérgica a la innovación. En *La religión de China: confucianismo y taoísmo* (1915), el sociólogo alemán Max Weber definía el racionalismo confuciano como una «adaptación racional al

mundo», opuesta al concepto occidental de «dominio racional del mundo». Esta misma visión la comparte en gran medida el filósofo chino Feng Youlan en su *Historia de la filosofía china* (1934), y puede verse también en la historia en varios volúmenes de la *Ciencia y civilización en China* del erudito de Cambridge Joseph Needham. Tales explicaciones culturales —siempre atractivas para quienes, como Feng y Needham, simpatizaron con el régimen maoísta a partir de 1949— son difíciles de cuadrar con la evidencia de que, desde mucho antes de la era Ming, la civilización china había tratado constantemente de dominar el mundo mediante la innovación tecnológica.

No sabemos con seguridad quién diseñó el primer reloj de agua. Es posible que fueran los egipcios, los babilonios o los chinos. Pero en 1086 Su Song le agregó un escape, creando el primer reloj mecánico del mundo, un intrincado artilugio de 12 metros de altura que no solo daba la hora, sino que además representaba los movimientos del Sol, la Luna y los planetas. Marco Polo vio un campanario controlado por un reloj así cuando visitó Dadu, en el norte de China, no mucho después de la construcción del campanario en 1272. En Inglaterra no existió nada remotamente tan preciso hasta un siglo después, cuando se construyeron los primeros relojes astronómicos para las catedrales de Norwich, St. Albans y Salisbury.

Tradicionalmente se sitúa la invención de la imprenta de tipos móviles en la Alemania del siglo XV; en realidad se inventó en la China del siglo XI. También el papel se originó en China mucho antes de que se introdujera en Occidente. Y lo mismo ocurrió con el papel moneda, el papel de empapelar y el papel higiénico.[11]

A menudo se afirma que el pionero y agricultor inglés Jethro Tull ideó la sembradora en 1701; en realidad se había inventado en China dos mil años antes. El arado Rotherham, que, con su vertedera de hierro curvada, representó una herramienta clave en la revolución agrícola de la Inglaterra del siglo XVIII, fue otra innovación anticipada ya por los chinos.[12] El *Tratado de agricultura* de Wang Zhen, publicado en 1313, estaba lleno de instrumentos entonces desconocidos en Occidente.[13] También la revolución industrial fue prefigurada en China. El primer alto horno para fundir mineral de hierro no se construyó en Coalbrookdale en 1709, sino en China antes de 200 a.C. El puente colgante de hierro más antiguo del mundo no es británico, sino chino; data nada menos que del año 65 d.C., y todavía pueden verse sus restos cerca de Ching-tung, en la provincia de Yunnan.[14] Aun en 1788 los niveles británicos de producción de hierro estaban todavía por debajo de los alcanzados en China en 1078. Fueron los chinos quienes primero revolucionaron la producción textil con innovaciones como la rueca y el cepo para devanar seda, importadas a Italia en el siglo XIII.[15] Y nada más lejos de la verdad la afirmación de que los chinos utilizaban su invento más famoso, la pólvora, únicamente para hacer fuegos artificiales. El libro de Jiao Yu y Liu Ji Huolongjing, publicado a finales del siglo XIV, describe minas terrestres y marítimas, cohetes, y balas de cañón huecas y rellenas de explosivos.

Otras innovaciones chinas incluyen el insecticida químico, el carrete de pesca, las cerillas, la brújula magnética, la baraja de cartas, el cepillo de dientes y la carretilla. Todo el mundo sabe que el golf se inventó en Escocia. Pero los Archivos de Dongxuan, de la dinastía Song (960-1279), describen un juego llamado *chuiwan*. Se jugaba con diez palos, incluyendo un *cuanbang*, un *pubang* y un *shaobang*, más o menos equivalentes a nuestro *driver*, madera 2 y madera 3. Los palos estaban taraceados con jade y oro, lo que sugiere que, entonces como ahora, el golf era un juego para gente

acomodada.

Pero eso no es todo. En 1400, en los albores de un nuevo siglo, China estaba a punto de lograr otro gran avance tecnológico, uno que tenía el potencial de convertir al emperador Yongle en amo y señor no solo del Reino del Medio, sino del mundo entero; literalmente, de «todo lo que hay bajo el cielo».

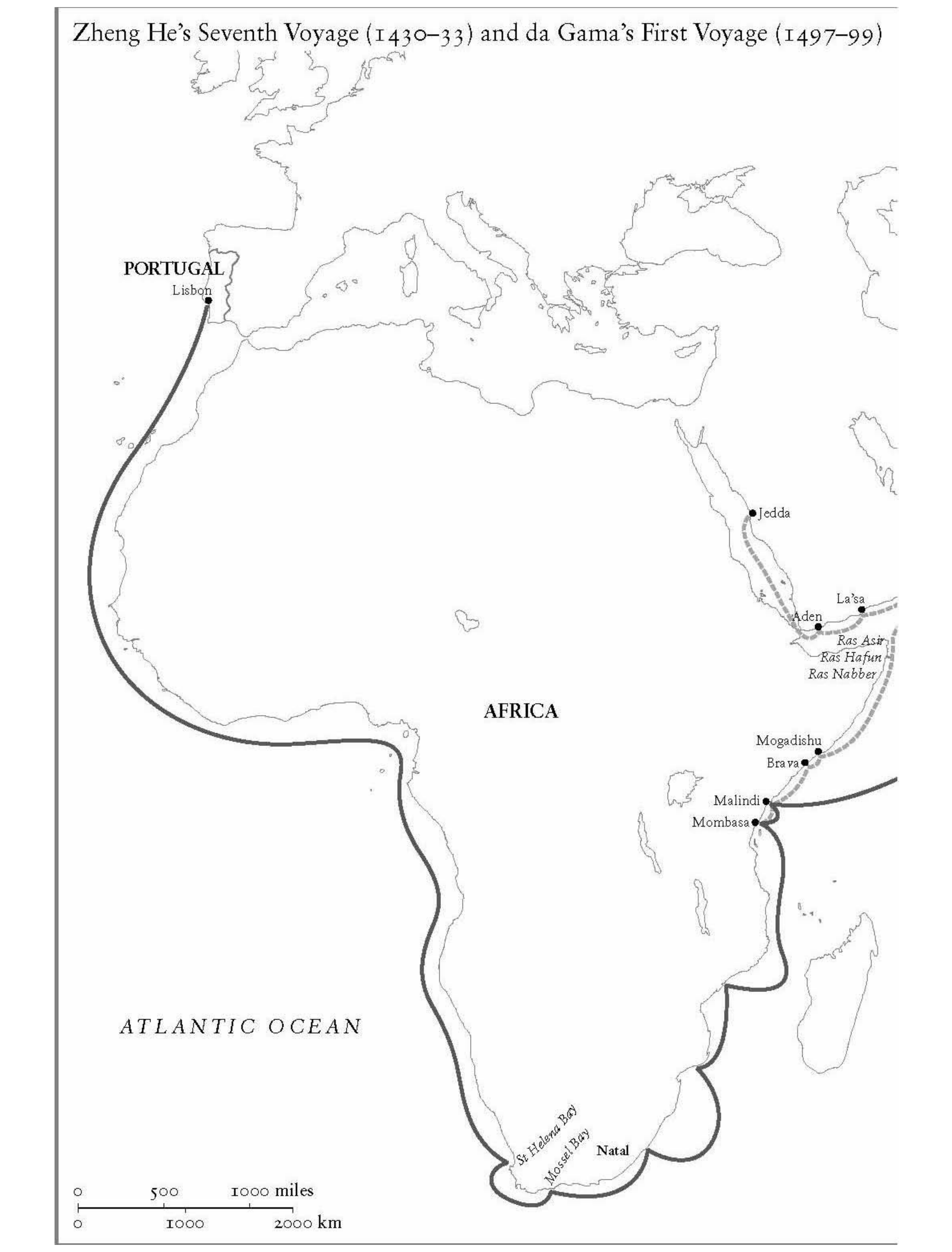
Hoy, en Nankín, puede verse una réplica a tamaño natural del «barco del tesoro» del almirante Zheng He, el más famoso navegante de la historia china. Mide 120 metros de eslora, casi cinco veces el tamaño de la carabela *Santa María*, con la que Cristóbal Colón cruzó el Atlántico en 1492. Y era solo parte de una flota de más de 300 enormes juncos transoceánicos. Con múltiples mástiles y cámaras independientes para impedir que se hundieran en caso de que se produjera un agujero por debajo de la línea de flotación, estos barcos eran mucho más grandes que todo lo que se construía en Europa en el siglo XV. Con una tripulación total de 28.000 hombres, la flota de Zheng He era mayor que cualquiera de las que se veían entonces o se verían en el futuro en Occidente hasta la Primera Guerra Mundial.

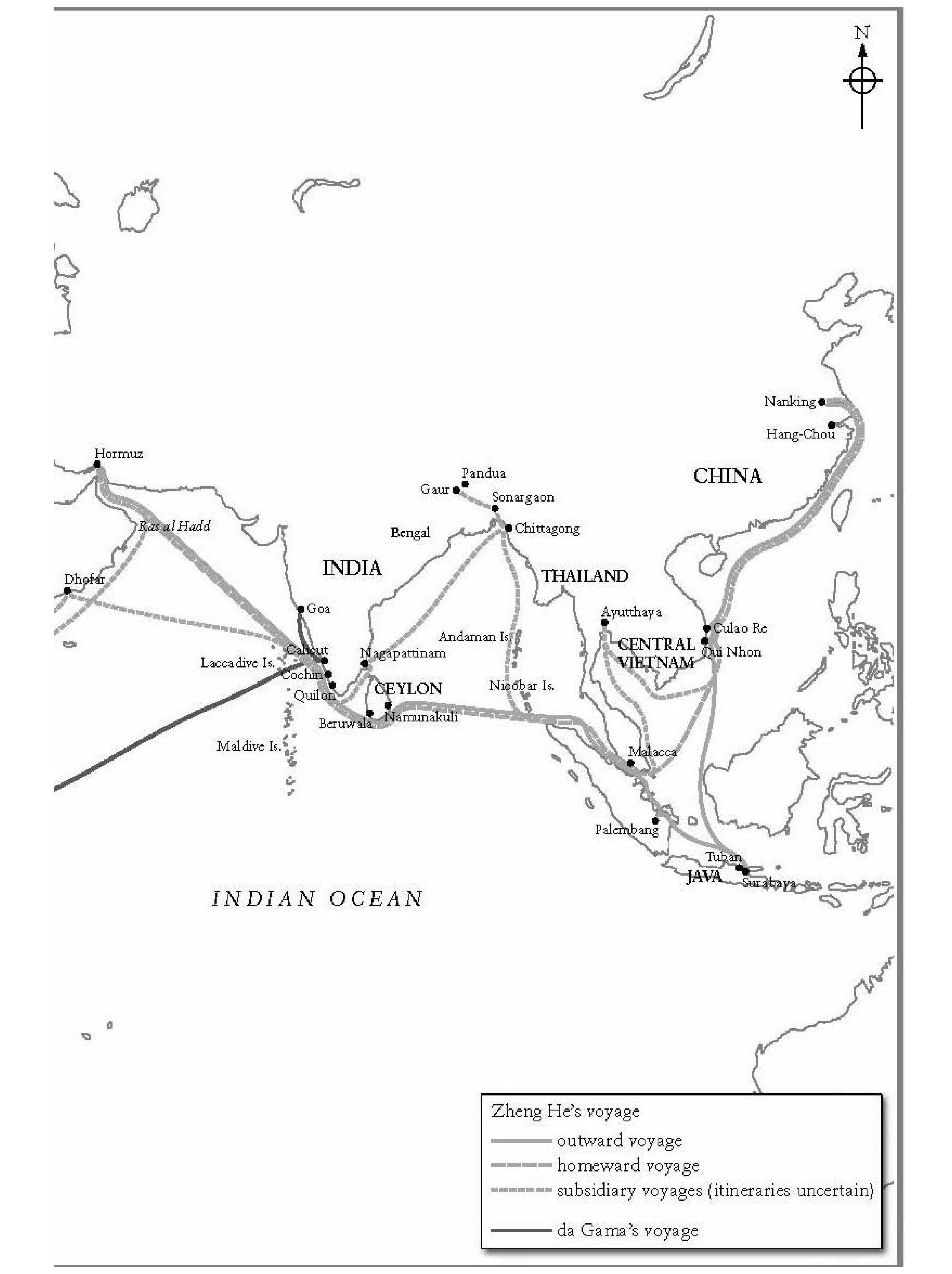
Su comandante en jefe era un hombre extraordinario. A la edad de once años había sido capturado en el campo de batalla por el fundador de la dinastía Ming, Zhu Yuanzhang. Como era habitual, el cautivo fue castrado. Luego fue asignado como sirviente al cuarto hijo del emperador, Zhu Di, el hombre que se apoderaría y accedería al trono imperial como Yongle. A cambio de los leales servicios de Zheng He, Yongle le confió una tarea que entrañaba la exploración de los océanos del mundo.

En una serie de seis viajes épicos realizados entre 1405 y 1424, la flota de Zheng He hizo un recorrido asombrosamente extenso.[*] El almirante navegó a Tailandia, Sumatra, Java y el antaño gran puerto de Calicut (hoy Kozhikode, en Kerala); a Temasek (luego Singapur), Malaca y Ceilán; a Cuttack, en Orissa; a Ormuz, Adén y, remontando el mar Rojo, a Yidda.[16] Oficialmente, el objetivo de estos viajes era buscar al predecesor de Yongle, que había desaparecido misteriosamente, y también el sello imperial, que había desaparecido con él (¿estaba Yongle tratando de expiar el hecho de que había llegado al trono matando, o de encubrir que había actuado así?). Pero el caso es que encontrar al emperador perdido no era su verdadero propósito.

Antes de su último viaje, a Zheng He se le ordenó ir «en misión imperial a Ormuz y otros países, con barcos de distintos tamaños que suman sesenta y uno… y [llevar] sedas de colores… [y] comprar seda de cáñamo». Asimismo, se dio instrucciones a sus oficiales de que compraran «porcelana, calderas de hierro, regalos y municiones, papel, aceite, cera, etcétera».[17] Podría parecer que esto sugiere una motivación comercial, y sin duda los chinos tenían bienes codiciados por los comerciantes del océano Índico (porcelana, seda y almizcle), aparte de las mercancías que deseaban llevar a China (pimientos, perlas, piedras preciosas, marfil y cuernos de rinoceronte supuestamente medicinales).[18] En realidad, sin embargo, lo que interesaba principalmente al emperador no era el comercio tal como lo entendería posteriormente Adam Smith. En palabras de una inscripción de la época, la flota debía «ir a los países [de los bárbaros] y llevarles regalos para transformarlos al mostrarles nuestro poder». Lo que Yongle quería a cambio de tales «regalos» era

que los gobernantes extranjeros le rindieran tributo tal como lo hacían ya los vecinos asiáticos inmediatos de China, y, de ese modo, reconocieran su supremacía. ¿Y quién podía negarse a doblegarse ante un emperador que poseía una flota tan poderosa?[19]


Zheng He's Seventh Voyage (1430–33) and da Gama's First Voyage (1497–99)
PORTUGAL
Lisbon
Jedda
La'sa
Aden
Ras Asir
Ras Hafun
Ras Nabber
AFRICA
Mogadishu
Brava
Malindi
Mombasa
ATLANTIC OCEAN
St Helena Bay
Mossel Bay
Natal
0 500 1000 miles
0 1000 2000 km


N
Nanking
Hang-Chou
CHINA
Hormuz
Pandua
Gaur
Sonargaon
Chittagong
Ras al Hadd
Bengal
INDIA
THAILAND
Dhofar
Goa
Ayutthaya
Andaman Is.
Culao Re
CENTRAL VIETNAM
Qui Nhon
Calicut
Nagapattinam
Laccadive Is.
Cochin
CEYLON
Nicobar Is.
Quilon
Beruwala
Namunakuli
Maldive Is.
Malacca
Palembang
Tuban
JAVA
Surabaya
INDIAN OCEAN
Zheng He's voyage
outward voyage
homeward voyage
subsidiary voyages (itineraries uncertain)
da Gama's voyage

En tres de los viajes, los barcos de Zheng He llegaron a la costa occidental de África. Pero no permanecieron allí mucho tiempo. Los chinos invitaron a los enviados de unos treinta jefes africanos a subir a bordo para reconocer el «ascendiente cósmico» del emperador Ming. El sultán de Malindi (en la actual Kenia) envió una delegación con regalos exóticos, entre ellos una jirafa, que Yongle recibiría en persona a las puertas del palacio imperial de Nankín. La jirafa fue identificada con el mítico Qilin (unicornio), «símbolo de la perfecta virtud, el perfecto gobierno y la perfecta armonía en el imperio y en el universo».[20]

Pero entonces, en 1424, esa armonía se rompió. Yongle murió, y las ambiciones de China en ultramar se enterraron con él. Los viajes de Zheng He se suspendieron de inmediato, y solo se reanudaron brevemente con una última expedición por el océano Índico en 1432-1433. El decreto Hai Jin prohibió definitivamente los viajes oceánicos. A partir del año 1500, a cualquiera que se sorprendiera en China construyendo un barco con más de dos mástiles se le podía aplicar la pena de muerte; en 1551 pasó a ser delito incluso hacerse a la mar en un barco de esas características.[21] Los archivos de los viajes de Zheng He fueron destruidos. El propio Zheng He murió, y casi con certeza fue enterrado en el mar.

¿Qué había detrás de aquella trascendental decisión? ¿Fue el resultado de problemas fiscales y disputas políticas en la corte imperial? ¿Se debió a que los gastos de la guerra en Annam (actual Vietnam) estaban resultando inesperadamente altos?[22] ¿O fue simplemente por el recelo de los eruditos confucianos hacia las «extrañas «cosas» que Zheng He había traído consigo, por no hablar de la jirafa? No podemos saberlo con certeza; pero las consecuencias del repliegue de China sobre sí misma parecen claras.

Como las misiones lunares Apolo, los viajes de Zheng He habían representado una formidable demostración de riqueza y sofisticación tecnológica. El desembarco de un eunuco chino en la costa occidental africana en 1416 fue en muchos aspectos una hazaña comparable al aterrizaje de un astronauta estadounidense en la Luna en 1969. Pero al poner fin abruptamente a la exploración oceánica, los sucesores de Yongle vinieron a garantizar que los beneficios económicos de tal hazaña resultaran insignificantes.

No podría decirse lo mismo de los viajes que estaba a punto de emprender un marinero muy diferente de un diminuto reino europeo en el otro extremo de la masa continental eurasiática.

LA CARRERA «ESPECIAL»

Fue en el castillo de San Jorge, en lo alto de las colinas que dominan el ventoso puerto de Lisboa, donde el recién coronado rey portugués Manuel puso a Vasco da Gama al mando de cuatro pequeños

barcos con una gran misión. Las cuatro naves podrían haber cabido fácilmente dentro de uno de los barcos del tesoro de Zheng He. Su tripulación conjunta sumaba solo 170 hombres. Pero su misión —«hacer descubrimientos e ir en busca de especias»— tenía el potencial de hacer que el mundo entero se decantara hacia el oeste.

Las especias en cuestión eran la canela, el clavo, el macis y la nuez moscada, que los europeos no podían cultivar por sí mismos, pero que ansiaban para realzar el sabor de su comida. Durante siglos, la ruta de las especias había discurrido desde el océano Índico por el mar Rojo, o, por tierra, a través de Arabia y Anatolia. A mediados del siglo XV, su lucrativo tramo final que llevaba a Europa estaba fuertemente controlado por los turcos y los venecianos. Los portugueses comprendieron que, si podían encontrar una ruta alternativa, descendiendo por la costa occidental de África y doblando el cabo de Buena Esperanza hasta el océano Índico, podían quedarse con el negocio. Otro marinero portugués, Bartolomé Díaz, había doblado el cabo en 1488, pero su tripulación le había obligado a volver atrás. Nueve años después le tocaba a Vasco da Gama completar la ruta.

Las órdenes del rey Manuel nos dicen algo de crucial importancia sobre el modo en que la civilización occidental se expandió en ultramar. Como veremos, Occidente tenía más de una ventaja sobre el resto del mundo. Pero la que realmente resultó crucial fue seguramente la feroz competencia que impulsó la época de los descubrimientos. Para los europeos, circunnavegar África no tenía nada que ver con exigir un tributo simbólico para algún alto y poderoso potentado del país que fuere, sino con adelantarse a sus rivales, tanto económica como políticamente. Si Vasco da Gama tenía éxito, Lisboa superaría a Venecia. En suma, la exploración marítima vino a ser algo así como la carrera espacial del siglo XV; o, más propiamente dicho, dado que tenía que ver con las especias, la carrera «especial».

Vasco da Gama zarpó el 8 de julio de 1497. Cuando él y sus marineros portugueses doblaron el cabo de Buena Esperanza, en el extremo meridional de África, cuatro meses más tarde, no se preguntaron qué animales exóticos debían llevarle a su rey: lo que querían saber era si finalmente habían tenido éxito allí donde otros habían fracasado, es decir, si habían encontrado una nueva ruta de las especias. Lo que les interesaba era el comercio, no el tributo.

En febrero de 1498, ochenta y dos años después de que Zheng He hubiera desembarcado allí, Vasco da Gama llegó a Malindi. Los chinos habían dejado allí pocas cosas aparte de un poco de porcelana y de su ADN: el de los veinte marineros chinos que se decía que habían naufragado cerca de la isla de Pate, habían nadado hasta tierra firme y se habían establecido allí, casándose con mujeres africanas y enseñando a los lugareños las técnicas chinas de cestería y de producción de seda.[23] Los portugueses, por el contrario, supieron ver de inmediato el potencial de Malindi como enclave comercial. Vasco da Gama se sintió especialmente entusiasmado al encontrar allí a comerciantes indios, y es casi seguro que fue la ayuda de uno de ellos lo que le permitió aprovechar los monzones para navegar hasta Calicut.

Esta impaciencia por comerciar estaba lejos de ser la única diferencia entre los portugueses y los chinos. En los hombres de Lisboa había cierta vena de crueldad —o, mejor dicho, de pura brutalidad— que Zheng He solo mostró en raras ocasiones. Cuando el rey de Calicut miró con recelo los bienes que los portugueses habían llevado consigo de Lisboa, Vasco da Gama tomó a dieciséis pescadores

como rehenes. En su segundo viaje a la India, al mando de quince barcos, bombardeó Calicut y mutiló terriblemente a las tripulaciones de las naves capturadas. En otra ocasión, se dice que encerró a los pasajeros de un barco que iba a La Meca y luego le prendió fuego.

Los portugueses se entregaron a una violencia ejemplar porque sabían que su apertura de una nueva ruta de las especias doblando el Cabo encontraría resistencia, y obviamente creían en la represalia preventiva. Como Afonso de Albuquerque, el segundo gobernador de la India portuguesa, relataba con orgullo a su real señor en 1513: «Ante el rumor de nuestra llegada todos los barcos [nativos] desaparecieron y hasta los pájaros dejaron de volar a ras del agua». Pero contra ciertos enemigos los cañones y machetes eran ineficaces. La mitad de los hombres de la primera expedición de Vasco da Gama no sobrevivieron el viaje, entre otras cosas porque su capitán intentó regresar a África navegando en contra de los monzones. Solo dos de los cuatro barcos iniciales volvieron a Lisboa. El propio Vasco da Gama murió de malaria durante un tercer viaje a la India en 1524; sus restos fueron devueltos a Europa, y actualmente se hallan en una hermosa tumba en el monasterio de los Jerónimos (hoy iglesia de Santa Maria de Belém) en Lisboa. Pero otros exploradores portugueses zarparon, pasaron por la India, y llegaron a China. Antaño los chinos habían podido mirar a los distantes bárbaros de Europa con indiferencia, cuando no con desprecio. Pero ahora la carrera de las especias había llevado a aquellos bárbaros a las mismas puertas del Reino del Medio. Y hay que recordar que, aunque los portugueses tuvieran pocos bienes preciosos que los chinos desearan, el hecho es que llevaron plata, un producto del que había una enorme demanda en la China de los Ming, dado que las monedas habían pasado a sustituir al papel moneda y al servicio laboral como principal medio de pago.

En 1557 se cedió a los portugueses Macao, una península situada en el delta del río Perla. Una de las primeras cosas que hicieron fue erigir una puerta —Porta do Cerco— con la inscripción: «Temed nuestra grandeza y respetad nuestra virtud». En 1586 Macao era un encave comercial lo bastante importante como para que la corona portuguesa le otorgara el estatus de ciudad, llamándola Cidade do Nome de Deus na China (Ciudad del Nombre de Dios en China). Sería el primero de muchos enclaves comerciales europeos similares en China. Luís de Camões, autor de *Los Lusíadas*, el poema épico que narra la expansión marítima portuguesa, vivió un tiempo en Macao después de exiliarse de Lisboa por un altercado. ¿Cómo era posible —se preguntaba con asombro— que un reino tan pequeño como Portugal (con una población que representaba menos del 1 por ciento de la de China) pudiera aspirar a dominar el comercio de los imperios de Asia, infinitamente más poblados? Y, sin embargo, sus compatriotas zarparon, navegaron, y establecieron una asombrosa red de enclaves comerciales que se extendía, como una especie de collar planetario, desde Lisboa, bordeando las costas de África, Arabia y la India, y pasando a través del estrecho de Malaca, hasta las propias islas de las Especias y aún más allá de ellas, llegando hasta Macao. «¡Si todavía quedaran mundos por descubrir —escribiría Camões hablando de sus compatriotas—, ellos también los encontrarían!»[24]

Las ventajas de la expansión en ultramar no pasaron desapercibidas a los rivales europeos de Portugal. Junto con Portugal, España había sido uno de los primeros países en despertar, tomando la iniciativa en el Nuevo Mundo (véase el capítulo 3) y estableciendo también un enclave asiático en las Filipinas, desde donde los españoles pudieron transportar grandes cantidades de plata mexicana a

China.[25] Durante décadas, después de que el Tratado de Tordesillas (1494) dividiera el mundo entre ellas, las dos potencias ibéricas podrían contemplar sus imperiales hazañas con sublime confianza en sí mismas. Pero unos súbditos de los españoles, los rebeldes y comercialmente expertos holandeses, empezaron a apreciar también el potencial de la nueva ruta de las especias; y de hecho, a mediados de la década de 1600 habían superado ya a los portugueses tanto en el número como en el tonelaje de los barcos que doblaban el Cabo. También los franceses entraron en liza.

¿Y qué hay de los ingleses, cuyas ambiciones territoriales hasta entonces no habían ido más allá de Francia y cuya idea económica más novedosa en la Edad Media había sido vender lana a los flamencos? ¿Cómo podían quedarse al margen mientras llegaban noticias de que sus archienemigos los españoles y los franceses estaban haciendo fortuna en ultramar? Obviamente, no pasaría mucho tiempo sin que los ingleses participaran también en la carrera por el comercio ultramarino. En 1496, John Cabot hizo su primera tentativa de cruzar el Atlántico desde Bristol. En 1553, Hugh Willoughby y Richard Chancellor zarparon de Deptford en busca de un «paso del Nordeste» a la India. Willoughby murió congelado en el intento, pero Chancellor logró llegar a Arjánguelsk y luego prosiguió por tierra hasta la corte de Iván el Terrible en Moscú. A su regreso a Londres, Chancellor se apresuró a crear la Compañía de Moscovia para desarrollar el comercio con Rusia (su nombre completo era The Mystery and Company of Merchant Adventurers for the Discovery of Regions, Dominions, Islands, and Places Unknown, «Misterio y Compañía de Aventureros Mercantes para el Descubrimiento de Regiones, Dominios, Islas y Lugares Desconocidos»). Otros proyectos similares proliferaron con el apoyo entusiasta de la realeza, no solo a través del Atlántico, sino también a lo largo de la ruta de las especias. A mediados del siglo XVII Inglaterra contaba con un floreciente comercio desde Belfast hasta Boston y desde Bengala hasta las Bahamas.

Europa se repartía el mundo en un frenesí de encarnizada competencia. Pero la pregunta sigue siendo: ¿por qué los europeos parecían tener mucho más fervor comercial que los chinos? ¿Por qué Vasco da Gama era un hombre tan claramente ávido de dinero, lo bastante ávido como para matar por él?

Se puede encontrar la respuesta examinando los mapas de la Europa medieval, donde pueden verse literalmente cientos de Estados rivales, que van desde los reinos del litoral occidental hasta las numerosas ciudades-estado situadas entre el Báltico y el Adriático, de Lübeck a Venecia. En la Europa del siglo XIV había unas mil naciones; y doscientos años después todavía quedaban unos 500 Estados más o menos independientes. ¿Por qué razón? La respuesta más sencilla está en la geografía. China tiene tres grandes ríos, el Amarillo, el Yangtsé[*] y el Perla, todos los cuales fluyen de oeste a este.[26] Europa tiene muchos ríos que fluyen en múltiples direcciones, además de una serie de cordilleras como los Alpes y los Pirineos, sin hablar de los densos bosques y pantanos de Alemania y Polonia. Puede que a los mongoles simplemente les fuera más fácil acceder a China, mientras que Europa resultaba más impenetrable para una horda a caballo, y, por lo tanto, tenía menos necesidad de unidad. No podemos saber con certeza por qué la amenaza centroasiática se retiró de Europa después de Timur Lang. Quizá los rusos mejoraron sus defensas; o quizá los caballos mongoles prefirieron la hierba de la estepa.

Sin duda, como hemos visto, un conflicto podía resultar devastador para Europa; baste pensar en el caos provocado por la guerra de los Treinta Años en Alemania a mediados del siglo XVII. ¡Pobres

de los que vivían en las fronteras de la decena y pico de grandes estados europeos!: estuvieron en guerra, como media, más de las dos terceras partes del tiempo transcurrido entre 1550 y 1650. En todo el período de 1500 a 1799, España estuvo en guerra con enemigos extranjeros el 81 por ciento del tiempo, Inglaterra el 53 por ciento, y Francia el 52 por ciento. Pero esta constante lucha tuvo tres beneficios imprevistos. En primer lugar, alentó la innovación en tecnología militar. En tierra, las fortificaciones hubieron de hacerse más resistentes en la medida en que el cañón se fue haciendo cada vez más potente y manejable. Sirvió de advertencia de ello la suerte que corrió el hoy ruinoso castillo del señor feudal de Tannenberg, cerca de Seeheim, en el sur de Alemania, que en 1399 se convirtió en la primera fortificación europea destruida por medio de explosivos.

Mientras tanto, en el mar, los barcos se quedaron pequeños por poderosas razones. En comparación con la galera mediterránea, cuyo diseño apenas había variado desde los tiempos romanos, la carabela portuguesa de finales del siglo XV, con sus velas de cruz y sus dos mástiles, había encontrado el equilibrio ideal entre velocidad y potencia de fuego. Era mucho más fácil de virar y mucho más difícil de alcanzar que uno de los gigantescos juncos de Zheng He. En 1501, el sistema francés de situar hileras de cañones en troneras especiales a ambos lados de la cubierta de un barco convirtió a los «buques de guerra» europeos en fortalezas flotantes.[27] Si de algún modo hubiera podido producirse una batalla naval entre Zheng He y Vasco da Gama, es posible que los portugueses hubieran enviado los pesados cascos chinos al fondo del mar, del mismo modo que despacharon a los dau árabes, más pequeños pero más ágiles, en el océano Índico; aunque en Tamao, en 1521, una flota Ming lograra hundir una carabela portuguesa.

El segundo beneficio de la guerra casi constante en Europa fue que los estados rivales se hicieron cada vez más eficientes a la hora de recaudar los ingresos necesarios para pagar sus campañas. En el período de 1520 a 1630, los gobernantes de Inglaterra y Francia lograron reunir muchos más ingresos en impuestos, medidos en gramos de plata por cabeza, que sus homólogos chinos.[28] Empezando por Italia en el siglo XIII, los europeos también comenzaron a experimentar con inusitados métodos de empréstito público, sembrando así la semilla de los modernos mercados de bonos. En cambio, la deuda pública era una institución totalmente desconocida en la China de los Ming, y solo se introduciría, por la influencia europea, a finales del siglo XIX. Otra innovación fiscal de trascendental importancia fue la idea holandesa de conceder derechos comerciales en régimen de monopolio a sociedades anónimas a cambio de una parte de sus beneficios y del acuerdo de que las empresas actuarían como subcontratistas navales contra las potencias rivales. La Compañía Holandesa de las Indias Orientales, fundada en 1602, y su homologa la Compañía Británica, fueron las primeras empresas propiamente capitalistas, con su capital social dividido en acciones negociables que daban dividendos en efectivo a discreción de sus directores. En Oriente no surgió nada parecido a estas instituciones tan asombrosamente dinámicas. Y aunque aumentaron las rentas de la realeza, también redujeron las prerrogativas reales al crear las perdurables figuras de los nuevos copartícipes del poder en los tempranos estados modernos: los banqueros, los bonistas y los directores de empresa.

Pero sobre todo, varias sucesiones de conflictos internos vinieron a asegurar que ningún monarca europeo llegara a ser lo bastante fuerte como para poder prohibir la exploración en ultramar. Ni siquiera cuando los turcos avanzaron hacia Europa oriental, como hicieron repetidamente en los siglos XVI y XVII, hubo ningún emperador paneuropeo que pudiera ordenar a los portugueses que

suspendieran sus exploraciones marítimas y se centraran en atacar al enemigo por el este.[29] Por el contrario, todos los monarcas europeos alentaron el comercio, la conquista y la colonización como parte de su mutua competencia.

Las guerras de religión fueron la maldición de la vida europea durante más de un siglo desde que la Reforma luterana sacudió Alemania (véase el capítulo 2). Pero las sangrientas batallas entre protestantes y católicos, así como la persecución periódica y localizada de los judíos, también tuvieron efectos secundarios beneficiosos. En 1492, los judíos fueron expulsados de Castilla y Aragón como herejes religiosos. Al principio muchos de ellos buscaron refugio en el Imperio otomano, pero a partir de 1509 se estableció una comunidad judía en Venecia. En 1566, con la rebelión de los holandeses contra el dominio español y el establecimiento de las Provincias Unidas como una república protestante, Amsterdam se convirtió en otro refugio de tolerancia. Cuando los protestantes hugonotes fueron expulsados de Francia en 1685, pudieron reasentarse en Inglaterra, Holanda y Suiza.[30] Y, obviamente, el fervor religioso vino a proporcionar otro incentivo más para la expansión en ultramar. El príncipe portugués Enrique el Navegante alentó a sus marineros a explorar la costa africana en parte con la esperanza de que encontraran el mítico reino de un legendario santo cristiano, el Preste Juan, y de que entonces este pudiera echar una mano a Europa contra los turcos. Además de insistir en la exención de los aranceles indios, Vasco da Gama exigió con descaro que el rey de Calicut expulsara a todos los musulmanes de su reino y librara una campaña de piratería dirigida específicamente contra los barcos musulmanes con destino a La Meca.

En suma, pues, la fragmentación política que caracterizó a Europa impidió la creación de nada que fuera remotamente parecido al Imperio chino. Y asimismo impulsó a los europeos a buscar oportunidades —económicas, geopolíticas y religiosas— en tierras lejanas. Podría decirse que fue un ejemplo de «divide y vencerás», con la salvedad de que, paradójicamente, fue dividiéndose ellos mismos como los europeos lograron dominar el mundo. En Europa, pues, lo pequeño fue hermoso, porque implicó competencia; y competencia no solo entre Estados, sino también en el seno de estos.

Oficialmente, Enrique V era rey de Inglaterra, de Gales y, en teoría, también de Francia, un derecho que él reclamaba. Pero en la práctica, el verdadero poder en la Inglaterra rural estaba en manos de la gran nobleza, los descendientes de los hombres que habían impuesto la Carta Magna al rey Juan, además de miles de terratenientes de la pequeña nobleza e innumerables entes corporativos, clericales y laicos. La Iglesia no estuvo bajo el control de la corona hasta el reinado de Enrique VIII. Las ciudades a menudo eran autónomas. Y, crucialmente, el centro comercial más importante del país también era casi completamente autónomo. Europa no solo estaba integrada por Estados; también estaba formada por estamentos: la nobleza, el clero y el pueblo llano.

El origen y estructura de la Corporación de la Ciudad de Londres se remonta al siglo XII. En otras palabras, hace más de ochocientos años que Londres tiene alcaldes, *sheriffs*, concejales, consistorios, agremiados y prohombres. La Corporación es uno de los primeros ejemplos de una institución comercial autónoma; en algunos aspectos es la precursora de las corporaciones que hoy conocemos, y en otros, la precursora de la propia democracia.

Ya en la década de 1130, Enrique concedió a los londinenses el derecho a escoger como su propio *sheriff* y juez «a quien ellos mismos quieran», y a administrar sus asuntos judiciales y financieros sin la interferencia de la corona o de otras autoridades.[31] En 1191, mientras Ricardo I

participaba en una cruzada en Tierra Santa, se les concedió también el derecho a elegir alcalde, un derecho que sería confirmado por el rey Juan en 1215.[32] Como resultado de ello, Londres dejó de sentirse intimidada por la corona. En 1263-1265, con el apoyo de los prohombres de la ciudad, el alcalde Thomas Fitz Thomas apoyó la revuelta de Simón de Montfort contra Enrique III.

En 1319 le tocó a Eduardo II enfrentarse a la ciudad cuando los comerciantes de tejidos finos trataron de reducir los privilegios de los comerciantes extranjeros. Al oponerse la corona a ello, la «turba londinense» apoyó la deposición del rey a manos de Roger Mortimer. En el reinado de Eduardo III la suerte se volvió en contra de Londres, y los comerciantes italianos y hanseáticos se establecieron en la ciudad, sobre todo gracias a que hicieron préstamos a la corona en generosas condiciones, una práctica que se prolongaría durante la minoría de edad de Ricardo II.[33] Pero los londinenses siguieron desafiando la autoridad real, mostrando muy poco entusiasmo por la causa de la corona tanto en la revuelta de los campesinos (1381) como en el desafío al gobierno de Ricardo por parte de los denominados «lores apelantes». En 1392, el rey revocó los privilegios y derechos de Londres, pero cinco años después un generoso «regalo» de 10.000 libras —negociado por el alcalde Whittington— aseguró su restauración. Los préstamos y regalos a la corona se convirtieron en la clave de la autonomía urbana. Cuanto más rica se hacía la ciudad, más influencia tenía. Whittington prestó a Enrique IV como mínimo 24.000 libras, y a su hijo Enrique V, alrededor de 7.500.[34]

Londres no solo competía con la corona de Inglaterra por el poder. Había competencia incluso en el seno de la propia ciudad. Se puede situar el origen de todos los gremios londinenses en el período medieval: el de tejedores en 1130; el de panaderos en 1155; el de pescaderos en 1272; los de orfebres, sastres y peleteros en 1327; el de pañeros en 1364; el de comerciantes de tejidos finos en 1384, y el de tenderos de comestibles en 1428. Estos gremios o «misterios» ejercían un considerable poder sobre sus correspondientes sectores económicos, pero también tenían poder político. Eduardo III lo reconoció así cuando se declaró «hermano» del denominado Gremio de «Armeros de Lino» (más tarde de «Sastres Mercantes»). En 1607 este gremio contaba entre sus filas, como miembros honorarios pasados y presentes, con siete reyes y una reina, diecisiete príncipes y duques, nueve condesas, duquesas y baronesas, más de doscientos condes, lores y otros caballeros, y un arzobispo. Los «doce grandes» gremios —por orden de importancia: comerciantes de tejidos finos, tenderos de comestibles, pañeros, pescaderos, orfebres, peleteros, sastres, merceros, salineros, ferreteros, vinateros y confeccionistas— nos recuerdan el poder que los artesanos y comerciantes de Londres llegaron a tener en una época, aunque su papel sea hoy en gran medida meramente ceremonial. En su apogeo competitivo, tan probable era que lucharan unos contra otros como que se fueran a cenar juntos.[35]

Entre otras cosas, esta competencia a diversos niveles tanto entre Estados como dentro de estos —e incluso dentro de las propias ciudades— ayuda a explicar la rápida expansión y la avanzada tecnología del reloj mecánico en Europa. Ya en la década de 1330, Ricardo de Wallingford había instalado un reloj mecánico notablemente sofisticado en la pared del transepto sur de la abadía de St. Albans, el cual representaba el movimiento de la Luna, de las mareas y de ciertos cuerpos celestes.

Con sus peculiares campanadas horarias, el reloj mecánico y el reloj de muelle que lo reemplazó en el siglo XV no solo eran más exactos que los relojes de agua chinos; también se concibieron para ser difundidos, en lugar de monopolizados por los astrónomos del emperador. Así, si la catedral de una ciudad instalaba una nueva y flamante esfera en su torre, su rival más cercana no tardaba en sentirse obligada a seguir su ejemplo. Aunque a partir de 1685 los relojeros protestantes no fueron bienvenidos en Francia, los suizos los acogieron encantados. Y, como con la tecnología militar, la competencia vino a engendrar progreso, en la medida en que los artesanos se las ingeniaban para hacer mejoras —pequeñas, pero con un efecto acumulativo— en la exactitud y la elegancia del producto. Cuando el misionero jesuita Matteo Ricci llevó relojes europeos a China a finales del siglo XVI, estos resultaban tan superiores a sus equivalentes orientales que fueron recibidos con consternación.[36] En 1602, a petición del emperador Wanli, Ricci elaboró un hermoso mapamundi en papel de arroz que representaba a China en el centro de la Tierra. Pese a ello, sin duda debía de saber que en términos de tecnología su reino se estaba alejando hacia la periferia global.

Gracias a la mayor precisión que permitía en la medición y en la coordinación de acciones, podría decirse que el auge del reloj, y más tarde del reloj portátil, fue de la mano del auge de Europa y la expansión de la civilización occidental. Con cada nuevo reloj que se fabricaba se le iba agotando un poco más el tiempo a la era de la preeminencia oriental.

En comparación con el variopinto mosaico de Europa, Asia oriental era —al menos en términos políticos— un fresco enorme y monocromo. Los principales competidores del Reino del Medio eran los voraces mongoles en el norte y los piratas japoneses en el este. Desde la época de Qin Shi Huang —a quien a menudo se alude como el «Primer Emperador» de China (221-210 a.C.)—, la amenaza del norte había sido la mayor, y fue esta la que hizo necesaria la espectacular inversión en la defensa imperial que hoy conocemos como la Gran Muralla. Nada remotamente parecido se construyó en Europa desde la época de Adriano hasta la de Erich Honecker. Comparable en escala fue la red de canales y zanjas que regaban la tierra cultivable de China, y que el sinólogo marxista Karl Wittfogel consideraría el producto más importante de un despotismo oriental de tipo «hidráulico-burocrático».

La Ciudad Prohibida de Pekín es otro monumento al poder monolítico chino. Para hacerse una idea de su inmenso tamaño y su naturaleza peculiar, el visitante debería entrar por la Puerta de la Armonía Suprema hasta la Sala de la Armonía Suprema, que contiene el propio Trono del Dragón; luego pasar a la Sala de la Armonía Central, el aposento privado del emperador, y de ahí a la Sala de la Armonía Perpetua, el sitio donde tenía lugar la última etapa de los exámenes de la administración pública (véase más adelante). Parece claro que la armonía (和) se hallaba inextricablemente unida a la idea de una autoridad imperial indivisa.[37]

Como la Gran Muralla, la Ciudad Prohibida simplemente no tenía equivalente en el Occidente del siglo XV, y aún menos en Londres, donde el poder estaba subdividido entre la corona, los «lores espirituales y temporales», y los comunes, además de la Corporación de la Ciudad de Londres y de los gremios. Cada uno de estos estamentos tenía sus palacios y mansiones, pero todos ellos resultaban muy pequeños en comparación con los estándares orientales. Del mismo modo, mientras que los reinos medievales europeos estaban regidos por una combinación de terratenientes

hereditarios y clérigos, seleccionados (y a menudo también desechados sin piedad) en función del favor real, China estaba gobernada desde abajo por una burocracia confuciana, reclutada en función del que probablemente fue el sistema de exámenes más exigente de toda la historia. Quienes aspiraban a una carrera en el servicio imperial tenían que someterse a tres fases de agotadoras pruebas realizadas en centros de examen especialmente construidos, como el que todavía puede verse hoy en Nankín: un enorme complejo amurallado que contiene miles de diminutas celdas poco más grandes que el lavabo de un tren:

> Esos diminutos compartimentos de ladrillo [escribía un viajero europeo] tenían alrededor de 1,1 metros de fondo, 1 metro de ancho y 1,7 metros de alto. Contaban con dos repisas de piedra, una de las cuales servía de mesa, y la otra de asiento. Durante los dos días que duraba el examen los candidatos eran observados por soldados apostados en la torre de vigilancia… El único movimiento permitido era el paso de los sirvientes que reabastecían las provisiones de comida y agua, o retiraban los excrementos. Cuando un candidato se sentía cansado, podía tender su lecho y tomarse un incómodo descanso. Pero una luz brillante en la celda vecina probablemente le obligaría a tomar de nuevo su pincel… algunos candidatos acababan totalmente desquiciados por la presión.[38]

No cabe duda de que, después de tres días y dos noches en una caja de zapatos, eran los candidatos más aptos —y seguramente también los más ambiciosos— los que pasaban el examen. Pero con su marcado énfasis en los Cuatro Libros y Cinco Clásicos del confucianismo, con sus desconcertantes 431.286 caracteres a memorizar, y el rígidamente definido «ensayo de ocho secciones» introducido en 1487, era este un examen que recompensaba la conformidad y la cautela.[39] Resultaba sin duda ferozmente competitivo, pero no era la clase de competencia que promueve la innovación, y mucho menos el deseo de cambio. La lengua escrita utilizada en el corazón de la civilización china se concibió para la producción de una élite conservadora y la exclusión de las masas de sus actividades. Difícilmente podría ser mayor el contraste con las diversas lenguas vernáculas de Europa —el italiano, el francés y el español, además del portugués y el inglés—, utilizables por la literatura de las élites, pero también fácilmente accesibles a un sector más amplio con una educación relativamente sencilla y fácilmente alcanzable.[40]

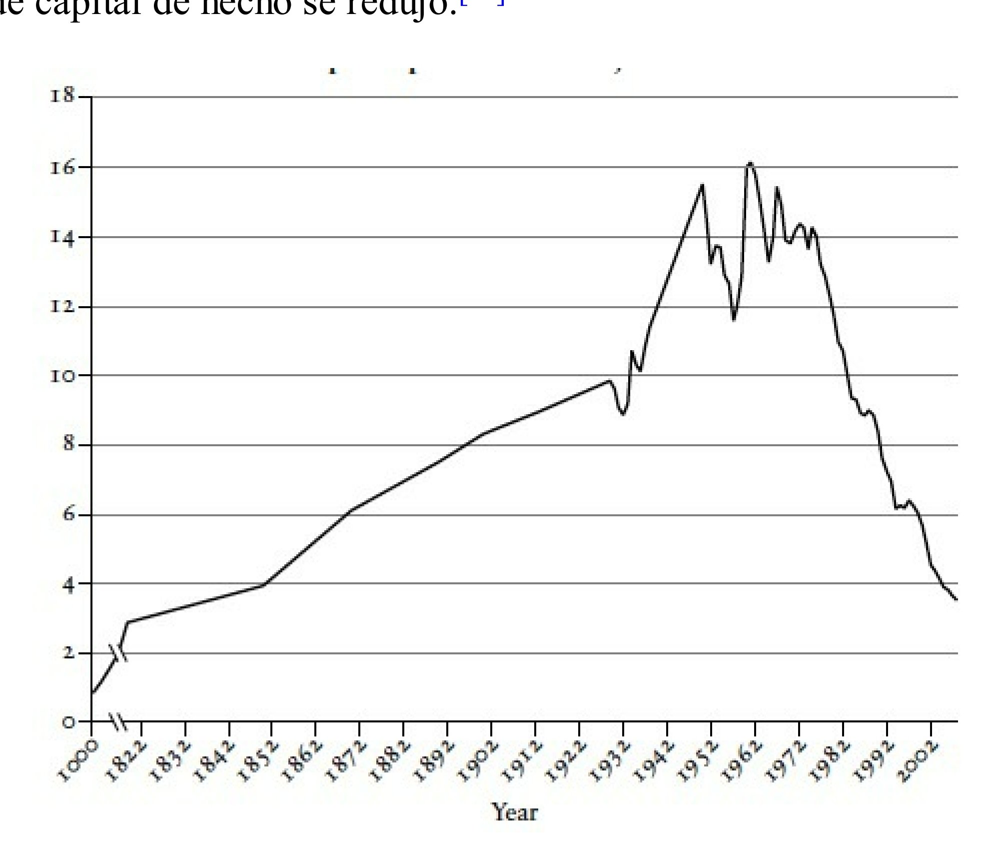
Como dijo el propio Confucio: «Un hombre común se maravilla ante las cosas poco corrientes; un hombre sabio se maravilla ante las cosas corrientes». Pero en el modo en que funcionaba la China de los Ming había demasiadas cosas corrientes, y demasiado pocas novedades.

EL «REINO MEDIOCRE»

Las civilizaciones son cosas complejas. Durante siglos pueden florecer en un ambiente de poder y prosperidad. Y luego, a menudo de manera bastante repentina, pueden sumirse en el caos.

La dinastía Ming había nacido en China en 1368, cuando el caudillo Yuanzhang se rebautizó a sí mismo como Hongwu, que significa «vasto poder militar». Durante la mayor parte de los tres siglos siguientes, como hemos visto, la China de los Ming fue la civilización más sofisticada del mundo en casi cualquier aspecto. Pero de repente, a mediados del siglo XVII, sus engranajes saltaron por los aires. Eso no equivale a sobrestimar su anterior estabilidad. Al fin y al cabo, Yongle solo había sucedido a su padre Hongwu después de un período de guerra civil y la deposición del legítimo sucesor, el hijo de su hermano mayor. Pero la crisis de mediados del siglo XVII representó sin ninguna duda un trastorno más importante. La división en facciones políticas se vio exacerbada por una crisis fiscal en la medida en que el decreciente poder adquisitivo de la plata erosionó el valor real de los ingresos tributarios.[41] El clima riguroso, el hambre y las enfermedades epidémicas abrieron la puerta a la rebelión desde dentro y a las incursiones desde fuera.[42] En 1644, la propia Pekín cayó en manos del líder rebelde Li Zicheng. El último emperador Ming se ahorcó avergonzado. Esta dramática transición de la estabilidad confuciana a la anarquía duró algo más de una década.

Los resultados del colapso de la dinastía Ming fueron devastadores. Entre 1580 y 1650, los conflictos y las epidemias redujeron la población china entre un 35 y un 40 por ciento. ¿Qué había fallado? La respuesta es que el repliegue de China sobre sí misma resultó fatal, sobre todo para una sociedad compleja y densamente poblada como aquella. El sistema Ming había creado un equilibrio de alto nivel: impresionante por fuera, pero frágil por dentro. El campo chino podía sustentar a un número notablemente grande de personas, pero solo sobre la base de un orden social esencialmente estático que literalmente había dejado de innovar. Era una especie de trampa. Y cuando se produjo el más pequeño fallo, la trampa se cerró; no había recursos externos de los que echar mano. Es cierto que un considerable corpus académico ha pretendido representar la China de los Ming como una sociedad próspera, con un considerable comercio interno y un pujante mercado de artículos de lujo.[43] Sin embargo, las investigaciones más recientes muestran que en la era Ming la renta per cápita se estancó y la masa de capital de hecho se redujo.[44]



En cambio, cuando la población de Inglaterra aceleró su crecimiento a finales del siglo XVII, la expansión en ultramar desempeñó un papel vital a la hora de sacar al país de la trampa identificada por Thomas Malthus. El comercio transatlántico trajo la afluencia de nuevas sustancias nutritivas como las patatas y el azúcar —media hectárea de caña de azúcar producía la misma cantidad de energía que cinco hectáreas de trigo—,[45] además de abundante bacalao y arenque. La colonización permitió la emigración de los excedentes de población. Con el tiempo, el resultado fue aumentar la productividad, las rentas, la nutrición y hasta la estatura.

Consideremos el destino de otro pueblo insular, situado, de modo similar al británico, en un archipiélago de la costa eurasiática. Mientras que los ingleses se volvieron agresivamente hacia el exterior, sentando las bases de lo que en justicia podría denominarse la «anglobalización», los japoneses adoptaron la actitud opuesta, con la política de aislamiento estricto (*sakoku*) del sogunato Tokugawa, que a partir de 1640 proscribió toda forma de contacto con el mundo exterior. Como resultado, Japón se perdió por completo los beneficios asociados a un nivel de comercio global y migración rápidamente creciente. Las consecuencias fueron asombrosas. A finales del siglo XVIII, más del 28 por ciento de la dieta del agricultor inglés consistía en productos animales; en cambio, su homólogo japonés vivía de una ingesta monótona integrada por un 95 por ciento de cereales, sobre todo arroz. Esta divergencia nutritiva explica la marcada diferencia de estatura que se produjo a partir de 1600. La estatura media de los presidiarios ingleses en el siglo XVIII era de 1,70, mientras que la estatura media de los soldados japoneses en el mismo período era aproximadamente de 1,58.[46] Cuando Oriente se encontró con Occidente en aquel tiempo, uno y otro ya no pudieron mirarse a los ojos.

En otras palabras, mucho antes de la revolución industrial la pequeña Inglaterra había tomado la delantera a las grandes civilizaciones de Oriente gracias a las ventajas materiales del comercio y la colonización. El camino chino y japonés —dar la espalda al comercio exterior e intensificar el cultivo de arroz— supuso que al aumentar la población las rentas disminuyeran, y lo mismo hicieron la nutrición, la estatura y la productividad. Cuando las cosechas fallaron o su cultivo se vio interrumpido, los resultados fueron catastróficos. Los ingleses fueron más afortunados incluso en sus drogas: habituados desde hacía mucho tiempo al alcohol, en el siglo XVII el tabaco americano, el café arábigo y el té chino vinieron a sacarles de su embriaguez. Con ello ganaron la estimulante presencia de los cafés, en parte cafetería, en parte bolsín y en parte lugar de tertulia,[47] mientras los chinos terminaban presa del letargo en los fumaderos de opio, con sus pipas llenas del contenido suministrado nada más y nada menos que por la Compañía Británica de las Indias Orientales.[48]

No todos los analistas europeos reconocían, como hizo Adam Smith, el estado «estacionario» de China. En 1697, el filósofo y matemático alemán Gottfried Leibniz anunciaba: «Tendré que colgar un letrero en mi puerta: Oficina de Información sobre Conocimientos Chinos». En su libro *Últimas noticias de China* sugería que «deberían enviarnos a misioneros chinos para enseñarnos los objetivos y la práctica de la teología natural, tal como nosotros les enviamos misioneros a ellos para

instruirlos en la religión revelada». «No hace falta estar obsesionado con los méritos de los chinos —declaraba el filósofo francés Voltaire en 1764— para reconocer… que su imperio es en verdad el mejor que el mundo ha visto nunca.» Dos años después, el fisiócrata François Quesnay publicaba *El despotismo de China*, donde elogiaba la primacía de la agricultura en la política económica china.

Y, sin embargo, quienes al otro lado del Canal se preocupaban más del comercio y la industria —y se sentían menos inclinados a idealizar a China como una forma de criticar indirectamente a su propio gobierno— discernían la realidad del estancamiento chino. En 1793, el primer conde Macartney condujo una expedición enviada a reunirse con el emperador Qianlong, en un vano intento de persuadir a los chinos de que volvieran a abrir su imperio al comercio. Aunque Macartney se negara intencionadamente a adular al emperador, llevó consigo un extenso tributo: un planetario alemán, «la lente de cristal más grande y más perfecta que probablemente se haya fabricado nunca», y asimismo telescopios, teodolitos, bombas de aire, máquinas eléctricas y «un amplio aparato para ayudar a explicar e ilustrar los principios de la ciencia». Sin embargo, el viejo emperador (tenía ya ochenta y pico años) y sus lacayos se mostraron muy poco impresionados por aquellas maravillas de la civilización occidental:

> En ese momento se descubrió que el gusto [por las ciencias], si alguna vez había existido, ahora se había agotado por completo.… [Todo] se… perdió y desechó por los ignorantes chinos… que inmediatamente después de la partida del embajador se dice que lo amontonaron en los trasteros del Yuen-min-yuen [el Viejo Palacio de Verano]. No tuvieron más éxito las diversas muestras de elegancia y arte mostradas en los ejemplos más escogidos de las manufacturas británicas. La impresión que la contemplación de tales artículos pareció dejar en las mentes de los cortesanos fue solo de envidia… Probablemente cabe atribuir tal conducta a una clase de política estatal que desalienta la introducción de novedades…

Posteriormente, el emperador dirigió un edicto despectivo al rey Jorge III: «No nos hace falta nada —declaró—. Nunca hemos dado mucho valor a los objetos extraños o ingeniosos, ni necesitamos nada más de las manufacturas de su país».[49]

La frustrada apertura de China por parte de Macartney simbolizaba perfectamente el desplazamiento del poder global de Oriente a Occidente que se había producido desde 1500. El Reino del Medio, antaño madre de la invención, se había convertido ahora en el «Reino Mediocre», intencionadamente hostil a las innovaciones de otros pueblos. Aquella ingeniosa creación china, el reloj, había vuelto a casa, pero en su modificada y mejorada forma europea, con mecanismos aún más precisos formados por muelles y engranajes. Hoy hay una sala entera en la Ciudad Prohibida que contiene una vasta colección imperial de maquinarias de relojería. A diferencia del despreciativo emperador Qianlong, sus predecesores habían coleccionado relojes de manera obsesiva. Casi todos ellos habían sido fabricados en Europa, o por artesanos europeos afincados en China.

La supremacía de Occidente se vio confirmada en junio de 1842, cuando las cañoneras de la Marina Real británica remontaron el Yangtsé hasta el Gran Canal en represalia por la destrucción de las reservas de opio a manos de un celoso funcionario chino. China tuvo que pagar una indemnización de 21 millones de dólares de plata, abrir cinco puertos al comercio británico y ceder la isla de Hong Kong. Fue un hecho irónico, pero a la vez apropiado, que el que sería el primero de los denominados «tratados desiguales» se firmara en Nankín, en el templo de Jinghai, originariamente construido en honor del almirante Zheng He y de Tianfei, la diosa del mar, que había velado por él y su flota más de cuatro siglos antes.

Hoy en China se vuelven a construir barcos; enormes barcos capaces de dar la vuelta al mundo, que parten cargados de contenedores llenos de productos de fabricación china y vuelven con las materias primas necesarias para alimentar el insaciable crecimiento de la economía industrial del país. Cuando visité el mayor de los astilleros, en Shanghai, en junio de 2010, me quedé asombrado por el tamaño de los barcos en construcción. La escena hacía parecer insignificantes los muelles de Glasgow que recordaba de mi niñez. En las fábricas de Wenzhou, los trabajadores producen en serie cientos de miles de trajes y millones de bolígrafos de plástico. Y las aguas del Yangtsé están constantemente surcadas por incontables barcazas cargadas hasta los topes de carbón, cemento y mineral. Competencia, empresas, mercados, comercio… son las cosas a las que antaño China dio la espalda. Pero ya no. Hoy, el almirante Zheng He, personificación del expansionismo chino y olvidado durante largo tiempo, es un héroe en China. En palabras del mayor reformador económico de la era posterior a Mao, Deng Xiaoping:

> Ningún país que aspire a ser desarrollado hoy puede aplicar una política de puertas cerradas. Nosotros hemos probado esa amarga experiencia, y también nuestros antepasados la han probado. A comienzos de la dinastía Ming, en el reinado de Yongle, cuando Zheng He surcó el océano Occidental, nuestro país estaba abierto. Tras la muerte de Yongle la dinastía entró en decadencia. China fue invadida. Contando desde mediados de la dinastía Ming hasta las guerras del opio, durante trescientos años de aislamiento China se empobreció, se volvió atrasada y quedó envuelta en la oscuridad y la ignorancia. No dejar ninguna puerta abierta no es una opción.

Es esta una lectura plausible de la historia; y una lectura notablemente cercana a Adam Smith.

Hace treinta años, si alguien hubiera predicho que en el plazo de medio siglo China sería la mayor economía del mundo, le habrían tildado de fantasioso. Pero si en 1420 alguien hubiera predicho que un día Europa occidental llegaría a producir más que toda Asia, y que quinientos años después el inglés medio sería nueve veces más rico que el chino medio, tampoco le habrían considerado mucho más realista. Tal fue el efecto dinámico de la competencia en Europa occidental; y el efecto inhibidor del monopolio político en Asia oriental.

2
Ciencia

Fingí un poderoso interés en la ciencia; y, a fuerza de simularlo, pronto me sentí realmente apegado a ella. Dejé de ser un hombre de negocios… Resolví dejar mi tierra natal, y mi retirada de la corte me dio una excusa plausible. Acudí al rey; subrayé el gran deseo que tenía de familiarizarme con las ciencias de Oriente, e insinué que mis viajes incluso podrían resultarle a él de provecho.

MONTESQUIEU

Sería útil explicar cómo el arenoso país de Brandeburgo llegó a ejercer un poder tal que se han dirigido contra él mayores esfuerzos de los que nunca se congregaron contra Luis XIV.

VOLTAIRE

EL ASEDIO

Desde la eclosión del islam en los desiertos árabes en el siglo VII ha habido repetidos choques entre Occidente y Oriente. Los seguidores de Mahoma emprendieron la yihad contra los de Jesucristo, y los cristianos les devolvieron el cumplido con las cruzadas a Tierra Santa —nueve en total entre 1095 y 1272— y la reconquista de España y Portugal. Durante la mayor parte de los últimos trescientos años, salvo algún que otro raro revés temporal, Occidente ha ganado constantemente este choque de civilizaciones. Una de las principales razones de ello ha sido la superioridad de la ciencia occidental. Esta ventaja, sin embargo, no ha existido siempre.[1]

No fue solo el fervor religioso el que permitió a los sucesores del profeta Mahoma establecer un califato que a mediados del siglo VIII se extendió desde España, a través del norte de África y por el corazón del territorio árabe, hacia el norte por Siria y el Cáucaso, y luego hacia el este por Persia y Afganistán; es decir ininterrumpidamente desde Toledo hasta Kabul. El califato abasí se hallaba en la vanguardia de la ciencia. En la Bayt al-Hikma (Casa del Saber) fundaba en el siglo IX en Bagdad por el califa Harun al-Rashid, se tradujeron al árabe textos griegos de Aristóteles y de otros autores. El califato también produjo lo que algunos consideran los primeros hospitales propiamente dichos, como el *bimaristán* establecido en Damasco por el califa al-Walid ibn Abd al-Malik en 707, que se diseñó para curar en lugar de limitarse a acoger enfermos. Asimismo, el califato albergó lo que algunos consideran la primera institución de enseñanza superior, la Universidad de Qarawiyyin, fundada en Fez en 859. Basándose en los fundamentos griegos y sobre todo indios, los matemáticos

musulmanes establecieron el álgebra (del árabe *al-yabr*, «reducción») como una disciplina independiente de la aritmética y la geometría. El primer manual algebraico fue el *Libro recopilatorio sobre el cálculo por compleción y equilibrio* (*Hisab al-yabr w'al-musqabalah*), escrito en árabe por el erudito persa Muhammad ibn Musa al-Juarizmi en torno al año 820. El primer científico verdaderamente experimental fue también un musulmán: Abu Ali al-Hasan ibn al-Haytham, conocido en Occidente como Alhazén (c. 965-1039), cuyo *Tratado de óptica* en siete volúmenes echó por tierra toda una serie de antiguos errores, en especial la idea de que podemos ver objetos porque nuestros ojos emiten luz. Fue Alhazén quien primero dedujo por qué un proyectil tenía más probabilidades de penetrar en una pared si la alcanzaba perpendicularmente, quien primero discernió que las estrellas no eran cuerpos sólidos, y quien construyó la primera cámara oscura, la cámara con un agujero que todavía hoy se utiliza para introducir a los escolares en la ciencia de la óptica. Sus estudios fueron posteriormente ampliados por el trabajo del erudito persa de finales del siglo XIII Kamal al-Din al-Farisi sobre el arco iris.[2] Occidente está en deuda con el mundo musulmán medieval, tanto por haber preservado el saber clásico como por haber generado nuevos conocimientos en cartografía, medicina y filosofía, así como en matemáticas y óptica. El pensador inglés Roger Bacon así lo reconoció: «La filosofía proviene de los musulmanes».[3]

Entonces, ¿cómo es que el mundo musulmán llegó a quedarse atrás con respecto a Occidente en el ámbito de la ciencia? ¿Y en qué medida exacta ayudó la revolución científica a la civilización occidental a hacerse dueña del mundo, tanto en el ámbito militar como en el académico? Para responder a estas preguntas debemos retroceder más de tres siglos, a la última vez en que un imperio islámico amenazó seriamente la seguridad de Occidente.

Corría el año 1683, y una vez más —como ya había ocurrido en 1529— un ejército otomano se hallaba a las puertas de Viena. Lo mandaba Kara Mustafá Köprülü, gran visir del sultán Mehmed IV.

Los otomanos, una dinastía anatolia establecida en las ruinas del Imperio bizantino, habían sido los abanderados del islam desde que conquistaran Constantinopla en 1453. Su imperio carecía de la gran extensión hacia el este del califato abasí,[*] pero había logrado difundir el islam en territorios hasta entonces cristianos: no solo los antiguos reinos bizantinos de las dos orillas del Bósforo y los Dardanelos, sino también Bulgaria, Serbia y Hungría. Belgrado había caído en manos de los otomanos en 1521, y Buda en 1541. La potencia naval otomana también había sometido a Rodas (1522). Puede que Viena sobreviviera (como Malta), pero, habiendo extendido asimismo el dominio otomano desde Bagdad hasta Basora, desde Van en el Cáucaso hasta Adén en la desembocadura del mar Rojo, y a lo largo de la costa de Berbería desde Argel hasta Trípoli, Solimán el Magnífico (1520-1566) podría proclamar legítimamente: «Soy el sultán de sultanes, el soberano de soberanos, el distribuidor de coronas a los monarcas del globo, la sombra de Dios en la Tierra».[*] La mezquita de Estambul que lleva su nombre constituye una perdurable reivindicación de sus pretensiones de grandeza. Menos conocido es el hecho de que Solimán también construyó una facultad de medicina (la Dâruttib o Süleymaniye Tip Medresesi).[4] Legislador y poeta de talento, Solimán ejerció a la vez el poder religioso, político y económico (incluido el poder de establecer los precios). A sus ojos, el poderoso emperador Carlos V era simplemente «el rey de Viena»,[5] y los mercaderes aventureros de

Portugal no eran más que piratas. Con Solimán en el trono, no resultaba en absoluto inconcebible que los otomanos plantaran cara y superaran al desafío portugués en el océano Índico.[6]

Para el diplomático de finales del siglo XVI Ogier Ghiselin de Busbecq, enviado a la corte otomana, el contraste entre los imperios Habsburgo y otomano resultaba extremadamente alarmante:

> Me estremezco al pensar en cuál ha de ser el resultado de una lucha entre sistemas tan distintos; uno de nosotros ha de prevalecer y el otro será destruido, en cualquier caso no podemos existir ambos de forma segura. De su parte está la inmensa riqueza de su imperio, recursos intactos, experiencia y práctica en las armas, una soldadesca veterana, una serie ininterrumpida de victorias, disposición a resistir las dificultades, unión, orden, disciplina, frugalidad y vigilancia. De la nuestra se encuentra una hacienda vacía, hábitos lujosos, recursos agotados, espíritus quebrantados, una soldadesca tosca e insubordinada, y codiciosas reyertas; no hay respeto por la disciplina, el libertinaje se extiende por todas partes, los hombres se complacen en la embriaguez y la depravación, y, lo peor de todo, el enemigo está acostumbrado a la victoria, y nosotros a la derrota. ¿Podemos dudar de cuál ha de ser el resultado?[7]

El siglo XVII presenció aún mayores ganancias para los otomanos. En 1669 conquistaron Creta, y el dominio del sultán se extendió incluso hasta Ucrania occidental. También como potencia naval los otomanos seguían siendo formidables.[8] En consecuencia, los acontecimientos de 1683 serían la materialización de lo que Occidente temía desde hacía tiempo. En vano el emperador del Sacro Imperio Romano, Leopoldo I,[*] se adhirió a la paz firmada en Vasvár en 1664.[9] Y en vano se dijo a sí mismo que Luis XIV era la amenaza más seria para él.

En el verano de 1682 el sultán hizo su primer movimiento, reconociendo al rebelde magiar Imre Thököly como rey de Hungría a cambio de que este reconociera a su vez el protectorado otomano (en la práctica, que aceptara que Hungría fuera un Estado vasallo). En el transcurso del invierno siguiente se reunió en Adrianópolis una fuerza inmensa, que luego se desplegó en Belgrado. En junio de 1683, los turcos habían penetrado en territorio de los Habsburgo. A principios de julio habían tomado Győr. Mientras tanto, en Viena, Leopoldo se inquietaba. Las defensas de la urbe resultaban angustiosamente insuficientes, y la guardia de la ciudad se había visto diezmada por un reciente brote de peste. Las deterioradas fuerzas de los Habsburgo, bajo el mando de Carlos de Lorena, parecían incapaces de detener el avance otomano. Aun así, el enviado de Leopoldo en Estambul le dio a este falsas esperanzas, asegurándole que las fuerzas turcas eran «mediocres».[10]

El 13 de julio de 1683, esas fuerzas supuestamente «mediocres» —un ejército otomano de 60.000 efectivos entre jenízaros y caballería cipaya, apoyado por 80.000 soldados auxiliares balcánicos y un temible contingente de tártaros— llegaron a las puertas de Viena. Ostentaba el mando absoluto el gran visir Kara Mustafá Köprülü, cuyo apodo de Kara —«el Negro»— aludía a su carácter tanto como a su tez: así, por ejemplo, después de tomar una ciudad polaca en 1674, había desollado vivos a sus prisioneros. Tras montar su campamento a 450 pasos de las murallas de la ciudad, Kara Mustafá dio a elegir a sus defensores:

> ¡Aceptad el islam, y vivid en paz bajo el sultán! ¡O entregad la fortaleza, y vivid en paz bajo el sultán como cristianos; y si algún hombre lo prefiere, que se marche pacíficamente, llevándose sus bienes consigo! ¡Pero si insistís [en resistir], entonces la muerte o la expoliación o la esclavitud serán el destino de todos vosotros![11]

Cuando los conquistadores musulmanes de Bizancio se enfrentaron a los herederos cristianos de Roma, sonaron campanas en toda Europa Central, convocando a los fieles a rezar por la intercesión

divina. Las pintadas de los muros de la catedral de San Esteban daban una idea de cuál era el talante en Viena: «¡Mahoma, perro, vuelve a tu casa!». Ese, sin embargo, fue el límite máximo de desafío al que llegó Leopoldo. Por más que la idea de huir ofendiera su «sentido de la dignidad», le persuadieron de que se escabullera para ponerse a salvo.

El propio campamento otomano era en sí mismo una afirmación de autoconfianza. Kara Mustafá tenía un jardín plantado delante de su propia y suntuosa tienda.[12] El mensaje era evidente: los turcos tenían tiempo para hacer pasar hambre a los vieneses hasta que se rindieran si era necesario. Desde el campamento, y a través de las murallas de la ciudad, llegaba una música extraña y amenazadora cuando los otomanos batían sus inmensos tambores *kös*. Pero aquel sonido servía también para tapar el ruido de las palas con las que los turcos cavaban túneles y trincheras cubiertas. La detonación de una enorme mina el 25 de julio logró romper la empalizada de la ciudad, la primera línea de defensa. Otra potente explosión abrió una vía hasta el atrincheramiento de los austríacos en el revellín, una fortificación triangular externa independiente. El 4 de septiembre los turcos estuvieron a punto de superar a los defensores de la propia fortificación central.

Pero entonces, fatalmente, Kara Mustafá vaciló. Se aproximaba el otoño. Sus líneas de comunicación con el territorio otomano estaban desbordadas. Sus hombres se estaban quedando sin provisiones. Y él no estaba seguro de cuál habría de ser su siguiente movimiento si de hecho lograba tomar Viena. La vacilación de los turcos le dio a Leopoldo un tiempo vital que aprovechó para organizar una fuerza de rescate. Antes de la invasión otomana había firmado un tratado de defensa mutua con el reino de Polonia, de modo que fue el recién elegido rey polaco Juan III Sobieski el encargado de conducir a la fuerza conjunta polaco-germana de 60.000 efectivos hacia Viena. Sobieski ya no era ningún joven, pero estaba ávido de gloria. La que mandaba era de hecho una fuerza heterogénea: polacos, bávaros, francos y sajones, además de las tropas de los Habsburgo. Y avanzaba hacia Viena con lentitud, entre otras cosas porque el conocimiento de la geografía austríaca de su líder era bastante precario. Pero finalmente, en las primeras horas del 12 de septiembre de 1683, se inició el contraataque con una andanada de fuego de proyectiles. Las fuerzas otomanas se dividieron: unos seguían intentando desesperadamente penetrar en la ciudad, mientras otros luchaban en la retaguardia contra el avance de la infantería polaca. Kara Mustafá había hecho muy poco por defender las rutas de aproximación. A las 5 de la tarde, Sobieski lanzó su caballería en una carga masiva a toda carrera desde el Kahlenberg, el monte que domina Viena, directamente hacia el campamento otomano. Tal como narraría un testigo presencial turco, los húsares polacos parecían «como una marea de color negro que descendiera de la montaña, arrasando todo lo que tocaba». La fase final de la batalla fue feroz, pero se decidió con rapidez. Sobieski entró en la tienda de Kara Mustafá, que encontró vacía. El sitio de Viena había terminado.

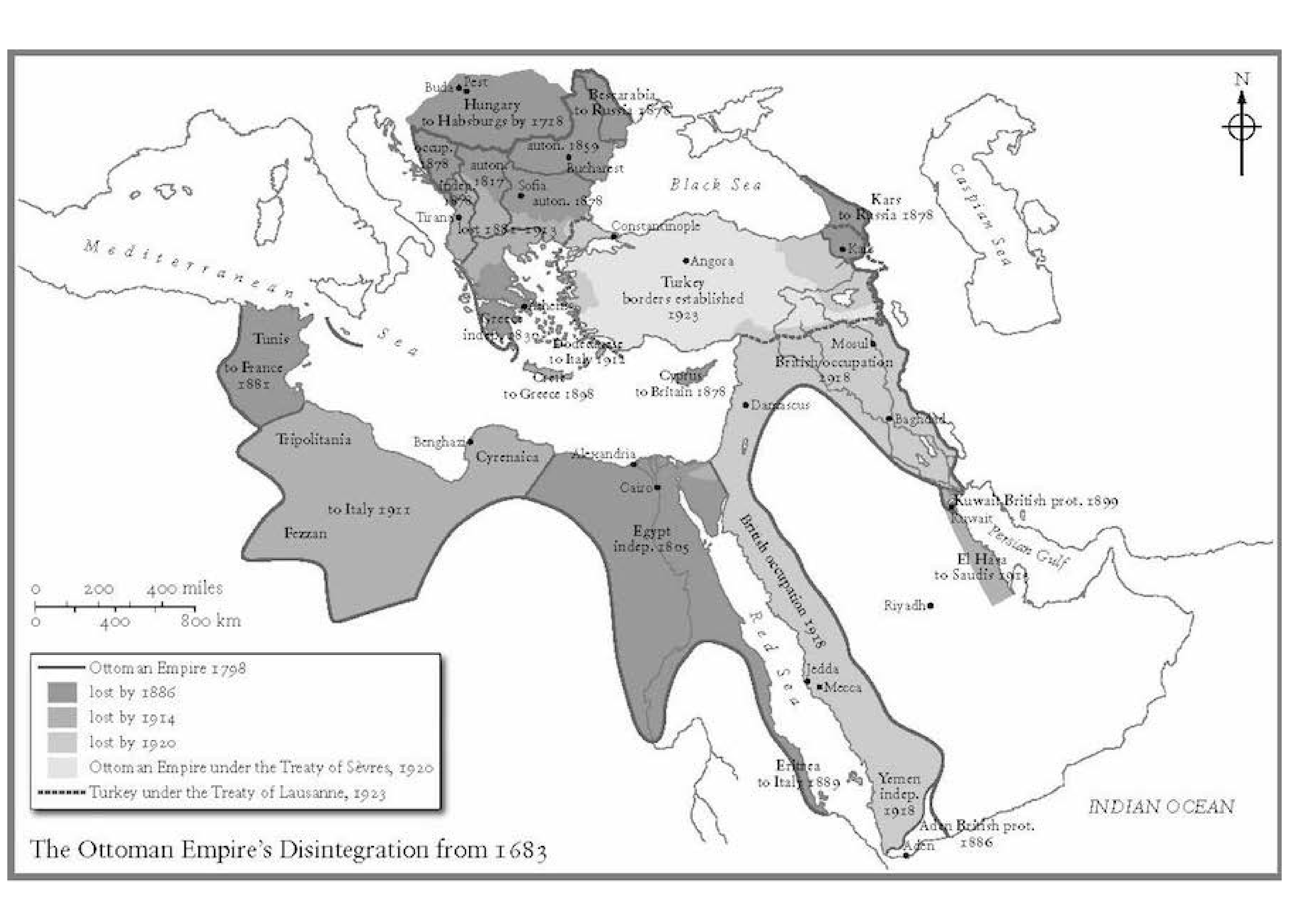
Aclamado por los defensores vieneses como su salvador, Sobieski estaba exultante, parafraseando las famosas palabras de César: «Llegamos, vimos, y Dios conquistó». El cañón otomano capturado se fundió para hacer una nueva campana para San Esteban, que se decoró con seis cabezas turcas grabadas en relieve. Tras batirse en retirada, Kara Mustafá pagó el máximo precio por su fracaso. En Esztergom los turcos sufrieron tan severa derrota que el sultán ordenó su ejecución inmediata, y fue estrangulado a la manera tradicional otomana, con una cuerda de seda.

La liberación de Viena desencadenó toda una serie de leyendas: que la media luna de las

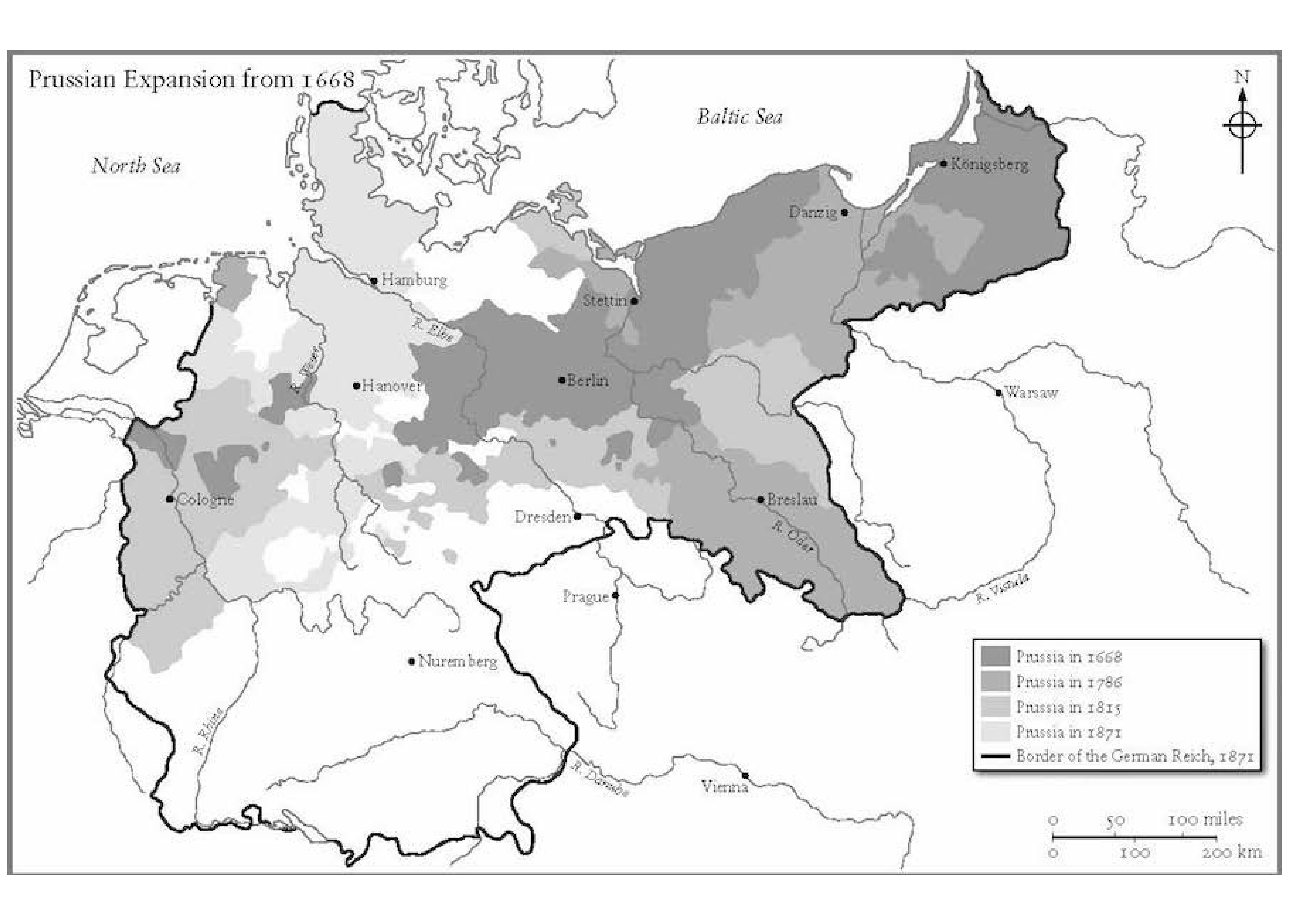
banderas turcas inspiró la forma del cruasán,[*] que el café otomano abandonado se empleó para fundar la primera cafetería vienesa y hacer el primer capuchino, y que los instrumentos de percusión capturados a los turcos (platillos, triángulos y bombos) fueron adoptados por las bandas militares austríacas. Pero la verdadera importancia histórica del acontecimiento fue mucho mayor. Para el Imperio otomano, este segundo intento fallido de tomar Viena marcó el principio del fin, un momento de máxima tensión imperial con consecuencias desastrosas a largo plazo. En una batalla tras otra, culminando en la aplastante victoria del príncipe Eugenio de Saboya en Zenta, en 1697, los otomanos fueron expulsados de casi todos los territorios europeos conquistados por Solimán el Magnífico. La Paz de Karlowitz, por la que el sultán renunció a toda pretensión sobre Hungría y Transilvania, fue una humillación.[13]

El levantamiento del sitio de Viena no solo marcó un punto de inflexión en la lucha secular entre el cristianismo y el islam; también representó un momento decisivo en el auge de Occidente. Es cierto que en el campo de batalla, en 1683, los dos bandos parecían estar bastante igualados. De hecho, en muchos aspectos tampoco había demasiada diferencia entre ellos. Los tártaros luchaban en ambos bandos. Las tropas cristianas de Moldavia y Valaquia, controladas por los otomanos, se vieron obligadas a apoyar a estos. Las numerosas pinturas y grabados de la campaña dejan claro que las diferencias entre los dos ejércitos eran de vestimenta más que de índole tecnológica o táctica. Pero el momento exacto del asedio tuvo una importancia significativa, y ello porque los últimos años del siglo XVII fueron un tiempo de cambios acelerados en Europa en dos campos cruciales: la filosofía natural (como se denominaba entonces a la ciencia) y la teoría política. Los años posteriores a 1683 presenciaron profundos cambios en el modo en que la mente occidental concebía tanto la naturaleza como el gobierno. En 1687, Isaac Newton publicó sus *Principia*. Tres años más tarde, su amigo John Locke publicaba su segundo *Tratado sobre el gobierno civil*. Si algo vino a diferenciar a Occidente de Oriente fue la muy distinta medida en que aquel nuevo y profundo conocimiento fue sistemáticamente estudiado y aplicado.

El largo retroceso otomano a partir de 1683 no fue algo económicamente condicionado. Estambul no era una ciudad más pobre que sus vecinas más cercanas de Europa Central, ni tampoco el Imperio otomano tardó más que muchas otras partes de Europa en adherirse al comercio global y, más tarde, a la industrialización.[14] La explicación del declive de la China imperial propuesta en el capítulo anterior no es aplicable aquí: en los territorios otomanos no había escasez de competencia económica ni de entidades corporativas autónomas como los gremios;[15] y había asimismo una extensa competencia entre otomanos, safawíes y mogoles. Tampoco cabe entender la decadencia otomana simplemente como una consecuencia de la creciente superioridad militar de Occidente.[16] Un examen minucioso revela que dicha superioridad se basaba en mejoras en la aplicación de la ciencia a la guerra y en la racionalidad del gobierno. En el siglo XV, como ya hemos visto antes, la competencia política y económica había dado a Occidente una ventaja crucial sobre China; en el XVIII, su superioridad sobre Oriente era un asunto de potencia intelectual tanto como de potencia de fuego.



The Ottoman Empire's Disintegration from 1683


Prussian Expansion from 1668
N
North Sea
Baltic Sea
Königsberg
Danzig
Stettin
Hamburg
R. Elbe
Hanover
Berlin
Warsaw
Cologne
Dresden
Breslau
R. Oder
R. Vistula
Prague
Nuremberg
R. Rhine
R. Danube
Vienna
Prussia in 1668
Prussia in 1786
Prussia in 1815
Prussia in 1871
Border of the German Reich, 1871
0 50 100 miles
0 100 200 km

MICROGRAFÍA

Lejos de ser recto y directo, el camino de Europa hacia la revolución científica y la Ilustración resultó más bien largo y tortuoso. Tuvo su origen en el principio cristiano fundamental de que la Iglesia y el Estado debían estar separados. «Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mateo, 22, 21) es una prescripción radicalmente distinta de las del Corán, que insiste en la indivisibilidad de la ley de Dios tal como fue revelada al Profeta y en la unidad de cualquier estructura de poder basada en el islam. Fue la distinción de Cristo entre lo temporal y lo espiritual, y delineada en el siglo V por *La ciudad de Dios* de san Agustín (en oposición a «la ciudad del hombre» del Imperio romano), la que permitió a los posteriores gobiernos europeos oponerse a las pretensiones políticas del papado romano; de hecho, hasta la reafirmación del poder papal con la investidura del clero por parte de Gregorio VII (1073-1085), eran las autoridades seculares las que amenazaban con convertir al Papa en un títere.

Europa antes de 1500 era un valle de lágrimas, pero no de ignorancia. En el Renacimiento se redescubrieron numerosos estudios clásicos, a menudo gracias al contacto con el mundo musulmán. Hubo asimismo innovaciones importantes. El siglo XII presenció el nacimiento de la polifonía, un avance revolucionario en la historia de la música occidental. Robert Grosseteste planteó la crucial importancia del método experimental, una idea que secundó Roger Bacon en el siglo XIII Alrededor de 1413, Filippo Brunelleschi inventó la perspectiva lineal en la pintura. La primera novela propiamente dicha fue *La vida de Lazarillo de Tormes* (1500), de autor anónimo. Pero un avance aún más decisivo que el Renacimiento fue el advenimiento de la Reforma protestante y la consiguiente fragmentación del cristianismo de Occidente a partir de 1517. Ello se debió en gran medida al papel revolucionario de la imprenta, seguramente la innovación tecnológica más importante del período anterior a la revolución industrial. Como hemos visto, los chinos pueden afirmar que inventaron la impresión con una prensa (véase el capítulo 1); pero el sistema de tipos móviles metálicos de Gutenberg era más flexible y dimensionable que todo lo desarrollado en China. Como él mismo dijo, «el maravilloso concierto, proporción y armonía de cuños y tipos» permitía una rapidísima producción de folletos y libros. Era aquella una tecnología demasiado potente para ser monopolizada (como Gutenberg esperaba que ocurriera). En el plazo de solo unos años desde su trascendental invención en Maguncia, surgieron imitadores —en especial el inglés William Caxton— que establecieron imprentas en Colonia (1464), Basilea (1466), Roma (1467), Venecia (1469), Nuremberg, Utrecht, París (1470), Florencia, Milán, Nápoles (1471), Augsburgo (1472), Budapest, Lyon, Valencia (1473), Cracovia, Brujas (1474), Lübeck, Breslavia (1475), Westminster, Rostock

(1476), Ginebra, Palermo, Mesina (1478), Londres (1480), Amberes, Leipzig (1481), Odense (1482) y Estocolmo (1483).[17] Ya en 1500 había más de 200 talleres de impresión solo en Alemania. En 1518 se publicaron un total de 150 obras impresas en alemán; una cifra que aumentó a 260 en 1519, 570 en 1520 y 990 en 1524.

Ningún otro autor se benefició más de esta explosión de publicaciones que Martín Lutero, sobre todo porque supo ver el potencial de escribir en lengua vernácula en lugar de en latín. Empezando modestamente por la introducción a una edición de la *Teología germánica* y los siete Salmos Penitenciales, él y el impresor Johann Grunenberg, de Wittenberg, pronto inundaron el mercado alemán de panfletos religiosos críticos con las prácticas de la Iglesia católica. La invectiva más famosa de Lutero, las 95 Tesis contra la venta de indulgencias de la Iglesia (como forma de penitencia por el pecado), inicialmente no fue publicada, sino clavada en la puerta de la Iglesia del castillo de Wittenberg. Pero no pasó mucho tiempo sin que aparecieran impresas numerosas copias de las tesis.[18] El mensaje de Lutero era que «la fe sola, sin obras, justifica, libera y salva», y que todos los hombres eran «sacerdotes por siempre… dignos de aparecer ante Dios, de rezar por otros, y de enseñarse mutuamente unos a otros las cosas que son de Dios».[19] Esta idea de un sacerdocio autodidacta «de todos los creyentes» era en sí misma radical. Pero fue la imprenta la que la hizo viable, a diferencia del anterior desafío de Jan Hus al poder papal, que había sido aplastado sin piedad como todas las herejías medievales. En el plazo de solo unos años los panfletos de Lutero se extendieron por toda Alemania, a pesar de que en 1521 el Edicto de Worms ordenaba su quema. De los treinta sermones y otros escritos que Lutero publicó entre marzo de 1517 y el verano de 1520, se imprimieron unas 370 ediciones. Si la tirada media de una edición era de mil ejemplares, entonces había en circulación alrededor de un tercio de millón de ejemplares de sus obras en esa última fecha. Entre 1521 y 1545, solo Lutero fue responsable de la mitad de todas las publicaciones en favor de la Reforma.[20]

Debido a su énfasis en la lectura individual de las Escrituras y en la «enseñanza mutua», el nuevo medio era ciertamente el mensaje de la Reforma. Sin embargo, como en tantos otros aspectos de la supremacía occidental, también aquí la competencia comercial desempeñó un papel. El propio Lutero se quejaba de que sus editores eran «sórdidos mercenarios» que se preocupaban más «de sus ganancias que del público».[21] En realidad, los beneficios económicos de la imprenta se hicieron extensivos a toda la sociedad. A lo largo del siglo XVI, las ciudades con imprentas crecieron mucho más rápidamente que las que carecían de ellas.[22]

Crucialmente, la impresión difundió también otras enseñanzas además de las de Lutero. El Nuevo Testamento fue impreso inicialmente en inglés en 1526, en traducción de Matthew Tyndale, permitiendo así por primera vez a los laicos que sabían leer examinar las Escrituras por sí mismos. Puede que los religiosos conservadores denunciaran aquel «ingenio infame» que era la imprenta y añoraran con nostalgia un «tiempo feliz en el que todo el saber estaba en manuscrito, y algún pequeño funcionario… guardaba las llaves de la biblioteca».[23] Pero aquellos días se habían ido para siempre. Como el ministro de Enrique VIII Tomás Moro supo comprender de inmediato, hasta los que se oponían a la Reforma no tenían otra opción que unirse a la batalla en la letra impresa. El único modo de limitar la difusión por toda Escocia e Inglaterra de la Biblia de Ginebra de los calvinistas (1560) fue que el rey Jacobo VI encargara una versión «autorizada» alternativa, que constituyó el

tercero y más exitoso intento de producir una traducción oficial inglesa.[*] La imprenta también sirvió para desvelar y difundir las obras de los filósofos antiguos, especialmente Aristóteles, cuyo *De anima* se publicó en traducción moderna en 1509, así como de humanistas anteriores a la Reforma como Nicolaus Marschalk y Georgius Sibutus. Ya en 1500 habían aparecido impresas más de un millar de obras científicas y matemáticas, entre ellas *De rerum natura* de Lucrecio, que había sido redescubierta en 1417; *De re medica* de Celso, una compilación romana de la ciencia médica griega, y versiones latinas de las obras de Arquímedes.[24] Los impresores italianos desempeñaron un papel especialmente importante en la difusión de técnicas aritméticas y contables comercialmente útiles en obras como la *Aritmética de Treviso* (1478) y la *Summa de arithmetica, geometria, proportioni et proportionalità* de Luca Pacioli (1494).

Quizá resulte aún más notable, en una época en que los panfletos antiturcos eran casi tan populares como los pasquines contra el Papa en Alemania,[25] que el Corán se tradujera al latín y fuera publicado en Basilea por el impresor Johannes Oporinus. Cuando en 1542 el ayuntamiento de Basilea prohibió la traducción y confiscó los ejemplares disponibles, el propio Lutero escribió en defensa de Oporinus:

> Me ha sorprendido que alguien haya podido hacer algo tan doloroso para Mahoma o los turcos, algo que puede causarles tanto daño (más que con todo el armamento), como traer su Corán a los cristianos a la luz del día, donde ellos pueden ver qué clase de libro absolutamente maldito, abominable y pésimo es, lleno de mentira, fábulas y abominaciones que los turcos ocultan y disimulan… para honrar a Cristo, para hacer el bien a los cristianos, para perjudicar a los turcos y fastidiar al diablo, liberad este libro y no lo retengáis… Hay que abrir las llagas y heridas para poder curarlas.[26]

Así, en 1543 se publicaron tres ediciones, a las que seguiría una cuarta siete años más tarde. Nada podría ilustrar mejor la apertura de la mente europea que siguió a la Reforma.

Obviamente, no todo lo que se publicaba contribuía a aumentar el conocimiento humano. Gran parte de lo que salió de las imprentas en los siglos XVI y XVII fue claramente destructivo, como las 29 ediciones del *Malleus maleficarum* («Martillo de las brujas») que aparecieron entre 1487 y 1669 legitimando la persecución de la brujería, una manía paneuropea que se calcula que mató entre 12.000 y 45.000 personas, la mayoría mujeres.[27] Para el público que iba a ver el *Doctor Fausto* de Christopher Marlowe, estrenada en 1592, la idea de que un erudito alemán pudiera vender su alma a Satán a cambio de veinticuatro años de poder y placeres ilimitados resultaba completamente creíble:

> Por él seré el más grande emperador del mundo y haré un puente sobre el movedizo aire para pasar el océano con una hueste. Uniré las montañas que rematan la costa africana y juntaré a España ese país, y a los dos los haré tributarios de mi corona. No vivirá el emperador sin licencia mía, ni potentado alguno de Alemania.

Sin embargo, solo setenta años más tarde Robert Hooke pudo publicar su *Micrographia* (1665), una celebración triunfal del empirismo científico:

> Por medio de telescopios, no hay nada tan distante que no pueda ser representado ante nuestra vista; y con la ayuda de microscopios, no hay nada tan pequeño que escape a nuestra investigación; de ahí que haya un nuevo mundo visible descubierto a nuestro entendimiento. Por este medio el firmamento se ha abierto, y un vasto número de nuevas estrellas, y nuevos movimientos, y nuevas producciones aparecen en él, a las que todos los astrónomos antiguos fueron completamente extraños. Por ello la propia Tierra, que yace tan cerca de nosotros, bajo nuestros pies, nos parece algo completamente nuevo… Quizá nos sea posible discernir todos los mecanismos secretos de la naturaleza. ¿Qué no cabe esperar de ello si se realiza a conciencia? La conversación y la discusión de argumentos pronto se convertirán en trabajos; todos los hermosos sueños de opiniones, y

> naturalezas metafísicas universales, que concibió la exuberancia de cerebros sutiles, se desvanecerán con rapidez, y darán paso a sólidas historias, experimentos y obras. Y como en el principio la humanidad cayó al probar el Árbol del Conocimiento prohibido, así nosotros, su posteridad, podemos ser en parte restituidos del mismo modo, no solo observando y contemplando, sino también probando esos frutos del conocimiento natural que nunca estuvieron prohibidos. A partir de ahí se puede ayudar al mundo con una variedad de invenciones, se puede recopilar nuevo material para las ciencias, mejorar lo viejo, y quitarle su herrumbre.

El uso que hizo Hooke del término «célula» para definir una unidad microscópica de materia orgánica fue solo uno de entre toda una serie de avances conceptuales, asombrosamente agrupados tanto en el tiempo como en el espacio, que redefinieron fundamentalmente el conocimiento humano del mundo natural.

Puede decirse que la revolución científica se inició con avances casi simultáneos en el estudio de los movimientos planetarios y la circulación de la sangre. Pero el microscopio de Hooke llevó la ciencia a una nueva frontera al revelar lo que hasta entonces había sido invisible al ojo humano. La *Micrographia* fue un manifiesto del nuevo empirismo, un mundo completamente alejado del de la brujería de Fausto. Sin embargo, la nueva ciencia tenía que ver con algo más que la mera observación precisa. Empezando por Galileo, tenía que ver también con la experimentación sistemática y la identificación de relaciones matemáticas. Las posibilidades de las matemáticas se ampliaron a su vez cuando Isaac Newton y Gottfried Leibniz desarrollaron, respectivamente, el cálculo infinitesimal y el cálculo diferencial. Por último, la revolución científica fue también una revolución filosófica cuando René Descartes y Baruch Spinoza echaron por tierra las teorías tradicionales tanto sobre la percepción como sobre la razón. Se puede decir, sin temor a exagerar, que esta cascada de innovaciones intelectuales dieron lugar a la anatomía, astronomía, biología, química, geología, geometría, matemáticas, mecánica y física modernas. Nada mejor para ilustrar su naturaleza que una sucinta relación de los 29 avances más importantes del período comprendido entre 1530 y 1789.[*]

1530 Paracelso inicia la aplicación de la química a la fisiología y la patología.

1542 Nicolás Copérnico, en *De revolutionibus orbium coelestium*, establece la teoría heliocéntrica del sistema solar. *De humani corporis fabrica*, de Andrés Vesalio, sustituye al manual anatómico de Galeno.

1546 *De natura fossilium*, de Georgius Agrícola, clasifica los minerales e introduce el término «fósil».

1572 Tycho Brahe registra la primera observación europea de una supernova.

1589 Las pruebas de Galileo sobre la caída de los cuerpos (publicadas en *De motu*) revolucionan el método experimental.

1600 William Gilbert, en *De magnete, magnetique corporibus*, describe las propiedades magnéticas de la tierra y la electricidad.

1604 Galileo descubre que un cuerpo en caída libre recorre una distancia proporcional al cuadrado del tiempo.

1608 Hans Lippershey y Zacharias Jansen inventan por separado el telescopio.

1609 Galileo realiza las primeras observaciones telescópicas del cielo nocturno.

1610 Galileo descubre cuatro de las lunas de Júpiter y deduce que la Tierra no está en el centro del universo.

1614 John Napier introduce los logaritmos en su *Mirifici logarithmorum canonis descriptio*.

1628 William Harvey escribe *Exercitatio anatomica de motu cordis et sanguinis in animalibus*, donde describe con precisión la circulación de la sangre.

1637 René Descartes, en «La geometría», un apéndice a su *Discurso del método*, funda la geometría analítica.

1638 Galileo, en su *Discorsi e dimonstrazioni matematiche*, funda la mecánica moderna.

1640 Pierre de Fermat establece la teoría de los números.

1654 Fermat y Blaise Pascal establecen la teoría de la probabilidad.

1661 Robert Boyle, en *El químico escéptico*, define los elementos y el análisis químico.

1662 Boyle establece la ley que lleva su nombre, que afirma que el volumen que ocupa una masa de gas constante en un recipiente es inversamente proporcional a la presión que esta ejerce.

1669 Isaac Newton, en *De analysi per aequationes numero terminorum infinitas*, presenta la primera exposición sistemática del cálculo, desarrollado independientemente por Gottfried Leibniz.

1676 Anton van Leeuwenhoek descubre los microorganismos.

1687 Newton, en su *Philosophiae naturalis principia mathematica*, expone la ley de gravitación universal y las leyes del movimiento.

1735 Carl von Linneo, en *Systema naturae*, introduce la clasificación sistemática de los géneros y especies de organismos.

1738 Daniel Bernoulli, en su *Hidrodinámica*, expone el principio que lleva su nombre y establece el estudio matemático de los fluidos y la teoría cinética de gases.

1746 Jean-Étienne Guettard realiza los primeros mapas geológicos propiamente dichos.

1755 Joseph Black identifica el dióxido de carbono.

1775 Antoine Lavoisier describe de forma precisa la combustión.

1785 James Hutton, en «Concerning the System of the Earth», establece la visión uniformista de la evolución de la Tierra.

1789 Lavoisier, en su *Tratado elemental de química*, establece la ley de la conservación de la materia.

A mediados de 1600, esta clase de conocimiento científico se propagaba tan rápidamente como lo había hecho la doctrina de la Reforma protestante un siglo antes. La imprenta y la creciente fiabilidad de los servicios postales se combinaron para crear una extraordinaria red, pequeña para los estándares modernos, pero más potente que nada de lo alcanzado hasta entonces por una comunidad de eruditos. Hubo, obviamente, mucha resistencia intelectual, como ocurre siempre cuando cambia el paradigma, esto es, el propio marcó conceptual.[28] De hecho, parte de esa resistencia venía de dentro. El propio Newton coqueteó con la alquimia. Hooke casi se mató con remedios de curandero para la indigestión. No fue nada fácil para aquellos hombres reconciliar la

nueva ciencia con la doctrina cristiana, a la que pocos estaban dispuestos a renunciar.[29] Pero sigue siendo innegable que fue una revolución intelectual aún más transformadora que la revolución religiosa que la precedió e involuntariamente la engendró. Se establecieron las reglas básicas de la investigación científica, incluida la difusión de los hallazgos y la atribución del mérito al primero que los publica. «Su primera carta [trabajo] me bautizó en la religión newtoniana —le escribía el joven e ingenioso filósofo francés François-Marie Arouet (más conocido por su seudónimo de Voltaire) a Pierre-Louis Moreau de Maupertuis después de que este publicara el *Discurso sobre las diferentes figuras de los astros* en 1732—, y la segunda me dio la confirmación. Le agradezco sus sacramentos.»[30] Era, obviamente, una ironía, pero a la vez reconocía la naturaleza reveladora de la nueva ciencia.

Quienes critican el «eurocentrismo» como si fuera un prejuicio desagradable tienen un problema: la revolución científica fue, desde cualquier perspectiva científica, totalmente eurocéntrica. Una proporción asombrosamente alta de sus figuras clave —alrededor del 80 por ciento— se originaron en un hexágono delimitado por Glasgow, Copenhague, Cracovia, Nápoles, Marsella y Plymouth, y casi todos los demás nacieron en un radio de 150 kilómetros de dicha zona.[31] En marcado contraste con ello, en ese mismo período el progreso científico otomano era inexistente. La mejor explicación de esta divergencia es la ilimitada soberanía de la religión en el mundo musulmán. Hacia el final del siglo XI, los influyentes clérigos islámicos empezaron a argumentar que el estudio de la filosofía griega era incompatible con las enseñanzas del Corán.[32] De hecho, era blasfemo sugerir que el hombre pudiera ser capaz de discernir la manera de actuar divina, que Dios siempre podía variar a voluntad. En palabras de Abu Hamid al-Ghazali, conocido en Occidente como Algazel y autor de *La incoherencia de los filósofos*, «es raro que alguien se consagre a esta ciencia [extraña] sin renunciar a la religión y soltar las riendas de la piedad dentro de sí».[33] Bajo la influencia clerical, se restringió el estudio de la filosofía antigua, se quemaron libros y se persiguió a los llamados librepensadores; cada vez más, las madrasas pasaron a centrarse exclusivamente en la teología, en un momento en que las universidades europeas ampliaban el alcance de su erudición.[34] El mundo musulmán también se resistió a la imprenta. Para los otomanos, la escritura era sagrada: sentían una reverencia religiosa por la pluma, y prefirieron el arte de la caligrafía al negocio de la impresión. «La tinta del erudito —se decía— es más sagrada que la sangre del mártir.»[35] En 1515, un decreto del sultán Selim I había amenazado con la muerte a cualquiera a quien se descubriera usando una imprenta.[36] Este fracaso a la hora de reconciliar el islam con el progreso científico habría de resultar catastrófico. Los científicos musulmanes, que antaño proporcionaran a los eruditos europeos ideas e inspiración, quedaron aislados de las últimas investigaciones. Si la revolución científica fue generada por una «red», entonces cabe decir que en la práctica el Imperio otomano se quedó *offline*. El único libro occidental traducido a una lengua de Oriente Próximo hasta finales del siglo XVIII fue un libro de medicina sobre el tratamiento de la sífilis.[37]

Nada ilustra mejor esta divergencia que el destino del observatorio construido en Estambul en la década de 1570 por el renombrado erudito Takiyüddin al-Rashid (Taqi al-Din). Nacido en Siria en 1521, y educado en Damasco y El Cairo, Taqi al-Din fue un científico de talento, autor de numerosos

tratados sobre astronomía, matemáticas y óptica. Diseñó sus propios relojes astronómicos, sumamente precisos, y hasta experimentó con la energía de vapor. A mediados de la década de 1570, en su calidad de astrónomo principal del sultán, logró convencer a este para que se construyera un observatorio. Según todas las descripciones, la Darü'r-Rasadü'l-Cedid (Casa de las Nuevas Observaciones) era una construcción sofisticada, comparable al famoso observatorio del danés Tycho Brahe, el Uraniborg. Pero el 11 de septiembre de 1577, el avistamiento de un cometa sobre Estambul propició las solicitudes de interpretación astrológica del hecho. Imprudentemente, según algunos relatos, Taqi al-Din lo interpretó como el presagio de una inminente victoria de los militares otomanos. Pero el jeque ul-Islam Kadizade, el clérigo de mayor rango de la época, persuadió al sultán de que el hecho de que Taqi al-Din se adentrara en los secretos del firmamento era tan blasfemo como las tablas planetarias del astrónomo de Samarcanda Ulugh Beg, que supuestamente había sido decapitado por una temeridad similar. Así, en enero de 1580, apenas cinco años después de su finalización, el sultán ordenó la demolición del observatorio de Taqi al-Din.[38] No habría otro observatorio en Estambul hasta 1868. Con tales métodos, el clero musulmán logró extinguir en la práctica la posibilidad del avance científico otomano; y ello en el mismo momento en el que las Iglesias cristianas de Europa relajaban sus restricciones a la libre investigación. Los avances europeos serían despreciados en Estambul como mera «vanidad».[39] El legado de la antaño celebrada Casa del Saber del islam desapareció en una nube de piedad religiosa. Todavía a comienzos del siglo XIX se podía oír a Hüseyin Rifki Tamani, el director de la Mühendishane-i Cedide (Nueva Escuela de Ingeniería) de Estambul, explicando a sus alumnos: «El universo aparentemente es una esfera, y su centro es la Tierra… El Sol y la Luna giran alrededor del globo y se mueven a través de los signos del zodiaco».[40]

En la segunda mitad del siglo XVII, mientras los herederos de Osmán dormitaban, los gobernantes de toda Europa promovían activamente la ciencia, prescindiendo en gran medida de los reparos clericales. En julio de 1662, dos años después de su fundación en el Gresham College, la Royal Society of London for Improving Natural Knowledge (Real Sociedad de Londres para el Avance de la Ciencia Natural) recibía sus reales estatutos de manos del rey Carlos II. Su objetivo era fundar una institución «para la promoción del conocimiento experimental físico-matemático». De manera significativa, y en las propias palabras del primer historiador de la Royal Society, sus fundadores

> admitían libremente a hombres de diferentes religiones, países y profesiones. Estaban obligados a ello, pues de lo contrario no estarían a la altura de la grandeza de sus propias declaraciones. Ya que ellos declaran abiertamente no dar fundamento a una filosofía inglesa, escocesa, irlandesa, papista o protestante; sino a una filosofía de la humanidad… Al naturalizarse ciudadanos de todos los países, han sentado las bases de muchas grandes ventajas para el futuro. Ya que, por este medio, podrán establecer una inteligencia constante que se extienda a todas las naciones civiles; y hacer de la Royal Society el banco general y el puerto franco del mundo.[41]

Cuatro años después se creó en París la Académie Royale des Sciences (Real Academia de las Ciencias), inicialmente como un centro pionero de la cartografía.[42] Ambas academias, la inglesa y la francesa, se convirtieron en los modelos de instituciones similares en toda Europa. Entre los fundadores de la Royal Society figuraba Christopher Wren, arquitecto, matemático, científico y

astrónomo. Cuando en 1675 Carlos II encargó a Wren que diseñara su Real Observatorio en Greenwich, seguramente no esperaba que predijera los resultados de las batallas. El rey sabía muy bien que la verdadera ciencia redundaba en el interés nacional.

Lo que hizo a la Royal Society tan importante no fue tanto el mecenazgo real como el hecho de que formaba parte de una nueva clase de comunidad científica, que permitía compartir las ideas y abordar los problemas colectivamente mediante un proceso de competencia abierta. El ejemplo clásico es el de la ley de la gravedad, que Newton no podría haber formulado sin los trabajos previos de Hooke. De hecho, la Royal Society —de la que Newton fue presidente en 1703— sería un eje central en la nueva red científica. Esto no equivale a sugerir que la ciencia moderna fuera, o sea, un trabajo exclusivamente de equipo. Entonces, como ahora, los científicos individuales actuaban por ambición tanto como por altruismo. Pero debido al imperativo de publicar los nuevos hallazgos, el conocimiento científico podía crecer de manera acumulativa, aunque a veces lo hiciera con amargura. Entre Newton y Hooke hubo una encarnizada disputa en torno a quién había identificado primero la ley gravitatoria del cuadrado inverso o la verdadera naturaleza de la luz.[43] Newton tuvo una disputa igualmente desagradable con Leibniz, que rechazó la gravedad como algo que tenía «una cualidad oculta».[44] De hecho, aquí se produjo una importante fisura intelectual entre el pensamiento metafisico del continente y la práctica empírica de las islas británicas; y esta última, con su característica cultura del reajuste experimental y la observación paciente, siempre tuvo más probabilidades de producir los avances tecnológicos sin los que no podría haberse dado una revolución industrial (véase el capítulo 5).[45] La línea que llevó de las leyes de Newton a la máquina de vapor de Thomas Newcomen —utilizada por primera vez para drenar las minas de carbón de Whitehaven en 1715— fue extraordinariamente corta y directa, aunque Newcomen no fuera más que un humilde ferretero de Dartmouth.[46] No es casual que tres de las innovaciones tecnológicas más importantes del mundo —la máquina de vapor mejorada de James Watt (1764), el cronómetro para determinar la longitud de John Harrison (1761) y la hiladora hidráulica de Richard Arkwright (1769)— se inventaran en el mismo país y en la misma década.

Cuando Newton murió, en marzo de 1727, su cuerpo estuvo en capilla ardiente durante cuatro días en la abadía de Westminster, antes de un funeral en el que su ataúd fue transportado por dos duques, tres condes y el lord canciller. El servicio fúnebre fue observado por Voltaire, que se asombró ante la reverencia de que era objeto un científico de origen humilde. «He visto —escribiría el famoso filósofo a su regreso a Francia— a un profesor de matemáticas, solo porque fue grande en su vocación, enterrado como un rey que se hubiera portado bien con sus súbditos.» En Occidente, la ciencia y el gobierno se habían asociado. Y ningún monarca ejemplificaría mejor los beneficios de aquella sociedad que un amigo de Voltaire, Federico el Grande de Prusia.

OSMÁN Y FRITZ

Setenta años después del asedio de Viena, dos hombres personificaron la creciente brecha entre la civilización occidental y su rival musulmana en Oriente Próximo. En Estambul, el sultán Osmán III presidía indolente un Imperio otomano en decadencia, mientras que en Potsdam Federico el Grande promulgaba reformas que convertirían el Reino de Prusia en un sinónimo de eficacia militar y racionalidad administrativa.

Visto desde fuera, el Imperio otomano seguía pareciendo una autocracia tan impresionante como lo había sido en los días de Solimán el Magnífico. Pero en realidad, desde mediados del siglo XVII, el imperio se veía aquejado por serios problemas estructurales. Había una grave crisis fiscal, ya que el gasto público superaba a los ingresos tributarios, y una crisis monetaria debida a que la inflación, importada del Nuevo Mundo y empeorada por la devaluación de la moneda, hacía subir los precios (como también sucedía en Europa).[47] Bajo el visirato de Mehmed Köprülü, su hijo Ahmed y su malhadado hijastro Kara Mustafá, había una lucha constante para cubrir los gastos de la enorme corte del sultán, para refrenar a los jenízaros —la antaño célibe infantería otomana que se había convertido en una especie de casta hereditaria con sus propias leyes— y para controlar las provincias más remotas del Imperio. La corrupción era generalizada. Las fuerzas centrífugas se fortalecían. El poder de la clase terrateniente, los *sepahíes*, iba en disminución. Insurrectos como los *celali* en Anatolia desafiaban la autoridad central. Había asimismo conflictos religiosos entre clérigos ortodoxos como Kadizade, que atribuían todos los reveses otomanos a desviaciones de la palabra del Profeta,[48] y místicos sufíes como Sivasi Efendi.[49] Anteriormente, la burocracia otomana se había alimentado de esclavos (bajo el sistema denominado *devshirmé*), a menudo cautivos procedentes de las comunidades cristianas de los Balcanes. Pero ahora la selección y promoción parecían depender más del soborno y el favoritismo que de la aptitud; la tasa de rotación se hizo absurdamente alta en la medida en que la gente competía con ferocidad por las ventajas del cargo.[50] El deterioro de los estándares administrativos puede detectarse hoy en los archivos del gobierno otomano. Así, por ejemplo, el censo de 1458 es un documento meticuloso; en 1694, en cambio, los registros equivalentes se habían vuelto completamente descuidados, llenos de abreviaturas y tachones.[51] Los funcionarios otomanos eran muy conscientes de tal deterioro, pero el único remedio que podían recomendar era una vuelta a los buenos tiempos de Solimán el Magnífico.[52]

Sin embargo, quizá el problema más grave fuera el descenso de calidad de los propios sultanes. El ritmo de renovación en el más alto cargo era elevado: hubo nueve sultanes entre 1566, cuando murió Solimán el Magnífico, y 1648, cuando Mehmed IV accedió al trono. De ellos, cinco fueron depuestos y dos asesinados. La poligamia implicaba que los sultanes otomanos no tenían las dificultades de los monarcas cristianos como Enrique VIII, cuya lucha por tener un heredero masculino había requerido nada menos que seis esposas, a dos de las cuales mandó ejecutar, mientras que de otras dos se divorció. En Estambul, en cambio, lo peligroso era ser uno de los generalmente numerosos hijos del sultán. Solo uno de ellos podía sucederle en el trono, y, hasta 1607, los demás eran invariablemente estrangulados como un seguro contra posibles desafíos a la sucesión. Era aquella una mala receta para el amor filial. El destino del talentoso hijo mayor de Solimán, Mustafá,

no fue del todo atípico: murió asesinado en la propia tienda de su padre como resultado de las intrigas instigadas por la segunda esposa del sultán, su madrastra, en interés de sus propios hijos. Otro hijo, Bayezid, también fue estrangulado. En la accesión al trono de Mehmed III, en 1597, diecinueve de sus hermanos fueron ejecutados. A partir de 1607 esta práctica fue abandonada y reemplazada por el derecho de primogenitura. En lo sucesivo los hijos más jóvenes simplemente se verían confinados al harén —un término que significa literalmente «lo prohibido»—, donde vivían las esposas del sultán, sus concubinas y sus descendientes.[53]

Calificar el ambiente del harén de malsano sería quedarse corto. Osmán III se convirtió en sultán a la edad de cincuenta y siete años, después de haber pasado los cincuenta y un años previos prácticamente como un prisionero en el harén. Cuando salió de allí, casi en la más completa ignorancia del reino que se suponía que había de gobernar, había desarrollado tal odio a las mujeres que le dio por llevar calzado con suela de hierro. Al oír el ruido metálico de sus pasos, se esperaba que las damas del harén se apresuraran a apartarse fuera de su vista. Medio siglo esquivando a las concubinas difícilmente representaba la mejor preparación para el poder. Pero la vida de la realeza era muy distinta en los territorios situados al norte de los Balcanes.

«El gobernante es la primera persona del Estado —escribía Federico el Grande en 1752, en el primero de los dos Testamentos Políticos que dejaría a la posteridad—. Se le paga bien para que pueda mantener la dignidad de su cargo. Pero a cambio se le exige que trabaje eficazmente en favor del bienestar del Estado.»[54] Un siglo antes se habían expresado sentimientos muy similares por parte de su bisabuelo el elector Federico Guillermo, cuya hazaña fue convertir el margraviato de Brandeburgo de un erial devastado por la guerra en el corazón del Estado más firmemente controlado de Europa Central; un Estado cuyas finanzas se basaban en la administración eficaz de los extensos dominios reales, cuyo orden social se basaba en una clase terrateniente que prestaba un leal servicio tanto sobre los caballos como tras los escritorios, y cuya seguridad se basaba en un bien entrenado ejército de campesinos. En el momento en que su hijo fue reconocido «rey de Prusia» en 1701, el reino de Federico Guillermo representaba la aproximación más cercana existente a la monarquía absoluta ideal recomendada por el teórico político inglés Thomas Hobbes como el antídoto a la anarquía. Era este un Leviatán joven y flaco.

El contraste con el sistema otomano lo ejemplificaba la residencia real favorita de Federico el Grande en Potsdam. Diseñada por el propio rey, parecía más una casa de campo que un palacio; y aunque él la llamara Sanssouci —«Despreocupada»—, su real dueño estaba lejos de mostrar despreocupación. «No puedo tener intereses algunos —declaraba— que no sean igualmente los de mi pueblo. Si los dos son incompatibles, se debe dar siempre preferencia al bienestar y la ventaja del país.»

El sencillo diseño de Sanssouci sirvió de ejemplo a toda la burocracia prusiana. Sus consignas habían de ser una estricta autodisciplina, una rutina férrea y una incorruptibidad inmaculada. Federico mantuvo solo un pequeño séquito de personas en Sanssouci: seis lacayos corredores, cinco lacayos regulares y dos pajes, pero ningún ayuda de cámara debido a la simplicidad de su guardarropa, integrado casi invariablemente por un raído uniforme militar, manchado de rapé. En opinión de Federico, las reales vestiduras no tenían ningún propósito práctico, y una corona no era

más que «un sombrero que deja pasar la lluvia».[55] En comparación con su homólogo del palacio de Topkapi, vivía como un monje. En lugar de un harén, tenía una esposa (Isabel Cristina de Brunswick) a la que detestaba. «La señora ha engordado», fue como la saludó después de una de entre muchas y prolongadas separaciones.[56] El contraste puede apreciarse también en los registros escritos. Las actas del Real Gabinete Prusiano —página tras página de decisiones reales sucintamente registradas — son la antítesis de los documentos otomanos del siglo XVIII.

En cierta ocasión, el poeta lord Byron le escribió a un amigo: «En Inglaterra, los vicios de moda son las putas y la bebida; en Turquía, la sodomía y el tabaco. Nosotros preferimos una muchacha y una botella; ellos, una pipa y un catamita…». Irónicamente, Federico el Grande, el pionero del absolutismo ilustrado, de joven podría muy bien haber sido más feliz en la corte otomana. Intelectual sumamente sensible y probablemente homosexual, soportó una educación austera, y a veces incluso sádica, bajo la dirección de su padre, Federico Guillermo I, un hombre irascible y aficionado a los desfiles.

Mientras Federico Guillermo se relajaba con sus toscos compañeros de bebida en su «Ministerio del Tabaco», su hijo buscaba consuelo en la historia, la música y la filosofía. Para su tirano padre, él era «un muchacho afeminado que carece de una sola inclinación varonil, que no sabe montar ni disparar, y que, por si fuera poco, es sucio en su persona, nunca se corta el pelo, y se lo riza como un idiota».[57] Cuando sorprendieron a Federico intentando huir de Prusia, su padre lo mandó encarcelar en el castillo de Küstrin y le obligó a presenciar la decapitación del amigo que le había ayudado a planear la fuga, Hans Hermann von Katte. Luego el cuerpo y la cabeza cortada de su amigo se dejaron en el suelo delante de la celda del príncipe heredero.[58] Este permaneció cautivo en Küstrin durante dos años.

Sin embargo, Federico no podía permitirse el lujo de rechazar la pasión de su padre por el ejército prusiano. Como coronel del Regimiento de Goltz (tras su liberación de la prisión), procuró perfeccionar sus habilidades militares. Estas habrían de revelarse indispensables cuando se propuso compensar la vulnerable posición geográfica de Prusia, extendida casi en diagonal a través de Europa Central. En el curso de su reinado, Federico incrementó el tamaño del ejército que había heredado de 80.000 a 195.000 hombres, convirtiéndolo en el tercero más grande de Europa. De hecho, con un soldado por cada 29 súbditos, hacia el final del reinado de Federico, en 1786, Prusia era en términos relativos el país más militarizado del mundo.[59] Y a diferencia de su padre, Federico estaba dispuesto a desplegar su ejército más allá de la plaza de armas en busca de nuevos territorios. En el plazo de unos meses tras su accesión al trono en 1740, sorprendió a todo el continente invadiendo y tomando la rica provincia austríaca de Silesia. Del sensible esteta al que antaño le costaba permanecer en la silla de montar y que prefería el sonido de la flauta al entrechocar de tacones había nacido un artista del ejercicio del poder: *der alte Fritz* («el viejo Fritz»).

¿Cómo puede explicarse esa transformación? Una pista reside en el anterior trabajo de Federico sobre filosofía política, el *Antimaquiavelo*, una de entre toda una serie de regias refutaciones del notoriamente cínico manual para gobernantes del florentino Nicolás Maquiavelo: *El príncipe*. En su versión, Federico defiende el derecho de un monarca a librar una guerra preventiva «cuando el hegemónico poder de un Imperio amenaza con desbordarse y engullir a todo el mundo»; en otras palabras, para mantener el equilibrio de poder, ese «sabio equilibrio en donde el poder de una

monarquía se confronta con el poder unificado de las demás coronas», es «mejor que un príncipe se decida a librar una guerra de agresión cuando todavía tiene la libertad de elegir entre el olivo y los laureles, y no que espere a que vengan tiempos peligrosos en los que una declaración de guerra podrá retardar su derrota y su esclavitud solo por poco tiempo».[60] Tiempo después Federico describiría la vecina Polonia como «una alcachofa, lista para ser consumida hoja por hoja»; y ciertamente lo fue cuando el país se dividió entre Austria, Prusia y Rusia.[61] Por lo tanto, la anexión de Silesia por parte de Federico no fue una decisión tomada a la ligera. La expansión de Prusia vendría a ser como una imagen especular de la contracción otomana: el logro de una nueva clase de poder basado en un racionalismo despiadado.

Federico Guillermo I había acumulado dinero, arrancando hasta el último céntimo de las extensas tierras de la corona y legando a su heredero una cantidad de ocho millones de táleros. Su hijo estaba decidido a dar un buen uso a su tesoro, no solo para ampliar sus dominios, sino también para dotarlos de una capital digna de un reino de primera línea. Uno de los primeros grandes edificios de lo que pretendía convertir en un espléndido foro en el corazón de Berlín fue la Opera Estatal. Junto a ella construyó la magnífica catedral de Santa Eduvigis. A los ojos del turista moderno poco curioso, estos apenas difieren de las óperas y catedrales que pueden verse en otras capitales europeas. Pero merece la pena examinarlos más de cerca. De manera inusual en el norte de Europa, la Opera Estatal de Berlín nunca ha estado unida a un palacio real. Existió, no para el placer personal del monarca, sino para el disfrute de un público más amplio. También la catedral de Federico era insólita, ya que se trataba de una iglesia católica en una ciudad luterana, construida además por un rey agnóstico, no de mala gana y en la periferia, sino en el corazón de la plaza más magnífica de la ciudad. El pórtico de la catedral se basa deliberadamente en el Panteón —el templo de todos los dioses— de la antigua Roma.[62] Hoy permanece como un monumento a la tolerancia religiosa de Federico el Grande.

El liberalismo de los decretos promulgados en la accesión de Federico resulta sorprendente todavía hoy: decretan no solo una completa tolerancia religiosa, sino también una libertad de prensa sin restricciones y la apertura a los inmigrantes. En 1700, casi uno de cada cinco berlineses era, de hecho, un hugonote francés, que vivía en una «colonia» francesa. Había también protestantes de Salzburgo, waldesianos, menonitas, presbiterianos escoceses, judíos, católicos y escépticos religiosos confesos. «Aquí cada uno puede buscar la salvación de la manera que mejor le parezca», decía Federico, incluyendo a los musulmanes.[63] Es cierto que también los judíos y los cristianos eran tolerados en el Imperio otomano, en el sentido de que podían vivir allí. Pero su estatus se parecía más al de los judíos de la Europa medieval: confinados en áreas y ocupaciones específicas, y gravados con impuestos más elevados.[64]

Vigorizada por la combinación de libertad y extranjeros, Prusia experimentó un auge cultural marcado por la fundación de nuevas sociedades de lectura, grupos de discusión, librerías, revistas y sociedades científicas. Aunque él mismo proclamara que despreciaba su lengua, prefiriendo escribir en francés y hablar en alemán solo a su caballo, el reinado de Federico presenció una oleada de nuevas publicaciones en alemán. Fue bajo su reinado cuando Immanuel Kant se reveló como probablemente el mayor filósofo del siglo XVIII, sondeando en su *Crítica de la razón pura* (1781) la

propia naturaleza y limitaciones de la racionalidad humana. Kant, que vivió y trabajó toda su vida en la Universidad Albertina de Königsberg, era un personaje aún más austero que su rey, y daba su paseo diario con tal puntualidad que sus vecinos ajustaban sus relojes con él. A Federico no le importaba que el gran pensador fuera el nieto de un fabricante de sillas de montar escocés. Lo importante era la calidad de su mente antes que su nacimiento. Tampoco molestaba a Federico que uno de los intelectuales que casi igualaban a Kant, Moses Mendelssohn, fuera judío. El cristianismo, comentaba sardónicamente el rey estaba «plagado de milagros, contradicciones y absurdidades, fue engendrado en las febriles imaginaciones de los orientales y luego difundido a nuestra Europa, donde algunos fanáticos lo apoyaron, algunos intrigantes fingieron dejarse convencer por él y algunos imbéciles se lo creyeron de verdad».[65]

Aquí estaba la esencia misma del movimiento que conocemos como Ilustración, que fue en muchos aspectos —aunque no en todos— una extensión de la revolución científica. Las diferencias eran de dos tipos. En primer lugar, el círculo de pensadores ilustrados era más amplio. Lo que ocurría en Prusia ocurría en toda Europa: los editores de libros, revistas y periódicos abastecían un mercado cada vez más amplio gracias a una significativa mejora de las tasas de alfabetización. En Francia, la proporción de hombres que sabían firmar con su propio nombre —un indicador bastante bueno del nivel de alfabetización— aumentó del 29 por ciento en la década de 1680 al 47 por ciento en la de 1780, aunque en el caso de las mujeres dichas tasas (del 14 al 27 por ciento) se mantuvieron en un nivel notablemente inferior. En París, en 1789, la alfabetización masculina rondaba el 90 por ciento, mientras que la femenina era del 80 por ciento. La competencia entre las instituciones protestantes y católicas, así como la creciente atención pública, las elevadas tasas de urbanización y la mejora del transporte: todo ello se combinó para hacer a los europeos más capaces de leer. Pero la Ilustración no se transmitió meramente por la lectura. La esfera pública del siglo XVIII también incluía conciertos (como el de Wolfgang Amadeus Mozart en Viena en 1784), nuevos teatros públicos y exposiciones de arte, por no hablar de una compleja red de sociedades culturales y fraternidades como las logias masónicas, que proliferaron en esa época. «Escribo como ciudadano del mundo», manifestada con entusiasmo el poeta y dramaturgo alemán Friedrich Schiller en 1784:

> El público hoy lo es todo para mí: mi preocupación, mi soberano y mi amigo. De ahora en adelante solo pertenezco a él. Deseo colocarme ante este tribunal y ningún otro. Es lo único que temo y respeto. Me sobreviene un sentimiento de grandeza con la idea de que la única cadena que llevo es el veredicto del mundo; y de que el único trono que invocaré es el alma humana.[66]

En segundo término, la principal preocupación de los pensadores ilustrados no era la ciencia natural, sino la social, que el filósofo escocés David Hume denominó «la ciencia del hombre». Resulta discutible hasta qué punto la Ilustración era realmente científica; sobre todo en Francia, donde el empirismo era menos riguroso. A los científicos del siglo XVII les había interesado descubrir cómo era en realidad el mundo natural; a los pensadores ilustrados del XVIII les preocupaba más proponer cómo podría o debería ser la sociedad humana. Ya hemos visto a Montesquieu subrayar el papel del clima en la formación de la cultura política de China, a Quesnay admirar la primacía de la agricultura en la política económica china, y a Smith argumentar que el estancamiento de China se debía a un insuficiente comercio exterior. Pero ninguno de ellos había estado nunca en China. John Locke y Claude-Adrien Helvétius coincidían en que la mente humana era

como una tabula rasa a la que daban forma la educación y la experiencia. Pero ninguno de los dos tenía la más mínima evidencia experimental que sustentara tal opinión. Esta, como muchas otras, era resultado de la reflexión, y de muchas horas de lectura.

Lo que mejor se le dio a la Ilustración fue oponer la razón a las supersticiones asociadas a la fe religiosa o a la metafísica. En su enorme desprecio hacia el cristianismo, Federico el Grande argumentaba sin rodeos lo mismo que Voltaire, David Hume, Edward Gibbon y otros sugerían más sutilmente en sus escritos filosóficos o históricos. La Ilustración siempre fue más efectiva cuando se mostró irónica; por ejemplo, en el impresionante capítulo de Gibbon sobre los comienzos del cristianismo (volumen I, capítulo 15, de su *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*), o en el *Cándido*, la devastadora mofa de Voltaire de la pretensión leibniziana de que «todo sucede para bien en este, el mejor de los mundos posibles».[*]

Sin embargo, quizá el mayor logro de la época fuera el análisis de Smith del engranaje institucional de la sociedad civil (*Teoría de los sentimientos morales*) y de la economía de mercado (*La riqueza de las naciones*). De manera significativa, en comparación con mucho de lo que se escribió en ese período, ambas obras se hallaban firmemente arraigadas en la observación del mundo burgués escocés en el que Smith vivió toda su vida. Pero mientras que la «mano invisible» del mercado de Smith había de encarnarse manifiestamente en una red de prácticas consuetudinarias y confianza mutua, los pensadores francófonos más radicales trataron de cuestionar no solo las instituciones religiosas establecidas, sino también las instituciones políticas establecidas. *El contrato social* (1762) del filósofo suizo Jean-Jacques Rousseau ponía en duda la legitimidad de cualquier sistema político que no se basara en «la voluntad general». Nicolas de Caritat, marqués de Condorcet, cuestionaba la legitimidad del trabajo no libre en sus *Reflexiones sobre la esclavitud de los negros* (1781). Y si un rey prusiano podía ridiculizar la fe cristiana, ¿qué podía impedir a los gacetilleros parisinos colmar de oprobio a su propio monarca y a su reina? La Ilustración tenía una sombra muy alargada, que abarcaba desde las sofisticadas alturas de la Königsberg kantiana hasta las insalubres profundidades de la prensa amarilla parisina, sede de *libelles* como *Le Gazetier Cuirassé*, editado por Charles Théveneau de Morande. Hasta Voltaire se mostró horrorizado ante los groseros ataques del *Gazetier* contra el gobierno, calificándolo como «una de esas obras satánicas en las que todos, desde el monarca hasta el último ciudadano, son insultados con furor».[67]

Lo irónico de las consecuencias revolucionarias más o menos involuntarias de la Ilustración es que esta fue en sí misma un asunto sumamente aristocrático. Entre sus principales figuras destacaban el barón de Montesquieu, el marqués del Mirabeau, el marqués de Condorcet y el archiateo barón de Holbach. Todos los pensadores ilustrados de origen más humilde dependieron más o menos del mecenazgo real o aristocrático: Voltaire, de la marquesa de Châtelet; Smith, del duque de Buccleuch; Friedrich Schiller, del duque de Württemberg, y Denis Diderot, de Catalina la Grande.

Como otros monarcas europeos, Federico el Grande hizo algo más que limitarse a liberar a los intelectuales de las restricciones religiosas y de otra índole. Su mecenazgo se extendió mucho más allá de ofrecer a Voltaire un techo bajo el que guarecerse en Sanssouci. En junio de 1740 —impresionado por la reivindicación de Maupertuis de la hipótesis newtoniana de que la Tierra era una esfera algo achatada en los polos—, Federico invitó al francés a viajar a Berlín y contribuir a

fundar un equivalente prusiano de la Royal Society británica. El proyecto sufrió un revés cuando Maupertuis fue ignominiosamente hecho prisionero por los austríacos durante la primera guerra de Silesia, pero aun así siguió adelante.[68] En enero de 1744, Federico creó la Academia de Ciencias y Bellas Letras de Prusia, que agrupaba la anterior Real Academia de Ciencias y una Sociedad Literaria no gubernamental creada el año anterior, y persuadió a Maupertuis de que volviera a Berlín como su presidente; «la mejor conquista que he hecho nunca en mi vida», le diría el propio rey a Voltaire.[69]

Federico era, sin duda, un pensador serio por derecho propio. En su insistencia en la función del monarca como servidor público, su *Antimaquiavelo* resulta ser un documento notablemente revolucionario:

> El verdadero arte político [de los soberanos] consiste tan solo en superar a sus súbditos en virtudes… no bastan las acciones externamente brillantes y notorias, sino que resulta necesario promover la felicidad del género humano… Un príncipe cuya honestidad sea reconocida, se ganará seguramente la confianza de toda Europa. Será feliz sin engaños y poderoso por medio de sus virtudes… los monarcas no se mostrarían insensibles si tuviesen una visión veraz y no distorsionada de todas las penurias que ocasiona una sola declaración de guerra. Su imaginación no es tan viva como para imaginar todas las desgracias que no les llegan porque lo impide su posición y terminan viéndolas como algo completamente natural. ¿Cómo podrían saber lo que se siente cuando se oprime al pueblo con pesadas cargas; cuando el país es drenado de su juventud con reiterados reclutamientos; cuando las enfermedades contagiosas diezman a los ejércitos; cuando la espada del enemigo y, peor aún, cuando los cañones de los sitiadores aniquilan a todo un ejército; cuando los heridos, después de perder los miembros que eran su única herramienta para trabajar y sostenerse, caen en la más tremenda de las miserias; cuando tantos huérfanos deben sufrir porque han perdido al padre que era el único sostén de su desamparo?… Los príncipes que consideran esclavos a sus súbditos los arriesgan sin misericordia y los pierden sin pesar alguno. En cambio los príncipes que ven en las personas al semejante y en el pueblo el cuerpo cuya alma ellos mismos representan, son mucho más parcos con la sangre de sus súbditos.[70]

También las composiciones musicales de Federico tenían verdadero mérito, especialmente la serena Sonata para flauta en Do mayor, que no es un mero pastiche de Johann Sebastian Bach. Sus otros escritos políticos estaban lejos de ser la obra de un diletante. Sin embargo, había una importante diferencia entre la Ilustración tal como él la concebía y los comienzos de la revolución científica. La Royal Society había sido el eje central de una red intelectual notablemente abierta. Por el contrario, la Academia prusiana se concibió como una institución jerárquica estructurada de arriba abajo, inspirada en la propia monarquía absoluta. «Al igual que habría resultado imposible para Newton delinear su sistema de atracción si hubiera colaborado con Leibniz o Descartes —escribe Federico en su *Testamento político* (1752)—, del mismo modo es imposible que se cree y se sustente un sistema político si no surge de una sola cabeza.»[71] Afirmaciones de esta clase hubo más de las que el espíritu libre de Voltaire era capaz de soportar. Cuando Maupertuis abusó de su posición de autoridad casi real para exaltar su propio principio de mínima acción, Voltaire escribió la cruelmente satírica *Diatriba del doctor Akakia, médico del papa*. Esa era precisamente la clase de comportamiento insubordinado que Federico no podía tolerar. De modo que ordenó destruir los ejemplares de la *Diatriba* y dejó claro que Voltaire ya no era un huésped bienvenido en Berlín.[72]

Otros se mostraron más dispuestos a someterse. Kant, astrónomo antes de convertirse en filósofo, había llamado la atención pública por primera vez en 1754 cuando ganó un premio de la Academia prusiana por su trabajo sobre el efecto de la fricción superficial de reducir la velocidad de rotación de la Tierra. El filósofo mostró su gratitud en un remarcable pasaje de su trascendental ensayo «¿Qué es Ilustración?», donde exhortaba a todos los hombres: «¡Atrévete a saber!» (*Sapere aude!*); pero no

a desobedecer a su real amo y señor:

> Solo alguien que por estar ilustrado no teme las sombras y… dispone de un ejército numeroso y disciplinado, que les garantiza a los ciudadanos una paz interior, solo él podrá decir algo que no es lícito en un Estado libre: ¡razonad tanto como queráis y sobre lo que queráis, pero obedeced!… Un mayor grado de libertad civil parecería ventajoso para la libertad del espíritu del pueblo y, sin embargo, le fija límites infranqueables. Un grado menor, en cambio, le procura espacio para la extensión de todos sus poderes.[73]

La Ilustración prusiana, en suma, tenía que ver con la libertad de pensamiento, no con la libertad de acción. Asimismo, esa libertad de pensamiento estaba primordialmente concebida para aumentar el poder del Estado. Tal como los inmigrantes contribuyeron a la economía de Prusia, lo que permitió recaudar más impuestos, lo que permitió mantener a un ejército más grande, lo que permitió conquistar más territorios, del mismo modo la investigación académica podía realizar una contribución estratégica, dado que el nuevo conocimiento podía hacer algo más que iluminar el mundo natural, clarificando los movimientos de los cuerpos celestes; también tenía el potencial de determinar el auge y la caída de los poderes terrenales.

Hoy, Potsdam es no es más que otro insípido barrio de Berlín, polvoriento en verano y triste en invierno, con su silueta deslucida por feos bloques de pisos que llevan el sello del «socialismo realmente existente» de la Alemania del Este. En tiempos de Federico el Grande, en cambio, la mayoría de los habitantes de Potsdam eran soldados y casi todos sus edificios tenían algún tipo de conexión o propósito militar. El actual Museo del Cine se construyó originariamente como un invernadero de naranjos, pero luego se convirtió en un establo de la caballería. Basta dar un paseo por el centro de la ciudad para encontrarse con el Orfanato Militar, la Plaza de Armas y la antigua Escuela de Equitación. En el cruce entre Lindenstrasse y Charlottenstrasse, erizado de ornamentos militares, se halla el antiguo Cuartel de la Guardia. Hasta las casas se construían con un piso suplementario encima para alojar a los soldados.

Fecha aproximada	Índice de disparos efectivos por arma de fuego (tiros por minuto)	Armas de fuego por cada soldado de infantería	Índice de disparos efectivos por soldado de infantería (tiros por minuto)	Supuestos
1600 (1620 para las armas de fuego por cada soldado de infantería)	0,50	0,40	0,20	1 tiro por minuto con mecha; índice de tiros fallidos 0,50
1700	0,67	1,00	0,67	1 tiro por minuto con pedernal; índice de tiros fallidos 0,30; las bayonetas han llevado al reemplazo de los piqueros
1750	2,00	1,00	2,00	3 tiros por minuto con pedernal, baqueta y cartucho de papel; índice de tiros fallidos 0,33

Productividad laboral militar en el ejército francés:

Índice de disparos efectivos por cada soldado de infantería, 1600-1750

Potsdam era Prusia en caricatura tanto como en miniatura. El ordenanza de Federico, Georg Heinrich von Berenhorst, observó en cierta ocasión, solo medio en broma: «La monarquía prusiana no es un país que tiene un ejército, sino un ejército que tiene un país en el que —por así decirlo— simplemente está desplegado».[74] El ejército dejó de ser un mero instrumento de poder dinástico, y se convirtió en una parte integral de la sociedad prusiana. Se esperaba que los terratenientes sirvieran como oficiales del ejército y que los campesinos aptos ocuparan el lugar de los mercenarios extranjeros en las filas. Prusia era el ejército; y el ejército era Prusia. Hacia el final del reinado de Federico, más del 3 por ciento de la población prusianas e hallaba en armas, más del doble de la proporción de Francia y Austria.

En general se consideraba que la prioridad al entrenamiento y la disciplina era la clave del éxito militar prusiano. En ese sentido, Federico fue el digno sucesor de Mauricio de Nassau y del rey Gustavo Adolfo de Suecia, los maestros de la guerra en el siglo XVIII. La infantería prusiana, ataviada con uniforme azul, marchaba como un grupo de soldados mecánicos al ritmo exacto de noventa pasos por minuto, reduciéndolo a setenta cuando se acercaban al enemigo.[75] La batalla de Leuthen tuvo lugar en diciembre de 1757, cuando la propia existencia de Prusia se veía amenazada por una alianza de tres grandes potencias: Francia, Austria y Rusia. Como era de esperar, la infantería prusiana sorprendió a las largas líneas austríacas, atacando por su flanco sur y avanzando hacia arriba. Pero entonces, cuando los austríacos intentaron reagruparse, se encontraron con algo mucho más letal que un enemigo en rápido avance: la artillería. Disponer de una potencia de fuego precisa y mortífera fue tan crucial para el auge de Prusia como la legendaria «obediencia cadavérica» de la infantería.[76]

En sus primeros años, Federico había desdeñado la artillería como «un pozo sin fondo».[77] Pero luego llegó a apreciar su valor. «Ahora luchamos contra algo más que hombres —argumentaba—. Hemos de meternos en la cabeza que la clase de guerra que libraremos de ahora en adelante será una

cuestión de duelos de artillería.»[78] En Leuthen, los prusianos tenían 63 cañones de campaña y ocho obuses, además de 10 cañones de 12 libras conocidos como *Brummer* —«bramadores»— debido al amenazador estruendo que producían al disparar. Las baterías móviles de artillería montada que creó Federico no tardaron en convertirse en un estándar europeo.[79] Su despliegue rápido y concentrado a una escala sin precedentes sería la clave de las posteriores victorias de Napoleón Bonaparte.

Armas como estas ejemplificaban la aplicación del conocimiento científico a la esfera del poderío militar. Fue un proceso de competencia, innovación y avance que rápidamente abrió una brecha abismal entre Occidente y el resto del mundo. Pese a ello, sus héroes permanecen en gran parte olvidados.

Benjamín Robins nació con poco más que su cerebro. Sin medios para asistir a la universidad, aprendió matemáticas por su cuenta y pasó a ganarse el pan como profesor particular. Elegido miembro de la Royal Society a la temprana edad de veintiún años, fue empleado como oficial de artillería e ingeniero militar por la Compañía Británica de las Indias Orientales. A comienzos de la década de 1740, Robins aplicó la física newtoniana al problema de la artillería, usando ecuaciones diferenciales para realizar la primera descripción propiamente dicha del impacto de la resistencia del aire en las trayectorias de los proyectiles de alta velocidad (un problema que Galileo no había sido capaz de resolver). En sus *Nuevos principios de artillería*, una obra publicada en Inglaterra en 1742, Robins empleó una combinación de sus propias y minuciosas observaciones, la ley de Boyle y la trigésimo novena proposición del libro I de los *Principia* de Newton (que analiza el movimiento de un cuerpo bajo la influencia de fuerzas centrípetas) para calcular la velocidad inicial de un proyectil al ser disparado. Luego, usando su propio péndulo balístico, demostró el efecto de la resistencia del aire, que podía llegar a ser de hasta 120 veces el peso del propio proyectil, deformando completamente la trayectoria parabólica postulada por Galileo. Robins fue también el primer científico que mostró cómo la rotación de una bala de mosquete en el aire hacía que esta se alejara de la línea de fuego pretendida. Su trabajo «De la naturaleza y ventajas del cañón estriado», que leyó ante la Royal Society en 1747 —el año en el que se le concedió la Medalla Copley de dicha institución—, recomendaba que las balas fueran ovoides y los cañones de los fusiles estriados. La conclusión del trabajo mostraba hasta qué punto Robins sabía apreciar la importancia estratégica, además de científica, de su trabajo:

> Cualquier Estado comprenderá enteramente la naturaleza y las ventajas de los cañones estriados, y, habiendo facilitado y completado su construcción, introducirá en sus ejércitos su uso general con la destreza en su manejo; de ese modo adquirirán una superioridad que casi igualará cualquier cosa que se haya logrado en cualquier momento por la particular excelencia de cualquier clase de armas.[80]

Y ello porque, cuanto más precisa y eficaz se hacía la artillería, menos valiosas resultaban las fortificaciones sofisticadas; y menos letales resultaban hasta los regimientos de infantería regulares mejor entrenados.

Federico el Grande solo tardó tres años en encargar una traducción al alemán de los *Nuevos principios de artillería* de Robins. El traductor, Leonard Euler, él mismo un magnífico matemático, mejoró el original agregando un exhaustivo apéndice de tablas que determinaban la velocidad, el

alcance, la altura máxima y el tiempo de vuelo de un proyectil disparado a una velocidad inicial y un ángulo de elevación dados.[81] Luego, en 1751, la obra se tradujo también al francés. Hubo, obviamente, otros innovadores militares en la época —en particular el príncipe austríaco Joseph Wenzel von Liechtenstein y el general francés Gribeauval—, pero a Robins pertenece el mérito de la revolución de la balística del siglo XVIII. La «aplicación demoledora» de la ciencia había proporcionado un arma realmente mortífera a Occidente: una artillería precisa. Resultaba un logro más bien sorprendente para un hombre que, como Robins, era de origen cuáquero.

La revolución de Robins en balística fue algo de lo que los otomanos, obviamente, quedaron excluidos, del mismo modo que se habían perdido las leyes newtonianas del movimiento, de carácter más general. En el siglo XVI, las armas otomanas de la Fundición de Cañones del Estado Imperial superaban con creces a la artillería europea.[82] Pero en el XVII la situación empezó a cambiar. Ya en la década de 1664, Raimondo Montecuccoli, el maestro estratega de los Habsburgo que derrotó al ejército otomano en San Gotardo, observaba: «Esa enorme artillería [de los turcos] produce un gran daño cuando acierta, pero es engorrosa de mover y requiere demasiado tiempo para recargar y apuntar… Nuestra artillería es más práctica de mover y más eficiente, y aquí reside nuestra ventaja sobre los cañones de los turcos».[83] Durante los dos siglos siguientes esa brecha no hizo sino ensancharse en la medida en que las potencias occidentales perfeccionaron sus conocimientos y su armamento en instituciones tales como la Academia de Ingeniería y Artillería de Woolwich, fundada en 1741. Cuando el escuadrón de sir John Duckworth se abrió paso a través de los Dardanelos en 1807, los turcos todavía empleaban cañones antiguos que lanzaban enormes balas de piedra en la dirección general de los barcos atacantes.

VIAJES TANZIMAT

En su novela epistolar *Cartas persas*, Montesquieu imagina a dos musulmanes que emprenden un viaje de descubrimiento a Francia vía Turquía. «He observado con asombro la debilidad del Imperio de los osmanlíes —escribe Usbek en su viaje hacia el oeste—. Esos bárbaros han abandonado todas las artes, incluso el arte de la guerra. Mientras las naciones de Europa se vuelven más refinadas cada día, esta gente permanece en un estado de primitiva ignorancia; y raras veces piensa en emplear nuevos inventos en la guerra hasta que estos se han usados contra ellos un millar de veces.»[84]

Tales expediciones para investigar las razones de la manifiesta y creciente superioridad militar de Occidente realmente ocurrieron. Cuando Yirmisekiz Çelebi Mehmed fue enviado a París en 1721, se le dieron instrucciones de «visitar las fortalezas, fábricas y obras de la civilización francesa en

general e informar de las que pudieran ser aplicables». A su regreso escribió elogiosamente sobre las academias militares y los campos de entrenamiento franceses.

Por entonces los otomanos ya sabían que tenían que aprender de Occidente. En 1732, Ibrahim Müteferrika, un funcionario otomano de origen cristiano nacido en Transilvania, presentó al sultán Mahmud I sus *Bases racionales de la política de las naciones*, donde planteaba la cuestión que atormentaría a los musulmanes desde entonces: «¿Por qué las naciones cristianas, que fueron tan débiles en el pasado en comparación con las naciones musulmanas, empezaron en los tiempos modernos a dominar tantos territorios e incluso a derrotar a los antaño victoriosos ejércitos otomanos?». La respuesta de Müteferrika era muy amplia. Aludía al sistema parlamentario de Inglaterra y Holanda, a la expansión cristiana en América y Extremo Oriente, y hasta mencionaba que, mientras que el Imperio otomano estaba sujeto a la ley de la sharía, los europeos tenían «leyes y reglas inventadas por la razón». Pero era sobre todo la brecha militar la que había que salvar:

> Que los musulmanes actúen con previsión y pasen a estar íntimamente familiarizados con los nuevos métodos, la organización, la estrategia, la táctica y la guerra europeas… Todos los sabios del mundo convienen en que el pueblo de Turquía supera a todos los demás pueblos en su naturaleza de aceptar el gobierno y el orden. Si aprenden las nuevas ciencias militares y son capaces de aplicarlas, ningún enemigo podrá resistir a este Estado.[85]

El mensaje estaba claro: el Imperio otomano tenía que adherirse tanto a la revolución científica como a la Ilustración si pretendía resultar creíble como gran potencia. No es casual que fuera Müteferrika quien finalmente introdujera la imprenta en el Imperio otomano en 1727 y un año más tarde publicara el primer libro empleando tipos móviles árabes, el diccionario Van Kulu. Asimismo, en 1732 publicó una recopilación de varias obras inglesas y latinas bajo el título de *Fuyuzat-ı miknatisiye* («Ilustración del magnetismo»).[86]

El 2 de diciembre de 1757, el funcionario y diplomático otomano Ahmed Resmî Efendi viajó de Estambul a Viena para anunciar la accesión al trono de un nuevo sultán: Mustafá III. Esta había de ser una expedición otomana muy distinta de la dirigida por Kara Mustafá en 1683. Resmî iba acompañado, no de un ejército, sino de más de un centenar de funcionarios militares y civiles; y su misión no era sitiar la capital de los Habsburgo, sino aprender de ella. Tras una estancia de 153 días, escribió un detallado —y entusiasta— informe de más de 245 folios manuscritos.[87] En 1763 fue enviado de nuevo a otra misión diplomática, esta vez a Berlín. Parece que incluso se sintió más impresionado por Prusia que por Austria. Aunque un poco desconcertado por el atuendo de Federico («polvoriento del uso diario»), aplaudió la dedicación del rey a los asuntos de gobierno, su falta de prejuicios religiosos y las abundantes evidencias del desarrollo económico prusiano.[88]

Las anteriores descripciones de Europa realizadas por enviados otomanos rezumaban sarcasmo. De hecho, otro de los obstáculos a la reforma otomana había sido su complejo de superioridad crónico. Las entusiastas descripciones de Resmî vinieron a marcar un cambio tan drástico como doloroso. Sin embargo, no todo el mundo en Estambul se mostró receptivo. Las críticas implícitas y explícitas de Resmî a los sistemas otomanos de la administración pública y el servicio militar probablemente fueran la razón de que este funcionario de talento nunca llegara a ser gran visir. Una cosa era describir la superioridad de los gobiernos europeos, y otra muy distinta implementar reformas en el sistema otomano.

Se invitó a expertos occidentales a Estambul para que asesoraran al sultán. Claude Alexandre, conde de Bonneval, supervisó la reforma del Cuerpo Otomano de Mineros y Transporte de Artillería, así como del Cuerpo de Bombarderos. Un oficial francés de origen húngaro, el barón François de Tott, fue invitado a supervisar la construcción de nuevas y más eficaces defensas para la capital otomana; Al examinarlas desde un barco a lo largo del Bósforo, De Tott descubrió con asombro que muchas de las fortificaciones no solo estaban anticuadas, sino que además se hallaban mal emplazadas, de modo que cualquier posible barco enemigo quedaba completamente fuera del alcance hasta de las armas modernas. En sus memorias, las describió como algo «más parecido a las ruinas de un asedio que a los preparativos de una defensa». De Tott creó el Sür'at Topçulari Ocaği inspirándose en el Cuerpo de Macheteros francés, y también la Hendesehane (Academia Militar), donde un escocés, Campbell Mustafá, instruyó a los cadetes en matemáticas. También construyó una nueva fundición para la fabricación de cañones y alentó la creación de unidades móviles de artillería.[89]

Una y otra vez, no obstante, los intentos de cambio chocaron con la oposición política, sobre todo la de los jenízaros, que en 1807 lograron que se desmantelara por completo el Ejército del Nuevo Orden (Nizam-i Cedid), instituido bajo la dirección de otro experto francés, el general Albert Dubayet. Por entonces el ejército otomano parecía estar gestionado principalmente para el enriquecimiento y la conveniencia de sus oficiales. Cada vez más vulnerable en la batalla, ya ni siquiera era efectivo en la represión de las revueltas internas.[90] Hasta la época de la llamada Tanzimat («reorganización») —los reinados de los sultanes reformistas Mahmud II y Abdülmecid I— no habría un sultán dispuesto a abordar de frente tal oposición.

El 11 de junio de 1826, en una gran plaza de armas situada junto a los principales cuarteles jenízaros, se hizo desfilar a 200 soldados vestidos con nuevos uniformes de estilo europeo. Dos días más tarde, unos 20.000 jenízaros se congregaron para protestar al grito de: «¡No queremos los ejercicios militares de los infieles!». En un gesto simbólico, volcaron sus calderas de pilaf, amenazando con marchar sobre el palacio de Topkapi. Mahmud II aprovechó la oportunidad. O se aniquilaba a los jenízaros, declaró, o los gatos se pasearían por las ruinas de Estambul. Se había preparado bien, asegurándose la lealtad de unidades clave del ejército como el cuerpo de artillería. Cuando las armas de este se volvieron contra los cuarteles jenízaros, las fuerzas de la reacción huyeron en desbandada. Cientos de ellos resultaron muertos. El 17 de junio se abolió el cuerpo de los jenízaros.[91]

No fueron solo los uniformes militares los que se europeizaron. También los soldados tuvieron que marchar a un nuevo paso tras el nombramiento como instructor general de la música imperial otomana de Giuseppe Donizetti, hermano del famoso Gaetano Donizetti, el compositor de *Lucia di Lammermoor*. Donizetti escribió dos himnos nacionales claramente italianizantes para su patrón, además de supervisar la creación de banda militar de estilo europeo, a la que enseñó a tocar oberturas de Rossini. Nada quedaba de los tambores de guerra que antaño inspiraran el temor a Alá en los defensores de Viena. Como informaba el diario francés *Le Ménestrel* en diciembre de 1836:

> En Estambul, la antigua música turca ha tenido una muerte lenta y dolorosa. Al sultán Mahmud le gusta la música italiana, y la ha introducido en sus ejércitos… Le gusta especialmente el piano, hasta el punto de pedir numerosos instrumentos a Viena para sus damas. Ignoro cómo van a aprender a tocar, ya que hasta ahora nadie ha logrado acercarse a ellas.[92]

El símbolo más duradero de la era de la reforma lo construyó el sultán Abdülmecid I. El palacio de Dolmabahçe, construido entre 1843 y 1856, tiene nada menos que 285 habitaciones, 44 salas, 68 cuartos de baño y seis *hamam* (baños turcos). Se utilizaron 14 toneladas de pan de oro para dorar los techos del palacio, de los que se colgó un total de 36 lámparas de araña. En lo alto de la deslumbrante Escalera de Cristal, el salón más grande del palacio, la Sala Muayede («ceremonial»), luce una inmensa alfombra de una sola pieza que mide 120 metros cuadrados y una lámpara de araña que pesa alrededor de cuatro toneladas. Parece una especie de mezcla entre la Gran Estación Central de Nueva York y un decorado de la Opera de París.

Lo único que faltaba ahora era poner en marcha, después de un retraso de aproximadamente doscientos años, la revolución científica. Un informe del gobierno publicado en 1838 confirmaba la importancia que había pasado a adquirir el conocimiento occidental: «El conocimiento religioso sirve a la salvación en el mundo venidero, pero la ciencia sirve a la perfección del hombre en este mundo». Sin embargo, hasta 1851 no se establecería una Asamblea del Conocimiento (Encümen-i Daniş) inspirada en la Academia francesa (cuyos miembros se esperaba que estuvieran «versados en el saber y la ciencia, con un perfecto conocimiento de una de las lenguas europeas»), a la que seguiría diez años después una Sociedad Científica Otomana (Cemiyet-i Ilmiye-i Osmaniye).[93] Paralelamente, con la creación de algo parecido a un parque industrial al oeste de Estambul, se hizo un esfuerzo concertado para construir fábricas capaces de producir uniformes y armamento modernos. Parecía que por fin los otomanos se abrían sinceramente a Occidente.[94] El orientalista James Redhouse, que estuvo empleado como profesor en la Escuela Otomana de Ingeniería Naval después de subirse a un barco a la edad de diecisiete años, trabajó durante décadas traduciendo obras inglesas al turco y compilando diccionarios, gramáticas y guías de conversación que harían el conocimiento europeo más accesible a los lectores otomanos, además de mejorar el conocimiento occidental del desprestigiado turco. En 1878, Ahmed Midhat fundó el periódico *Intérprete de la Verdad*, donde publicó por entregas muchos de sus propios trabajos, incluido *Avrupa'da Bir Cevelan* («Viaje por Europa», 1889), donde describía sus experiencias en la Exposición Universal de París y en particular sus impresiones del Palacio de las Máquinas.[95]

Sin embargo, pese a los sinceros esfuerzos realizados por grandes visires como Reshid Pashá, Fuad y Ali Pashá, y Midhat Pashá, ninguno de estos cambios vino acompañado de la clase de reforma del sistema de administración otomano que podría haber proporcionado los sólidos cimientos que sustentaran esa magnífica fachada.[96] Los nuevos ejércitos, nuevos uniformes, nuevos himnos y nuevos palacios estaban muy bien. Pero sin un sistema tributario eficaz que los financiara, hubo que hacer frente a una parte cada vez mayor del coste mediante empréstitos de París y Londres. Y cuantos más ingresos había que destinar a pagar intereses a los bonistas europeos, menos quedaba para financiar la defensa de un imperio que empezaba a desmoronarse. Expulsado de Grecia en la década de 1820, y tras perder grandes extensiones de territorio balcánico en 1878, el Imperio otomano parecía estar en fase de declive terminal, al tiempo que su moneda se depreciaba con la emisión de los toscos (y fácilmente falsificables) billetes conocidos como *kaime*,[97] una parte cada vez mayor de sus ingresos se consumía en pagos de intereses a los acreedores europeos,[98] y su periferia se veía amenazada por una combinación de nacionalismo eslavo y maquinación de las grandes potencias. La tentativa de introducir una constitución para limitar el poder del sultán terminó con el

exilio de Midhat Pashá y la reimposición del gobierno absoluto por parte de Abdul Hamid II.

En una esquina de uno de los numerosos y vastos salones del palacio de Dolmabahçe se halla el más extraordinario de los relojes, que es también un termómetro, un barómetro y un calendario. Fue un regalo del jedive de Egipto al sultán, y hasta lleva una inscripción en árabe: «Que cada minuto tuyo valga una hora, y cada hora tuya, cien años». Parece una obra maestra de la tecnología oriental, salvo por un pequeño detalle: está hecho en Austria, por Wilhelm Kirsch. Como ilustra perfectamente el reloj de Kirsch, la mera importación de tecnología occidental no podía sustituir a una modernización otomana de cosecha propia. Los turcos no solo necesitaban un nuevo palacio, sino una nueva Constitución, un nuevo alfabeto y, ciertamente, un nuevo Estado. El hecho de que finalmente consiguieran todas esas cosas se debió en gran medida a los esfuerzos de un hombre. Su nombre era Kemal Atatürk, y su ambición fue ser el Federico el Grande de Turquía.

DE ESTAMBUL A JERUSALÉN

> Tengo poderosas razones para creer que el planeta del cual venía el principito era el asteroide B-612. Este asteroide ha sido visto solo una vez con el telescopio en 1909 por un astrónomo turco. Este astrónomo hizo una gran demostración de su descubrimiento en un Congreso Internacional de Astronomía. Pero nadie le creyó a causa de su manera de vestir. Las personas mayores son así. Felizmente para la reputación del asteroide B-612, un dictador turco impuso a su pueblo, bajo pena de muerte, el vestido a la europea. Entonces el astrónomo volvió a dar cuenta de su descubrimiento en 1920, y como lucía un traje muy elegante, todo el mundo aceptó su demostración.

Esta discreta mofa de la modernización turca aparece en el cuento *El principito*, de Antoine de Saint-Exupéry. Ciertamente, los turcos cambiaron su manera de vestir tras la Primera Guerra Mundial, adaptándose cada vez más a las pautas occidentales, como hicieron también los japoneses después de su restauración Meiji (véase el capítulo 5). Pero ¿hasta qué punto esto representó un cambio profundo? Y en particular, ¿fue realmente capaz la nueva Turquía de jugar en la misma liga científica que las potencias occidentales?

Mustafá Kemal no nació predestinado para ejercer el poder como le ocurrió a Federico el Grande en Prusia. Bebedor y mujeriego, Kemal se benefició de la reestructuración del ejército otomano de finales del siglo XIX dirigida por Colmar Freiherr von der Goltz (Goltz Pashá) en la década de 1880 y principios de la de 1890. Goltz era la personificación de la Prusia creada por Federico el Grande: nacido en Prusia Oriental, hijo de un soldado y granjero mediocre, ascendió al rango de mariscal de campo con una combinación de valor y cerebro. Kemal, por su parte, aprendió las tácticas de guerra alemanas y las llevó a la práctica en Gallípoli, en 1915, donde desempeñó un papel clave en la acertada defensa turca contra las fuerzas invasoras británicas. Después de la guerra, con el Imperio otomano en plena desintegración y un ejército griego marchando hacia

Anatolia, fue Kemal quien organizó el contraataque decisivo y se proclamó el padre —Atatürk— de una nueva república turca. Aunque trasladó la capital de Estambul a Ankara, en el corazón de Anatolia, en la mente de Atatürk no había ninguna duda de que el Estado que había forjado debía mirar hacia el oeste. Durante siglos, argumentaba, los turcos habían «caminado desde Oriente en dirección a Occidente».[99] «¿Se puede nombrar a una sola nación —le preguntó al escritor francés Maurice Pernot— que no se haya vuelto hacia Occidente en su búsqueda de civilización?»[100]

Una parte clave de la reorientación que Atatürk le dio a Turquía fue la reforma radical del alfabeto que él personalmente elaboró. La escritura árabe no solo era un símbolo del predominio del islam, sino que además se adaptaba mal a los sonidos de la lengua turca, y, por lo tanto, estaba lejos de resultar fácil de leer o escribir para la mayoría de la población. Atatürk escenificó la medida en el parque Gülhane, antaño un jardín del palacio de Topkapi, una tarde de agosto en 1928. Dirigiéndose a una gran audiencia de invitados, pidió a alguien que leyera turco que recitara el texto de un papel que tenía en la mano. Cuando el voluntario miró con evidente desconcierto lo que había escrito en la hoja, Atatürk dijo a su audiencia: «Este joven se ha quedado perplejo porque no conoce el verdadero alfabeto turco». Luego se lo entregó a un colega, que leyó en voz alta:

> Nuestra rica y armoniosa lengua será ahora capaz de mostrarse con nuevas letras turcas. Debemos liberarnos de esos incomprensibles signos que durante siglos han sostenido nuestras mentes con tenaza de hierro… Habéis de aprender con rapidez las nuevas letras turcas… Consideradlo un deber patriótico y nacional… Para una nación, tener un 10 o un 20 por ciento de personas alfabetizadas, y un 80 o un 90 por ciento de analfabetos, resulta vergonzoso… Repararemos esos errores… Nuestra nación mostrará, con su escritura y con su mente, que su lugar está en el mundo civilizado.[101]

La occidentalización del alfabeto solo era una parte de una revolución cultural más amplia diseñada por Atatürk para impulsar a Turquía hacia el siglo XX. Las formas de vestir se occidentalizaron tanto para los hombres como para las mujeres; el fez y el turbante fueron reemplazados por el sombrero occidental, y se desincentivó el uso del velo. Se adoptó el calendario occidental, incluyendo la numeración cristiana de los años. Pero lo más importante que hizo Atatürk fue establecer la nueva Turquía como un Estado laico completamente independiente de toda autoridad religiosa. En marzo de 1924 se abolió el califato; un mes después se clausuraron los tribunales religiosos, y la ley de la sharía fue reemplazada por un código civil inspirado en el de Suiza. A los ojos de Atatürk, nada había hecho más para retrasar el avance del Imperio otomano que la interferencia religiosa en el reino de ciencia. En 1932, tras consultar a Albert Malche, de la Universidad de Ginebra, sustituyó la vieja Darülfünun (Morada de las Ciencias), que había estado firmemente controlada por los imanes, por una Universidad de Estambul de estilo occidental, que posteriormente abriría sus puertas a unos cien académicos alemanes que escaparon del régimen nacionalsocialista por ser judíos o por ser políticamente de izquierdas. «Para todo en el mundo, para la civilización, para la vida, para el éxito —declararía en palabras inscritas en el edificio principal de la Universidad de Ankara— la guía más fiel es el conocimiento y la ciencia. Buscar una guía distinta del conocimiento y de la ciencia es [señal de] inconsciencia, ignorancia y aberración.»[102]

En la ruptura del Imperio otomano y el impulso de su núcleo turco hacia el laicismo, la Primera Guerra Mundial supuso un gran espaldarazo —aunque hay que reconocer que involuntario— a los

valores de la revolución científica y la Ilustración. Para asegurar la victoria, sin embargo, los británicos trataron de movilizar a los enemigos internos contra el sultán, entre ellos los árabes y los judíos. A los árabes, los británicos les prometieron reinos independientes; a los judíos, un nuevo «hogar nacional para el pueblo judío» en Palestina. Como hoy sabemos, esas promesas demostraron ser incompatibles.

Aunque santa para las tres religiones monoteístas, hoy Jerusalén parece a veces un equivalente moderno de la Viena de 1683: una ciudad fortificada en la frontera de la civilización occidental. Fundado en mayo de 1948 como un Estado judío, por judíos pero no exclusivamente para judíos, el Estado de Israel se ve a sí mismo como una avanzadilla occidental. Pero es una avanzadilla asediada. Israel, que reclama Jerusalén como su capital,[*] se ve acosado por todas partes por fuerzas musulmanas que amenazan su propia existencia: Hamas en los territorios ocupados de Gaza (que hoy controla) y Cisjordania; Hezbollah en el vecino Líbano, e Irán al este, sin olvidar a Arabia Saudí. En Egipto y Siria, los israelíes ven a los islamistas atacar a los gobiernos laicos. Incluso la tradicionalmente amistosa Turquía hoy se mueve claramente en dirección al islamismo y el antisionismo, por no mencionar su política exterior neootomana. Como resultado, muchas personas en Israel se sienten tan amenazadas como lo estaban los vieneses en 1683. La cuestión clave es hasta qué punto la ciencia puede seguir siendo la «aplicación demoledora» que proporcione a una sociedad occidental como Israel una ventaja sobre sus enemigos.

En un grado que resulta realmente notable para un país tan pequeño, Israel se halla en la vanguardia de la innovación científica y tecnológica. Entre 1980 y 2000 el número de patentes registradas en dicho país fue de 7.652, frente a las 367 de todos los países árabes combinados. En 2008, solo los inventores israelíes hicieron 9.551 solicitudes de nuevas patentes, mientras que la cifra equivalente para Irán fue de 50, y para todos los países del mundo de mayoría musulmana, de 5.657.[103] Israel tiene más científicos e ingenieros per cápita que ningún otro país, y también produce más trabajos científicos per cápita que ningún otro. Su nivel de gasto en investigación y desarrollo civil expresado como porcentaje del producto nacional bruto es el más alto del mundo.[104] El banquero judío alemán Siegmund Warburg no se equivocaba cuando, en la época de la guerra de los Seis Días, comparó a Israel con la Prusia del siglo XVIII (a Warburg le impresionó sobre todo el Instituto Weizmann de Ciencias de Rehovot, un centro de investigación fundado en 1933 por Jaim Weizmann, el distinguido químico que se convirtió en el primer presidente de Israel).[105] Al ser recintos cerrados rodeados de enemigos, ambos países necesitaban de la ciencia para asegurar su supervivencia estratégica. Hoy, nada ilustra mejor el nexo entre la ciencia y la seguridad que la sala de control de vigilancia policial del corazón de Jerusalén. Literalmente todas y cada una de las abarrotadas calles de la ciudad vieja tienen su propia cámara de circuito cerrado de televisión, lo que permite a la policía controlar, grabar y en caso necesario frustrar a los sospechosos de terrorismo.

Sin embargo, hoy esa brecha científica finalmente muestra signos de estar cerrándose. Aunque sea una República Islámica, Irán celebra dos festivales científicos anuales —el Festival Internacional de Ciencia Básica al-Juarismi y el Festival Anual de Investigación en Ciencias Médicas al-Razi— concebidos para incentivar la investigación de alto nivel tanto en el ámbito teórico como en el aplicado. Recientemente, el gobierno iraní destinó 150.000 millones de riales (unos 12 millones de

euros) a construir un nuevo observatorio como parte de una gran inversión en astronomía y astrofísica. Sorprendentemente, considerando el rigor con el que el régimen aplica la ley de la sharía, hoy alrededor del 70 por ciento de los estudiantes de ciencias e ingeniería son mujeres. Desde Teherán hasta Riad, pasando por la escuela femenina musulmana privada, financiada por los saudíes, que visité el año pasado en la parte oeste de Londres, el tabú contra la educación femenina está perdiendo terreno. Ello por sí solo es una buena noticia. Lo que no lo es tanto es el uso que Irán está dando a su recién descubierta cualificación científica.

El 11 de abril de 2006, el presidente iraní Mahmud Ahmadineyad anunció que Irán había logrado enriquecer uranio. Desde entonces, y pese a la amenaza de sanciones económicas, Irán ha seguido acercándose a su sueño, tanto tiempo acariciado, de ser una potencia nuclear. Aparentemente se trata de un programa diseñado para producir energía atómica; pero en realidad es un secreto a voces que Mahmud Ahmadineyad aspira a poseer un arma nuclear. Sin embargo, ello no convertiría a Irán en la primera potencia nuclear islámica. Gracias al trabajo pionero del poco escrupuloso doctor Abdul Qadir Khan, Pakistán lleva años siendo la principal locomotora de la proliferación de armas nucleares. En el momento de redactar estas líneas no está nada claro que Israel aisladamente tenga una respuesta militar viable a la amenaza de un Irán con armamento nuclear.

Hoy, pues, más de tres siglos después del sitio de Viena, la cuestión clave es en qué medida Occidente sigue siendo capaz de mantener la ventaja científica en la que, entre otras muchas cosas, se ha basado durante tanto tiempo su superioridad militar. O quizá se podría formular la cuestión de manera distinta: ¿puede realmente una potencia no occidental aspirar a beneficiarse de trasvasar el conocimiento científico occidental si, por otro lado, sigue rechazando esta otra parte clave de la fórmula ganadora de Occidente: la tercera innovación institucional del derecho de propiedad privada, el imperio de la ley, y un gobierno auténticamente representativo?

3
Propiedad

> Libertad es… libertad de disponer y ordenar libremente, como le plazca, su persona, acciones, posesiones y todos sus bienes dentro de lo que consintieren las leyes a que está sometido; y, por lo tanto, no verse sujeto a la voluntad arbitraria de otro… El fin, pues, mayor y principal de los hombres al unirse en repúblicas… es *la preservación de su propiedad*.
>
> JOHN LOCKE

> Somos el vil retoño del español predador, que vino a América para sangrarla hasta tornarla blanca y para reproducirse con sus víctimas. Más tarde, la descendencia ilegítima de estas uniones se juntó con los descendientes de los esclavos traídos desde África. Con semejante mezcla racial y tales antecedentes morales, ¿podemos acaso permitirnos poner a las leyes por encima de los líderes y a los principios por encima de los hombres?
>
> SIMÓN BOLÍVAR

NUEVOS MUNDOS

Era este un mundo nuevo. Pero iba a ser el mundo de Occidente. Serían los europeos quienes llegaran a él a través del océano Atlántico para tomar posesión de una vasta masa continental que, antes de la *Universalis cosmographia* (1507) de Martin Waldseemüller, ni siquiera aparecía en los mapas: América, así llamada en honor al explorador Américo Vespucio.[*] Fueron las monarquías de Europa —sobre todo España e Inglaterra— las que, rivalizando por ganar almas, oro y tierras, estuvieron dispuestas a cruzar océanos y a conquistar continentes enteros. Para muchos historiadores, el descubrimiento de América (incluyendo el Caribe) es la razón suprema de la supremacía de Occidente. Sin el Nuevo Mundo, se ha afirmado, «Europa occidental habría seguido siendo una región pequeña y atrasada de Eurasia, dependiente de Oriente en cuanto a transfusiones de tecnología, transmisiones de cultura y transferencias de riqueza».[1] Sin las «hectáreas fantasma» americanas y los esclavos africanos que las trabajaron, no podría haber habido ni «milagro europeo» ni revolución industrial.[2] En vista de los avances ya alcanzados en Europa occidental tanto económica como científicamente antes del desarrollo a gran escala del Nuevo Mundo, tales afirmaciones parecen en exceso pretenciosas. La verdadera importancia de la conquista y la colonización de América reside en que esta fue uno de los mayores experimentos naturales de la historia: tómense dos culturas occidentales, expórtense e impónganse a una amplia gama de pueblos y

territorios distintos: la británica en el norte, la española y portuguesa en el sur. Luego obsérvese a cuál le va mejor.

No hay color. Observando el mundo actual, cuatro siglos después, posiblemente nadie dude de que la fuerza dominante en la civilización occidental son los Estados Unidos de América. Hasta hace muy poco Latinoamérica ha ido muy por detrás de Angloamérica. ¿Cómo y por qué ha sido así? Se podría pensar que porque el suelo del norte era más fértil o tenía más oro y petróleo debajo, o porque el clima era mejor, o porque los ríos se hallaban más propiciamente situados, o porque tenía a Europa geográficamente más cerca. Pero no fueron esas las claves del éxito de Norteamérica. Ni tampoco puede afirmarse que el Imperio español —o el portugués— se vieran afectados por los defectos de los grandes imperios orientales. A diferencia de los chinos, los españoles se contaron entre los primeros participantes del auge del comercio global a partir de 1500. A diferencia de los otomanos, también se contaron entre los primeros en participar de la revolución científica.[3] Fue, en cambio, una idea la que marcó la diferencia crucial entre la América británica y la ibérica, una idea sobre el modo en el que los pueblos deben gobernarse. Algunas personas cometen el error de denominar a dicha idea «democracia» e imaginar que cualquier país puede adoptarla simplemente celebrando elecciones. En realidad, la democracia fue el remate de un edificio que tenía sus cimientos en el imperio de la ley; para ser más exactos, en la inviolabilidad de la libertad individual y la seguridad del derecho de propiedad privada, garantizadas por un gobierno representativo y constitucional.

«Hay pocas palabras que se utilicen de una forma más vaga que la palabra "civilización"», declaraba el mayor de todos los angloamericanos en un tiempo en el que la civilización tal como él la entendía se hallaba en un peligro mortal. «¿Qué significa esta?» Su respuesta es la definición más perfecta de la diferencia política entre Occidente y el resto del mundo que se ha formulado nunca:

> Significa una sociedad basada en la opinión de los civiles. Significa que la violencia, el gobierno de guerreros y jefes despóticos, las condiciones de los campamentos y de la guerra, de la sublevación y la tiranía, dan lugar a parlamentos donde se hacen las leyes, y a tribunales de justicia independientes en los que dichas leyes se mantienen durante largos períodos. Esto es la Civilización, y en su suelo crecen continuamente la libertad, el confort y la cultura. Cuando la Civilización reina en un país, se permite a la gran masa de la población una vida más amplia y menos agobiada. Se aprecian las tradiciones del pasado, y la herencia que nos han legado antiguos hombres sabios o valientes se convierte en un rico patrimonio para ser disfrutado y utilizado por todos.
>
> El principio central de la Civilización es la subordinación de la clase dirigente a las costumbres establecidas de la población y a su voluntad expresada en la Constitución.[4]

Así hablaba Winston Churchill, hijo de un aristócrata inglés y una heredera norteamericana, en 1938. Pero ¿de dónde surgió esta definición peculiarmente angloamericana de civilización, de libertad y paz basadas en el imperio de la ley y el gobierno constitucional? ¿Y por qué no logró echar raíces en la América al sur del río Grande?

Nuestra historia comienza con dos barcos. En uno, que arribó al norte de Ecuador en 1532, iban menos de doscientos españoles acompañando al hombre que había reclamado ya para sí el título de «gobernador del Perú». Su ambición era conquistar el Imperio inca para el rey de España y quedarse con una gran parte de su supuesta riqueza de metales preciosos. El otro barco, el *Carolina*, llegó al

Nuevo Mundo ciento treinta y ocho años después, en 1670, concretamente a una isla situada frente a las costas de lo que hoy es Carolina del Sur. Entre quienes iban a bordo había sirvientes cuya modesta ambición era encontrar una vida mejor que la absoluta pobreza que habían dejado atrás en Inglaterra.

Los dos barcos simbolizan esta historia de las dos Américas. En uno, conquistadores; en el otro, sirvientes contratados para trabajar. Un grupo soñaba con un botín instantáneo: con montañas de oro maya a disposición de quien se lo quisiera llevar. Los otros sabían que tenían por delante años de duro trabajo, pero también que serían recompensados con uno de los bienes más atractivos del mundo: tierra norteamericana de primera calidad, más una participación en el proceso de elaboración de las leyes. Bienes raíces más representación: este fue el sueño de Norteamérica.

Y, sin embargo, al principio no fueron los pobres emigrantes ingleses del norte, sino los conquistadores del sur quienes parecieron llevar las de ganar. Al fin y al cabo, los españoles habían llegado primero. Durante el siglo XVI, el trabajo de colonizar América quedó casi por completo en manos de los hombres de la península Ibérica. Mientras los ingleses todavía anhelaban conquistar Calais, poderosos imperios amerindios eran subyugados por los aventureros españoles. En México, los sanguinarios aztecas fueron sometidos por Hernán Cortes entre 1519 y 1521. Y en Perú, algo más de una década después, el altivo imperio andino de los incas fue abatido por Francisco Pizarro.

Pizarro no se hacía falsas ilusiones en cuanto a la proporción entre los riesgos y las recompensas de la conquista. Necesitó dos expediciones, en 1524 y 1526, solo para localizar el Imperio inca. En el transcurso de la segunda, cuando algunos de sus hermanos menos tenaces vacilaban, Pizarro expresó de manera precisa aquella proporción dibujando una raya en la arena:

> Camaradas y amigos, esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros y desamparos; la otra la del gusto y el descanso. Por una se va a Panamá, a ser pobres; por la otra al Perú, a ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviese.[5]

Su tercera expedición, que zarpó de Panamá en 1530, estaba integrada por 180 hombres, entre ellos un grupo de hermanos y amigos íntimos de su aldea natal de Trujillo. Cuando alcanzaron los altiplanos peruanos, Pizarro tenía solo a 60 jinetes y 90 soldados de infantería bajo su mando. La audacia de lo que hicieron sigue asombrando aun después de haber transcurrido medio milenio. La población del imperio al que pretendían subyugar era de entre 5 y 10 millones de personas.

En el bando de los conquistadores, sin embargo, hubo un aliado invisible, las enfermedades europeas frente a las que los sudamericanos no tenían resistencia alguna: la viruela, la gripe, el sarampión y el tifus. Al mismo tiempo, los caballos, armas de fuego y ballestas de los españoles eran armas muy superiores a todo lo que pudiera haber en la armería inca, y proporcionaron a los invasores lo que debió de parecer un aterrador aspecto extraterrestre. Además, los propios incas estaban divididos. Desde la muerte del inca Huayna Cápac, sus hijos Atahualpa y Huáscar habían estado luchando por la sucesión, mientras las tribus sometidas vieron la posibilidad de sacudirse el yugo incaico. Así, la batalla de Cajamarca (14 de noviembre de 1532) apenas fue realmente una batalla. Según describiría el hermano de Pizarro, Hernando, Atahualpa cayó en una trampa cuando aceptó la invitación a cenar de los españoles:

> Entrado [Atahualpa] hasta la mitad de la plaza, reparó allí e salió un fraile dominico que estaba con el Gobernador [Pizarro]

> a hablarle de su parte, que el Gobernador le estaba esperando en su aposento, que le fuese a hablar. E díjole cómo era sacerdote e que era enviado por el Emperador para que les enseñase las cosas de la fe, si quisiesen ser cristianos. E díjole que aquel libro era de las cosas de Dios. Y el Atabaliba [Atahualpa] pidió el libro e arrojóle en el suelo e dijo: «Yo no pasaré de aquí hasta que deis todo lo que habéis tomado en mi tierra; que yo bien sé quién sois vosotros y en lo que andáis». E levantóse en las andas e habló a su gente e hubo murmullo entre ellos, llamando a la gente que tenían las armas. El fraile fue al Gobernador e díjole que qué hacía, ya que no estaba la cosa en tiempo de esperar más. El Gobernador me lo envió decir. Yo tenía concertado con el capitán de la artillería que, haciéndole una seña, disparase los tiros, e con la gente que, oyéndolos, saliesen todos a un tiempo. E así se hizo. E como los indios estaban sin armas, fueron desbaratados sin peligro de ningún cristiano.[6]

Según el cronista andino del siglo XVI Felipe Guamán Poma de Ayala, los españoles mataron a los aterrorizados indios «como a hormigas».[7]

Perú no se conquistó en una sola batalla. Hubo rebeliones incas encabezadas por Manco Cápac en 1535 y, de nuevo, a una escala mucho mayor, entre 1536 y 1539. Tampoco los indios tardaron en adoptar las tácticas bélicas europeas, y demostraron ser tenaces guerrilleros. Al mismo tiempo, los españoles se pelearon lo bastante entre ellos como para poner en peligro su dominio, hasta el punto de que su lucha fratricida se cobró la propia vida de Pizarro en 1541. Solo tras la ejecución de Túpac Amaru más de treinta años después, en septiembre de 1572, la resistencia inca se vio irreparablemente quebrantada.

Entre los españoles había un joven capitán oriundo de Segovia llamado Jerónimo de Aliaga. Para Aliaga, Perú resultaba tan extraño como maravilloso. Se asombró ante la escala y la sofisticación de la arquitectura inca, sobre todo del enorme muro norte de la fortaleza de Sacsayhuamán en su capital, Cuzco, con sus piedras de 200 toneladas perfectamente trabadas. Gran parte de lo que los españoles construyeron más tarde en Cuzco se erigió sobre muros y cimientos incas, ya que supieron reconocer su extraordinaria calidad antisísmica.[8] Hoy, probablemente donde mejor podemos hacernos una idea del esplendor de los logros incas anteriores a la conquista es en Machu Picchu, la legendaria «ciudad perdida de los incas», que parece flotar entre las nubes de los Andes; una ciudad que los españoles nunca encontraron y que, por tanto, jamás fue expoliada y reconstruida. Machu Picchu, que domina desde lo alto el río Urubamba probablemente se construyó a mediados del siglo XV. Pese a su emplazamiento aparentemente poco práctico, encaramada a escarpadas laderas a casi 2.500 metros sobre el nivel del mar, era claramente un asentamiento autosuficiente, con agua corriente de manantial y terrazas para el cultivo de cosechas y el pasto del ganado. Totalmente desconocida para el mundo occidental hasta 1911, cuando fue descubierta por el académico y explorador estadounidense Hiram Bingham,[9] sirve como advertencia de que ninguna civilización, por muy poderosa que parezca, es indestructible. Todavía no sabemos a qué propósito servía la ciudad. Tampoco sabemos exactamente cuándo y por qué la abandonaron los incas. Una posibilidad bastante plausible es la de que llegara allí una enfermedad epidémica procedente de La Española (la isla que hoy se halla dividida entre la República Dominicana y Haití) antes que los conquistadores, matando la población y convirtiendo Machu Picchu en una ciudad fantasma.

El pretexto para el inicial asalto español en Cajamarca fue que los incas se negaban a convertirse al cristianismo. Pero no era Dios, sino el oro, lo que de verdad interesaba a Pizarro. El vano intento del capturado Atahualpa de conseguir su libertad llenando su celda una vez de oro y dos veces de plata no hizo sino despertar el apetito de los conquistadores por los preciosos metales. Los 6.000 kilogramos de oro de 22 quilates y 12.000 kilogramos de plata pura que fueron debidamente

amontonados hicieron ricos de un plumazo a todos y cada uno de los hombres de la expedición. Pero había más, mucho más.[10] Los españoles también habían encontrado oro en La Española y enormes yacimientos de plata en Zacatecas, en la zona central de México. Y ahora encontraron el Cerro Rico de Potosí, una mina de plata sin parangón en todo el mundo. Al parecer, miraran donde giraran, los españoles encontraban dinero en Perú. Como contable principal de Pizarro, Jerónimo de Aliaga se hallaba muy bien situado para calibrar el alcance de aquella recién descubierta riqueza. Antes de 1550 se sacó de Perú oro por valor de unos 10 millones de pesos, aproximadamente la mitad producto del expolio, y el resto de la minería.[11] Con el tiempo, la producción de las minas de plata se incrementó regularmente, pasando de unas 50 toneladas al año a comienzos de la década de 1500 a más de 900 toneladas en 1780.[12] En total, entre 1500 y 1800 se enviaron del Nuevo Mundo a Europa, o a través del Pacífico a Asia, metales preciosos por un valor aproximado equivalente a 200.000 millones de euros actuales, una gran parte procedentes de las minas de Perú. De hecho, los hombres de Aliaga se hicieron muy ricos, y él pudo construirse una magnífica residencia en la nueva capital peruana de Lima, con un patio interior que se alza en el emplazamiento de un antiguo templo inca. La casa ha sido ocupada por sus descendientes desde entonces; el actual inquilino, Gonzalo de Aliaga, se muestra imperturbablemente orgulloso de su antepasado conquistador.

Parecía que los españoles habían sentado las bases de una civilización totalmente nueva y espectacular, que habría de ser dirigida desde unas pocas suntuosas ciudades por una élite minúscula y rica de origen hispánico. Y aquellas urbes crecieron con rapidez. Ciudad de México tenía 100.000 habitantes en 1692, en una época en que Boston apenas contaba con 6.000. Se fundaron 25 universidades hispanoamericanas, como la de Santo Domingo, que precedió a Harvard en casi un siglo.[13] Florecieron las ciencias de la cartografía y la metalurgia.[14] Los españoles aprendieron a disfrutar al menos de algunos de los productos básicos de la cocina mesoamericana: el chile, el cacahuete, la patata y el pavo (todo ello adoptado posteriormente por los norteamericanos).[15] Se construyeron cientos de iglesias pródigamente adornadas y algunas de las catedrales más imponentes del mundo, como la magnífica catedral de Cuzco diseñada por el arquitecto Francisco Becerra y completada en 1669 por el jesuita de origen flamenco Juan Bautista Egidiano. Tanto los franciscanos como los jesuitas acudieron a Sudamérica por millares para convertir a lo que quedaba de la población indígena. Pero aunque la Iglesia era influyente, el poder último residía en la corona española; y, crucialmente, la corona era la dueña de todas las tierras. En cambio, en Norteamérica la historia de la propiedad sería completamente distinta.

LA TIERRA DE LOS LIBRES

En 1670, una joven pareja inglesa sin dinero se bajó del primer barco que llegó a la costa de Carolina después de un angustioso viaje transatlántico. Como su compañero de viaje Abraham Smith, Millicent How había firmado un contrato estándar de vínculo laboral obligatorio en septiembre de 1669:[*]

> Sepan todos los hombres que yo, Millicent How, de Londres, soltera, el día de la fecha del presente documento, por este escrito me vinculo y obligo firmemente como fiel y obediente sirvienta en todas las cosas en absoluto, a servir y morar con el capitán Joseph West, comerciante de la ciudad de Londres, en la plantación, o provincia de Carolina.[16]

Entre el 65 y el 80 por ciento de todos los ingleses que llegaron a Chesapeake en el transcurso del siglo XVII lo hicieron en esas mismas condiciones.[17] No era un hecho en absoluto excepcional: nada menos que las tres cuartas partes de los emigrantes europeos a la América británica a lo largo del período colonial viajaron con contratos de vínculo laboral obligatorio.[18]

Fue esta una migración muy distinta de la experimentada por Jerónimo de Aliaga. Los españoles habían encontrado literalmente montañas de plata en México y Perú, mientras que todo lo que parecía haber en las costas de Carolina era un cementerio de blanquecinos troncos de árboles. No era precisamente El Dorado. Lejos de ello, los colonos de Norteamérica hubieron de plantar maíz para comer y tabaco para comerciar.[19] Durante muchos años, las colonias angloamericanas fueron un mosaico de granjas y pueblos dispersos, con unas pocas ciudades pequeñas y prácticamente ninguna urbe importante. Y aquí los autóctonos, aunque menos numerosos, no se dejaron someter tan fácilmente. Todavía en 1670 habría sido excusable pensar que la América de Jerónimo de Aliaga era la tierra del futuro, mientras que la de Millicent How estaba destinada a ser perennemente una tierra triste y sombría.

¿Y si hubiera sido al revés? ¿Qué habría pasado si Aliaga hubiera terminado en una Carolina española, y How y Smith en un Perú británico? El historiador J. H. Elliott reflexionaba en cierta ocasión medio en broma:

> Si Enrique VII [de Inglaterra] hubiera estado dispuesto a patrocinar el primer viaje de Colón… y si una fuerza expedicionaria [de ingleses] hubiera conquistado México para Enrique VIII, es posible imaginar un… masivo aumento de la riqueza de la corona inglesa al afluir ingentes cantidades de plata americana a las arcas reales; el desarrollo de una estrategia imperial coherente para explotar los recursos del Nuevo Mundo; la creación de una burocracia imperial para gobernar las sociedades colonizadoras y sus poblaciones sometidas; el declive de la influencia del Parlamento en la vida nacional, y el establecimiento de una monarquía absoluta inglesa financiada por la plata de América.[20]

En otras palabras, no parece claro que las colonias británicas hubieran seguido la misma evolución de haberse establecido en el sur en lugar de en Norteamérica.

¿Y si Nueva Inglaterra hubiera estado en México, y Nueva España en Massachusetts? Si es posible imaginar a Inglaterra, en lugar de Castilla, seducida por el absolutismo gracias a la plata de las minas peruanas, ¿es igualmente posible imaginar a Castilla, en lugar de Inglaterra, plantando las semillas de la virtud republicana en latitudes más altas? ¿Podrían las Cortes españolas —lo más parecido a un parlamento que tenía España entonces— haber acumulado el suficiente poder como para establecer la primera monarquía constitucional de la Europa occidental? ¿Y podrían haber surgido, de una crisis de la autoridad imperial hispánica, en lugar de la británica, unos Estados Unidos en los que se hablara español desde un primer momento? Tal inversión de papeles no resulta

tan inverosímil. Al fin y al cabo, las Provincias Unidas surgieron de la rebelión holandesa contra la monarquía española. Quizá fuera una mera contingencia —la ausencia o la presencia de oro y plata en el Nuevo Mundo— la que puso a Inglaterra en la elevada senda del parlamentarismo y a España en el engañoso camino de rosas del absolutismo. Con una fuente adicional de ingresos ajena al control del Parlamento, Carlos I podría haber mantenido su «gobierno personal» y evitado la fatídica confrontación que desembocó en la guerra civil inglesa. Sus adversarios puritanos en la Cámara de los Comunes eran ya ancianos en 1640: unos pocos años más habrían visto desvanecerse su oposición.[21] Tampoco había ninguna certeza de que Gran Bretaña escaparía por segunda vez al absolutismo gracias a la invasión holandesa y el golpe que instauró a Guillermo de Orange como rey.[22] La cadena de acontecimientos que condujo de los problemas financieros de Jacobo I a la deposición de Jacobo II podría haberse roto fácilmente en numerosas ocasiones. Ninguna narración es más tendenciosa que la interpretación *whig* de la historia inglesa, con su presuposición de que la Revolución Gloriosa de 1688 fue un compromiso divinamente ordenado entre el monarca y la asamblea legislativa. Aun después de 1688, el predominio de los aristócratas *whigs* que fueron los verdaderos beneficiarios de la destitución de los Estuardo seguía siendo periódicamente vulnerable a los contragolpes de los jacobitas, que disfrutaban de un considerable apoyo en la periferia celta.

El quid de la cuestión está en la importancia relativa en el proceso histórico, por una parte, de las dotaciones iniciales de recursos en los territorios colonizados del Nuevo Mundo, y, por otra, de los proyectos institucionales que los colonizadores se llevaron consigo de Europa. Si las condiciones iniciales fueron determinantes, entonces no importó mucho que fueran los ingleses o los españoles los que acabaran en Perú; el resultado habría sido en gran medida el mismo porque los ingleses se habrían visto igualmente tentados de expoliar a los incas y habría sido igualmente probable que sucumbieran a la «maldición de los recursos» del oro y la plata baratos.[23] Y es de suponer que también los colonos españoles podrían haber sido más innovadores de haberse encontrado sin oro en la bahía de Chesapeake. Pero si creemos que la variable clave fueron las instituciones que los colonos se llevaron consigo, entonces se sugieren alternativas completamente distintas.

La colonización británica en general produjo mejores resultados económicos que la española o la portuguesa allí donde se intentó. No hay ninguna prueba perfecta para validar esta proposición, dado que no ha habido dos colonias exactamente iguales, pero Arizona es más rica que México y Hong Kong es más rica que Manila. De modo que quizá la colonización británica de México y Perú habría dado mejores resultados a largo plazo que la española, produciendo en última instancia una especie de Estados Unidos de Centro y Sudamérica. Y quizá la colonización española de Norteamérica habría dejado aquella región relativamente empobrecida a la vez que dividida en repúblicas enfrentadas: múltiples estados-nación como Colombia en lugar del actual Distrito de Columbia como sede de un gobierno federal, y una eterna enemistad entre Wisconsin y Minnesota en lugar de la actual entre Colombia y Venezuela.

Inglaterra ya era diferente de España en 1670, mucho antes del advenimiento de la industrialización. La violencia, medida en función de la tasa de homicidios, había ido disminuyendo regularmente desde 1300. Con la Revolución Gloriosa de 1688 se había puesto fin a una época de guerra civil intermitente, aunque todavía quedaban por librar duras batallas para imponer el orden en la periferia celta, especialmente en el norte de Escocia y el sur de Irlanda. Más o menos a partir de

1640 la tasa de natalidad inglesa se incrementó regularmente, pasando de alrededor del 26 por mil a un máximo de 40 por mil a principios de la década de 1800. Aun así, la trampa malthusiana no se cerró como había ocurrido en el pasado y seguiría ocurriendo en otras partes. Los salarios reales aumentaron, las rentas experimentaron una tendencia a la baja, y la tasa de alfabetización aumentó notablemente.[24] Un cambio crucial fue la disponibilidad de una alternativa para quienes estaban dispuestos de arriesgarse a un viaje transatlántico. Ya en la década de 1640 la emigración neta superó las 100.000 personas, y se mantuvo entre 30.000 y 70.000 en todas las décadas posteriores hasta la de 1790.[25] Los que temían que la ausencia de aquellos tipos aventureros representara una pérdida para su tierra natal no supieron ver las ventajas recíprocas de la migración transatlántica al florecer el comercio entre Europa y las colonias americanas. La mano de obra exportada simplemente resultaba más productiva en un continente americano rico en tierras y pobre en trabajadores. La partida de los emigrantes también beneficiaba de manera indirecta a sus parientes más reacios al riesgo que preferían quedarse, incrementando ligeramente el precio de su trabajo.

Quienes partieron de Inglaterra con destino a Norteamérica más o menos a partir de 1670, como Millicent How y Abraham Smith, se llevaron muy poco consigo. Hasta el precio de su pasaje se pagaba, de hecho, con una hipoteca sobre su futuro trabajo. Pero sí llevaron en su mente una serie de ideas que tendrían profundas implicaciones para el futuro norteamericano. La primera fue la idea del derecho de propiedad[*] tal como se había desarrollado en los tribunales de derecho consuetudinario ingleses (y el denominado Tribunal de Equidad) a partir del siglo XII.[26] La segunda idea era la de un protestantismo militante (aunque es importante no olvidar que los cuáqueros, católicos y judíos también desempeñaron un papel en la colonización de la costa este norteamericana).[27] La tercera idea era que la legitimidad de los impuestos dependía de su aprobación parlamentaria: se concedían «reservas» a la corona a cambio de consentir en la reparación de los agravios a través de las leyes. Estos habían sido los temas clave de la guerra civil inglesa.

La oposición a la uniformidad del culto anglicano a la que había aspirado el arzobispo William Laud, junto con la hostilidad a las innovaciones fiscales de Carlos I, habían dado a la crisis de mediados del siglo XVII un carácter peculiarmente británico. Ya en 1628, en la denominada Petición de Derecho, los parlamentarios críticos con la corona habían exigido que «En adelante no se obligue a ningún hombre a dar o ceder ningún regalo, préstamo, donativo, impuesto o carga similar sin el consentimiento común por ley del Parlamento». Cuando un torpe intento de imponer el Libro de Oración Común de Laud a la presbiteriana Escocia terminó en guerra, Carlos se vio obligado a someterse al Parlamento, tragándose el orgullo. Pero lejos de aceptar lo que se había convertido en violaciones de su prerrogativa regia por parte del denominado Parlamento Largo, Carlos alzó el real estandarte en agosto de 1642, sumiendo al país en una guerra. Perdió, y el 30 de enero de 1649 lo pagó con su cabeza. Al regicidio le siguió la República (la Commonwealth), a la que a su vez le siguió —en gran medida tal como prevé la teoría política clásica— la Tiranía, en la forma de Oliver Cromwell como lord protector. Con la muerte de Cromwell se restauró la monarquía, pero los viejos problemas no tardaron en aflorar de nuevo. Carlos II y su hermano fueron ambos sospechosos, no sin fundamento, de tener inclinaciones católicas y de aspirar a reducir el poder del Parlamento. La deposición de Jacobo II en 1688 fue un golpe dado por los holandeses a instancias parlamentarias; la Declaración de Derechos terminó enérgicamente con la disputa sobre el poder fiscal: «Recaudar

dinero por o para el uso de la corona so pretexto de prerrogativa, sin la concesión del Parlamento, durante más tiempo o de manera distinta de la que haya sido o sea concedida, es ilegal». Al poner fin a la amenaza de unos impuestos arbitrarios, y al someter los ingresos, los gastos y los empréstitos del gobierno a la supervisión de un organismo en el que los propietarios se hallaban desproporcionadamente representados, la Revolución Gloriosa sentó sólidamente las bases para el posterior desarrollo de lo que podría llamarse el «complejo marítimo-fiscal» británico.[28] Aunque se hubiera restaurado a los Estuardo en el poder en 1714 o 1745, es dudoso que hubieran podido deshacerlo.

Sin embargo, el cambio más profundo que aconteció en la Inglaterra del siglo XVII tuvo que ver con la propia naturaleza de la política. Fue una disputa entre dos hombres de Oxford —uno educado en el Magdalen College; el otro, en el Christ Church College—, que en ambos casos se beneficiaron de sendos mecenazgos aristocráticos —el conde de Devonshire en el primero; el conde de Shaftesbury en el segundo—, y que en ambos casos supieron sacar partido al tiempo que pasaron en el extranjero —respectivamente en Francia y los Países Bajos—. Para Thomas Hobbes, tal como escribía en su *Leviatán* (1651), la lección de la primera mitad del siglo XVII estaba clara: «Durante el tiempo en que los hombres viven sin un poder común que inspire en ellos sobrecogimiento, están en… guerra… de todos contra todos».[29] Solo el «temor» hace que los hombres cumplan con sus deberes, argumentaba Hobbes; y, por lo tanto, el poder debe delegarse en un soberano fuerte con la responsabilidad de la defensa, la educación, la legislación y la justicia. El elemento crucial era la creencia de Hobbes de que el soberano debía protegerse frente a cualquier posible desafío desde abajo. No podía estar obligado por ningún «pacto» (Constitución), no podía ser «divisible» y no podía ser «justamente ejecutado».[30] Esto no era (como a veces se cree) una justificación del absolutismo regio; por el contrario, con su oscura visión de la imperfección humana y sus pragmáticos argumentos en favor de un soberano fuerte, el *Leviatán* venía a cortar los vínculos de Hobbes con los entonces exiliados Estuardo, ya que Hobbes dejaba claro que ese soberano podía ser o bien un monarca o bien un parlamento («un hombre, o una asamblea de hombres»).[31] Su concepción se alejaba sobremanera, pues, del absolutismo de derecho divino de un legitimista de los Estuardo como sir Robert Filmer, autor del *Patriarca*.

El primer *Tratado sobre el gobierno civil* de John Locke (1690) era una refutación de Filmer, pero su segundo *Tratado* cuestionaba de manera más inquisitiva y original a Hobbes. Lejos de que un soberano fuerte sea la solución a un estado natural de guerra, argumentaba Locke, el verdadero estado de naturaleza es armonioso; es el aspirante a absolutista, en su intento de «arrebatar la libertad», el que está en guerra con la sociedad.[32] Las personas no deciden ser gobernadas solo por temor. Como «sociedad de criaturas racionales», entran en «una comunidad por su mutuo bien». En una república constituida sobre esta base, sugería Locke, el poder simplemente es delegado por la «sociedad civil» en un poder «legislativo», cuyas decisiones mayoritarias se basan en el consentimiento implícito de todos los ciudadanos. En contraposición a la creencia de Hobbes de que el soberano debe ser unitario e indivisible, Locke favorecía explícitamente la separación entre el «ejecutivo» y lo que él denominaba las ramas «federativas» del legislativo, aunque consideraba a esta última la institución dominante, y responsable de nombrar a los jueces además de hacer las leyes. Aún más llamativa resulta la diferencia entre Hobbes y Locke con respecto a la teoría de la

libertad. Según el primero, «la libertad de un sujeto, reside… solo en aquellas cosas que… el soberano ha preterido [esto es, de las que ha hecho dejación explícita]»; en los casos de «silencio legislativo», la presunción debe ser en favor del soberano. Locke, en cambio, veía las cosas de manera completamente distinta:

> Allí donde no hay ley, no hay libertad… La autoridad legislativa… deberá dispensar justicia… mediante leyes fijas y promulgadas y jueces autorizados y conocidos… designadas sin más fin postrero que el bien popular.[33]

Para Locke, la libertad era algo claramente definido. Era la «libertad [de un hombre] de disponer y ordenar libremente, como le plazca, su persona, acciones, posesiones y todos sus bienes dentro de lo que consintieren las leyes a que está sometido; y, por lo tanto, no verse sujeto a la voluntad arbitraria de otro…».[34] Y he aquí la clave del asunto: «El fin, pues, mayor y principal de los hombres al unirse en repúblicas… es la preservación de su propiedad».[35] Y el poder legislativo no puede «tomar de ningún hombre ninguna parte de su propiedad sin su consentimiento», lo que supone el consentimiento de la mayoría de representantes a los impuestos. Esto tenía implicaciones realmente revolucionarias, como bien sabía Locke, que escribía poco después de los acontecimientos de 1688:

> … siendo el legislativo solo un poder fiduciario para la consecución de ciertos fines, permanece todavía en el pueblo el poder supremo de disolver o alterar el legislativo, cuando descubriere que este actúa contrariamente a la confianza en él depositada.[36]

Aunque hasta 1776 solo apareció una edición americana de los dos Tratados —y, además, una edición imperfecta—, las ideas de Locke ejercerían una trascendental influencia en el desarrollo tanto de la sociedad como de la política en Norteamérica. En cambio, la política de Latinoamérica después de la independencia terminaría por oscilar entre el anárquico estado de naturaleza de Hobbes y una burda caricatura de su autoritario soberano.

El Nuevo Mundo representó una enorme adición de territorios para las monarquías europeas de Occidente. La cuestión clave que afrontaron los nuevos colonos en América —españoles en el sur, británicos en el norte— fue la de cómo repartir toda esa nueva tierra. Sus respuestas a dicha cuestión, que determinarían en última instancia el futuro liderazgo de la civilización occidental, difícilmente podrían haber sido más diferentes.

Cuando el capitán del primer barco que llegó a Carolina descendió a la playa llevaba consigo toda una pauta institucional para el Nuevo Mundo; una pauta cuyo núcleo era la cuestión de la tierra. Las «Constituciones Fundamentales de Carolina» fueron redactadas en marzo de 1669 nada más y nada menos que por el propio Locke, en su calidad de secretario de uno los ocho «lores propietarios» de Carolina, el conde de Shaftesbury. El documento resulta notable por las cosas que los colonos no adoptaron tanto como por las que adoptaron. Obediente a su aristocrático patrón, preocupado por «evitar erigir una democracia multitudinaria», Locke perfiló un esquema que habría establecido en América una aristocracia hereditaria y una sociedad jerárquica, con un lord palatino supremo, landgraves, baronías y toda clase de peculiaridades tales como cacicatos, además de unos límites estrictos a la enajenación y subdivisión de las tierras de sus latifundios. También trató de

prohibir los abogados profesionales, argumentando: «Será cosa vil e infame pleitear a cambio de dinero o recompensa. Y, para su considerable desconcierto, su noble patrón le obligó a incluir un artículo (el número 96) designando la Iglesia anglicana como Iglesia oficial de Carolina.[37] Los colonos, sabiamente hicieron caso omiso de casi todo esto, pero sí mantuvieron uno de los supuestos clave de Locke: que debía haber un vínculo entre representación política y propiedad. El artículo 4 especificaba que las tres quintas partes de la tierra se habían de dejar «para el pueblo». Los artículos 71 y 72, por su parte, declaraban que habría un Parlamento, que se reuniría cada dos años, y que…

> Nadie será elegido miembro del Parlamento si tiene menos de quinientos acres [unas 200 hectáreas] en propiedad en la demarcación en la que fuera elegido; ni nadie que tenga menos de cincuenta acres [unas 20 hectáreas] en propiedad en dicha demarcación tendrá voto para elegir a dicho miembro.

Por lo tanto, era mucho lo que dependía de cómo se repartiera la tierra en Carolina.

Durante un tiempo se temió que la primera flota de colonos enviados a Carolina se hubiera perdido en el mar. Cuando se descubrió que de hecho habían llegado sanos y salvos, se redactó lo que pasaría a conocerse como la Proclamación de Barbados para regular la distribución de la tierra. Lo importante era que se establecía un mínimo garantizado: «A cada hombre libre que llegue allí para plantar y vivir antes del 25 de marzo de 1672 [se le darán] cien acres [unas 40 hectáreas] de tierra para él y sus herederos para siempre…». Pero ¿y si no había suficientes hombres libres que aprovecharan la oferta? La respuesta obvia fue que, cuando los emigrantes con contrato de vínculo laboral obligatorio hubieran cumplido el plazo establecido de servicio —por lo general cinco o seis años—, también a ellos se les darían tierras.

La vida en Inglaterra había sido difícil para Millicent How y Abraham Smith. La travesía del Atlántico había estado plagada de peligros, y sin duda ellos eran conscientes de que un importante número de inmigrantes a las colonias de Norteamérica no sobrevivían al primer año o dos de «aclimatación». Pero había un incentiva para correr tales riesgos. Es cierto que en Inglaterra el derecho de propiedad era algo consolidado, pero la propiedad estaba en muy pocas manos (en 1436, entre 6.000 y 10.000 familias de la aristocracia y la pequeña nobleza poseían alrededor del 45 por ciento de la tierra; la Iglesia, el 20 por ciento, y la corona, el 5 por ciento). En América, en cambio, hasta el más humilde de los humildes tenía la posibilidad de subir siquiera el primer peldaño de la escalera de la propiedad. Tal era la esencia del sistema denominado de *headright*, adoptado también en Virginia, Maryland, New Jersey y Pensilvania. Era este un sistema que tenía sentido cabal en unas colonias donde la tierra era abundante al tiempo que escaseaba la mano de obra.[38] Como observaba Locke en sus *Consideraciones sobre las consecuencias de la disminución del interés y la subida del valor del dinero*: «La mayoría de las naciones en las partes civilizadas del mundo son más o menos ricas o pobres en proporción a la escasez o abundancia de su gente y no a la esterilidad o fertilidad de sus tierras». Los imperios rivales —como el español y el holandés— no hicieron «ninguna mejora por el cultivo; lo que hacen en las Indias Orientales es solo por la guerra, el comercio y la construcción de ciudades fortificadas y castillos en la costa, para asegurar el comercio exclusivo de los lugares y con los pueblos que conquistan, y no desbrozando, parcelando la tierra y plantando, como han hecho los ingleses».[39] Este activo cultivo de la tierra no solo representaba una forma económicamente superior de imperialismo; también legitimaba la expropiación de tierras a los

cazadores-recolectores indígenas. En palabras de Locke: «Toda la tierra que un hombre labre, plante, mejore, cultive y cuyos productos pueda usar, será en tal medida su propiedad. Él, mediante su trabajo, la separa, por así decirlo, de la común».[40] Según esta definición de propiedad privada, las tierras de caza de los indios eran *terra nullius*: tierra de nadie, lista para ser explotada. Dicha definición daba, pues, carta blanca a la expropiación.

Todas las transacciones de tierras, desde la llegada de los primeros colonos, quedaban registradas en la Oficina de Transmisión de Propiedades de North Charleston, incluyendo todas las pequeñas parcelas concedidas a los hombres y mujeres que habían cumplido el plazo de su contrato de vínculo laboral obligatorio. En su momento, a Millicent How y Abraham Smith se les concedieron alrededor de 40 y 110 hectáreas de tierra respectivamente, que podían conservar o vender libremente a voluntad. Habían alcanzado su meta; no solo económica, sino también políticamente, ya que Locke había dejado claro en sus «Constituciones Fundamentales» que en Carolina solo los terratenientes tendrían acceso al poder político. Así, si uno era un hombre como Abraham Smith —aunque no si era una mujer como Millicent How—, y poseía 20 o más hectáreas de tierra, podía votar, además de formar parte de un jurado; y con 200 hectáreas podía convertirse en miembro de la asamblea de Carolina o en juez. Pero, crucialmente, como votante, miembro de un jurado o miembro del Parlamento, tenía un solo y único voto, independientemente de si poseía el mínimo número de hectáreas exigido o cien veces esa cantidad.

Esta democracia de terratenientes tuvo unos comienzos bastante sencillos. Inicialmente los primeros representantes electos de Carolina se reunían en el piso superior del número 13 de Church Street, una modesta casa de Charleston. Aun así, esta clase de instituciones serían la plataforma desde la que se impulsaría una revolución en el gobierno. La corona inglesa había sentado las bases de su imperio americano simplemente concediendo derechos a sociedades mercantiles. Aunque los gobernadores eran nombrados por real designación, se suponía que los colonos debían tener sus propias asambleas representativas, una consecuencia lógica de sus orígenes como sociedades mercantiles creadas por cédula real. Y de hecho, no tardaron mucho en establecer tales organismos. La asamblea de Virginia se reunió por primera vez en 1619, y en 1640 existían ya ocho de tales asambleas en las colonias británicas, incluyendo Bahía de Massachusetts, Maryland, Connecticut, Plymouth y New Haven, además de Barbados.[41] En Latinoamérica, en cambio, tales instituciones no existieron.

La clave, en suma, fue la movilidad social: el hecho de que un hombre como Abraham Smith pudiera llegar a un páramo sin literalmente nada, y, sin embargo, en el plazo de solo unos años se convirtiera en terrateniente y en votante. En siete de los trece futuros estados americanos, en vísperas de la Revolución norteamericana, el derecho de voto iba ligado a la propiedad de tierras o al pago de un impuesto sobre la propiedad; unas normas que en algunos casos seguirían en vigor hasta bien entrada la década de 1850.

Al sur, en las colonias españolas, la tierra se había distribuido de un modo diametralmente opuesto.

En una cédula fechada el 11 de agosto de 1534, Francisco Pizarro concedía a Jerónimo de Aliaga y a otro conquistador llamado Sebastián de Torres una vasta propiedad —una *encomienda*— llamada Ruringuaylas, en el hermoso valle Callejón de Huaylas, en los Andes peruanos. El valle era fértil, y

las montañas estaban llenas de mineral precioso. La cuestión que afrontaba Aliaga era cómo explotar esos recursos. Y la respuesta sería completamente distinta de la concebida por John Locke para Norteamérica.

De entrada no era tierra lo que se concedió a Aliaga y Torres; técnicamente, la encomienda otorgaba solo el producto del trabajo, en este caso de los aproximadamente 6.000 indios que vivían en Ruringuaylas. A diferencia de las colonias británicas como Carolina, donde se distribuyeron extensamente hectáreas de tierra, lo que se concedió en la América española —a una élite muy restringida— fue el derecho a explotar a la población indígena. Esta, que anteriormente había trabajado para el emperador inca bajo el sistema de la *mita*, pasó ahora a trabajar para los españoles. Era esencialmente un sistema de tributo, y dicho tributo adquiría la forma de trabajo forzado. Aliaga podía emplear a los indios en lo que quisiera, ya fuera para arar la tierra o para extraer oro y plata de las montañas. Este sistema solo cambió ligeramente con la introducción en 1542 del denominado «repartimiento de labor», que impuso el control real sobre la asignación de mano de obra autóctona en respuesta a los informes de abusos por parte de encomenderos (de hecho, Torres fue asesinado por algunos de sus trabajadores indios debido a su crueldad). Las encomiendas no se concedían a perpetuidad a un hombre y sus herederos: conforme a la ley castellana, la tierra en la que estaban seguía siendo propiedad de la corona; de hecho, se suponía que ni siquiera habían de cercarla. Solo de manera gradual las encomiendas irían dando paso a haciendas hereditarias.[42] Pero el resultado último fue que la clase conquistadora se convirtió en la clase rentista de América. La mayoría de la gente se quedó con solo diminutas parcelas de tierra. Incluso entre los inmigrantes españoles los encomenderos eran una minoría, que probablemente representaba solo el 5 por ciento de la población española de Perú.[43] Dado que, pese a los estragos de la enfermedad, la mano de obra autóctona seguía siendo relativamente abundante —en 1700, la densidad de población en las tres principales colonias españolas era varias veces superior a la de las colonias británicas en el continente—, los españoles no tuvieron necesidad de importar de Europa mano de obra laboralmente vinculada a gran escala como los ingleses. De hecho, desde comienzos del siglo XVI la monarquía española se desvivió por restringir la emigración a sus colonias americanas.[44] Como resultado, bajo el dominio español no se produjo en absoluto la movilidad ascendente que caracterizó a la América británica.

El dominio español llevó aparejada asimismo la religión católica, que no es que fuera mala —el misionero dominico Pedro de Córdoba fue el primero en denunciar los espantosos abusos de la población indígena bajo el sistema de las encomiendas—, pero sí constituía, fundamentalmente, otra clase de monopolio. Norteamérica, por su parte, se convirtió en sede de numerosas sectas protestantes, de modo que la disensión y la diversidad se contaron entre los principios organizativos de la colonización británica. Esto tuvo su lado oscuro (de inmediato vienen a la mente los juicios por brujería de Salem), pero el beneficio claro fue la creación de una sociedad de comerciantes y granjeros comprometidos con la libertad religiosa además de política. En el artículo 97 de sus «Constituciones Fundamentales de Carolina», John Locke dejaba claro el grado del compromiso británico con la tolerancia religiosa:

> Pero puesto que los nativos de aquel lugar, que estarán afectados por nuestro asentamiento, son totalmente extraños al cristianismo, cuya idolatría, ignorancia o error no nos da derecho a expulsarlos o abusar de ellos; y [como] aquellos que se

muden de otras partes para asentarse allí inevitablemente tendrán diferentes opiniones respecto a las materias de religión, cuya libertad esperarán que se les conceda, y [como] no será razonable que nosotros les mantengamos fuera por esa razón, porque se puede mantener la paz civil entre una diversidad d» opiniones, y nuestro acuerdo y pacto con todos los hombres puede ser debida y fielmente cumplido, la transgresión, bajo cualquier excusa [de la libertad de conciencia] no puede ser sino un gran agravio contra el Dios todopoderoso y un gran escándalo para la verdadera religión que profesamos; y también para que judíos, paganos y otros disidentes de la pureza de la religión cristiana no la teman y se mantengan alejados de ella, sino que, teniendo una oportunidad de familiarizarse con la verdad y racionalidad de sus doctrinas y el pacifismo y lo inofensivo de sus creyentes, por [su] buena práctica y convicción y todos esos persuasivos métodos de la dulzura y la mansedumbre apropiadas a las reglas y el propósito de los Evangelios, puedan siempre ser ganados a abrazar y recibir sin fingimiento la verdad; por tanto, *siete o más personas que practiquen una religión formarán una Iglesia o confesión* a la que darán algún nombre para diferenciarse de las demás [la cursiva es mía].

Requería un notable grado de confianza, después de tantos años de amargo conflicto religioso en Europa, concebir una sociedad en la que bastaran siete personas para dar origen legítimamente a una nueva Iglesia. Estas profundas diferencias entre las sociedades civiles de la Norteamérica y la Sudamérica coloniales tendrían perdurables consecuencias cuando llegara el momento en que estas se gobernaran de manera independiente.

LAS REVOLUCIONES AMERICANAS

En 1775, pese a todas las profundas diferencias económicas y sociales que se habían desarrollado entre ellas, tanto Norteamérica como Sudamérica todavía estaban formadas por colonias gobernadas por reyes distantes. Sin embargo, esto estaba a punto de cambiar.

El 2 de julio de 1776, una gran multitud se congregó en las escalinatas de la antigua Casa de Cambio y Comercio de Charleston para oír al gobierno de Carolina del Sur declarar la independencia la colonia con respecto a Gran Bretaña. Fue la primera en hacerlo. Unos cuarenta años después terminaba el dominio español en Latinoamérica. Sin embargo, mientras que una revolución cimentó los derechos democráticos de los propietarios y dio origen a una república federal que en el plazo de cien años se convertiría en el país más rico del mundo, las revoluciones sudamericanas condenaron a toda la América al sur del río Grande a dos siglos de divisiones, inestabilidad y subdesarrollo. ¿Por qué ocurrió esto?

A finales del siglo XVIII, tanto el Imperio español como el británico experimentaron sendas crisis. La creciente regulación del comercio transatlántico por parte de las autoridades imperiales y el elevado coste de la guerra de los Siete Años (1756-1763) prepararon el camino a las revueltas coloniales. Las que estallaron en las colonias angloamericanas en la década de 1770 tuvieron también su equivalente en España: la rebelión andina de Túpac Amaru II, en 1780-1783, y la insurrección de los comuneros en Nueva Granada (la actual Colombia) en 1781. Pero cuando trece

de las colonias británicas de Norteamérica reclamaron la independencia, aquella era la reacción de una sociedad de comerciantes y granjeros consciente de sí misma y con ansias de libertad contra lo que ellos percibían como una excesiva prolongación de la autoridad imperial. No fue solo la vieja cuestión de los impuestos y la representación la que causó lo que legítimamente puede considerarse una secuela de la guerra civil inglesa de la década de 1640.[45] De manera significativa, la tierra desempeñó un papel de vital importancia en la Revolución norteamericana. La tentativa del gobierno británico de limitar los nuevos asentamientos al oeste de los Apalaches fue un golpe directo a la visión expansionista del futuro de los colonos;[46] una visión de descarado latrocinio especialmente cara a los especuladores de propiedades como George Washington.[*] Cuando el gobierno de Londres cerró acuerdos con las tribus indias durante la guerra de los Siete Años Washington supuso que se trataba de una mera conveniencia que no sobreviviría a la guerra. De ahí que se quedara horrorizado al ver a los indios confirmados de hecho en sus tierras por la real proclamación de 1763:

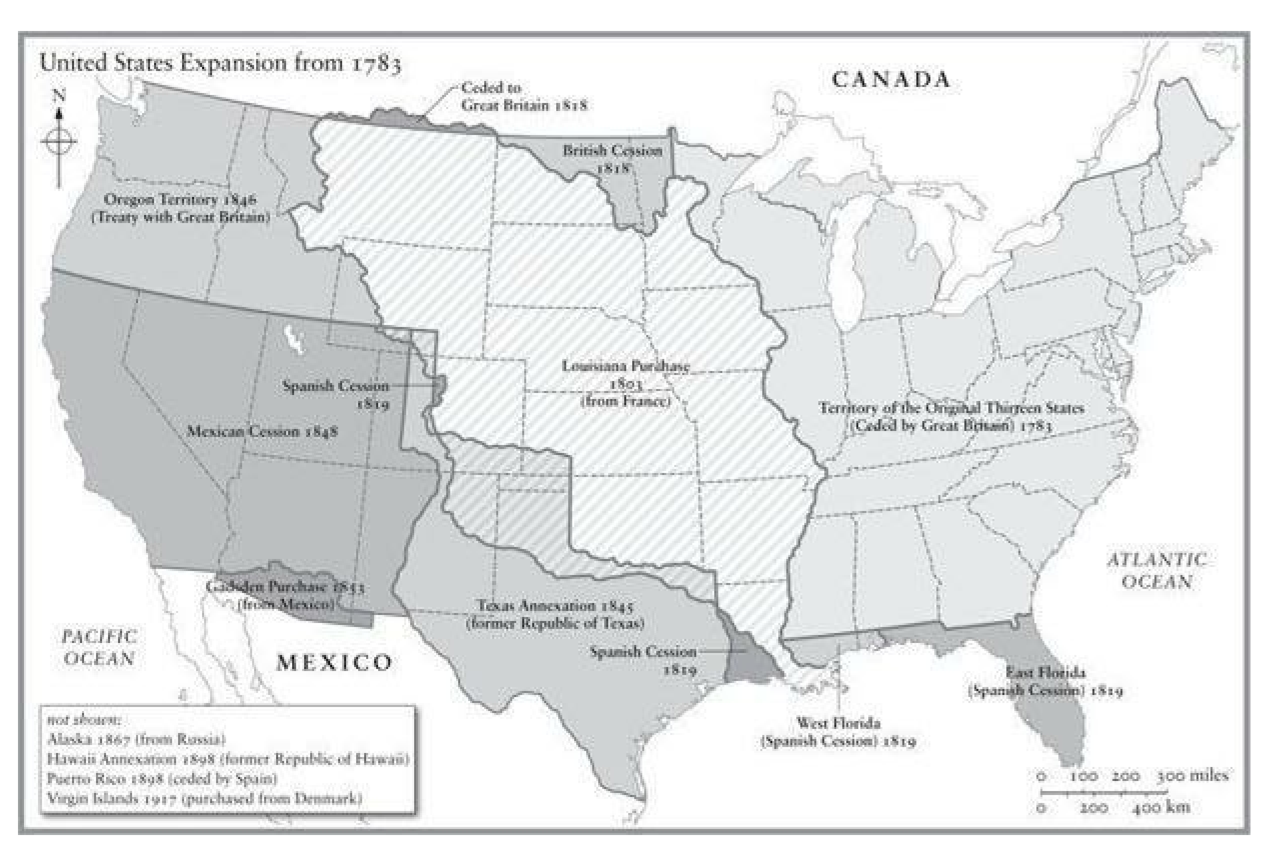
> No puedo contemplar esa Proclamación bajo ninguna otra luz (pero esto que quede entre nosotros) más que como un recurso temporal para aplacar las mentes de los indios [le escribía a su futuro socio William Crawford en 1767]. Obviamente, se habrá de anular en unos años, especialmente dado que dichos indios consienten en nuestra ocupación de las tierras. Cualquier persona… que deje pasar la actual oportunidad de cazar en buenas tierras, y en cierta medida de marcarlas y diferenciarlas para sí, a fin de impedir a otros que las colonicen, nunca la recuperará. Si tú te encuentras con el problema de buscar las tierras, yo asumiré la parte de conseguirlas en cuanto haya la posibilidad de hacerlo, y, además, será con el coste y los gastos de inspeccionarlas y registrarlas… A estas alturas posiblemente te resultará fácil descubrir que mi plan es conseguir un montón de tierra. Por consiguiente, te tocará una bonita cantidad… [Pero] mantén todo este asunto en secreto, o confíaselo solo a aquellos… que puedan ayudarte a ponerlo en práctica con sus descubrimientos de tierras.[47]

En 1768, Washington adquirió 18.200 hectáreas en el territorio de los actuales condados de Mason, Putnam y Kanawha, en lo que hoy es Virginia Occidental; también fue un beneficiario directo de la posterior expulsión forzosa de las tribus lenape, shawnee y mingo de las tierras situadas al sur del río Ohio. Pero a sus ojos la Ley de Quebec promulgada por el Parlamento británico en 1774 no hizo sino empeorar las cosas, ya que no solo ampliaba lo que había sido el Canadá francés a las actuales Illinois, Indiana, Michigan, Ohio, Wisconsin y algunas partes de Minnesota, sino que también garantizaba la libertad de culto a los católicos francófonos. Apenas sorprende que los rebeldes de Nueva Inglaterra la calificaran, junto con las cuatro pedidas punitivas aprobadas a raíz del Motín del Té, como una de las denominadas «leyes intolerables».

La guerra podría haberse evitado mediante oportunas concesiones por parte de Londres con respecto a las principales cuestiones de los impuestos y la representación. Y asimismo la guerra podría haber tenido el resultado contrario si los generales británicos Howe y Burgoyne hubieran hecho mejor su trabajo. Quizá una diplomacia más hábil podría haber evitado el fatídico aislamiento de Gran Bretaña que culminó con la victoria francesa —pues eso es lo que fue— en Yorktown, en 1781. Incluso es posible imaginar la posibilidad de que posteriormente las trece colonias se hubieran desintegrado en lugar de agruparse. Los problemas económicos de los períodos bélico y de posguerra fueron graves: una inflación que se acercó al 400 por ciento anual en su punto máximo en 1779; luego una depresión que redujo a la mitad la renta per cápita entre 1774 y 1790; una montaña de deuda equivalente al 62 por ciento del producto nacional bruto en 1790; la imposición de aranceles entre unos estados y otros, y, lo peor de todo, granjeros de Massachusetts como Daniel Shays empujados a la rebelión cuando su propiedad fue confiscada para pagar impuestos atrasados y

deudas privadas. De no haber progresado la revolución más allá de los Artículos de la Confederación, quizá el destino de Norteamérica habría sido más parecido al de Sudamérica: una historia de fragmentación antes que de unificación. Hizo falta la Constitución de 1787, el ejemplo más impresionante de creación institucional política de toda la historia, para establecer una estructura federal viable para la nueva república, creando no solo un cuarteto lockeano de poderes —ejecutivo, legislativo bicameral y tribunal supremo—, sino también un mercado único, una política comercial única, una moneda única, un ejército único y (de manera significativa) una única ley de quiebras para las personas cuyas deudas excedieran a sus propiedades, sin olvidar una enmienda, la Cuarta, que protegía al individuo contra «registros y requisas arbitrarios».

En el fondo, todo tenía que ver con la propiedad. Y en ese aspecto Washington fue uno de aquellos hombres pragmáticos que prosperaron gracias a la guerra de Independencia norteamericana. Su testamento, ejecutado en 1800, enumera un total de 21.122 hectáreas de tierra en Virginia, Pensilvania, Maryland, Nueva York, Kentucky y el valle del Ohio, además de parcelas en las ciudades virginianas de Alexandria, Winchester, Bath (hoy Berkeley Springs, en Virginia Occidental) y la recién fundada ciudad que llevaría su nombre. Nada podría ilustrar mejor la fuerza del nexo entre la tierra y la libertad en aquella fase inicial de la historia de Estados Unidos. En Sudamérica los indios trabajaron la tierra; en Norteamérica la perdieron.



Expansión de Estados Unidos a partir de 1783

El Washington sudamericano debería haber sido Simón Bolívar. También él derrotó a un imperio: el español. Pero no logró crear unos Estados Unidos de Sudamérica. La Revolución norteamericana no solo supuso la unidad de las antiguas colonias británicas (aunque, obviamente, las colonias canadienses y caribeñas permanecieran fieles al imperio, como hicieron también muchos

norteamericanos leales al gobierno británico que decidieron abandonar la nueva república);[48] la independencia también puso a Estados Unidos en vías de una prosperidad y un poder hasta ahora no superados. En cambio, la independencia con respecto a España dejó a Sudamérica con una perdurable herencia de conflicto, pobreza y desigualdad. ¿Por qué el capitalismo y la democracia no lograron prosperar en Latinoamérica? ¿Por qué, cuando en cierta ocasión le pregunté a un colega de Harvard si creía que Latinoamérica pertenecía a Occidente, vaciló en su respuesta? ¿Por qué, en resumen, Bolívar no fue el Washington hispano?

Nacido en julio de 1783, hijo de un rico plantador de cacao venezolano, huérfano antes de cumplir los diez años y soldado a los catorce, Bolívar estudió tanto en España como en Francia, pasando una temporada en París en 1804 después de que todos los extranjeros —incluidos a los criollos latinoamericanos— hubieran sido expulsados de Madrid en respuesta a la escasez de alimentos. Volvió a Venezuela en 1807, tan inspirado por la fase napoleónica de la Revolución francesa (véase el capítulo 4) como descontento con el gobierno español. Bolívar soñaba ya con cambios análogos en su tierra natal. Pero cuando la revolución llegó a Sudamérica, esta fue menos un plan premeditado que una respuesta caótica al repentino vacío de poder que siguió a la invasión napoleónica en España en 1808. Dos años después de esta, Bolívar fue enviado a Londres a recabar el apoyo británico en el caso de un ataque francés a las colonias españolas de América. No lo consiguió, pero sí se reunió y trabó amistad con Francisco de Miranda, el veterano paladín de la independencia venezolana. A su regreso a casa, en julio de 1811, ambos proclamaron la Primera República de Venezuela.

La república terminó en fracaso. La Constitución de 1811 limitaba explícitamente el derecho de voto a los propietarios, pero, como veremos, eso excluía a una proporción de la población mucho mayor que la equivalente en Norteamérica. El resultado fue que quienes carecían de propiedades, incluyendo a un gran número de descendientes de esclavos (los denominados *pardos*), apoyaron la causa monárquica.[49] Cuando los monárquicos hubieron conseguido Puerto Cabello, Bolívar se sintió decepcionado por Miranda y le vendió a los españoles. Tras huir a Nueva Granada, Bolívar trató de obtener el apoyo de los criollos en una segunda tentativa de independencia.

Tras proclamar una Segunda República con él mismo en el papel de dictador, Bolívar emprendió la que pasaría a conocerse como la «campaña admirable», que expulsó a los monárquicos de Mérida, Bogotá, Caracas y Trujillo, y le valió el epíteto de Libertador. Su Decreto de Guerra a Muerte de 1813 ilustra la creciente brutalidad del conflicto: «Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo y castigado como traidor a la patria, y por consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas».[50] Se ejecutaba rutinariamente a los prisioneros; en cierta ocasión, ochocientos de golpe. Bolívar solo marcó los límites cuando uno de sus hombres, apodado el Diablo, le envió la cabeza de un español anciano. Sin embargo, pese a este uso del terror, la gente de color siguió pasándose al bando de los monárquicos. Un devastador terremoto que asoló Caracas en marzo de 1812, causando la muerte de unas 10.000 personas, pareció venir a respaldar la condena del movimiento de independencia por parte de la Iglesia.[*] De forma característica, Bolívar se mostró desafiante, declarando: «Si la naturaleza se opone a nosotros, lucharemos contra ella y la obligaremos a obedecernos».[51] Sin embargo, su mayor problema no era la naturaleza, sino José Tomás Boves, un renegado español cuyo

variopinto ejército de llaneros —indios, esclavos y desertores fugitivos, más interesados en el pillaje que en la libertad— se reveló imposible de someter.[52] Una serie de reveses militares a manos de este forzó a Bolívar a escapar de nuevo, esta vez a Jamaica. Una breve estancia en Haití no hizo sino reforzar su convicción de que la liberación de los esclavos de Venezuela debía pasar a formar parte de su estrategia. Solo haciendo que la causa de la independencia resultara atractiva a los negros además de los criollos blancos podía tener esperanzas de éxito.[53] De modo que pasó a dirigir sus llamamientos a todos los sudamericanos, incluyendo a la «gente de color».[54]

Y funcionó, al menos durante un tiempo. Atraídos por la oferta de representación política, muchos *pardos* se alistaron en el ejército de Bolívar. El símbolo de sus aspiraciones pasó a ser Manuel Carlos Piar, hijo de un comerciante español y de una mulata medio holandesa, medio africana, de Curazao. Que alguien de casta (de raza mestiza) como Piar lograra alcanzar el rango de general en jefe parecía demostrar que Bolívar era sincero en su pretensión de ser el libertador de todos los sudamericanos con independencia de su color. Paralelamente, el apoyo español a la reafirmación de la autoridad regia disminuía. En 1820 hubo un enorme motín en Cádiz entre los 14.000 hombres que estaban a punto de ser enviados a través del Atlántico para «recolonizar América».[55] Fue un duro golpe para Pablo Morillo, el comandante monárquico, cuya ingrata tarea consistía en apuntalar el tambaleante imperio de España.

La balanza se decantaba en favor de Bolívar. Pero todavía quedaban muchas batallas que librar. Para reforzar aún más las fuerzas de las que disponía, Bolívar acudió al extranjero en busca de ayuda.[56] Contra todo pronóstico, la encontró en Gran Bretaña.

Brown, MacGregor y hasta Ferguson —por no hablar de O'Connor, O'Leary y Robertson— son apellidos que resulta bastante incongruente encontrar grabados de forma prominente en el grandioso monumento a los padres fundadores de Venezuela situado en el corazón de Caracas. Pero esos fueron solo algunos de los soldados británicos e irlandeses que lucharon, y en muchos casos murieron, por la causa de la libertad en Latinoamérica entre 1810 y 1825.

En total, alrededor de 7.000 voluntarios británicos e irlandeses se alistaron para ayudar a liberar Sudamérica de la dominación española. Unos eran veteranos de las guerras napoleónicas que no sintieron apetito alguno por la paz que siguió a Waterloo. Pero la mayoría (dos terceras partes del total) era militares novatos. Sin duda, unos cuantos se sintieron inspirados por la elevada causa que ahora encarnaba Bolívar: una Sudamérica libre y unida. La liberación era algo que flotaba en el aire desde 1815, y otros idealistas —Byron entre los más conocidos— fueron a ayudar a los griegos a recuperar su independencia de los otomanos. Pero la mayoría de los que zarparon rumbo a Venezuela, como los anteriores emigrantes ingleses a Norteamérica, se sintieron atraídos sobre todo por la promesa de obtener tierras, los «haberes militares» prometidos como recompensa por sus servicios al ejército. Entre ellos había un joven capitán de Manchester llamado Thomas Ferrier, que pronto se encontró al mando de la Legión Británica de Bolívar.

Lo primero que vio Ferrier de la nueva América bolivariana fue una ciudad llamada Angostura (la cuna del bíter),[56] situada en las inhóspitas orillas del Orinoco, donde Bolívar había establecido su base. Durante cuatro años él y sus hombres libraron una serie de batallas desde la costa atlántica

hasta el Pacífico. En agosto de 1819, tras la batalla de Boyacá, ayudaron a tomar Tunja y Bogotá, donde Bolívar proclamó la República de Colombia.[57] Luego se dirigieron al norte, a Venezuela. Finalmente, el 24 de junio de 1821, llegaron a Carabobo, al sur de Puerto Cabello. Esta había de ser la batalla decisiva en la campaña venezolana de Bolívar. Unos 6.500 republicanos se enfrentaban a 5.000 monárquicos leales a España. Si las tropas de Bolívar se alzaban con la victoria, se habría abierto el camino hacia el este, a Caracas.

Bolívar ordenó a 600 hombres bajo el mando de Ferrier que sorprendieran por la retaguardia a los españoles, que estaban atrincherados en una colina desde la que se dominaba el campo de batalla. Lograron acercarse bastante sin ser detectados a lo largo de unas hondonadas que quedaban ocultas. Pero en cuanto los divisaron, los españoles abrieron fuego con al menos dos cañones y 3.000 mosquetes. Bajo un calor sofocante, Ferrier esperó en vano a que Bolívar le enviara refuerzos. Finalmente se dio la orden de avanzar. La carga de bayoneta que siguió fue una de las mayores hazañas militares jamás vistas en los campos de batalla de Sudamérica. Un relato la describe como «una tarea que requirió no solo un coraje heroico, sino una resistencia hercúlea y una tenaz determinación para resistir mientras quedara una chispa de vida y de fuerza». Cuando se tomó la posición enemiga, Ferrier yacía mortalmente herido. Un Bolívar extático llamaba a los soldados británicos «¡salvadores de mi patria!».

Bolívar era ahora el amo de lo que él denominaba «la Gran Colombia», que abarcaba Nueva Granada, Venezuela y Quito (actual Ecuador). José de San Martín, el libertador de Argentina y Chile, le había cedido el liderazgo político. En abril de 1825, sus hombres habían expulsado a las últimas fuerzas españolas de Perú, y el Alto Perú fue rebautizado como «Bolivia» en su honor. El siguiente paso era crear una Confederación Andina integrada por la Gran Colombia, Perú y Bolivia.

¿Por qué la Gran Colombia de Bolívar no logró establecerse como núcleo de unos Estados Unidos de Latinoamérica? La respuesta superficial reside en su determinación de centralizar el poder y la resistencia de los caudillos regionales que habían pasado a llenar el vacío dejado por el colapso español.[58] Pero esto equivale a pasar por alto tres dificultades más profundas.[59]

La primera es que los sudamericanos no tenían prácticamente experiencia en tomar decisiones por la vía democrática tal como había sido normal en las asambleas coloniales norteamericanas ya desde el primer momento. De hecho, dado que el poder había estado tan concentrado en las manos de los españoles peninsulares, los criollos apenas tenían experiencia en ninguna clase de responsabilidad administrativa. Como dijo el propio Bolívar en 1815:

> No somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles… Estábamos… digámoslo así, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado. Jamás éramos virreyes ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos pocas veces; diplomáticos nunca; militares, solo en calidad de subalternos; nobles, sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados, ni financistas y casi ni aun comerciantes.[60]

Bolívar se sentía consternado por las luchas internas que presenciaba en las asambleas criollas de Nueva Granada.[61] En su Manifiesto de Cartagena de 1812 mostraba su desprecio por el «fatal… sistema tolerante; sistema improbado como débil e ineficaz, desde entonces, por todo el mundo sensato» y por la «clemencia criminal» de «ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje

humano». También denunciaba el experimento del gobierno de la Primera República de Venezuela con el federalismo, que «autorizándolo para que se rija por sí mismo rompe los pactos sociales, y constituye a las naciones en anarquía».[62] Durante su segundo período de exilio en Jamaica se había convencido de que «las instituciones perfectamente representativas no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales».[63] Dos años antes de la batalla de Carabobo, se había dirigido al recién formado Congreso de Angostura en términos similares:

> A pesar de que aquel pueblo es un modelo singular de virtudes políticas y de ilustración moral; no obstante que la libertad ha sido su cuna, se ha criado en la libertad y se alimenta de pura libertad… es un prodigio… que un sistema tan débil y complicado como el federal haya podido regirlo en circunstancias tan difíciles y delicadas como las pasadas.

En su opinión, la constitución de Estados Unidos requeriría «una República de Santos» para funcionar.[64] No es posible que tal sistema triunfara en Sudamérica:

> Sea lo que fuere de este Gobierno con respecto a la Nación Americana, debo decir que ni remotamente ha entrado en mi idea asimilar la situación y naturaleza de los estados tan distintos como el Inglés Americano y el Americano Español.

Así, el sueño de Bolívar resultó ser no la democracia, sino la dictadura; no el federalismo, sino la centralización de la autoridad, «porque —como había dicho en el Manifiesto de Cartagena— nuestros conciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos; porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano».[65] Conforme a la Constitución que él ideó —y que, entre otras particularidades, preveía una asamblea tricameral—, Bolívar había de ser el dictador vitalicio, con derecho a designar a su sucesor. «Estoy convencido hasta el tuétano —declaraba— de que América solo puede ser gobernada por un hábil déspota… [no podemos] permitirnos poner a las leyes por encima de los líderes y a los principios por encima de los hombres.»[66] Su Decreto Orgánico de la Dictadura de 1828 dejaba claro que en la Sudamérica bolivariana no habría democracia de propietarios ni imperio de la ley.

El segundo problema tenía que ver con el hecho mismo de la distribución desigual de la propiedad. Al fin y al cabo, la propia familia de Bolívar tenía cinco grandes fincas, que abarcaban más de 48.500 hectáreas. En la Venezuela inmediatamente posterior a la independencia, casi toda la tierra era propiedad de una élite criolla de solo 10.000 personas, el 1,1 por ciento de la población. El contraste con Estados Unidos resulta especialmente llamativo en ese sentido. Después de la Revolución norteamericana se hizo aún más fácil para los nuevos colonos adquirir tierras, ya fuera como resultado de créditos del gobierno (al amparo de varias leyes desde 1787 hasta 1804) o de medidas como la Ley General de Derecho Preferente, de 1841 que concedía el título legal de propiedad a quienes de hecho ocupaban las tierras, y la Ley de Garantía de la Propiedad, de 1861, que básicamente establecía la gratuidad de los minifundios en las zonas fronterizas. Nada parecido se hizo en Latinoamérica debido a la oposición de los grupos interesados en conservar grandes propiedades en el campo y la mano de obra barata en las abarrotadas ciudades costeras. En México, por ejemplo, entre 1878 y 1908 más de una décima parte de todo el territorio nacional se transfirió en grandes parcelas a empresas de promoción urbanística. En 1910 —en vísperas de la Revolución mexicana—, solo el 2,4 por ciento de los cabezas de familia de las zonas rurales poseían apenas una mínima cantidad de tierras. En Argentina las tasas de propiedad eran más altas —iban del 10 por

ciento en la provincia de La Pampa al 35 por ciento en Chubut—, pero no se acercaban ni de lejos a las de Norteamérica. En 1900, la tasa de propiedad rural en Estados Unidos era algo inferior al 75 por ciento.[67]

Habría que subrayar que este no era un fenómeno exclusivamente estadounidense. La tasa de propiedad rural era aún mayor en Canadá —el 87 por ciento—, pero también se alcanzaban cifras similares en Australia, en Nueva Zelanda e incluso en algunas partes del África inglesa, confirmando la idea de que la propiedad de tierras ampliamente repartida (y blanca) era una característica específicamente británica antes que norteamericana. Aún hoy, esta sigue siendo una de las mayores diferencias entre Norteamérica y Sudamérica. Todavía en 1958, en Perú, el 2 por ciento de los terratenientes controlaban el 69 por ciento de toda la tierra cultivable; y un 83 por ciento poseían solo el 6 por ciento, consistente en parcelas de cinco hectáreas o menos. De modo que los voluntarios ingleses que fueron a luchar por Bolívar con la esperanza de obtener una parte de los «haberes militares» terminaron decepcionados. De los 7.000 que partieron rumbo a Venezuela, solo 500 acabaron quedándose allí; 3.000 murieron en la guerra o a causa de la enfermedad, y el resto regresaron a Gran Bretaña.[68]

La tercera dificultad —estrechamente relacionada con las dos anteriores— era que el grado de heterogeneidad y división racial era mucho más elevado en Sudamérica. Los criollos como Bolívar odiaban a los peninsulares con extraordinaria amargura, mucho peor que la enemistad entre «patriotas» y «casacas rojas» incluso en Massachusetts. Pero los sentimientos de los pardos y esclavos hacia los criollos no eran más amistosos. La apuesta de Bolívar para recabar el apoyo negro no se basaba en una auténtica creencia en la igualdad racial; era un tema de conveniencia política. Cuando sospechó que Piar planeaba agrupar a las castas contra los blancos, lo hizo arrestar y juzgar por deserción, insubordinación y conspiración contra el gobierno. El 15 de octubre de 1817, Piar fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento en los muros de la catedral de Angostura, y los disparos se escucharon en la cercana oficina del Libertador.[69] Bolívar no se mostró ni remotamente interesado en hacer extensivos los derechos políticos a la población indígena. La exigencia constitucional de que todos los votantes tenían que saber leer y escribir los excluía en la práctica de la nación política.

Para entender por qué las divisiones raciales fueran más complejas en Sudamérica que en Norteamérica, es vital apreciar las profundas diferencias que surgieron en el tiempo de Bolívar. En 1650, los indios americanos representaban alrededor del 80 por ciento de la población tanto en Norteamérica como en Sudamérica, incluido también Brasil. En 1825, en cambio, las proporciones eran radicalmente diferentes. En la América española los pueblos indígenas todavía representaban el 59 por ciento de la población. En Brasil, sin embargo, la cifra estaba por debajo del 21 por ciento, mientras que en Norteamérica no llegaba al 4 por ciento. En Estados Unidos y Canadá se había iniciado ya la inmigración masiva desde Europa, mientras que la expropiación de los pueblos indios y su traslado a «reservas» de tierras marginales se logró con relativa facilidad por la fuerza militar. En la América española los indios no solo eran más numerosos, sino que asimismo configuraban, en ausencia de una inmigración de envergadura comparable, la mano de obra indispensable para el sistema de las encomiendas. Además, como veremos, la institución de la esclavitud africana tendría imimpactos demográficos bastante distintos en las diferentes regiones de colonización europea.[70]



Desintegración de la Gran Colombia

Al final, pues, la visión bolivariana de la unidad sudamericana se reveló imposible de realizar. Tras las revueltas de Nueva Granada, Venezuela y Quito, la propuesta Confederación Andina fue rechazada, y la propia Gran Colombia se desintegró al escindirse Venezuela y Quito. El vencedor fue un antiguo compañero de Bolívar, el caudillo José Antonio Páez, que se había destacado como defensor de la idea más limitada de un Estado-nación venezolano.[71] Un mes antes de su muerte por tuberculosis en diciembre de 1830, y tras haber renunciado a sus cargos de presidente y capitán general, Bolívar escribía una última y desesperada carta:

> He mandado 20 años y de ellos no he sacado más que pocos resultados ciertos. 1.º La América es ingobernable para nosotros. 2.º El que sirve a una revolución ara en el mar. 3.º La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. 4.º Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas. 5.º Devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos. 6.º Si fuera posible que una parte del mundo volviera al caos primitivo, este sería el último período de la América.[72]

Era este un pronóstico dolorosamente exacto del siguiente siglo y medio de la historia latinoamericana. Los estados recién independizados iniciaron su vida sin una tradición de gobierno representativo, con una distribución profundamente desigual de la tierra, y con divisiones raciales que se acercaban sobremanera a dicha desigualdad económica. El resultado fue un ciclo de revoluciones y contrarrevoluciones, golpes y contragolpes, en la medida en que quienes carecían de propiedades luchaban por conseguir solo unas hectáreas, mientras las élites criollas se aferraban a sus haciendas. Una y otra vez los experimentos democráticos fracasaron debido a que, al menor indicio de que podían ser expropiadas, las élites ricas acudían al caudillo uniformado de turno para que restaurara el *statu quo* por medio de la violencia. Esta no era precisamente la mejor receta para un rápido crecimiento económico.

No es casual que el actual presidente de Venezuela, el «comandante» Hugo Chávez, se defina a sí mismo como el Bolívar moderno; y de hecho venera tanto al Libertador que en 2010 abrió la tumba de Bolívar para comunicarse con su espíritu (bajo los focos de la televisión). A Chávez, un antiguo soldado con una gran afición al teatro político, le gusta hablar largo y tendido sobre su «Revolución bolivariana». Hoy, por toda Caracas, puede verse el alargado rostro de Bolívar, con sus elegantes patillas, en carteles y murales, a menudo junto a los rasgos más toscos y rechonchos de Chávez. La realidad del régimen de Chávez, sin embargo, es la de una falsa democracia, en la que la policía y los medios de comunicación se utilizan como armas contra los opositores políticos y los ingresos derivados de los abundantes yacimientos petrolíferos del país se emplean para comprar el apoyo del pueblo en forma de subvenciones a los precios de las importaciones, donativos y sobornos. El derecho de propiedad privada, tan fundamental en el orden jurídico y político de Estados Unidos, se viola de manera rutinaria. Chávez nacionaliza las empresas más o menos a voluntad, desde las fabricas de cemento hasta las emisoras de televisión, pasando por los bancos. Y, como tantos otros dictadores de pacotilla de la historia latinoamericana, se mofa del imperio de la ley cambiando la Constitución a su conveniencia, primero en 1999, poco después de su primera victoria electoral, y más recientemente en 2009, cuando suprimió el límite del número de mandatos para asegurar su propia reelección indefinida.

Nada ejemplifica mejor el contraste entre las dos revoluciones americanas que esto: la Constitución única de Estados Unidos, enmendable pero inviolable, y las 26 constituciones de Venezuela, todas ellas más o menos desechables. Solo la República Dominicana ha tenido más constituciones desde su independencia (32); Haití y Ecuador figuran en tercera y cuarta posición, respectivamente, con 24 y 20.[73] A diferencia de Estados Unidos, donde la Constitución se diseñó para sustentar «un gobierno de leyes, no de hombres», en Latinoamérica las constituciones se utilizan como instrumentos para subvertir el propio imperio de la ley.

Pero antes de que celebremos el éxito a largo plazo del modelo británico de colonización en Norteamérica, hemos de reconocer que hubo un aspecto concreto en el que este no resultó en absoluto superior al de Latinoamérica. Sobre todo después de la Revolución norteamericana, la división racial entre blancos y negros se enquistó. La Constitución de Estados Unidos, pese a sus muchas virtudes, institucionalizaba dicha división aceptando la legitimidad de la esclavitud; ese fue el pecado original de la nueva república. En las escalinatas de la antigua Casa de Cambio y Comercio de Charleston, el lugar donde se leyó la Declaración de Independencia, se siguieron vendiendo esclavos hasta 1808, gracias al artículo 1, sección 9, de la Constitución, que permitiría que el comercio de esclavos se mantuviera durante otros veinte años más. Y la representación de Carolina del Sur en el Congreso se determinó según la regla de que los esclavos —«otras personas» en el lenguaje de la Constitución— debían contarse como tres quintos de un hombre libre.

¿Cómo resolver, pues, esta paradoja en el propio corazón de la civilización occidental: que la revolución de mayor éxito jamás realizada en nombre de la libertad fuera una revolución llevada a cabo en considerable medida por los propietarios de esclavos, en una época en que el movimiento en favor de la abolición de la esclavitud estaba ya plenamente en marcha a ambos lados de Atlántico?

EL DESTINO DE LOS GULLAHS

He aquí otra historia, acerca de dos barcos que llevaron a una clase muy distinta de emigrantes a América. Ambos partieron de la pequeña isla de Gorée, frente a las costas de Senegal. Uno puso rumbo a Bahía, en el norte de Brasil; el otro, a Charleston, en Carolina del Sur. Ambos llevaban esclavos africanos, solo una diminuta fracción de los ocho millones que cruzaron el Atlántico entre 1450 y 1820. Casi las dos terceras partes de los emigrantes a América entre 1500 y 1760 fueron esclavos, una cifra que fue en aumento, pasando de una quinta parte antes de 1580 hasta alcanzar su punto máximo en algo menos de las tres cuartas partes entre 1700 y 1760.[74]

A primera vista, la esclavitud fue una de las pocas instituciones que Norteamérica y Sudamérica tuvieron en común. Tanto la plantación de tabaco del sur estadounidense como el *engenho* («ingenio») brasileño pasaron a depender igualmente de los esclavos africanos importados una vez que se hizo evidente que estos resultaban más baratos y se les podía hacer trabajar más que a los europeos con vínculo laboral obligatorio en el norte y a los amerindios en el sur. Desde el rey de Dahomey hacia abajo, los vendedores africanos de esclavos no hicieron distinciones: les daba igual servir a los esclavistas británicos o portugueses, o, para el caso, a sus tradicionales clientes árabes. Al fin y al cabo, el origen del tráfico de esclavos transahariano se remonta al siglo II de nuestra era, y los portugueses se encontraron con mercados de esclavos en pleno funcionamiento a su llegada a Benín en 1500.[75] Desde el punto de vista de un cautivo africano retenido en la casa de esclavos de Gorée, no parecía haber mucha diferencia si le embarcaban en un navío con rumbo a América del Norte o del Sur. La probabilidad de que muriera en el viaje (aproximadamente una entre seis, ya que sabemos que el 16 por ciento no sobrevivían al calvario de la travesía) era más o menos la misma.

Sin embargo, sí había diferencias importantes entre las distintas formas de esclavitud que se desarrollaron en el Nuevo Mundo. La esclavitud había sido parte integrante de la economía mediterránea desde tiempos antiguos y había revivido en la época de las Cruzadas, mientras que en Inglaterra básicamente había desaparecido. El estatus de villanaje había dejado de figurar en el derecho consuetudinario inglés en el mismo momento en que los portugueses abrían una nueva ruta marítima desde los mercados de esclavos del África Oriental hasta el Mediterráneo y establecían las primeras plantaciones de azúcar atlánticas, primero en Madeira (1455) y luego en Santo Tomé, en el golfo de Guinea (1500).[76] Los primeros esclavos africanos llegaron a Brasil ya en 1538; en los futuros Estados Unidos no los hubo hasta 1619, cuando llegaron a Jamestown 350 de ellos que habían sido capturados como botín de un barco español que se dirigía a Veracruz.[77] En Norteamérica no hubo plantaciones de azúcar; y estas —los ingenios de Bahía y Pernambuco— fueron, sin duda alguna los lugares donde las condiciones de trabajo para los esclavos resultaron más duras debido al peculiar uso intensivo de la mano de obra propio del cultivo de azúcar preindustrial.[*] Las minas de oro del sur de Brasil (como las de Minas Gerais) no serían mucho mejores, ni tampoco las plantaciones de café de comienzos del siglo XIX. Se enviaron muchos más africanos a Brasil que al sur de Estados Unidos. De hecho, Brasil no tardó en superar al Caribe como el principal centro azucarero mundial, con una producción de casi 16.000 toneladas anuales ya en 1600 (solo más tarde la producción de Santo Domingo y Cuba alcanzaría niveles comparables).[78] Aunque con el tiempo

la economía se diversificó, pasando de la producción de azúcar a la minería, el cultivo de café y la fabricación de productos básicos, se siguieron importando preferentemente esclavos antes que emigrantes libres, y la esclavitud siguió siendo la forma de relación laboral normal en casi todos los sectores económicos.[79] Tan importante fue la esclavitud para Brasil que en 1825 las personas de origen o ascendencia africana representaban el 56 por ciento de la población, frente al 22 por ciento en la América española y el 17 por ciento en Norteamérica. Mucho después de la abolición del comercio de esclavos y de la propia esclavitud en el mundo de habla inglesa, los brasileños mantenían ambas cosas, importando más de un millón de nuevos esclavos entre 1808 y 1888, y ello pese a un tratado anglo-brasileño de 1826 que se suponía que ponía fin a dicho comercio. En la década de 1850, cuando las intervenciones navales británicas empezaron a perturbar seriamente el tráfico transatlántico, la población brasileña de esclavos era el doble de la de 1793.

La suerte de los esclavos en la Latinoamérica prerrevolucionaria no fue del todo miserable. La autoridad real y religiosa podía intervenir, y de hecho intervino, para mitigar la situación de los esclavos, tal como podía limitar otros derechos de propiedad privada. La presunción católica era que la esclavitud era, en el mejor de los casos, un mal necesario, puesto que no se podía alterar el hecho de que los africanos tenían almas. Los esclavos de las haciendas latinoamericanas podían obtener la manumisión más fácilmente que los de las plantaciones de tabaco de Virginia. En Bahía, los propios esclavos compraron la mitad de todas las manumisiones.[80] En 1872, las tres cuartas partes de los negros y mulatos de Brasil eran libres.[81] En Cuba y México, un esclavo incluso podía pedir que se fijara su precio y comprar su propia libertad a plazos.[82] También se decía que los esclavos brasileños disfrutaban de más días libres (35 fiestas onomásticas además de todos los domingos) que sus colegas de las Antillas Británicas.[83] Empezando por Brasil, llegó a ser norma en Latinoamérica que los esclavos tuvieran sus propias parcelas de tierra.

Obviamente, tampoco se puede describir un panorama excesivamente de color de rosa. Cuando las exportaciones estaban en auge, algunas plantaciones de azúcar brasileñas funcionaban durante veinte horas por día, siete días por semana, y a los esclavos se les hacía literalmente matarse a trabajar. El dueño de una plantación brasileña declaraba que, «cuando compraba un esclavo, lo hacía con la intención de utilizarlo durante un año, después de lo cual pocos podían sobrevivir, pero que obtenía el suficiente trabajo de él no solo para recuperar la inversión inicial, sino incluso para mostrar un buen beneficio».[84] Como en el Caribe, los plantadores vivían con el temor constante a las revueltas de esclavos, y fiaban el mantenimiento de la disciplina en una brutalidad ejemplar. Un castigo común en algunas plantaciones brasileñas eran las *novenas*, una flagelación que se prolongaba nueve noches consecutivas, durante las cuales se frotaban las heridas de la víctima con sal y orina.[85] En el siglo XVIII, Minas Gerais era conocido por las cabezas cortadas de esclavos fugitivos expuestas en las cunetas. Apenas sorprende, pues, que todavía en la década de 1850 la esperanza de vida media de un esclavo brasileño fuera de solo veintitrés años; bastaba con que un esclavo le durara solo cinco años a su dueño para que este recuperara el doble de su inversión inicial.[86] Por otra parte, los esclavos brasileños al menos disfrutaban del derecho a casarse, algo que les negaba la ley británica (y la holandesa). Y la tendencia de los códigos esclavistas tanto portugueses como españoles fue la de ir haciéndose menos draconianos con el tiempo.

En Norteamérica, los dueños de esclavos se sentían autorizados a tratar todos sus «bienes» como

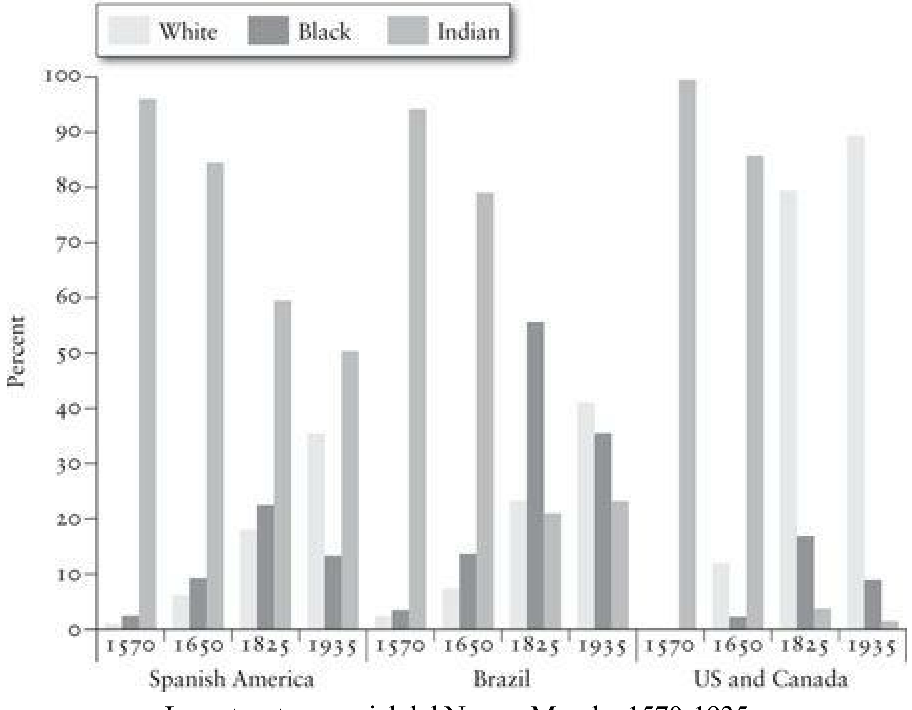
les conviniera, independientemente de si estos eran seres humanos o parcelas de tierra. Al aumentar la población de esclavos —que en 1760 alcanzó un máximo de casi una tercera parte de la población angloamericana—, las autoridades trazaron una distinción aún más marcada entre los trabajadores blancos con vínculo laboral obligatorio, cuyo período de servidumbre se establecía habitualmente en cinco o seis años, y los esclavos negros, a los que se obligaba a servir durante toda su vida. La legislación promulgada en Maryland en 1663 era clara e inequívoca: «todos los Negros u otros esclavos de la provincia… servirán *durante vitae*; y todos los niños nacidos de cualquier Negro u otro esclavo serán esclavos como lo fueron sus padres».[87] Asimismo, la esclavitud norteamericana se fue haciendo más estricta con el tiempo. Una ley de Virginia de 1669 declaraba que no era delito que un amo matara a su esclavo. Una ley de Carolina del Sur de 1726 afirmaba explícitamente que los esclavos eran «bienes» (más tarde «bienes personales»). Los castigos corporales no solo estaban autorizados, sino codificados.[88] Llegó un momento en que los esclavos fugitivos de Carolina empezaron a cruzar la frontera a la Florida española, cuyo gobernador les permitía establecer un asentamiento autónomo a condición de que se convirtieran al catolicismo.[89] Fue esta una evolución notable, dado que —como hemos visto— tal grado de esclavitud reificadora había desaparecido ya siglos antes en Inglaterra, lo que ilustra cómo las instituciones europeas fueron perfectamente capaces de transformarse en suelo americano. Un magistrado de Virginia supo captar muy bien la tensión que yacía en el corazón de la «peculiar institución» al declarar: «Los esclavos no son solo propiedades, sino seres racionales, y tienen derecho a la humanidad de la Corte cuando esta pueda ejercerse *sin menoscabo de los derechos de propiedad*».[90] Los esclavistas se convirtieron en el objeto del ataque directo de los abolicionistas solo cuando sobrepasaron un umbral muy elevado, como hizo el capitán del *Zong*, un barco de Liverpool, cuando en 1782 arrojó a 133 esclavos por la borda, vivos y encadenados, debido a la escasez de agua a bordo. De manera harto significativa, inicialmente fue procesado por fraude a la aseguradora antes de que el escritor Olaudah Equiano alertara al abolicionista Granville Sharp sobre la verdadera naturaleza del crimen que había cometido.[91]

Una diferencia especialmente llamativa entre América del Norte y del Sur fue el tabú norteamericano contra el cruce interracial, lo que se conoce como mestizaje. Latinoamérica aceptó desde un primer momento la realidad de las uniones interraciales, clasificando sus diversos productos en jerarquías cada vez más elaboradas (mestizos: descendientes de hombres españoles y mujeres indias; mulatos: nacidos de la unión de criollos y negros; zambos: hijos de indios y negros). El propio Pizarro había tomado una esposa inca, Inés Huayllas Yupanqui, que le dio una hija, doña Francisca.[92] En 1811 todos aquellos mestizos —en el sentido general del término— constituían más de una tercera parte de la población de la América española, una proporción igual a la de la población indígena y superior a la de los criollos de origen español puro, que representaban menos de una quinta parte. En Brasil, en el siglo XVIII, los mulatos representaban solo el 6 por ciento de la mano de obra de las plantaciones, predominantemente africana, pero una quinta parte de los trabajadores artesanos y los puestos de dirección, más cualificados; eran la clase subalterna del Imperio portugués.

En Estados Unidos, por el contrario, se hicieron elaborados esfuerzos para prohibir tales uniones (o al menos negar su legitimidad). Ello fue en parte una consecuencia práctica de otra diferencia.

Cuando los británicos emigraron a América, a menudo se llevaron a sus mujeres consigo; en cambio, cuando los hombres españoles y portugueses cruzaron el Atlántico, generalmente viajaron solos. Así, por ejemplo, de los 15.000 nombres registrados en el Catálogo de Pasajeros a Indias —una lista de los pasajeros españoles que embarcaron hacia el Nuevo Mundo entre 1509 y 1559—, solo el 10 por ciento eran femeninos. Los resultados no eran difíciles de prever. Un grupo de científicos, dirigido por Andrés Ruiz-Linares, ha estudiado muestras de ADN mitocondrial de individuos de 13 poblaciones de mestizos latinoamericanos en siete países, que van de Chile a México. Los resultados muestran claramente que, en toda Latinoamérica, los hombres europeos tomaron a mujeres indígenas y africanas como compañeras, pero no al revés.[93] Los estudios de caso de lugares como Medellín, en Colombia —cuya población se considera a menudo «puramente» hispana—, respaldan este hallazgo. En una muestra se encontró que el linaje del cromosoma Y (heredado del padre) era alrededor de un 94 por ciento europeo, un 5 por ciento africano y solo un 1 por ciento amerindio, mientras que el linaje del ADN mitocondrial (heredado de la madre) era un 90 por ciento amerindio, un 8 por ciento africano y un 2 por ciento europeo.[94]

No es que en Norteamérica no hubiera mestizaje. Ciertamente lo hubo. Thomas Jefferson es solo el norteamericano más famoso de entre todos los que engendraron hijos con alguna de sus esclavas. Hacia el final de la era colonial había alrededor de 60.000 mulatos en la América británica. Hoy, entre una quinta y una cuarta parte del ADN de la mayoría de los afroamericanos que viven en Estados Unidos tiene un origen europeo. Pero el modelo que arraigó en el período colonial fue esencialmente binario. Un individuo que tuviera siquiera una «gota» de sangre afroamericana —en Virginia, que tuviera un solo abuelo negro— era clasificado directamente corno negro con independencia de lo clara que fuera su piel o de lo caucásica que resultara su fisonomía. En Virginia, ya en 1630 el matrimonio interracial se trataba como una ofensa punible, y en 1662 se prohibió legalmente. La colonia de Maryland había aprobado una ley similar un año antes, y otras cinco colonias norteamericanas promulgaron también leyes en tal sentido. En el siglo posterior a la fundación de Estados Unidos, nada menos que 38 estados prohibieron los matrimonios interraciales. Todavía en 1915 había 28 estados que mantenían tales estatutos, y 10 de ellos habían llegado al extremo de hacer constitucional la prohibición del mestizaje. Incluso hubo una tentativa, en diciembre de 1912, de enmendar la Constitución estadounidense para prohibir el mestizaje «para siempre».[95]



La estructura racial del Nuevo Mundo, 1570-1935

Así pues, el lugar donde fueron a parar los esclavos marcó una gran diferencia. Los destinados a Latinoamérica terminaron en una especie de crisol racial donde un esclavo tenía una posibilidad razonable de obtener su libertad si sobrevivía a los primeros años de duro trabajo y una esclava tenía una probabilidad no pequeña de engendrar a un niño de raza mestiza. Por su parte, los destinados a Estados Unidos se incorporaron a una sociedad donde la distinción entre blanco y negro se hallaba mucho más estrictamente definida y mantenida.

Como hemos visto, fue John Locke quien hizo de la propiedad privada el fundamento de la vida política en Carolina. Pero no era solo la propiedad de tierras la que tenía en mente. En el artículo 110 de sus «Constituciones Fundamentales», había afirmado claramente: «Todo hombre libre de Carolina tendrá absoluta potestad y autoridad sobre sus esclavos negros, sean de cualquier opinión o religión que sean». Para Locke, la propiedad de seres humanos formaba parte del proyecto colonial tanto como la propiedad de tierras. Y esos seres humanos no serían ni propietarios ni votantes. También los legisladores posteriores se esforzarían por mantener esta distinción. La sección X del Código de Esclavos de Carolina del Sur de 1740 autorizaba a cualquier blanco a detener y examinar a cualquier esclavo que encontrara fuera de una casa o plantación y que no fuera acompañado de un blanco. La sección XXXVI prohibía a los esclavos abandonar su plantación, sobre todo los sábados por la noche, los domingos y los días festivos. Los esclavos que violaran la ley podían ser sometidos a una «moderada flagelación». La sección XLV prohibía a los blancos enseñar a leer y escribir a los esclavos.

Los profundos efectos de tales leyes resultan discernibles todavía hoy en varias partes de Estados Unidos. Así, por ejemplo, la denominada «costa gullah» se extiende desde Sandy Island, en Carolina del Sur, hasta Amelia Island, en Florida. La población tiene su propio dialecto, su propia cocina y su propio estilo musical.[96] Algunos antropólogos creen que el término *gullah* es una corrupción de Angola, el posible lugar de procedencia de los antepasados de los habitantes de la zona. Es posible. A partir de mediados del siglo XVII, una proporción muy elevada de todos los esclavos trasladados a

América —quizá no menos del 44 por ciento— procedían de la parte de África que los contemporáneos llamaban Angola (el actual país del mismo nombre, más la región comprendida entre el antiguo Camerún británico y la orilla norte del río Congo).[97] Una tercera parte de los esclavos que pasaron por Charleston provenían de Angola.[98] La mayoría de ellos eran mbundos del reino de Ndongo; el término con el que designaban a su gobernante, *ngola*, dio origen al actual nombre del país. Terminaron dispersándose por toda América, desde Brasil hasta las Bahamas pasando por las Carolinas.

El hecho de que todavía haya ecos perceptibles de Angola en Carolina del Sur —incluyendo restos de la lengua kimbundu— resulta en sí mismo significativo. La gente que vive aquí desciende directamente de los esclavos angoleños, y no ha habido demasiadas circunstancias que contribuyeran a diluir su acervo génico. La supervivencia de la cultura gullah testimonia la notable persistencia de la barrera racial en estados norteamericanos como Carolina del Sur. Por el contrario, los angoleños que fueron enviados a Sudamérica tenían una probabilidad mucho mayor de evitar la prisión de la esclavitud; a veces literalmente, como en el caso de los fugitivos de Pernambuco que fundaron su propia colonia independiente en Quilombo dos Palmares —también conocido como la Pequeña Angola—, en las profundidades de la selva del estado brasileño nororiental de Alagoas. En su apogeo, este pequeño reino llegó a tener una población de más de 10.000 habitantes y un jefe electo, Ganga Zumba. Establecido a comienzos de la década de 1600, no sería conquistado por las fuerzas portuguesas hasta 1694. Muy distinta fue la suerte de Gullah Jack Pritchard, un esclavo angoleño que en 1822 planeó una revuelta contra los *buckra* (blancos) en Charleston: fue ahorcado. Irónicamente, la «tierra de los libres» parecía ser más bien para alrededor de la quinta parte de su población, la «tierra de la permanente falta de libertad». Al norte del río Grande, la esclavitud se había hecho hereditaria.

Al final, la anomalía de la esclavitud en una sociedad supuestamente libre solo pudo resolverse por la guerra entre los estados esclavistas del sur y los estados antiesclavistas del norte. Unicamente la intervención naval británica del lado de la Confederación podría haber derrotado a los partidarios de la Unión, pero eso nunca resultó demasiado probable. Sin embargo, aunque la guerra civil pusiera fin a la esclavitud, muchos norteamericanos seguirían creyendo durante más de un siglo que debían su prosperidad a la línea divisoria entre blancos y negros. Ya en la década de 1820, el político Edward Everett escribía en la *North American Review*:

> No tenemos ningún interés en Sudamérica; no sentimos ninguna simpatía, no podemos sentir ninguna simpatía políticamente fundamentada hacia ellos. Venimos de orígenes distintos… Ni todos los tratados que pudiéramos hacer, ni los comisionados que pudiéramos enviar, ni el dinero que pudiéramos prestarles, transformarían a sus Bolívares… en Washingtons.[99]

Para la generación posterior de partidarios de la supremacía blanca, la segregación era la razón fundamental de que Estados Unidos hubiera prosperado mientras los pueblos «híbridos» de Latinoamérica se habían quedado empantanados en la pobreza (por no hablar, en algunos casos, del comunismo).

Con el grito de guerra de «¡Segregación hoy! ¡Segregación mañana! ¡Segregación siempre!», el gobernador de Alabama George Wallace situaba la separación racial como clave de la historia del

éxito estadounidense en una fecha tan reciente como 1963, en su discurso de toma de posesión:

> Esta nación nunca se concibió para ser una unidad única… sino una unidad múltiple… esa es la razón exacta de que nuestros antepasados, que amaban la libertad, establecieran los estados, a fin de dividir los derechos y poderes entre dichos estados, asegurando que ningún poder central pudiera hacerse con el control total del gobierno…
>
> Y lo mismo se concibió para nuestras vidas raciales… cada raza dentro de su propio marco tiene la libertad de enseñar… de instruir… de desarrollarse… de pedir y recibir una ayuda merecida de otras de posiciones raciales distintas. Esta es la gran libertad de nuestros padres fundadores americanos… pero si nos fusionamos en una sola unidad como abogan los filósofos comunistas… entonces el enriquecimiento de nuestras vidas… la libertad para nuestro desarrollo… se irá para siempre. Nos convertiremos, así, en una única unidad híbrida bajo un solo gobierno todopoderoso… y lo representaremos todo… y nada.

Por entonces tales argumentos estaban muy lejos de resultar poco atractivos: 10 millones de votantes (el 13,5 por ciento del total) votaron por Wallace y su Partido Independiente Americano cuando se presentó a las elecciones presidenciales en 1968.

Sin embargo, la idea de que el éxito de Estados Unidos dependiera de la segregación racial era absurda. Resultaba completamente erróneo creer, como hacía Wallace, que Estados Unidos era más próspero y estable que Venezuela o Brasil gracias a las leyes antimestizaje y a toda la serie de barreras raciales que mantenían a los norteamericanos blancos y negros separados en barrios, hospitales, escuelas, universidades, lugares de trabajo, parques, piscinas, restaurantes y hasta cementerios. Por el contrario, a Norteamérica le había ido mejor que a Sudamérica pura y simplemente porque el modelo británico de democracia y derechos de propiedad privada ampliamente repartidos funcionaba mejor que el modelo español de autoritarismo y riqueza concentrada en unas pocas manos. Lejos de resultar indispensable para su éxito, la esclavitud y la segregación han sido un hándicap para el desarrollo norteamericano, y su legado aún resulta dolorosamente patente en los problemas sociales —embarazos adolescentes, menor nivel educativo, consumo de drogas y mayor proporción de encarcelamientos— que todavía acosan a tantas comunidades afroamericanas.

Hoy, un hombre de padre africano y madre blanca —un hombre al que en la época de Simón Bolívar habrían llamado «de casta»— es el presidente de Estados Unidos tras haber derrotado a un héroe de guerra condecorado de clásico origen escocés-irlandés incluso en el estado de Virginia. Esto es algo que habría parecido una posibilidad fantásticamente remota hace solo treinta años, cuando visité el sur de Estados Unidos por primera vez. Es fácil olvidar que todavía en 1967 había 16 estados que seguían teniendo leyes que prohibían el matrimonio interracial. Solo con el fallo del Tribunal Supremo en el proceso de Loving contra Virginia las prohibiciones legales contra el matrimonio interracial se declararon inconstitucionales en todo el territorio de Estados Unidos. Pero incluso así Tennessee no derogó oficialmente el pertinente artículo de su Constitución hasta marzo de 1978, mientras que Mississippi lo fue postergando hasta diciembre de 1987. Las actitudes raciales estadounidenses han cambiado profundamente desde entonces. Hoy ya no pueden declararse públicamente toda una serie de palabras y pensamientos antaño consagrados por la tradición.

Al mismo tiempo, la gente de las calles de muchas ciudades de Norteamérica se parece cada vez más a la de Sudamérica. La constante migración de Latinoamérica, sobre todo de México, significa que en el plazo de cuarenta años los blancos no hispanos probablemente serán una minoría en la población estadounidense.[100] Para entonces es posible que el país sea prácticamente —si no legalmente— bilingüe. Y la sociedad norteamericana se está haciendo racialmente más mezclada que

nunca. El censo de Estados Unidos distingue entre cuatro categorías «raciales»: «negro», «blanco», «amerindio» y «asiático o insular del Pacífico». Sobre esta base, uno de cada veinte niños de Estados Unidos es de origen mixto, en el sentido de que sus padres no pertenecen ambos a la misma categoría racial. El número de tales parejas de raza mixta se cuadruplicó entre 1990 y 2000, pasando a alrededor de 1,5 millones. Desde esta perspectiva, la elección de Barack Obama en 2008 resulta mucho menos sorprendente.

Paralelamente, una de las economías más dinámicas del mundo es la del multicolor Brasil. La clave del éxito de Brasil —que todavía figura entre las sociedades más desiguales del mundo— ha sido la reforma, largamente demorada, para dar a una parte creciente de la población la posibilidad de tener propiedades y ganar dinero. Después de más de un siglo de excesiva confianza en el proteccionismo, la sustitución de importaciones y otras formas de intervención estatal, la mayor parte de Latinoamérica —con la lamentable excepción de Venezuela— ha alcanzado un mayor crecimiento desde la década de 1980 con una combinación de privatización, inversión extranjera y una economía orientada a la exportación.[101] Los días en que las economías de la región se debatían entre la hiperinflación y el impago de la deuda parecen alejarse cada vez más en el pasado. En 1950, el producto interior bruto de Sudamérica era menos de una quinta parte del de Estados Unidos; hoy se acerca a una tercera parte.

En otras palabras, quinientos años después de que se iniciara el proceso de conquista y colonización, la brecha entre la América angloamericana y la América latina finalmente parece cerrarse. En el hemisferio occidental finalmente está surgiendo una sola civilización americana; una especie de tardía materialización del originario sueño panamericano de Bolívar.

Falta, sin embargo, mucho camino que recorrer, entre otras cosas porque el apogeo de las teorías de distinción racial no se dio de hecho en el siglo XIX, sino en la primera mitad del XX. Para apreciar por qué la raza se convirtió en un elemento tan preocupante en la interacción de Occidente con otras civilizaciones debemos volver la vista a la propia África, que había de convertirse en el foco de la expansión imperial europea en aquella época. En el discurso que citábamos al inicio de este capítulo, Churchill —cuya propia carrera imperial había comenzado en Sudán y Sudáfrica— se planteaba una pregunta que en muchos aspectos fue fundamental en las vidas de toda una generación de constructores de imperios: ¿«Por qué los mismos principios que han configurado la civilización libre, ordenada y tolerante de las islas Británicas y el Imperio británico no habrían de resultar útiles en la organización de este desasosegado mundo?» La civilización tal como él la entendía había arraigado satisfactoriamente en Norteamérica; tan satisfactoriamente en las zonas que permanecieron bajo el dominio británico como en Estados Unidos Había florecido en la aridez de los páramos de Australia. Entonces ¿por qué no también en África?

En América, cuatro potencias europeas habían probado a implantar sus civilizaciones en suelo extranjero (cinco si contamos a los holandeses en la Guayana y Nueva Amsterdam; seis si contamos a los suecos en San Bartolomé; siete si incluimos a los daneses en las islas Vírgenes, y ocho con los asentamientos rusos en Alaska y California), con niveles de éxito ampliamente distintos. En la carrera por hacer lo mismo en África habría aún más competidores. Y el mayor rival de los británicos en dicha carrera resultaría ser el país al que con tanto éxito habían eclipsado en América: Francia.

4
Medicina

Consideremos primero qué estado de cosas se describe mediante el término «civilización». Su verdadera prueba reside en el hecho de que la gente que vive en ella hace del bienestar corporal el objeto de su vida… Las gentes de Europa viven hoy en casas mejor construidas que las de hace cien años… Antiguamente vestían pieles y usaban lanzas como armas. Hoy llevan pantalones largos y… en lugar de lanzas, llevan consigo revólveres… Antiguamente, en Europa, la gente araba sus tierras principalmente por medio del trabajo manual. Hoy un hombre puede arar una vasta extensión mediante motores de vapor y, de ese modo, amasar una gran riqueza… Antiguamente los hombres viajaban en carro. Hoy surcan el aire en trenes a razón de seiscientos o más kilómetros por día… Antiguamente, cuando las personas querían luchar entre sí, medían su fuerza corporal entre ellas; hoy es posible arrebatar miles de vidas por un solo hombre que maneje un arma de fuego desde una colina… Hoy existen enfermedades que antiguamente la gente ni siquiera podía imaginar, y un ejército de médicos se dedica a averiguar su cura, de modo que ha aumentado el número de hospitales. He aquí una prueba de civilización… ¿Qué más hace falta decir?…

Esta civilización es tal que basta ser paciente para ver cómo se autodestruye. Según las enseñanzas de Mahoma, esta se consideraría una Civilización Satánica. El hinduismo la denomina Epoca Negra… Hay que rechazarla.

MAHATMA GANDHI

Es un pueblo que a través de sus hijos (Robespierre, Descartes, etc.) ha hecho mucho por la humanidad. No tengo derecho a desearles el mal.

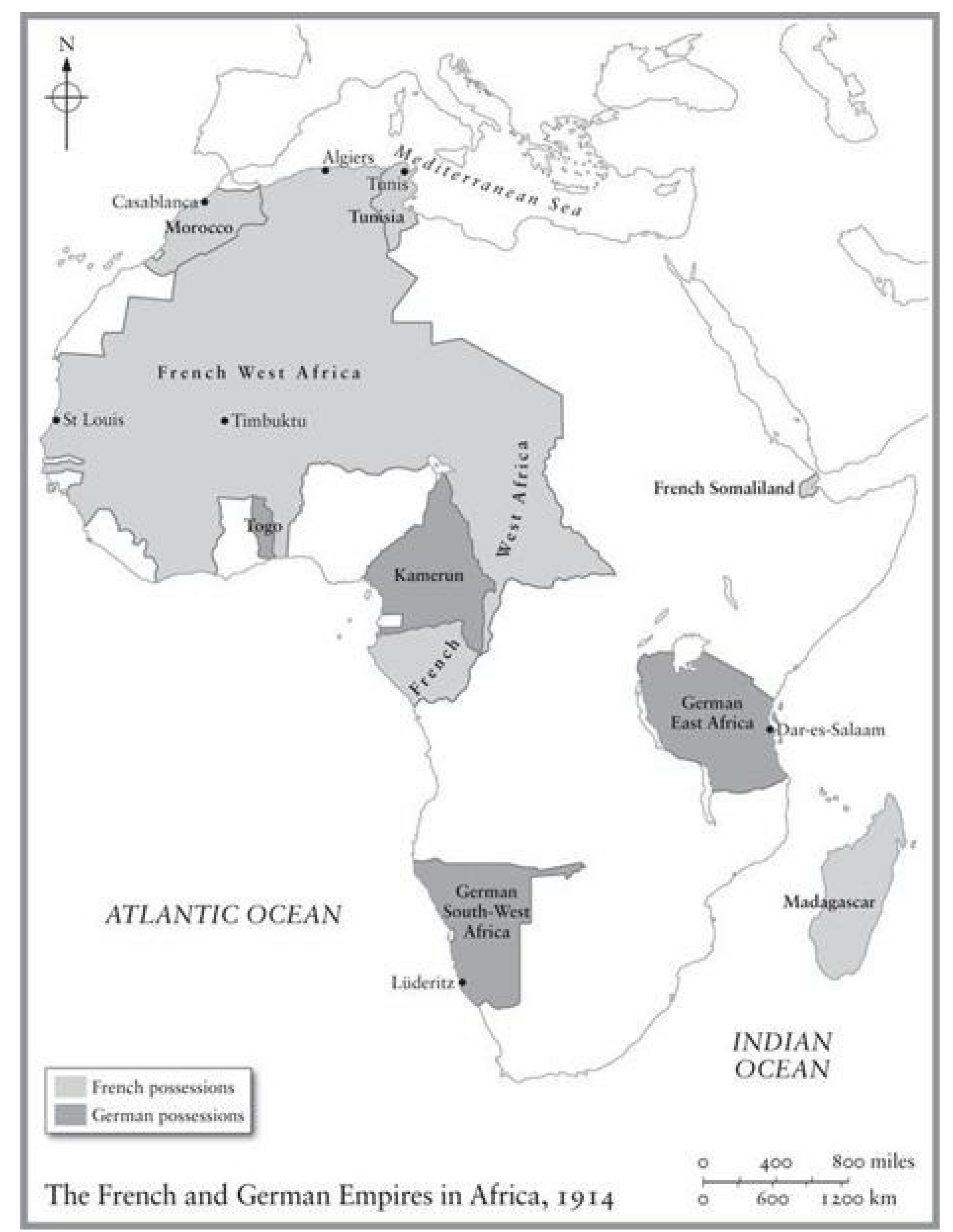
UN ESTUDIANTE SENEGALÉS

LA PROFECÍA DE BURKE

Desde mediados del siglo XIX hasta mediados del XX Occidente dominó al resto del mundo. Esta fue la era no solo de los imperios, sino también del imperialismo, una teoría de la expansión ultramarina que justificaba la dominación oficial y extraoficial de los pueblos no occidentales tanto por razones egoístas como altruistas. El imperio significaba «espacio vital» para el excedente de población; significaba mercados de exportación seguros que una potencia rival no podía proteger con aranceles; significaba rendimientos de las inversiones más elevados que en el propio país.[1] El imperio también podía tener una función política, sublimando los conflictos sociales de la era industrial en una atmósfera exaltada de orgullo patriótico, o generando compensaciones que apaciguaran a los grupos de intereses más poderosos. Pero también significaba la difusión de la civilización, un término empleado con creciente frecuencia para describir todo el complejo de instituciones peculiarmente occidentales que ya hemos visto en los capítulos anteriores: la economía de mercado,

la revolución científica, y el nexo entre derecho de propiedad privada y gobierno representativo. Y significó asimismo la difusión del cristianismo, ya que en el proceso de construcción de los imperios los misioneros fueron casi tan importantes como los comerciantes y los militares (véase el capítulo 6).

De todos los imperios occidentales, el mayor, con mucho, fue el británico. Desde la Tierra de Grant, el extremo más septentrional de Canadá, hasta la Tierra de Graham, en la región antártica, pasando por las sofocantes costas de Georgetown, en la Guayana; siguiendo el Nilo hasta Nyanza y cruzando el Zambeze hasta El Cabo; desde el golfo Pérsico, atravesando toda la India, hasta la bahía de Bengala, y luego Birmania y Borneo; desde Singapur hasta Sidney: inmensas regiones del mapa del mundo, incluidas incontables islas diminutas, pasaron a caracterizarse por ese brillante tono rosado que adquiere la piel de los ingleses bajo el sol tropical. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, el Imperio británico se extendía aproximadamente por una cuarta parte de la superficie terrestre del planeta y abarcaba aproximadamente la misma proporción de la humanidad. También ejercía un control sin parangón sobre las vías marítimas de todo ej mundo y la red internacional de telégrafos. Sin embargo, Gran Bretaña estaba lejos de ser la única potencia imperialista. Pese al terrible coste en vidas humanas de las guerras revolucionarias y napoleónicas, los franceses reiniciaron su expansión imperial a los quince años de su derrota en Waterloo. Combinando las antiguas islas productoras de azúcar como Reunión, Guadalupe y la Martinica, y los enclaves comerciales como Saint-Louis y Gorée, con nuevas posesiones en África septentrional, occidental y central, el Índico, Indochina y Polinesia, en 1913 el Imperio francés abarcaba poco menos del 9 por ciento de la superficie del planeta. Los belgas, alemanes e italianos también adquirieron colonias en ultramar, mientras los portugueses y españoles conservaban aún partes sustanciales de sus antiguos imperios. Paralelamente, aunque más por tierra que por mar, los rusos extendieron su imperio al Cáucaso, Siberia y Asia Central. También los austríacos adquirieron nuevos territorios; tras verse expulsados de Alemania por Prusia en 1866, los Habsburgo volvieron sus miras hacia el sur, a los Balcanes. Hubo incluso antiguas colonias que se convirtieron en colonizadores, como Estados Unidos, que se apoderó de Puerto Rico y Filipinas, además de Hawai y un puñado de islas más pequeñas del Pacífico.



Los Imperios francés y alemán en África en 1914

En 1913, los imperios occidentales dominaban el mundo. Once metrópolis, que abarcaban apenas el 10 por ciento de la superficie terrestre del globo, gobernaban más de la mitad del planeta. Se calcula que un 57 por ciento de la población mundial vivía en estos imperios, que representaban cerca de las cuatro quintas partes de la producción económica global. Ya en aquella época su conducta era objeto de acerbas críticas. De hecho, la palabra «imperialismo» es un término peyorativo que se puso de moda a la vez entre nacionalistas, liberales y socialistas. Sus detractores vertieron un aluvión de ocurrentes burlas sobre la pretensión de que los imperios exportaban la civilización. Se dice que, cuando le preguntaron qué pensaba de la civilización occidental, el líder nacionalista indio Mahatma Gandhi respondió con sorna: «¡Creo que sería una buena idea!». En *Hind Swaraj* («Autodeterminación India»), publicado en 1908, Gandhi llegaba al extremo de calificar la civilización occidental como «una enfermedad» y «una plaga».[2] Mark Twain, el más destacado antiimperialista de Norteamérica, prefería la ironía: «Para quienes creen —escribía en 1897— que ese pintoresco producto llamado civilización francesa sería una mejora para la civilización de Nueva Guinea y similares, el robo de Madagascar y la imposición allí de la civilización francesa estarán plenamente justificados».[3] También el líder bolchevique Vladímir Ilich Lenin se mostraba irónico

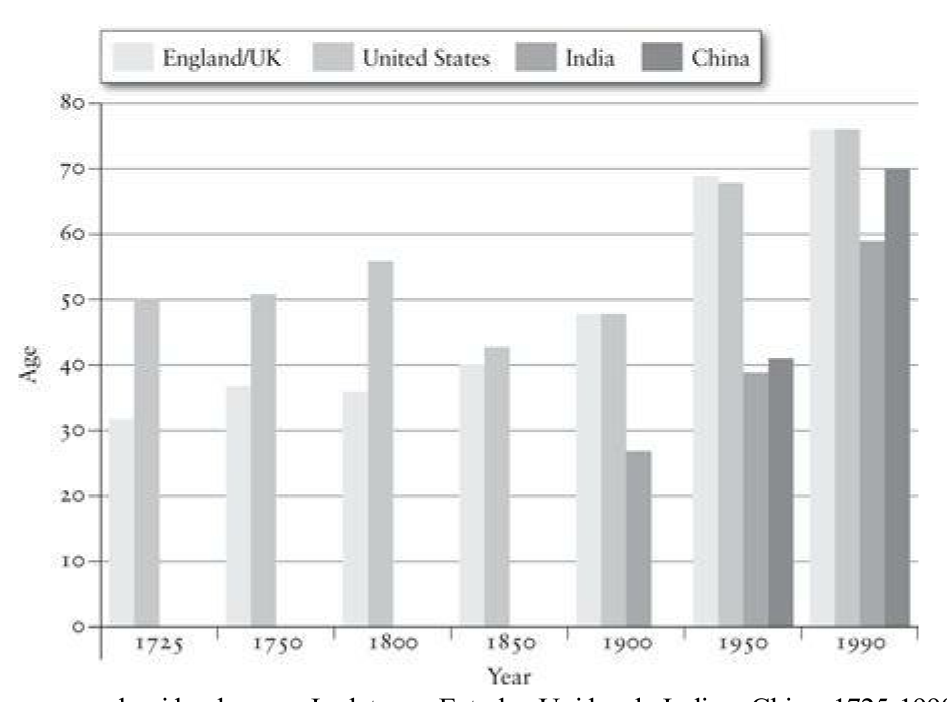
cuando denominaba al imperialismo «la fase superior del capitalismo», el resultado de la lucha de los bancos monopolistas «por las fuentes de materias primas, por la exportación de capital, por esferas de influencia, es decir, por esferas de acuerdos provechosos, concesiones, beneficios monopolistas, etcétera». De hecho, consideraba el imperialismo como «parasitario», «decadente» y un «capitalismo moribundo».[4] Son estas visiones de la era de los imperios que todavía comparten hoy muchas personas. Además, es una verdad casi mundialmente aceptada en las escuelas y universidades del mundo occidental que el imperialismo es la causa originaria de casi todos los problemas actuales, desde el conflicto en Oriente Próximo hasta la pobreza en el África subsahariana; lo que resulta una coartada conveniente para dictadores voraces como Robert Mugabe, de Zimbabue.

Sin embargo, cada vez resulta más difícil culpar de la grave situación contemporánea de los «mil millones de desposeídos» —esto es, la gente que vive en los países más pobres del mundo— al colonialismo del pasado.[5] Ha habido también, y sigue habiendo, serios obstáculos medioambientales y geográficos al desarrollo económico de África. Los gobernantes independientes, con unas pocas excepciones, no lo han hecho mejor que los gobiernos coloniales antes o después de la independencia; en realidad, la mayoría lo han hecho mucho peor. Y en la actualidad, una misión civilizadora occidental por completo distinta —la misión de los organismos de ayuda gubernamentales y no gubernamentales— ha logrado claramente mucho menos de lo que se esperaba en su momento, y ello pese a la transferencia de inmensas sumas de dinero en forma de ayuda.[6] Pese a todos los esfuerzos de los economistas de las más prestigiosas universidades estadounidenses y de las estrellas del rock irlandesas, África sigue siendo el pariente pobre de los continentes, y sigue dependiendo o de las limosnas occidentales o de la extracción de sus materias primas. Hay, es cierto, señales de mejora; entre otras los efectos de la telefonía móvil, que al ser barata proporciona por primera vez a los africanos (por ejemplo) servicios bancarios eficientes y económicos. Hay también una posibilidad real de que se pueda poner el agua potable a disposición de muchas más personas que en la actualidad.[*] Sin embargo, las barreras al crecimiento siguen siendo desalentadoras, entre ellas la pésima gobernanza que aflige a tantos estados africanos, simbolizada por la grotesca estatua que hoy se alza sobre Dakar y que representa a una gigantesca pareja de senegaleses en el peor estilo del realismo socialista (de hecho, la construyó una empresa pública norcoreana). El advenimiento de China como uno de los principales inversores en África hace más bien poco por resolver ese problema. Por el contrario, los chinos están encantados de intercambiar la inversión en infraestructuras por el acceso a la riqueza mineral de África, prescindiendo de si hacen negocios con dictadores militares, cleptócratas corruptos o autócratas seniles (o las tres cosas). Justo cuando los organismos gubernamentales y no gubernamentales occidentales están empezando cuando menos a exigir mejoras en la gobernanza africana como condición previa a la ayuda, ahora ven sus esfuerzos socavados por un naciente imperio chino.

Esta coincidencia de altruismo extranjero y explotación extranjera no es nada nuevo en la historia africana. En el siglo XIX, como ya hemos visto, los europeos llegaron a África con una gran variedad de motivos. Unos se metieron en ello por el dinero; otros por la gloria. Unos fueron a invertir; otros a robar. Unos fueron a salvar almas; otros a echar raíces. Casi todos, sin embargo, estaban seguros —tan seguros como lo están hoy los organismos de ayuda— de que las ventajas de la civilización

occidental podían y debían conferirse al «continente negro».[*] Antes de que nos apresuremos a condenar a los imperios occidentales como malos y explotadores —capaces solo de un comportamiento que era justo el opuesto al civilizado—, debemos entender que su pretensión de tener una misión civilizadora no carecía por completo de fundamento.

Tomemos el caso de la «aplicación demoledora» más notable de Occidente, aquella que tenía la capacidad de duplicar, de forma no menos «demoledora», la esperanza de vida humana: la medicina moderna. El santo varón y asceta Gandhi se mofaba del «ejército de médicos» de la civilización occidental, y en una entrevista realizada en Londres en 1931, citaba «la conquista de la enfermedad» como uno de los criterios puramente «materiales» por los que se medía el progreso de la civilización occidental.[7] Sin embargo, para los incontables millones de personas cuyas vidas se han prolongado gracias a la medicina occidental, la elección entre mantener la pureza espiritual y seguir vivo no parece que resulte demasiado difícil. En 1800, la esperanza de vida media al nacer era solo de 28,5 años. Dos siglos después, en 2001, había aumentado más del doble, pasando a los 66,6 años. Y la mejora no se limitaba a las metrópolis imperiales. Los historiadores que habitualmente confunden las hambrunas o guerras civiles con genocidios y gulags, en un deliberado intento de representar a los funcionarios coloniales como figuras moralmente equivalentes a los nazis o los estalinistas, harían bien en considerar el mensurable impacto de la medicina occidental en la esperanza de vida tanto en el mundo colonial como en el poscolonial.



Esperanza de vida al nacer: Inglaterra, Estados Unidos, la India y China, 1725-1990

El momento en que se dio esa «transición sanitaria» —esto es, el inicio de una mejora sostenida de la esperanza de vida— resulta bastante claro. En Europa occidental se produjo entre las décadas de 1770 y 1890, empezando primero en Dinamarca y terminando finalmente en España. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, el tifus y el cólera habían sido prácticamente erradicados en Europa como consecuencia de una serie de mejoras en la higiene y la sanidad pública, mientras que la difteria y el tétanos se controlaban mediante sendas vacunas. En los 23 países asiáticos modernos sobre los que se dispone de datos la transición sanitaria se produjo —con una sola excepción— entre

las décadas de 1890 y 1950. En África fue entre las de 1920 y 1950, con solo dos excepciones en un total de 43 países. Así pues, en casi todos los países asiáticos y africanos la esperanza de vida empezó a mejorar *antes* del final del dominio colonial europeo. De hecho, el ritmo de mejora de África ha disminuido desde la independencia, sobre todo —pero no exclusivamente— debido a la epidemia de sida. También es significativo que a los países latinoamericanos no les haya ido mucho mejor pese a disfrutar de independencia política desde comienzos de la década de 1800.[8] Asimismo, resulta especialmente asombroso el hecho de que el momento en que se produjo la mejora de la esperanza de vida precediera, en gran parte, a la introducción de los antibióticos (entre ellos la estreptomicina para curar la tuberculosis), el insecticida DDT, y las vacunas, aparte de las más sencillas, como las de la viruela y la fiebre amarilla, inventadas ya en la era imperial (véase más adelante). Las evidencias apuntan a una mejora sostenida de la salud pública en un amplio espectro, reduciendo la mortalidad por enfermedades fecales, malaria e incluso tuberculosis. Esa fue sin duda la experiencia de una de las colonias británicas, Jamaica, y probablemente la historia fue similar en otras como Ceilán, Egipto, Kenia, Rodesia, Trinidad y Uganda, que experimentaron mejoras más o menos simultáneas.[9] Como veremos, lo mismo vale para las colonias de Francia. Resulta que el peculiar repertorio de enfermedades tropicales potencialmente letales de África suscitó un esfuerzo sostenido por parte de los científicos y las autoridades sanitarias de Occidente que en ausencia del imperialismo no se habría producido. Aquí el ingenioso dramaturgo irlandés George Bernard Shaw proporciona la respuesta perfecta a Gandhi:

> Durante un siglo la pasada civilización ha estado eliminando las condiciones que favorecen las fiebres bacterianas. El tifus, antaño común, ha desaparecido; la peste y el cólera han sido detenidos en nuestras fronteras por un bloqueo sanitario… Los peligros de la infección y el modo de evitarla se entienden mejor que antes… Hoy día, los problemas de los pacientes tísicos se ven enormemente agravados por la creciente disposición a tratarlos como leprosos… Pero el miedo a la infección, aunque haga que hasta los médicos hablen como si lo único científico que realmente se pudiera hacer con un paciente de fiebre fuera arrojarlo a la zanja más cercana y echarle encima ácido fénico desde una distancia segura hasta que estuviera a punto para ser incinerado en el acto, ha llevado a un cuidado y una limpieza mucho mayores. Y el resultado neto ha sido una serie de victorias sobre la enfermedad.[10]

Esas victorias no se limitaron a los imperialistas, sino que también beneficiaron a sus súbditos coloniales.

La otra cara de la moneda es que incluso la ciencia médica de finales del siglo XIX y principios del XX tuvo su lado oscuro. La lucha real contra los agentes patógenos coincidió con una lucha seudocientífica contra la amenaza ilusoria de la degeneración racial. Finalmente, en 1914, una guerra entre los imperios occidentales rivales calificada como «la gran guerra por la civilización», revelaría que después de todo, el continente más negro del mundo no era África.

La mayoría de los imperios proclaman su benévola intención de llevar la civilización a los países atrasados. Pero pocos en la historia han mostrado tanto apego a la expresión «misión civilizadora» como el francés. Para entender por qué, primero hay que apreciar la profunda diferencia que existe entre las revoluciones francesa y norteamericana. El primer hombre que supo entender esa diferencia fue el parlamentario liberal Edmund Burke, el mayor pensador político surgido del enclave protestante de Irlanda del Sur. Burke había apoyado la Revolución norteamericana, simpatizando

bastante con el argumento de los colonos de que se les sometía a tributación sin la contrapartida de la representación, y argumentando correctamente que el ministerio de lord North estaba gestionando mal la crisis originaria de los impuestos en Massachusetts. En cambio, la reacción de Burke ante el estallido de la Revolución en Francia fue diametralmente opuesta: «¿En serio tengo que felicitar a un loco —escribía en sus *Reflexiones sobre la Revolución francesa*— que se ha escapado de la constricción protectora y la saludable oscuridad de su celda, por ver restituido el disfrute de la luz y la libertad? ¿Debo felicitar a un salteador de caminos y asesino que ha escapado de prisión por recuperar sus derechos naturales?».[11] Burke supo adivinar el carácter violento de la Revolución francesa ya en una fase asombrosamente temprana: estas palabras se publicaron el 1 noviembre de 1790.

La reacción política en cadena que se inició en 1789 fue el resultado de una crisis fiscal crónica que se había visto agudizada por la intervención francesa en la Revolución norteamericana. Desde la traumática crisis financiera de 1719-1720 —la denominada «burbuja del Mississippi»—, el sistema fiscal francés había quedado deplorablemente rezagado con respecto al inglés. No había ningún banco central emisor de papel moneda. No había ningún mercado líquido de bonos donde pudiera comprarse y venderse deuda pública. El sistema tributario se había privatizado en gran medida. En lugar de vender bonos, la corona francesa vendía cargos, creando una hipertrofiada plantilla pública de parásitos. Una serie de ministros cualificados —Charles de Calonne, Loménie de Brienne y Jacques Necker— trataron sin éxito de reformar el sistema. La manera más fácil de salir del embrollo habría sido que Luis XVI dejara de pagar las deudas de la monarquía, que adoptaban una desconcertante variedad de formas distintas y cuyo coste era casi el doble de lo que el gobierno británico pagaba sobre sus bonos estandarizados.[12] Pero, lejos de ello, el rey trató de buscar el consenso. Una Asamblea de Notables, sin embargo, no logró resultado alguno; y los magistrados de los parlamentos no hicieron sino causar problemas. Finalmente, en agosto de 1788, Luis se dejó persuadir de que debía convocar los Estados Generales, un órgano que no se había reunido desde 1614. Debería haber previsto que una institución del siglo XVII iba a crearle también una crisis del siglo XVII.

Al principio, la Revolución francesa fue como la guerra civil inglesa, pero sin el puritanismo. La convocatoria de los Estados Generales dio a los desafectos de la aristocracia una oportunidad para expresar su ira, con el conde de Mirabeau y el marqués de Lafayette a la cabeza. Como en Inglaterra, la Cámara Baja tenía voluntad propia. El 17 de junio de 1789, el Tercer Estado (el pueblo llano) se constituyó en «Asamblea Nacional». Tres días después, en el famoso «Juramento del Juego de Pelota», sus miembros juraron no disolverse hasta que Francia tuviera una nueva Constitución. Hasta entonces era como una versión francesa del Parlamento Largo británico; pero cuando llegó el momento de diseñar las nuevas normas básicas de la vida política francesa, los revolucionarios adoptaron un reconocible lenguaje norteamericano. A primera vista, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano del 27 de agosto de 1789 apenas habría hecho arquear las cejas a nadie en Filadelfia:

2. La meta de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del Hombre. Estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la

resistencia a la opresión.

10. Ningún hombre debe ser inquietado por sus opiniones, incluso por sus ideas religiosas…
17. Siendo la propiedad un derecho inviolable y sagrado, nadie puede ser privado de ella…[13]

Entonces, ¿por qué, empezando por un ardiente discurso pronunciado el 1 de febrero de 1790, Edmund Burke reaccionó de manera tan virulenta contra esta revolución? He aquí sus palabras:

> Los franceses [se han] rebelado contra un monarca apacible y legítimo con más furia, indignación y ofensa que ningún pueblo del que se sepa que se haya alzado contra el más ilegal usurpador o el más sanguinario tirano. Su resistencia se hacía frente a la concesión… su golpe apuntaba a una mano que ofrecía gracias, favores e inmunidades… En su propio éxito han encontrado su castigo: leyes derogadas; tribunales subvertidos; industria sin vigor; comercio moribundo; las rentas impagadas, pero la gente empobrecida; una iglesia saqueada, y un Estado no aliviado; la anarquía civil y militar hecha constitución del reino; todo lo humano y divino sacrificado al ídolo del crédito público, y la bancarrota nacional como consecuencia; y, para colmo, los valores bursátiles del nuevo, precario y tambaleante poder… ofrecidos como moneda por el apoyo de un imperio.[14]

Si Burke hubiera escrito estas palabras en 1793 apenas habría tenido mérito. Pero prever el verdadero carácter de la Revolución francesa al año de que se produjera era algo extraordinario. ¿Qué era lo que había visto? La respuesta está en Rousseau.

La obra *El contrato social* (1762) de Jean-Jacques Rousseau se contaba entre los libros más peligrosos jamás producidos por la civilización occidental. El hombre, argumentaba Rousseau, es un «buen salvaje» poco dispuesto a someterse a la autoridad. La única autoridad legítima a la que puede someterse es la soberanía del «pueblo» y la «voluntad general». Para Rousseau, esa voluntad general debe ser suprema. Magistrados y legisladores deben doblegarse ante ella. No puede haber «intereses de grupo». No puede haber cristianismo, que en última instancia implica una separación de poderes (el espiritual del temporal). La libertad es, sin duda, algo bueno; pero para Rousseau la virtud es aún más importante. Y la voluntad general debería ser la virtud en acción.[15] Volviendo a la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, el lector moderno puede empezar a ver qué era lo que horrorizaba a Burke:

6. La ley es la expresión de la voluntad general…
10. Ningún hombre debe ser inquietado por sus opiniones, incluso por sus ideas religiosas, *en tanto que su manifestación no altere el orden público establecido por la ley*.
17. Siendo la propiedad un derecho inviolable y sagrado, nadie puede ser privado de ella, *sino cuando la necesidad pública, legalmente constatada, lo exija claramente*… [las cursivas son mías].

Era de esas salvedades de lo que Burke desconfiaba. La primacía que Rousseau otorgaba al «orden público» y a la «necesidad pública» le parecía profundamente siniestra. Para Burke, la voluntad general era una forma de selección del gobierno menos fiable que el principio hereditario, ya que los gobernantes elegidos por este último sistema era más probable que respetaran las «antiguas libertades», que Burke prefería a la nueva, singular y abstracta «libertad». El Tercer Estado, argumentaba, se vería inevitablemente corrompido por el poder (y por el «interés

adinerado»), a diferencia de la aristocracia, que disfrutaba de la independencia que confiere la riqueza privada. Burke también supo captar la trascendencia de la expropiación de tierras de la Iglesia realizada en noviembre de 1789 —uno de los primeros actos verdaderamente revolucionarios —, y los peligros de imprimir papel moneda (los denominados *assignats*) con nada más que dichas tierras confiscadas a la Iglesia como respaldo. El verdadero contrato social, argumentaba, no era el pacto rousseauniano entre el buen salvaje y la voluntad general, sino una «colaboración» entre la generación presente y las generaciones futuras. Con asombrosa presciencia, Burke advirtió contra el utopismo de «los profesores»: «Al final de cada horizonte —escribió en la que sería la mayor profecía de su época—, no se divisa más que la horca».[*] El asalto a las instituciones tradicionales, advertía, iba a terminar en «una oligarquía maligna e innoble» y, en última instancia, en una dictadura militar.[16] En todo esto, los hechos darían la razón a Burke.

La Constitución de septiembre de 1791 mantenía la inviolabilidad del derecho de propiedad, la inviolabilidad del «rey de los franceses», la inviolabilidad del derecho de asociación y la inviolabilidad de la libertad de culto. Dos años después todo ello había sido violado, empezando por el derecho de propiedad de la Iglesia. Luego siguió el derecho de libre asociación, con la abolición de las órdenes monásticas, gremios y corporaciones (aunque no de las facciones políticas, que de hecho prosperaron). Y en agosto de 1792 se violó también el estatus privilegiado del rey cuando este fue detenido tras al asalto a las Tullerías. Es verdad que el propio Luis XVI se lo había buscado con la fatal y torpe fuga de Varennes de la familia real, un vano intento de escapar de París (disfrazados como séquito de una baronesa rusa) a la ciudadela monárquica de Montmédy, cerca de la frontera nordeste. Con la elección de una nueva y democrática Convención Nacional en septiembre de 1792, la probabilidad de un regicidio aumentó todavía más. Pero la ejecución de Luis XVI el 21 de enero de 1793 tendría consecuencias muy distintas de la de Carlos I. En la Revolución inglesa, matar al rey había sido el último compás de una guerra civil; en la francesa, en cambio, no era más que la obertura, dado que el poder pasó a través de la jacobina Sociedad de Amigos de la Constitución a la Comuna insurreccional, y, de ahí, a los Comités de Vigilancia y de Salvación Pública de la Convención Nacional. En un movimiento que no sería la última vez que se daría en la historia occidental, los revolucionarios se armaron de una nueva religión para fortalecerse de cara a mayores ultrajes. El 10 de noviembre de 1793 se prohibió el culto a Dios y se instituyó el culto a la Razón, la primera religión política de la era moderna, convenientemente dotada de sus iconos, sus ritos y también sus mártires.

En realidad, la Revolución francesa había sido violenta ya desde un primer momento.[17] La toma de la odiada prisión de la Bastilla el 14 de julio de 1789 se celebró con las decapitaciones del marqués de Launay (el gobernador de la Bastilla) y de Jacques de Flesselles (preboste de los comerciantes de París). Poco más de una semana después también fueron asesinados el consejero de Estado del rey Joseph-François Foullon de Doué y su yerno Berthier de Sauvigny. Cuando la multitud revolucionaria atacó a la familia real en Versalles, el mes de octubre siguiente, resultaron muertas alrededor de un centenar de personas. El de 1791 fue el año del día de los Puñales y la matanza del Campo de Marte. En septiembre de 1792, unos 1.400 prisioneros monárquicos fueron ejecutados tras varias manifestaciones contrarrevolucionarias en Bretaña, la Vandée y el Delfinado. Pero hizo falta algo más para producir la masacre del Terror, la primera demostración en la era moderna de la

sombría verdad de que las revoluciones devoran a sus propios hijos.

Toda una generación de historiadores esclavos de las ideas de Karl Marx (véase el capítulo 5) buscaron la respuesta en la lucha de clases, atribuyendo la Revolución a las malas cosechas, el aumento del precio del pan y los agravios de los *sans-culottes*, lo más parecido a un proletariado que tenía el Antiguo Régimen. Pero las interpretaciones marxistas se vinieron abajo ante las abundantes evidencias de que la burguesía no libró una guerra de clase contra la aristocracia. Lejos de ello, fue una élite de «notables» —algunos burgueses, algunos aristócratas— la que hizo conjuntamente la Revolución. Un intelectual aristocrático llamado Alexis de Tocqueville había ofrecido ya una interpretación bastante más sutil; sus dos principales obras, *La democracia en América* (1835) y *El Antiguo Régimen y la Revolución* (1856), ofrecen una respuesta sin parangón a la pregunta de ¿por qué fue en Francia y no en Norteamérica? Había, argumenta Tocqueville, cinco diferencias fundamentales entre las dos sociedades, y, por lo tanto, entre las dos revoluciones que estas produjeron. En primer lugar, Francia estaba cada vez más centralizada, mientras que Norteamérica era un Estado naturalmente federal, con una vida asociativa provincial y una sociedad civil especialmente animadas. En segundo lugar, los franceses tendían a elevar la voluntad general por encima de la letra de la ley, una tendencia a la que se resistía el poderoso mundo jurídico norteamericano. En tercer lugar, los revolucionarios franceses atacaron a la religión y a la Iglesia que la sustentaba mientras que el sectarismo norteamericano proporcionó un baluarte contra las pretensiones de las autoridades laicas (Tocqueville era un escéptico religioso, pero supo comprender antes que muchos el valor social de la religión). En cuarto lugar, los franceses cedieron demasiado poder a unos intelectuales irresponsables, mientras que en Norteamérica quienes dominaron fueron hombres prácticos. Por último, y lo más importante para Tocqueville, los franceses pusieron la igualdad por encima de la libertad; en suma, optaron por Rousseau antes que por Locke.

En el capítulo XIII de *La democracia en América*, Tocqueville pone directamente el dedo en la llaga:

> Al ciudadano de los Estados Unidos se le enseña desde su más tierna infancia a confiar en sus propios esfuerzos para oponerse a los males y las dificultades de la vida; contempla la autoridad social con una mirada de desconfianza e inquietud, y solo reclama su ayuda cuando es completamente incapaz de avanzar sin ella… En América la libertad de asociación con fines políticos es ilimitada… No hay países en los que las asociaciones sean más necesarias, para evitar el despotismo de una facción o el poder arbitrario de un príncipe, que aquellos que se hallan democráticamente constituidos.[18]

Así, la relativa debilidad de la sociedad civil francesa era en gran parte la razón por la que las repúblicas de Francia tendían a violar las libertades individuales y a degenerar en autocracias. Pero Tocqueville agregaba un sexto punto, casi como una ocurrencia de última hora:

> En Francia la pasión por la guerra es tan intensa que no hay ninguna empresa tan descabellada, o tan perjudicial para el bienestar del Estado, que un hombre no se considere honrado de defenderla, aun a riesgo de su vida.[19]

Aquí residía, seguramente, la gran diferencia entre las dos revoluciones: ambas tuvieron que librar una guerra para sobrevivir; pero la guerra que los revolucionarios franceses hubieron de librar fue más larga y de mayor envergadura. Eso fue lo que las distinguió.

Desde el momento, en julio de 1791, en que el emperador del Sacro Imperio Romano Leopoldo II pidió a otros monarcas que acudieran en ayuda de Luis XVI —un llamamiento al que el primero en

responder fue el heredero de Federico el Grande, Federico Guillermo II—, la Revolución francesa se vio obligada a luchar para sobrevivir. Las declaraciones de guerra de Austria (abril de 1792) y Gran Bretaña, Holanda y España (febrero de 1793) desencadenaron una conflagración que resultaría ser mucho más extensa y duradera que la guerra de Independencia norteamericana. Según el Departamento de Defensa estadounidense, 4.435 patriotas perdieron la vida defendiendo Estados Unidos hasta la batalla de Yorktown, incluida esta, y 6.188 resultaron heridos. Las cifras para la guerra de 1812 fueron respectivamente de 2.260 y 4.505.[20] Las víctimas británicas fueran algo inferiores. Aunque una gran proporción de los heridos perecieron, y un número significativo de soldados y civiles sucumbieron a la enfermedad o a las privaciones causadas por la guerra, este siguió siendo un conflicto relativamente reducido. Algunas de las batallas más célebres —como Brandywine, o la propia Yorktown— fueron meras escaramuzas para los estándares europeos; el total de soldados estadounidenses caídos en combate en esta última fue de solo 88. En cambio, el número de víctimas de las guerras revolucionarias francesas y de las guerras napoleónicas fue infinitamente mayor; según algunas estimaciones, la mortalidad total de ambos bandos en el campo de batalla entre 1792 y 1815 fue de 3,5 millones de personas. Un cálculo conservador sería que el número de franceses que perdieron la vida en defensa de su revolución fue unas veinte veces el de los norteamericanos que la perdieron en defensa de la suya. Y esto no incluye a las víctimas de la represión interna. Se calcula que 17.000 hombres y mujeres franceses fueron ejecutados tras ser debidamente procesados; entre 12.000 y 40.000 fueron a la guillotina o la horca sin juicio previo, y entre 80.000 y 300.000 perecieron en la represión de la rebelión monárquica en la Vendée.[21] La Revolución francesa también resultó económicamente mucho más perturbadora que la norteamericana. Los norteamericanos tuvieron una inflación seguida de estabilización; los franceses tuvieron una hiperinflación, que culminó en un completo desmoronamiento de los *assignats*. Toda la población masculina se movilizó para la guerra. Se controlaron los precios y los salarios. La economía de mercado se vino abajo.

Es sobre este telón de fondo como hay que entender la radicalización de la Revolución francesa (esto es, el cumplimiento de la profecía de Burke). Desde abril de 1793, cuando el poder se concentró en manos del Comité de Salvación Pública, París se convirtió en un manicomio. Primero los integrantes de la facción del club jacobino conocida como los «girondinos» (cuyos rivales más extremos eran los «montañeses») fueron detenidos y, el 31 de octubre, ejecutados. Luego los partidarios de Georges-Jacques Danton les siguieron al cadalso (el 6 de abril de 1794). Finalmente le llegó el turno a la figura dominante del Comité de Salvación Pública, el sumo sacerdote del culto rousseauniano a la virtud republicana, Maximilien Robespierre, a quien, como no podía ser de otro modo, se obligó a encarar el filo de la cuchilla descendente. A lo largo de toda esta danza macabra, cuyo acompañamiento musical fue la alarmantemente sanguinaria *Marsellesa*[*] la acusación más mortífera que se podía esgrimir contra un «enemigo del pueblo» era la de traición. Los reveses militares propiciaron ese giro paranoide. Como había previsto Burke, por lo que sabía de la teoría política clásica, una democracia tal inevitablemente había de ser suplantada por una oligarquía y, finalmente, por la tiranía de un general. En el plazo de una década, la Convención fue sustituida por el Directorio (octubre de 1795); el Directorio por el Consulado (noviembre de 1799), y el título de primer cónsul por el de emperador (diciembre de 1804). Lo que había empezado con Rousseau

terminó como una nueva versión de la caída de la República de Roma.

En la batalla de Austerlitz,[*] librada el 2 de diciembre de 1805, unos 73.200 soldados franceses derrotaron a 85.700 rusos y austríacos. Estas cifras deberían compararse con las fuerzas de Yorktown en 1781, donde 17.600 hombres de Washington derrotaron a 8.300 casacas rojas de Cornwallis. El número de víctimas infligidas por la batalla posterior superó al total de participantes en la anterior por más de 12.000. En Austerlitz, más de una tercera parte de los soldados rusos resultaron muertos, heridos o capturados. Sin embargo, el armamento utilizado no era considerablemente distinto del empleado por el ejército de Federico el Grande en Leuthen casi medio siglo antes. La artillería móvil causó la mayoría de las víctimas. Lo que era nuevo era la escala de la guerra napoleónica, no la tecnología empleada. En 1812, el ejército francés contaba con 700.000 efectivos. En total, entre 1800 y ese fatídico año fueron reclutados 1,3 millones de franceses. Alrededor de dos millones de hombres perdieron la vida en todas las guerras libradas por Bonaparte; casi la mitad de ellos eran franceses, aproximadamente uno de cada cinco de todos los nacidos entre 1790 y 1795. Así, esta revolución devoró a sus propios hijos en más de un aspecto.

¿Hubo algo peculiar en la sociedad civil norteamericana que hizo que la democracia tuviera allí más posibilidades que en Francia, tal como afirmaba Tocqueville? ¿Tenía el centralizado Estado francés más probabilidades de producir a un Napoleón que los descentralizados Estados Unidos? No podemos saberlo con certeza. Pero no es irrazonable preguntarse cuánto tiempo habría durado la Constitución de Estados Unidos si este país hubiera sufrido las mismas tensiones militares y económicas que sacudieron la Constitución francesa de 1791.

EL MONSTRUO DE LA GUERRA

La Revolución no solo devoró a sus propios hijos, sino que muchos de los que lucharon contra ella eran literalmente niños. Carl von Clausewitz tenía doce años, y ya era soldado de primera en el ejército prusiano, cuando presenció su primera acción contra los franceses. Clausewitz, que era un auténtico erudito-guerrero, sobrevivió a la demoledora derrota prusiana de Jena en 1806, se negó a luchar con los franceses contra los rusos en 1812, y también intervino en Ligny en 1815. Fue él quien mejor que nadie (incluido el propio Napoleón) supo entender el modo en que la Revolución francesa había transformado el oscuro arte de la guerra. Su obra maestra postumamente publicada, *De la guerra* (1832), sigue siendo todavía el libro más importante sobre el tema producido por un autor occidental. Aunque en muchos aspectos sea una obra intemporal, *De la guerra* es también un comentario indispensable sobre la era napoleónica, puesto que explica *por qué* la escala de la guerra había cambiado, y lo que ello implicaba en el modo de librarla.

«La guerra —declara Clausewitz— es… un acto de fuerza para obligar a nuestro enemigo a hacer nuestra voluntad… No [es] simplemente un acto de política, sino un verdadero instrumento político, una continuación de la interacción política, realizada con otros medios.» Probablemente estas son sus más famosas palabras, y también las peor traducidas y entendidas. Pero no son las más importantes. La idea de Clausewitz era que a raíz de la Revolución francesa había llegado una nueva pasión al campo de batalla. «Hasta en los pueblos más civilizados —subrayaba, aludiendo claramente a los franceses— se puede despertar un odio apasionado de unos hacia otros…» A partir de 1793, «la guerra se volvió a convertir en un asunto del pueblo», en lugar de ser un pasatiempo de reyes; se convirtió en un «monstruo» impulsado por «el carácter de una nación». Clausewitz reconocía el genio de Bonaparte como impulsor de aquel nuevo monstruo militar. Su «audacia y fortuna» habían «arrinconado las viejas prácticas». Bajo el mando de Napoleón, la guerra había «alcanzado [el] estado de absoluta perfección». De hecho, el advenedizo corso era nada más y nada menos que «el propio Dios de la Guerra… [cuya] superioridad ha llevado constantemente al hundimiento del enemigo». Sin embargo, su excepcional generalato resultaba menos significativo que el nuevo espíritu popular que impulsaba a su ejército.

La guerra, escribía Clausewitz, en la que merecería ser su formula más conocida, era ahora «una paradójica trinidad, compuesta de violencia primordial, odio y enemistad, que deben considerarse una fuerza natural ciega; del juego de posibilidad y probabilidad… y de su elemento de subordinación, como un instrumento de política, que la hace someterse solo a la razón». Es verdad que el «deseo de aniquilar a las fuerzas enemigas» es un impulso muy poderoso, «el hijo primogénito» de esta nueva guerra de las naciones. Sin embargo, advertía Clausewitz, la defensa es siempre «una forma más fuerte de luchar que el ataque», puesto que «la fuerza de un ataque disminuye gradualmente…». Pero aun en la defensa hay una dificultad intrínseca: «Todo en la guerra es muy sencillo, pero la cosa más sencilla es difícil… una especie de fricción… reduce el nivel general de rendimiento». Por tales razones, un comandante eficaz debe recordar siempre cuatro cosas. Primero, «evaluar las probabilidades».[*] Segundo, «actuar con la máxima concentración». Tercero, «actuar con la máxima rapidez»:

> Toda la actividad militar debe, pues, relacionarse directa o indirectamente con el combate. El fin para el que el soldado es reclutado, vestido, armado y entrenado… *es simplemente que debe luchar en el lugar adecuado y el momento oportuno*.

Sobre todo, no obstante, hay que mantener al monstruo bajo control. Así, lo que Clausewitz denomina la guerra «absoluta» «requiere [la] primacía de la política»; en otras palabras, la subordinación de los medios de la guerra a los fines de la política exterior. Este es el verdadero mensaje que encierra *De la guerra*.[22]

Entonces, ¿cuáles eran los objetivos políticos de Napoleón? Sin duda, en algunos aspectos estos adquirieron una pátina reaccionaria: compárese *La coronación de Napoleón I* de Jacques-Louis David (1804), donde aparece envuelto en el armiño imperial en Notre-Dame, con el héroe romántico de la obra del mismo artista *Napoleón en el paso de San Bernardo* (1801), que encarna de pies a cabeza el *Zeitgeist* revolucionario a caballo (en expresión del filósofo Georg Wilhelm Friedrich Hegel). Esta metamorfosis le resultó tan repelente a Ludwig van Beethoven, el espíritu musical de la época, que borró airado el título original de su Tercera Sinfonía —«Bonaparte»— y lo cambió por el

de «Sinfonía heroica». Tras coronarse emperador en diciembre de 1804, Napoleón obligó al austríaco Francisco II a renunciar al título de emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y luego se casó con su hija. Paralelamente, con el Concordato de 1801 Napoleón firmó la paz de Francia con el Papa, barriendo los restos del culto jacobino a la Razón.

Sin embargo, no había mucho más de retrógrado en el imperio que Napoleón trató de construir en Europa, que de hecho fue realmente revolucionario. No solo amplió Francia a sus «fronteras naturales» y redujo Prusia, sino que también creó una nueva confederación suiza; una nueva Confederación del Rin germano-occidental integrada por 40 estados, que se extendía desde el Báltico hasta los Alpes; un nuevo reino de Italia (del Norte); y un nuevo ducado de Varsovia. Es cierto que esos nuevos Estados habían de ser vasallos franceses; hasta instaló a su derrochador hermano pequeño Jerónimo como gobernante titular del nuevo reino de Westfalia, y al petimetre de su cuñado, Joachim Murat, como su homólogo en Nápoles. Es también cierto que los vencidos pagaron un duro tributo a los vencedores franceses. En total, entre 1795 y 1804 los holandeses entregaron a Francia 229 millones de florines, una cifra superior a la renta nacional de un año. Las campañas napoleónicas de 1806-1807 no solo se autofinanciaron, sino que cubrieron al menos una tercera parte de los gastos públicos ordinarios de Francia. Y en Italia, entre 1805 y 1812, nada menos que la mitad de todos los impuestos recaudados fueron a parar al tesoro francés. Sin embargo, el mapa europeo redibujado por Napoleón transformó un viejo mosaico de territorios hereditarios en una nueva cuadrícula de estados-nación. Además, el dominio francés vino acompañado de un cambio fundamental en el orden jurídico con la introducción del nuevo código de derecho civil cuya redacción había patrocinado; un cambio que posteriormente tendría efectos duraderos y positivos en las economías de los países afectados. El gobierno francés acabó con los diversos privilegios que habían protegido a la nobleza, el clero, los gremios y las oligarquías urbanas, y estableció el principio de igualdad ante la ley.[23] Cuando Napoleón dijo más tarde que él había «querido fundar un sistema europeo, un código de leyes europeo, [y] una judicatura europea», para que «no hubiera más que un solo pueblo en Europa», no era del todo propaganda huera.[24] El simple hecho de que su imperio no perdurara no significa que él careciera de visión política. Para Napoleón, la guerra no era un fin en sí misma; era, como entendió Clausewitz, la aplicación armada de una política.

Lo que falló no fue el objetivo de Bonaparte, sino el hecho de que tarde o temprano las fuerzas de sus enemigos estaban destinadas a superarle en número, aunque sus comandantes nunca pudieran igualar su habilidad. Devastado no tanto por el invierno ruso como por la estrategia rusa de retirada y desgaste (por no mencionar el tifus incontrolado), la Grande Armée sucumbió a la superioridad numérica —en particular, al número superior de caballos— en Leipzig, en 1813.[25] Y casi se repitió la misma historia cuando los prusianos inclinaron la balanza en Waterloo, en 1815. Mucho antes de eso, no obstante, Francia ya había perdido la guerra en el mar. En la bahía de Abukir (la batalla del Nilo), en 1798, lord Horatio Nelson se ganó su título nobiliario atacando astutamente a la flota francesa por ambos flancos y asestando un golpe mortal al sueño napoleónico de conquistar Egipto. Siete años después, en Trafalgar, una fuerza inglesa integrada por 27 barcos superó tácticamente a una flota francoespañola más numerosa empleando el denominado «toque Nelson», la táctica de navegar a gran velocidad a través de las líneas enemigas, disparando andanadas a la banda de estribor de un barco, a la popa de otro, y luego a la banda de babor del segundo.

La trascendencia de la derrota de Napoleón en el mar fue doble. En primer lugar, Francia se vio gradualmente aislada de sus posesiones de ultramar. Ya en 1791 la enormemente lucrativa colonia azucarera de Saint-Domingue se había alzado en una revolución bajo el liderazgo del esclavo liberto François-Dominique Toussaint-Louverture (el apodo que adoptó, L'ouverture, significa literalmente «la abertura») después de que la Asamblea Legislativa de París hubiera ampliado el voto a los negros y mulatos libres, pero no a los esclavos. La abolición de la esclavitud en 1794 por la Convención Nacional sumió a la isla en una sangrienta guerra civil racial que se contagió a la vecina Santo Domingo española y se prolongó hasta la detención y deportación de Toussaint a Francia en 1802, y la restauración de la esclavitud por parte de Napoleón. En total, entre 160.000 y 350.000 personas perdieron la vida en la Revolución haitiana. Un año después, los franceses optaron por vender a Estados Unidos el enorme territorio norteamericano entonces conocido como La Luisiana (que no debe confundirse con el estado actual del mismo nombre) a precio de saldo: 2.146.500 kilómetros cuadrados por 15 millones de dólares (a menos de ocho centavos la hectárea). En segundo lugar, y quizá más importante, Francia perdió la guerra financiera. Pese a las continuas ventas de antiguas tierras eclesiásticas, la introducción de una nueva moneda y la enorme presión fiscal ejercida sobre los contribuyentes holandeses e italianos, Napoleón no pudo lograr que el coste de sus empréstitos bajara del 6 por ciento. Entre Trafalgar y Waterloo, el rendimiento medio de las *rentes* públicas francesas fue dos puntos porcentuales superior al de los *consols* británicos; un diferencial fatídico.

Mercantilista como era, Bonaparte trató de debilitar la posición económica inglesa prohibiendo el comercio entre el continente y Gran Bretaña. Pero los comerciantes británicos fueron capaces de cambiar con bastante rapidez a otros mercados más lejanos en ultramar, seguros del dominio de la Royal Navy de las principales vías marítimas. A veces se supone erróneamente que la temprana industrialización de Gran Bretaña le dio a esta una ventaja sobre Napoleón. En realidad fueron el comercio y las finanzas las que le ganaron la mano, no el hierro y el vapor. No solo el comercio se mantuvo firme, sino que, crucialmente, Gran Bretaña fue capaz de mantener un superávit en cuenta corriente en ingresos invisibles derivados del transporte, los seguros y las inversiones de ultramar, más los beneficios del imperio (los ingresos del tráfico de esclavos y de la tributación impuesta a los indios por la Compañía de las Indias Orientales). El superávit de servicios del Reino Unido ascendió a 14 millones de libras anuales entre 1808 y 1815, compensando con creces el déficit del comercio de mercancías del mismo período. Ello permitió a Gran Bretaña realizar transferencias masivas al extranjero —con un máximo equivalente al 4,4 por ciento de su renta nacional anual— en forma de pagas a sus ejércitos y subvenciones a sus aliados. Entre 1793 y 1815, la cantidad total que Gran Bretaña dio a los enemigos continentales de Francia fue de 65,8 millones de libras. El nuevo espíritu de la época, apoyado contra una columna de la Bolsa, lo representaría un judío nacido en Frankfurt y llamado Nathan Rothschild —apodado el *Finanzbonaparte*—, que desempeñaría un papel clave a la hora de dotar al duque de Wellington y a sus aliados del vigor necesario para la guerra.[26]

Napoleón había sido derrotado. Francia se veía ahora cargada con una enorme factura en reparaciones de guerra y con los restaurados Borbones en la persona del corpulento Luis XVIII. Sin

embargo, ni el sueño de la revolución ni el del imperio revolucionario murieron con Napoleón cuando este falleció, casi con certeza de un cáncer de estómago, en la remota isla de Santa Elena, en el Atlántico Sur, en 1821. La Revolución de 1789 había dado a Francia el guion político de un drama inigualable. Y durante casi todo el siglo siguiente la tentación de volver a representarlo fue irresistible; ocurrió en 1830, en 1848 y, de nuevo, en 1871. Lo crucial fue que, cada vez que se levantaron barricadas en las calles del centro de París, una onda de choque —aunque de magnitud decreciente— barrió Europa y los imperios europeos. La roja promesa revolucionaria de la Declaración de los Derechos del Hombre no podía simplemente envolverse en negro burocrático y olvidarse, tal como expresaba con gran fuerza la novela *Rojo y negro* (1830) de Stendhal. Al fin y al cabo, cualquiera podía adoptar tanto la terminología como la iconografía de la Revolución. Civiles armados a toda prisa, combatientes de pecho desnudo, mártires desparramados… estas figuras tenían por delante todo un futuro prometedor como clichés.[*]

Las revoluciones de 1848 fueron aún más generalizadas. La gente tomó las calles de Berlín, Dresde, Hannover, Karlsruhe, Kassel Munich, Stuttgart y Viena, además de Milán, Nápoles, Turín y Venecia. Fue una revolución liderada por intelectuales desencantados sobre todo con los límites impuestos a la libertad de expresión por los regímenes monárquicos restaurados en 1815. De manera característica, el compositor Richard Wagner y el anarquista ruso Mijaíl Bakunin aportaron su granito de arena a la «conflagración mundial» conspirando para escribir juntos una ópera blasfema.[*] Gran Bretaña fue uno de los pocos países de Europa occidental que se salvó, en parte gracias a que contaba con 35.000 soldados, 85.000 guardias especiales, 1.200 militares retirados y 4.000 policías para asegurarse de que los cartistas —defensores del sufragio universal— se comportaban debidamente. Como resultado, en Londres 1848 fue un año de discursos en los parques públicos, no de sangre en las calles.

Pero la llamada «Primavera de los Pueblos» no se limitó a Europa. Como tantas otras ideas occidentales del siglo XIX, la revolución de estilo francés no tardó en convertirse en un fenómeno global. Hubo disturbios en todo el Imperio británico: en Ceilán, Guayana, Jamaica, Nueva Gales del Sur, la Soberanía del Río Orange, el Punjab y la Tierra de Van Diemen.[27] Aún más notables fueron los acontecimientos del África Occidental Francesa. Allí, a diferencia de las colonias británicas, el cambio político radical contaba con el respaldo de un gobierno revolucionario en la metrópoli.

Todo esto sirve para ilustrar el rasgo más distintivo del imperialismo francés: su perdurable carácter revolucionario. El Imperio británico era, por instinto, socialmente conservador; con el paso de los años sus administradores mostraban cada vez más aprecio a las élites locales y se sentían cada vez más cómodos con el gobierno indirecto por medio de jefes tribales y maharajás ornamentales. Pero los franceses todavía albergaban la esperanza de que la libertad, la igualdad y la fraternidad —junto con el Código Napoleónico y la comida enlatada (otra invención napoleónica)— eran mercancías de exportación universal.[28]

Francia —como todos los imperios europeos— había basado su imperio de ultramar, al menos en parte, en la esclavitud. Sin embargo en 1848 el nuevo gobierno republicano de Francia declaró que la esclavitud sería abolida de nuevo en toda la extensión del Imperio francés, incluida la colonia

africano-occidental de Senegal (los ingleses ya habían hecho lo mismo en su imperio quince años antes). Pero la abolición fue solo la primera parte de esta revolución acaecida en el África francesa. También se anunció que los esclavos recién liberados tendrían derecho al voto, a diferencia de los nativos de las colonias británicas. Con la introducción del sufragio universal masculino en todo el Imperio francés, el electorado *métis*, o mestizo, casi completamente africano (los blancos representaban solo el 1 por ciento del total), tuvo la oportunidad de votar en las elecciones de noviembre de 1848, eligiendo al primer hombre de color que ocuparía un escaño en la Asamblea Nacional francesa.[29] Aunque en 1852 el emperador Napoleón III retiró a Senegal el derecho de enviar un diputado a París (un derecho que no se restauró hasta 1879), se mantuvo la práctica de elegir los consejos de las *quatre communes* (Saint-Louis, Gorée, Rufisque y Dakar) sobre la base del sufragio universal masculino.[30] La primera asamblea democrática multirracial de la historia africana se reunió en la que entonces era la capital colonial de Saint-Louis.

Los contemporáneos supieron reconocer el enorme cambio que aquello representaba. «El visitante del Consejo —escribía un viajero británico en Saint-Louis— presenciará con frecuencia cómo un presidente negro llama al orden a un miembro europeo por armar alboroto… Los miembros negros han criticado despiadadamente a los funcionarios de Senegal. Ninguna colonia británica toleraría los ataques de los que son objeto los funcionarios europeos por parte de los nativos en Senegal.»[31] Para los ingleses, el imperio se basaba en la jerarquía del mismo modo que su sociedad en la metrópoli se basaba en las clases. En la cúspide estaba Victoria, la reina y emperatriz. Todos y cada uno de sus 400 millones de súbditos se situaban por debajo de ella en una elaborada cadena de estatus que descendía hasta el más humilde *punkahwallah*[*] de Calcuta. Pero el Imperio francés era distinto.

A los revolucionarios de 1848 les pareció obvio que los súbditos coloniales habían de convertirse en franceses con la mayor rapidez posible. En la jerga de la época, los africanos habían de ser «asimilados». Al mismo tiempo, alentaron positivamente el matrimonio interracial (*métissage*) entre funcionarios franceses y mujeres africanas.[32] Quien mejor personificó este imperialismo progresista fue Louis Faidherbe, un experimentado soldado que en 1854 se convirtió en gobernador de Senegal. En Saint-Louis, Faidherbe supervisó la construcción de nuevos puentes, carreteras asfaltadas, escuelas, muelles, una red de agua potable y la introducción de un servicio regular de transbordador en el río. En todo Senegal se fundaron «aldeas de libertad» para esclavos emancipados. En 1857, Faidherbe creó un ejército colonial senegalés —los *tirailleurs sénégalais*—, transformando así al soldado africano, que pasó de ser un mero trabajador militar con un vínculo laboral obligatorio a convertirse en un soldado de infantería regular de pleno derecho. Se estableció una escuela para los hijos de los jefes nativos.[33] Y el propio Faidherbe se casó con una muchacha senegalesa de quince años.

«Nuestras intenciones son puras y nobles —declararía Faidherbe hacia el final de su etapa como gobernador—. Nuestra causa es justa.» Desde luego, su misión era algo más que civilizadora. «El objetivo», explicaría en 1857, era «dominar el país con el menor coste posible y a través del comercio [para] conseguir los mayores beneficios.»[34] Tenía instrucciones de extender la influencia francesa tierra adentro, y lograr la *mise en valeur* (el desarrollo económico) de Senegal desafiando el control que ejercían los indígenas africanos sobre el comercio de la goma arábiga, elaborada con

la savia de la acacia, y los cacahuetes. La estrategia de Faidherbe fue construir una cadena de fuertes franceses a lo largo del río Senegal empezando en Médine, por debajo de las cascadas de Félou. Esto condujo inevitablemente al conflicto con los poderes predominantes del interior del país: los moros trarza del Waalo; los adior del Cayor, en el sur, y El Hadj Umar Tall, el gobernante musulmán del Níger medio, que más tarde establecería el Imperio tukulor en el vecino Malí.[35] De manera gradual e inexorable, sin embargo, todos aquellos rivales africanos fueron obligados a retirarse. En 1857, las fuerzas francesas derribaron la República de Lebu, convirtiendo su capital, Ndakarou, en la nueva ciudad colonial de Dakar. Hoy el centro de la ciudad sigue siendo un monumento a la visión colonial francesa, desde el palacio del gobernador general blanco hasta la amplia avenida de Faidherbe, desde las *boulangeries* con su frescas y fragantes *baguettes* hasta las patisseries donde se sirve *café au lait*. Para formalizar este proceso de afrancesamiento, el país entero se dividió en *arrondissements*, *cercles* y *cantons*. Cuando se retiró Faidherbe en 1865, un francés podía pasear por toda Saint-Louis y sentirse verdaderamente orgulloso de los logros de su país. Los antiguos mercados de esclavos se habían convertido en flamantes avanzadillas de la cultura gala. Las antiguas víctimas del imperialismo eran ahora ciudadanos con derecho a voto y el deber de llevar armas. Como declararía el periodista Gabriel Charmes:

> Si a esas inmensas regiones donde hoy solo reinan el fanatismo y el bandidaje, [Francia] trajera… la paz, el comercio, la tolerancia, ¿quién podría decir que era un mal uso de la fuerza?… Haber enseñado a millones de hombres la civilización y la libertad la llenaría del orgullo que hace grandes a los pueblos.[36]

Desde luego, la realidad del imperialismo francés posiblemente no estuvo a la altura de esta exaltada propaganda. El reto más importa fue fue el de atraer a funcionarios competentes de Francia. Tal como sugeriría sin rodeos uno de los sucesores de Faidherbe, quienes se ofrecían voluntarios para servir en el África Occidental eran generalmente «personas que, si no estaban comprometidas en su país eran cuando menos incapaces de ganarse la vida» allí; es decir, que si no eran pequeños delincuentes, eran como mínimo borrachos sin un céntimo.[37] En palabras de un colono en 1894, las colonias eran «el refugio de pecadores de todos nuestros inadaptados, el depósito del excremento de nuestro organismo político y social». Cuando un hombre partía hacia las colonias, recordaba el director de la École Coloniale, sus amigos se preguntaban: «¿Qué delito habrá cometido? ¿De qué cadáver huye?».[38] Varios funcionarios coloniales se hicieron célebres por su brutalidad para con los autóctonos; uno de ellos, Émile Toqué, celebró el día de la Bastilla en 1903 haciendo volar a un preso con pólvora.[39] La mayoría de los funcionarios coloniales probablemente compartían la opinión de al menos uno de los profesores de la École en el sentido de que sus súbditos africanos eran todos retrasados mentales. El código del *indigénat* les autorizaba, si lo creían oportuno, a encarcelar a los nativos díscolos hasta quince días por 46 «delitos» distintos, la mayoría de los cuales no se consideraban ilegales en Francia.[40] No había ningún mecanismo de apelación. El trabajo forzado (la *corvée*) era parte integral del sistema tributario del África Occidental; fue así como se construyó el ferrocarril Dakar-Níger. Para un trabajador de una plantación de goma, el impuesto de capitación del Congo francés equivalía a no menos de cien días de trabajo al año. Cuando las aldeas se atrasaban en el pago de sus deudas se tomaban rehenes. Algunos funcionarios —como el que en el Sudán francés fue acusado de múltiples asesinatos, al menos una violación,

lesiones corporales graves, errores judiciales y malversación— parecen haber tomado como modelo al personaje de Kurtz del novelista Joseph Conrad.[41] Cierto individuo llamado Brocard decapitó «por compasión» a un preso que había quedado ciego como consecuencia de las condiciones malsanas de su celda.[42] La culminación de aquella locura fue la misión de Paul Voulet y Julien Chanoine al lago Chad (1898-1899), que dejó un rastro de aldeas incineradas, nativos ahorcados y hasta niños asados a su paso, hasta que finalmente los soldados africanos que tenían bajo su mando se amotinaron y los mataron a ambos.[43]

Aun así, el estándar de los administradores coloniales franceses experimentó una clara mejora, sobre todo tras la Primera Guerra Mundial, cuando la École Coloniale empezó a atraer no solo a mejores alumnos, sino también a distinguidos etnólogos como Maurice Delafosse y Henri Labouret. Como director de la École, el beatífico Georges Hardy fue la personificación de la «misión civilizadora». Al mismo tiempo, los franceses hicieron un auténtico esfuerzo por atraer y formar el talento autóctono. Faidherbe dejaba claro su pensamiento en un discurso que pronunció al conceder el rango de subteniente a un soldado llamado Alioun Sall:

> Este nombramiento… demuestra que, hasta para los puestos más elevados de nuestra jerarquía social, el color ya no es una razón de exclusión… Solo los más capaces tendrán éxito. Quienes obstinadamente prefieran la ignorancia a la civilización permanecerán en los grados más bajos de la sociedad, como sucede en todos los países del mundo.[44]

En 1886, el hijo del rey de Porto Novo (más tarde Dahomey y luego Benín) se unió a una decena de estudiantes asiáticos en la École Coloniale. Desde 1889 hasta 1914, la «sección nativa» de la escuela admitiría cada año a unos veinte estudiantes no franceses.[45] Fue claramente la idea francesa de una misión civilizadora la que permitió que un hombre como Blaise Diagne, nacido en 1872 en una modesta vivienda en el viejo centro de comercio de esclavos de Gorée, pudiera incorporarse al servicio aduanero colonial y ascender en el escalafón. Tal ascenso habría resultado mucho más difícil —de hecho, casi inconcebible— en el África británica. En 1914, Diagne se convirtió en el primer negro africano (de raza no mestiza) miembro de la Asamblea Nacional francesa, una hazaña nada pequeña para el nieto de un esclavo senegalés. Comparado con los valores de otros imperios europeos de la época, no cabe ninguna duda de que el Imperio francés fue el de diseño más progresista. En la *commune* de Dakar, la canción que cantaban los wólof para celebrar la victoria de Diagne resumía sucintamente la nueva situación política: «La oveja negra [ha derrotado] a la oveja blanca».[46]

El mayor de los «elogios» irónicos al imperialismo francés lo hizo en 1922 un tal Nguyen Ai Quoc en una carta al gobernador general de otra colonia francesa situada en el otro extremo del mundo: Indochina. Decía el autor, cuyo verdadero nombre era Nguyen Sinh Cung, en un fluido francés que debía al tiempo que había pasado en el *lycée* de Hué:

> Su Excelencia… Sabemos muy bien que su afecto por los nativos, de las colonias en general y los anamitas en particular, es grande. Bajo su proconsulado los anamitas han conocido la verdadera prosperidad y la auténtica felicidad, la felicidad de ver su país salpicado por todas partes de un creciente número de tiendas de licores y de opio que, junto con los pelotones de fusilamiento, las prisiones, la «democracia» y todo el perfeccionado aparato de la civilización moderna, se combinan para hacer de los anamitas los más avanzados de los asiáticos y los más felices de los mortales. Esos actos de benevolencia nos ahorran el problema de recordar todos los demás, como el reclutamiento y los préstamos forzosos, las sangrientas represiones, el destronamiento y exilio de reyes, la profanación de lugares sagrados, etc.[47]

Pero no fue solo el francés lo que este corresponsal del gobernador había aprendido en la escuela. Bajo otro seudónimo, Ho Chi Minh, más tarde lideraría el movimiento en favor de un Vietnam independiente, citando directamente la Declaración de los Derechos del Hombre de 1791 en su propia declaración de independencia vietnamita, del mismo modo que Vo Nguyen Giap, el vencedor de la decisiva batalla de Dien Bien Phu (y también antiguo alumno del mismo *lycée*), había aprendido el arte de la guerra estudiando las campañas de Napoleón. Tal era el destino inevitable de una misión civilizadora que había exportado la tradición revolucionaria junto con la petanca y las *baguettes*.[48] No fue casualidad que los presidentes de los independientes Costa de Marfil, Níger, Dahomey y Malí fueran todos ellos graduados de la École William Ponty, como también lo fue el primer ministro senegalés.[49]

Y, sin embargo, todo esto —toda la misión civilizadora francesa— se vio amenazado con la derrota por parte de un enemigo mortal, la enfermedad, que convirtió grandes extensiones del África subsahariana en un territorio casi inhabitable para los europeos.[50] Hace un siglo y medio la vida ya era bastante corta en Occidente. En 1850, la esperanza de vida al nacer en Gran Bretaña todavía era de solo cuarenta años, frente a los setenta y cinco actuales. Pero en África las tasas de mortalidad infantil y muerte prematura eran terriblemente altas. En Senegal, por ejemplo, la esperanza de vida a mediados del siglo XIX probablemente oscilaba entre los veinte y los veinticinco años.[51] De modo que África habría de ser el campo de pruebas definitivo para la cuarta «aplicación demoledora» de la civilización occidental: la capacidad de la medicina moderna de prolongar la vida humana.

MÉDICOS SIN FRONTERAS

No en vano al África Occidental se la conocía como el cementerio del hombre blanco; de hecho, en toda África el proyecto colonial europeo corría el riesgo de extinguirse en su misma infancia. Una buena ilustración de los riesgos que corrían los europeos en África es el monumento erigido en la isla de Gorée a los 21 médicos franceses que perecieron en un brote de fiebre amarilla en 1878. Las enfermedades tropicales se cobraron un elevado número de víctimas entre la administración colonial francesa; entre 1887 y 1912, un total de 135 de las 984 personas allí destinadas (el 16 por ciento) murieron en las colonias. Por regla general, los funcionarios coloniales jubilados morían diecisiete años antes que sus colegas de la administración metropolitana. Todavía en 1929 casi una tercera parte de los 16.000 europeos que vivían en el África Occidental Francesa eran hospitalizados una media de catorce días al año.[52] Las cosas no iban mucho mejor en el África inglesa. La tasa de mortalidad entre los soldados británicos de Sierra Leona era la peor de todo el Imperio británico,

treinta veces superior a la de los soldados que se quedaban en Gran Bretaña. De haber persistido tales tasas de mortalidad, los europeos seguramente habrían abandonado la colonización de África.

Como todas las buenas administraciones coloniales, la francesa llevaba unos archivos impecables. En los Archivos Nacionales de Dakar todavía puede encontrarse cada detalle de cada brote de cada enfermedad que asoló el África Occidental Francesa: fiebre amarilla en Senegal, malaria en Guinea, lepra en Costa de Marfil… Boletines sanitarios, leyes de salud pública, misiones sanitarias… parecía que la salud obsesionaba a los franceses. ¿Y por qué no? Había que encontrar la forma de mantener a raya esas enfermedades. Como diría el médico y autor inglés sir Rubert William Boyce en 1910, la posibilidad de que hubiera o no presencia europea en los trópicos se reducía a esto: «O el mosquito o el hombre». Dicho de otro modo, «el futuro del imperialismo —en palabras del parasitólogo canadiense John L. Todd— está en el microscopio».[53] Pero los avances fundamentales no iban a realizarse en los inmaculados laboratorios de las universidades y las empresas farmacéuticas occidentales.

En septiembre de 1903, la revista satírica británica *Punch* publicaba la oda de un insomne a los estudiantes de medicina tropical:[54]

> Hombres de ciencia, vosotros que osáis
> desafiar al microbio en su cubil
> y en la densa selva africana rastreáis
> de la enfermedad del sueño el germen vil.
> ¡Escuchad mi ruego, fruto del agobio:
> enviadme, por favor, algún microbio![*]

No era ninguna fantasía imaginarse a los hombres de ciencia rastreando la selva. Los investigadores de enfermedades tropicales montaron laboratorios en las más remotas colonias africanas. El establecido en Saint-Louis en 1896 fue uno de los primeros. A los animales que allí se utilizaron se les inyectaron vacunas de prueba: 82 gatos inyectados con disentería, y 11 perros con tétanos. Otros laboratorios investigaron el cólera, la malaria, la rabia y la viruela. Tales esfuerzos tenían sus raíces en el trabajo pionero sobre la teoría de los gérmenes realizado por Louis Pasteur en las décadas de 1850 y 1860.

El imperio inspiró a toda una generación de innovadores médicos europeos. Fue en Alejandría, en 1884, donde el bacteriólogo alemán Robert Koch —que ya había aislado los bacilos del ántrax y la tuberculosis— descubrió la *Vibrio cholerae*, la bacteria que transmite el cólera y que justo el año anterior había matado al rival francés de Koch, Louis Thuillier. A raíz de un brote de peste bubónica en Hong Kong, en 1894, otro francés, Alexandre Yersin, identificó al bacilo responsable de dicha enfermedad.[55] Un doctor del británico Servicio Médico de la India, Ronald Ross, fue el primero en explicar por completo la etiología de la malaria y el papel del mosquito anofeles en su transmisión; él mismo sufrió también la enfermedad. Tres científicos holandeses establecidos en Java, Christiaan Eijkman, Adolphe Vorderman y Gerrit Grijns, descubrieron que lo que causaba el beriberi era una deficiencia alimentaria del arroz refinado (la carencia de vitamina B_1). La investigación en Uganda de un italiano, Aldo Castellani, identificó a los protozoos tripanosoma en la mosca tse-tsé como responsables de la enfermedad del sueño. Y el equipo de investigadores de Jean Laigret, en el Instituto Pasteur de Dakar, fue el primero que logró aislar el virus de la fiebre amarilla y elaborar

una vacuna que pudiera administrarse de forma sencilla, sin necesidad de agujas y jeringuillas esterilizadas, más tarde mejorada para producir la denominada «vacuna de rasguño» de Dakar (o vacuna de Peltier-Durieux), que también ofrecía protección contra la viruela.[56] Estos y otros avances, concentrados en el período que va de la década de 1880 a la de 1920, se revelaron cruciales a la hora de mantener vivos a los europeos, y por ende al proyecto colonial, en los trópicos. África y Asia se convirtieron en gigantescos laboratorios de la medicina occidental.[57] Y cuanto más éxito tenían las investigaciones —cuantos más remedios se encontraban (como la quinina, cuyas propiedades antipalúdicas se descubrieron en Perú)—, más podían extenderse los imperios occidentales y, con ellos, el supremo beneficio de una vida humana más larga.

Al principio la colonización de África se limitó a asentamientos costeros. Pero luego el advenimiento de otro avance occidental —mecanización de la movilidad— le permitió extenderse hacia el interior. Ferrocarriles como el que unió Dakar con Bamako, en Malí fueron vitales para el proyecto imperial occidental. «La civilización se difunde y arraiga a lo largo de las vías de comunicación —declaraba Charles de Freycinet, ministro francés de Obras Públicas, en 1880—. África, que se extiende ante nosotros, exige particularmente nuestra atención.»[58] Tras la creación en 1895 de la federación del África Occidental Francesa, que se extendía más allá de Tombuctú, en Níger, y ampliaba el dominio francés a más de 10 millones de africanos, este se convirtió en uno de los *leitmotiv* de la colonización francesa. En palabras de Ernest Roume, el primer gobernador de la federación:

> Deseamos realmente abrir a la civilización las inmensas regiones que la previsión de nuestros estadistas y el valor de nuestros soldados y exploradores nos han legado… La condición necesaria para lograr este objetivo es la creación de líneas de penetración, un medio de transporte perfeccionado para compensar la ausencia de medios de comunicación naturales que ha mantenido a este país en la pobreza y la barbarie… Ni siquiera puede concebirse una auténtica actividad económica sin ferrocarriles. Es, pues, nuestro deber… como nación civilizada, dar aquellos pasos que la propia naturaleza impone y que son los únicos eficaces… Hoy es convicción de todo el mundo que no es posible ningún progreso material o moral en nuestras colonias africanas sin ferrocarriles.[59]

Los ferrocarriles ayudaron a imponer el dominio europeo en el interior del continente africano. Pero al mimo tiempo difundieron otras cosas: no solo el comercio de cacahuetes y goma, sino también el conocimiento médico occidental. Y ello porque, sin una mejora de la salud pública, los ferrocarriles habrían terminado por propagar la enfermedad, aumentando el peligro de epidemias. Fue como una especie de Médicos sin Fronteras en versión del siglo XIX. Unos beneficios que a menudo pasarían por alto quienes, como Gandhi, sostendrían que los imperios europeos no tenían ni una sola cosa buena.

Al derrocamiento de las estructuras de poder autóctonas le siguió el intento de terminar también con las supersticiones autóctonas. Hoy, la aldea de Jajak es notable porque tiene nada menos que tres curanderos tradicionales, uno de los cuales es una anciana llamaja Han Diop. Acude gente de varios kilómetros a la redonda para consultarla, y, como ella misma me dijo cuando visité Jajak en 2010, puede curarlo todo, desde el asma hasta el mal de amores, con hierbas medicinales y algún que otro vaticinio. Los africanos llevan practicando esta clase de medicina cientos, si no miles, de años. Esa es una de las razones por las que la esperanza de vida en África todavía sigue siendo muy inferior a

la de Occidente. Las hierbas y conjuros se muestran particularmente ineficaces contra la mayoría de las enfermedades tropicales.

En 1897, las autoridades coloniales francesas prohibieron los hechiceros. Siete años después fueron aún más lejos, elaborando el plan del primer servicio médico nacional africano, la Assistance Médicale Indigène. Pero los franceses no solo extendieron su propio sistema de salud pública a toda África Occidental Francesa, sino que en febrero de 1905 el gobernador general Roume promulgó una orden por la que se creaba un servicio de salud gratuito para la población indígena, algo que no existía en Francia. En adelante, los «puestos sanitarios» en diversas localidades pondrían la medicina moderna a disposición de todos los africanos bajo el dominio francés.[60] En 1884, el primer ministro Jules Ferry, dirigiéndose a la Asamblea Nacional, había resumido así el nuevo espíritu:

> ¡Caballeros, debemos hablar más alto y con mayor franqueza! Debemos decir abiertamente que de hecho las razas superiores tienen un derecho sobre las inferiores… repito que las razas superiores tienen un derecho, porque también tienen un deber. Tienen el deber de civilizar a las razas inferiores… En la historia de los pasados siglos, caballeros, estos deberes a menudo se han entendido mal; y ciertamente cuando los soldados y exploradores españoles introdujeron la esclavitud en América Central, no cumplieron con su deber como hombres de una raza superior… Pero en nuestro tiempo sostengo que las naciones europeas desempeñan con generosidad, con grandeza y con sinceridad este superior deber civilizador.[61]

Esto era algo muy distinto del estilo de gobierno indirecto cada vez más favorecido en el África británica. En palabras de Robert Delavignette, experimentado administrador colonial y director de la École Coloniale:[*]

> El representante de los poderes de la República en Dakar, miembro de la Masonería Francesa y del Partido Socialista Radical, será, una vez en África, un gobernador autoritario, y utilizará métodos autocríticos de gobierno para conducir a los nativos al progreso… Muchos administradores querían tratar a los señores feudales [es decir, a los jefes nativos] del mismo modo que nosotros los habíamos tratado durante la Revolución francesa. Se trataba, o de quebrantarlos, o de utilizarlos para nuestros propósitos. Los administradores británicos tenían mayores simpatías por los señores feudales; era la aristocracia respetando a la aristocracia.[62]

A los ojos de William Ponty, gobernador general del África Occidental Francesa entre 1908 y 1915, las instituciones tradicionales africanas eran el principal obstáculo entre su gente y la civilización que él trataba de difundir. Los jefes tribales, declaraba Ponty, eran «nada más que parásitos». «Nosotros no nos tomábamos muy en serio a los señores feudales —recordaría un funcionario colonial de la década de 1920—. Los encontrábamos más bien ridículos. Después de la Revolución francesa no podíamos esperar volver a la Edad Media.»[63] Delavignette tenía un punto de vista similar. En el imperio revolucionario con el que soñó, los héroes eran los «campesinos negros», como rezaba el título de su premiada novela de 1931. En palabras del primer ministro socialista de Colonias, Marius Moutet, el propósito de la política francesa era «considerar la aplicación a los países de ultramar de los grandes principios de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano».[64]

Es fácil hoy descartar tales aspiraciones como meros productos de una insufrible arrogancia gala. Pero no cabe duda de que aquí, como en otras partes, el imperio occidental trajo un progreso real y mensurable. Tras la introducción de la vacunación obligatoria en 1904, en Senegal se redujo considerablemente la viruela. En el período de 1925 a 1958 solo hubo cuatro ocasiones en que el

número de casos superó los 400 anuales.[65] La malaria se vio frenada asimismo por la sistemática destrucción de los pantanosos criaderos de mosquitos y por el aislamiento de las víctimas, además de la distribución gratis de quinina.[66] También las epidemias de fiebre amarilla se hicieron menos frecuentes en Senegal tras la introducción de una vacuna eficaz.

La denominada «lucha por África» se ha convertido en sinónimo del despiadado reparto de todo un continente por parte de unos voraces europeos. Su extraño clímax fue el incidente de Fachoda, cuando sendas expediciones francesas y británicas rivales convergieron en la ciudad del mismo nombre (hoy Kodok, en el actual Sudán del Sur). Los franceses, liderados por el comandante Jean-Baptiste Marchand, soñaban con una línea que fuera de Dakar a Yibuti (por entonces la Somalilandia Francesa), uniendo el Níger y el Nilo, y creando una cadena ininterrumpida de control francés desde Senegal hasta la costa del mar Rojo. Los británicos, bajo el mando de sir Herbert (después lord) Kitchener, veían el control de Sudán como la clave de una línea similar británica que se extendiera de norte a sur, desde El Cairo hasta El Cabo. El choque se produjo el 18 de septiembre de 1898, en el punto donde esas dos líneas se cruzaban. Aunque el número de hombres fuera absurdamente pequeño —a Marchand le acompañaban 12 oficiales franceses y 150 *tirailleurs*—, y la manzana de la discordia un cenagal completamente desolado lleno de cañas, fango y peces muertos, Fachoda llevó a Gran Bretaña y Francia al borde de una guerra.[67]

Sin embargo, la lucha por África fue también una lucha por el conocimiento científico, que tuvo tanto de colaboración como de competencia, y que sin duda produjo beneficios para los autóctonos tanto como para los europeos. El bacteriólogo, a menudo arriesgando su vida para encontrar curas a afecciones mortales, se convirtió en otro tipo de héroe imperial, tan valiente a su manera como el soldado-explorador. Ahora toda potencia europea con ambiciones imperiales serias había de tener su instituto de medicina tropical: al Instituto Pasteur de París, fundado en 1887, le siguieron más tarde las escuelas de Londres y Liverpool de medicina tropical (1899) y el Instituto de Enfermedades Navales y Tropicales de Hamburgo (1901).

Sin embargo, había límites a lo que se podía lograr. En 1914 se disponía todavía de menos de un centenar de médicos para abastecer de personal los puestos sanitarios rurales de Senegal. Todavía en 1946 había solo 152 puestos sanitarios en toda África Occidental Francesa. En el Congo francés, se suponía que el puesto de Stanley Pool (luego Brazzaville) había de atender a 80.000 personas con un presupuesto anual de solo 200 francos. Cuando el escritor André Gide lo visitó en 1927 le dijeron que, si «se piden medicinas al servicio médico, este generalmente envía, tras un inmenso retraso, nada más que yodo, sulfato sódico y… ¡ácido bórico!». Esta «lamentable penuria» permitía a «enfermedades que podrían ser frenadas fácilmente… resistir y hasta ganar terreno».[68] Esto era en parte una cuestión de realidad económica: la propia Francia estaba todavía muy lejos de tener una atención sanitaria universal. Simplemente no se disponía de recursos suficientes para enviar médicos y vacunas a las aldeas aisladas del interior de Senegal o el Congo. Pero también era una cuestión de prioridades: en general, los institutos de investigación occidentales se preocupaban ante todo por las enfermedades que afectaban más gravemente a los europeos —especialmente la malaria y la fiebre amarilla— y menos por otras como el cólera y la enfermedad del sueño, las que más muertes de africanos causaban.

La originaria misión civilizadora francesa se había basado en la idea revolucionaria de la

ciudadanía universal. Pero en la medida en que el Imperio francés fue ganando terreno, aquella idea lo fue perdiendo. En teoría, un *sujet* africano-occidental todavía podía convertirse en *citoyen*. En la práctica, no obstante, pocos eran considerados aptos para ello (por ejemplo, practicar la poligamia se consideraba un motivo de descalificación). Todavía en 1936, de una población total de 15 millones de habitantes en el África Occidental Francesa, solo había 2.136 ciudadanos franceses fuera de las cuatro communes costeras.[69] La segregación residencial se convirtió en norma (por ejemplo, la separación del «Plateau» europeo de la «Médina» africana en Dakar), aduciendo que los africanos eran portadores de enfermedades infecciosas. Asimismo, la educación se restringió a una diminuta élite de «intermediarios».[70] Antaño los franceses habían aspirado a la asimilación racial;[71] ahora la ciencia médica recomendaba la separación. Esto concordaba con el punto de vista predominante de que la «asociación» era un objetivo más realista que la asimilación, debido, como diría el teórico colonial Louis Vignon, a la «oposición entre los principios de 1789 y el conservadurismo de las poblaciones no europeas».[72]

La batalla contra la enfermedad tropical no se libró solo en los tubos de ensayo: se libró también en las ciudades y pueblos africanos. Cuando la peste bubónica asoló Senegal, las autoridades francesas se mostraron implacables en su respuesta. Se quemaron las casas de los infectados; se obligó a los residentes a abandonarlas por la fuerza y se les puso en cuarentena bajo una guardia armada; los muertos fueron enterrados sin ceremonia en creosota o cal, violando las tradiciones musulmanas. Fue una batalla en la que los africanos se sintieron más víctimas que beneficiarios. En Dakar hubo protestas masivas, disturbios, y la primera huelga general de la historia senegalesa.[73]

Los imperativos de la ciencia médica requerían duras medidas para contener la epidemia. Pero la ciencia de la época también proporcionaba un razonamiento espurio para tratar brutalmente a los africanos. Estos no eran meros ignorantes de la ciencia médica; según la teoría de la eugenesia, eran una especie inferior. En ninguna parte la seudociencia de la eugenesia, la hermanastra mutante de la bacteriología, tendría una influencia más perniciosa que en el nuevo y rápidamente creciente Imperio alemán.

Los cráneos de la isla del Tiburón

En los albores del siglo XX, Alemania estaba en la vanguardia de la civilización occidental. Eran los profesores alemanes los que se llevaban la mayor parte de los premios Nobel de ciencias: el 33 por ciento del total concedido entre 1901 y 1910, y el 29 por ciento en la década siguiente. Eran las universidades alemanas las que lideraban el mundo en los ámbitos de la química y la bioquímica.

Graduados ambiciosos acudían en masa de toda Europa a Gotinga, Heidelberg y Tubinga para temblar ante los titanes de la *Wissenschaft* alemana. Después de Pasteur, Robert Koch se había revelado la figura dominante en bacteriología. Otro alemán, Emil von Behring, fue uno de los científicos que desarrollaron las antitoxinas del tétanos y la difteria, por lo que se le concedió tanto el premio Nobel como la Cruz de Hierro. Otros dos científicos alemanes, Fritz Schaudinn y Erich Hoffmann, identificaron la espiroqueta treponema pallidum como la causa de la sífilis, y un tercero, Paul Ehrlich, fue uno de los inventores del Salvarsán, el primer tratamiento eficaz para la enfermedad.

Sin embargo, en este extraordinario éxito científico había un lado oscuro. Acechando en el seno de la verdadera ciencia había también una seudociencia que afirmaba que la humanidad no era una sola especie más o menos homogénea, sino que se hallaba subdividida y que abarcaba desde una «raza superior» aria hasta una raza negra indigna del calificativo de Homo sapiens. ¿Y dónde probar mejor esas teorías que en las recién adquiridas colonias africanas de Alemania? África estaba a punto de convertirse en otra clase de laboratorio; esta vez de biología racial.

Cada potencia europea tuvo su forma peculiar de participar en la lucha por África. Los franceses, como hemos visto, favorecieron los ferrocarriles y los centros médicos. Los británicos hicieron algo más que limitarse a cavar en busca de oro y andar a la caza de «valles felices»; también construyeron escuelas misioneras. Los belgas, por su parte, convirtieron el Congo en un vasto Estado esclavista. Los portugueses hicieron lo menos posible. Y los alemanes fueron los últimos en llegar a la fiesta. Para ellos, colonizar África fue un gigantesco experimento para probar, entre otras cosas, una teoría racial. Obviamente, las anteriores potencias colonizadoras se habían imbuido de un sentimiento de superioridad innata. Según la teoría del «darwinismo social», los africanos eran biológicamente inferiores, un inoportuno obstáculo al desarrollo de África por parte de los más avanzados «arios» blancos. Pero nadie convirtió aquella teoría en una práctica colonial de forma más despiadada que los alemanes en el África Sudoccidental, la actual Namibia.

Los alemanes se adjudicaron las desoladas costas del África Sudoccidental en 1884. Un año después, Heinrich Ernst Göring —padre del célebre Hermann— fue nombrado comisionado del Reich. Cuando Theodor Leutwein fue designado primer gobernador de la colonia en 1893, las intenciones alemanas se hacían cada vez más evidentes: expropiar a los pueblos herero y nama autóctonos y colonizar su tierra con granjeros alemanes. Esa sería la política que defendería abiertamente Paul von Rohrbach en su influyente libro *Economía colonial alemana* (1907).[74] Era un proyecto que en aquella época parecía científicamente tan legítimo como la campaña europea paralela contra las enfermedades tropicales.

En 1851, Francis Galton, primo segundo de Charles Darwin, había llegado a este árido pero encantador país bajo los auspicios de la Royal Geographical Society británica. A su regreso a Londres, Galton informó de que había visto «lo bastante de las razas salvajes como para proporcionarme material sobre el que reflexionar todo el resto de mi vida». Las observaciones de Galton sobre los herero y los nama informarían más tarde su pensamiento sobre la evolución humana. Fue el trabajo antropométrico de Galton sobre la herencia humana el que sentó las bases de la disciplina que él bautizó como eugenesia, el uso de la cría selectiva para mejorar el acervo génico humano.[*] Aquí estaba la solución definitiva al problema de la salud pública: una raza superior de

superhombres, criada para resistir los ataques de los agentes patógenos. El punto crucial a señalar es que hace cien años los trabajos como el de Galton representaban la vanguardia de la ciencia. El racismo no era una ideología reaccionaria y retrógrada: los científicamente profanos lo abrazaban con tanto entusiasmo como la gente acepta hoy la teoría del calentamiento global artificial. Solo en la segunda mitad del siglo XX la eugenesia, y el concepto relacionado de «higiene racial», se vieron finalmente desacreditados al determinarse que las diferencias genéticas entre las razas son relativamente pequeñas, y las variaciones dentro de estas bastante grandes.

Hace un siglo, casi nadie en Occidente dudaba de que los hombres blancos eran superiores a los negros; es decir, casi nadie que fuera blanco. La teoría racial justificaba una flagrante desigualdad como la que más tarde sería institucionalizada en el Sur estadounidense como segregación y en Sudáfrica como *apartheid*, o «separación». En el África Sudoccidental Alemana los negros tenían prohibido montar a caballo, estaban obligados a saludar a los blancos, no podían andar por la acera, no podían tener bicicletas o ir a bibliotecas. En los rudimentarios tribunales de justicia de la colonia, la palabra de un alemán valía como la de siete africanos. A los colonos simplemente se les multaba por delitos como el asesinato y la violación, por los que los africanos eran sumariamente ahorcados. Como comentaba un misionero, «el alemán medio mira con desprecio a los nativos como si estuvieran más o menos al mismo nivel de los primates superiores (el de "babuino" es su término favorito para designar a los nativos), y los trata como animales».[75] Los británicos y los franceses se habían empeñado en suprimir la esclavitud en sus colonias a lo largo del siglo XIX. Los alemanes no.[76]

Solo había un pequeño problema: los herero y los nama no eran precisamente las criaturas infantiles que preconizaba la teoría racial. Los herero eran curtidos pastores, expertos en sustentar a su ganado en las escasas praderas situadas entre los desiertos del Namib y el Kalahari. Los nama, por su parte, eran saqueadores, tan expertos jinetes y tiradores como los bóers del este.[77] Habiendo visto a los holandeses y británicos en acción en Sudáfrica, sabían perfectamente lo que se traían entre manos los alemanes. La posición económica de los herero se había visto seriamente debilitada en el cambio de siglo por un devastador brote de peste bovina. Como resultado, se había iniciado ya un proceso de venta de tierras a los colonos alemanes. También había crecientes tensiones entre los herero y los comerciantes germanos, cuyos métodos de cobro de deudas no eran precisamente de lo más sutil.[78] Pero los herero estaban decididos a resistir frente al robo flagrante, sobre todo después de una sucesión de notorios actos de violencia como el asesinato (con intento de violación) de la nuera de uno de sus jefes a manos de un colono alemán.[79]

Fue la falsificación por parte de un joven teniente y jefe de distrito llamado Zürn de las firmas de los ancianos herero en unos documentos que establecían las fronteras de nuevas reservas indígenas la que encendió la mecha.[80] El 12 de enero de 1904, bajo el mando de Samuel Maharero, los herero se alzaron en rebelión, matando a todos los alemanes varones en condiciones de combatir que encontraron en el área circundante de Okahandja, aunque perdonando la vida intencionadamente a las mujeres y los niños. Fueron asesinados más de cien colonos.[81] En represalia, el káiser alemán Guillermo II envió al general Adrian Dietrich Lothar von Trotha con instrucciones de «restaurar el orden… por todos los medios necesarios». El general escogió el medio más repugnante de los que disponía.

Los teóricos alemanes de la colonización habían ido ya más lejos que sus colegas franceses o británicos cuando hablaban de la necesidad de una «erradicación real» de las «malignas, culturalmente ineptas y depredadoras tribus [autóctonas]». Ahora Trotha resolvió poner en práctica aquella teoría. Prometió emplear un «terrorismo absoluto» para «destruir a las tribus rebeldes derramando ríos de sangre».[82] En un escalofriante decreto dirigido a los herero, explicó detalladamente en un rudimentario otjiherero lo que la teoría racial alemana significaba en la práctica:

> Soy el gran general de los alemanes. Os mando aviso a vosotros los herero de que los que sois herero ya no estáis bajo los alemanes [es decir, ya no sois súbditos alemanes]… Vosotros los herero debéis abandonar ahora esta tierra; pertenece a los alemanes. Si no lo hacéis, os expulsaré con el *Groot Rohr* [el cañón grande]. Toda persona en territorio alemán morirá por el arma. No cogeré a las mujeres o los enfermos, pero perseguiré a sus jefes o los mataré con el arma.
>
> Estas son mis palabras a los herero.
> El gran general del poderoso káiser alemán.
> Trotha.[83]

La batalla de Hamakari —o de Waterberg, cerca de la meseta del mismo nombre—, que tuvo lugar el 11 de agosto de 1904, no fue realmente una batalla: fue una matanza. Los herero estaban concentrados en un gran campamento, donde, tras haber vencido a una primera fuerza alemana, esperaban que se iniciaran negociaciones de paz. Pero, lejos de ello, Trotha los rodeó, lanzó sobre ellos un mortífero bombardeo, y luego procedió a matar a hombres, mujeres y niños con ametralladoras Maxim. Como parece ser que pretendía Trotha, los supervivientes huyeron al árido desierto de Omaheke encaminándose, en palabras de este, «a su perdición». Las pozas de la linde del desierto estaban fuertemente vigiladas. Según un informe oficial del Estado Mayor alemán del África Sudoccidental, «el Omaheke, donde no hay agua, debería terminar lo que las armas alemanas habían empezado: el exterminio de los herero». Trotha se mostraba igualmente explícito: «Creo que la nación como tal debería ser aniquilada».[84]

Pero los alemanes no confiaron solo en el desierto. Los herero que no habían participado en la revuelta fueron perseguidos por «Patrullas de Limpieza» de la *Schutztruppe* colonial, cuya divisa era «limpiar, colgar y disparar hasta que no quede nadie».[85] Los que no murieron en el acto, sobre todo mujeres y niños, fueron internados en cinco campos de concentración. Posteriormente se les unirían también los clanes nama, que cometieron el error de unirse a la revuelta antialemana y el error aún mayor de deponer sus armas a cambio de la garantía de que se les perdonaría la vida. Estos campos de concentración eran distintos de los establecidos por los ingleses en Sudáfrica durante la guerra de los bóers. Allí se libraba una guerra de guerrillas, y su intención era simplemente interrumpir las líneas de abastecimiento de los bóers; las espantosas tasas de mortalidad fueron una consecuencia imprevista de las pésimas condiciones sanitarias. En el África Sudoccidental Alemana, en cambio, la guerra había terminado, y los campos de concentración pretendían ser campos de exterminio. El más conocido estaba en la isla del Tiburón, cerca de Lüderitz.

El campo estaba situado en un extremo de la isla a fin de maximizar su exposición al viento. Los prisioneros, a quienes se les negaba cobijo, ropa y alimentos adecuados, eran obligados a construir embarcaderos, permaneciendo de pie hasta la cintura en el agua helada. Los que flaqueaban en su trabajo eran azotados despiadadamente por guardias armados de *sjambok*. Un misionero llamado

August Kuhlman visitó la isla en septiembre de 1905. Quedó horrorizado al ver cómo disparaban fatalmente a una mujer exhausta en el muslo y en el brazo simplemente porque se arrastraba en busca de agua. Entre septiembre de 1906 y marzo de 1907 murieron 1.032 del total de 1.795 prisioneros de isla del Tiburón. La tasa de mortalidad final acabó rozando el 80 por ciento. Antes de la revuelta los herero sumaban un total de 80.000 almas; después solo quedaban 15.000. Asimismo, después de haber alcanzado una población de 20.000 personas, un censo realizado en 1911 reveló que quedaban menos de 10.000 nama. Solo uno de cada diez prisioneros nama sobrevivieron a los campos. Con todas las tierras de los herero y los nama ahora confiscadas al amparo de un decreto imperial de diciembre de 1905, el número de colonos alemanes se triplicó, alcanzando casi los 15.000 en 1913. Los herero y nama que sobrevivieron se convirtieron en poco más que trabajadores esclavos, sujetos a brutales castigos corporales por la más trivial insubordinación.[86]

Pero tampoco acabaron aquí los sufrimientos de los pueblos autóctonos del África Sudoccidental. Como si borrar del mapa a la gran mayoría de ellos no fuera bastante, los alemanes infligieron nuevos suplicios a los pueblos herero y nama en nombre de la «higiene racial». Se sabe al menos de un médico que realizó experimentos letales con prisioneros de los campos de concentración del África Sudoccidental. En 1906 se hicieron nada menos que 778 autopsias de prisioneros en aras de la supuesta investigación biológico-racial. Después se enviaron muestras de cráneos a Alemania para realizar nuevas investigaciones. Increíblemente, se obligó a las prisioneras a raspar los cráneos hasta dejarlos limpios con trozos de cristal.[87]

El doctor Eugen Fischer fue uno de los muchos científicos alemanes sumamente interesados en el nuevo campo, tan en boga, de la raza. Intrigado por lo que oía en torno a un pueblo de raza mestiza del África Sudocciental, los denominados baster de Rehoboth, Fischer pasó dos meses en la zona midiéndolos de pies a cabeza y escudriñando sus fisonomías. En 1913 publicó sus conclusiones, anunciándolas a bombo y platillo como el primer intento jamás realizado de aplicar a los humanos los principios de la herencia genética desarrollados por el austríaco Gregor Mendel. Los «bastardos», como él los llamaba, eran racialmente superiores a los negros puros, pero inferiores a los blancos puros; por lo tanto, los mestizos podían desempeñar un papel útil como policías coloniales o funcionarios de bajo rango. Pero había que evitar cualquier nueva mezcla racial:

> Lo sabemos con absoluta certeza: sin excepción, cualquier pueblo europeo… que ha absorbido la sangre de razas menos valiosas —y solo un fanático puede negar que los negros, los hotentotes y muchos otros son menos valiosos [que los blancos]— ha pagado esa absorción con su ruina espiritual [y] cultural.[88]

Por entonces existía ya todo un conjunto de leyes contra el mestizaje en el África Sudoccidental Alemana.

No todo el mundo en Alemania compartía tales puntos de vista. Los socialistas y los católicos alemanes alzaron la voz para protestar contra lo que hacía en África su supuestamente civilizado país.[89] Hasta el teórico de la economía colonial, Paul Rohrbach, condenó la política genocida de Trotha, señalando que el África Sudoccidental simplemente no podría funcionar sin mano de obra africana.[90] Pese a ello, una pregunta inquietante sigue en el aire. ¿Fue el África Sudoccidental un campo de pruebas para los futuros, y mucho mayores, genocidas?[91] ¿Fue aquel, como sugería Conrad en su novela *El corazón de las tinieblas*, un ejemplo de que África podía convertir a los

europeos en salvajes, en lugar de ser los europeos quienes civilizaran África? ¿Dónde estaba el verdadero corazón de las tinieblas? ¿En África? ¿O en el interior de los europeos que la trataban como laboratorio de una seudociencia racial que figura, junto con la ideología del comunismo, entre las más mortíferas exportaciones de toda la civilización occidental?[92]

En cualquier caso, las crueldades infligidas a los africanos habrían de ser vengadas de manera terrible. La teoría racial era una idea demasiado virulenta para limitarse a la periferia colonial, y, cuando amanecía un nuevo siglo, se trasladó también a Europa. La civilización occidental estaba a punto de enfrentarse a su más peligroso enemigo: ella misma.

La guerra que se inició en 1914 no fue una guerra entre unos cuantos estados europeos beligerantes. Fue una guerra entre imperios mundiales. Fue una guerra en el seno de la civilización occidental. Y fue la primera señal de que Occidente llevaba dentro de sí la semilla de su propia destrucción. Con esta guerra, más que en ningún conflicto anterior, Occidente lanzó sus «aplicaciones demoledoras» contra sí mismo. La economía industrial proporcionó los medios de una destrucción mecanizada. Y también la medicina moderna tuvo su papel en el sangriento asunto de la guerra total.

En ningún entorno eran más graves los problemas de comunicación que en África, y, en ausencia de líneas férreas extensas y bestias de carga fiables, solo había una solución: hombres. Más de dos millones de africanos sirvieron en la Primera Guerra Mundial, casi todo como porteadores de provisiones, armas y heridos; y aunque estuvieran lejos de los campos de Flandes, aquellas olvidadas tropas auxiliares vivieron un período tan infernal como los soldados, más expuestos, que combatían en primera línea en Europa. No solo fueron mal alimentados y explotados; al alejarse de sus lugares habituales también pasaron a ser tan vulnerables a las enfermedades como sus amos blancos. Alrededor de una quinta parte de todos los africanos empleados como porteadores murieron, muchos de ellos víctimas de la disentería que devastó a todos los ejércitos coloniales en el campo de batalla. En el África Oriental, 3.156 blancos al servicio del ejército británico murieron en cumplimiento de su deber; de ellos, menos de un tercio fueron víctimas del ataque enemigo. Pero si se incluyen los soldados y porteadores negros, la cifra total de bajas supera las 100.000.[93]

Como ya hemos visto, el razonamiento familiar que justificaba el dominio blanco en África era que este confería los beneficios de la civilización. La guerra —que se libró en todas las colonias africanas de Alemania (Togolandia, Camerún y África Oriental, además del África Sudoccidental)— fue una burla de tal pretensión. «Detrás de nosotros dejamos campos destruidos, almacenes saqueados, y, el futuro inmediato, hambre —escribía Ludwig Deppe, un médico del ejército del África Oriental Alemana—. Ya no somos los agentes de la cultura; nuestro rastro está marcado por la muerte, por aldeas saqueadas y evacuadas, exactamente igual que el avance de nuestro ejército y el del enemigo en la guerra de los Treinta Años.»[94]

Durante la mayor parte de la Primera Guerra Mundial hubo una situación de impasse. Como defensores, a quienes los franceses e ingleses tenían que expulsar de algún modo de sus atrincheradas posiciones en el Frente Occidental, los alemanes tenían ventaja en lo que venía a ser el mayor asedio de la historia. Había asimismo un impasse similar en los frentes delTrentino y el Isonzo, donde los

italianos no lograban desalojar a los austrohúngaros. La guerra en el Este era mucho más móvil, pero también aquí los alemanes tenían ventaja pese a las pifias de sus aliados Habsburgo. Las tentativas de salir del punto muerto abriendo nuevos frentes —Gallipoli, Salónica, Mesopotamia— dieron unos resultados más bien tristes. Tampoco se materializó ningún arma maravillosa del modo en que posteriormente lo haría la bomba atómica: se usaba ampliamente el gas tóxico, terrible en sus efectos, pero no decisivo; los submarinos podían perturbar el comercio de importación británico, pero no detenerlo. En la primavera de 1917, mientras la guerra de desgaste se prolongaba, el panorama para Francia se iba haciendo más sombrío. El motín y la revolución producidos en Rusia en febrero habían dado a Alemania la perspectiva de una victoria en el Frente Oriental. Estados Unidos, aunque oficialmente en guerra con Alemania desde el 6 de abril, no sería capaz de desempeñar un papel militar significativo en el Frente Occidental durante al menos seis meses. Y, tras las asombrosas pérdidas sufridas en la batalla de Verdún (1916), el gobierno francés estaba profundamente preocupado por su escasez de efectivos. La limitación del tamaño de la familia se había iniciado en Francia antes que en otras partes —quizá porque las mujeres francesas entendían mejor el sexo y tenían un acceso más fácil a los métodos anticonceptivos—, de modo que había un número considerablemente menor de jóvenes franceses que alemanes. Ya a finales de marzo de 1917 alrededor de 13 millones de franceses habían muerto o habían sido hechos prisioneros. En total, las pérdidas francesas del período bélico fueron casi el doble que las de los ingleses. Aproximadamente uno de cada ocho franceses de entre quince y cuarenta y nueve años de edad perdieron la vida. El «impuesto de sangre» —*l'impôt du sang*— fue realmente gravoso.

Es fácil olvidar que Francia perdió dos de tres guerras contra Alemania entre 1870 y 1940. En 1917 parecía estar a punto de perder también la Primera Guerra Mundial. ¿Y adónde podría acudir Francia en busca de ayuda? La respuesta fue África. Aunque, como hemos visto, a la mayoría de ellos se les negó la plena ciudadanía francesa, no por ello se dejó de considerar a los súbditos africanos de Francia aptos para llevar armas en defensa de la *patrie*. Pese a ello, en todas partes —Sénégal, el Congo francés, el Sudán francés, Dahomey y Costa de Marfil— los africanos se negaron a responder a la llamada de la madre patria. Aquel sentimiento colectivo lo captaba perfectamente la queja de una madre a un oficial francés: «Me habéis quitado ya todo lo que tengo, ¿y ahora me quitáis a mi único hijo?». La mayoría creía que la incorporación al ejército equivalía a la condena a una «muerte cierta». El único hombre que parecía capaz de resolver aquella situación era Blaise Diagne, el primer africano que había sido elegido miembro de la Asamblea Nacional francesa. Ahora bien, ¿estaba él dispuesto a volver a Sénégal como una especie de pomposo sargento de reclutamiento?

Diagne vio la posibilidad de llegar a un acuerdo con el primer ministro, Georges Clemenceau, y exigió que a todo africano que fuera a luchar se le diera la ciudadanía francesa. Había que construir más hospitales y escuelas en África Occidental. Los *tirailleurs* veteranos debían estar exentos de impuestos y recibir una pensión decente. Diagne cablegrafió a sus colegas en Dakar para desaconsejar el alistamiento si no se respondía a las concesiones que demandaba.[95]

En su primer discurso como miembro de la Asamblea Nacional francesa, Diagne había dicho: «Si podemos venir aquí a legislar, es que somos ciudadanos franceses, y, si lo somos, exigimos el derecho a servir [en el ejército] como hacen todos los ciudadanos franceses». Era una ingeniosa apelación a la tradición de la Revolución francesa con su ideal de la nación en armas: cada uno era

un ciudadano con derecho a la libertad, la igualdad y la fraternidad, pero también con el solemne deber de llevar armas en defensa de la nación. Clemenceau se dejó persuadir: «Los que caen bajo el fuego no caen como blancos ni como negros —declaró—. Caen como franceses y por una misma bandera».[96]

Como incentivo para alistarse, la promesa de la ciudadanía francesa se reveló alarmantemente acertada. Al menos 63.000 autóctonos del África Occidental respondieron al llamamiento de Diagne, más del doble del número que los franceses habían pedido. En total, 164.000 hombres del África Occidental Francesa y el África Ecuatorial Francesa combatieron en Europa durante la guerra, formando una parte sustancial del medio millón de efectivos de la fuerza colonial reclutada en todo el Imperio francés. Como recordaría un recluta, Ndematy Mbaye: «[Diagne] nos dijo que Francia había entrado en guerra con los alemanes. Y dijo: "Vosotros sois amigos de los franceses. Entonces, cuando eres amigo de alguien, y ese alguien tiene problemas, tienes que ayudarle. Así, los franceses [os] han pedido que vayáis a ayudarles en la guerra"».[97] La mayoría de los voluntarios se mostraron entusiasmados, asegurando lo «contentos» que estaban de servir, lo «felices» que les hacía luchar y lo «orgullosos» que se sentían de estar en el ejército. Demba Mboup era uno de los que estaban más impacientes por luchar por Francia:

> Yo estaba muy feliz porque no sabía cómo era realmente la guerra. De modo que sentía una especie de curiosidad, por saber cómo era eso de la guerra y cómo era eso de ser soldado… Así que era feliz [pensando] que iba a descubrir nuevas experiencias. No sabía nada.[98]

Muy pronto tendría ocasión de averiguarlo.

Su comandante, el general Charles Mangin, sí creía que sabía un par de cosas sobre los africanos. Había sido miembro de la expedición de Marchand a Fachoda. En 1910, cuando era un teniente coronel joven y ambicioso, él y un grupo de científicos habían recorrido el África Occidental con órdenes de incrementar el reclutamiento. Mangin estaba familiarizado con los últimos «avances» de la ciencia racial. Su equipo de inspección, tras examinar a los reclutas con toda su parafernalia de métodos seudocientíficos, concluyó que, gracias a sus sistemas nerviosos supuestamente subdesarrollados, los soldados africanos sentirían menos miedo y sufrirían menos dolor que sus colegas europeos; por lo tanto, se mantendrían excepcionalmente firmes bajo el fuego. En 1917, Mangin pudo poner a prueba su teoría. Bajo su mando, Mboup y sus compañeros *tirailleurs* se vieron enfrentados a la que probablemente era la fuerza mejor entrenada que jamás ha producido Occidente: la maquinaria bélica del ejército imperial alemán.

VERGÜENZA NEGRA

En abril de 1917, Demba Mboup y sus camaradas del Cuerpo Colonial francés, parte del VI Ejército del general Charles Mangin y el X Ejército del general Denis Duchêne, se hallaron frente a las posiciones extremadamente fortificadas del VII Ejército alemán, bajo el mando del general Hans von Boehn, en el Chemin des Dames (Camino de las Damas), llamado así por haber sido utilizado por las dos hijas de Luis XV en el siglo XVIII. En marzo de 1814, los soldados de Napoleón, entonces en retirada, habían luchado a lo largo de aquella misma carretera contra los ejércitos invasores austríaco y ruso. Ahora era la clave de la posición defensiva alemana en el Frente Occidental.

El comandante francés, general Robert Nivelle, confiaba en que él sería el hombre que abriría la anhelada brecha en el Frente Occidental. Los franceses construyeron 480 kilómetros de nuevas vías férreas para abastecer la ofensiva con 872 trenes cargados de municiones. En conjunto se reunió a más de un millón de hombres en preparación del ataque, dispersos a lo largo de un frente de 40 kilómetros. Unos cuantos días de descargas de artillería supuestamente ablandaron a los alemanes. Luego, a las seis de la mañana del 16 de abril, las tropas coloniales avanzaron hacia las colinas, que se habían convertido en lodazales por la lluvia y el aguanieve. Mangin había colocado a los senegaleses en la primera oleada de ataque. Pero casi con certeza tenía un motivo ulterior para hacerlo: salvar vidas francesas. Según el teniente coronel Debieuvre, comandante del 58.º Regimiento de Infantería Colonial, los africanos eran «definitivamente y sobre todo magníficas tropas de ataque, permitiendo salvar vidas de blancos, que detrás de ellos explotan su éxito y organizan las posiciones que conquistan».[99]

Desde las trincheras alemanas, el capitán Reinhold Eichacker observaba con horror:

> Los oscuros negros del Senegal, el ganado de Francia para el matadero. Cientos de ojos beligerantes, fijos, amenazadores, mortíferos. Y llegaron. Primero de uno en uno, en amplios intervalos. Tanteando el terreno, como los tentáculos de una jibia horrible. Impacientes, prensiles, como las garras de un poderoso monstruo. Así se precipitaron cada vez más cerca, oscilando y a veces desapareciendo en su nube. Tipos fuertes y salvajes, mostrando los dientes en una sonrisa de pantera. Horribles sus ojos ardientes e inyectados de sangre, abiertos de par en par de manera antinatural.
>
> En su avance, una sólida y ondulante muralla negra, subiendo y bajando, balanceándose y oscilando, impenetrable, infinita.
>
> —¡A bocajarro! ¡Fuego a discreción! ¡Apunten con esmero! —Mis ordenes sonaron fuertes y claras.
>
> Los primeros negros se precipitaron de cabeza a toda carrera hacia nuestras alambradas, saltando por los aires como los payasos de un circo. Grupos enteros se desvanecieron. Los cuerpos desmembrados, la tierra pegajosa, las piedras hechas añicos, se mezclaron en salvaje desorden. ¡La nube negra se detuvo, vaciló, cerró filas y rodó cada vez más y más cerca, irresistible, arrolladora, devastadora!
>
> De repente se arrojó una pared de plomo y hierro sobre los atacantes y las alambradas justo delante de nuestras trincheras. Un martilleo y repiqueteo, chasqueo y golpeteo, tableteo y chisporroteo ensordecedores, derribándolo todo en un estruendo angustioso y atronador. ¡Nuestras ametralladoras habían flanqueado a los negros!
>
> ¡Como una mano invisible barrieron a los hombres y los derribaron, destrozándolos y despedazándolos! Uno a uno, en hileras, en filas y montones, los negros cayeron. Unos al lado de otros, unos detrás de otros, unos encima de otros.[100]

De hecho, once días antes de la batalla los alemanes habían obtenido planes detallados del ataque de un suboficial francés al que habían capturado. Estaban bien protegidos de las bombas francesas por una serie de profundas canteras conocidas como la Gruta del Dragón, que utilizaron como refugio contra bombardeos. Y cuando avanzó la infantería, los alemanes les esperaban con ametralladoras móviles de última generación. Solo el primer día las fuerzas atacantes sufrieron 40.000 bajas. El 10 de mayo, uno de cada cinco soldados franceses estaba muerto o herido. Para Demba Mboup, que había quedado incapacitado por la metralla, aquella fue una revelación de la realidad claramente incivilizada de la vida europea en tiempos de guerra total. Tan desilusionados se

sintieron los africanos que algunos de ellos se unieron al masivo motín que posteriormente sacudió las filas francesas y obligó al gobierno a sustituir a Nivelle. En agosto, 200 hombres del 61.º Batallón de los *tirailleurs sénégalais* —conocido como Batallón Malafosse, por el nombre del oficial al mando— se negaron a tomar posiciones a lo largo del Chemin des Dames. Como explicaba uno de ellos sucintamente: «El Batallón Malafosse no tiene nada bueno. No hay descanso, siempre se hace la guerra, siempre se mata a negros».[101] Varios de los amotinados fueron sometidos a consejo de guerra, y cuatro condenados a muerte, si bien luego no se cumplió ninguna de las sentencias.

Aunque Blaise Diagne protestó por el uso indiscriminado de sus compatriotas, no tardó en volver a Senegal en busca de nuevos reclutas, esta vez armado con la garantía de que combatir significaría no solo la ciudadanía francesa, sino la Cruz de Guerra. El 18 de febrero de 1918, Clemenceau defendió la reanudación del reclutamiento militar ante un grupo de senadores, dejando claro exactamente cómo los franceses veían a los senegaleses:

> Aunque yo tenga un infinito respeto por esos valerosos negros, preferiría ver morir a diez negros que a un solo francés, porque creo que ya han muerto bastantes franceses y que es necesario sacrificar a los menos posibles.[102]

En total, más de 33.000 africano-occidentales murieron en la guerra, uno de cada cinco de los que se alistaron, y la cifra equivalente de soldados franceses fue de algo menos del 17 por ciento. En cambio, la tasa de mortalidad entre las tropas indias británicas fue la mitad que la de los soldados del Reino Unido.[103]

La guerra es el infierno. Cuando el «bardo del Imperio», Rudyard Kipling, visitó una sección francesa del Frente Occidental en 1915 —no mucho antes de la muerte de su propio hijo en la batalla de Loos—, se encontró con la realidad de la gran guerra por la civilización:

> —El mismo trabajo. ¡Siempre el mismo trabajo! —dijo [un] oficial—. Y podrías caminar desde aquí hasta el mar o hasta Suiza por esa zanja, y encontrarías que se sigue haciendo el mismo trabajo en todas partes. Esto no es guerra.
>
> —Es más que eso —dijo otro—. Es devorar a un pueblo. Vienen y ocupan las trincheras y se mueren, y se mueren; y envían más, y también ellos mueren. Hacemos lo mismo, desde luego, pero… ¡Mira! —Señaló las grandes columnas de humo intencionadas que se renovaban a lo largo de aquella playa amarillenta—. Esa es la frontera de la civilización. Tienen a toda la civilización en contra, esos brutos de allí [se refiere a los alemanes]. No son las victorias locales de las viejas guerras lo que perseguimos. Es el bárbaro, todo bárbaro [*sic*]. Ahora lo has visto todo resumido.[104]

Y, sin embargo, la guerra también puede impulsar el progreso humano. Como hemos visto, los impresionantes avances de la revolución científica se vieron ayudados, antes que dificultados, por la incesante contienda de los Estados europeos. Y lo mismo puede decirse del choque de los imperios entre 1914 y 1918. El matadero del Frente Occidental fue como un vasto y terrible laboratorio de la ciencia médica, produciendo avances significativos en cirugía, por no hablar de la psiquiatría. Se inventaron los injertos de piel y la irrigación antiséptica de las heridas. Se probaron las primeras transfusiones de sangre. Por primera vez, todos los soldados británicos fueron vacunados contra la fiebre tifoidea, y se pusieron como norma inyecciones antitetánicas a todos los heridos.[105]

Sin embargo, todos esos avances no ayudaran mucho a los *tirailleurs*. Un enorme número de los que no sucumbieron en las trincheras murieron de neumonía. ¿Y por qué? Según los médicos

franceses, porque tenían una predisposición racial a la enfermedad.

Los europeos habían llegado a África afirmando que iban a civilizarla. Pero hasta los franceses, con todas sus buenas intenciones, fueron incapaces de implantar allí algo más que una versión muy limitada de la civilización occidental. En otras partes, los retos del terreno inhóspito y la resistencia tribal hicieron aflorar lo peor y más destructivo de los europeos, de manera más clara, pero en ningún caso única, en las colonias alemanas. Los métodos de guerra total probados inicialmente con pueblos como los herero se importaron luego a Europa y se combinaron, con un efecto devastador, con la nueva generación de armamento industrializado. Y en una última y amarga vuelta de tuerca, se atrajo a los africanos a Europa y se les sacrificó en una de las ofensivas más estúpidas de la guerra.

El legado de la guerra en África fue tan profundo en Europa como en la propia África. El general Paul Emil von Lettow-Vorbeck, que tuvo su papel en el genocidio de los herero, también dirigió la campaña contra las fuerzas británicas en el África Oriental. Con el final de la guerra, Lettow-Vorbeck regresó a Alemania, pero no pasó mucho tiempo sin que él y sus veteranos volvieran de nuevo a la acción. Cuando su patria se precipitó en la revolución, marcharon a Hamburgo para sofocar la amenaza de una república soviética alemana. La guerra civil no solo estalló en las grandes ciudades alemanas, sino también a lo largo de la frontera oriental de Alemania, donde los llamados freikorps, dirigidos por veteranos como Franz Xavier Ritter von Epp y Hermann Ehrhardt, hicieron la guerra a los bolcheviques y nacionalistas eslavos como si fueran tribus africanas en todo menos el color de la piel. Para Epp y Ehrhardt era algo natural: ambos habían sido oficiales en las guerras contra los herero y los nama.

Aunque el teórico racial Eugen Fischer terminara en el bando de los vencidos, la Primera Guerra Mundial se reveló sorprendentemente fructífera para el ámbito de estudio que había elegido. Cuando las tropas coloniales llegaron a los campos de prisioneros de guerra alemanes, vinieron a proporcionar a los expertos en ciencia racial como Otto Reche un nuevo y conveniente suministro de especímenes.[107] El libro de Fischer *Herencia humana e higiene racial*, escrito en colaboración con Erwin Baur y Fritz Lens, y publicado en 1921 se convirtió rápidamente en una obra de referencia en el ámbito, en rápida expansión, de la eugenesia. Adolf Hitler lo leyó cuando estaba en la cárcel tras el fallido golpe de Munich de 1923, y posteriormente lo mencionaría en *Mein Kampf*. Para Hitler, pocas ideas resultaban más horribles que la de que los soldados senegaleses estacionados en Renania después de la guerra hubieran preñado a mujeres alemanas. Fue la célebre «vergüenza negra» que produjo los denominados «bastardos de Renania», una nueva evidencia de la conspiración para contaminar la sangre de la raza aria. Dado que Fischer era ahora director del nuevo Instituto Káiser Guillermo de Antropología, Herencia Humana y Eugenesia, fundado en Berlín en 1927, su influencia resultaba tan extensa como maligna. Posteriormente, Fischer fue uno de los científicos de la Comisión Especial Número Tres de la Gestapo, que planeó y llevó a cabo la esterilización forzosa de los bastardos de Renania. Entre sus alumnos figuraba Josef Mengele, responsable de los notorios experimentos inhumanos con prisioneros en Auschwitz.[108]

Para los numerosos ex soldados coloniales que se unieron a las filas del Partido Nazi —fueron precisamente sus viejos uniformes los que proporcionaron a las SA sus primeras camisas pardas—, resultaba del todo natural que las teorías nacidas en los campos de concentración de África se

transfirieran a la «colonización» nazi de Europa oriental y a la atroz política racial que produjo el Holocausto. No fue casualidad que el Reichsmarschall responsable de la Luftwaffe fuera hijo del Reichskommissar del África Sudoccidental. Ni fue casualidad que Hans Grimm, el autor de *Pueblo sin espacio* (1926), hubiera pasado catorce años en el sur de África. Como tampoco lo fue que el hombre al que Hitler nombró gobernador provincial de Posen en 1939, Viktor Böttcher, hubiera sido funcionario público en el Camerún alemán. Fue este uno de los numerosos funcionarios nazis que trataron de «realizar ahora en el este del Reich la constructiva labor que antes habían realizado en África». Los nazis siempre pretendieron contemplar los territorios que se anexionaron en Europa oriental «desde un punto de vista colonial», a fin de «explotarlos económicamente con métodos coloniales».[109]

La principal diferencia, y la que más sorprendía a los contemporáneos, era que en Europa oriental los colonizados eran del mismo color que los colonizadores. «A ninguna nación perteneciente a la raza blanca se le habían impuesto nunca por la fuerza tales condiciones», escribía Eugene Erdely, uno de los primeros analistas del dominio imperial nazi. Sin embargo, los nazis no tenían ningún problema al respecto gracias al perverso ingenio de sus propias teorías raciales. Para Heinrich Himmler, el jefe de las SS, los pueblos eslavos eran todos ellos «tipos mongoloides» a los que había que reemplazar por «arios» a fin de crear una nueva «provincia rubia» en el este. Para Hitler, los rusos podían compararse fácilmente con los «pieles rojas». Si Auschwitz marcó la culminación de la violencia estatal contra poblaciones «ajenas» racialmente definidas, seguramente la guerra contra los herero y los nama fue el primer paso en aquella dirección.

Algunos imperios son peores que otros. Es un sencillo hecho que las críticas generalizadas al imperialismo casi siempre pasan por alto. Para hacerse una idea del modo de funcionamiento del Imperio francés en el período de entreguerras vale la pena ver *La Croisière noire*, un documental realizado en 1920 por el fabricante de automóviles Citroën. Cuando Georges-Marie Haardt y Louis Audoin-Dubreuil partieron en vehículos semioruga en la Expédition Citroën Centre Afrique, en octubre de 1924, no pretendían solo vender más coches. Era también un intento de dar publicidad al benigno dominio francés en África, extendiéndolo hasta «lo más remoto de la selva ecuatorial». El filme, una celebración de las «conquistas de la civilización», yuxtapone escenas de «hechiceros blancos» asombrando a los africanos con sus proezas técnicas junto con fugaces visiones de los «extraños pequeños gnomos» (los pigmeos) que poblaban la selva. Termina con la bandera tricolor ondeando con orgullo sobre todo el continente africano, desde Argel hasta Dakar, desde Brazzaville hasta Madagascar. No sería difícil mofarse de esta clásica expresión de las aspiraciones imperiales francesas.[110] Sin embargo, tales aspiraciones no carecieron de resultados. En Senegal, como hemos visto, el dominio colonial se asoció a un incremento sostenido de la esperanza de vida en unos diez años, pasando de treinta a cuarenta. Argelia y Túnez experimentaron mejoras comparables.[111] La mejora de la asistencia médica —en especial la reducción de la mortalidad infantil y la infertilidad prematura— fue la razón de que las poblaciones del África francesa empezaran a crecer tan rápidamente a partir de 1945.[112] En Indochina los franceses construyeron más de 30.000 kilómetros de carreteras y más de 3.000 de ferrocarriles; abrieron minas de carbón, estaño y zinc, y

establecieron plantaciones de caucho.[113] En 1922 se concedió la ciudadanía francesa a unos 20.000 vietnamitas, todavía una reducida minoría en una población de tres millones de habitantes, pero por sí misma una cifra nada trivial.[114] En el África Occidental Francesa se amplió el sufragio a un millón de africanos en 1946 y a otros tres millones más cinco años después.[115] La enfermedad del sueño, que había sido el azote de Camerún bajo el dominio alemán, se erradicó en gran medida bajo el francés.[116]

	Senegal	Túnez	Argelia	Vietnam	Francia
Inicio de la transición	*c.* 1945	1935	c. 1940	*c.* 1930	*c.* 1795
Años ganados anualmente	0,63	0,68	0,70	0,67	0,25
Esperanza de vida inicial	30,2	28,8	31,2	22,5	28,1
Esperanza de vida en 1960	39,6	45,8	45,2	42,6	69,4
Esperanza de vida en 2000	52,3	72,1	71,0	69,4	78,6
Año en que se superan los 65	-	c. 1985	1987	1987	1948

Momento y ritmo de las transiciones sanitarias en el Imperio francés

En cambio, los belgas gestionaron el peor de todos los imperios africanos en el Congo,[117] mientras que el Tercer Reich merece ser considerado el peor de todos los imperios europeos, la *reductio ad absurdum* y *ad nauseam* del concepto decimonónico de la misión civilizadora, ya que su verdadero efecto en los territorios que controló brevemente fue el de barbarizarlos. El objetivo, tal como Himmler lo concibió en septiembre de 1942, era que «los pueblos germánicos» aumentaran en número, pasando de 83 a 120 millones de personas, y repoblaran todo el territorio que Alemania había conquistado a Checoslovaquia, Polonia y la Unión Soviética. Habrían de crecer y multiplicarse en nuevas y flamantes provincias como Ingermanland (Ingria, en Rusia). Una red de autopistas y ferrocarriles de alta velocidad uniría «una sarta de perlas» —avanzadillas fortificadas alemanas— que se extendería hasta el Don, el Volga y, en última instancia, incluso hasta los Urales. En palabras de Himmler, la conquista alemana «del Este» iba a ser «el mayor ejemplo de colonización que el mundo habrá visto nunca».[118]

En realidad, el Imperio nazi resultó ser el peor ejemplo de colonización jamás visto. La campaña para expandirse más allá de las fronteras alemanas de 1871, iniciada en 1938, alcanzó su punto culminante a finales de 1942, momento en que el imperio abarcaba alrededor de una tercera parte de

la masa continental europea y casi la mitad de sus habitantes: 244 millones de personas. Pero en octubre de 1944, cuando el Ejército Rojo marchó sobre Prusia Oriental, había desaparecido ya, convirtiéndose en uno de los imperios más efímeros de toda la historia, además de uno de los peores. Obviamente, esta fugaz duración debe explicarse principalmente en términos militar es. En el momento en que el Tercer Reich se vio enredado en una guerra no solo con el Imperio británico, sino también con la Unión Soviética y Estados Unidos, probablemente la suerte de su imperio estaba ya echada. Sin embargo, existe también explicación secundaria, de carácter endógeno, del fracaso como imperio del Tercer Reich.

Desde la perspectiva de los simples datos demográficos, de hecho no había nada de inverosímil en el proyecto de poner a 80 millones de alemanes a cargo del continente europeo. En teoría, debería haber sido más fácil para Alemania gobernar Ucrania que para Gran Bretaña gobernar Uttar Pradesh. Por una parte, Kíev estaba más cerca de Berlín que Kanpur de Londres. Por otra, en 1941 los alemanes fueron acogidos de hecho como auténticos libertadores en muchas partes de Ucrania. Y no solo allí. En toda la Unión Soviética occidental había minorías étnicas a las que Stalin había tratado con recelo y violencia en la década de 1930. Y la mayoría supusieron que el dominio alemán sería una mejora en comparación con el dominio ruso. Sin embargo, los alemanes se mostraron totalmente incapaces de explotar esas ventajas.

Los «arrogantes y autoritarios alemanes del Reich», pavoneándose en sus vistosos uniformes, se distanciaron hasta de los alemanes étnicos a los que se suponía que liberaban de la opresión extranjera. Y lo que es peor: se enorgullecieron positivamente de hacer pasar hambre a los pueblos recién sometidos. «Sacaré hasta la última cosa de este país —declaraba el Reichskommissar Erich Koch cuando le pusieron a cargo de Ucrania—. No he venido aquí a repartir felicidad…» Göring se jactaba de que «no podía importarle menos» que los no alemanes «se desplomaran de hambre».[119] Una clara indicación de lo que implicaba tal inhumanidad fue el trato que se dio a los prisioneros de guerra del Ejército Rojo tras la Operación Barbarroja. En febrero de 1942 solo seguían vivos 1,1 millones de los 3,9 millones inicialmente capturados. Apelotonados en prisiones militares rodeadas de alambradas, se les dejó simplemente a merced de los estragos de la desnutrición y la enfermedad. Pero los nazis tampoco se contentaron con dejar morir de inanición a los conquistados. También se deleitaron en infligirles toda clase de violencia, que abarcó todas las variantes, desde palizas improvisadas (que podían administrarse, según conviniera, tanto por no hacer el saludo a Hitler como por hacerlo presuntuosamente) hasta el genocidio industrialiado. De hecho fue como lo de los herero, pero más brutal.

Unos pocos alemanes percibieron la demencia de todo aquello. Como diría el Gauleiter Alfred Frauenfeld en febrero de 1944:

> El principio de la brutalidad despiadada, la forma de tratar al país [Ucrania] según puntos de vista y métodos usados en los pasados siglos contra pueblos esclavos de color; y el hecho de que, desafiando cualquier política sensible, el desprecio hacia ese pueblo no solo se expresara en acciones contra individuos, sino también en palabras en cualquier ocasión posible e imposible… todo ello testimonia la completa falta de instinto con respecto al trato dado a los pueblos extranjeros, que, en vista de sus consecuencias, solo puede calificarse de… desastroso.[120]

En palabras de un funcionario del Ministerio del Este, era «una obra maestra de trato erróneo… tener, en el plazo de un año, perseguido en los bosques y pantanos, como partisanos, a un pueblo que

era absolutamente proalemán y que nos había acogido jubilosamente como sus libertadores».[121]

A la arrogancia, la insensibilidad y la brutalidad venía a añadirse una clara ineptitud. Ya en 1938 un oficial del Estado Mayor de la Wehrmacht señalaba el «supino alcance» de «la incapacidad del Estado para gobernar» los recién adquiridos Sudetes. El Ministerio del Este (Ost-Ministerium) de Alfred Rosenberg no tardó en ser bautizado como «el Ministerio del Caos» (Cha-Ost-Ministerium). Las SS aspiraban a establecer algún tipo de control centralizado del imperio, pero Himmler y sus lacayos echaron a perder hasta el reasentamiento de 800.000 alemanes étnicos. Otto Ohlendorf —quien, como leal comandante de un *Einsatzgruppe*, fue responsable del asesinato masivo de decenas de miles de judíos soviéticos— se lamentaba de que la especialidad de Himmler fuera «organizar el desorden».[122] Sin embargo, la responsabilidad última del carácter disfuncional del Imperio nazi no fue de Rosenberg o de Himmler, sino de su amo. Al fin y al cabo, era Hitler quien estaba al mando del Tercer Reich (de 650 órdenes legislativas promulgadas durante la guerra, todas, excepto 72, fueron decretos u órdenes promulgados en su nombre). Era Hitler quien argumentaba, poco después de la invasión de la Unión Soviética, que «en vista del inmenso tamaño de los territorios conquistados en el este, las fuerzas disponibles para establecer la seguridad en esas áreas solo serán suficientes si, en lugar de castigar la resistencia mediante sentencias en un tribunal de justicia, las fuerzas de ocupación siembran un terror tal que aplaste toda voluntad de resistirse entre la población». Y era Hitler aquel cuyo método preferido para pacificar el territorio ocupado era «disparar a cualquiera que pareciera de algún modo sospechoso». A los ojos de Werner Best (una de las raras figuras en el Tercer Reich con una concepción medio juiciosa del dominio imperial), Hitler venía a ser como un moderno Gengis Kan: un especialista en destrucción, cuyo imperio de barbarie no podía esperar perdurar.[123]

En muchos aspectos, pues, el Imperio nazi fue la última encarnación repugnante de un concepto que en 1945 estaba ya obsoleto. Durante siglos había parecido plausible que el camino a la riqueza pasara por la explotación de los pueblos extranjeros y de sus tierras. Mucho antes de que se acuñara el término *Lebensraum*, como ya hemos visto, los imperios europeos habían competido por nuevos lugares que colonizar y nuevos pueblos a los que gravar; y antes que ellos lo habían hecho los imperios asiáticos, americanos y africanos. Pero en el curso del siglo XX se fue haciendo poco a poco evidente que una economía industrial podía desenvolverse perfectamente bien sin colonias. De hecho, las colonias podían llegar a ser algo parecido a una carga innecesaria. En 1942, el economista Helmut Schubert señalaba que el verdadero futuro de Alemania era como una «gran zona industrial», basada en «una permanente y creciente presencia de trabajadores extranjeros». La germanización del este era una imposibilidad; en cambio, resultaba mucho más probable una «orientalización» de Alemania si continuaba el desplazamiento de mano de obra de la agricultura a la industria. Las exigencias de la economía de guerra vinieron a justificar esa visión. A finales de 1944 se había reclutado a unos cinco millones de extranjeros para trabajar en las fábricas y las minas del antiguo Reich. Por una deliciosa ironía, el sueño de un imperio racialmente puro había convertido a la propia Alemania en un Estado multiétnico, aunque también un Estado esclavista. La sustitución de los esclavos de la Europa del Este por «trabajadores invitados» turcos y yugoslavos después de la guerra no varió el argumento económico. La Alemania moderna de hecho no necesitaba «espacio vital». Necesitaba inmigrantes vitales.

El Imperio francés nunca fue tan irremediablemente bárbaro como el Imperio nazi. De haberlo sido, seguramente habría resultado imposible revivir tan gran parte de él tras la Segunda Guerra Mundial, y ni siquiera reafirmar sus viejas ambiciones asimilacionistas rebautizándolo como una «Unión Francesa». Hasta los diez años transcurridos entre la Conferencia de Brazzaville de 1944 y los golpes paralelos de la derrota en Dien Bien Phu y la rebelión en Argelia superaron la duración total del imperio extraalemán de Hitler. Sin embargo, las guerras mundiales fueron la terrible némesis que siguió al orgullo desmedido de la misión civilizadora, cuando todos los imperios europeos aplicaron unos contra otros los métodos que habían preconizado (aunque con diversos grados de crueldad) contra los africanos. La ciencia médica, que había parecido un salvador universal en la guerra contra la enfermedad, acabó viéndose pervertida por el prejuicio racial y la seudociencia de la eugenesia, convirtiendo incluso a algunos médicos en asesinos. En 1945, la expresión «civilización occidental» realmente parecía una contradicción en sus propios términos, tal como dijera Gandhi. La rápida disolución de los imperios europeos en los años de la posguerra pareció una sentencia bastante justa, con independencia de si la mayoría de las antiguas colonias estaban realmente preparadas o no para el autogobierno.[124]

El gran enigma aquí es que, de algún modo, de aquella terrible era de destrucción surgió un nuevo modelo de civilización, centrada no en la colonización, sino en el consumo. En 1945 había llegado el momento de que Occidente abandonara las armas y cogiera la bolsa de la compra; de que se quitara el uniforme y se pusiera los pantalones vaqueros.

5
Consumo

> Lo que debemos hacer es transformar nuestro Imperio y a nuestro pueblo, hacer el imperio como los países de Europa y a nuestro pueblo como los pueblos de Europa.
>
> INOUE KAORU

> ¿Se alzará Occidente, que se toma su gran invento, la democracia, más en serio que la Palabra de Dios, contra este golpe que ha puesto fin a la democracia en Kars?… ¿O habremos de concluir que la democracia, la libertad y los derechos humanos no importan, que lo único que quiere Occidente es que el resto del mundo le imite como un mono? ¿Puede Occidente tolerar alguna democracia lograda por enemigos que en nada se parecen a él?
>
> ORHAN PAMUK

EL NACIMIENTO DE LA SOCIEDAD DE CONSUMO

En 1909, inspirado por una visita a Japón, el banquero y filántropo judío francés Albert Kahn se propuso crear un álbum de fotografías en color de gentes de todos los rincones del mundo.[*] El objetivo, en palabras del propio Kahn, era «realizar una especie de inventario fotográfico de la superficie del mundo habitado y desarrollado por el hombre a comienzos del siglo XX». Creadas con el recién inventado proceso de la placa autocroma, las 72.000 fotografías y 100 horas de película de «los archivos del planeta» de Kahn muestran una deslumbrante variedad de aspectos e indumentarias de más de 50 países distintos: campesinos miserables del Gaeltacht irlandés, reclutas desaliñados de Bulgaria, intimidantes jeques de Arabia, guerreros desnudos de Dahomey, engalanados maharajás de la India, insinuantes sacerdotisas de Indochina, y vaqueros de mirada extrañamente impasible del salvaje oeste norteamericano.[1] En aquel entonces, en una medida que hoy parece asombrosa, éramos lo que llevábamos puesto.

Hoy, un siglo después, el proyecto de Kahn resultaría más o menos absurdo, puesto que en la actualidad la mayoría de la gente de todo el mundo se viste de igual modo: los mismos vaqueros, las mismas zapatillas deportivas y las mismas camisetas. Hay solo un puñado de lugares donde la gente se resiste a la gigantesca apisonadora de la moda. Uno de ellos es el Perú rural. En las montañas de los Andes las mujeres quechuas todavía llevan sus vestidos y chales de vivos colores, y sus pequeños sombreros de fieltro, colocados con aire desenfadado y decorados con su insignia tribal. El único problema es que esa no es en absoluto la indumentaria tradicional quechua. Los vestidos,

chales y sombreros son, de hecho, de origen andaluz, y fueron impuestos por el virrey español Francisco de Toledo en 1572, tras la derrota de Túpac Amaru. El atuendo femenino andino verdaderamente tradicional consistía en una túnica (*anacu*), asegurada en la cintura por una faja (*chumpi*), sobre la que se llevaba una capa (*lliclla*), que a su vez se sujetaba con un alfiler (*tupu*). Lo que llevan las mujeres quechuas hoy en día es una combinación de esta antigua indumentaria con la ropa que les ordenaron llevar sus amos españoles. Los populares sombreros hongos de las mujeres bolivianas vinieron más tarde, cuando llegaron los trabajadores británicos para construir los primeros ferrocarriles del país.[2] Así, la moda actual entre los hombres andinos, que llevan ropa informal estadounidense, no es más que el último capítulo de una larga historia de occidentalización de la vestimenta.

¿Qué tiene nuestra ropa que hace que otras gentes parezcan incapaces de resistirse a ella? ¿El hecho de vestirse como nosotros tiene algo que ver con que quieran *ser* como nosotros? Es obvio que aquí se trata de algo más que de simple ropa. Se trata de abrazar toda una cultura popular que se difunde a través de la música y las películas, por no hablar de los refrescos y la comida rápida. Dicha cultura popular lleva consigo un sutil mensaje. Un mensaje que tiene que ver con la libertad, con el derecho a vestir o a beber o a comer como a uno le plazca (aunque resulte ser del mismo modo que todos los demás). Tiene que ver con la democracia, porque solo se fabrican los productos de consumo que la gente realmente quiere. Y, desde luego, tiene que ver con el capitalismo, porque las empresas han de obtener beneficios vendiendo tales cosas. Pero la ropa está en el corazón del proceso de occidentalización por una razón muy simple. La gran transformación económica que los historiadores denominaron hace ya mucho la revolución industrial —un salto cuántico en el nivel de vida material para una parte creciente de la humanidad— tuvo sus orígenes en la fabricación de tejidos. Fue en parte un milagro de fabricación en serie causado por una oleada de innovación tecnológica, que tuvo su origen en la anterior revolución científica (véase el capítulo 2). Pero la revolución industrial no se habría iniciado en Gran Bretaña ni se habría extendido al resto de Occidente sin el desarrollo simultáneo de una sociedad de consumo dinámica, caracterizada por una demanda casi infinitamente elástica de ropa barata. La magia de la industrialización, aunque fuera algo que los críticos contemporáneos generalmente pasaron por alto, consistió en el hecho de que el trabajador era también y al mismo tiempo un consumidor. El «esclavo del trabajo» también iba de compras; el proletario más humilde tenía más de una camisa, y aspiraba a tener más de dos.

La sociedad de consumo resulta hoy tan omnipresente que es fácil suponer que ha existido siempre. Pero en realidad es una de las innovaciones más recientes que propulsaron a Occidente por delante del resto del mundo. Su característica más asombrosa es su aparentemente irresistible atractivo. A diferencia de la medicina moderna, que (como hemos visto en el capítulo anterior) a menudo se impuso por la fuerza a las colonias occidentales, la sociedad de consumo es una «aplicación demoledora» que el resto del mundo generalmente ha deseado «descargarse». Incluso aquellos órdenes sociales explícitamente concebidos para ser anticapitalistas —sobre todo los diversos derivados de la doctrina de Karl Marx— han sido incapaces de evitarla. El resultado es una de las mayores paradojas de la historia moderna: el hecho de que un sistema económico diseñado para ofrecer infinitas opciones al individuo haya terminado por homogeneizar a toda la humanidad.

La revolución industrial a menudo se describe erróneamente como si una amplia gama de

innovaciones tecnológicas hubieran transformado al mismo tiempo múltiples actividades económicas. No fue ese el caso. La primera fase de la industrialización se concentró firmemente en la industria textil. La factoría arquetípica era una fábrica de tejidos de algodón, como la Anchor Mill de Paisley, que todavía hoy se alza como un monumento al auge industrial de Escocia.[*]

¿Qué ocurrió exactamente? Una respuesta sencilla es que en algún momento del siglo XIX la producción económica británica por persona, que había empezado a acelerarse ya en el XVII, se disparó como un cohete. Debido a la extrema dificultad de calcular retrospectivamente indicadores anacrónicos como el producto interior bruto o la renta nacional, los estudiosos difieren con respecto a la secuencia temporal exacta. Una estimación autorizada es que la tasa anual media de crecimiento de la renta nacional per cápita subió de menos del 0,2 por ciento entre 1760 y 1800 al 0,52 por ciento entre 1800 y 1830, y al 1,98 por ciento entre 1830 y 1870.[3] Todas estas cifras resultan miserablemente bajas en comparación con los estándares de comienzos del siglo XXI. Sin embargo, su efecto fue revolucionario. Nunca antes se había producido tal aceleración sostenida del crecimiento económico. Y tampoco se detuvo. Por el contrario, un crecimiento aún más rápido hizo que en 1960 el inglés medio fuera casi seis veces más rico de lo que lo había sido su bisabuelo en 1860.[4] Especialmente llamativa fue la velocidad con la que la mano de obra británica abandonó la agricultura para pasar a otros sectores (no solo el fabril, sino también el de servicios). Ya en 1850 poco más de una quinta parte de la población activa de Gran Bretaña trabajaba en la agricultura, en una época en que esa cifra se acercaba al 45 por ciento hasta en los Países Bajos. En 1880, menos de uno de cada siete británicos trabajaban la tierra; en 1910 eran uno de cada once.[5] Las cifras de crecimiento global enmascaran la drástica naturaleza de este cambio. Aunque se prolongó durante décadas, la revolución industrial fue extremadamente localizada incluso en la propia Gran Bretaña. En Gloucestershire, por ejemplo, apenas era visible, mientras que en Lancashire resultaba imposible no verla, aunque estuviera envuelta en esmog. Las Tierras Altas de Escocia no se vieron afectadas; de ahí que los victorianos aprendieran a amar lo que a la generación del literato Samuel Johnson no le había parecido más que una tierra baldía y desolada. Glasgow, en cambio, se vio transformada por el comercio y la industria en la «segunda ciudad» del Imperio británico, y el tufo de sus chimeneas llegó a superar al de su famosamente maloliente rival, Edimburgo.

Se ha descrito la revolución industrial como «una oleada de artilugios».[6] Ciertamente, es la innovación tecnológica la que explica una gran parte del decisivo aumento de la productividad de la tierra, el trabajo y el capital (los denominados «factores de producción»). El segundo y el tercero de ellos aumentaron cuantitativamente en el siglo XIX,[*] pero fue la mejora cualitativa la que en realidad importó, el hecho de que la producción total excediera el incremento combinado de trabajadores y fabricas. En términos de producción, pues, la revolución industrial fue una búsqueda de eficacia. La máquina de hilar *spinning jenny* de James Hargreaves (1766), la hiladora hidráulica *water frame* de Richard Arkwright (1769), la *mule jenny* de Samuel Crompton (1775), el telar de vapor de Edmund Cartwright (1787) o la «selfactina» de Richard Roberts (1830) fueron todas ellas formas de fabricar más hilo o tejido por hombre y por hora. La hiladora *spinning jenny*, por ejemplo, permitía a un solo trabajador hilar algodón con ocho husos a la vez. Gracias a estas innovaciones, el precio por unidad en las fabricas de algodón británicas descendió alrededor de un 90 por ciento entre mediados de la década de 1790 y 1830.[7] Lo mismo sucedió con los otros avances clave en la producción de hierro

y la generación de energía por medio del vapor. El alto horno de James Neilson, patentado en 1828, mejoró enormemente el proceso de fundición con coque inventado por Abraham Darby en 1709. La producción de hierro en el horno de Darby en Coalbrookdale pasó de 81 toneladas anuales en 1709 a 4.632 en 1850. Del mismo modo, en 1705 la máquina de vapor de Thomas Newcomen apenas tenía un uso práctico; pero la adición de un condensador independiente por parte de James Watt la mejoró sobremanera, y la versión de alta presión de Richard Trevithick la mejoró todavía más. La máquina de Newcomen quemaba 20 kilogramos de carbón para producir un solo caballo-hora; una máquina de vapor de finales del siglo XIX podía hacer lo mismo con menos de medio kilogramo.[8] En 1870, el conjunto de todas las máquinas de vapor de Gran Bretaña generaban un total de cuatro millones de caballos, equivalentes al trabajo de 40 millones de hombres. Alimentar a una cantidad tal de mano de obra humana habría requerido el triple de la producción total de trigo inglesa.[9] Nada de todo esto fue intelectualmente tan profundo como los grandes avances científicos del siglo XVIII, aunque la pertenencia de Boulton y Watt a la Sociedad Lunar de Birmingham, que también contó entre sus lumbreras con el químico pionero Joseph Priestley, revele lo estrechos que fueron los vínculos entre ambas revoluciones.[10] Este fue más bien un proceso acumulativo y evolutivo de mejora caracterizado por continuos reajustes, a veces realizados por hombres con una mínima educación científica. El espíritu de la época se había liberado de su carga de caballería y ahora se afanaba trabajando en los talleres de Soho Manufactory, la empresa de Boulton & Watt. La innovación, personificada por el adusto Watt, y el espíritu emprendedor, personificado por el exuberante Boulton: esta era la sociedad prototípica que configuraría el corazón de la revolución industrial.

«Yo vendo, señor —le dijo Boulton a James Boswell en 1776—, lo que todo el mundo quiere tener: *energía*.»[11] Pero ¿para qué? La revolución industrial habría sido inútil de haber consistido meramente en un aumento masivo de la cantidad de tejido, hierro y fuerza mecánica que podía producirse en un año; igualmente importante fue el rápido desarrollo y difusión de una sociedad de consumo que de hecho deseara tener más de todas esas cosas.[12] Si la innovación tecnológica estimuló la oferta, la demanda de la revolución industrial vino impulsada por el aparentemente insaciable deseo que tienen los seres humanos de ropa. Y nada hizo más por estimular dicho deseo que la importación a gran escala de paño indio por la Compañía Británica de las Indias Orientales a partir del siglo XVII (las importaciones de porcelana china tuvieron un efecto similar en la demanda de loza).[13] Las amas de casa querían esas cosas, y adaptaron su comportamiento y sus presupuestos en consecuencia.[14] Por su parte, los empresarios procuraron utilizar la nueva tecnología primero para imitar los productos importados, y luego para desplazarlos.[15]

El algodón fue de hecho el rey del milagro económico inglés. El sector textil representaba alrededor de una décima parte de la renta nacional de Gran Bretaña, y la fabricación de algodón fue responsable de muchos de los más rápidos incrementos de eficacia. Las fábricas de Manchester y los talleres de Oldham se convirtieron en el foco de la transformación. Lo llamativo es que una parte muy importante de la producción de algodón británica no iba destinada al consumo nacional. A mediados de la década de 1780, las exportaciones de algodón representaban solo alrededor del 6 por ciento del total de las exportaciones de Gran Bretaña; a mediados de la de 1830, la proporción había aumentado al 48 por ciento, la mayor parte destinada a la Europa continental.[16] Los historiadores

solían discutir acerca de qué fue primero en Gran Bretaña: la oleada tecnológica o la sociedad de consumo. Pero en la Europa continental no hay ninguna duda al respecto: los europeos se aficionaron al paño fabricado en serie, más barato, mucho antes de aprender a producirlo ellos mismos.

¿Por qué fue Gran Bretaña el país que primero se industrializó? La sociedad de consumo no era allí significativamente más avanzada que en otros estados del noroeste de Europa. El nivel y la difusión del conocimiento científico no era notablemente superior. Se habían producido impresionantes avances en otros sectores de la economía británica durante el siglo XVIII, por ejemplo en la agricultura, la banca y el comercio; pero a primera vista no se ve razón alguna por la que estos habrían de desencadenar una oleada de inversiones que incrementara la productividad en la producción de algodón, de hierro y de vapor. Se ha sugerido que la explicación de la temprana industrialización británica debe de residir en el ámbito de la política o de la ley. Se dice, por ejemplo, que el derecho consuetudinario inglés alentaba la formación de empresas y ofrecía a los acreedores mayor protección que los sistemas jurídicos continentales como los derivados del código civil napoleónico.[17] Como hemos visto, no cabe duda de que las ventajas institucionales ayudaron a Gran Bretaña a adelantarse a otros supuestos imperios en el siglo XVII y sobre todo en el XVIII. Pero no está claro en absoluto por qué la doctrina de la soberanía del Parlamento o la evolución del derecho consuetudinario inglés tendrían que haber proporcionado a Boulton y Watt mayores incentivos que los que ofrecieron sus respectivos sistemas a sus olvidados colegas del continente.

Es posible que los aranceles establecidos en el siglo XVIII contra los calicós indios dieran cierta ventaja a los fabricantes británicos, al igual que unas políticas proteccionistas similares nutrirían más tarde a las nacientes industrias de Estados Unidos frente a la competencia británica.[18] La doctrina de la ventaja comparativa[*] de David Ricardo no fue la única razón de que las exportaciones de algodón de Gran Bretaña se dispararan en la primera mitad del siglo XIX. Aparte de eso, parece poco convincente el argumento de que las instituciones políticas o jurídicas británicas (o, para el caso, norteamericanas) pudieron ser más favorables al desarrollo industrial que las holandesas, francesas o alemanas.[19] A los ojos de los contemporáneos, el estatus de los sistemas políticos y jurídicos británicos en las décadas clave del despegue industrial no podía estar más lejos de ser favorable a la naciente industria. «Vieja corrupción» fue la expresión con la que el polemista radical William Cobbett definió el modo en que interactuaban el Parlamento, la corona y la City londinense. En *Casa desolada* (1852-1853), Charles Dickens retrataba el Tribunal de Equidad como un escollo grotescamente ineficaz a la resolución de las disputas de propiedad, mientras que en *La pequeña Dorrit* (1855-1857) el objetivo de su sátira era la ficticia «Oficina del Circunloquio», un departamento del gobierno dedicado a obstaculizar el progreso económico. Las sociedades por acciones fueron ilegales hasta que en 1824 se abolió la Ley de la Burbuja de 1720, al tiempo que las cárceles para deudores como la de Marshalsea —tan vividamente representada en *La pequeña Dorrit*— siguieron funcionando hasta que se aprobó la Ley de Quiebras de 1869. También vale la pena recordar que la mayoría de las leyes aprobadas por los parlamentos victorianos en relación con la industria textil se diseñaron para limitar la libertad económica de los propietarios de las fábricas, especialmente en lo relacionado con el trabajo infantil.

Gran Bretaña difirió significativamente de otros países del noroeste de Europa en dos aspectos que hacen inteligible la revolución industrial. El primero fue que el trabajo era algo

considerablemente más apreciado que en el continente, o, de hecho, en cualquier lugar del que se tenga constancia escrita. En la segunda mitad del siglo XVIII el salario real de un trabajador parisino (en términos de plata ajustada a los precios al consumo) era algo más de la mitad del de un londinense. En Milán el salario real representaba el 26 por ciento del nivel de Londres.[20] En China y el sur de la India los salarios eran aún más bajos, y no solo debido a la mayor productividad del cultivo de arroz asiático en relación con la producción de trigo europea;[21] la segunda razón era que en Gran Bretaña el carbón era abundante, accesible y, por lo tanto, considerablemente más barato que al otro lado del Canal de la Mancha. Entre las décadas de 1820 y 1860, la producción anual de las minas de carbón británicas se cuadruplicó; el precio por tonelada cayó en una cuarta parte. En conjunto, estos diferenciales explican por qué los empresarios británicos estaban mucho más motivados para conseguir innovaciones tecnológicas que sus homólogos continentales. En Gran Bretaña tenía más sentido que en ninguna otra parte sustituir la costosa mano de obra humana por máquinas alimentadas con carbón barato.

Como la Revolución francesa antes que ella, la revolución industrial inglesa se extendió por toda Europa. Pero esta fue una conquista pacífica.[22] Los grandes innovadores fueron en gran parte incapaces de proteger lo que hoy llamaríamos sus derechos de propiedad intelectual. Con notable celeridad, la nueva tecnología fue, pues, copiada y reproducida en el continente y al otro lado del Atlántico. La primera fabrica de tejidos de algodón propiamente dicha, la de Richard Arkwright en Cromford, en Derbyshire, se construyó en 1771; en el plazo de siete años apareció una copia en Francia. Hicieron falta solo tres para que los franceses copiaran la máquina de vapor de Watt de 1775. En 1784 había versiones alemanas de ambas, gracias en gran medida al espionaje industrial. Los estadounidenses, que tenían la ventaja de que podían cultivar su propio algodón, además de extraer su propio carbón, fueron un poco más lentos: la primera fábrica de tejidos de algodón apareció en Bass River, Massachusetts, en 1788, y la primera máquina de vapor en 1803.[23] Los belgas, holandeses y suizos no les fueron muy a la zaga. La pauta fue similar cuando las primeras locomotoras de vapor empezaron a arrastrar trenes por la línea férrea entre Stockton y Darlington en 1825, aunque esta innovación solo necesitó cinco años para cruzar el Atlántico, frente a los doce que tardó en llegar a Alemania y los veintidós que le costó llegar a Suiza.[24] En la medida en que la eficacia de la tecnología fue mejorando, esta se fue haciendo económicamente más atractiva incluso allí donde la mano de obra era más barata y el carbón más escaso. Entre 1820 y 1913, el número de husos del planeta aumentó cuatro veces más rápido que la población mundial, pero el ritmo de dicho incremento fue dos veces más lento en el Reino Unido que en el extranjero. Fue tal el aumento de la productividad —y el crecimiento de la demanda— que la producción bruta de la industria del algodón mundial aumentó tres veces más rápido que el total de husos.[25] Como resultado, entre 1820 y 1870 unos cuantos países del noroeste de Europa y de Norteamérica alcanzaron las mismas tasas de crecimiento que Gran Bretaña; de hecho, Bélgica y Estados Unidos incluso crecieron más rápido.

A finales del siglo XIX, pues, la industrialización se hallaba en pleno apogeo en dos amplias franjas: una se extendía a través del nordeste estadounidense y su núcleo lo formaban ciudades como Lowell, Massachusetts; la otra se extendía desde Glasgow hasta Varsovia, llegando incluso hasta

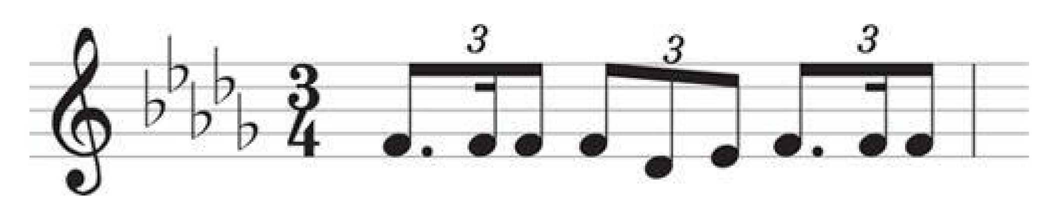
Moscú. En 1800 siete de las diez mayores ciudades del mundo todavía eran asiáticas, y Pekín aún superaba a Londres en tamaño; en 1900, en gran parte como resultado de la revolución industrial, solo una de las mayores ciudades era asiática: el resto eran europeas o norteamericanas.

La difusión en todo el planeta de la urbe industrial de estilo británico inspiró a algunos observadores, a la vez que consternó a otros. Entre los que se sintieron inspirados estaba Charles Darwin, a quien, como reconoció en *El origen de las especies* (1859), la experiencia de vivir la revolución industrial le había «preparado muy bien para apreciar la lucha por la existencia». Gran parte de la descripción darwiniana de la selección natural podría haberse aplicado igualmente al mundo económico del sector textil de mediados del siglo XIX:

> Todos los seres orgánicos están expuestos a una severa competencia… Dado que se producen más individuos de los que posiblemente pueden sobrevivir, debe haber en cada caso una lucha por la existencia, o bien de un individuo con otro de la misma especie, o con los individuos de especies distintas, o con las condiciones físicas de vida. Cada ser orgánico… tiene que luchar por la vida… Dado que la selección natural actúa únicamente por acumulación de variaciones favorables pequeñas y sucesivas, no puede producir ninguna modificación grande o repentina.[26]

En este aspecto, podría ser más lógico que los historiadores hablaran de *evolución* industrial, en el sentido que Darwin le daba al término. Como señalarían más tarde los economistas Thorstein Veblen y Joseph Schumpeter, el capitalismo del siglo XIX fue un sistema auténticamente darwiniano, caracterizado por la mutación aparentemente aleatoria, la especiación ocasional y la supervivencia diferencial, o, por usar la memorable expresión de Schumpeter, la «destrucción creadora».[27]

Pero precisamente la inestabilidad de los mercados más o menos no regulados creados por la revolución industrial produjo consternación entre muchos contemporáneos. Hasta que se produjeron los grandes avances en la salud pública descritos en el capítulo anterior, las tasas de mortalidad de las ciudades industriales eran notablemente superiores a las del campo. Además, el advenimiento de un nuevo y nada regular «ciclo económico», marcado por crisis periódicas de sobreproducción industrial y pánico financiero, generalmente causó una impresión más fuerte en la gente que la aceleración gradual de la tasa de crecimiento medio de la economía. Aunque la revolución industrial mejoró manifiestamente la vida a largo plazo, a corto plazo no pareció sino empeorar las cosas. Una de las ilustraciones de William Blake para el prefacio a su obra *Milton* representaba, entre otras imágenes sombrías, a una figura de piel oscura sosteniendo un trozo de hilo de algodón empapado de sangre.[*] Para el compositor Richard Wagner, Londres era «el sueño de Alberich hecho realidad: Nibelheim, dominio mundial, actividad, trabajo, por todas partes la sensación opresora del vapor y de la niebla». Las infernales imágenes de la factoría británica inspiraron su descripción del reino subterráneo del enano de *El oro del Rin*, así como uno de los *leitmotiv* de todo el ciclo de *El anillo del nibelungo*, el insistente ritmo staccato de múltiples martillos:



El escritor escocés Thomas Carlyle, imbuido de la literatura y la filosofía alemanas, fue el primero en identificar lo que parecía ser el defecto fatal de la economía industrial: que reducía todas

las relaciones sociales a lo que él denominaba, en su ensayo *Pasado y presente*, el «nexo monetario»:

> El mundo se ha estado afanando en tal febril actividad para conseguir que se hiciera trabajo y más trabajo que no ha tenido tiempo de pensar en repartir los salarios, y simplemente ha dejado que estos se disputaran por la Ley del Más Fuerte, la Ley de la Oferta y la Demanda, la Ley del Laissez Faire, y otras leyes y no leyes vanas. Llamamos a eso Sociedad, y consiste en profesar abiertamente la separación y el aislamiento más absolutos. Nuestra vida no constituye una utilidad mutua, sino más bien, oculta bajo convenientes leyes de guerra denominadas «competencia justa», etcétera, una hostilidad mutua. Hemos olvidado profundamente en todas partes que el Pago Monetario no es la única relación entre los seres humanos… No es el único nexo del hombre con el hombre. ¡Ni mucho menos! En un nivel más profundo, mucho más profundo que la Oferta y la Demanda, están las Leyes y Obligaciones sagradas como la propia Vida del Hombre.[28]

Este concepto —el del «nexo monetario»— agradó tanto al hijo de un abogado judío apóstata de Renania que él y su coautor, el heredero del propietario de una fábrica de algodón de Wuppertal, se lo apropiaron para incluirlo en el extravagante «manifiesto» que ambos publicaron en vísperas de las revoluciones de 1848.

Los fundadores del comunismo, Karl Marx y Friedrich Engels, fueron solo dos entre numerosos críticos radicales de la sociedad industrial, pero su logro fue concebir el primer proyecto internamente coherente de un orden social alternativo. Dado que este fue el inicio de un cisma en el seno de la civilización occidental que duraría casi un siglo y medio, vale la pena detenerse a considerar los orígenes de su teoría. El marxismo, una mezcla de la filosofía de Hegel, que representaba el proceso histórico como un proceso dialéctico, y la economía política de Ricardo, que postulaba rendimientos decrecientes para el capital y una «ley de hierro» de salarios bajos, tomó la repugnancia de Carlyle por la economía industrial y sustituyó su nostalgia por una utopía.

Marx era una persona odiosa. Vividor desaliñado y polemista virulento, le gustaba alardear de que su esposa era, por nacimiento, «la baronesa Von Westphalen», pero tuvo un hijo ilegítimo con su criada. En la única ocasión en que pidió trabajo (como empleado de ferrocarril) fue rechazado porque su letra era horrorosa. Intentó jugar a la Bolsa, pero resultó ser un negado. En consecuencia, durante casi toda su vida hubo de depender de los donativos de Engels, para quien el socialismo era una mera afición, como la caza del zorro y las mujeres: su trabajo diario consistía en dirigir una de las fábricas de algodón de su padre en Manchester (cuyo producto patentado se conocía como «hilo de diamante»). Ningún hombre en la historia ha mordido la mano que le daba de comer con tanto entusiasmo como Marx la del «rey algodón».

La esencia del marxismo era la creencia de que la economía industrial estaba condenada a producir una sociedad intolerablemente desigual dividida entre la burguesía —los dueños del capital — y un proletariado desposeído. El capitalismo exigía inexorablemente la concentración del capital en cada vez menos manos y la reducción de todos los demás a la esclavitud salarial, que significaba cobrar solo «esa cuantía de los medios de subsistencia que es absolutamente necesaria para mantener la mera existencia del trabajador en cuanto trabajador». En el capítulo 32 del primer tomo de su difícilmente legible *Capital* (1867), Marx profetizaba el desenlace inevitable:

> Conforme disminuya progresivamente el número de magnates capitalistas que usurpan y monopolizan todos los beneficios de este proceso de transformación, crece la masa de la miseria, de la opresión, de la esclavitud, de la degeneración, de la explotación; pero crece también la rebeldía de la clase obrera…
>
> La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en que son ya incompatibles

> con su envoltura capitalista. Esta envoltura estalla. Le llega la hora a la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.

No es casual que este pasaje tenga cierto aire wagneriano, mitad *El ocaso de los dioses* y mitad *Parsifal*. Sin embargo, cuando se publicó el libro el gran compositor había dejado ya muy atrás el espíritu de 1848. En cambio, fue la composición de Eugène Pottier *La internacional* la que se convirtió en el himno del marxismo. Musicada por Pierre De Geyter, instaba a los «parias de la tierra» a «hacer añicos el pasado» y las lealtades nacionales, y alzarse contra los «tiranos» sin esperar la salvación de «dioses, reyes ni tribunos».

Antes de identificar en qué se equivocaron, hemos de reconocer aquello en lo que Marx y sus discípulos tuvieron razón. Ciertamente, la desigualdad aumentó como resultado de la revolución industrial. Entre 1780 y 1830, la producción por trabajador en el Reino Unido se incrementó en más de un 25 por ciento, pero los salarios apenas subieron un 5 por ciento. La proporción de la renta nacional que iba a parar al percentil más rico de la población pasó del 25 por ciento en 1801 al 35 por ciento en 1848. En París, en 1820, alrededor del 9 por ciento de la población se clasificaba como «propietarios y rentistas», que poseían el 41 por ciento de la riqueza registrada; en 1911 su parte se había elevado al 52 por ciento. En Prusia, la parte de renta que iba a parar al 5 por ciento más rico de la población aumentó del 21 por ciento en 1854 al 27 por ciento en 1896 y al 43 por ciento en 1913.[29] Parece claro, pues, que en el transcurso del siglo XIX las sociedades industriales se hicieron más desiguales, y ello tuvo unas consecuencias predecibles. En la epidemia de cólera de Hamburgo de 1892, por ejemplo, la tasa de mortalidad entre las personas con una renta inferior a los 800 marcos anuales fue trece veces superior a la de las que ganaban más de 50.000 marcos.[30] No hacía falta ser marxista para horrorizarse ante la desigualdad de la sociedad industrial. En 1817, Robert Owen, un propietario fabril de origen galés que acuñó el término socialismo, concibió un modelo económico alternativo basado en la producción cooperativa y en aldeas utópicas como las que fundó en Orbiston, Escocia, y New Harmony, Indiana.[31] Hasta el ingenioso esteta irlandés Oscar Wilde reconoció los cimientos de miseria social sobre los que se alzaba el refinado mundo de las bellas letras:

> Esos son los pobres; y entre ellos no hay gracia en los modales, o encanto en el discurso, o civilización… De su fuerza colectiva la humanidad obtiene mucho en prosperidad material. Pero es solo el resultado material lo que obtiene, y el hombre que es pobre carece absolutamente de importancia en sí mismo. Es meramente el átomo infinitesimal de una fuerza que, lejos de considerarle, lo aplasta: de hecho, lo prefiere aplastado, ya que entonces es mucho más obediente… Los agitadores son una serie de personas entrometidas e impertinentes que llegan a una clase perfectamente contenta de la comunidad y siembran en ella la semilla del descontento. Esa es la razón por la que los agitadores son absolutamente necesarios. Sin ellos, en nuestro estado incompleto, no habría ningún avance hacia la civilización…
>
> [Pero] el hecho es que la civilización necesita esclavos. Los griegos tenían toda la razón en ello. A menos que haya esclavos para hacer el trabajo desagradable, horrible, carente de interés, la cultura y la contemplación se hacen casi imposibles. La esclavitud humana es mala, insegura y desmoralizadora. El futuro del mundo depende de la esclavitud mecánica, de la esclavitud de la máquina.[32]

Sin embargo, la revolución temida por Wilde y anhelada con impaciencia por Marx nunca se materializó; al menos, no donde se suponía que iba a hacerlo. Los disturbios de 1830 y 1848 fueron resultado de subidas de precios a corto plazo de los productos de alimentación y de crisis financieras antes que de una polarización social.[33] En la medida en que la productividad agrícola mejoró en

Europa, el empleo industrial aumentó y la amplitud del ciclo económico se redujo, el riesgo de revolución fue disminuyendo. En lugar de coaligarse en una masa empobrecida, el proletariado se subdividió entre unas «aristocracias obreras» cualificadas y un lumpenproletariado vicioso. Las primeras prefirieron las huelgas y la negociación colectiva a la revolución, asegurando así unos salarios reales más altos; el segundo prefirió la ginebra. La clase trabajadora respetable tenía sus sindicatos y sus asociaciones obreras;[34] los rufianes, los teatros de variedades y las peleas callejeras.

En cualquier caso, las prescripciones del *Manifiesto comunista* resultaban particularmente poco atractivas para los trabajadores industriales a los que iban dirigidas. Marx y Engels postulaban la abolición de la propiedad privada; la abolición de la herencia; la centralización del crédito y las comunicaciones; la propiedad estatal de todas las fábricas e instrumentos de producción; la creación de «ejércitos industriales para la agricultura»; la abolición de la distinción entre la ciudad y el campo; la abolición de la familia; la «comunidad de las mujeres» (intercambio de esposas) y la abolición de todas las nacionalidades. En cambio, los liberales de mediados del siglo XIX querían el gobierno constitucional; las libertades de expresión, de prensa y de reunión; una mayor representación política a través de la reforma electoral; el libre comercio, y, allí donde no la hubiera, la autodeterminación nacional (autogobierno). En el medio siglo transcurrido desde la conmoción de 1848 consiguieron muchas de esas cosas; las suficientes, al menos, para hacer que los remedios desesperados de Marx y Engels parecieran estar de más. En 1850, solo Francia, Grecia y Suiza tenían sufragios que permitían votar a más de una quinta parte de la población; en 1900, esto sucedía en diez países europeos, y Gran Bretaña y Suecia no estaban muy por detrás de ese umbral. La mayor representación llevó a la aprobación de leyes que beneficiaban a los grupos de renta inferior; en Gran Bretaña el libre comercio se tradujo en pan barato; y el pan barato, más unos salarios nominales crecientes gracias a la presión sindical, se tradujo en una ganancia significativa en términos reales para los trabajadores. Entre 1848 y 1913, los jornales de los trabajadores de la construcción de Londres se duplicaron en términos reales. La mayor representación llevó también a la implantación de impuestos más progresivos. Gran Bretaña marcó la pauta en 1842, cuando sir Robert Peel introdujo un impuesto sobre la renta para tiempos de paz (en 1913, por ejemplo, este vendría a representar el 6 por ciento de los ingresos). Antes de 1842 casi todas las rentas públicas británicas provenían de la tributación indirecta sobre el consumo, tanto por vía arancelaria como impositiva; unos impuestos regresivos que se llevaban una parte de los ingresos proporcionalmente más pequeña conforme más rico era uno. En 1913, por el contrario, una tercera parte de las rentas públicas provenían de impuestos directos sobre los relativamente ricos. En 1842, el gobierno central no se había gastado prácticamente nada en educación ni en artes y ciencias; en 1913, estos conceptos representaban el 10 por ciento del gasto público. Por entonces Gran Bretaña había seguido los pasos de Alemania introduciendo una pensión estatal para los ancianos.

Así, Marx y Engels se equivocaron en dos cosas. En primer lugar, su «ley de hierro» de los salarios resultó disparatada. Es cierto que la riqueza se hizo sumamente concentrada bajo el capitalismo, y seguiría siéndolo hasta el segundo cuarto del siglo XX. Pero los diferenciales de renta empezaron a reducirse en la medida en que los salarios reales subieron y los impuestos se hicieron menos regresivos. Los capitalistas supieron ver lo que a Marx se le había pasado por alto: que los

trabajadores eran también consumidores. En consecuencia, no tenía sentido intentar reducir sus salarios hasta niveles de subsistencia. Muy al contrario, como el caso de Estados Unidos dejaba cada vez más claro, no había mayor mercado potencial para la mayoría de las empresas capitalistas que sus propios empleados. Lejos de condenar a las masas a la miseria, la mecanización de la producción textil vino a crear oportunidades de empleo cada vez mayores para los trabajadores occidentales —aunque a expensas de los hilanderos y tejedores indios—, y el descenso de los precios del algodón y de otros bienes supuso que los trabajadores occidentales pudieran comprar más con su salario. El impacto de esto lo ilustra muy bien el vertiginoso aumento del diferencial entre los salarios y el nivel de vida occidentales y no occidentales en este período. Incluso dentro del propio Occidente, la brecha entre la vanguardia industrializada y las zonas rurales más atrasadas se ensanchó drásticamente. En la Londres de comienzos del siglo XVII, el salario real (es decir, ajustado al coste de la vida) de un trabajador no cualificado no distaba mucho de lo que su homólogo ganaba en Milán. Sin embargo, desde la década de 1750 hasta la de 1850 los londinenses se distanciaron bastante. En el punto álgido de esta gran divergencia en el seno de la propia Europa, los salarios reales de Londres llegaron a ser seis veces los de Milán. Con la industrialización del norte de Italia, en la segunda mitad del siglo XIX, la brecha empezó a cerrarse, hasta el punto de que en vísperas de la Primera Guerra Mundial se acercaba a una proporción de 3:1. También los trabajadores alemanes y holandeses se beneficiaron de la industrialización, aunque en 1913 todavía fueran por detrás de sus homólogos ingleses.[35] Los trabajadores chinos, en cambio, no llegaron a alcanzarles. Allí donde los salarios eran más altos, en las grandes ciudades de Pekín y Cantón, los trabajadores de la construcción recibían el equivalente a unos tres gramos de plata por día, sin ninguna tendencia al alza en el siglo XVIII y solo una leve mejora en el XIX y comienzos del XX (pasando a unos 5-6 gramos). A partir de 1900 hubo alguna mejora para los trabajadores de Cantón, pero fue mínima; y los trabajadores de Sichuan siguieron siendo miserables. Mientras tanto, los trabajadores londinenses vieron subir sus salarios equivalentes en plata de unos 18 gramos entre 1800 y 1870 a unos 70 entre 1900 y 1913. Teniendo en cuenta el coste de mantener a una familia, el nivel de vida del trabajador chino medio cayó a lo largo de todo el siglo XIX, especialmente durante la rebelión Taiping (véase el capítulo 6). Es verdad que la subsistencia era más barata en China que en la Europa noroccidental. Y también habría que recordar que por entonces los londinenses y berlineses disfrutaban de una dieta mucho más variada integrada por pan, productos lácteos y carne, todo ello regado con copiosas cantidades de alcohol, mientras que la mayoría de los asiático-orientales subsistían a base de arroz molido y pequeños cereales. Sin embargo, parece claro que en la segunda década del siglo XX la brecha del nivel de vida entre Londres y Pekín presentaba una ratio de seis a uno, frente a solo dos a uno en el siglo XVIII.[36]

El segundo error que cometieron Marx y Engels fue el de subestimar la capacidad de adaptación del Estado decimonónico, especialmente cuando este pudo legitimarse en la forma de Estado-*nación*.

En su *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Marx calificaba a la religión, en célebre expresión, como «el opio del pueblo». Si eso es así, entonces el nacionalismo era la cocaína de las clases medias. El 17 de marzo de 1846 se estrenaba en el teatro La Fenice de Venecia

una nueva ópera del ya famoso compositor italiano Giuseppe Verdi. Técnicamente, Verdi era de hecho de origen francés: al nacer su nombre se había registrado oficialmente como «Joseph Fortunin François Verdi» debido a que su aldea natal se hallaba entonces bajo el dominio napoleónico, tras ser anexionada a Francia junto con el resto del Ducado de Parma y Piacenza. También Venecia había sido conquistada por los franceses, pero fue cedida a Austria en 1814. La impopularidad del ejército y la burocracia de los Habsburgo explica el agitado entusiasmo con el que la audiencia, predominantemente italiana, respondió a las líneas siguientes:

> Tardo per gli anni, e tremulo,
> E il regnator d'Oriente;
> Siede un imbelle giovine
> Sul trono d'Occidente;
> Tutto sarà disperso
> Quand'io mi unisca a te…
> *Avrai tu l'universo*,
> *Resti l'Italia a me*.
>
> Torpe por la edad, y trémulo,
> es el emperador de Oriente;
> se sienta un joven débil
> en el trono de Occidente.
> Todo se habrá perdido
> cuando yo me una a ti…
> *Tú tendrás el universo*,
> *deja Italia para mí*.

Estas palabras, cantadas a Atila por el enviado romano Aecio tras el saqueo de Roma, eran una apelación apenas velada al sentimiento nacionalista. E ilustran perfectamente cuál es la ventaja que el nacionalismo tuvo siempre sobre el socialismo: que tenía estilo.

Desde luego, el nacionalismo tuvo también sus manifiestos. Otro Giuseppe —Mazzini— fue quizá lo más parecido a un teórico que produjo el nacionalismo. Como observaba inteligentemente en 1852, la Revolución «ha asumido dos formas: la cuestión que todos han dado en llamar social y la cuestión de las nacionalidades». Los nacionalistas italianos del Risorgimento

> lucharon… como lo hacen Polonia, Alemania y Hungría, por el país y la libertad; por una palabra inscrita en un estandarte, proclamando al mundo que ellos también viven, piensan, aman y trabajan en beneficio de todos. Hablan la misma lengua, llevan en ellos la impronta de la consanguinidad, se arrodillan ante las mismas tumbas, se enorgullecen de la misma tradición; y exigen asociarse libremente, sin obstáculos, sin la dominación extranjera.[37]

Para Mazzini el asunto era sencillo: «Hay que rehacer el mapa de Europa». En el futuro, argumentaba, sería claramente reordenado en la forma de once estados-nación. Sin embargo, eso resultaba mucho más fácil de decir que de hacer, y de ahí que las formas preferidas de nacionalismo fueran artísticas o gimnásticas antes que programáticas. El nacionalismo funcionaba mejor en la poesía demótica de autores como el griego Rigas Feraios (Καλύτερα μιας ώρας ελεύθερη ζωή παρά σαράντα χρόνια σκλαβιά και φυλακή; «Es mejor tener una hora como hombre libre que cuarenta años de esclavitud y cárcel»), o en las conmovedoras canciones de las fraternidades estudiantiles alemanas (*Fest steht und Treu die Wächt am Rhein*; «La Guardia del Rin se mantiene firme y leal»), o incluso en el campo de deportes, donde el día de San Andrés de 1872 Escocia jugó contra

Inglaterra el primer partido de fútbol internacional del mundo (con el resultado de 0-0). Pero era más problemático cuando las fronteras políticas, lingüísticas y religiosas no coincidían, como ocurría de la forma más manifiesta en el fatal triángulo de territorio formado entre el Báltico, los Balcanes y el mar Negro. Entre 1830 y 1905, ocho nuevos estados lograron o bien la independencia, o bien la unidad: Grecia (1830), Bélgica (1830-1839), Rumania (1856), Italia (1859-1871), Alemania (1864-1871), Bulgaria (1878), Serbia (1867-1878) y Noruega (1905). En cambio los sudamericanos fracasaron en su apuesta por un Estado propio, al igual que los armenios, los croatas, los checos, los irlandeses, los polacos, los eslovacos, los eslovenos y los ucranianos. Los húngaros, como los escoceses, se conformaron con el papel de socios menores en monarquías duales con imperios que ayudaron a gobernar. En cuanto a otros pueblos etnolingüísticamente diferenciados como los romaníes, sinti, casubos, sorbios, wendos, valacos, székely, rutenos y ladinos, nadie los consideraba seriamente capaces de autonomía política.

El éxito o fracaso en el juego de la construcción nacional residió en última instancia en la *realpolitik*. A Camillo Benso, conde de Cavour, le convenía convertir el resto de Italia en un accesorio colonial del Piamonte-Cerdeña, tal como le convenía a Otto Eduard Leopold von Bismarck, conde de Bismarck-Schönhausen, conservar las prerrogativas de la monarquía prusiana convirtiéndola en la institución más poderosa de un Reich federal alemán. Escribía Bismarck en sus *Remembranzas*:

> Nunca dudé… de que la clave de la política alemana había que buscarla en los príncipes y las dinastías, no en los propagandistas, ya fuera en el Parlamento y en la prensa o en las barricadas… El nudo gordiano de la circunstancia alemana… solo podía cortarse por la espada: eso significaba que había que ganar al rey de Prusia, consciente o inconscientemente, y con él al ejército prusiano, para la causa nacional, ya fuera considerando como principal objetivo la hegemonía de Prusia desde el punto de vista «borusiano», o la unificación de Alemania desde el punto de vista nacional: ambos objetivos eran equiparables… Las dinastías han sido más fuertes en todo momento que la prensa y el Parlamento… Para que el patriotismo alemán sea activo y eficaz, por regla general ha de tener como punto de apoyo la dependencia de una dinastía… Es en calidad de prusiano, de hannoveriano, de württembergués, de bávaro o de hessiano, antes que en la de alemán, como [dicho alemán] estará dispuesto a dar una prueba inequívoca de patriotismo.[38]

La transformación de la Deutscher Bund de 39 estados dominada por Austria en un *Reich* de 25 dominado por Prusia fue el golpe maestro de Bismarck. Lo que ocurrió cuando Prusia derrotó a Austria y a los otros miembros de la Confederación Germánica en 1866 se entiende mejor si se considera, no una guerra de unificación, sino una victoria del norte sobre el sur en una guerra civil alemana, por la sencilla razón del gran número de germanohablantes que fueron excluidos de la nueva Alemania. Sin embargo, la victoria de Bismarck no fue completa hasta que hubo superado tácticamente a sus opositores liberales en casa, primero introduciendo el sufragio universal, lo que les costó varios escaños en la nueva Dieta Imperial (el Reichstag), y luego dividiéndolos en torno a la cuestión del libre comercio en 1878. El precio fue ceder a los alemanes del sur dos poderosas posiciones con capacidad de veto: el papel fundamental del católico Partido de Centro en el Reichstag y el veto combinado de los estados alemanes del sur en la Cámara Alta (Bundesrat).

Se vogliamo che tutto rimanga come è, bisogna che tutto cambi: «Si queremos que todo siga igual, es necesario que todo cambie». La que probablemente es la frase más famosa de la novela histórica *El gatopardo* (1958), de Giuseppe Tomasi de Lampedusa, se cita con frecuencia para resumir el carácter subrepticiamente conservador de la unificación italiana. Pero los nuevos estados-

nación hicieron algo más que limitarse a conservar los preciados privilegios de las acosadas élites terratenientes de Europa. Las entidades como Italia o Alemania, compuestas de múltiples pequeños estados, ofrecieron a todos sus ciudadanos numerosas ventajas: economías de escala, externalidades de red, costes de transacción reducidos y una provisión más eficiente de bienes públicos clave como la seguridad ciudadana, las infraestructuras y la salud. Los nuevos Estados pudieron hacer que las grandes ciudades industriales de Europa, caldo de cultivo del cólera tanto como de la revolución, fueran finalmente seguras. La desaparición de barrios de chabolas, unos bulevares demasiado amplios para levantar barricadas, iglesias más grandes, parques frondosos, estadios deportivos y, sobre todo, más policías: todas estas cosas vinieron a transformar las capitales de Europa, entre ellas París, que el barón Georges Haussmann remodeló completamente para Napoleón III. Todos los nuevos estados tenían fachadas imponentes; hasta la derrotada Austria se apresuró a reinventarse a sí misma como la «imperial y real» Austria-Hungría, estableciendo en piedra su identidad arquitectónica en torno a la Ringstrasse vienesa.[39] Pero tras las fachadas había una sustancia real. Se construyeron escuelas, para inculcar mejor las lenguas nacionales estandarizadas en las cabezas de los jóvenes. Se erigieron cuarteles, para entrenar mejor a los graduados de secundaria a la hora de defender a su patria. Y se construyeron líneas férreas, en lugares donde su rentabilidad parecía dudosa, para transportar mejor a las tropas a la frontera en caso de que fuera necesario hacerlo. Los campesinos se convirtieron en franceses, o en alemanes, o en italianos, o en serbios… en función de dónde daba la casualidad de que habían nacido.

Lo paradójico es que esta era de nacionalismo coincidió con una estandarización sostenida de las formas de vestir. Obviamente, los uniformes militares seguían siendo nacionalmente diferenciados a fin de que, en el fragor de la batalla, se pudiera distinguir a un *poilu* de un *boche* o un *rosbif* incluso por la silueta.[*] Pero las innovaciones militares del siglo XIX, que mejoraron enormemente la precisión y la potencia de la artillería, además de introducir la pólvora sin humo hicieron necesario un cambio, pasando de las guerreras de vivos colores de los siglos XVIII y XIX a unos uniformes absolutamente más anodinos. Los ingleses adoptaron el dril caqui tras la guerra anglo-zulú de 1879, un ejemplo que más tarde seguirían los estadounidenses y los japoneses. También los rusos eligieron el caqui, aunque de un tono más gris, en 1908. Los italianos optaron por un gris verdoso los alemanes y austríacos, por los denominados *feldgrau* («gris de campaña») y *hechtgrau* («gris lucio») respectivamente. Asimismo, al crecer en tamaño los ejércitos, la economía dictó la simplificación. El frente de batalla se hizo más sencillo.

Los civiles varones también renunciaron al dandismo de las generaciones anteriores. El traje tal como había sido concebido por Beau Brummell en la Inglaterra de la Regencia ya era en sí mismo una simplificación en relación con las modas del siglo XVIII. La tendencia a partir de entonces fue inexorablemente hacia la sobriedad burguesa. El chaqué tipo pingüino de un solo botón, que hoy solo se ve en bodas pretenciosas, desplazó al frac de Brummell y a la chaqueta cruzada de cuello alto favorecida por el príncipe Alberto. Los chalecos pasaron de las coloridas sedas chinas a la lana negra o gris. Los bombachos cedieron el paso a los pantalones largos, y las medias desaparecieron para ser reemplazadas por insulsos calcetines negros. Las camisas pasaron a ser uniformemente blancas. Los cuellos parecieron encogerse hasta que lo único que quedó de ellos fue un par de «alas de pollo» de celuloide, envueltas en una corbata que era invariablemente negra. También los

sombreros se encogieron, hasta que solo sobrevivió el bombín; y también este era negro. Era como si toda la sociedad se dispusiera a ir a un velatorio.

Obviamente, en el atuendo femenino del período victoriano había bastante más variedad y complejidad. Y existía una clase distinta de uniformidad entre el proletariado ataviado con mono de trabajo y los pobres de pantalones andrajosos. En cualquier caso, la estandarización del vestido en la Inglaterra victoriana —que dictaba la moda no solo en toda Europa, sino incluso en la costa este de Estados Unidos— sigue siendo una realidad, a la vez que un enigma en un momento en que el nacionalismo estaba en pleno auge. Parecía que, en efecto, la Internacional existía, pero solo en el nivel del código indumentario burgués. La explicación de este hecho, como cabría esperar en la era industrial, es de índole mecánica.

La máquina de coser Singer nació en 1850, cuando Isaac Merritt Singer viajó a Boston, Massachusetts, y vio qué era lo que fallaba en la máquina que estaban construyendo en el taller de Orson C. Phelps. La aguja tenía que ser recta, no curvada. La lanzadera tenía que ser transversal. Y todo el conjunto tenía que ser accionado con el pie, no con la mano. Como Marx, Singer no era precisamente un buen hombre. Tuvo un total de 24 hijos con cinco mujeres distintas, una de las cuales le demandó por bigamia, obligándole a huir de Estados Unidos. Como Marx —y como un desproporcionado número de empresarios de los siglos XIX y XX, sobre todo en los sectores de la ropa y los cosméticos—,[*] Singer era de origen judío. Y también como Marx, cambió el mundo; aunque, a diferencia de Marx, para mejor.

La I. M. Singer & Company, más tarde Singer Manufacturing Company, completó el proceso de mecanización de la producción de ropa que había iniciado James Hargreaves menos de un siglo antes. Ahora hasta la operación de unir piezas de tela cosiéndolas podía hacerse a máquina. Es fácil pasar por alto la naturaleza revolucionaria de este avance por parte de una generación que nunca ha cosido más de un par de botones. Singer era obviamente un hombre que amaba a las mujeres: ¿algún otro ha hecho más por ellas a cambio? Gracias a Singer, las laboriosas horas que antes hacían falta para coser el dobladillo de una falda se convirtieron en solo unos minutos, y luego en unos segundos. La historia de la máquina de coser Singer ilustra perfectamente el carácter evolutivo de la revolución industrial, de qué modo un aumento de la eficacia daba paso a otro. Tras el avance inicial se produjo una incesante mutación: al modelo Turtleback (1856) le siguieron el Grasshopper (1858), el New Family (1865) y el eléctrico 99K (1880). En 1900 había 40 modelos distintos en producción; en 1929, la cifra había aumentado a 3.000.

Pocos inventos del siglo XIX se difundieron con tanta rapidez. Desde su sede central neoyorquina, en el 458 (luego el 149) de Broadway, Singer se extendió con asombrosa celeridad para convertirse en una de las primeras marcas auténticamente globales del mundo, con plantas de fabricación en Brasil, Canadá, Alemania, Rusia y Escocia; en su apogeo, la fábrica escocesa de Clydebank ocupaba casi 100.000 metros cuadrados y empleaba a 12.000 personas. En 1904, las ventas globales superaban los 1,3 millones de máquinas al año; en 1914, la cifra había aumentado en más del doble. El logotipo de la marca —una «S» que envuelve a una mujer que cose— estaba por todas partes, y, según los redactores publicitarios de la firma, se podía ver hasta en la cima del Everest. En una rara concesión a la modernidad, Mahatma Gandhi reconoció que aquella era «una de las pocas cosas

útiles jamás inventadas»; una alabanza no pequeña por parte de un hombre que despreciaba hasta la medicina moderna.[40]

Singer ejemplificaba la ventaja competitiva norteamericana. Estados Unidos no solo seguía atrayendo, como había hecho siempre, a personas dispuestas por naturaleza a asumir riesgos procedentes de todo el mundo. Ahora había las suficientes de ellas como para constituir un mercado interno realmente sin parangón. Entre 1870 y 1913 Estados Unidos superó al Reino Unido. En 1820 había el doble de personas en el Reino Unido que en Estados Unidos; en 1913 ocurría justo lo contrario. Entre 1870 y 1913, la tasa de crecimiento estadounidense fue un 80 por ciento más alta.[41] Ya en 1900 Estados Unidos era responsable de una mayor proporción de la producción mundial: el 24 por ciento, frente al 18 por ciento de Gran Bretaña.[42] en 1913 incluso en cifras per cápita Estados Unidos era ya la primera economía industrial del mundo.[43] Y lo que quizá es más importante: la productividad norteamericana estaba a punto de superar a la británica (aunque de hecho no lo haría hasta la década de 1920).[44] Asimismo, como en el caso de la industrialización inglesa, el algodón y el textil fueron la clave de la «edad dorada» de Estados Unidos. Todavía en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial el algodón en rama del Sur representaba el 25 por ciento de las exportaciones estadounidenses.[45] Sin embargo, la mayor parte de la producción textil norteamericana era para el consumo interno. En 1910, Gran Bretaña tuvo unas exportaciones netas de productos de algodón por valor de 453 millones de dólares, mientras que el valor de las de Estados Unidos fue solo de 8,5 millones de dólares. Pero quizá el dato más sorprendente de todos sea que el segundo gran exportador mundial de productos de algodón en aquella época era un país no occidental: el primer miembro del «resto del mundo» que descubrió cómo competir exitosamente con Occidente. Ese país era Japón.[46]

MIRANDO A OCCIDENTE

En 1910, el mundo se había integrado económicamente de un modo jamás visto hasta entonces. Los diferentes vínculos que lo unían —el ferrocarril, las líneas marítimas y el telégrafo— eran casi íntegramente de invención occidental y de propiedad occidental. Occidente había hecho que el mundo empequeñeciera. Si se hubieran puesto uno detrás de otro todos los ferrocarriles de Estados Unidos, su longitud total habría sido trece veces la circunferencia de la Tierra. Una persona podía viajar de Versalles a Vladivostok en tren. Y las constantes mejoras en la navegación a vapor —la hélice, el casco de hierro, la máquina compuesta y el condensador de superficie— hacían que cruzar los océanos resultara más rápido y más barato que cruzar la Tierra. El arqueo bruto del *Mauritania*

(1907) era 46 veces el del *Sirius* (1838), pero la potencia en caballos de sus motores era 219 veces superior, de manera que resultaba más del triple de rápido y cruzaba el Atlántico con una carga mucho mayor en nueve días y medio en lugar de dieciséis.[47] Los costes del transporte marítimo se redujeron en más de una tercera parte entre 1870 y 1910. Enviar una tonelada de productos de algodón por ferrocarril de Manchester a Liverpool, a solo unos 50 kilómetros de distancia, costaba 8 chelines, mientras que transportar esos mismos productos por barco a Bombay, 11.668 kilómetros más lejos, costaba solo 30 chelines. El coste del transporte marítimo de tejidos ascendía a menos del 1 por ciento del coste del propio producto. La apertura del canal de Suez (1869) y del canal de Panamá (1914) empequeñeció aún más el mundo: el primero acortó la distancia de la ruta Londres-Bombay en más de dos quintas partes, mientras que el segundo redujo en un tercio el coste del transporte de la costa este a la costa oeste de Estados Unidos.[48] A finales de la década de 1860, gracias a la introducción del recubrimiento de gutapercha, pudieron extenderse cables submarinos que permitieron enviar telegramas de Londres a Bombay o a Halifax.[49] En 1857, la noticia de la rebelión de los cipayos había tardado cuarenta y seis días en llegar a Londres, viajando a una velocidad efectiva de seis kilómetros por hora; en 1891, la noticia del enorme terremoto de Nobi, en Japón, tardó un solo día, viajando a 396 kilómetros por hora, es decir, unas sesenta y cinco veces más deprisa.[50]

La afluencia de mano de obra a través de las fronteras fue mayor que nunca. Entre 1840 y 1940, un total de 58 millones de europeos emigraron a América, 51 millones de rusos a Siberia, Asia Central y Manchuria, y 52 millones de indios y chinos al sudeste asiático, Australasia o las costas del océano Índico.[51] Un total de 2,5 millones de emigrantes del sur y este de Asia viajaron asimismo a América. En 1910, uno de cada siete habitantes de Estados Unidos había nacido en el extranjero, una proporción que todavía hoy no se ha superado.[52] También el capital fluyó en todo el planeta. Gran Bretaña era el banquero del mundo, exportando prodigiosas cantidades de capital al resto del planeta; quizá los contemporáneos deberían haber elogiado la «sobreabundancia de ahorro» de los ingleses antes de quejarse del imperialismo. En los momentos de mayor auge de la expansión de las inversiones en ultramar —1872, 1887 y 1913— el superávit en cuenta corriente británico superó el 7 por ciento del PIB.[53] Las empresas británicas estaban en condiciones de exportar no solo algodón, sino también la maquinaria necesaria para fabricarlo y el capital necesario para comprarlo.

Sin embargo, quizá la expresión más notable de esta temprana globalización fue la indumentaria. Con extraordinaria rapidez, una forma de vestir que era claramente occidental se propagó al resto del mundo, consignando los atuendos tradicionales al cesto de la ropa ornamental de la historia. Es cierto que no era esa precisamente la intención declarada de la Singer Manufacturing Company. Para la Exposición Universal de Chicago de 1892 —denominada «Exposición Colombina» por celebrarse ese año el 400 aniversario del descubrimiento del Nuevo Mundo—, Singer encargó una serie de 36 tarjetas comerciales titulada «Trajes del Mundo», que representaban a gentes de todos los colores de piel, ataviadas todas ellas con indumentarias tradicionales, utilizando felizmente máquinas Singer. Desde un blusón húngaro hasta un quimono japonés,[*] cualquier clase de vestido podía beneficiarse de una puntada a tiempo bajo el característico brazo metálico de una Singer. Bosnios o birmanos eran igualmente beneficiarios del ingenio de Isaac Merritt; de hecho, todo el mundo, desde Argelia hasta Zululandia. Apenas sorprende, pues, que la Singer se convirtiera en el regalo preferido cuando había

que obsequiar a potentados extranjeros como el rey de Siam, Dom Pedro II de Brasil o el emperador japonés Hiro-Hito. Pero aquí es donde la historia da un giro inesperado. En lugar de utilizar sus máquinas Singer para remendar las formas de vestir tradicionales, sus agradecidos receptores las emplearon con un fin completamente distinto: copiar y vestir la ropa occidental. Las nuevas prendas fundamentales fueron, para los hombres, la levita, la camisa blanca de cuello duro, el sombrero de fieltro y la bota de piel; y para las mujeres, el corsé, la enagua y el vestido largo hasta el tobillo.

En 1921 dos herederos reales e imperiales —Hiro-Hito, príncipe heredero de Japón y futuro emperador Shôwa, y Eduardo, príncipe de Gales y futuro Eduardo VIII— posaron uno junto al otro para un fotógrafo. Los tronos que estaban destinados a heredar apenas podrían haber estado geográficamente más distantes. Y, sin embargo, allí estaban, en las escalinatas de Henry Poole & Co. —el sastre que dio fama a la calle londinense que representa la sastrería a medida por excelencia: Savile Row—,[*] ataviados más o menos de modo idéntico. El príncipe japonés estaba en Londres en una escapada de compras antes de su boda. Un representante de Henry Poole había viajado previamente en barco a Gibraltar para tomarle medidas, que luego se cablegrafiaron a Londres. El libro de contabilidad de Henry Poole para el año en cuestión muestra el enorme pedido realizado en nombre de Hiro-Hito: uniformes militares, chalecos bordados, esmoqúines, chaqués… Una línea característica de la lista reza: «Un traje de cachemir de fantasía, un traje de paño azul y un traje a rayas de franela».[54] Hiro-Hito estaba lejos de ser el único dignatario extranjero interesado en comprar un traje inglés de hechura impecable. Conservados en el sótano de Henry Poole hay miles de patrones de trajes para clientes que van desde el último emperador de Etiopía, Hailé Selassié, hasta el último zar de Rusia, Nicolás II. El cliente más fiel de Poole fue Jitendra Narayan, maharajá de Cooch Behar, cuyas compras de trajes a medida a lo largo de su vida superaron los mil. En cualquier caso, el objetivo era siempre el mismo: ir tan bien vestido como el más perfecto *gentleman* inglés; de modo que la suerte de los «trajes del mundo» estaba echada. Resulta revelador que «traje» en japonés sea *sebiro*, un término derivado de la pronunciación inglesa de «Savile Row». Aún hoy, los trajes más elegantes de Tokio son de diseño inglés; de ahí la popularidad de la marca Eikokuya, que significa literalmente «la tienda inglesa». Y los anglofilos sibaritas de Ginza, el barrio elegante de Tokio, todavía buscan la marca Ichibankan, fundada por un sastre que aprendió su oficio en Savile Row.

La revolución japonesa en el vestir se remonta a la década de 1870. En nombre de las consignas *bunmei kaika* («civilización e ilustración») y *fukoku-kyôhei* («país rico, ejército fuerte»), la élite imperial de la era Meiji se había despojado de sus atuendos tradicionales de samurai y sus quimonos en favor de réplicas de trajes y vestidos europeos. La inspiración para este cambio de imagen vino de un viaje de dos años por Estados Unidos y Europa realizado por una delegación encabezada por un ministro Meiji, Iwakura Tomomi, que tuvo que reconocer que, tras varios siglos de aislamiento autoimpuesto, «en muchos aspectos nuestra civilización es inferior a la suya».[55] Ya desde 1853-1854, cuando su economía se había visto forzada a reabrirse al comercio por los amenazadores «barcos negros» del comodoro estadounidense Matthew C. Perry, los japoneses se habían esforzado en averiguar qué era lo que había hecho a Occidente más rico y más fuerte que el resto del mundo. Viajar a Occidente —una práctica tan común que hasta inspiró un *sugoroku* (juego de mesa)— no hizo sino plantear más preguntas. ¿Era su sistema político? ¿Sus instituciones educativas? ¿Su

cultura? ¿O su forma de vestir? Inseguros de la respuesta, los japoneses decidieron no dejar nada al azar: lo copiaron todo. Desde la Constitución de estilo prusiano de 1889 hasta la adopción del patrón oro británico en 1897, las instituciones de Japón se reconfiguraron siguiendo modelos occidentales. El ejército se entrenaba como el de los alemanes; la marina navegaba como la de los ingleses. También se introdujo un sistema de estilo norteamericano de escuelas públicas elementales y primarias. Los japoneses incluso empezaron a comer carne de vacuno, que hasta entonces era tabú, y algunos reformadores llegaron a proponer que se abandonara la lengua japonesa en favor del inglés.

El cambio más visible, sin embargo, se dio en el aspecto exterior de los japoneses. Comenzó en 1870, con una prohibición formal del ennegrecimiento de dientes y el afeitado de cejas en la corte. Más o menos al mismo tiempo, los ministros empezaron a cortarse el pelo al estilo occidental. Un decreto imperial de 1871 ordenaba a los altos funcionarios que llevaran *yôfuku*, la levita europea sobre una camisa blanca de cuello alto; en 1887, este era el atuendo estándar para todos los funcionarios públicos.[56] Un año después, siguiendo los consejos de sus asesores de mentalidad reformista, el hasta entonces recluido emperador Meiji apareció por primera vez en público, ataviado (según el embajador austríaco) con «un peculiar uniforme europeo, ¡mitad de marinero y mitad de embajador!»: una chaqueta de gala tipo frac con muchos galones de oro.[57] También se requirió a las fuerzas armadas que adoptaran uniformes europeos. El nuevo atuendo de los marineros se basaba en él de la Royal Navy, mientras que el del ejército fue inicialmente de inspiración francesa, aunque más tarde se cambió a uno de estilo prusiano.[58] Las mujeres de la élite japonesa también comenzaron a llevar vestidos occidentales en 1884, cuando empezaron a recibir a invitados extranjeros en el recién construido Rokumeikan,[*] aunque el quimono se siguiera llevando en privado. Incluso la ropa infantil se occidentalizó, con la adopción de uniformes de estilo prusiano para los niños en las escuelas privadas de la élite; luego siguieron los uniformes de las niñas en la década de 1920 (y no han cambiado mucho desde entonces). Nadie abrazó el nuevo aspecto occidental con más entusiasmo que Okubo Toshimichi, uno de los principales arquitectos de la restauración Meiji. Antaño fotografiado como un samurái armado con una espada, sentado orgullosamente con las piernas cruzadas y ataviado con una holgada túnica, ahora posaba erguido en una silla vestido con un frac negro de corte elegante y un sombrero de copa en la mano. Cuando la delegación que encabezaba llegó a Inglaterra en 1872, el *Newcastle Daily Chronicle* informó de que «los caballeros iban ataviados con un atuendo masculino ordinario, y, excepto por la tez y el aspecto oriental de sus rasgos, apenas se les podía distinguir de sus compañeros ingleses». Diecisiete años después, el día en que se adoptó oficialmente la nueva Constitución japonesa, el emperador llevó un uniforme de mariscal de campo europeo; su consorte, un atractivo traje de noche azul y rosado, y los ministros del gobierno, guerreras negras con charreteras de oro.[59]

Hubo también quienes sintieron repugnancia por lo que en su opinión era imitar como monos las modas occidentales; de hecho, algunos humoristas gráficos occidentales representaron a los japoneses occidentalizados precisamente como simios.[60] El elemento de humillación que esa imitación entrañaba también repugnaba a los japoneses tradicionalistas. El 14 de mayo de 1878, cuando se dirigía a una reunión del Consejo de Estado en el palacio de Akasaka, en Tokio, Okubo fue atacado y brutalmente asesinado por siete samurais; el golpe mortal fue asestado en la garganta con tal fuerza que la espada quedó clavada en el suelo bajo su cuerpo.[61] Ômura Masujirô, cuyas

reformas occidentalizaron el ejército japonés, fue otra víctima de los asesinos tradicionalistas de la era Meiji, que supondrían una amenaza recurrente para los ministros prooccidentales hasta la década de 1930. Pese a ello, no había vuelta atrás. Por muy apegados que permanecieran los japoneses al código samurái del *bushido*, la mayoría aceptaron el argumento de Okubo de que la occidentalización era indispensable si Japón pretendía ponerse a la par con los imperios europeo y norteamericano, empezando por lograr un trato igualitario en los tratados comerciales y el derecho internacional en general.[62] En palabras de un observador occidental que conocía bien el país, el motivo japonés era perfectamente racional:

> Su gran ambición es ser tratados como hombres, como caballeros, y como igual[es] a los occidentales. Con su anticuada indumentaria sabían que ni a ellos ni a su país se les tomaría nunca en serio. Muy pronto vimos un cambio de atuendo, no solo entre los soldados y los samuráis, sino [también] entre todos los funcionarios del gobierno y hasta en el propio Mikado… Esta revolución en el vestir contribuyó sobremanera al reconocimiento por parte del mundo entero de Japón como un igual en la hermandad de las naciones.[63]

Los japoneses habían entendido hasta qué punto la ropa occidental era un poderoso agente de desarrollo. Se trataba de mucho más que de un mero cambio de imagen externo: era parte de un avance fundamental en la historia mundial, en la medida en que Japón se convirtió en la primera sociedad no occidental que experimentaba el poder transformador de la revolución industrial.

La difusión del nuevo código indumentario coincidió con el rápido crecimiento de la industria textil japonesa. Entre 1907 y 1924 el número de fábricas de algodón en Japón pasó de 118 a 232, el número de husos aumentó en más del triple y el de telares se multiplicó por siete.[64] En 1900, las fábricas textiles daban trabajo al 63 por ciento de todos los obreros fabriles de Japón.[65] Diez años después Japón era el único exportador neto asiático de hilo, estambre y paño de hecho, sus exportaciones superaban a las de Alemania, Francia e Italia. Los trabajadores textiles japoneses eran, con mucho, los más productivos de Asia. Desde 1907 hasta 1924 la industria japonesa del algodón aumentó su producción por trabajador en un 80 por ciento, pese a que, como queda patente en el cuadro de 1887 *Mujeres cosiendo*, de Adachi Ginkô, la inmensa mayoría de la mano de obra estaba integrada por mujeres jóvenes, con una edad media de solo diecisiete años.[66] Para empresas como Kanegafuchi, los duros años de la Depresión fueron en realidad años de expansión, con beneficios superiores al 44 por ciento del capital.[67] Al no limitarse a vestir la ropa occidental y dedicarse también a confeccionarla, Japón había terminado con el monopolio occidental de la fabricación moderna.

Como en Occidente, a cada avance industrial le siguió otro nuevo. El primer ferrocarril japonés, de diseño británico, se construyó entre Tokio y Yokohama a comienzos de la década de 1870. Pronto, empezando por el barrio tokiota de Ginza, se comenzó a dotar a las principales ciudades del país de cables telegráficos, alumbrado público, puentes de hierro, y paredes de ladrillo en lugar de papel. Surgieron cuatro conglomerados empresariales —los denominados *zaibatsu*— como actores dominantes de la economía: Mitsui, Mitsubishi, Sumitomo y Yasuda. Rápidamente, con el asesoramiento británico, los japoneses pasaron de comprar locomotoras de vapor a fabricarlas ellos mismos.[*] En 1929, la empresa Platt Brothers de Oldham —durante casi todo un siglo la principal fabricante de maquinaria textil— pagaba derechos de patente a los inventores japoneses del telar

automático Toyoda.[68]

Ningún otro país asiático abrazó la forma de vida occidental con tanto entusiasmo como Japón. Cuando la India se liberó del dominio británico, por ejemplo, hubo un esfuerzo consciente por parte de los nacionalistas para conservar las modas de vestir indias, desde el taparrabos de Gandhi hasta las chaquetas sin cuello de Nehru y, más tarde, los saris de Indira Gandhi. Tal rechazo simbólico de las normas occidentales resultaba comprensible. El proteccionismo y la productividad británicos habían devastado la industria textil india tradicional de productos elaborados a mano. Sin embargo, a diferencia de los japoneses, los indios tardaron en adoptar y explotar la tecnología de la revolución industrial. Este es uno de los numerosos enigmas de la historia del siglo XIX. Los británicos no intentaron monopolizar su nueva tecnología; por el contrario, la difundieron por todo su imperio. Los indios conocieron la fábrica textil, la máquina de vapor y el ferrocarril mucho antes que los japoneses. A comienzos de la década de 1900, el equipamiento textil no era más caro en Asia que en la Europa continental. Ni tampoco el carbón. Los costes salariales eran el 16 por ciento de los de Inglaterra. El número de horas de la jornada fabril asiática no estaba restringido por la ley como en el caso de la jornada británica. El algodón en rama estaba mucho más a mano que en Inglaterra. Y, sin embargo, el desarrollo industrial no logró despegar ni en la India ni, para el caso, en China (donde los costes laborales eran aún menores).[69] La explicación reside en el hecho de que, por barata que fuera la mano de obra en la India y China, esa ventaja quedaba anulada por una productividad desesperantemente baja. Un trabajador estadounidense era, como media, entre seis y diez veces más productivo que un indio que utilizara exactamente el mismo equipo.[70] Los expertos británicos y norteamericanos ofrecieron varias explicaciones de ello, que abarcaban desde la inferioridad racial intrínseca hasta el absentismo y la haraganería crónicos. «Por todas partes era evidente que había una supervisión mala o escasa, y una carencia absoluta de disciplina —se lamentaba un visitante estadounidense a una fábrica textil de Bombay—. Husos vacíos y carretes o bobinas sueltos rodaban bajo los pies, los desechos y las cajas de carretes se apilaban en montones, mientras los aprendices, e incluso algunos de los operarios más viejos, se reunían en grupos mascando *bhang* y *chunam*. Los supervisores, principalmente mahrattas, paseaban indolentes de un lado a otro.»[71] Una explicación más moderna podría ser las pésimas condiciones de trabajo: eran habituales la mala ventilación y las horas excesivas, junto con altas temperaturas y diversas enfermedades desconocidas en Lancashire o Lowell.[72] Lo que resultaba más difícil de explicar era por qué un país asiático —Japón— estaba logrando incrementos de productividad tan rápidos que a finales de la década de 1930 había obligado al 15 por ciento de las fábricas textiles de Bombay a cerrar definitivamente.

La ropa inglesa, obviamente, representaba algo más que la modernidad económica. En ninguna parte las sutiles gradaciones del sistema británico de clases se expresaban con más claridad que en la ropa cuidadosamente hecha a medida. Era este un mundo en el que se juzgaba de manera natural el estatus social de un hombre por el corte de su traje; desafortunadamente para Hiro-Hito, y para los japoneses en general, era también un mundo en el que no resultaba menos natural juzgar el valor de una persona por el color de su piel y el conjunto de sus rasgos.

Mientras Hiro-Hito regresaba a Japón con sus trajes occidentales a medida, el futuro rey Eduardo

VIII iba a un baile de disfraces con su amigo el mayor Edward Dudley «Fruity» Metcalfe. Ambos se disfrazaron de «culis japoneses». En su opinión, llevar tal indumentaria resultaba tan absurdo como que los japoneses se disfrazaran con ropas occidentales. De hecho, en una carta a su amante, Eduardo se refería a Hiro-Hito como «un mono de primera clase», y observaba que los japoneses «se reproducen como conejos». El Japón en el que Hiro-Hito alcanzó la edad adulta era un país que admiraba a Occidente por su modernidad al tiempo que se hallaba resentido contra él por su arrogancia. Parecía que, para ser tratado como un igual, Japón tendría que adquirir también el último de los accesorios occidentales: un imperio. No le costó mucho hacerlo. En 1895, la europeizada marina japonesa infligió una aplastante derrota a la flota china de Beiyang, ineptamente dirigida, en Weihaiwei. En las ilustraciones japonesas de la época, los vencedores parecen casi por completo europeos (incluso facialmente), mientras que los vencidos chinos, con sus enormes mangas y sus coletas, dan la impresión de estar vestidos para la derrota.[73] Pero eso fue solo el principio. Decepcionados al verse obligados a conformarse con reparaciones dinerarias en lugar de territorio como botín de guerra, los japoneses empezaron a comprender que sus modelos europeos podían mostrarse renuentes a concederles un estatus imperial igualitario. Como dijo con franqueza el ministro de Asuntos Exteriores Inoue Kaoru:

> Tenemos que establecer un nuevo imperio de estilo europeo en el Mar Oriental… ¿Cómo podemos imprimir en las mentes de nuestros treinta y ocho millones de personas este espíritu audaz y esta actitud de independencia y autonomía? En mi opinión, el único modo es hacerlas chocar con los europeos, para que personalmente se sientan molestas, comprendan su desventaja y adquieran conciencia del vigor occidental… considero que el modo de hacer esto es proporcionar una interrelación auténticamente libre entre los japoneses y los extranjeros… Solo así nuestro Imperio puede alcanzar una posición igual a la de los países occidentales en lo que concierne a tratados. Solo así nuestro Imperio puede ser independiente, próspero y poderoso.[74]

El primer choque con los habitantes de Occidente se produjo cumplidamente en 1904 con la guerra ruso-japonesa por Manchuria. La decisiva victoria de Japón por tierra y por mar transmitió un mensaje al mundo: el predominio occidental no era algo divinamente preestablecido. Con las instituciones y la tecnología adecuadas —por no hablar de la ropa adecuada—, un imperio asiático podía derrotar a uno europeo. En 1910, un buen pronosticador económico podría haber previsto ya que Japón superaría incluso a la propia Gran Bretaña antes de finales de siglo, como de hecho ocurrió: en 1980, el PIB per cápita japonés superó por primera vez al inglés. Lamentablemente, el camino que conduciría desde 1910 hasta 1980 sería de lo más tortuoso.

DE POBRES A RICOS

La Primera Guerra Mundial, como hemos visto, fue una lucha entre imperios cuyos motivos y métodos se habían ido perfilando en ultramar. Derribó cuatro dinastías, e hizo pedazos sus imperios. El presidente estadounidense Woodrow Wilson —el primero de cuatro presidentes demócratas que precipitarían a su país en una gran guerra extranjera— trató de reinterpretar el conflicto como una guerra por la autodeterminación nacional, una visión que no era probable que apoyaran nunca los imperios británico y francés, cuyo esfuerzo bélico, cada vez más débil, se había salvado gracias al dinero y a los hombres de Estados Unidos. Los checos, estonios, georgianos, húngaros, lituanos, letones, polacos, eslovacos y ucranianos no fueron los únicos que olieron el perfume de la libertad; lo mismo les ocurrió a los árabes y bengalíes, por no hablar de los católicos irlandeses. Pero aparte del irlandés y el finlandés, ningún otro de los estados-nación que surgieron a raíz de la guerra conservaba una independencia significativa a finales de 1939 (excepto posiblemente Hungría). El mapa mazziniano de Europa apareció y desapareció como flor de un día.

La visión alternativa de posguerra de Vladímir Ilich Lenin era la de una Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas que potencialmente se expandiría a través de Eurasia. La idea extrajo su fuerza de las excepcionales circunstancias económicas de la guerra. Dado que todos los gobiernos financiaron la guerra en mayor o menor medida emitiendo deuda a corto plazo y cambiándola por dinero efectivo en sus bancos centrales —en suma, imprimiendo dinero—, durante el conflicto la inflación cobró ímpetu. Y dado que había tantos hombres en armas, la escasez de mano de obra permitió a los trabajadores del sector civil presionar en favor de unos salarios más altos. En 1917 cientos de miles de trabajadores participaban en huelgas en Francia, Alemania y Rusia. Primero la gripe española, y luego el bolchevismo ruso, sacudieron el mundo. Como en 1848, se rompió el orden urbano, solo que esta vez el contagio se extendió hasta lugares tan alejados como Buenos Aires y Bengala, Seattle y Shanghai. Sin embargo, la revolución proletaria fracasó en todas partes menos en el Imperio ruso, que fue reconstruido por los bolcheviques tras una brutal guerra civil. Ningún otro líder socialista se mostró tan despiadado como Lenin a la hora de adoptar el «centralismo democrático» (que era lo opuesto a la democracia), rechazando el parlamentarismo y utilizando el terrorismo contra sus opositores. Algunas de las cosas que hicieron los bolcheviques (la nacionalización de la banca, la confiscación de tierras) emanaban directamente del *Manifiesto* de Marx y Engels. Otras («la mayor ferocidad y salvajismo de la represión… los mares de sangre»)[75] le debían más a Robespierre. La «dictadura del proletariado» —que en realidad significaba la dictadura de los líderes bolcheviques— era una aportación original de Lenin. Esta fue aún peor que la resurrección de Bazárov, el nihilista de *Padres e hijos* de Iván Turguénev (1856); fue aquello contra lo que su distanciado amigo Fiódor Dostoievski había advertido a Rusia en el epílogo de *Crimen y castigo* (1866), la pesadilla del asesino Raskolnikov de «una epidemia espantosa y sin precedentes» procedente de Asia:

> Las personas afectadas perdían la razón al punto. Sin embargo —cosa extraña—, jamás los hombres se habían creído tan inteligentes, tan seguros de estar en posesión de la verdad; nunca habían demostrado tal confianza en la infalibilidad de sus juicios, de sus teorías científicas, de sus principios morales. Aldeas, ciudades, naciones enteras se contaminaban y perdían el juicio… Se reunían y formaban enormes ejércitos para lanzarse unos contra otros… las tropas se dividían, se rompían las formaciones, y los hombres se estrangulaban y devoraban unos a otros.

Al este casi no hubo nada que parara la epidemia bolchevique; al oeste no pudo ir más allá del

Vístula, ni al sur pudo pasar del Cáucaso, gracias a un hábil trío de emprendedores políticos que diseñaron aquella síntesis de nacionalismo y socialismo que era la auténtica manifestación del *Zeitgeist*: Józef Piłsudski en Polonia, Kemal Atatürk en Turquía y Benito Mussolini en Italia. La derrota del Ejército Rojo en las afueras de Varsovia (agosto de 1920), la expulsión de los griegos de Anatolia (septiembre de 1922) y la Marcha fascista sobre Roma (octubre de 1922) marcaron el advenimiento de una nueva era; y de una nueva indumentaria.

A excepción de Mussolini, que llevaba un terno con cuello alado y polainas, la mayoría de los que participaron en el truco publicitario que fue la Marcha sobre Roma llevaban uniformes improvisados compuestos de camisas negras, pantalones de montar y botas de cuero hasta las rodillas. La idea era que las virtudes viriles y marciales de la Gran Guerra se prolongaran ahora en tiempos de paz, empezando por una guerra más pequeña librada en las calles y en los campos contra la izquierda. La uniformidad estaba a la orden del día; pero una uniformidad en el vestir sin la tediosa disciplina de un verdadero ejército. Incluso la famosa Marcha fue más bien un paseo, como ponen de manifiesto numerosas fotografías de prensa. El nacionalista italiano Giuseppe Garibaldi había sido quien primero había usado camisas de color —en este caso rojas— como base de un movimiento político. En la década de 1920, llevar colores distintivos en la parte superior del cuerpo fue una característica de la derecha: los fascistas italianos optaron por el negro, mientras que, como hemos visto, las nacionalsocialistas *Sturmabteilung* alemanas adoptaron el color pardo de las tropas coloniales.

Tales movimientos podrían haberse disuelto en una inadaptada oscuridad de no haber sido por la Gran Depresión. Tras la inflación de comienzos de la década de 1920, la deflación de comienzos de la de 1930 asestó un golpe mortal al sueño de Wilson de una Europa basada en la identidad nacional y la democracia. Con la crisis del capitalismo estadounidense la Bolsa se desplomó un 89 por ciento, la producción se redujo en una tercera parte, los precios al consumo bajaron una cuarta parte y la tasa de paro aumentó en una proporción algo mayor. No todos los países europeos se vieron tan gravemente afectados, pero ninguno de ellos salió indemne.[76] En la medida en que los gobiernos lucharon por proteger sus propias industrias con aranceles más altos —la Ley Arancelaria estadounidense Smoot-Hawley aumentaba el tipo efectivo *ad valorem* sobre los productos de algodón importados al 46 por ciento—, la globalización se vino abajo. Entre 1929 y 1932, el comercio mundial se redujo en dos terceras partes. La mayoría de los países adoptaron una u otra combinación de impago de deuda, depreciación monetaria, aranceles proteccionistas, cupos y prohibiciones de importación, monopolios de importación y primas a la exportación. Parecía que había amanecido la era del Estado nacionalista-socialista.

Pero fue un espejismo. Aunque la economía estadounidense pareciera implosionar, en realidad la causa principal era la desastrosa política monetaria adoptada por la Reserva Federal, que prácticamente arruinó el sistema bancario.[77] La innovación, el principal resorte del avance industrial, no se redujo en la década de 1930. Proliferaban nuevos coches, radios y otros bienes de consumo duraderos. Y había nuevas empresas desarrollando aquellos productos, como DuPont (nailon), Revlon (cosméticos), Procter & Gamble (jabón en polvo), RCA (radio y televisión) e IBM (máquinas de contabilidad); al mismo tiempo, estas también desarrollaban y difundían todo un nuevo estilo de gestión comercial. En ninguna parte la creatividad del capitalismo resultaba más

maravillosa de contemplar que en Hollywood, sede de la industria del cine. En 1931 —cuando la economía de Estados Unidos era presa de un pánico ciego—, los grandes estudios estrenaban *Luces de la ciudad* de Charlie Chaplin, *Un gran reportaje* de Howard Hughes, y *Pistoleros de agua dulce* de los hermanos Marx. El experimento de la década anterior con la prohibición del alcohol había sido un completo fracaso, engendrando toda una nueva economía del crimen organizado. Pero esto no representaba más que nueva materia prima para la fábrica del cine. En el mismo año de 1931 el público se agolpaba para ver a James Cagney y Edward G. Robinson en sus mejores películas de gángsteres: *El enemigo público* y *Hampa dorada*. No menos creativo resultaba el negocio de la música, tanto en vivo como grabado o a través de la radio, una vez que los estadounidenses blancos hubieron descubierto que los estadounidenses negros tenían casi todas las mejores melodías. El jazz se acercó a su cénit con el cadencioso sonido de la *big band* de Duke Ellington, que encadenaba un éxito tras otro incluso cuando las cadenas de producción de automóviles tenían que parar: «Mood Indigo» (1930), «Creole Rhapsody» (1931), «It Don't Mean a Thing (It Ain't Got That Swing)» (1932), «Sophisticated Lady» (1933) y «Solitude» (1934). Ellington, nieto de un esclavo, llevó los instrumentos de lengüeta y metal a cotas nunca antes alcanzadas, remedándolo todo, desde los espirituales hasta la música del metro neoyorquino. La larga estancia de su banda en el Cotton Club formó parte del propio corazón del denominado renacimiento de Harlem. Y desde luego, como convenía a su aristocrático apodo (Duke: «duque»), Ellington siempre vistió impecablemente, por cortesía de Anderson & Sheppard, de Savile Row.

En suma, pues, el capitalismo no resultaba ser fatalmente deficiente, y mucho menos había muerto. Simplemente había sido una víctima de la mala gestión y de la incertidumbre que se derivó de ello. El economista más inteligente de la época, John Maynard Keynes, se mofaba de la Bolsa calificándola de «casino», y comparaba las decisiones de los inversores con un concurso de belleza de un periódico. El presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt —elegido justo cuando la Depresión estaba terminando— arremetía contra los «cambistas de dinero sin escrúpulos». Pero los verdaderos culpables eran los banqueros centrales, que primero habían inflado la burbuja bursátil con una política monetaria excesivamente laxa, y luego habían empezado a apretar (o a no aflojar lo suficiente) hasta que la burbuja había reventado. Entre 1929 y 1933, casi 15.000 bancos estadounidenses —dos quintas partes del total— quebraron. Como resultado, la masa monetaria se vio atrozmente reducida. Con los precios desmoronándose en una tercera parte desde su máximo hasta su mínimo, los tipos de interés reales se dispararon por encima del 10 por ciento, asfixiando a cualquier institución o familia endeudada. Keynes resumió así los efectos negativos de la deflación:

> La empresa moderna, que se mantiene en gran parte con dinero prestado, se verá necesariamente paralizada por ese proceso. Redundará en interés de todos en la empresa cerrar por el momento; y de todo el que contemple un gasto posponer sus pedidos en la medida que pueda. El hombre prudente será aquel que convierta sus activos en dinero, se aleje de los riesgos y los esfuerzos de la actividad, y aguarde en su retiro campestre la prometida apreciación estable del valor de su dinero. Una expectativa probable de deflación es mala.[78]

¿Cómo escapar a la trampa de la deflación? Con el comercio adormecido y las importaciones de capital congeladas, la recomendación de Keynes —el gasto del Estado en obras públicas, financiadas por empréstitos— tenía sentido. También ayudaba abandonar el patrón oro, en virtud del cual las divisas tenían tipos de cambio fijos en dólares, para dejar que la depreciación diera un

empujón a las exportaciones (aunque el comercio se produjera cada vez más dentro de bloques regionales) y permitir que bajaran los tipos de interés. Sin embargo, los gobiernos parlamentarios que adoptaron solo esas medidas lograron como mucho recuperaciones débiles. Fue cuando los regímenes autoritarios adoptaron planes de expansión industrial y de rearme cuando el paro disminuyó con mayor rapidez. Fue ahí donde el «socialismo en un solo país» (en Rusia) y el «nacionalsocialismo» (en Alemania) parecieron ofrecer soluciones superiores a todas las disponibles en las dos grandes economías anglófonas. A diferencia del resto del mundo, entre 1929 y 1932 la Unión Soviética experimentó un incremento de la producción industrial; pocos se preguntaron cuántas personas morían por cada tonelada de acero producido bajo el régimen de Stalin (la respuesta es 19). Por su parte, Hitler no tardó mucho en perder la paciencia ante las realidades expuestas por su ministro de Economía, Hjalmar Schacht; lejos de reducir el ritmo del rearme para ajustarlo a las restricciones de la balanza de pagos (en resumen, la falta de oro en el Reichsbank para pagar las importaciones que excedían a las exportaciones), Hitler delineó un Plan Cuatrienal a imitación de los Planes Quinquenales de Stalin. Los dos regímenes se hallaban ahora en una abierta competencia, interviniendo en bandos opuestos en la guerra civil española, y erigiendo sendos pabellones rivales en la Exposición Universal de París de 1937. Un atento examen de los musculosos gigantes que se alzaban sobre aquellas dos torres totalitarias revelaba solo un par de diferencias significativas: los superhombres del comunismo eran una pareja, que iba modestamente vestida con trajes de faena y un guardapolvo; los superhombres arios eran dos hombres desnudos. La única cosa que resultaba más extraña que la mojigatería del realismo socialista era la asexualidad del desnudo ario. El cuerpo desnudo ha sido parte integrante del arte occidental desde la época de los antiguos griegos, un recordatorio de que lo que no llevamos encima a menudo resulta tan importante como lo que llevamos. Ya desde el Renacimiento, los artistas occidentales habían representado amorosamente a mujeres en diversos estados de desnudez, produciendo obras maestras del erotismo como *Almuerzo sobre la hierba* y *Olimpia* (ambas de 1863) de Édouard Manet, sendos tributos a *La tempestad* (c. 1506) de Giorgione y la *Venus de Urbino* (1538) de Tiziano. Pero los desnudos nazis inducían de un modo indefectible a la detumescencia, con hombres inverosímilmente musculados, y mujeres sin caderas y de pecho plano.

Tanto Stalin como Hitler prometieron crecimiento y empleo mediante una combinación de nacionalismo y socialismo. Y en efecto proporcionaron ambas cosas. En 1938, la producción de la economía estadounidense estaba todavía más del 6 por ciento por debajo del máximo anterior a la crisis de 1929; en cambio, la producción alemana era un 23 por ciento más alta, y la soviética aún mayor si hemos de dar crédito a las cifras oficiales sobre el «producto material neto». Ya en abril de 1937 el paro en Alemania descendió por debajo del umbral del millón de personas, frente a los seis millones que tenía el país poco más de cuatro años antes. En abril de 1939 había menos de 100.000 alemanes sin trabajo; prácticamente el pleno empleo. Estados Unidos quedaba bastante por detrás, incluso si se ajustan las cifras oficiales de paro para contar como empleados a quienes trabajaban por cuenta de la Administración Federal de Ayuda de Emergencia;[*] según los estándares modernos, en 1938 la tasa de paro era todavía del 12,5 por ciento. El problema era que el crecimiento totalitario no se tradujo en una mejora significativa de los niveles de vida. Su modelo económico no era realmente keynesiano: no utilizaba el incremento del gasto público para activar la demanda

agregada por un efecto multiplicador de los gastos de consumo. Lejos de ello, la economía planificada movilizó mano de obra para trabajar en industria pesada, infraestructuras y armamento; y financió el proceso mediante el ahorro forzoso. Como resultado, el consumo se estancó. La gente trabajaba y cobraba, pero, dado que había cada vez menos y menos que comprar en las tiendas, apenas tenía otra opción que meter el dinero en cuentas de ahorro, donde este se reciclaba en financiación al Estado. La propaganda nazi estaba llena de imágenes de familias nucleares prósperas, bien alimentadas, vestidas a la moda y circulando por las *Autobahnen* en nuevos y flamantes Volkswagen Escarabajo. Pero las estadísticas cuentan otra historia. Cuando se aceleró el rearme, a partir de 1934, la producción textil se estancó y las importaciones disminuyeron. Poquísimos civiles tenían coche.[79] Y con cada nuevo año de vigencia del Tercer Reich los productos básicos importados como el café se hacían más difíciles de obtener. En 1938, si los hombres alemanes querían parecer elegantes, tenían que llevar uniforme. A diferencia de la Unión Soviética, se prestaba una considerable atención a la elegancia de los atuendos militares, y eran las *Schutzstaffel* (SS), con su uniforme negro, las que disfrutaban de la indumentaria más siniestramente elegante; una indumentaria diseñada por Karl Diebitsch y Walter Heck, y fabricada por Hugo Boss,[*] que representaba la cúspide de la moda fascista.

La razón de ser de las SS, y del nacionalsocialismo en su conjunto, era la destrucción, no el consumo. El modelo económico de Hitler, como él mismo aclaraba en el documento que hoy conocemos como Memorándum Hossbach, entrañaba necesariamente la adquisición de «espacio vital» —esto es, la anexión de territorios contiguos— como forma de adquirir las materias primas que Alemania ya no podía permitirse importar. La marcha forzada hacia el pleno empleo a través del rearme hizo la guerra, pues, aún más probable. Y la guerra en su variante de finales de la década de 1930, considerando el estado de la tecnología militar, era algo espectacularmente destructivo. Ya en 1937 se hicieron evidentes los estragos que podía causar un bombardeo aéreo, no solo en Guernica, donde los aviones alemanes e italianos bombardearon las posiciones republicanas españolas, sino también en Shanghai, que se vio gravemente dañada por diversas incursiones aéreas japonesas. La potencia aérea era un arma terrorífica, diseñada para sembrar el pánico entre soldados y civiles. En tierra, los tanques y otras formas de artillería mecanizada solucionaron el problema de la inmovilidad que había definido a la Primera Guerra Mundial en el Frente Occidental. Asimismo, se revelaron las ventajas de la guerra de trincheras, dado que la «guerra relámpago» resultó mucho más costosa en términos de vidas humanas, no solo para los combatientes expuestos, sino, aún más, para los civiles, que representarían una clara mayoría entre las víctimas de la Segunda Guerra Mundial.

Aparentemente, la Segunda Guerra Mundial se libró entre cuatro versiones distintas de la civilización occidental: el nacionalsocialismo, el comunismo soviético, el imperialismo europeo (que habían adoptado los japoneses) y el capitalismo estadounidense. Al principio, la primera y la segunda unieron fuerzas contra la tercera, mientras que la cuarta permaneció neutral. A partir del crucial año de 1941, cuando los nazis atacaron a los soviéticos y los japoneses a los estadounidenses, el combate se libró entre las potencias del Eje —Alemania, Italia y Japón—, más sus imperios conquistados a toda prisa y unos cuantos adláteres, y los «tres grandes» —la Unión Soviética, el Imperio británico y Estados Unidos—, más todos los demás (de ahí lo de «las Naciones Unidas», como los aliados gustaban denominarse a sí mismos). En realidad, sin embargo, se produjo

una notable convergencia cuando la industrialización de la destrucción alcanzó su terrible cénit. Todos los grandes combatientes desarrollaron aparatos estatales extremadamente centralizados, diseñados para asignar recursos —mano de obra y equipamiento militar— mediante mecanismos no mercantiles, según planes preconcebidos y sumamente complejos. Todos ellos subordinaron la libertad individual al objetivo de la victoria militar completa y la rendición incondicional del enemigo. Todos pusieron en armas a una proporción sin precedentes de su población masculina apta para el combate. Todos trataron las concentraciones de población civil como objetivos militares legítimos. Todos discriminaron a determinados grupos de civiles en el territorio que controlaban, aunque ni los británicos ni los estadounidenses —ni tampoco los italianos— se acercaran ni siquiera remotamente a la brutalidad de los alemanes y rusos hacia las minorías étnicas de las que recelaban. Hasta los crímenes de los japoneses contra civiles chinos y prisioneros de guerra aliados palidecen ante la «solución final de la cuestión judía» de Hitler y la anterior «liquidación de los *kulaks* como clase» de Stalin, ambas eufemismos para encubrir el genocidio.[80]

Parecía que el mundo entero iba de uniforme. En 1944, los seis mayores beligerantes sumaban más de 43 millones de personas, casi todos hombres, en armas; para el conjunto de los beligerantes, el total seguramente superaba los 100 millones. Eso era, como mucho, entre una quinta y una cuarta parte de su población, pero aun así representaba una proporción mucho mayor que la de ningún otro momento de la historia moderna, antes o después.[81] Sirvieron en el ejército más de 34 millones de ciudadanos soviéticos, 17 millones de alemanes, 13 millones de estadounidenses, casi 9 millones de leales súbditos de todo el Imperio británico y 7,5 millones de japoneses. Los jóvenes de aquellos países que no terminaron vistiendo ropa militar fueron una minoría. Como resultado, una enorme proporción de la industria textil del mundo pasó a dedicarse a la fabricación de uniformes militares. Lo que luego hizo la gente vestida con ellos varió ampliamente. La mayoría de los alemanes, japoneses y rusos se entregaron a una forma u otra de violencia letal organizada. La mayoría de los estadounidenses y británicos se mantuvieron en retaguardia, dejando el combate en manos de una desafortunada minoría. La guerra contra Alemania se ganó mediante una combinación de inteligencia británica, mano de obra soviética y capital estadounidense: los británicos descifraron los códigos alemanes, los rusos mataron a los soldados alemanes y los estadounidenses arrasaron las ciudades alemanas. La victoria sobre Japón fue preponderantemente, aunque no de manera exclusiva, un logro de Estados Unidos, cuyo Proyecto Manhattan (que tomó su nombre del denominado Distrito de Ingeniería Manhattan, donde se inició en 1942) produjo las tres bombas atómicas que pusieron fin a la guerra y cambiaron el mundo, una de ellas probada en Nuevo México y las otras dos lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki en 1945.

Inspirada en la advertencia de Albert Einstein a Roosevelt de que los alemanes podrían ser los primeros en desarrollar tal arma, e impulsada por el descubrimiento británico de las propiedades fisibles del isótopo uranio-235 (cuya importancia los norteamericanos tardaron en comprender), la bomba atómica fue un logro auténticamente occidental. Los científicos que la diseñaron eran de múltiples nacionalidades: australiana, británica, canadiense, danesa, alemana, húngara, italiana y suiza, además de estadounidense. Muchos de ellos (especialmente Otto Frisch y Edward Teller) eran refugiados judíos de Europa, lo que reflejaba no solo el desproporcionado papel que desempeñaron los judíos en todos los ámbitos de la vida intelectual desde la emancipación que siguió a la

Revolución francesa,[*] sino también el coste que tuvo el antisemitismo hitleriano para el esfuerzo bélico alemán; y dos eran espías soviéticos. Puede parecer extraño identificar la bomba atómica como una de las mayores creaciones de la civilización occidental. Sin embargo, aunque incrementó dramáticamente la capacidad del hombre para infligir la muerte, el efecto neto de la bomba fue el de reducir la escala y la destructividad de la guerra, empezando por evitar la necesidad de una sangrienta invasión anfibia de Japón. Es verdad que no abolió la guerra convencional: apenas terminó la década de 1940 cuando en Corea estalló otra trascendental y sangrienta guerra de aviones y tanques. Pero la bomba atómica, y todavía más la infinitamente más destructiva bomba de hidrógeno probada en 1952 (y un año más tarde por los soviéticos), vendrían a circunscribir aquella guerra y todos los conflictos posteriores, disuadiendo a Estados Unidos y la Unión Soviética de un enfrentamiento directo. Todas las guerras libradas en lo sucesivo por las dos superpotencias, como se las pasaría a denominar, serían guerras limitadas emprendidas contra, y a veces a través de, terceros países. Aunque el riesgo de una guerra nuclear nunca fue cero, retrospectivamente podemos ver que la era de la guerra total terminó con la rendición de Japón.

Si la guerra fría se hubiera «calentado» en algún momento, es muy probable que la hubiese ganado la Unión Soviética. Con un sistema político mucho más capaz de absorber fuertes bajas de guerra (la tasa de mortalidad de la Segunda Guerra Mundial, expresada como porcentaje de la población de antes de la guerra, había sido allí cincuenta veces superior a la de Estados Unidos), la Unión Soviética también tenía un sistema económico idealmente adaptado para la producción masiva de armamento sofisticado. De hecho, en 1974 los soviéticos tenían un arsenal de bombarderos estratégicos y misiles balísticos considerablemente mayor. Desde el punto de vista científico, iban solo un poco por detrás de Estados Unidos. Asimismo, estaban provistos de una ideología que resultaba mucho más atractiva que la alternativa norteamericana en las sociedades poscoloniales de todo lo que pasaría a conocerse como el «Tercer Mundo», donde a los campesinos pobres les esperaba una vida de servidumbre bajo la bota de unas élites corruptas que poseían toda la tierra y controlaban las fuerzas armadas.[82] De hecho, se podría argumentar que los soviéticos ganaron la «tercera guerra mundial». Allí donde había una lucha de clases significativa, el comunismo podía prevalecer.[83]

No obstante, al final la guerra fría resultó tener que ver más con la mantequilla que con los cañones, con los juegos de pelota que con las bombas. Las sociedades que vivían en un perpetuo temor al Apocalipsis tenían, sin embargo, que seguir con su vida civil, dado que hasta los grandes ejércitos de las décadas de 1950 y 1960 eran mucho más pequeños que los de la década de 1940. De un máximo del 8,6 por ciento de la población en 1945, las fuerzas armadas de Estados Unidos pasaron a menos del 1 por ciento en 1948, y desde entonces nunca superaron el 2,2 por ciento, ni siquiera en el apogeo de las intervenciones norteamericanas en Corea y Vietnam. La Unión Soviética se mantuvo más militarizada, pero, aun así, la parte militar de la población disminuyó después de su máximo posbélico del 7,4 por ciento en 1945, y permaneció constantemente por debajo del 2 por ciento a partir de 1957.[84] El problema de la Unión Soviética era muy simple: Estados Unidos ofrecía una versión mucho más atractiva de la vida civil que los soviéticos. Y ello no solo se debía a

una ventaja intrínseca en términos de dotación de recursos; se debía también a que la planificación económica centralizada, aunque indispensable para el éxito en la carrera armamentística nuclear, resultaba del todo inadecuada para satisfacer las demandas de consumo. Puede que el planificador sea el más capacitado para inventar y entregar el arma definitiva a un solo cliente, el Estado; pero nunca puede esperar satisfacer los deseos de millones de consumidores individuales, cuyos gustos se hallan, en cualquier caso, en constante cambio. Esta era una de las muchas ideas expuestas por el eterno rival de Keynes, el economista austríaco Friedrich von Hayek, en cuyo *Camino de servidumbre* (1945) había advertido a Europa occidental de que debía resistirse a la quimera de la planificación en tiempos de paz. Fue en la satisfacción (y la creación) de demandas de consumo donde el modelo mercantil estadounidense, revitalizado durante la guerra por el mayor estímulo fiscal y monetario de todos los tiempos, y resguardado por la geografía de las depredaciones de la guerra total, se reveló invencible.

Un sencillo ejemplo ilustra este punto. Antes de la guerra, la mayor parte de la ropa estaba hecha a medida por sastres. Pero la necesidad de fabricar decenas de millones de uniformes militares alentó el desarrollo de tallas estándar. De hecho, la gama de proporciones humanas no es tan amplia: la altura y anchura humanas tienen una distribución normal, lo que significa que la mayoría de nosotros nos hallamos agrupados en torno a una forma mediana. En 1939 y 1940, unas 15.000 mujeres norteamericanas participaron en una encuesta nacional realizada por la Oficina Nacional de Economía Doméstica del Departamento de Agricultura estadounidense. Era el primer estudio científico a gran escala de las proporciones femeninas jamás realizado. Se tomó un total de 59 medidas de cada voluntaria. Los resultados se publicaron en 1941 con el título de «Medidas femeninas para la fabricación de ropa y de patrones», en la serie de «Publicaciones Misceláneas» del Departamento de Agricultura de Estados Unidos. Las tallas estandarizadas permitieron que la indumentaria civil, además de los uniformes, se fabricara en serie y se vendiera ya confeccionada o prêt-à-porter. En cuestión de unas pocas décadas solo la ropa de la élite rica siguió haciéndose a medida: trajes de Savile Row y alta costura femenina de París y Milán.

En los Estados Unidos de la posguerra, la sociedad de consumo se convirtió en un fenómeno de masas, reduciendo considerablemente las diferencias de indumentaria entre las clases sociales. Ello formó parte de un proceso de equiparación generalizada que siguió a la guerra. En 1928, el 1 por ciento más rico de la población obtenía casi el 20 por ciento de la renta; desde 1952 hasta 1982, esta cifra se mantuvo constantemente inferior al 9 por ciento, por debajo de la proporción equivalente en Francia.[85] La mejora de las oportunidades educativas para los soldados que volvieron del frente, junto con una oleada de construcción de viviendas en las periferias residenciales, se tradujo en una notable mejora de la calidad de vida. Los padres de la generación del *baby-boom* fueron la primera generación que tuvo un acceso significativo al crédito al consumo. Compraron sus casas a crédito, sus coches a crédito y sus electrodomésticos —neveras, televisores y lavadoras— a crédito.[86] En 1930, cuando se produjo la Depresión, más de la mitad de los hogares estadounidenses tenían electricidad, un automóvil y una nevera. En 1960, alrededor del 80 por ciento de los norteamericanos no solo tenían estos servicios, sino que también tenían teléfono. Y la celeridad con la que se difundían los nuevos bienes de consumo duraderos no dejó de aumentar. La lavadora de ropa fue un invento anterior a la Depresión: se remonta a 1926; en 1965, treinta y nueve años después, la mitad

de los hogares tenían una. El aire acondicionado, inventado en 1945, superó el umbral del 50 por ciento en 1974, veintinueve años más tarde. La secadora de ropa llegó en 1949, y superó el umbral de la mitad de las familias en 1972, veintitrés años después (en cambio el lavavajillas también inventado en 1949, tardó más en despegar: hasta 1997 no estuvo presente en uno de cada dos hogares estadounidenses). La televisión en color batió todos los récords: inventada en 1959, estaba en la mitad de todos los hogares ya en 1973, al cabo de solo catorce años. En 1989, cuando terminó en la práctica la guerra fría, dos terceras partes o más de todos los norteamericanos tenían todas esas cosas, a excepción del lavavajillas. Y también habían adquirido hornos de microondas (inventados en 1972) y grabadoras de videocasete (en 1977). El 15 por ciento de las familias ya tenían ordenador personal (1978), y un 2 por ciento de «pioneros» poseían teléfonos móviles. Al final del milenio también estos últimos estaban en la mitad de todos los hogares, al igual que internet.[87]

Para aquellas sociedades en las que esta trayectoria parecía alcanzable, al atractivo del comunismo soviético decayó rápidamente. Europa occidental, cuya recuperación posbélica vino avalada por la ayuda estadounidense, no tardó en recuperar la senda de crecimiento de los años previos a la Depresión (aunque lo cierto es que los receptores del denominado Plan Marshall no fueron de hecho los que experimentaron un crecimiento más rápido). Los años del fascismo habían debilitado a los sindicatos en gran parte de Europa; en consecuencia, las relaciones laborales eran menos tensas que antes de la guerra. Las huelgas eran más cortas (aunque contaban con una mayor participación). Solo en Gran Bretaña, Francia e Italia la protesta laboral incrementó su frecuencia. Negociación colectiva corporativista, planificación económica, regulación de la demanda keynesiana y estados del bienestar: los europeos occidentales se pusieron múltiples vacunas contra la amenaza comunista, añadiendo la integración económica transfronteriza con la firma del Tratado de Roma en 1957. De hecho, por aquellas fechas la amenaza de Moscú había retrocedido en gran medida. Las exacciones soviéticas, el énfasis implacable en la industria pesada, la colectivización de la agricultura y el surgimiento de lo que Milovan Djilas denominó «la nueva clase» de políticos del Partido: todo esto había ya suscitado revueltas en Berlín (1953) y Budapest (1956). Los verdaderos milagros económicos ocurrieron en Asia, donde no solo Japón, sino también Hong Kong, Indonesia, Malaisia, Singapur, Corea del Sur, Taiwan y Tailandia alcanzaron un crecimiento sostenido, y en la mayoría de los casos acelerado, en el período de posguerra. La proporción de Asia del PIB global aumentó del 14 al 34 por ciento entre 1950 y 1990, y, crucialmente, Asia siguió creciendo en 1970 y 1980 mientras otras regiones del mundo reducían la marcha o, en el caso de África y Latinoamérica, sufrían una contracción económica. Los resultados de Corea del Sur fueron especialmente impresionantes. Un país que en términos de renta per capita había estado por debajo de Ghana en 1960 era lo suficientemente avanzado en 1996 como para unirse a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, el club de los países ricos. Entre 1973 y 1990 fue la economía de más rápido crecimiento del mundo.

El milagro económico de Asia oriental fue la clave de la guerra fría. Si Vietnam hubiera sido la norma en lugar de Corea —en otras palabras, si la mayoría de las intervenciones militares de Estados Unidos hubieran fracasado—, el resultado podría haber sido menos feliz. ¿Qué fue lo que marcó la diferencia? En primer lugar, Estados Unidos y sus aliados (especialmente Gran Bretaña en Malaisia) fueron capaces de proporcionar unas garantías de seguridad creíbles a los gobiernos

después de las intervenciones militares. En segundo lugar, las reformas posteriores al conflicto crearon unos fundamentos institucionales seguros para el crecimiento; un ejemplo perfecto de ello fue la reforma agraria de 1946 en Japón, que acabó con los restos del feudalismo y niveló considerablemente la propiedad (algo que los reformadores Meiji habían omitido). En tercer lugar, el cada vez más abierto orden económico global sustentado por Estados Unidos benefició sobremanera a los mencionados países asiáticos. Por último, estos utilizaron varias formas de gestión estatal para asegurar que los ahorros se canalizaran hacia las industrias de exportación, de las que el sector de primera transformación clave era, obviamente, el textil. La sociedad de consumo proporcionaba no solo un modelo a imitar para los asiáticos orientales, sino también un mercado para sus tejidos baratos.

Hay que señalar que casi ninguno de los «tigres asiáticos» que siguieron el ejemplo de Japón, industrializándose a través de las exportaciones de productos como los tejidos de algodón, lo hicieron con ayuda de instituciones democráticas. Corea del Sur realizó su revolución industrial bajo la batuta de los generales Park Chung-hee (1960-1979) y Chun Doo-hwan (1980-1987), mientras que Lee Kuan Yew en Singapur y Suharto en Indonesia fueron esencialmente absolutistas (el primero de ellos ilustrado), y Taiwan y Japón estuvieron gobernados por partidos monopolistas. Hong Kong, por su parte, siguió siendo colonia británica hasta 1997. Sin embargo en todos estos casos, al éxito económico le siguió con cierto retraso la democratización. Asia oriental, pues, abandonó la órbita soviética porque se hizo partícipe de la sociedad de consumo estadounidense. La historia fue muy distinta en aquellos países —Irán, Guatemala. Congo, Brasil, República Dominicana y Chile— donde las intervenciones norteamericanas tuvieron una duración más breve, y aún peor en aquellos —Cuba, Vietnam, Angola y Etiopía— donde la intervención o la ayuda soviética fueron más efectivas.

Que ese consumismo masivo, con toda la estandarización que implicaba, pudiera reconciliarse de algún modo con un individualismo desenfrenado fue uno de los trucos más hábiles jamás realizados por la civilización occidental. Pero la clave para entender cómo se llevó a cabo radica en ese mismo adjetivo: occidental. Quizá podría perdonarse a la Unión Soviética por no haber sido capaz de inventar y difundir la televisión en color o el microondas. Pero no todos los productos definitorios de la sociedad de consumo fueron tecnológicamente complejos. El más sencillo de todos fue, de hecho, un tipo de pantalón de trabajo inventado en la costa oeste de Estados Unidos. Quizá el mayor misterio de la guerra fría sea por qué el paraíso del trabajador no fue capaz de producir un par de vaqueros decentes.

EL «GENIO DE LOS *JEANS*»

Erase una vez, en el Lejano Oeste americano, una prenda de ropa que llegaría a ser universal. Los *jeans* iniciaron su vida como unos prácticos pantalones para mineros y vaqueros. En la década de 1970 se habían convertido en la prenda de ropa más popular del mundo, además de un símbolo de gran potencia política de todo lo que iba mal en el sistema económico soviético. Pero ¿por qué? ¿Por qué los soviéticos no reprodujeron los Levis 501 del mismo modo que habían reproducido la bomba atómica?

Los *jeans*, vaqueros o tejanos, tal como los conocemos hoy, se inventaron en 1873, cuando el comerciante de artículos de confección de origen bávaro Levi Strauss y el sastre de Reno Jacob Davis obtuvieron la patente para utilizar remaches de cobre a fin de reforzar los bolsillos de los pantalones de trabajo de los mineros. La tela que empleaban era la mezclilla o *denim* (originariamente «sarga de Nímes», de donde deriva el término, igual que el de *jeans* probablemente proviene de «Génova»), producida en la fábrica Amoskeag de Manchester, New Hampshire, empleando algodón cultivado en Estados Unidos y teñida con índigo cultivado en Estados Unidos. La originaria factoría Levi's estaba en San Francisco, y fue allí donde se empleó por primera vez, en 1886, la familiar etiqueta de cuero representando a dos caballos que intentan romper un par de Levi's sin lograrlo; el marbete rojo se agregó en 1936. Los vaqueros son baratos de hacer, fáciles de lavar, duros de romper y cómodos de llevar. Pero por entonces también lo eran los pantalones con peto o monos de trabajo como los que solían llevarse en Gran Bretaña (el propio Churchill llevó uno de ellos durante la guerra). Entonces, ¿por qué los vaqueros californianos —que también se hacía vestir a los presidiarios de muchas cárceles estatales— llegaron a dominar el mundo de la moda? La respuesta reside en dos de las industrias de mayor éxito del siglo XX: el cine y el marketing.

Todo empezó cuando un joven John Wayne cambió los elaborados zahones con flecos de cuero de las primeras películas del oeste por los sencillos vaqueros que llevó en *La diligencia* (1939). Luego vinieron los vaqueros y la ropa de cuero de Marlon Brando en *Salvaje* (1953), seguidos por la indumentaria roja (chaqueta), blanca (camiseta) y azul (vaqueros) de James Dean en *Rebelde sin causa* (1955), y los vaqueros negros de Elvis Presley en *El rock de la cárcel* (1957). Los artífices del marketing dieron un nuevo impulso a la imagen del «tipo duro» con el anuncio del «hombre Marlboro», aquel vaquero fumador de cigarrillos y vestido con tejanos inventado por el ejecutivo publicitario Leo Burnett en 1954. Marilyn Monroe fue otro de los personajes populares que adoptaron muy pronto la tela tejana: en uno de sus primeros reportajes fotográficos aparece con un atuendo penitenciario nada favorecedor. La clave fue, desde un primer momento, la asociación entre los vaqueros y la rebeldía juvenil. Ya en la década de 1830 el líder mormón Brigham Young había denunciado los pantalones con bragueta de botones como unos «pantalones para la fornicación». En 1944, la revista *Life* causó un revuelo al publicar una fotografía de dos universitarias del Wellesley College vestidas con vaqueros.[88] Cuando Lee, la marca rival de Levi's, introdujo las cremalleras, la reputación de los vaqueros como prenda de ropa sexualmente excitante quedó definitivamente establecida; un resultado curioso considerando lo difícil que resulta mantener relaciones sexuales con alguien que lleva unos tejanos ajustados. Los vaqueros tuvieron una trayectoria ascendente en la escala social: empezaron cubriendo las nalgas de empleados de ranchos y presidiarios; fueron obligatorios para los trabajadores de la defensa durante la guerra; pasaron a las bandas de moteros en los años de la posguerra; fueron adoptados por los estudiantes de las universidades

norteamericanas de prestigio; se convirtieron en el distintivo de los escritores *beat*, los cantantes de *folk* y los grupos de pop en la década de 1960, y terminaron siendo llevados públicamente por todos los presidentes estadounidenses a partir de Richard Nixon. El crecimiento de Levi's fue espectacular: en 1948, la empresa vendió cuatro millones de vaqueros; en 1959 fueron 10 millones. Entre 1964 y 1975, las ventas de Levi's se multiplicaron por diez, superando el umbral de los 1.000 millones de dólares; en 1979 habían alcanzado los 2.000 millones. Y no hay que olvidar que Levi's solo fue una de entre varias marcas de éxito, con Lee y Wrangler también en liza.

Pero esta prenda de vestir tan «inequívocamente americana» resultaba igualmente atractiva fuera de Estados Unidos, tal como se hizo evidente cuando Levi's inició sus exportaciones en las décadas de 1960 y 1970. Para los jóvenes de todo el mundo, los vaqueros simbolizaron la revuelta generacional contra las sofocantes convenciones indumentarias de la posguerra. El «genio de los jeans»[*] salió de la botella, y muy probablemente esa botella era el envase de cristal característicamente curvado de la Coca-Cola. Parecía solo cuestión de tiempo que Levi Strauss & Co. realizara su declarada ambición de «vestir al mundo». «El mundo es ahora el País de los Jeans», proclamaba *Life* en 1972.[89] En su expansión internacional, Levi's seguía el ejemplo de la estrategia comercial de Coca-Cola. El oscuro y espumoso líquido, inventado en 1886 cuando John Pemberton gasificó una mezcla de cocaína procedente de la hoja de coca y cafeína procedente de la nuez de cola, logró superar incluso a Singer como marca global. En 1929 ya se denominaba a la Coca-Cola «la bebida internacional»; por entonces se vendía en 78 países diferentes, incluida Birmania, donde su característico logotipo de escritura caligráfica podía verse, incongruentemente, en la entrada de la sagrada pagoda Shwedagon de Rangún.[90] Durante la Segunda Guerra Mundial, Coca-Cola fue capaz de gestionar 64 plantas embotelladoras distintas en seis escenarios bélicos. Incluso logró establecer una planta embotelladora en Laos en 1973, en el apogeo de la guerra de Vietnam.

Sin embargo, tanto para Levi's como para Coca-Cola hubo una barrera impenetrable: el Telón de Acero implantado en Europa por la guerra fría. De hecho, el entonces jefe de Coca-Cola, Robert W. Woodruff, se negó por principio a participar en la Exposición Nacional Estadounidense de Moscú, culpando personalmente al vicepresidente Richard Nixon cuando Pepsi realizó el golpe de efecto de conseguir que el líder soviético Nikita Jruschov probara el refresco rival tras el debate televisado de los dos líderes en la inauguración de la exposición, en julio de 1959.[91]

En la retórica de la guerra fría siempre estuvo claro dónde estaba «el Este» y dónde «Occidente». El Este comenzaba allí donde el río Elba marcaba el final de la República Federal de Alemania y el comienzo de la República Democrática Alemana; y terminaba en la frontera entre la República Popular Democrática de Corea y la República de Corea. Pero desde la perspectiva del verdadero «Este» —desde Oriente Próximo hasta Extremo Oriente—, el mundo simplemente parecía haberse dividido entre dos «Occidentes» rivales, uno capitalista y otro comunista. Los que mandaban parecían más o menos similares. De hecho, en muchos aspectos la Unión Soviética anhelaba imitar a Estados Unidos, producir las mismas armas, y también los mismos bienes de consumo. Como Jruschov dejó patentemente claro en su «debate de la cocina» con Nixon, los soviéticos aspiraban a equipararse a los estadounidenses producto por producto. Desde el punto de vista de la indumentaria

había poco que diferenciara a ambos hombres. Vestido de perfecto blanco y negro, como si pretendiera confundir la tecnología de la televisión en color que supuestamente promocionaba, Nixon tenía todo el aspecto del adusto abogado californiano que era. Jruschov, con su traje y su sombrero de color claro, parecía más un congresista demócrata del sur de Estados Unidos que hubiera tomado demasiados Martinis en el almuerzo.

Como los jóvenes de todo el mundo, los adolescentes de la Unión Soviética y sus países satélites de Europa oriental pedían vaqueros a gritos. Por ello resulta realmente extraño que el principal rival de Estados Unidos en el mundo de la posguerra no reprodujera aquellas prendas de ropa tan sumamente sencillas. Se podría haber pensado que la moda occidental de los vaqueros habría hecho la vida más fácil a los soviéticos. Al fin y al cabo, se suponía que la Unión Soviética era el paraíso del proletariado, y los vaqueros son mucho más fáciles de hacer que, pongamos por caso, los pantalones Sta-Prest (un tipo de pantalones antiarrugas que no necesitan planchado, también invento de Levi Strauss, introducidos en 1964). Sin embargo, de algún modo el bloque comunista no supo entender el atractivo de una prenda de ropa que podría haber simbolizado igualmente bien las virtudes del esforzado trabajador soviético. Lejos de ello, los vaqueros, y la música pop con la que pronto pasaron a estar inextricablemente unidos, se convirtieron en la quintaesencia de la superioridad occidental. Y a diferencia de las cabezas nucleares, los vaqueros de hecho acabaron lanzándose contra los soviéticos: en 1959, y de nuevo en 1967, hubo exposiciones de Levi's en Moscú.

Si uno era un estudiante que vivía detrás del Telón de Acero en los años sesenta —en Berlín Este, por ejemplo—, seguramente no le apetecería llevar aquella especie de uniforme de *boy-scout* que llevaban los jóvenes del Movimiento de Pioneros; más bien querría vestirse como todos los jóvenes de Occidente. Como recuerda Stefan Wolle, que en aquella época era un estudiante de la Alemania del Este:

> Al principio no era posible [comprar vaqueros en la RDA], Se veía a los vaqueros como la encarnación del imperialismo cultural anglosajón. Estaba muy mal visto llevarlos. Y no podías comprarlos. [Pero] muchos hacían que sus parientes de Occidente se los trajeran… Ellos los llevaban, y eso hacía enfadar a los profesores, los patronos y los policías en las calles. Aquello dio lugar a un mercado negro de productos occidentales que parecían amenazar al Estado.[92]

Tal era el atractivo de esta prenda de vestir que las fuerzas del orden soviéticas acuñaron la expresión «delitos de *jeans*», que aludía a las «violaciones de la ley incitadas por un deseo de emplear cualquier medio para obtener artículos hechos de tela tejana». En 1986, Régis Debray, filósofo izquierdista francés y antiguo camarada de armas del Che Guevara, señalaba: «Hay más poder en la música rock, los vídeos, los vaqueros, la comida rápida, las cadenas de noticias y los satélites de televisión que en todo el Ejército Rojo».[93] Eso era algo que a mediados de la década de 1980 se hacía cada vez más evidente; pero en 1968, en cambio, todavía no estaba nada claro.

El de 1968 fue un año de revolución en todas sus variantes, de París a Praga, de Berlín a Berkeley, e incluso en Pekín.[94] Pero el factor común en todas esas revueltas del duopolio de poder de la guerra fría fue la juventud. Raramente en los tiempos modernos las personas de entre quince y veinticuatro años han representado una proporción tan importante de la población como en el decenio posterior a

1968. En Estados Unidos, tras caer a una cifra tan baja como el 11 por ciento de la población a mediados de la década de 1950 la proporción de jóvenes llegó a alcanzar un máximo del 17 por ciento a mediados de la de 1970; y en Latinoamérica y Asia superó el 20 por ciento. Al mismo tiempo, la expansión de la enseñanza superior, sobre todo en Estados Unidos, supuso que una proporción mayor que nunca de hombres y mujeres jóvenes fueran a la universidad. En 1968, los estudiantes universitarios representaban más del 3 por ciento de toda la población estadounidense, mientras que en 1928 esa cifra había sido de menos del 1 por ciento. También en Europa había habido una expansión, aunque más modesta. Era la generación del *baby-boom* de la posguerra: jóvenes, numerosos, cultos y prósperos. Tenían todas las razones del mundo para estar agradecidos a la generación de sus padres, que habían luchado por la libertad y les habían legado una herencia de oportunidades. Pero en cambio se rebelaron.

El 22 de marzo de 1968 un grupo de estudiantes franceses ocuparon la sala de profesores del octavo piso de la Universidad de París X Nanterre (o Nanterre fou, «Nanterre loca», como pasaría a conocerse el feo campus de cemento). En mayo, decenas de miles de estudiantes, incluidos los de la elitista Sorbona, se enfrentaban a la policía en las calles de París.[95] Una huelga general sacudió todo el país cuando los sindicatos aprovecharon la oportunidad para presionar al debilitado gobierno en favor de unos salarios más altos. Escenas similares se repitieron en la Universidad de California en Berkeley, en la Universidad Libre de Berlín, y hasta en Harvard, donde los miembros de la organización Estudiantes por una Sociedad Democrática ocuparon la casa del rector, y los miembros de la Alianza de Estudiantes y Trabajadores asaltaron el edificio principal de la universidad (que rebautizaron temporalmente como edificio Che Guevara), echando a los decanos que trabajaban allí.

A primera vista, en Estados Unidos esta rebelión universitaria iba dirigida contra la guerra de este país para preservar la independencia de Vietnam del Sur, una guerra que en 1968 había costado la vida a más de 30.000 norteamericanos y había perdido el apoyo público mayoritario. Los estudiantes también prestaron su apoyo al movimiento pro derechos civiles afroamericanos, un cuestionamiento clásicamente progresista de los impedimentos a la igualdad racial que todavía persistían en el Sur estadounidense. Sin embargo, gran parte del lenguaje del 68 era marxista, e interpretaba casi todos los conflictos, desde Israel hasta Indochina, como una lucha antiimperialista. Según los líderes estudiantiles más doctrinarios como Daniel Cohn-Bendit («Danny el Rojo») y Rudi Dutschke, el objetivo era la «insurrección en los centros del capitalismo». «La humanidad no será feliz —declaraban los *enragés*— hasta colgar al último capitalista con las tripas del último burócrata.» Como anarquistas, los situacionistas querían la abolición del propio trabajo, instando a los estudiantes que les apoyaban: *Ne travaillez jamais* («No trabajéis nunca»).[96] Sin embargo, había una demanda sumamente práctica que decía mucho sobre los verdaderos objetivos de la revolución, y era el acceso ilimitado masculino a los dormitorios femeninos; de ahí el eslogan de «desabrochad la mente tan a menudo como la bragueta». Como lo expresaba un grafitero: «Cuanto más deseo hacer el amor, más deseo hacer la revolución. Cuanto más deseo hacer la revolución, más deseo hacer el amor».[97] A las estudiantes femeninas se las instaba a experimentar con diversos grados de desnudez hasta entonces tabú. Desde los pantalones tipo pijama de los Guardias Rojos de Mao hasta los pantalones acampanados de tela tejana de los hippies, la revolución de 1968 tuvo mucho que ver con la ropa; desde las minifaldas hasta los biquinis, la revolución sexual lo tuvo con

la falta de ella. «Las mujeres deben rechazar su papel como principales consumidoras del Estado capitalista», declaraba la feminista de origen australiano Germaine Greer, más aficionada al ocio que al negocio.[98]

La ironía fue que los estudiantes del 68, que denunciaban de manera rutinaria el imperialismo norteamericano en Vietnam y rompían simbólicamente las ventanas de la oficina de American Express en París, se mantuvieron crónicamente adictos a la cultura popular estadounidense. Los vaqueros —ahora reformados con cinturas bajas y perneras acampanadas— siguieron siendo el uniforme de la rebelión juvenil. Las compañías discográficas continuaron proporcionando la banda sonora: «Street Fightin' Man» de los Rolling Stones (publicada por Decca en diciembre de 1968) y «Revolution» de los Beatles (publicada por el sello Appel de la propia banda cuatro meses antes) ambos temas notablemente escépticos con respecto a las ventajas de la revolución. Pantalones de tela tejana y discos de vinilo: he aquí dos de los productos de mayor éxito del capitalismo de finales del siglo XX. Y, como en la década de 1920, una política de prohibición —esta vez la de las drogas— vino a ofrecer un nuevo campo de oportunidades al crimen organizado. Puede que los situacionistas franceses cubrieran de oprobio a la sociedad de consumo con su cultura de burdo materialismo y su publicidad ubicua (lo que Guy Debord calificaba despectivamente como «la sociedad del espectáculo»), pero quienes se rebelaron contra el capitalismo en París subestimaban burdamente las ventajas que ellos mismos obtenían del sistema. Aparte de alguna que otra carga ocasional con porras por parte de unos policías que de hecho eran trabajadores manuales de extracción humilde, y por ello mismo despreciaban a los privilegiados «melenudos» de clase media, en general las autoridades del mundo occidental permitieron a los estudiantes la libertad de protesta. En realidad, la mayoría de las universidades acabaron cediendo a las demandas de los estudiantes. Otra ironía fue que un movimiento juvenil que propugnaba que se hiciera «el amor y no la guerra» terminara viéndose asociado a tanta violencia: disturbios raciales en ciudades estadounidenses, aumento de las tasas de homicidios y de terrorismo en Europa occidental y en Oriente Próximo… El 23 de julio de 1968 comenzó una nueva era, con el secuestro por parte de la Organización para la Liberación de Palestina de un avión de la línea El Al que volaba de Roma a Tel-Aviv. No pasó mucho tiempo sin que la *kufiya* que caracterizaba al líder de la OLP, Yasir Arafat, se convirtiera en una prenda de vestir tan chic como la boina del Che Guevara.

En 1968, atravesar el Telón de Acero era como pasar a través del espejo. El visitante de Europa occidental encontraba muchas cosas que le resultaban familiares. Los urbanistas de las dos mitades de Europa habían cometido el mismo error, alejando a la gente de los centros de las ciudades y aislándola en repugnantes y chapuceros bloques de pisos, construidos en el brutalmente funcional estilo Bauhaus que tanto cautivara a los arquitectos de posguerra. Pero algunas de aquellas cosas familiares podían tener significados diametralmente opuestos. En Praga, los jóvenes del país preferían el pelo largo y los vaqueros al ideal del pelo corto por detrás y por los lados, y los trajes de poliéster y corbatas rojas, preconizado por el Partido Comunista. Pero lo preferían porque les recordaba al Occidente capitalista; incluso geográficamente, ya que la antigua Checoslovaquia era uno de los países donde se denominaba «pantalones tejanos» (*texasskis*) a los vaqueros.[99] Con los planificadores económicos poco dispuestos a fabricar tales prendas de vestir, la única forma de conseguirlos era a través del contrabando. El cantante pop Petr Janda, cuyo grupo Olympic aspiraba

a ser el equivalente checo de los Beatles,[*] adquirió su primer par de Levis 501 por ese medio; eran demasiado cortos, pero aun así sus amigos se consumían de envidia.[100] En Praga ocurrió como en París: las universidades se convirtieron en los puntos de ignición de un choque generacional. El poeta *beatnik* Allen Ginsberg visitó la Universidad Carolina en la primavera de 1965, y fue expulsado a primeros de mayo por el carácter «lascivo y moralmente peligroso» de sus escritos. En noviembre de 1967, los estudiantes de la Universidad Carolina se congregaron durante un apagón y marcharon hacia el centro de Praga con velas en la mano. Ivan Touska fue uno de los estudiantes que participaron en la protesta. Como él mismo recordaría:

> En aquella época había muchos cortes de corriente, y las velas fueron un símbolo práctico durante la primera protesta: nosotros teníamos velas, pero queríamos luz eléctrica. Sin embargo, «¡Queremos luz!» tenía obviamente un significado general más amplio: «luz» frente a la «oscuridad» del más alto órgano político de entonces, el Comité Central del Partido Comunista de Checoslovaquia.[101]

En abril de 1968, Alexander Dubček lanzó su «Programa de Acción» de liberalización económica y política. De manera significativa, su política económica modificó las prioridades del país, pasaron de la industria pesada a los bienes de consumo. Pero los líderes soviéticos de Moscú vieron la Primavera de Praga como una amenaza inaceptable. A las cuatro de la madrugada del 21 de agosto de 1968, los tanques y soldados soviéticos rodearon el edificio que albergaba el Comité Central del Partido Comunista checoslovaco. Amenazados por una multitud airada, los tanques abrieron fuego matando a un joven. Alrededor de las nueve de la mañana las tropas asaltaron el edificio. Dubček fue trasladado a la Unión Soviética, de donde tuvo la suerte de volver vivo. Uno de los focos de resistencia fue la plaza de Wenceslao, donde los checos se reunían diariamente en torno a la estatua ecuestre del santo del mismo nombre y duque de Bohemia que vivió en el siglo X. En París, los estudiantes habían lanzado cócteles molótov a la policía antidisturbios. En Praga, el 19 de enero de 1969, un estudiante checo llamado Jan Palach roció sus ropas con queroseno y se prendió fuego; murió tres días después. En Occidente los estudiantes se complacían en la retórica marxista, pero lo que realmente querían era el amor libre. Al otro lado del Telón de Acero estaba en juego algo mucho más importante: la propia libertad.

A partir de 1968, el restaurado régimen comunista exigió que todos los músicos de rock checos pasaran un examen escrito de marxismo-leninismo. Una idiosincrásica banda vanguardista llamada The Plastic People of the Universe, formada solo un mes después de la invasión soviética, contraatacó con temas como 100 puntos («Tienen miedo de la libertad. / Tienen miedo de la democracia. / Tienen miedo de la Carta de los Derechos Humanos [de las Naciones Unidas], / Tienen miedo del socialismo. / Entonces, ¿por qué demonios tenemos miedo de ellos?»).[102] Pronto resultó evidente por qué. En enero de 1970 se les revocó su licencia de músicos profesionales. Dos años más tarde se les prohibió tocar en Praga, obligándoles a actuar en fiestas privadas en la campiña bohemia. Fue después de uno de aquellos eventos *underground* —el Segundo Festival de Música de la Segunda Cultura, celebrado en Bojanovice en febrero de 1976— cuando los miembros de toda la banda, incluido su cantante solista canadiense Paul Wilson, fueron detenidos. Dos de ellos, Vratislav Brabenec e Ivan Jirous, fueron procesados, acusados de «vulgaridad extrema… antisocialismo… nihilismo… y decadencia», y condenados a sendas penas de dieciocho y ocho meses de cárcel

respectivamente. Fue precisamente su juicio el que inspiró la fundación de la Carta 77, el grupo disidente liderado por Václav Havel, dramaturgo y futuro presidente de Checoslovaquia. Nunca en toda su historia fue la música rock más política que en Praga en la década de 1970.[*]

Siendo así las cosas, ¿no hubiera sido más fácil dejar simplemente que los estudiantes checoslovacos tuvieran todos los vaqueros y el rock que quisieran? La razón de no hacerlo es que la sociedad de consumo planteaba una amenaza mortal al propio sistema soviético. Esta se basaba en el mercado; respondía a las señales de los propios consumidores, a su preferencia por los vaqueros en lugar del pantalón de franela, o de Mick Jagger en lugar de Burt Bacharach; y dedicaba una creciente proporción de recursos a satisfacer dichas preferencias. Eso era algo que el sistema soviético sencillamente no podía hacer. El Partido sabía lo que todo el mundo necesitaba —trajes de poliéster marrón— y hacía sus pedidos a las fábricas estatales en consecuencia. La alternativa era intrínsecamente subversiva. De manera significativa, las autoridades de la Alemania del Este culparon de la revuelta obrera de 1953 a provocadores occidentales «con pantalones de vaquero y camisetas tejanas».[103] Puede que Jruschov anhelara copiar la televisión en color; pero no cabe duda de que no quería a los Beatles. «La juventud de la Unión Soviética no necesita esa basura cacofónica —declaraba—. De los saxofones a las navajas automáticas solo hay un paso.»[104] En cualquier caso, para que los soviéticos pudieran seguir el ritmo de los estadounidenses, mucho más ricos, en la carrera de armamentos de la guerra fría, había que dar prioridad a las tanquetas sobre las camisetas y a los bombarderos sobre los vaqueros. Un crítico soviético observó, de manera harto reveladora, que «cada gramo de energía empleado en la pista de baile era energía que podía y debía haberse invertido en la construcción de una central hidroeléctrica».[105] Pero eso no impidió que se siguieran entrando vaqueros de contrabando en la propia Rusia por parte de los tratantes del mercado negro conocidos como *fartsovshchiki*, especializados en intercambiar tejanos por gorros de piel y caviar, los únicos souvenirs que los visitantes occidentales de Moscú querían comprar. Un par de vaqueros del mercado negro podían venderse entre 150 y 250 rublos, y ello en una época en que el salario mensual medio estaba por debajo de los 200 rublos y un par de pantalones ordinarios de fabricación estatal costaban unos 10 o 20 rublos.

Una vez sofocada la Primavera de Praga, el sistema comunista de Europa oriental parecía inexpugnable. En Berlín, la división de la ciudad en Este y Oeste tenía todos los visos de ser permanente. Pero, por muy buenos que fueran los comunistas a la hora de sofocar la oposición política, su resistencia a la sociedad de consumo occidental resultaba mucho más débil. La influencia de la moda occidental se reveló imposible de parar, especialmente una vez que los alemanes orientales pudieron ver la televisión de la Alemania occidental (hacía ya tiempo que tenían acceso a la radio). Diseñadores como Ann Katrin Hendel empezaron a fabricar su propia ropa de estilo occidental, que vendían en mercadillos. Hendel incluso diseñó sus propios vaqueros:

> Probamos a confeccionarlos con lona, o con sábanas, o con tejido que no era tela tejana. Asimismo probamos a teñirlos, pero era también muy difícil conseguir el tinte… Eran tan populares que la gente nos los quitaba de las manos.[106]

El punto crítico fue que el éxito de las industrias de consumo occidentales tenía ahora su

contrapartida, como en un espejo, en el miserable rendimiento de sus equivalentes soviéticas. No solo el crecimiento era sumamente bajo desde 1973 (inferior al 1 por ciento); también el factor de productividad total disminuía. Algunas empresas estatales de hecho restaban valor a las materias primas que procesaban. Tal como había advertido Hayek, en ausencia de precios significativos los recursos eran mal asignados; los funcionarios corruptos restringían la producción para maximizar sus propios beneficios ilícitos; los trabajadores fingían que trabajaban y, en contrapartida, los gerentes fingían que les pagaban. No solo no se conservaba el capital social industrial, sino tampoco el capital social humano; las centrales nucleares se desmoronaban; el alcoholismo aumentaba… Lejos de desafiar a Estados Unidos por la supremacía económica, como había amenazado Jruschov, la Unión Soviética había alcanzado un nivel de consumo per cápita de alrededor del 24 por ciento del estadounidense, de modo que, como mucho, podía desafiar a Turquía.[107] Paralelamente, el cambio en la relación de las superpotencias hacia la distensión y el desarme hizo que la capacidad de los soviéticos de fabricar misiles en serie resultara mucho menos valiosa. Los elevados precios del petróleo de la década de 1970 habían proporcionado al sistema un aplazamiento de sentencia; pero al caer los precios del crudo en la de 1980 el bloque soviético se quedó con nada más que deudas en divisa fuerte, dinero prestado del mismo sistema al que Jruschov había prometido «enterrar». Mijaíl Gorbachov, designado secretario general del Partido Comunista soviético en marzo de 1985, consideró que ya no había otra alternativa que reformar tanto el sistema económico como el político, incluyendo al Imperio soviético en Europa oriental. Con la *perestroika* y la *glásnost* como nuevas consignas en Moscú, los partidarios de la línea dura en Berlín Este se quedaron en la estacada, forzados ahora a censurar las publicaciones e informes no solo de Occidente, sino también de la Unión Soviética.

Como en 1848, y como en 1918, las revoluciones de 1989 se propagaron de manera contagiosa. En Varsovia, en febrero de 1989, el gobierno aceptó iniciar conversaciones con el sindicato libre Solidaridad; al poco tiempo el país se preparaba para celebrar unas elecciones libres. En Budapest, en mayo, los comunistas húngaros decidieron abrir su frontera con Austria. El Telón de Acero empezaba a agrietarse. Unos 15.000 alemanes orientales partieron vía Checoslovaquia rumbo a unas «vacaciones» en Hungría, en lo que en realidad era un viaje solo de ida a Occidente. En junio Solidaridad ganó las elecciones polacas y empezó a formar un gobierno democrático. En septiembre los comunistas húngaros siguieron el ejemplo polaco, aceptando la celebración de unas elecciones libres. El mes siguiente, mientras Erich Honecker perfilaba sus planes para celebrar el cuadragésimo aniversario de la RDA, cientos, luego miles, luego decenas de miles, y luego cientos de miles de personas salieron a las calles de Leipzig, primero coreando *Wir sind das Volk* («Nosotros somos el pueblo»), que más tarde modificaron a *Wir sind ein Volk* («Nosotros somos un pueblo»). Esta vez, a diferencia de Budapest en 1956 y de Praga en 1968 —sin olvidar Gdańsk en diciembre de 1981 y Pekín en junio de 1989—, las tropas permanecieron en sus cuarteles. En el Partido Socialista Unificado de Alemania, donde el alcance de la quiebra de la RDA se hacía cada vez más evidente, Honecker se vio apartado por «reformistas» más jóvenes. Pero ya era demasiado tarde para una reforma del sistema. Otros *apparatchiki* con más visión de futuro, especialmente en Rumanía, se apresuraban a cambiar de bando, calculando los probables beneficios que podrían reportarles las reformas de mercado.

El 9 de noviembre de 1989 se informó a los desconcertados periodistas destacados en Berlín Este de que se había tomado «la decisión de hacer posible para todos los ciudadanos salir del país a través de los controles fronterizos oficiales… que tendrá efecto inmediato». La noticia desencadenó una auténtica marea de berlineses del Este hacia los controles fronterizos. Desprevenidos, los guardias optaron por no resistir. A medianoche se había obligado a abrir todos los controles y se había montado una de las mayores fiestas del siglo, seguida poco después por una de las mayores orgías de compras. Con la caída del muro de Berlín la guerra fría básicamente había terminado, aunque solo tras el fallido golpe de agosto de 1991 en Moscú, y la posterior disolución de la Unión Soviética, los países del Báltico, Ucrania y Bielorrusia, junto con las tres grandes repúblicas caucasianas y los denominados cinco «stans» de Asia Central (Kazajistán, Kirguizistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán), se convirtieron en estados independientes.

Pocos lo habían visto venir.[*] Para unos era «el final de la historia», la victoria definitiva del modelo capitalista liberal.[108] Para otros era «el triunfo de Occidente», la hazaña política de tres líderes carismáticos: Ronald Reagan, el papa Juan Pablo II y Margaret Thatcher.[109] Una tercera opinión atribuía el mérito al nacionalismo. Pero el analista que más acertado estuvo fue el ejecutivo italiano de una empresa de ropa que empezó a comercializar una línea de ajustados «jeans perestroika». Había sido sobre todo en cuanto sociedades de consumo como la Unión Soviética y sus satélites habían fracasado. No fue casualidad que las protestas populares de 2006 contra el régimen incorregiblemente autoritario de Bielorrusia se expresaran llevando vaqueros, aunque Minsk todavía siga esperando su «revolución tejana».[110]

«PIJAMAS» Y PAÑUELOS

Tras la Revolución comunista de Mao Zedong en 1949, China se convirtió en la sociedad más insulsa del planeta. Atrás quedaban los últimos vestigios de las sedas de la era Qing. Atrás quedaban los atuendos occidentales favorecidos por los nacionalistas en el período de entreguerras. En la búsqueda de una estricta igualdad, se repartió a todo el mundo lo que parecía una especie de pijama. Y además de color gris. Sin embargo, hoy, cuando uno pasea por una típica calle china, lo que ve es un calidoscopio de estilos de ropa occidental. Vallas publicitarias en todas las grandes ciudades ensalzan las virtudes de las marcas occidentales, desde Armani hasta Ermenegildo Zegna. Como en todas las demás revoluciones industriales, China empezó por la producción textil. Hasta hace poco, la mayoría de las prendas de vestir fabricadas en las Zonas Económicas Especiales de la costa se destinaban a su exportación a Occidente. Hoy, con la disminución de la demanda de las deprimidas

economías occidentales, el reto principal que afrontan los políticos de Pekín es el de cómo hacer que el trabajador chino ahorre menos y consuma más; en otras palabras, que compre más ropa. Parece como si el triunfo de la sociedad de consumo de Occidente estuviera a punto de ser completo. ¿O no es así?

Estambul es una ciudad cosmopolita, donde toda la parafernalia externa de la civilización occidental hace ya tiempo que es algo común en las calles. Cuando uno pasea por su principal vía comercial, la avenida de Istiklâl, podría encontrarse casi en cualquier lugar del mundo mediterráneo. Pero basta con dirigirse a otra parte de la misma ciudad —por ejemplo, a la zona de Fatih, cerca de la mezquita Azul—, y las cosas parecen muy distintas. Para los musulmanes devotos, las normas occidentales de indumentaria femenina resultan inaceptables porque revelan mucho más de lo que prescribe su religión.[*] De ahí que, en un país que es abrumadoramente musulmán, estén reapareciendo el pañuelo, el velo (*niqab* o *jimar*) y la capa negra holgada que cubre todo el cuerpo (*abaya*).

Esto representa un importante cambio de rumbo para Turquía. Como hemos visto en el capítulo 2, el fundador de la República turca, Kemal Atatürk, trató de occidentalizar la forma de vestir de los turcos, prohibiendo que se llevara ropa con connotaciones religiosas en todas las instituciones públicas. El gobierno militar laicista que subió al poder en 1982 reavivó esta política prohibiendo a las estudiantes femeninas llevar pañuelo en la universidad. Sin embargo, la prohibición no se aplicó con rigor hasta después de 1997, cuando el Tribunal Constitucional decretó explícitamente que llevar pañuelo en instalaciones académicas —incluidas las escuelas además de las universidades— violaba el artículo 2 de la Constitución, que consagra el carácter laico de la República (también se declaró inconstitucional que los estudiantes varones llevaran barbas largas). Cuando las autoridades universitarias y escolares llamaron a la policía antidisturbios para hacer cumplir la norma, el país se precipitó en una crisis. En octubre de 1998, unas 140.000 personas protestaron contra la prohibición uniendo sus manos para formar una cadena humana en más de 25 provincias. En Estambul, miles de muchachas optaron por dejar de asistir a clase antes que quitarse el pañuelo; y algunas celebraron vigilias diarias a las puertas de sus escuelas. En la Universidad de Inönü, en Anatolia Oriental, una manifestación contra la prohibición acabó en violentos disturbios, saldándose con la detención de 200 manifestantes. Varias mujeres jóvenes de la ciudad oriental de Kars incluso se suicidaron debido a esta cuestión,[*] mientras que uno de los jueces que respaldaban la prohibición fue asesinado a tiros en su tribunal en mayo de 2006. En 2008, el gobierno islamista, dirigido desde 2003 por el Partido de la Justicia y el Desarrollo de Recep Tayyip Erdoğan, enmendó la Constitución para permitir el pañuelo en las universidades, aunque solo para ver cómo el Tribunal Constitucional revocaba la decisión. También el Tribunal Europeo de Derechos Humanos ha respaldado la prohibición del pañuelo.

La cuestión ilustra, una vez más, de qué modo nuestra parafernalia externa puede tener un significado más profundo. ¿Es el pañuelo o el velo simplemente una expresión de fe personal, que toda sociedad occidentalizada debería tolerar por el principio de la libertad de expresión? ¿O bien se trata de un anticuado símbolo de la desigualdad sexual ordenada por el islam, que una sociedad laica debería prohibir? Algunos islamistas como la periodista Nihal Bengisu Karaca interpretan la cuestión como un tema de libertad individual y derechos humanos:

> Queremos que se nos trate igual que a las mujeres que no llevan el pañuelo. Somos iguales, nada es distinto, queremos que se nos trate igual. Tenemos todos los derechos que ellas tienen… Simplemente queremos una democracia entre las mujeres que no llevan pañuelo y las que sí lo llevan.[111]

El argumento islamista es que cubrirse es solo una opción que no hace daño a nadie y que algunas mujeres deciden ejercer libremente. El velo, afirman, es solo una prenda de vestir femenina más, disponible en las tiendas de Estambul en toda clase de colores y estilos, incluso con estrás para quienes se inclinen hacia lo ostentoso. La realidad, obviamente, es que promover el uso del pañuelo forma parte de una agenda más amplia para limitar los derechos de la mujer introduciendo la ley de la sharia en Turquía, logrando poco a poco lo que se logró de forma mucho más repentina en Irán tras la Revolución de 1979, una reacción contra la «occidentoxicación» (*gharbzadegi*) de Irán realizada por el sha, que el ayatolá Jomeini convirtió en una drástica contrarrevolución sexual.[112] Hoy ya pueden verse en las calles de Estambul burkas que cubren de negro a las mujeres que los llevan de pies a cabeza y les dejan tan solo una diminuta abertura para ver; una ocultación de su identidad tan absoluta que en 2010 la Asamblea Nacional francesa votó la prohibición absoluta de tales prendas de vestir en Francia. No es casualidad que este cambio de indumentaria en Turquía haya venido acompañado asimismo de un cambio en la política exterior turca. Antaño pilar proamericano de la OTAN y candidata a formar parte de la Unión Europea, hoy Turquía mira cada vez más hacia Oriente, compitiendo con la República Islámica de Irán por el liderazgo del mundo musulmán, y reviviendo los recuerdos de los días del poder otomano.

En suma, pues, la forma de vestir de la gente importa. Los dos grandes avances económicos de Occidente —la evolución industrial y la sociedad de consumo— tuvieron que ver en enorme medida con la ropa: primero fabricándola de una manera más eficiente, y luego llevándola de una manera más reveladora. La difusión de la forma de vestir occidental fue inseparable de la difusión del modo de vida occidental, del mismo modo que la reacción contra la indumentaria occidental en el mundo musulmán es síntoma de un renacimiento islámico global. Los revolucionarios iraníes menospreciaban a los occidentalizadores denominándoles *fokolí*, un término derivado de la palabra francesa *faux-col* («pajarita»), y actualmente los hombres de Teherán evitan de forma significativa las corbatas.[113] Con el crecimiento de las comunidades musulmanas en la Europa occidental, hoy es tan común ver a mujeres con velo en las calles de Londres como camisetas del Manchester United en las de Shanghai. ¿Debería el resto de Europa seguir el ejemplo francés y prohibir el burka? ¿O acaso la sociedad de consumo de Occidente tiene un antídoto contra el velo tan eficaz como antaño lo fueron los vaqueros contra el «pijama» maoísta?

Bien pensado, quizá estas no sean las preguntas correctas que hay que formular, puesto que implican que todos los logros de la civilización occidental —el capitalismo, la ciencia, el imperio de la ley y la democracia— han quedado reducidos a algo tan poco profundo como un punto de venta. Puede que la denominada «terapia de compras» no sea la respuesta a todos nuestros problemas. Puede que la amenaza última a Occidente no venga del islamismo radical, ni de ninguna otra fuente externa, sino de nuestra propia falta de comprensión de, y de fe en, nuestro propio legado cultural.

6
Trabajo

> El cristianismo desaparecerá. Se desvanecerá y se empequeñecerá. No necesito discutir sobre eso; tengo razón y se demostrará que la tengo. Hoy nosotros somos más populares que Jesús; no sé qué desaparecerá primero, el rock o el cristianismo. Jesús estaba bien, pero sus discípulos eran cortos y ordinarios. Para mí, es su tergiversación lo que lo arruina [al cristianismo].
>
> JOHN LENNON

> En los últimos veinte años hemos comprendido que el corazón de vuestra cultura es vuestra religión: el cristianismo. Es por eso por lo que Occidente ha sido tan poderoso. El fundamento moral cristiano de la vida social y cultural fue lo que hizo posible el surgimiento del capitalismo y, luego, la exitosa transición a la política democrática. No tenemos ninguna duda de ello.
>
> MIEMBRO ANÓNIMO DE LA ACADEMIA
> DE CIENCIAS SOCIALES DE CHINA

ÉTICA DEL TRABAJO Y ÉTICA DE LA PALABRA

En el transcurso de aproximadamente quinientos años, como hemos visto, la civilización occidental se elevó a una posición de extraordinario predominio en todo el mundo. Diversas estructuras institucionales occidentales como la empresa, el mercado y el Estado-nación se convirtieron en el estándar global de la economía y la política competitiva, en una especie de plantilla que el resto del mundo copiaría. La ciencia occidental cambió los paradigmas; los otros la siguieron o quedaron olvidados. Los sistemas legislativos y los modelos políticos occidentales derivados de ellos, incluida la democracia, desplazaron o derrotaron a las alternativas no occidentales. La medicina occidental marginó a los hechiceros y otros curanderos. Pero, sobre todo, el modelo occidental de producción industrial y consumo masivo dejó a todos los modelos alternativos de organización económica trastabillando a su paso. Incluso a finales de la década de 1900 Occidente era todavía claramente la civilización dominante del mundo. Las cinco grandes potencias occidentales —Estados Unidos, Alemania, el Reino Unido, Francia y Canadá— representaban en conjunto el 44 por ciento de la producción fabril global. Las universidades occidentales dominaban el mundo científico, y sus docentes ganaban la mayoría de los premios Nobel y otras distinciones. Una oleada democratizadora barría el mundo, con especial espectacularidad tras las revoluciones de 1989. Las marcas de consumo Occidentales como Levi’s y Coca-Cola florecían casi en todas partes; los arcos dorados de

McDonald's podían verse igualmente en todas las grandes ciudades del mundo. No solo la Unión Soviética se había desmoronado; Japón, que algunos habían predicho que superaría a Estados Unidos, había tenido un tropiezo y se había sumido en una década entera de crecimiento casi cero y deflación. Los analistas de las relaciones internacionales se esforzaban en encontrar palabras lo suficientemente grandilocuentes para describir la preponderancia de Estados Unidos, la principal potencia del mundo occidental. ¿Era un imperio? ¿Una potencia hegemónica? ¿Una «hiperpotencia»?

En el momento de redactar estas líneas, tras el estallido de dos burbujas financieras, dos guerras inesperadamente difíciles y una gran recesión —y, sobre todo, tras el extraordinario auge de China, que ha pasado a desplazar a Japón como la segunda economía mundial—, la cuestión es si el medio milenio de predominio occidental está finalmente tocando a su fin o no.

¿Estamos viviendo la decadencia de Occidente? De ser así, no sería la primera vez. He aquí cómo describía Edward Gibbon el saqueo de Roma por los godos en agosto de 410 d.C.

> En la hora de salvaje licencia, cuando toda pasión se inflamaba y toda restricción se levantaba… se hizo una matanza cruel con los romanos; y… las calles de la ciudad se llenaron de cuerpos muertos, que permanecieron sin enterrar durante la consternación general… Allí donde los bárbaros se vieron provocados por la oposición, extendieron la promiscua matanza a los débiles, los inocentes y los desvalidos… Las matronas y vírgenes de Roma fueron expuestas a agravios más terribles, al arrebatarles su castidad, que la propia muerte… Los brutales soldados satisficieron sus apetitos sensuales sin tener en cuenta ni la inclinación ni los deberes de sus cautivas… En el pillaje de Roma se dio una justa preferencia al oro y las joyas… pero una vez que esas riquezas fácilmente transportables hubieran sido arrebatadas por los ladrones más diligentes, los palacios de Roma fueron rudamente despojados de su espléndido y costoso mobiliario…
>
> La adquisición de riquezas solo sirvió para estimular la codicia de los voraces bárbaros, que procedieron, con amenazas, golpes y torturas, a arrancar de sus prisioneros la confesión de tesoros ocultos… No era fácil calcular las multitudes que, de una posición honorable y una fortuna próspera, de repente se vieron reducidas a la miserable condición de cautivas y exiliadas… Las calamidades de Roma… dispersaron a sus habitantes a los refugios más solitarios, más seguros y más lejanos.[1]

La obra de Gibbon *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, publicada en seis volúmenes entre 1776 y 1788, cuenta la historia de la última vez que Occidente se derrumbó. Hoy, muchas personas en Occidente temen que podamos estar viviendo una especie de secuela. Cuando se reflexiona acerca de lo que causó la caída de la antigua Roma, tales temores parecen no resultar del todo imaginarios. Crisis económica; epidemias que devastaron la población; inmigrantes que invadieron las fronteras imperiales; auge de un imperio rival —Persia— en Oriente; terror en forma de los godos de Alarico y los hunos de Atila… ¿Es posible que, después de tantos siglos de supremacía, hoy estemos afrontando una coyuntura similar? Económicamente, Occidente se estanca a raíz de la peor crisis financiera acaecida desde la Depresión, mientras una gran parte del resto del mundo crece a un ritmo sin precedentes. Vivimos con miedo a las pandemias y a los cambios del clima global producidos por la mano del hombre. Existen alarmantes evidencias de que algunas comunidades de inmigrantes en el seno de nuestras sociedades se han convertido en semilleros de ideología islamista y redes terroristas. Un ataque terrorista nuclear resultaría mucho más devastador en Londres o en Nueva York de lo que lo fueron los godos en Roma. Al mismo tiempo, un imperio rival se halla en pleno apogeo en Oriente: China, que concebiblemente podría convertirse en la mayor economía del mundo en las próximas décadas.

El argumento más provocativo de Gibbon en su *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano* es el de que el cristianismo fue uno de los disolventes fatales de aquella primera versión de la civilización occidental. El monoteísmo, con su énfasis en el más allá, se hallaba fundamentalmente

en conflicto con el abigarrado paganismo del imperio en su apogeo. Sin embargo, hubo una forma muy concreta de cristianismo —la variante surgida en la Europa occidental en el siglo XVI— que proporcionaría a la versión moderna de la civilización occidental la sexta de sus ventajas clave sobre el resto del mundo: el protestantismo, o, mejor dicho, la peculiar ética del trabajo duro y la frugalidad con la que este vendría a asociarse. Es el momento de entender qué papel desempeñó Dios en el auge de Occidente y de explicar por qué a finales del siglo XX hubo tantos occidentales que le dieron la espalda.

Si uno fuera un rico industrial que viviera en la Europa de finales del siglo XIX, habría una posibilidad desproporcionadamente elevada de que además fuera protestante. Desde la Reforma, que había llevado a muchos Estados del norte de Europa a separarse de la Iglesia católica, se había producido un desplazamiento del poder económico, que había pasado de países católicos como Austria, Francia, Italia, Portugal y España a países protestantes como Inglaterra, Holanda, Prusia, Sajonia y Escocia. Parecía como si las variedades de fe y las formas de culto estuvieran de alguna manera correlacionadas con la fortuna económica de la gente. La cuestión era: ¿qué tenía el protestantismo de distinto? ¿Qué había en las enseñanzas de Lutero y sus sucesores que alentaba a la gente no solo a trabajar duro, sino también a acumular capital? El hombre que dio con la que sería la respuesta más influyente a estas preguntas fue un depresivo profesor alemán llamado Max Weber, el padre de la sociología moderna y el autor que acuñó la expresión «ética protestante».

Weber fue un joven precoz. Educado en Erfurt, uno de los baluartes de la Reforma alemana, a los trece años de edad Weber les dio a sus padres como regalo de Navidad un ensayo titulado «Sobre el curso de la historia alemana, con especial referencia a las posiciones del emperador y el Papa». A los catorce escribía cartas plagadas de referencias a autores clásicos, desde Cicerón hasta Virgilio, y ya tenía un extenso conocimiento de la filosofía de, entre otros, Kant y Spinoza. Su temprana carrera académica fue un triunfo tras otro: a los veintidós años de edad era ya un abogado cualificado. Tres años después se había doctorado con una tesis sobre «La historia de las organizaciones mercantiles medievales», y cuanto tenía veintisiete su *Habilitationsschrift* sobre «La historia agraria romana y su significación para el derecho público y privado» le valió el puesto de profesor en la Universidad de Berlín. A los treinta años de edad obtuvo el puesto de catedrático de Economía en Friburgo, ganando fama y notoriedad por su conferencia inaugural, en la que propugnó un imperialismo alemán más ambicioso.

Este ascenso académico se vio dolorosamente interrumpido en 1897, cuando Weber sufrió una crisis nerviosa paralizante precipitada por la muerte de su padre después de una amarga discusión entre ambos. En 1899 se sintió obligado a renunciar a su puesto académico. Pasó tres años recuperándose, en el curso de los cuales empezó a interesarse cada vez más por la religión y su relación con la vida económica. Sus padres habían sido ambos protestantes; su abuelo materno fue un devoto calvinista, mientras que su otro abuelo fue un comerciante de lino de éxito. Su madre había sido una auténtica calvinista en su ascetismo; su padre, por el contrario, fue un *bon vivant*, que había vivido la vida al máximo gracias a una fortuna heredada. El vínculo entre la vida religiosa y la económica era el enigma que yacía en el corazón de la propia existencia de Weber. ¿Cuál de sus progenitores había tenido la actitud correcta hacia la riqueza mundana?

Hasta la Reforma, la devoción religiosa cristiana se había visto como algo netamente distinto de los asuntos materiales del mundo. Prestar dinero a interés era pecado. Los ricos tenían menos probabilidades que los pobres de entrar en el Reino de los Cielos. Las recompensas por una vida piadosa residían en el más allá. Pero todo eso había cambiado a partir de 1520, al menos en los países que abrazaron la Reforma. Reflexionando sobre su propia experiencia, Weber empezó a preguntarse qué tenía la Reforma que había hecho que el norte de Europa se mostrara más favorable al capitalismo que el sur. Necesitó un viaje transatlántico para hallar la respuesta.

En 1904, Weber viajó a San Luis, Missouri, para asistir al Congreso de Artes y Ciencias de la Exposición Universal.[2] El parque donde se celebraba la exposición abarcaba más de 80 hectáreas, y aun así parecía estar desbordado por todo lo que el capitalismo estadounidense tenía que ofrecer. Weber quedó deslumbrado por las brillantes luces del Palacio de la Electricidad. Allí estaba el «rey de la corriente continua», Thomas Edison en persona, como una personificación del empresariado norteamericano. San Luis rebosaba de las maravillas de la tecnología moderna, desde teléfonos hasta películas. ¿Qué podía explicar el dinamismo de aquella sociedad, que hacía que hasta la industriosa Alemania pareciera torpe y lenta de movimientos? Weber se lanzó a recorrer Estados Unidos en busca de una respuesta con una impaciencia casi obsesiva. Con su aspecto de sabio distraído alemán, causó una perdurable impresión en sus primas estadounidenses Lola y Maggie Fallenstein, a quienes sorprendió sobre todo su extraño atuendo, un traje a cuadros marrón con pantalones bombachos y calcetines marrones hasta las rodillas. Pero eso no fue nada en comparación con la impresión que Norteamérica le causó a Weber. Viajando en tren de San Luis a Oklahoma, y pasando por pequeñas ciudades de Missouri como Bourbon y Cuba, Weber finalmente encontró lo que buscaba:

> Esta clase de lugar es realmente algo increíble: campamentos de tiendas de trabajadores, en especial peones de ferrocarril para las numerosas vías férreas en construcción; «calles» en estado natural, normalmente impregnadas de petróleo dos veces cada verano para evitar el polvo, y con el consecuente olor; iglesias de madera de al menos 4-5 religiones… A ello se añaden la habitual maraña de cables telegráficos y telefónicos, y las líneas eléctricas en construcción, ya que la «ciudad» se extiende a una distancia inmensa.[3]

La pequeña ciudad de St. James, a unos 160 kilómetros al oeste de San Luis, es representativa de los miles de nuevos asentamientos que surgieron a lo largo de las líneas férreas en la expansión de estas hacia el oeste a través de Norteamérica. Cuando Weber pasó por allí hace cien años, se sintió asombrado por el enorme número de iglesias y capillas de toda laya que había en la ciudad. Con el gran espectáculo industrial de la Exposición Universal todavía reciente en su memoria, empezó a discernir una especie de santa alianza entre el éxito material de Estados Unidos y su vibrante vida religiosa.

Cuando regresó a su estudio en Heidelberg, Weber escribió la segunda parte de su fundamental ensayo *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Esta obra contiene uno de los argumentos más influyentes sobre la civilización occidental: que su dinamismo económico era una consecuencia involuntaria de la Reforma protestante. Mientras que otras religiones vinculaban la santidad a la renuncia a las cosas mundanas —los monjes en claustros, los eremitas en cuevas…—, las sectas protestantes veían la industria y la frugalidad como expresiones de una nueva clase de piedad basada en el trabajo duro. En otras palabras, la «vocación» del capitalista era de origen religioso: «Para lograr… la confianza… [en la propia pertenencia a los elegidos] se recomienda una intensa actividad

mundana… [Así] el ascetismo cristiano irrumpió en el mercado de la vida».[4] El «trabajo infatigable», como lo denominaba Weber, era el signo más seguro de que uno pertenecía a los elegidos, el selecto grupo de personas predestinadas por Dios para la salvación. El protestantismo, argumentaba, «tiene el efecto de liberar la *adquisición de riqueza* de las inhibiciones de la ética tradicionalista; rompe las trabas a los esfuerzos por obtener beneficios, no solo legalizándolos, sino… viéndolos como algo directamente deseado por Dios». La ética protestante, además, proporcionaba al capitalista «trabajadores sobrios, concienzudos y excepcionalmente capaces, que se dedicaban al trabajo como el objetivo divinamente querido de la vida».[5] Durante la mayor parte de la historia los hombres habían trabajado para vivir. Pero los protestantes vivían para trabajar. Fue esta ética del trabajo, sostenía Weber, la que dio origen al capitalismo moderno, que él definía como un «capitalismo sobrio, burgués, con su organización racional del trabajo libre».[6]

La tesis de Weber no está exenta de problemas. Él consideraba «la conducta racional basada en la idea de la vocación» como «uno de los elementos fundamentales del espíritu del capitalismo moderno».[7] Pero en otras partes reconocía el carácter irracional del «ascetismo cristiano»: «El tipo ideal del empresario capitalista… no saca nada personalmente de su riqueza, excepto el sentimiento irracional de haber hecho bien su trabajo»; «existe en aras de su negocio, en lugar de lo contrario», lo que «desde el punto de vista de la felicidad personal» resultaba, de nuevo, «irracional».[8] Aún más problemático era el mordaz sarcasmo de Weber hacia los judíos, que planteaban la excepción más evidente a su argumento.[*] «Los judíos —para Weber— estaban en el bando del capitalismo aventurero con orientación política y especulativa; su espíritu era… el de un capitalismo paria. Solo el puritanismo era portador del espíritu de la organización racional del capital y el trabajo.»[9] Weber también se mostraba misteriosamente ciego al éxito de los empresarios católicos en Francia, Bélgica y otros países. De hecho, su utilización de las evidencias constituye uno de los defectos más manifiestos de su ensayo. Las palabras de Martín Lutero y la Confesión de Westminster no encajan muy bien con las citas de Benjamín Franklin y algunos datos claramente insatisfactorios del estado alemán de Baden en relación con el éxito educativo y la renta de protestantes y católicos. Otros eruditos posteriores, en particular el historiador de la economía Fabian R. H. Tawney, han tendido a poner en duda el argumento weberiano subyacente de que la relación causa-efecto fue de la doctrina religiosa al comportamiento económico.[10] Por el contrario, muchos de los primeros pasos hacia el espíritu capitalista se produjeron antes de la Reforma, en las ciudades de Lombardía y Flandes; mientras que muchos de los principales reformadores expresaron claramente opiniones anticapitalistas. Al menos un importante estudio empírico sobre 276 ciudades alemanas entre 1300 y 1900 no encontró «ningún efecto del protestantismo en el crecimiento económico», al menos si este se medía en función del crecimiento en tamaño de la ciudad.[11] Otros estudios transnacionales han llegado a conclusiones similares.[12]

Sin embargo, hay motivos para pensar que Weber acertó en algo, aunque tuviera razón por los motivos equivocados. Hubo con certeza, como él supuso, una clara tendencia a partir de la Reforma entre los países protestantes de Europa a experimentar un crecimiento más rápido que entre los católicos, de modo que en 1700 los primeros habían superado claramente a los segundos en términos de renta per cápita, mientras que en 1940 la población de los países católicos era, como media, un 40

por ciento menos rica que la de los países protestantes.[13] También a las antiguas colonias protestantes les había ido mejor económicamente que a las católicos desde la década de 1950, aunque la religión no sea una explicación suficiente de dicha diferencia.[14] Debido a la importancia central en el pensamiento de Lutero de la lectura individual de la Biblia, el protestantismo alentó la alfabetización, por no hablar de la impresión, y no cabe duda de que estas dos cosas incentivaron el desarrollo económico (la acumulación del «capital humano») además del estudio científico.[15] Esta proposición no solo vale para países como Escocia, donde el gasto en educación, los niveles de escolarización y las tasas de alfabetización eran excepcionalmente elevados, sino para el mundo protestante en general. Allí donde fueron, los misioneros protestantes promovieron la alfabetización, con beneficios mensurables a largo plazo para las sociedades a las que trataron de educar; en cambio, no se puede decir lo mismo de los misioneros católicos a lo largo del período que va desde la Contrarreforma hasta las reformas del Concilio Vaticano II (1962-1965).[16] Fueron los misioneros protestantes los responsables del hecho de que la escolarización en las colonias británicas fuera, como media, de cuatro a cinco veces mayor que en las colonias de otros países. En 1941, más del 55 por ciento de la población de lo que hoy es Kerala estaba alfabetizada, una proporción más elevada que en ninguna otra región de la India, el cuádruple de la media del subcontinente, y comparable a las tasas de los países europeos más pobres como Portugal. Ello se debió a que en Kerala los misioneros protestantes, atraídos por su antigua comunidad cristiana, se mostraron más activos que en otras partes de la India. Allí donde los misioneros protestantes no estuvieron presentes (por ejemplo, en las regiones musulmanas o los protectorados como Bután, Nepal y Sikkim), la población de las colonias británicas no recibió una educación mensurablemente mejor.[17] El nivel de actividad misionera protestante también ha demostrado ser un muy buen elemento predictivo del rendimiento económico y la estabilidad política tras la independencia. Diversos estudios recientes sobre actitudes muestran que los protestantes tienen niveles excepcionalmente elevados de confianza mutua, una importante condición previa para el desarrollo de redes crediticias eficientes.[18] En términos más generales, la creencia religiosa (a diferencia de la observancia formal) de cualquier clase parece estar asociada al crecimiento económico, en particular allí donde los conceptos de cielo e infierno proporcionan incentivos para el buen comportamiento en este mundo. Esto tiende a traducirse no solo en trabajo duro y confianza mutua, sino también en frugalidad, honestidad y apertura a los extraños, todos ellos rasgos económicamente beneficiosos.[19]

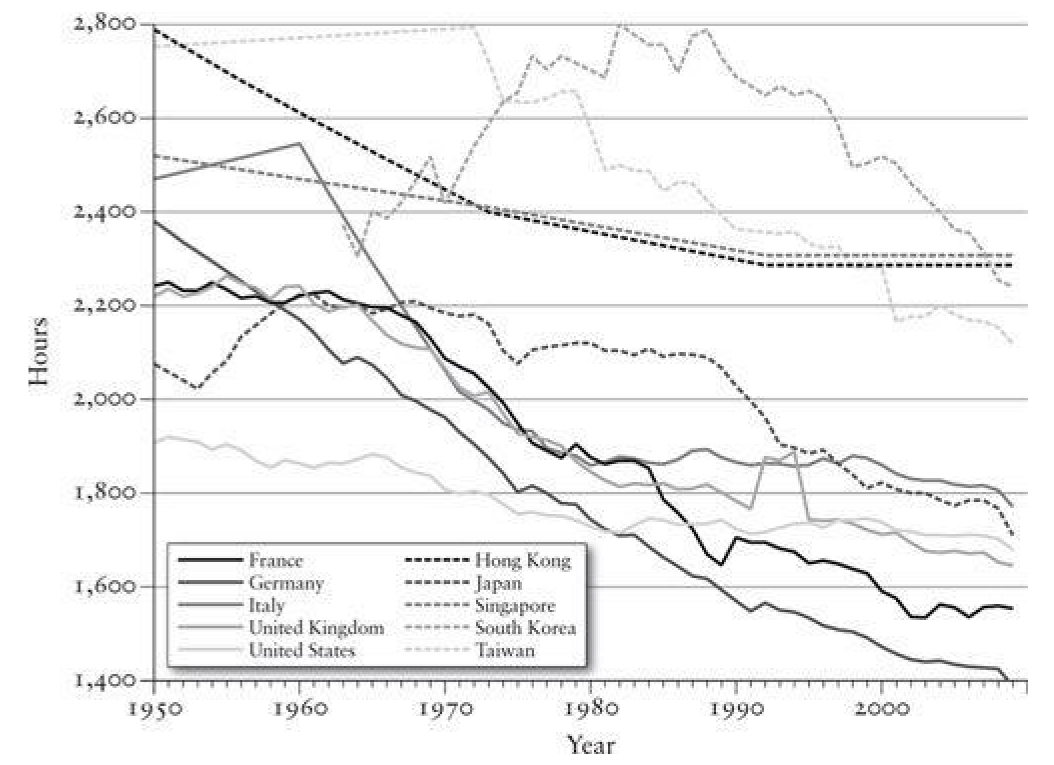
Las religiones, pues, importan. En capítulos anteriores hemos visto cómo la «ética de la estabilidad» del confucianismo desempeñó un papel en el fracaso de la China imperial a la hora de desarrollar la misma clase de marco institucional competitivo que promovió la innovación en la Europa occidental, aunque China estuviera lejos de la sociedad estática e inmóvil descrita por Weber en su secuela a *La ética protestante*, *Confucianismo y taoísmo* (1916). Hemos visto cómo el poder de los imanes y mulás sofocaba cualquier posibilidad de revolución científica en el mundo islámico. Y hemos visto cómo la Iglesia católica actuaba como uno de los frenos al desarrollo económico en Sudamérica. Pero quizá, la mayor contribución de la religión a la historia de la civilización occidental fuera esta. El protestantismo hizo que Occidente no solo trabajara, sino también ahorrara y leyera. La revolución industrial fue de hecho un producto de la innovación tecnológica y del consumo. Pero también requirió un aumento de la intensidad y la duración del trabajo, combinado

con la acumulación de capital mediante el ahorro y la inversión. Y, sobre todo, dependió de la acumulación de capital humano. La alfabetización que promovió el protestantismo resultó vital para todo ello. Pensándolo bien, quizá sería mejor hablar, más que de la ética protestante del trabajo, de la ética protestante de la *palabra*.[*]

La cuestión es: ¿ha perdido hoy Occidente —o al menos una parte significativa de él— tanto su religión como la ética que la acompañaba?

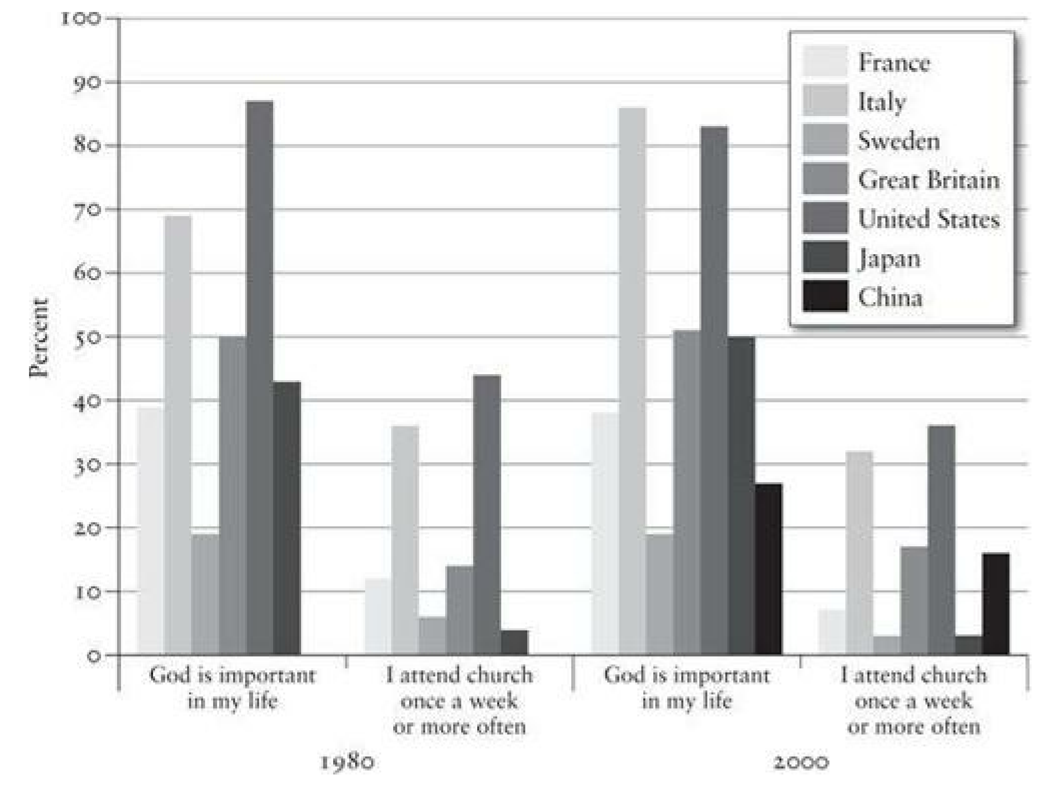
PÁSATELO BOMBA

Hoy en día los europeos son los más holgazanes del mundo. Por regla general, trabajan menos que los estadounidenses y mucho menos que los asiáticos. Gracias a una educación prolongada y a una temprana jubilación, solo una pequeña parte de los europeos están realmente disponibles para trabajar. Por ejemplo, el 54 por ciento de los belgas y griegos de más de quince años forman parte de la población activa, frente al 65 por ciento de los estadounidenses y el 74 por ciento de los chinos.[20] En esta población activa, entre 1980 y 2010 hubo en Europa, como media, una proporción mayor de parados que en ninguna otra parte del mundo desarrollado. Los europeos son también más proclives a hacer huelgas.[*] Pero, sobre todo, gracias a unas jornadas laborales más cortas y a unas vacaciones más prolongadas, los europeos trabajan menos horas.[21] Entre 2000 y 2009, el estadounidense medio con empleo trabajó algo menos de 1.711 horas al año (una cifra disminuida por el impacto de la crisis financiera, que ha reducido el horario laboral de muchos trabajadores); el alemán medio trabajó solo 1.437 horas, lo que representa un 16 por ciento menos. Ello es resultado de un prolongado período de divergencia. En 1979, los diferenciales entre las horas de trabajo europeas y norteamericanas eran menores; de hecho, por aquellos años el trabajador español medio trabajaba más horas al año que el estadounidense medio. Pero desde entonces las horas de trabajo de los europeos se han reducido hasta en una quinta parte. También las horas de trabajo de los asiáticos en general han disminuido, aunque el trabajador japonés medio todavía trabaja tantas horas al año como el estadounidense medio, mientras que el trabajador surcoreano medio trabaja un 39 por ciento más. Por su parte, en Hong Kong y Singapur la gente trabaja aproximadamente un tercio más de horas al año que los estadounidenses.[22]



Etica del trabajo: horas trabajadas al año en Occidente y Oriente, 1950-2009

Lo llamativo es que la divergencia transatlántica en las pautas laborales ha coincidido casi exactamente con una divergencia comparable en la religiosidad. Los europeos no solo trabajan menos: también rezan menos, y creen menos. Hubo un tiempo en que Europa podía referirse a sí misma apropiadamente como «la cristiandad». Los europeos construyeron los edificios más hermosos del continente para albergar sus actos de culto. Disputaron amargamente sobre la diferencia entre transustanciación y consustanciación. Como peregrinos, misioneros y conquistadores, navegaron hasta los últimos confines del planeta con la intención de convertir a los paganos a la verdadera fe. Pero ahora los paganos son los propios europeos. Según el estudio más reciente (2005-2008) de la organización *World Values Survey*, el 4 por ciento de los noruegos y suecos, y el 8 por ciento de los franceses y alemanes, asisten a un servicio religioso al menos una vez a la semana, frente al 36 por ciento de los estadounidenses, el 44 por ciento de los indios, el 48 por ciento de los brasileños y el 78 por ciento de los africanos subsaharianos. Las cifras son considerablemente más elevadas en varios países de predominio católico, como Italia (32 por ciento) y España (16 por ciento). Los únicos países donde la observancia religiosa es inferior a la de la Europa protestante son Rusia y Japón. Dios es «importante» solamente para uno de cada diez alemanes y holandeses; para los franceses, la proporción es solo ligeramente superior. En comparación, el 58 por ciento de los estadounidenses dicen que Dios es importante en sus vidas. Su importancia es mayor todavía en Latinoamérica y en el África subsahariana, y alcanza su máximo nivel en los países musulmanes de Oriente Próximo. Solo en China el número de personas para las que Dios es importante es inferior (menos del 5 por ciento) que en Europa. Algo menos de una tercera parte de los estadounidenses consideran inapropiado que los políticos que no creen en Dios ejerzan un cargo público, frente al 4 por ciento de los noruegos y suecos, el 9 por ciento de los finlandeses, el 11 por ciento de los alemanes y españoles, y el 12 por ciento de los italianos. Nada menos que la mitad de los indios y brasileños no tolerarían a un político ateo.[23] Unicamente en Japón el tema de la fe religiosa importa menos en la política que en Europa occidental.



Creencia y observancia religiosa a principios de la década de 1980 y mediados de la de 2000

El caso de Gran Bretaña resulta especialmente interesante en vista de la determinación con la que los ingleses trataron de difundir su propia fe religiosa en el siglo XIX. Hoy, según *World Values Survey*, el 17 por ciento de los británicos afirman asistir a un servicio religioso al menos una vez a la semana, una proporción mayor que en la Europa continental, pero que sigue siendo menos de la mitad de la estadounidense. Menos de una cuarta parte de los británicos declaran que Dios es importante en sus vidas; de nuevo, una cifra inferior a la mitad de la estadounidense. Es cierto que las cifras británicas han aumentado ligeramente desde 1981 (cuando solo el 14 por ciento declaraban que iban a la iglesia una vez a la semana y menos de una quinta parte decían que Dios era importante para ellos). Pero las encuestas no distinguen entre religiones, de modo que casi con certeza subestiman el descenso del cristianismo británico. Un estudio de 2004 sugería que en una semana, como media, es mayor el número de musulmanes que van a la mezquita que el de anglicanos que van a la iglesia. Y casi la integridad del reciente aumento de la asistencia a la iglesia se explica por el crecimiento de las congregaciones de color, sobre todo en las iglesias evangélicas y pentecostales. Cuando la organización Christian Research realizó un censo de 18.720 iglesias, el domingo 8 de mayo de 2005, el porcentaje de asistencia real resultó ser de solo el 6,3 por ciento de la población, lo que representaba una reducción del 15 por ciento desde 1998. Así, cuando se examina más de cerca, Gran Bretaña parece ejemplificar el desplome tanto de la observancia como de la creencia religiosa en la Europa occidental.

La descristianización de Gran Bretaña es un fenómeno relativamente reciente. En su *Breve historia de Inglaterra* (1917), G. K. Chesterton casi daba por supuesto que cristianismo era sinónimo de civilización:

> Si alguien desea saber a qué nos referimos cuando decimos que la cristiandad era y es una cultura, o una civilización, hay una forma tosca pero sencilla de plantearlo. Es preguntarse cuál es el más común… de todos los usos de la palabra cristiano… Desde hace mucho tiene un significado en el habla informal de la gente corriente, y significa cultura o civilización. De hecho, Ben Gunn, en *La isla del tesoro*, no le decía a Jim Hawkins: «Me siento aislado de cierto tipo de civilización»; sino que le decía:

«No he probado un bocado de cristiano».[24]

En realidad, los protestantes ingleses nunca fueron en exceso practicantes (comparados, por ejemplo, con los católicos irlandeses), pero hasta finales de la década de 1950 la pertenencia a la Iglesia, si no la asistencia a los servicios religiosos, era relativamente alta y estable. Incluso en 1960 algo menos de una quinta parte de la población del Reino Unido pertenecía a la Iglesia. Sin embargo, en el año 2000 la proporción se había reducido a una décima parte.[25] Antes de 1960 la mayoría de los matrimonios de Inglaterra y Gales se celebraban en una iglesia; luego se inició el descenso, bajando a aproximadamente el 40 por ciento a finales de la década de 1990. Durante casi toda la primera mitad del siglo XX, los comulgantes anglicanos del Domingo de Resurrección representaron alrededor del 5 o el 6 por ciento de la población de Inglaterra; solo a partir de 1960 la proporción cayó al 2 por ciento. Las cifras de la Iglesia presbiteriana escocesa muestran tendencias similares: estables hasta 1960, para luego reducirse más o menos a la mitad. Resulta especialmente llamativa la disminución de las confirmaciones. En 1910 hubo 227.135 confirmaciones en Inglaterra; en 2007 hubo solo 27.900, lo que representaba un 16 por ciento menos que solo cinco años antes. Entre 1960 y 1979, el nivel de confirmaciones entre las personas de doce a veinte años de edad se redujo en más de la mitad, y siguió cayendo en picado a partir de entonces. Hoy solo se confirman menos de una quinta parte de los bautizados.[26] Para la Iglesia presbiteriana escocesa el descenso ha sido aún más abrupto.[27] Nadie en Londres o en Edimburgo usaría hoy el término «cristiano» en el sentido de Ben Gunn.

Parece claro que estas tendencias van a continuar. Los cristianos practicantes envejecen: así, por ejemplo, el 38 por ciento de los metodistas y miembros de la Iglesia Reformada Unida tenían sesenta y cinco años o más en 1999, una proporción que en el conjunto de la población en general es solo del 16 por ciento.[28] Los británicos más jóvenes son notablemente menos proclives a creer en Dios o en el cielo.[29] En ciertos aspectos, Gran Bretaña es ya una de las sociedades más ateas del mundo, con un 56 por ciento de personas que no van nunca a la iglesia, la proporción más alta de la Europa occidental.[30] En 2000, una encuesta realizada para el programa de la BBC *Soul of Britain*, dirigido por Michael Buerk, reveló un asombroso grado de atrofia religiosa. Solo el 9 por ciento de los encuestados pensaban que la fe cristiana era el mejor camino hacia Dios, mientras que el 32 por ciento consideraban todas las religiones igualmente válidas. Aunque solo el 8 por ciento se identificaban como ateos, el 12 por ciento confesaban que no sabían qué creer. Más de las dos terceras partes de los encuestados declaraban que no reconocían unas directrices morales claramente definidas, y la proporción aumentaba hasta el 85 por ciento entre quienes tenían menos de veinticuatro años. (Extrañamente, asimismo, el 45 por ciento de los encuestados afirmaban que ese declive de la religión había hecho de su país un lugar peor.)

Algunos de los mejores escritores ingleses del siglo XX previeron la crisis de fe de Gran Bretaña. El catedrático de Oxford C. S. Lewis (hoy conocido sobre todo por sus alegóricos relatos infantiles) escribió las *Cartas del diablo a su sobrino* (1942) con la esperanza de que burlarse del diablo sirviera para mantenerlo a raya. Evelyn Waugh, cuando escribió su trilogía bélica *Espada de honor* (1952-1961), sabía que estaba escribiendo el epitafio de una antigua forma de catolicismo romano inglés. Ambos percibieron que la Segunda Guerra Mundial planteaba una grave amenaza a la fe

cristiana. Sin embargo, sus premoniciones de laicización no se materializaron hasta la década de 1960. ¿Por qué, pues, los británicos perdieron su histórica fe? Como muchas otras preguntas difíciles, a primera vista esta parece tener una respuesta fácil. Pero antes de limitarnos simplemente, como hizo el poeta Philip Larkin, a echar la culpa a «los sesenta» —a los Beatles, la píldora anticonceptiva y la minifalda—, debemos recordar que Estados Unidos también disfrutó de todos esos placeres terrenales, sin dejar por ello de ser un país cristiano. Si se pregunta hoy a los europeos, muchos nos dirán que la fe religiosa es solo un anacronismo, un vestigio de la superstición medieval. Se llevarán las manos a la cabeza ante el celo religioso del denominado Cinturón Bíblico estadounidense, sin comprender que la verdadera anomalía es su propia falta de fe.

¿Quién mató al cristianismo en Europa, si no fue John Lennon?[31] ¿Ocurrió acaso, como predijera el propio Weber, que el espíritu del capitalismo estaba destinado a destruir a su misma progenitora, la ética protestante, cuando el materialismo corrompiera el originario ascetismo de los piadosos («hipótesis de la secularización»)?[32] Esto se acercaba bastante a la opinión del novelista y (en su vejez) hombre piadoso Lev Tolstói, que veía una contradicción fundamental entre las enseñanzas de Cristo y «esas condiciones habituales de vida que llamamos civilización, cultura, arte y ciencia».[33] De ser así, ¿qué parte del desarrollo económico resultó específicamente hostil a la creencia religiosa? ¿Fue el cambio del papel de las mujeres y el declive de la familia nuclear, que también parecen explicar la reducción del tamaño de la familia y el descenso demográfico de Occidente? ¿Fue el conocimiento científico —que Weber calificó como «la desmitificación del mundo»—, en especial la teoría darwiniana de la evolución, la cual desmontaba la historia bíblica de la creación divina? ¿Fue la mejora de la esperanza de vida, que hizo del más allá un destino mucho menos alarmantemente próximo? ¿Fue el Estado del bienestar, un pastor laico que pasó a velar por nosotros desde la cuna hasta la tumba? ¿O es posible que el cristianismo europeo muriera a manos de la crónica obsesión por el yo de la cultura moderna? ¿Es posible que el asesino de la ética del trabajo protestante en Europa no fuera otro que Sigmund Freud?

En *El porvenir de una ilusión* (1928), Sigmund Freud, el fundador del psicoanálisis, se propuso refutar a Weber. Para Freud, judío no practicante de origen moravo, la religión no podía ser la fuerza impulsora subyacente a los logros de la civilización occidental porque esta era esencialmente una «ilusión», una «neurosis universal» concebida para evitar que la gente cediera a sus instintos básicos, en particular a sus deseos sexuales y sus impulsos violentos y destructivos. Sin religión, sería el caos:

> Supongamos levantadas de pronto sus prohibiciones: el individuo podrá elegir como objeto sexual a cualquier mujer que encuentre a su gusto, podrá desembarazarse sin temor alguno de los rivales que se la disputen y, en general, de todos aquellos que se interpongan de algún modo en su camino, y podrá apropiarse los bienes ajenos sin pedir siquiera permiso a sus dueños.[34]

La religión no solo prohibía la promiscuidad sexual desenfrenada y la violencia. También reconciliaba a los hombres con «la crueldad del destino, en particular tal como se muestra en la muerte» y «los sufrimientos y privaciones» de la vida cotidiana.[35] Cuando las religiones monoteístas fusionaron a los dioses en uno solo, «las relaciones del hombre con él pudieron

recuperar la intimidad y la intensidad de la relación del hijo con el padre. Si uno había hecho tanto por el padre, entonces seguramente sería recompensado; al menos lo sería el único hijo amado, el pueblo elegido».[36]

Freud tenía pocas esperanzas de que la humanidad pudiera emanciparse totalmente de la religión, y aún menos en Europa. Como él mismo escribió:

> Para desterrar la religión de nuestra civilización europea sería preciso sustituirla por otro sistema de doctrinas, y este sistema adoptaría desde un principio todos los caracteres psicológicos de la religión, la misma santidad, rigidez e intolerancia, e impondría al pensamiento para su defensa idénticas prohibiciones.[37]

Seguramente esto parecía plausible en la década de 1930, cuando tanto Stalin como Hitler propagaban sus propios cultos monstruosos. Pero en ambos casos las religiones políticas totalitarias no lograron refrenar los instintos primarios descritos en la teoría freudiana de la religión. En 1945, Europa yacía exhausta tras una orgía de violencia —incluida una espantosa violencia sexual en forma de violaciones masivas— nunca vista desde los tiempos de Tamerlán. La reacción inicial en muchos países, en particular los que (como la Unión Soviética) habían quedado más traumatizados por matanzas masivas, fue volver a la verdadera religión y utilizar sus ancestrales consuelos para llorar a los muertos.

En la década de 1960, no obstante, una generación demasiado joven para recordar los años de guerra total y genocidio buscó una nueva salida poscristiana a sus deseos reprimidos. Las propias teorías de Freud, con su visión negativa de la represión y su simpatía explícita por el impulso erótico, sin duda desempeñaron un papel para tentar a los europeos a salir de las iglesias y entrar en los sex-shops. En *El malestar en la cultura* (1929-1930), Freud había argumentado que existía una «antítesis» fundamental entre la civilización tal como entonces existía y los impulsos más primarios del hombre:

> La existencia de tales tendencias agresivas, que podemos percibir en nosotros mismos y cuya existencia suponemos con toda razón en el prójimo, es el factor que perturba nuestra relación con los semejantes, imponiendo a la cultura tal despliegue de preceptos. Debido a esta primordial hostilidad entre los hombres, la sociedad civilizada se ve constantemente al borde de la desintegración. El interés que ofrece la comunidad de trabajo no bastaría para mantener su cohesión, pues las pasiones instintivas son más poderosas que los intereses racionales. La cultura se ve obligada a realizar múltiples esfuerzos para poner barreras a las tendencias agresivas del hombre, para dominar sus manifestaciones mediante formaciones reactivas psíquicas. De ahí… las restricciones de la vida sexual, y de ahí también el precepto ideal de amar al prójimo como a sí mismo, precepto que efectivamente se justifica, porque ningún otro es, como él, tan contrario y antagónico a la primitiva naturaleza humana… la cultura sería… un proceso puesto al servicio del Eros, destinado a condensar en una unidad vasta, en la Humanidad, a los individuos aislados, luego a las familias, las tribus, los pueblos y las naciones. No sabemos por qué es preciso que sea así: aceptamos que es, simplemente, la obra del Eros. Estas masas humanas han de ser vinculadas libidinalmente… Pero el natural instinto humano de agresión, la hostilidad de uno contra todos y de todos contra uno, se opone a este designio de la cultura. Dicho instinto de agresión es el descendiente y principal representante del instinto de muerte, que hemos hallado junto al Eros y que con él comparte la dominación del mundo. Ahora, creo, el sentido de la evolución cultural ya no nos resultará impenetrable; por fuerza debe presentarnos la lucha entre Eros y muerte, instinto de vida e instinto de destrucción, tal como se lleva a cabo en la especie humana. Esta lucha es, en suma, el contenido esencial de la misma, y por ello la evolución cultural puede ser definida brevemente como la lucha de la especie humana por la vida.[38]

Leyendo esto puede verse a qué se refería el escritor satírico vienés Karl Kraus cuando dijo que el psicoanálisis era «la enfermedad de la que pretende ser la cura».[39] Pero el mensaje que interpretaron los hippies como un nuevo mandamiento fue este: ¡desmelénate! Y así lo hicieron. El

tema de 1967 «Let It All Hang Out» («¡Desmelénate!»), del grupo estadounidense The Hombres, fue uno de los himnos menos conocidos de la década de 1960, pero las primeras líneas de su letra —«Un sermón, amigos míos, vais a recibir / sobre John Barleycorn, la nicotina y las tentaciones de Eva»— resumía muy bien lo que había en el aire.[*] Para los críticos actuales más acérrimos de Occidente (sobre todo los islamistas radicales), los años sesenta abrieron la puerta a una anticivilización posfreudiana caracterizada por una celebración hedonista de los placeres del yo, un rechazo de la teología en favor de la pornografía, y una renuncia al Príncipe de la Paz en favor de películas y videojuegos grotescamente violentos que, en el mejor de los casos, podrían calificarse como «bélico-pornográficos».

El problema de todas las teorías sobre la muerte del protestantismo en Europa es que, aunque puedan explicar la descristianización de Europa, no explican nada en absoluto sobre la continuidad de la fe cristiana en Estados Unidos. Los estadounidenses han experimentado más o menos los mismos cambios sociales y culturales que los europeos. Se han hecho más ricos. Su conocimiento de la ciencia se ha incrementado. Y se hallan incluso más expuestos al psicoanálisis y a la pornografía que los europeos. Pero en Norteamérica el protestantismo no ha sufrido nada parecido al declive que ha experimentado en Europa. Por el contrario, en algunos aspectos Dios es hoy más grande en Estados Unidos de lo que lo era hace cuarenta años.[40] La mejor evidencia de ello la proporcionan las decenas de millones de fieles que llenan las iglesias del país cada domingo.

Paradójicamente, el advenimiento de la nueva trinidad de sexo, drogas y rock and roll en la década de 1960 coincidió en Estados Unidos con un auge del protestantismo evangélico. El reverendo Billy Graham compitió con los Beatles para ver quién era capaz de concentrar a más jóvenes en un estadio. Ello no fue tanto una reacción como una especie de imitación. Dirigiéndose al público congregado en el Festival de Rock de Miami en 1969, Graham instó a los presentes a «sintonizar con Dios… a conectar con Su poder».[41] En 1972, el grupo universitario cristiano Campus Crusade organizó una conferencia evangélica en Dallas, llamada Explo ’72, que terminó con un concierto concebido para ser el Woodstock cristiano (el de Woodstock, realizado en 1969, fue el festival de rock que se convirtió en el paradigma de la contracultura hippy).[*] Cuando Cynthia «la Yesera», una adolescente católica de Chicago, se dedicó a hacer moldes de yeso de los penes erectos de Jimi Hendrix, Robert Plant y Keith Richards (aunque, sin duda, no de Cliff Richard), simplemente estaba materializando la visión freudiana del triunfo de Eros sobre Tánatos. Al fin y al cabo, tal como rezaban las pegatinas de los parachoques, Dios era amor. Se podría decir que Estados Unidos experimentaba a la vez un re-nacimiento y un «porno-nacimiento».

¿Cómo podemos explicar el hecho de que la civilización occidental parezca haberse dividido en dos: al este una Europa atea, y al oeste una Norteamérica piadosa? ¿Cómo explicar la persistencia del cristianismo en Estados Unidos en un momento en que desciende abruptamente en Europa? Probablemente la mejor respuesta se encuentre en Springfield, Missouri, la ciudad a la que llaman «la Reina de los [montes] Ozarks» y el lugar de nacimiento de la célebre carretera que en el período de entreguerras pasó a unir Chicago y California, inmortalizada en la canción de 1946 de Bobby Troup «(Get Your Kicks on) Route 66», «(Pásatelo bomba en la) Ruta 66». Si Max Weber se sintió

impresionado por la diversidad de sectas protestantes cuando pasó por allí hace un siglo, hoy se quedaría sorprendido. Springfield tiene aproximadamente una iglesia por cada mil habitantes. Hay 122 iglesias baptistas, 36 capillas metodistas, 25 Iglesias de Cristo y 15 Iglesias de Dios; en total, unos 400 lugares de culto cristianos. Hoy ya no se trata de pasárselo bomba en la Ruta 66, sino de rezar en ella.

Lo significativo es que todas estas iglesias se hallan enzarzadas en una feroz competencia por ganar almas. Lo que vio Weber fue a estadounidenses concretos, baptistas, metodistas y otros, compitiendo dentro de sus propias comunidades religiosas locales para demostrarse mutuamente quién de entre ellos era en verdad piadoso. Pero en Springfield, hoy, la competencia se da *entre* iglesias, y es tan feroz como la competencia entre concesionarios de coches o cadenas de comida rápida. Las iglesias han de tener mentalidad comercial para atraer y conservar fieles, y, sobre esa base, la evidente ganadora es la Asamblea de James River. Para la mentalidad europea, esta puede parecer más bien un centro comercial o un parque empresarial, pero en realidad es la mayor iglesia de Springfield; de hecho, una de las mayores de todo Estados Unidos. Su pastor, John Lindell, es un predicador carismático y dotado de talento, que combina las antiguas enseñanzas bíblicas con la clase de técnica escénica que a menudo se asocia sobre todo al rock. A veces parece ser el heredero natural de aquella «Revolución de Jesús» identificada por la revista *Time* en 1971, un movimiento cristiano juvenil inspirado en el espíritu de la ópera rock británica *Jesucristo Superstar* (1970). Pero Lindell tiene también cierto aspecto enjuto y hambriento, de modo que, cuando suelta su charla sobre Dios («¡Dios, eres tan imponente!»), recuerda menos a Ian Gillan (el cantante melenudo de Deep Purple que interpretaba el papel de Jesús en el álbum original de *Superstar*) que a Steve Jobs revelando el último dispositivo portátil de Apple: tal vez un iGod. Para Lindell, la ética protestante está vivita y coleando, y reside en Springfield. No tiene ninguna duda de que la fe de los miembros de su congregación les hace trabajar más duro que si no la tuvieran. Él mismo es un auténtico trabajador: tres servicios religiosos hiperactivos un domingo no se puede decir que sean una prédica fácil. Y el Espíritu Santo parece fundirse con el espíritu del capitalismo en el momento de pasar el cepillo, aunque afortunadamente no de una manera tan descarada como en el caso de Mac Hammond, del Centro Cristiano Mundo Vivo de Minneapolis, quien promete «principios bíblicos que potenciarán su crecimiento espiritual y le ayudarán a triunfar en el trabajo, en las relaciones y en el terreno financiero».[42]

Una visita a James River hace evidente la principal diferencia entre el protestantismo europeo y el estadounidense. Mientras que en Europa la Reforma fue de carácter nacional, con la creación de iglesias establecidas como la Iglesia de Inglaterra o la de Escocia, en Estados Unidos siempre ha habido una estricta separación entre la religión y el Estado, permitiendo una competencia abierta entre múltiples sectas protestantes. Y posiblemente esta sea la mejor explicación de la extraña muerte de la religión en Europa y su perdurable vigor en Estados Unidos. En la religión, como en los negocios, los monopolios estatales son ineficientes, aunque en algunos casos la existencia de una confesión estatal aumente la participación religiosa (allí donde hay generosas subvenciones públicas y un mínimo control de los puestos clericales).[43] De manera más general, la competencia entre sectas en un mercado religioso libre alienta las innovaciones concebidas para hacer más satisfactoria la experiencia del culto y la pertenencia a esa Iglesia. Es eso lo que ha mantenido viva la religión en

Estados Unidos.[44] (La idea no es del todo nueva: Adam Smith presentaba un argumento similar en *La riqueza de las naciones*, comparando los países con iglesias establecidas con aquellos otros que permitían la competencia.)[45]

Sin embargo, hay algo de los evangelistas estadounidenses de hoy que habría provocado el recelo de Weber, si no de Smith. Y es que, en cierto sentido, hoy muchas de las sectas de más éxito prosperan precisamente porque han desarrollado una especie de cristianismo de consumo que parece más propio de los grandes almacenes y centros comerciales que de las iglesias.[46] No solo es fácil acceder en coche y resulta divertido de observar, algo no muy distinto de una salida al multicine, con sus refrescos o sus palomitas incluidos. Es que también plantea extraordinariamente pocas demandas a sus creyentes. Por el contrario, son estos quienes formulan demandas a Dios,[47] de modo que en James River el rezo a menudo consiste en una larga lista de peticiones a la divinidad para que esta solucione problemas personales. Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo han sido desplazados por el Dios Analista, Consultor Sentimental y Entrenador Personal. Con más de las dos quintas partes de los estadounidenses blancos cambiando de religión en algún momento de su vida, la fe se ha vuelto paradójicamente voluble.[48]

El único problema de convertir la religión en solo una forma más de ocio es que eso significa que los estadounidenses se han alejado mucho de la versión weberiana de la ética protestante, en la que la gratificación diferida era el corolario de la acumulación de capital. En sus propias palabras:

> El ascetismo protestante actúa con toda su fuerza contra el disfrute desinhibido de bienes; desincentiva el consumo… Y si esa restricción del consumo se combina con la libertad de esforzarse en obtener beneficios, el resultado producido será inevitablemente la creación de capital a través del impulso ascético de ahorrar.[49]

Contrariamente, acabamos de vivir un experimento: el del capitalismo sin ahorro. En Estados Unidos, la tasa de ahorro doméstico cayó por debajo de cero en el apogeo de la burbuja inmobiliaria, dado que las familias no solo consumieron íntegramente su renta disponible, sino que también redujeron el valor neto de sus casas. El descenso del ahorro resultó ser la mejor receta para una crisis financiera. Cuando los precios de la vivienda empezaron a bajar en 2006, se inició una reacción en cadena: quienes tenían hipotecas superiores al valor de sus casas dejaron de pagar los intereses; quienes habían invertido en valores respaldados por hipotecas sufrieron grandes pérdidas; los bancos que habían pedido prestadas grandes sumas para invertir en tales valores sufrieron primero falta de liquidez y luego insolvencia; para evitar masivas quiebras bancarias, los gobiernos intervinieron con medidas de rescate, y de ese modo una crisis de deuda privada se convirtió en una crisis de deuda pública. Hoy, la carga de deuda total pública y privada en Estados Unidos es más de tres veces y media el volumen del producto interior bruto.[50]

Pero este no ha sido un fenómeno únicamente estadounidense. Ha habido variaciones sobre el mismo tema en otros países de habla inglesa, como Irlanda, el Reino Unido y, en menor grado, Australia y Canadá; es la geometría fractal de la era del apalancamiento, con un problema de la misma forma repitiéndose en una amplia gama de tamaños. Ha habido burbujas inmobiliarias más grandes en la mayoría de los países europeos —en el sentido de que los precios de las viviendas habían subido más en relación a la renta que en Estados Unidos—, y crisis de deuda pública mucho más graves en Portugal, Irlanda y Grecia, que cometieron el error de incurrir en déficit muy grandes

formando parte de una unión monetaria con Alemania. Pero la crisis financiera de 2007-2009, aunque global en sus efectos, no lo era en sus orígenes. Era una crisis creada en el mundo occidental como consecuencia del excesivo consumo y del exceso de apalancamiento financiero. En otras partes —y especialmente en Asia— el panorama era bastante diferente.

En general se reconoce que las tasas de ahorro son mucho más elevadas en Oriente que en Occidente. Las cargas de deuda privada son muy inferiores; las casas a menudo se compran al contado o con hipotecas relativamente pequeñas. Otras formas de crédito al consumo desempeñan un papel mucho menor. Es también un hecho conocido, como hemos visto, que los asiáticos trabajan muchas más horas al año que los occidentales: la media de horas anuales trabajadas va de las 2.120 de Taiwan a las 2.243 de Corea del Sur. De lo que no se es tan consciente es de que el auge del ahorro y la industria en Asia ha ido de la mano con uno de los efectos secundarios más sorprendentes de la occidentalización: el aumento del cristianismo, sobre todo en China.

LA JERUSALÉN CHINA

La del auge del espíritu del capitalismo en China es una historia que todo el mundo conoce. Pero ¿qué hay del auge de la ética protestante? Según encuestas independientes realizadas por la organización China Partner y la Universidad Normal de China Oriental de Shanghai, actualmente hay unos 40 millones de cristianos protestantes en China, mientras que en 1949 había apenas medio millón. Algunas estimaciones sitúan el máximo aún más alto, en 75 o 110 millones.[51] Si añadimos los 20 millones de católicos, podría haber hasta 130 millones de cristianos en China. Hoy, de hecho, es posible que haya ya más cristianos practicantes en China que en Europa.[52] En China se construyen iglesias a un ritmo más rápido que en ninguna otra parte del mundo. Y se imprimen más biblias que en ningún otro país. La Compañía Impresora de la Biblia de la Amistad de Nankín es el mayor fabricante de biblias del mundo. Sus inmensas imprentas han producido más de 70 millones de biblias desde la fundación de la empresa en 1986, incluidos 50 millones de ejemplares en mandarín y otras lenguas chinas.[53] Es posible que en el plazo de tres décadas los cristianos constituyan entre el 20 y el 30 por ciento de la población de China,[54] algo que debería resultarnos más notable aún si reflexionamos acerca del grado de resistencia a la difusión del cristianismo que ha habido a lo largo de toda la historia china.

El hecho de que el protestantismo no arraigara antes en China resulta algo desconcertante. Ya en el siglo VII había misioneros cristianos nestorianos en la China de los Tang. La primera iglesia católica la construyó en 1299 Juan de Montecorvino, nombrado arzobispo de Janbalic en 1307. A

finales del siglo XIV, sin embargo, esas avanzadillas cristianas habían desaparecido en gran parte como resultado de la hostilidad Ming. A comienzos del siglo XVII hubo una segunda oleada de misioneros, cuando se dio permiso al jesuita Matteo Ricci para instalarse en Pekín. En la década de 1700 pudo llegar a haber hasta 300.000 cristianos en China. Pero en 1724 todo se desmoronó de nuevo con el Edicto de Expulsión y Confiscación del emperador Yongzheng.[55]

La tercera oleada cristiana fue la de las misiones protestantes del siglo XIX. Organizaciones como las Sociedades Misioneras británicas enviaron literalmente a cientos de evangelizadores a llevar la Buena Nueva al país más poblado de la Tierra. El primero en llegar fue un inglés de veinticinco años de edad llamado Robert Morrison, de la Sociedad Misionera de Londres, que arribó a Cantón (Guangzhou) en 1807. Su primer paso, aun antes de llegar, fue empezar a aprender mandarín y transcribir la Biblia en caracteres chinos. Una vez en Cantón, se puso a trabajar en un diccionario latín-chino. En 1814, ahora al servicio de la Compañía de las Indias Orientales, Morrison había traducido los Hechos de los Apóstoles (1810), el Evangelio de san Lucas (1811), el Nuevo Testamento (1812) y el Libro del Génesis (1814), además de publicar obras propias como *Shendao lun shujiu shi zongshuo zhenben* («Resumen de la doctrina de la divina redención», 1811) y *Wenda qianzhu Yesu jiaofa* («Catecismo anotado de las enseñanzas de Cristo», 1812). Esto bastó para persuadir a la Compañía de las Indias Orientales de que permitiera la importación de una imprenta y un técnico que la manejara.[56] Cuando la Compañía le despidió más tarde por miedo de incurrir en la ira de las autoridades chinas, Morrison siguió impertérrito, trasladándose a Malaca para fundar un colegio anglochino dedicado al «cultivo de la literatura y la ciencia europeas y chinas, pero sobre todo a la difusión del cristianismo en el Archipiélago Oriental», terminando su traducción de la Biblia en un esfuerzo realizado conjuntamente con William Milne (publicada en 1823), y redactando una gramática inglesa para estudiantes chinos, además de un completo diccionario inglés-chino. Cuando Morrison siguió a su primera esposa y a su hijo a la tumba, en Cantón, en 1834, había agregado a su obra un *Vocabulario del dialecto de Cantón* (1828). Fue realmente la ética protestante de la palabra hecha carne.

Sin embargo, los esfuerzos de los primeros misioneros ingleses tuvieron consecuencias imprevistas. El gobierno imperial había tratado de prohibir el proselitismo cristiano —bajo pena de muerte— sobre la base de que este alentaba actitudes populares «muy cercanas a traer [*sic*] una rebelión»:

> Dicha religión no considera ni la veneración a los espíritus ni la reverencia a los antepasados, eso es claramente ir en contra de la doctrina sana; y la gente corriente, que sigue y se familiariza con tales ilusiones, ¿en qué aspecto se diferencia de una muchedumbre rebelde?[57]

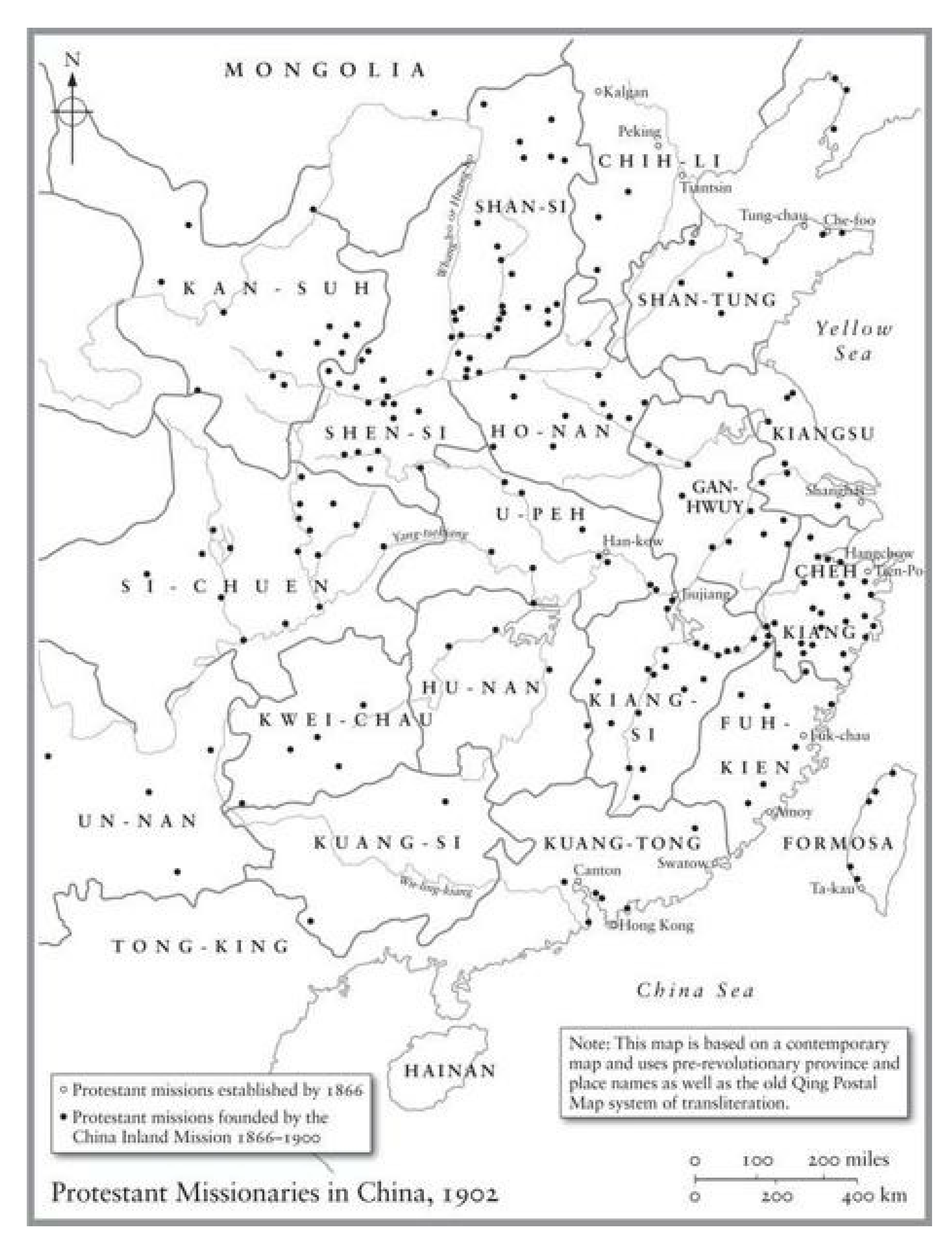
Serían unas palabras proféticas. Un hombre en particular respondió al proselitismo cristiano de la forma más extrema imaginable. Hong Xiuquan había esperado seguir el camino tradicional y hacer carrera en la administración pública imperial, presentándose al primero de toda una serie de agotadores exámenes que determinaban la aptitud de un hombre para el mandarinato. Pero lo suspendió, y, como es frecuente entre los opositores, después de este fracaso se vino abajo por completo. En 1833, Hong conoció a William Milne, coautor, junto con Robert Morrison, de la primera traducción china de la Biblia, cuya influencia sobre él coincidió con su recuperación de la

depresión posterior al examen. Causando sin duda la alarma de Milne, Hong anunció entonces que él era el hermano menor de Jesucristo. Dios, declaró, le había enviado para librar a China del confucianismo, aquella introvertida filosofía que veía la competencia, el comercio y la laboriosidad como perniciosas importaciones extranjeras. Hong creó una cuasicristiana Sociedad de Devotos de Dios, que atrajo el apoyo de decenas de millones de chinos, sobre todo de las clases más pobres, y se proclamó líder del Reino Celestial de la Gran Paz. En chino se le conocía como Taiping Tianguo, y de ahí el nombre de la revuelta que lideró: la rebelión Taiping. Desde Guangxi, los rebeldes arrasaron hasta Nankín, donde el autodenominado rey celestial estableció la capital de su reino. En 1853 sus seguidores —que se distinguían por sus chaquetas rojas, sus cabellos largos y su insistencia en una estricta segregación entre los sexos— controlaban todo el valle del Yangtsé. En el salón del trono había un estandarte con las palabras: «De Dios provino la orden de matar al enemigo y unir todas las montañas y ríos en un solo reino».

Por un tiempo pareció que Taiping realmente derrotaría por completo al Imperio Qing. Pero los rebeldes no pudieron tomar Pekín ni Shanghai. Poco a poco el curso de los acontecimientos se fue volviendo contra ellos. En 1864, el ejército Qing sitió Nankín. Cuando la ciudad cayó, Hong había muerto ya por intoxicación alimentaria. Solo para asegurarse, los Qing exhumaron sus restos incinerados y los dispararon con un cañón. Pese a ello, hasta 1871 no se logró derrotar al último de los ejércitos Taiping. El coste en vidas humanas fue sobrecogedor: más del doble del que tendría la Primera Guerra Mundial para el conjunto de todos los estados beligerantes. Se calcula que entre 1850 y 1864 unos 20 millones de personas perdieron la vida en China central y meridional por la rebelión, que dejó un rastro de hambre y plagas a su paso. A finales del siglo XIX muchos chinos se habían formado la opinión de que los misioneros occidentales no eran más que otra influencia extranjera perturbadora para su país, como los comerciantes occidentales de opio. Así, cuando los misioneros ingleses volvieron a China después de la rebelión Taiping, se encontraron con una intensificación de la hostilidad hacia los extranjeros.[58]

Pero eso no les disuadió. James Hudson Taylor tenía veintidós años cuando hizo su primer viaje a China en nombre de la Sociedad de Evangelización China. Incapaz, como él mismo explicaría, de «soportar la visión de una congregación de mil o más cristianos regocijándose en su propia seguridad [en Brighton], mientras millones de personas perecían por falta de conocimiento» en ultramar, en 1865 Taylor fundó la Misión Interior de China (CIM, por sus siglas en inglés). Su estrategia preferida era que los misioneros de la CIM se vistieran con ropas chinas y adoptaran la coleta de la era Qing. Como David Livingstone en África, Taylor impartía tanto la doctrina cristiana como la medicina moderna en su cuartel general de Hangzhou.[59] Otro intrépido pescador de hombres de la CIM fue George Stott, un misionero de Aberdeen al que le faltaba una pierna y que llegó a China a los treinta y un años de edad. Uno de sus primeros pasos fue abrir una librería con una capilla adyacente donde arengaba a una bulliciosa multitud, atraída más por la curiosidad que por la sed de redención. Su esposa, por su parte, abrió un internado femenino.[60] Ellos y otros trataban de ganar conversos utilizando un ingenioso y nuevo artilugio evangélico: el «libro sin palabras», inventado por el pastor baptista Charles Haddon Spurgeon, que empleaba colores e incorporaba los colores clave de la cosmología tradicional china. En una versión ampliamente utilizada, concebida por el estadounidense Dwight Lyman Moody en 1875, la página negra

representaba el pecado; la roja, la sangre de Jesús; la blanca, la santidad, y la dorada o amarilla, el cielo.[61]



Misioneros protestantes en China en 1902

Un rumbo completamente distinto fue el que tomó Timothy Richard, miembro de la Sociedad Misionera Baptista (BMS, por sus siglas en inglés) y que argumentaba que «China necesitaba el evangelio del amor y el perdón, pero también necesitaba el evangelio del progreso material y el conocimiento científico».[62] Dirigiendo sus esfuerzos a las élites chinas antes que a las masas empobrecidas, en 1891 Richard se convirtió en secretario de la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Cristiano y General entre los Chinos, y llegó a ejercer una gran influencia para el Movimiento de Autofortalecimiento de Kang Youwei, además de consejero del propio emperador. Fue Richard quien aseguró la creación de la primera universidad de estilo occidental de China, inaugurada en Shanxi, en 1902.

En 1877 había 18 misiones cristianas distintas activas en China, además de tres sociedades bíblicas. El idiosincrásico Taylor tuvo especial éxito a la hora de reclutar a nuevos misioneros, que incluían un número inusualmente numeroso de mujeres solteras, no solo de Gran Bretaña, sino

también de Estados Unidos y Australia.[63] En la mejor tradición protestante, las misiones rivales competían con saña entre sí, y la CIM y la BMS libraban una guerra territorial especialmente encarnizada en Shanxi. En 1900, sin embargo, estalló de nuevo la xenofobia con la rebelión de los bóxers, cuando otro extravagante culto, el de los «Puños Honrados y Armoniosos» (*yihe quan*), trató de expulsar a todos los «diablos extranjeros» del territorio, esta vez con la aprobación explícita de la emperatriz viuda. Antes de la intervención de una fuerza multinacional y la supresión de los bóxers, perecieron 58 misioneros de la CIM, junto con 21 de sus hijos.

Los misioneros habían plantado muchas semillas; pero, en las condiciones cada vez más caóticas que siguieron al derrocamiento definitivo de la dinastía Qing, estas brotaron solo para marchitarse. El fundador de la primera República china, SunYat-sen, era un cristiano de la provincia de Cantón, pero murió en 1924 con China al borde de la guerra civil. Luego el líder nacionalista Chiang Kai-shek y su esposa, ambos cristianos,[*] fueron derrotados por los comunistas en la larga guerra civil de China y al final tuvieron que escapar a Taiwan. Poco después de la revolución de 1949, Zhou Enlai e Y. T. Wu redactaron un «Manifiesto cristiano» destinado a socavar la posición de los misioneros por razones tanto de ideología como de patriotismo.[64] Entre 1950 y 1952, la CIM optó por evacuar a su personal de la República.[65] Una vez que los misioneros se hubieron marchado, la mayoría de las iglesias se cerraron o se convirtieron en fábricas; permanecerían cerradas durante los treinta años siguientes. Cristianos como Wang Mingdao, Allen Yuan y Moses Xie, que se negaron a unirse al Movimiento Patriótico de las Tres Autosuficiencias, un movimiento protestante controlado por el Partido, fueron encarcelados (en todos los casos durante veinte años o más).[66] Los calamitosos años del Gran Salto Adelante (1958-1962) —en realidad una hambruna artificialmente provocada que se cobró alrededor de 45 millones de vidas—[67] presenciaron una nueva oleada de cierres de iglesias. Durante la Revolución Cultural (1966-1976) hubo una auténtica iconoclasia, que también llevó a la destrucción de muchos antiguos templos budistas. El propio Mao, «el mesías de la clase trabajadora», se convirtió en el objeto de un culto a la personalidad aún más demencial que los de Hitler y Stalin.[68] Su esposa, la izquierdista Jiang Qing, declaró que en China el cristianismo había sido relegado a los museos.[69]

Así pues, para Max Weber, y para muchos expertos occidentales posteriores del siglo XX, no parece sorprendente que la probabilidad de una «protestantización» de China y, por ende, de su industrialización, pareciera insignificantemente baja, casi tan baja como la de una descristianización de Europa. Para China parecía haber una clara disyuntiva entre la estasis confuciana y el caos. Ello hace que los inmensos cambios de nuestra época resulten aún más impresionantes.

La ciudad de Wenzhou, en la provincia de Zhejiang, al sur de Shanghai, es la quintaesencia de la ciudad fabril. Con una población de ocho millones de habitantes que va en aumento, tiene fama de ser la urbe más emprendedora de China, un lugar donde rige el libre mercado y donde el papel del Estado es mínimo. Su paisaje de fábricas textiles y montones de carbón habría resultado reconocible al instante para un inglés de la era victoriana, a quien le habría parecido una especie de Manchester asiática. La ética del trabajo alienta a todo el mundo, desde el empresario más rico al más humilde peón de fábrica. En Wenzhou la gente no solo trabaja más horas que los estadounidenses; también

ahorran una proporción mucho mayor de su renta. Entre 2001 y 2007, en un momento en que el ahorro estadounidense se derrumbó, la tasa de ahorro china aumentó a más del 40 por ciento del PNB. Como media, las familias chinas ahorran más de una quinta parte del dinero que ganan; y las empresas ahorran aún más en forma de beneficios retenidos.

Lo realmente fascinante, sin embargo, es que la gente de Wenzhou ha importado de Occidente algo más que la mera ética del trabajo: ha importado también el protestantismo, puesto que allí las semillas que los misioneros ingleses plantaron hace ciento cincuenta años han brotado tardíamente y de la manera más extraordinaria. Mientras que antes de la Revolución Cultural había 480 iglesias en la ciudad, hoy hay 1.339, y la cifra corresponde únicamente a las aprobadas por el gobierno. La iglesia que construyera George Stott hace cien años hoy se abarrota de gente cada domingo. Otra, creada por la Misión Interior en 1877, pero cerrada durante la Revolución Cultural y solo reabierta en 1982, cuenta actualmente con una congregación de 1.200 fieles. También hay iglesias nuevas, a menudo con brillantes cruces rojas de neón en el tejado. Apenas sorprende que llamen a Wenzhou «la Jerusalén china». Ya en 2002, alrededor del 14 por ciento de su población era cristiana; seguramente hoy la proporción es aún más alta. Resulta curioso que sea la misma ciudad que Mao proclamó «libre de religión» allá por 1958. Todavía en 1997 sus funcionarios lanzaron una campaña para «quitar las cruces»; hoy parecen haberse rendido. En la campiña de los alrededores de Wenzhou, las aldeas compiten abiertamente por ver qué iglesia tiene la aguja más alta.

Hoy, el cristianismo en China está lejos de ser el opio del pueblo.[70] Entre los creyentes más devotos de Wenzhou se encuentran los denominados «jefes cristianos», empresarios como Hanping Zhang, presidente de Aihao (un término cuyo carácter en el alfabeto chino puede significar «amor», «bondad» o «afición»), actualmente uno de los tres mayores fabricantes de bolígrafos y estilográficas del mundo. Cristiano devoto, Zhang es la encarnación viviente del vínculo entre el espíritu del capitalismo y la ética protestante, precisamente tal como lo entendía Max Weber. Antiguo granjero, en 1979 inició un negocio de plásticos, y ocho años más tarde abría su primera fábrica de bolígrafos y estilográficas. Hoy emplea a unos 5.000 trabajadores, que producen hasta 500 millones de unidades al año. En su opinión, el cristianismo prospera en China porque ofrece un marco ético a las personas que se esfuerzan en afrontar la actual transición social, alarmantemente rápida, del comunismo al capitalismo. Hoy, me decía, hay escasez de confianza en China. Los funcionarios públicos suelen ser corruptos; los socios comerciales te engañan; los trabajadores roban a sus patronos; las muchachas jóvenes se casan y luego desaparecen con unas dotes ganadas con gran esfuerzo; la alimentación para bebés se produce a sabiendas con ingredientes tóxicos; los edificios escolares se construyen con materiales defectuosos… Pero Zhang considera que puede confiar en sus correligionarios cristianos, porque sabe que son trabajadores y honestos.[71] Como ocurriera en la Europa y la Norteamérica protestantes en los primeros días de la revolución industrial, las comunidades religiosas ejercen un doble papel: como redes crediticias, y como fuentes de abastecimiento de correligionarios creyentes solventes y de confianza.

En el pasado, las autoridades chinas han mostrado un profundo recelo hacia el cristianismo, y no solo porque recordaran el caos provocado por la rebelión Taiping. Los seminaristas desempeñaron un importante papel en el movimiento a favor de la democracia de la plaza de Tiananmen; de hecho, dos de los líderes estudiantiles más buscados en el verano de 1989 posteriormente se ordenaron

sacerdotes cristianos. A raíz de aquella crisis hubo de nuevo medidas severas contra las iglesias no oficiales.[72] Irónicamente, la utopía del maoísmo creó un deseo que hoy, con el Partido en manos de líderes más tecnócratas que mesiánicos, solo el cristianismo parece capaz de satisfacer.[73] Y exactamente como en la época de la rebelión Taiping, algunos chinos modernos se sienten inspirados por el cristianismo para abrazar cultos decididamente extraños. Los miembros del movimiento Relámpago Oriental, activo en las provincias de Henan y Heilongjiang, creen que Jesús ha vuelto en forma de mujer, y se enzarzan en sangrientas batallas contra sus archienemigos, los Tres Grados de Sirvientes.[74] Otro movimiento radical cuasicristiano es el Movimiento Renacido de Peter Xu, también conocido como la Iglesia del Alcance Total, o los Chillones, debido a su ruidoso estilo de culto, en el que es obligatorio llorar. Las autoridades consideran a tales sectas *xiejiao*, o cultos implícitamente malos, como el movimiento basado en ejercicios respiratorios Falun Gong, hoy prohibido.[75] No resulta difícil ver por qué el Partido prefiere reavivar el confucianismo, con su énfasis en el respeto por la generación de los mayores y el equilibrio tradicional de una «sociedad armoniosa».[76] Tampoco es sorprendente que la persecución de los cristianos aumentara durante los Juegos Olímpicos de 2008, un momento de máxima exposición de la capital de la nación a las influencias extranjeras.[77]

Sin embargo, incluso bajo el régimen de Mao se toleró un protestantismo oficial en la forma del Movimiento Patriótico de las Tres Autosuficiencias, basado en los principios de autogobierno, autosostenibilidad y autopropagación; en otras palabras, en la ausencia de influencias extranjeras.[78] Hoy, San Pablo en Nankín es el ejemplo típico de iglesia oficial de las Tres Autosuficiencias; allí la congregación del reverendo Kan Renping ha pasado de unos centenares de fieles, cuando él asumió el puesto en 1994, a unos 5.000 devotos regulares. Es tan popular que los recién llegados tienen que ver las celebraciones por televisión en circuito cerrado, en cuatro capillas adyacentes. Desde que se promulgara el Documento del Partido Número 19, en 1982, también ha habido cierta tolerancia oficial intermitente hacia el movimiento de las «iglesias domésticas», congregaciones que se reúnen más o menos en secreto en casas particulares y a menudo abrazan formas estadounidenses de culto.[79] En la propia Pekín, afluyen los fieles a la Iglesia de Sión del reverendo Jin Mingri, una iglesia no oficial con 350 miembros, casi todos procedentes de la clase empresarial o profesional y casi todos de menos de cuarenta años de edad. El cristianismo se ha puesto de moda en China. El ex portero olímpico de fútbol Gao Hong es cristiano, como también lo son la actriz de televisión Lu Liping y el cantante pop Zheng Jun.[80] Algunos académicos chinos como Tang Yi especulan abiertamente con la posibilidad de que «la fe cristiana pueda a la larga conquistar China y cristianizar la cultura china», aunque él personalmente considera más probable o bien que «a la larga el cristianismo pueda ser absorbido por la cultura china, siguiendo el ejemplo del budismo… y se convierta en una religión libre de pecado al estilo chino», o bien que «el cristianismo conserve sus características básicas occidentales y se adapte a ser una religión minoritaria subcultural».[81]

Después de muchas vacilaciones, hoy al menos algunos líderes comunistas de China parecen reconocer el cristianismo como una de las mayores claves de la fuerza de Occidente.[82] Según un erudito de la Academia de Ciencias Sociales de China:

> Se nos pidió que examináramos qué era lo que explicaba la preeminencia… de Occidente en todo el mundo… Al principio

> pensamos que era porque vosotros teníais armas más poderosas que nosotros. Luego pensamos que era porque vosotros teníais el mejor sistema político. Luego nos centramos en vuestro sistema económico. Pero en los últimos veinte años hemos comprendido que el corazón de vuestra cultura es vuestra religión: el cristianismo. Es por eso por lo que Occidente ha sido tan poderoso. El fundamento moral cristiano de la vida social y cultural fue lo que hizo posible el surgimiento del capitalismo y, luego, la exitosa transición a la política democrática. No tenemos ninguna duda de ello.[83]

Otro académico, Zhuo Xinping, ha identificado «la concepción cristiana de trascendencia» como un elemento que ha desempeñado «un papel muy decisivo en la aceptación popular del pluralismo en la sociedad y en la política del Occidente contemporáneo»:

> Solo aceptando esta concepción de trascendencia como nuestro criterio podemos entender el verdadero significado de conceptos tales como libertad, derechos humanos, tolerancia, igualdad, justicia, democracia, imperio de la ley, universalidad y protección medioambiental.[84]

Yuan Zhiming, un cineasta cristiano, opina lo mismo: «Lo más importante, el corazón de la civilización occidental… es el cristianismo».[85] Según el profesor Zhao Xiao, él mismo un converso, el cristianismo ofrece a China un nuevo «fundamento moral común» capaz de reducir la corrupción, reducir la brecha entre ricos y pobres, promover la filantropía y hasta evitar la contaminación.[86] «La viabilidad económica requiere serios valores morales —en palabras de otro erudito—, antes que un mero consumismo hedonista y una estrategia deshonesta.»[87] Incluso se dice que, poco antes de que Jiang Zemin dimitiera como presidente de China y líder del Partido Comunista, declaró en una reunión de funcionarios de alto rango del Partido que, si pudiera promulgar un decreto que supiera que se iba a obedecer en todas partes, sería para «hacer del cristianismo la religión oficial de China».[88] En 2007 su sucesor Hu Jintao celebró una inusitada «sesión de estudio» del Politburó sobre la religión, en la que les dijo a los veinticinco líderes más poderosos de China que «hay que reunir el conocimiento y la fuerza de las personas religiosas para construir una sociedad próspera». Al XIV Comité Central del Partido Comunista chino se le presentó un informe que especificaba tres exigencias para un crecimiento económico sostenible: el derecho de propiedad como base, la ley como salvaguardia y la moralidad como respaldo.

LA TIERRA DE LA IMPIEDAD

No es extraño que nos parezcan familiares. Como hemos visto, las tres solían contarse entre los fundamentos clave de la civilización occidental. Sin embargo, en los últimos años aquí en Occidente parece que hayamos perdido la fe en ellas. No solo las iglesias europeas están vacías. También parecemos dudar del valor de muchas de las cosas que se desarrollaron en Europa tras la Reforma.

La competencia capitalista ha caído en desgracia debido a la reciente crisis financiera y a la desenfrenada codicia de los banqueros. La ciencia se estudia por un número demasiado reducido de nuestros hijos en las escuelas y universidades. Los derechos de propiedad privada son violados repetidamente por gobiernos que parecen tener un insaciable apetito por gravar nuestra renta y nuestra riqueza y luego derrochar una gran parte de los ingresos así obtenidos. El término imperio se ha convertido casi en una palabra malsonante, pese a las ventajas conferidas al resto del mundo por los imperialistas europeos. Corremos el riesgo de no quedarnos más que con una vacua sociedad de consumo y una cultura del relativismo; una cultura que dice que cualquier teoría u opinión, por estrafalaria que sea, es tan buena como todo aquello en lo que solíamos creer.

Contrariamente a la creencia popular, Chesterton no dijo: «El problema del ateísmo es que, cuando los hombres ya no creen en Dios, no es que no crean en nada, es que se creen cualquier cosa». Pero sí le hizo decir al padre Brown algo muy parecido en «El milagro de la "Media Luna"»:

> Todos ustedes juraron que eran materialistas empedernidos; y, a pesar de ello, se inclinaron a creer cualquier cosa. Hay millares de personas que hoy día se encuentran en el mismo punto de ustedes, pero en una orilla muy estrecha e incómoda para sentarse. No hallarán reposo hasta que no crean en algo.[89]

Para entender la diferencia entre creencia e incredulidad, examinemos la conversación entre Muktar Said Ibrahim, uno de los islamistas cuyo complot para hacer detonar bombas en el sistema de transporte público de Londres fue descubierto en 2005, y una antigua vecina suya de Stanmore, un barrio de las afueras del norte de Londres. Ibrahim, nacido en Eritrea, había emigrado a Gran Bretaña a los catorce años de edad, y acababa de obtener la ciudadanía británica a pesar de una condena y una pena de cárcel por su participación en un atraco a mano armada. «Él me preguntó —recordaba su vecina, Sarah Scott— si yo era católica por ser de familia irlandesa. Le dije que no creía en nada, y él me respondió que debería creer. Me dijo que él iba a tener a todas aquellas vírgenes cuando fuera al Cielo si alababa a Alá. Y añadió que, si uno reza a Alá, y si ha sido fiel a Alá, tendrá a 80 vírgenes, o algo así.» Es lo más fácil del mundo ridiculizar la idea, aparentemente un lugar común entre los yihadistas, de que esa es la recompensa por hacer volar a unos cuantos infieles. Pero ¿resulta mucho más extraño no creer, como Sarah Scott, en nada en absoluto? Su conversación grabada con Ibrahim resulta fascinante precisamente porque ilustra el abismo que hoy existe en Europa occidental entre una minoría de fanáticos y una mayoría de ateos. «Él me dijo —recordaba Scott tras la detención de su antiguo vecino— que la gente tenía miedo de la religión, y que no debería tenerlo.»[90]

Lo que Chesterton temía era que, si el cristianismo disminuía en Gran Bretaña, la «superstición sofocaría todo vuestro arraigado racionalismo y escepticismo». Desde la aromaterapia al zen, pasando por el arte del mantenimiento de la motocicleta, hoy Occidente está de hecho inundado de cultos posmodernos, ninguno de los cuales ofrece ni de lejos nada tan vigorizante económicamente o socialmente cohesivo como la vieja ética protestante. Y lo que es peor, este vacío espiritual deja a las sociedades europeas occidentales a merced de las siniestras ambiciones de una minoría de personas que sí tienen fe religiosa, además de la ambición política de expandir el poder y la influencia de dicha fe en sus países de acogida. El hecho de que la lucha entre el islam radical y la civilización occidental pueda caricaturizarse como «la yihad contra el McMundo» habla por sí solo.

[91] En realidad, los valores centrales de la civilización occidental se ven directamente amenazados por la clase de islam suscrito por terroristas como Muktar Said Ibrahim, que se deriva de las enseñanzas del wahabí decimonónico Sayyid Jamal al-Din y de los líderes de los Hermanos Musulmanes Hasan al-Banna y Sayyid Qutb.[92] La separación entre la Iglesia y el Estado, el método científico, el imperio de la ley y la propia idea de una sociedad libre —incluidos principios occidentales relativamente recientes como la igualdad de los sexos y la legalidad de los actos homosexuales— son todas ellas cuestiones abiertamente rechazadas por los islamistas.

Las estimaciones de la población musulmana en los países de la Europa occidental varían extensamente. Según una de ellas, la población total ha pasado de unos 10 millones en 1990 a 17 millones en 2010.[93] Como porcentaje de las poblaciones nacionales, las comunidades musulmanas varían en tamaño desde tanto como el 9,8 por ciento en Francia hasta menos del 0,2 por ciento en Portugal.[94] Tales cifras parecen contradecir las advertencias de algunos expertos sobre una futura «Eurabia», un continente islamizado a finales del siglo XXI. Sin embargo, si la población musulmana del Reino Unido hubiera de seguir creciendo al ritmo anual del 6,7 por ciento (tal como lo hizo entre 2004 y 2008), su proporción de la población total británica pasaría de algo menos del 4 por ciento en 2008 al 8 por ciento en 2020, el 15 por ciento en 2030 y el 28 por ciento en 2040, para superar finalmente el 50 por ciento en 2050.[95]

La inmigración en masa no es necesariamente el disolvente de una civilización si los inmigrantes suscriben, y se les incentiva a suscribir, los valores de la civilización a la que se trasladan. Pero en los casos en los que las comunidades inmigrantes no son satisfactoriamente asimiladas y entonces se convierten en presa de ideólogos radicales, las consecuencias pueden resultar profundamente desestabilizadoras.[96] Lo crucial no es tanto su número como el grado en que algunas comunidades musulmanas han sido infiltradas por organizaciones islamistas tales como los Hermanos Musulmanes, la paquistaní Jamaat-e-Islami, la Liga Mundial Islámica (financiada por Arabia Saudí) y la Asamblea Mundial de la Juventud Islámica. En el Reino Unido, por tomar quizá el ejemplo más preocupante, hay una activa rama de los Hermanos Musulmanes llamada Asociación Musulmana de Gran Bretaña; dos grupos derivados de la Jamaat-e-Islami, la Sociedad Islámica de Gran Bretaña y su ala juvenil, los Jóvenes Musulmanes del Reino Unido, así como una organización llamada Hizb ut-Tahrir («Partido de la liberación»). El Hizb ut-Tahrir proclama abiertamente su intención de convertir «Gran Bretaña… en un Estado islámico en 2020».[97] También se sabe que son especialmente activas en el reclutamiento de terroristas al-Qaeda y la no menos peligrosa Harakat ul-muyahidin. Tal infiltración no es en absoluto un fenómeno único del Reino Unido.[*]

El caso de Shehzad Tanweer ilustra cuán insidioso es el proceso de radicalización. Tanweer fue uno de los terroristas suicidas que causaron estragos en Londres el 7 de julio de 2005, haciendo explotar una bomba en un convoy de metro entre las estaciones de Aldgate y Liverpool Street que les causó la muerte a él y a otros seis pasajeros. Nacido en Yorkshire en 1983, Tanweer no era pobre; su padre, un inmigrante de Pakistán, había levantado un exitoso negocio de comida para llevar a base de vender pescado y patatas fritas conduciendo un Mercedes. No era inculto, en la medida en que un título en ciencias del deporte por la Universidad Metropolitana de Leeds puede contarse como educación. Su caso sugiere que ningún nivel de oportunidades económicas, educativas o de ocio puede evitar que el hijo de un inmigrante musulmán se convierta en un fanático y en un terrorista si se

junta con la gente inapropiada. En este sentido, están desempeñando un papel crucial en las universidades y en otras partes los denominados «centros» islámicos, algunos de los cuales son poco más que oficinas de reclutamiento para la yihad. A menudo, tales centros actúan como la puerta de entrada a campos de entrenamiento en países como Pakistán, donde los nuevos reclutas de *bilad al-kufr* («la tierra de la impiedad») son enviados a recibir formas más prácticas de adoctrinamiento. Entre 1999 y 2009, en el Reino Unido, fueron declarados culpables de delitos terroristas relacionados con el islamismo un total de 119 individuos, más de las dos terceras partes de los cuales eran ciudadanos británicos. Algo menos de una tercera parte habían asistido a un instituto de enseñanza superior, y aproximadamente la misma proporción habían estado en un campo de entrenamiento terrorista.[98] Ha sido gracias a la suerte no menos que a unas medidas antiterroristas eficaces como se han frustrado otros atentados de yihadistas británicos, en especial el complot, en agosto de 2006, de un grupo de jóvenes musulmanes británicos para hacer estallar bombas caseras a bordo de varios aviones transatlánticos, y la tentativa de un graduado nigeriano del University College de Londres de detonar un explosivo plástico oculto en su ropa interior cuando su vuelo procedente de Amsterdam se aproximaba al aeropuerto de Detroit, el día de Navidad de 2009.

¿EL FIN DE LOS TIEMPOS?

En su *Decadencia y caída*, Gibbon abarcaba más de 1.400 años de historia, desde 180 hasta 1590. Fue historia a muy largo plazo, en la que las causas de la decadencia fueron desde los trastornos de personalidad de emperadores concretos hasta el poder de la Guardia Pretoriana, pasando por el auge del monoteísmo. Tras la muerte de Marco Aurelio, en 180, la guerra civil se convirtió en un problema recurrente en la medida en que los diversos aspirantes a emperadores compitieron por el botín del poder supremo. En el siglo IV, las invasiones o migraciones bárbaras se habían iniciado ya, y el desplazamiento de los hunos hacia el oeste no hizo sino intensificarlas. Paralelamente, el desafío planteado por la Persia sasánida al Imperio romano de Oriente era cada vez mayor. Así, la primera vez que la civilización occidental se derrumbó, según Gibbon relata la historia, lo hizo a lo largo de un proceso muy lento.

Pero ¿y si las luchas políticas, las migraciones bárbaras y las rivalidades imperiales fueran todos ellos rasgos esenciales de la Antigüedad tardía, signos de normalidad, antes que presagios de una distante fatalidad? Desde esta perspectiva, la caída de Roma resultaría de hecho bastante repentina y drástica. La desintegración definitiva del Imperio romano de Occidente se inició en 406, cuando los invasores germánicos penetraron a través del Rin en la Galia y luego en Italia. La propia Roma fue saqueada por los godos en 410. Asimilados por un emperador debilitado, después los godos lucharon

contra los vándalos por el control de España, pero esto no hizo sino desplazar el problema hacia el sur. Entre 429 y 435, Genserico condujo a los vándalos a una victoria tras otra en el norte de África, culminando en la caída de Cartago. Roma perdió su granero del sur del Mediterráneo y, con ello, una enorme fuente de ingresos fiscales. Los soldados romanos apenas fueron capaces de derrotar a los hunos de Atila cuando ellos avanzaron hacia el oeste desde los Balcanes. En 452 el Imperio romano de Occidente había perdido toda Gran Bretaña, la mayor parte de España, las provincias más ricas del norte de África, y el sudoeste y sudeste de la Galia. No le quedaba mucho aparte de Italia. Basilisco, cuñado del emperador León I, intentó sin éxito recuperar Cartago en 468. Bizancio sobrevivió, pero el Imperio romano de Occidente había muerto. En 476, Roma era un feudo de Odoacro, el rey de los esciros.[99]

Lo que resulta más llamativo de esta lectura más moderna de la historia es la rapidez del desmoronamiento del Imperio romano. En solo cinco décadas la población de la propia Roma se redujo en unas tres cuartas partes. Las evidencias arqueológicas de finales del siglo V —viviendas de inferior calidad, cerámica más primitiva, menos cantidad de monedas, ganado más reducido— muestran que la benigna influencia de Roma disminuyó con rapidez en el resto de Europa occidental. Lo que un historiador ha calificado como «el fin de la civilización» se produjo en el plazo de una sola generación.[100]

¿Podría nuestra propia versión de civilización occidental desmoronarse con igual rapidez? Este es, sin duda, un antiguo temor que ya empezó a atormentar a los intelectuales británicos, de Chesterton a Shaw, hace más de un siglo.[101] Hoy, sin embargo, ese temor puede resultar más fundado. Una gran mayoría de científicos son hoy de la opinión de que, debido especialmente a que China y otros grandes países asiáticos, así como sudamericanos, están reduciendo la brecha económica entre Occidente y el resto del mundo, la humanidad corre el riesgo de sufrir un cambio climático catastrófico. No cabe duda de que ha habido un aumento sin precedentes de la cantidad de dióxido de carbono en la atmósfera terrestre; y existen ciertas evidencias de que eso ha provocado un incremento de las temperaturas medias. Lo que no está tan claro es cómo la continuidad de esas tendencias afectará al clima del planeta. Sin embargo, no parece del todo descabellado imaginar que un aumento de la fusión de los casquetes polares provocará cambios en la dirección de las corrientes oceánicas o inundaciones en las regiones costeras de baja altitud; o la desertización de zonas hasta ahora capaces de sostener una agricultura. Aparte del cambio climático, algunos ecologistas también temen que, en la medida en que las naciones más populosas de Asia sigan la vía occidental para salir de la pobreza, la presión sobre las reservas globales de energía, alimentos y agua potable se hará insoportable. Quienes se muestran escépticos con respecto a los riesgos del cambio climático deberían pasar algún tiempo en China, donde la mayor y más rápida revolución industrial de la historia está causando un daño medioambiental perfectamente detectable; mejor dicho, que resulta imposible no detectar.

La mayoría de las personas que hablan de estos temas —yo mismo entre ellas— no están científicamente cualificadas para sopesar las evidencias. Lo que nos atrae hacia la idea de un desastre medioambiental no son tanto los datos como la familiaridad de la predicción. Desde los primeros mitos y leyendas de los que se tiene constancia, la humanidad se ha visto fascinada por la idea de un fin del mundo espectacular, desde el «crepúsculo de los dioses» en la saga de los

Nibelungos hasta el texto clave de la escatología cristiana, el Libro de la Revelación, escrito por el evangelista Juan de Patmos. En esta versión del Apocalipsis, el Mesías o Cordero de Dios volverá a la tierra y derrotará al Anticristo en la batalla del Armagedón, después de lo cual Satán será confinado a una sima sin fondo durante mil años. La culminación vendrá cuando Satán resurja de nuevo del abismo y convoque a las gentes de Gog y Magog. Esta será la señal para que se produzcan «relámpagos, fragor, truenos y un violento terremoto, como no lo hubo desde que existen hombres sobre la tierra» (Apocalipsis, 16,18). Tanto los Testigos de Jehová como los Adventistas del Séptimo Día suscriben una interpretación literal de esta profecía, pero no son ni mucho menos los únicos. Un número notablemente grande de cristianos evangélicos estadounidenses declaran compartir la creencia de que nos acercamos al Fin de los Tiempos. Para muchos, la única cuestión es quién será excluido cuando llegue el «Extasis». Algunos dicen que la fase de tribulación ha comenzado ya. El 14 de diciembre de 2008, afirman, sonó la Primera Trompeta, cuando la crisis financiera llegó a su peor momento. Una vez que hayan sonado la Segunda, Tercera y Cuarta Trompetas, Estados Unidos se desmoronará como potencia mundial. Cuando suene la Quinta Trompeta, estallará la tercera guerra mundial, matando a miles de millones de personas. Después, el último día de esta gran tribulación, Jesucristo volverá para redimir a los verdaderos creyentes tal como está previsto en el Libro de la Revelación. En un viaje a la yerma colina de Megido, en Israel, normalmente considerada el emplazamiento donde tendrá lugar la futura batalla del Armagedón, no me sorprendió del todo encontrar a un grupo de estadounidenses atraídos hasta allí precisamente por esa clase de creencia milenarista. Como los marxistas irreductibles que siguen anhelando el colapso del capitalismo, interpretando cada nueva crisis financiera como el principio del fin, también ellos sienten cierto estremecimiento ante el pensamiento de que el Fin podría producirse ante sus ojos.

Esta idea de que estamos condenados —de que la decadencia y la caída son inevitables y las cosas solo pueden ir a peor— se halla estrechamente vinculada a nuestra propia percepción de la mortalidad. Dado que como individuos estamos condenados a degenerar, sentimos instintivamente que también a las civilizaciones en las que vivimos habrá de ocurrirles lo mismo. Según la expresión bíblica, «polvo eres, y en polvo te convertirás». Del mismo modo, los más gloriosos monumentos terminan siendo ruinas. El viento sopla a través de las melancólicas reliquias de nuestros antiguos logros.

Pero lo que nos esforzamos en decidir es cómo se desarrolla exactamente este proceso de decadencia y caída en el ámbito de las complejas estructuras sociales y políticas. ¿Se derrumban las civilizaciones de un golpe, en el campo de batalla del Armagedón, o en una larga y persistente agonía? La única forma de responder a esta última pregunta es volver a los mismos principios de la propia explicación histórica.

Conclusión
Los rivales

> ¡Bien, sir Anthony, ya que usted lo desea, no anticiparemos el pasado! Así que tengan en cuenta, jóvenes, que nuestra retrospección será toda sobre el futuro.
>
> R. B. SHERIDAN

> Él creía que en la sección de la llama eléctrica de las regiones infernales debía de haber una parrilla especial, reservada exclusivamente para el hombre que inventó esas representaciones [de teatro aficionado], tan opuestas al verdadero espíritu de la civilización.
>
> P. G. WODEHOUSE

No hay mejor ilustración del ciclo vital de una civilización que *El curso del imperio*, una serie de cinco cuadros de Thomas Cole que hoy cuelgan en la galería de la Sociedad Histórica de Nueva York. Fundador de la Escuela del Río Hudson y uno de los pioneros de la pintura paisajista estadounidense del siglo XIX, Cole supo captar maravillosamente una teoría de la que todavía hoy sigue siendo esclava la mayoría de la gente: la teoría de los ciclos de la civilización.

En cada una de las cinco escenas imaginarias se representa la desembocadura de un gran río debajo de un afloramiento rocoso. En la primera, *El estado salvaje*, aparece un frondoso páramo poblado por un puñado de cazadores-recolectores viviendo una primitiva existencia en un tormentoso amanecer. El segundo cuadro, *La Arcadia o el estado pastoril*, representa una bucólica escena agraria: los habitantes han talado árboles, sembrado campos y construido un elegante templo griego. La tercera y mayor de las pinturas es *La consumación del imperio*. Ahora el paisaje aparece cubierto por un magnífico emporio todo de mármol, mientras que los satisfechos filósofos-granjeros del cuadro anterior han sido reemplazados por una multitud de comerciantes, procónsules y ciudadanos-consumidores vestidos con opulencia; es el mediodía del ciclo de la vida. Pero luego viene la *Destrucción*. La ciudad está en llamas, y sus ciudadanos huyen de una horda invasora que viola y saquea bajo un amenazador cielo vespertino. Finalmente, la luna se alza sobre la *Desolación*. No se ve un alma viviente, sino tan solo unas cuantas columnas y galerías medio en ruinas, cubiertas de zarzas y de hiedra.

Concebidos a mediados de la década de 1830, los cinco cuadros de Cole transmiten un claro mensaje: todas las civilizaciones, por magníficas que sean, están condenadas a declinar y caer. La sugerencia implícita era que la joven república estadounidense de la época de Cole haría bien en atenerse a sus bucólicos principios iniciales y resistirse a las tentaciones del comercio, la conquista y la colonización.

Durante siglos, los historiadores, los teóricos políticos, los antropólogos y la opinión pública en general han tendido a pensar en el auge y la caída de las civilizaciones en tales términos cíclicos y graduales. En el libro VI de las *Historias* de Polibio, que relata el auge de Roma, se describe así el proceso de *anaciclosis* política:

1. Monarquía.
2. Realeza.
3. Tiranía.
4. Aristocracia.
5. Oligarquía.
6. Democracia.
7. Oclocracia (gobierno de la plebe).

Esta idea resurgió en el Renacimiento, cuando se redescubrió a Polibio, y se transmitió —como un meme— de los textos de Maquiavelo a los de Montesquieu.[1] Pero también aparece una visión cíclica, de manera completamente independiente, en los escritos del historiador árabe del siglo XIV Ibn Jaldún y en el neoconfucianismo de la China de los Ming.[2] En su libro *Principios de ciencia nueva* (1725), el filósofo italiano Giambattista Vico considera que todas las civilizaciones pasan por un *ricorso* con tres etapas: la divina, la heroica y la humana o racional, que a su vez revierte a la divina a través de lo que Vico llama «la barbarie de la reflexión». «Los gobiernos mejor instituidos, como los organismos animales mejor constituidos —escribía el filósofo y político británico Henry St. John, vizconde de Bolingbroke, en 1738—, llevan en sí la semilla de su destrucción; y aunque crecen y mejoran por un tiempo, pronto tenderán visiblemente a su disolución. Cada hora que viven es una hora menos que les queda por vivir.»[3] En *La riqueza de las naciones*, Adam Smith consideraba que el crecimiento económico —la «opulencia», como él la llamaba— daba paso en última instancia al «estado estacionario».

Idealistas y materialistas estuvieron de acuerdo en esto. Tanto para Hegel como para Marx era la dialéctica la que proporcionaba a la historia su ritmo característico. Para el historiador alemán Oswald Spengler la historia era estacional: en *La decadencia de Occidente* (1918-1922), escribió que el siglo XIX había sido «el invierno de Occidente, la victoria del materialismo y el escepticismo, del socialismo, el parlamentarismo y el dinero». La obra en doce volúmenes *Estudio de la historia* (1936-1954), del historiador británico Arnold Toynbee, postulaba un ciclo de desafíos, la respuesta de unas «minorías creativas», y luego la decadencia —el suicidio de la civilización— cuando los líderes dejan de responder con suficiente creatividad a los retos a los que se enfrentan. Otra importante teoría fue la del sociólogo estadounidense de origen ruso Pitirim Sorokin, que argumentaba que todas las grandes civilizaciones pasan por tres fases: la ideacional (en la que la realidad es espiritual), la sensitiva (en la que la realidad es material) y la idealista (una síntesis de las dos anteriores).[4] El historiador norteamericano Carroll Quigley enseñaba a sus alumnos de la Escuela Diplomática de la Universidad de Georgetown (entre los que se contaba el futuro presidente Bill Clinton) que las civilizaciones tenían, como el hombre, siete edades: concepción, gestación, expansión, conflicto, imperio universal, decadencia e invasión. Declaraba Quigley en una explicación clásica de la teoría del ciclo de vida:

> [Es] un proceso de evolución… toda civilización nace… y… entra en un período de vigorosa expansión, incrementando su tamaño y poder… hasta que gradualmente aparece una crisis de organización Cuando esta crisis ha pasado y la civilización ha sido reorganizada, su vigor y moral se han debilitado. Se estabiliza y a la larga se estanca Tras una Edad de Oro de paz y prosperidad surgen de nuevo crisis internas. En ese momento aparece, por primera vez, cierta debilidad moral y física que

plantea… preguntas sobre la capacidad de la civilización para defenderse contra enemigos externos… La civilización se va debilitando constantemente hasta que se ve inundada de enemigos externos, y a la larga desaparece.[5]

Cada uno de estos modelos es distinto de los demás, pero todos ellos comparten el supuesto previo de que la historia posee una cadencia.

Si bien hoy casi nadie lee a Spengler, Toynbee o Sorokin —aunque los aficionados a las teorías conspiratorias todavía disfruten de Quigley—,[*] pueden verse líneas de pensamiento similares en las obras de otros autores más modernos. *Auge y caída de las grandes potencias*, de Paul Kennedy (1987), es otro trabajo de historia cíclica, en el que las grandes potencias se alzan y caen según las tasas de crecimiento de sus bases industriales y los costes de sus compromisos imperiales en relación con sus economías. Como en *El curso del imperio* de Cole, la expansión imperial lleva en sí misma la semilla de su futuro declive. Como escribe Kennedy: «Si un Estado se fuerza demasiado estratégicamente… corre el riesgo de que los potenciales beneficios de la expansión exterior puedan verse superados por el gran coste que esta comporte».[6] Este fenómeno de «sobreesfuerzo imperial», argumenta, es común a todas las grandes potencias. Cuando se publicó el libro de Kennedy, mucha gente en Estados Unidos compartía el temor de que su propio país pudiera estar sucumbiendo a esa enfermedad.

Más recientemente, ha sido el antropólogo Jared Diamond el que ha despertado el interés de la opinión pública con una gran teoría sobre el auge y la decadencia de las civilizaciones. Su libro *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen* (2005) es historia cíclica en versión ecologista: relatos de sociedades, desde la isla de Pascua del siglo XVII a la China del XX, que se arriesgaron, o se arriesgan hoy, a destruirse a sí mismas al no respetar su entorno natural. Diamond cita a John Lloyd Stevens, el explorador y arqueólogo aficionado estadounidense que descubrió las ciudades mayas misteriosamente desaparecidas de México: «Ahí estaban los restos de un pueblo culto, refinado y peculiar, que había pasado por todos los episodios del auge y caída de las naciones, alcanzado su edad de oro, y perecido».[7] Para Diamond, los mayas cayeron en una clásica trampa malthusiana, dado que su población creció más de lo que su frágil e ineficaz sistema agrario pudo soportar. Más gente significó más cultivos; pero más cultivos significó deforestación, erosión, sequía y agotamiento del suelo. El resultado fue la guerra civil por unos recursos cada vez más escasos, y, finalmente, el colapso.

La conclusión de Diamond es, obviamente, que el mundo de hoy podría seguir el camino de los mayas.[8] El punto crítico es que el suicidio medioambiental es un proceso lento y prolongado. Lamentablemente, los líderes políticos de casi cualquier sociedad —primitiva o sofisticada— tienen pocos incentivos para abordar problemas que es improbable que se manifiesten hasta dentro de cien años o más. Como dejó patente la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático celebrada en Copenhague en diciembre de 2009, los llamamientos retóricos a «salvar el planeta» para las generaciones futuras resultan insuficientes para superar los conflictos en torno a la distribución económica entre países ricos y pobres que existen aquí y ahora. Todos amamos a nuestros nietos; pero resulta bastante más difícil pensar en nuestros tataranietos.

Sin embargo, es posible que todo este marco conceptual sea, de hecho, erróneo. Quizá la representación artística de Cole de un superciclo de nacimiento, crecimiento y, finalmente, muerte de

las civilizaciones sea una tergiversación del proceso histórico. ¿Y si la historia no fuera cíclica ni avanzara lentamente, sino arrítmica, a veces casi estacionaria, pero también capaz de una violenta aceleración? ¿Y si el tiempo histórico no se pareciera tanto al lento y predecible cambio de las estaciones como al tiempo elástico de nuestros sueños? Pero, sobre todo, ¿y si el colapso no tardara siglos en producirse, sino que golpeara a la civilización de repente, como un ladrón en la noche?

Las civilizaciones, como he procurado mostrar en este libro, son sistemas sumamente complejos, formados por un número muy grande de elementos que interactúan entre sí y que se organizan de manera asimétrica, de modo que su construcción se asemeja mucho más a un termitero de Namibia que a una pirámide de Egipto. Operan en algún punto situado entre el orden y el desorden; «al borde del caos», en palabras del informático Cristopher Langton. Tales sistemas puede parecer que operan de manera bastante estable durante un tiempo, aparentemente en equilibrio, pero en realidad en constante adaptación. Sin embargo, llega un momento en que alcanzan su «masa crítica». Una leve perturbación puede desencadenar una «fase de transición» de un equilibrio benigno a una crisis; un solo grano puede hacer que un castillo de arena en apariencia estable se desmorone.

Para entender el concepto de complejidad, resulta útil examinar cómo lo emplean los expertos en ciencias naturales.[9] Pensamos en la autoorganización espontánea de medio millón de termitas, que les permite construir un complejo termitero, o en la geometría fractal de los copos de nieve formados por moléculas de agua, con sus miles de variantes de simetría séxtuple. La propia inteligencia humana es un sistema complejo, un producto de la interacción de miles de millones de neuronas en el sistema nervioso central; lo que el neurocientífico Charles Sherrington denominara el «telar encantado». Nuestro sistema inmunitario es también un sistema complejo en el que los anticuerpos se movilizan para librar una guerra defensiva contra antígenos extraños. Todos los sistemas complejos del mundo natural comparten ciertas características. Un pequeño estímulo en tales sistemas puede producir enormes cambios, a menudo imprevistos, en lo que los científicos denominan «el efecto amplificador».[10] Las relaciones causales a menudo son no lineales, lo que se traduce en el hecho de que los métodos tradicionales de generalización de observaciones (como el análisis de tendencias y el muestreo) sean de poca utilidad. En realidad, algunos teóricos llegan al extremo de afirmar que ciertos sistemas complejos son absolutamente no deterministas, lo que implica que resulta casi imposible hacer predicciones sobre su comportamiento futuro basándose en datos pasados. Así, por ejemplo, no existe nada parecido a un incendio forestal típico o medio. Por utilizar la jerga de la física moderna, un bosque antes de un incendio se halla en un estado de «criticidad autoorganizada»; se balancea al borde de un colapso, pero la dimensión de dicho colapso se desconoce, ya que la distribución de los incendios forestales por su magnitud no sigue la familiar curva acampanada, con una mayoría de incendios agrupados en torno a un valor medio —tal como, por ejemplo, la mayoría de las estaturas de los adultos varones se agrupan en torno al valor de 1,75 metros—; en lugar de ello, si trazamos un gráfico del tamaño de los incendios en función de su frecuencia, lo que obtenemos es una línea recta. ¿El próximo incendio será diminuto o enorme, una simple hoguera o una catástrofe forestal? Lo máximo que podemos decir es que un incendio forestal el doble de grande que el del año pasado tiene aproximadamente cuatro veces (o seis u ocho, según el bosque) menos probabilidades de producirse este año. Esta clase de pauta —conocida como «distribución de ley de

potencia»— resulta extraordinariamente común en el mundo natural. Puede apreciarse no solo en los incendios forestales, sino también en los terremotos y las epidemias. Solo varía la pendiente de la línea recta.[11]

Las estructuras políticas y económicas creadas por los humanos comparten muchos de los rasgos de los sistemas complejos. De hecho, algunos economistas heterodoxos como W. Brian Arthur llevan décadas argumentando en ese sentido, yendo mucho más allá de la idea de Adam Smith de la «mano invisible», que parece guiar a múltiples individuos que aspiran a maximizar sus beneficios, o de la posterior crítica de Friedrich von Hayek a la planificación económica y la gestión de la demanda.[12] Para Arthur, una economía compleja se caracteriza por la interacción de agentes dispersos, la falta de cualquier control centralizado, múltiples niveles de organización, una adaptación continua, la creación incesante de nuevos nichos de mercado y la ausencia de equilibrio general. En contradicción con la predicción nuclear de la economía clásica de que la competencia causa rendimientos decrecientes, en una economía compleja son perfectamente posibles los rendimientos crecientes. Desde esta perspectiva, Silicon Valley es la complejidad económica en acción; como asimismo lo es internet. Y la crisis financiera que se inició en 2007 también puede explicarse en términos similares. Como ha argumentado Nassim Taleb, en la primavera de 2007 la economía global había llegado a parecerse a una red eléctrica optimizada a la perfección. La relativamente pequeña sobrecarga representada por los impagos de las hipotecas *subprime* en Estados Unidos bastó para sumir a toda la economía mundial en el equivalente financiero de un apagón, que durante un tiempo amenazó con causar un completo colapso del comercio internacional.[13] Actualmente, varios investigadores del Instituto estadounidense de Santa Fe están explorando cómo pueden aplicarse estas ideas a otros aspectos de la actividad colectiva humana, incluida la «metahistoria».[14]

Esto resulta menos esotérico de lo que parece, ya que la distribución de las guerras es todavía menos normal que la de las crisis financieras. El físico y meteorólogo Lewis Fry Richardson[*] agrupó una serie de «disputas letales», que iban desde los simples homicidios hasta las guerras mundiales, según su magnitud, utilizando un logaritmo de base 10 del número total de muertes. Así, un atentado terrorista que mata a 100 personas tiene una magnitud de 2, mientras que una guerra con un millón de víctimas es un conflicto de magnitud 6 (adviértase que una guerra de magnitud 6 ± 0,5 podría causar entre 316.228 y 3.162.278 muertes). Considerando solo el período de 1815 a 1945, Richardson encontró más de 300 conflictos de magnitud 2,5 o superior (en otras palabras, responsables de más de 300 muertes). De estos, dos guerras de magnitud 7 (las guerras mundiales) se cobraron la vida de al menos 36 millones de personas (el 60 por ciento del total), sin incluir a las víctimas de hambrunas o enfermedades relacionadas con los conflictos, y varios millones de homicidios de magnitud 0 (con una, dos o tres víctimas) se cobraron 9,7 millones de vidas (el 16 por ciento). A primera vista, estos datos parecen completamente arbitrarios. Pero también ellos obedecen una ley de potencia.[15]

Si la incidencia de la guerra es tan imprevisible como la incidencia de los incendios forestales, las implicaciones para cualquier teoría del auge y la caída de las civilizaciones son inmensas, dado el evidente papel causal que desempeñan las guerras tanto en el ascenso como en el declive de las organizaciones sociales complejas. Una civilización es, por definición, un sistema extremadamente complejo. Por más que exista una u otra autoridad central nominal, en la práctica es una red

adaptativa de relaciones económicas, sociales y políticas dinámicas. No resulta sorprendente, pues, que las civilizaciones de todas las formas y tamaños exhiban muchas de las características de los sistemas complejos del mundo natural, incluida la tendencia a pasar de forma completamente repentina de la estabilidad a la inestabilidad.

Tal como hemos visto en el capítulo anterior, la civilización occidental en su primera encarnación —el Imperio romano— no experimentó su decadencia y caída de manera sosegada. Se desmoronó en el plazo de una generación, tras verse sumida en el caos por los invasores bárbaros a principios del siglo V. Otros colapsos análogamente rápidos han sido un tema constante a lo largo de este libro. En 1530, los incas eran los amos y señores de todo lo que alcanzaba la vista desde sus elevadas ciudades andinas; en menos de una década unos invasores extranjeros con caballos, pólvora y enfermedades mortales habían roto su imperio en mil pedazos. También el gobierno de la dinastía Ming en China se desmoronó con extraordinaria celeridad a mediados del siglo XVII; de nuevo, la transición de la estabilidad a la anarquía tardó poco más de una década. De modo muy similar, la monarquía borbónica en Francia pasó del triunfo al terror con asombrosa rapidez. La intervención francesa del lado de los rebeldes coloniales contra el dominio británico en Norteamérica pareció una buena idea en la década de 1770, pero sirvió para llevar las finanzas francesas a un estado crítico. La convocatoria de los Estados Generales en mayo de 1789 generó una reacción política en cadena y un descrédito de la legitimidad real tan rápidamente que en el plazo de cuatro años el rey había sido decapitado en la guillotina, un dispositivo acabado de inventar en 1791. En la época del movimiento de los Jóvenes Turcos, que subió al poder en 1908, todavía parecía posible reformar el Imperio otomano; en 1922, cuando el último sultán del imperio partió de Estambul a bordo de un buque de guerra británico, se había desvanecido. El imperio de Japón alcanzó su máxima expansión territorial en 1942, después de Pearl Harbor; en 1945 dejó de existir.

El ocaso del Imperio británico se produjo con comparable rapidez. En febrero de 1945, el primer ministro Winston Churchill dominaba la escena mundial como uno de los «tres grandes», decidiendo los destinos de las naciones junto con el presidente estadounidense Franklin Roosevelt y el líder soviético Iósif Stalin en Yalta; apenas terminada la guerra fue destituido del cargo. En el plazo de una decena de años el Reino Unido había concedido la independencia a Birmania, Egipto, Ghana, la India, Israel, Jordania, Malaisia, Pakistán, Ceilán y Sudán. La crisis de Suez, en 1956, demostró que el Reino Unido no podía actuar desafiando a Estados Unidos en Oriente Próximo, sellando así el fin del imperio. Aunque habría que esperar hasta la década de 1960 para que los «vientos de cambio» de Harold Macmillan soplaran a través del África subsahariana y los restos del dominio colonial al este de Suez, la era de hegemonía del Reino Unido había terminado en la práctica menos de una decena de años después de sus victorias sobre Alemania y Japón.

El ejemplo más reciente y familiar de declive precipitado es, obviamente, la desintegración de la Unión Soviética. Con la ventaja de la visión retrospectiva, los historiadores han hecho remontar todas las posibles podredumbres del sistema soviético hasta la época de Brézhnev y aún más atrás. Según un reciente análisis de los acontecimientos, solo los elevados precios del petróleo en la década de 1970 «evitaron el Apocalipsis».[16] Pero por entonces eso no era evidente en absoluto. En marzo de 1985, cuando Mijaíl Gorbachov se convirtió en el secretario general del Partido Comunista soviético, la CIA calculó (erróneamente) que la economía soviética tenía más o menos el 60 por

ciento del tamaño de la estadounidense. El arsenal nuclear soviético sí era realmente mayor que las reservas de Estados Unidos. Y los gobiernos de lo que entonces se llamaba el Tercer Mundo, desde Vietnam hasta Nicaragua, habían estado inclinándose a favor de los soviéticos durante la mayor parte de los veinte años anteriores. Y, sin embargo, menos de cinco años después de que Gorbachov asumiera el poder el Imperio soviético en la Europa centrooriental se había desmoronado, seguido en 1991 por la propia Unión Soviética. Si ha habido alguna vez un imperio que se precipitara de golpe al vacío —en lugar de ir declinando poco a poco—, ha sido el fundado por Lenin.

Si las civilizaciones son, pues, sistemas complejos que tarde o temprano sucumben a disfunciones repentinas y catastróficas, en lugar de experimentar sosegados ciclos de la Arcadia al apogeo y luego al Apocalipsis, ¿cuáles son las consecuencias de ello para la civilización occidental actual? Ante todo, hemos de recordar cómo Occidente llegó a dominar al resto del mundo a partir del año 1500 más o menos.

Diversas investigaciones recientes han echado por tierra la opinión en boga de que China estuvo económicamente a la par con Occidente hasta una fecha tan reciente como 1800. El PIB per cápita básicamente se estancó en la era Ming, manteniéndose de manera considerable más bajo que el de la Gran Bretaña preindustrial. La principal razón de ello es que China era todavía abrumadoramente una economía agraria, donde el 90 por ciento del PIB correspondía a cultivos de baja productividad, una proporción mucho más elevada que en la Gran Bretaña de comienzos de la modernidad. Asimismo, durante todo un siglo a partir de 1520, la tasa nacional de ahorro china fue negativa. Es decir, que en la etapa final de la China de los Ming no hubo acumulación de capital, sino más bien todo lo contrario.[17] La historia de lo que Kenneth Pomeranz ha denominado «la gran divergencia» entre Oriente y Occidente se inició, por lo tanto, mucho antes de lo que el propio Pomeranz afirma. Incluso el recientemente fallecido Angus Maddison pudo haber pecado de exceso de optimismo cuando argumentó que en 1700 al habitante medio de China le iba un poco mejor económicamente que al futuro estadounidense medio. Maddison se acercó más a la verdad cuando estimó que en 1600 el PIB per cápita británico era ya un 60 por ciento más alto que el chino.[18]

Lo que pasó después de eso fue que la producción y la población de China crecieron de forma paralela, provocando que la renta individual se estancara, mientras que el mundo anglosajón, seguido de cerca por la Europa noroccidental, tomaron la delantera. En 1820, el PIB per cápita de Estados Unidos era el doble del de China; en 1870 era casi cinco veces mayor, y en 1913 la proporción era casi de diez a uno. Pese a la dolorosa interrupción de la Gran Depresión, Estados Unidos no experimentó nada tan devastador como el terrible calvario que sufrió la China del siglo XX de revolución, guerra civil, invasión japonesa, más revolución, hambruna artificialmente provocada, y todavía más revolución (esta vez «cultural»). En 1968, según cifras calculadas en base a la paridad del poder adquisitivo (es decir, teniendo en cuenta la diferencia del coste de la vida en los dos países), el estadounidense medio era 33 veces más rico que el chino medio; calculando meramente en dólares, el diferencial en su punto máximo era, en cambio, de 70 a 1.

La gran divergencia se manifestó de varios modos. En 1500, las diez mayores ciudades del mundo estaban casi todas en Oriente, siendo Pekín, con mucho, la mayor de ellas (más de diez veces

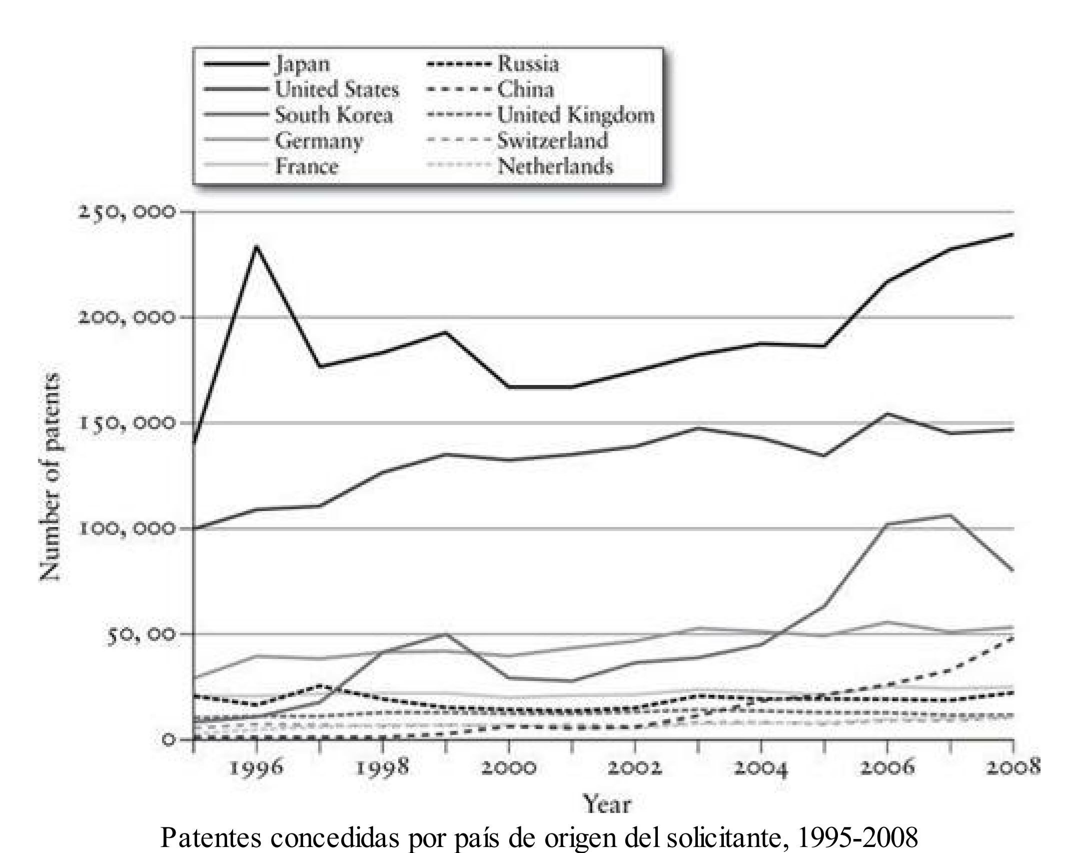
el tamaño de la pequeña y miserable Londres). En 1900, en cambio, las mayores ciudades estaban casi todas en Occidente, y Londres tenía más de cuatro veces el tamaño de Tokio, la mayor conurbación de Asia. La divergencia tuvo también una dimensión geopolítica. En 1500, como hemos visto, los diez reinos europeos que se convertirían en los imperios globales de la era moderna representaban una décima parte del territorio del planeta, el 16 por ciento de su población y algo más de las dos quintas partes de su producción. En 1913, esos mismos Estados, más Estados Unidos, controlaban el 58 por ciento de la superficie terrestre del planeta, el 57 por ciento de su población y el 79 por ciento del PIB global, del que solo el 18 por ciento correspondía a sus posesiones coloniales. Por entonces el mundo se caracterizaba por una enorme brecha entre Occidente y el resto del mundo, que alentó una serie de presupuestos de superioridad racial blanca y numerosos impedimentos oficiales y extraoficiales al progreso de las personas de color. Este fue el último desequilibrio global.

Iniciaba este libro con la pregunta de Rasselas: «¿Por qué medios… son los europeos tan poderosos?, o ¿por qué, dado que ellos pueden viajar a Asia y África tan fácilmente por razones de comercio o de conquista, no pueden los asiáticos y africanos invadir sus costas, establecer colonias en sus puertos, y dar leyes a sus príncipes naturales?». La respuesta de Imlac era que el conocimiento es poder, pero él no tenía ni idea de por qué el conocimiento de los europeos era superior al de todos los demás. Hoy es posible dar una respuesta mejor a Rasselas. ¿Por qué Occidente dominó al resto del mundo, y no al revés? Aquí he argumentado que fue porque Occidente desarrolló seis *killer apps*, o «aplicaciones demoledoras», de las que el resto del mundo carecía. Estas fueron:

1. La competencia, en cuanto que la propia Europa se hallaba políticamente fragmentada y que dentro de cada monarquía o república había múltiples entidades corporativas rivales.
2. La revolución científica, en cuanto que todos los grandes avances del siglo XVII en matemáticas, astronomía, física, química y biología se produjeron en la Europa occidental.
3. El imperio de la ley y el gobierno representativo, en cuanto que en el mundo anglosajón surgió un sistema óptimo de orden social y político basado en el derecho de propiedad privada y en la representación de los propietarios en asambleas legislativas electas.
4. La medicina moderna, en cuanto que casi todos los grandes avances de los siglos XIX y XX en atención sanitaria, incluido el control de las enfermedades tropicales, fueron realizados por europeos occidentales y norteamericanos.
5. La sociedad de consumo, en cuanto que la revolución industrial se produjo allí donde había a la vez una oferta de tecnologías capaces de aumentar la productividad y una demanda de bienes más numerosos, mejores y más baratos, empezando por las prendas de vestir de algodón.
6. La ética del trabajo, en cuanto que los occidentales fueron el primer pueblo del mundo que combinó un trabajo más extensivo e intensivo con mayores tasas de ahorro, permitiendo una acumulación de capital sostenida.

Estas seis aplicaciones fueron la clave de la hegemonía occidental. La historia de nuestra época, cuyo inicio puede remontarse de hecho al reinado del emperador Meiji en Japón (1867-1912),

consiste en que el resto del mundo finalmente empezó también a «descargárselas». Este no fue ni mucho menos un proceso libre de contratiempos. Los japoneses no tenían ni idea de qué elementos de la cultura y las instituciones occidentales eran los esenciales, de modo que terminaron por copiarlo todo, desde la ropa y los peinados occidentales hasta la práctica europea de colonizar pueblos extranjeros. Lamentablemente, se embarcaron en crear un imperio en el momento en que los costes del imperialismo empezaban a superar a sus beneficios. Otras potencias asiáticas —en especial la India— desperdiciaron varias décadas por la premisa errónea de que las instituciones socialistas promovidas en la Unión Soviética eran superiores a las instituciones de mercado de Estados Unidos. Sin embargo, desde comienzos de la década de 1950 un creciente grupo de países del este de Asia siguieron a Japón en su imitación del modelo industrial de Occidente, empezando con tejidos y acero, y ascendiendo en la cadena de valor a partir de ahí. La «descarga» de las aplicaciones occidentales era ahora más selectiva. La competencia interna y el gobierno representativo eran los rasgos menos importantes del desarrollo asiático, mientras que la ciencia, la medicina, la sociedad de consumo y la ética del trabajo (menos protestante de lo que creyera Max Weber) eran mucho más importantes. Hoy, Singapur figura en el tercer puesto del *ranking* de competitividad más reciente del Foro Económico Mundial (que hace referencia a la competitividad con otros países). Hong Kong ocupa el undécimo puesto, seguido de Taiwan (decimotercero), Corea del Sur (vigésimo segundo) y China (vigésimo séptimo).[19] Este viene a ser también más o menos el orden en el que estos países occidentalizaron sus economías.



Patentes concedidas por país de origen del solicitante, 1995-2008

Hoy, el PIB per cápita de China es el 19 por ciento del de Estados Unidos, frente a solo un 4 por ciento cuando se inició la reforma económica hace poco más de treinta años. Hong Kong, Japón y Singapur estaban ya en puestos destacados en 1950, Taiwan se incorporó en 1970, y Corea del Sur, en 1975. Según la organización Conference Board, el PIB per cápita de Singapur es actualmente un

21 por ciento superior al de Estados Unidos; el de Hong Kong es aproximadamente el mismo; los de Japón y Taiwan son alrededor de un 25 por ciento inferiores, y el de Corea del Sur es un 36 por ciento más bajo.[20] Sería muy osado apostar que China no va a seguir la misma trayectoria en las próximas décadas. La de China ha sido la mayor y más rápida de todas las revoluciones industriales. En el lapso de veintiséis años su PIB se ha multiplicado por diez. El Reino Unido necesitó setenta años, a partir de 1830, para multiplicar el suyo por cuatro. Según el Fondo Monetario Internacional, la parte del PIB global (medido en precios actuales) correspondiente a China superará el umbral del 10 por ciento en 2013. Antes de la crisis financiera los economistas de Goldman Sachs pronosticaban que China superaría a Estados Unidos en cuanto al PIB en 2027.[21] Pero la crisis financiera ha reducido el crecimiento estadounidense más que el chino. De persistir las tasas de crecimiento actuales, la economía de China podría sobrepasar a la de Estados Unidos en 2014 en términos de poder adquisitivo nacional, y en 2020 en términos de dólares actuales.[22] De hecho, en algunos aspectos el siglo asiático ha llegado ya. China está a punto de superar el porcentaje estadounidense de fabricación global, tras sobrepasar a Alemania y Japón desde comienzos del nuevo siglo. La mayor ciudad de China, Shanghai, es ya mucho más grande que cualquier ciudad estadounidense, y encabeza un nuevo *ranking* de megalópolis no occidentales. En cifras escuetas, obviamente, hace mucho que Asia es la región más populosa del mundo. Pero el rápido crecimiento de la población de África hace de la decadencia de Occidente casi una certeza. En 1950, Occidente, tal como lo definía Samuel Huntington —Europa occidental, Norteamérica y Australasia—, representaba el 20 por ciento de la población del mundo; en 2050, según las Naciones Unidas, la cifra será del 10 por ciento.[23] Los propios datos de Huntington apuntan a la decadencia occidental en varias dimensiones distintas: lengua (proporción occidental reducida en 3 puntos porcentuales entre 1958 y 1992); religión (reducida en algo menos de 1 punto porcentual entre 1970 y 2000); territorio controlado (reducido levemente entre 1971 y 1993); población (reducido en 3 puntos porcentuales desde 1971); producto interior bruto (reducido en más de 4 puntos porcentuales entre 1970 y 1992),[*] y mano de obra militar (reducida en casi 6 puntos porcentuales entre 1970 y 1991). En la mayoría de los casos, la disminución relativa resulta mucho más marcada si se mide desde 1913 o 1938.[24]

La crisis financiera que se inició en el verano de 2007 debería entenderse, pues, como el acelerador de una tendencia ya bien establecida de relativa decadencia occidental. Fue algo que estuvo muy cerca de ser una Gran Depresión. Y las razones por las que se quedó solo en una Pequeña Depresión son tres: en primer lugar, la enorme expansión del crédito bancario chino, que mitigó el efecto de la caída de las exportaciones a Occidente; en segundo lugar, la masiva expansión de la base monetaria estadounidense implementada por el presidente de la Reserva Federal, Ben Bernanke; y en tercer lugar, los inmensos déficit fiscales en los que incurrieron casi todos los países desarrollados, encabezados por Estados Unidos, con empréstitos superiores al 9 por ciento del PIB en tres años consecutivos. Estas políticas —diametralmente opuestas a lo que se hizo a comienzos de la década de 1930— salvaron a la economía mundial de una caída en picado a partir de junio de 2009. Pero hoy el mundo desarrollado está en la fase de resaca que sigue a toda forma de estímulo excesivo. Por

diversas razones, las políticas fiscales de tres países de la Eurozona, Grecia, Irlanda y Portugal, han perdido credibilidad a los ojos de los inversores en bonos públicos, haciendo subir sus costes de empréstito y agudizando sus dificultades fiscales. Observando la tendencia a largo plazo de la deuda pública en dichos países, como el Banco de Pagos Internacionales hizo a principios de 2010, puede verse por qué.[25] La crisis financiera vino a sumarse a un problema estructural ya grave de acumulación de deuda. Sin embargo, podría decirse lo mismo tanto del Reino Unido como de Estados Unidos; y en el momento de redactar estas líneas solo el primero ha tomado medidas para abordar el problema.

Es importante recordar que la mayoría de los casos de colapso de civilizaciones están asociados a crisis fiscales además de guerras. Todos los ejemplos que acabamos de ver vinieron precedidos por fuertes desequilibrios entre los ingresos y los gastos, y también por dificultades para financiar la deuda pública. Pensemos en la España del siglo XVI. Ya en 1543 casi las dos terceras partes de la renta ordinaria se emitieron a interés en forma de juros, los empréstitos con los que se financiaba la monarquía de los Habsburgo. En 1559, los pagos de intereses totales de los juros excedían la renta ordinaria española; la situación no había mejorado mucho en 1584, cuando se emitió a interés el 84 por ciento de la renta ordinaria, y en 1598 la proporción había pasado a ser del ciento por ciento. O pensemos en la Francia del siglo XVIII. Entre 1751 y 1788, en vísperas de la Revolución, los pagos de intereses y amortizaciones pasaron de poco más de la cuarta parte de los ingresos tributarios al 62 por ciento de estos. Luego está el caso de la Turquía otomana en el siglo XIX. La amortización de la deuda pasó del 17 por ciento de la renta en 1868 al 32 por ciento en 1871, y luego al 50 por ciento en 1877, dos años después del enorme impago que llevó a la desintegración del Imperio otomano en los Balcanes. Finalmente, consideremos el caso de Gran Bretaña en el siglo XX. A mediados de la década de 1920, los gastos de la deuda absorbían el 44 por ciento del total del gasto público, superando al gasto de defensa todos los años hasta 1937, cuando finalmente se emprendió el rearme en serio. Pero adviértase que los verdaderos problemas para Gran Bretaña vinieron a partir de 1945, cuando una proporción sustancial de su carga de deuda, ahora inmensa, estaba en manos extranjeras. De los 21.000 millones de libras de la deuda nacional al final de la guerra, alrededor de 3.400 millones se debían a acreedores extranjeros, una cantidad equivalente aproximadamente a la tercera parte del PIB.[26]

Desde 2001, en tan solo diez años, la deuda federal de Estados Unidos en manos públicas, expresada como porcentaje del PIB, se ha duplicado, pasando del 32 por ciento a un 66 por ciento previsto para 2011. Según las proyecciones de 2010 de la Oficina Presupuestaria del Congreso (utilizando el denominado «escenario fiscal alternativo», que la Oficina considera políticamente más probable que el «escenario de referencia ampliado»), la deuda podría elevarse por encima del 90 por ciento del PIB en 2021, y podría alcanzar el 150 por ciento en 2031 y el 300 por ciento en 2047.[27] Adviértase que estas cifras no tienen en cuenta los 100 billones de dólares previstos para el pasivo flotante de los sistemas de seguridad social y asistencia médica gratuita; ni tampoco incluyen los déficit rápidamente crecientes de los diversos estados, ni el pasivo, también creciente, de los planes de pensiones de los funcionarios. Desde esta perspectiva, la posición fiscal de Estados Unidos en 2009 era peor que la de Grecia. Con una ratio deuda/renta del 312 por ciento, este último país se hallaba claramente en una posición insostenible; pero, según los cálculos de Morgan Stanley,

la ratio deuda/renta de Estados Unidos era de un 358 por ciento.[28]

Estas cifras son malas, pero en el ámbito de la estabilidad financiera el papel de la percepción es más importante en muchos aspectos. Por el momento, el mundo sigue esperando que Estados Unidos logre salir del paso, haciendo finalmente lo correcto cuando, según la expresión comúnmente atribuida a Churchill, se hayan agotado todas las demás posibilidades. Las pasadas alarmas sobre el déficit en la década de 1980 fueron exageradas, y a finales de la de 1990 el gobierno federal tenía superávit. Entonces, ¿por qué preocuparse? Tal autocomplacencia puede persistir durante un período sorprendentemente largo, hasta mucho después de que los indicadores estadísticos hayan empezado a mostrar luces rojas. Pero un día, una mala noticia aparentemente aleatoria —quizá un informe negativo de una agencia de calificación— saltará a los titulares durante un ciclo de noticias por lo demás tranquilo. De repente ya no serán solo unos cuantos especialistas los que se preocupan por la sostenibilidad de la política fiscal estadounidense, sino la opinión pública en general, por no hablar de los inversores extranjeros. Es este cambio el que resulta crucial, ya que cualquier sistema adaptativo complejo pasa a enfrentarse a un grave problema cuando una masa crítica de sus integrantes pierde la fe en su viabilidad. A partir del verano de 2007, el sistema complejo de la economía global pasó del auge a la quiebra porque las expectativas de los inversores sobre la probabilidad de impago de las hipotecas *subprime* cambiaron de repente, provocando enormes agujeros en los modelos de negocio de miles de instituciones financieras extremadamente apalancadas. La siguiente fase de la crisis actual puede iniciarse cuando los mismos inversores reconsideren la solvencia del propio gobierno de Estados Unidos. Ningún tipo de interés al cero ni ningún estímulo fiscal pueden lograr una recuperación sostenible si la gente de Estados Unidos y del extranjero decide colectivamente que tales medidas conducirán a unas tasas de inflación mucho más altas o directamente a un impago. Tal como el economista Thomas Sargent demostró hace dos décadas, se trata de decisiones que entrañan su propia realización, dado que no es la oferta de base monetaria lo que determina la inflación, sino la velocidad de su circulación, la cual, a su vez, está en función de las expectativas.[29] Del mismo modo, no es la ratio deuda/PIB lo que determina la solvencia de un gobierno, sino el tipo de interés que demandan los inversores. Los rendimientos de los bonos pueden dispararse si cambian las expectativas sobre la futura solvencia o la estabilidad monetaria de un gobierno, intensificando una crisis fiscal ya mala de por sí al hacer subir el coste de los pagos de intereses de la nueva deuda. El resultado es una especie de mortífera espiral de confianza decreciente, rendimientos crecientes y déficit crecientes. Eso fue precisamente lo que les ocurrió a Grecia, Irlanda y Portugal en 2010.

Es cierto, desde luego, que Japón ha sido capaz de aumentar su deuda pública a niveles aún más altos con relación al PIB sin provocar tal crisis de confianza. Sin embargo, casi toda la deuda japonesa está en manos de instituciones e inversores japoneses, mientras que la mitad de la deuda pública federal de Estados Unidos está en manos de acreedores extranjeros, con algo más de la quinta parte de ella en posesión de las autoridades monetarias de la República Popular China. Solo el «desorbitado privilegio» de poder imprimir la principal divisa de reserva del mundo da algo de respiro a Estados Unidos.[30] No obstante, incluso este mismo privilegio es objeto de un creciente ataque por parte del gobierno chino. «Dado que la emisión de dólares de Estados Unidos está fuera de control y los precios de los productos básicos internacionales siguen subiendo —declaraba el

ministro de Comercio chino, Chen Deming, en octubre de 2010—, China está siendo atacada por una inflación importada.»[31] Para Xia Bin, asesor económico del Banco Popular de China, Estados Unidos se ha embarcado en una «incontrolada» e «irresponsable» impresión de dinero: «Mientras el mundo no ejerza ninguna restricción a la emisión de divisas globales como el dólar… será inevitable que se produzca otra crisis».[32] Asimismo, para Su Jingxiang, un investigador del Instituto de Relaciones Internacionales Contemporáneas de China, la atenuación cuantitativa (la compra de letras del Tesoro por parte de la Reserva Federal) era una forma de «proteccionismo financiero».[33] En noviembre de 2010, la agencia de calificación crediticia Dagong rebajó la deuda de Estados Unidos de AA a A+, con una perspectiva negativa.

La inquietud de China resulta comprensible. Los precios de casi todos los productos básicos se han disparado desde el punto álgido de la crisis.[*] Tampoco es sorprendente que la cantidad de letras del Tesoro estadounidenses que oficialmente posee China se redujeran en torno a un 10 por ciento entre julio de 2009 y junio de 2010.[34] Pese a haberse situado el precio de la onza de oro en la cifra sin precedentes de 1.400 dólares, en 2010 los chinos empezaron a comprar este metal, un consagrado seguro contra la inflación. Sin embargo, Estados Unidos no teme a la inflación, sino a la deflación. Los precios están subiendo a la tasa más baja desde la década de 1950, cuando se creó el índice de precios al consumo. Pese a todos los esfuerzos de la Reserva Federal, el dinero en sentido amplio se contrae y el crédito se niega tercamente a crecer. Aunque los rendimientos nominales de los bonos a diez años se mantienen bajos, ello se traduce en que probablemente los tipos de interés reales a largo plazo seguirán siendo positivos en un futuro inmediato, lo que significa que no hay ninguna escapatoria inflacionaria fácil a la colosal carga de deuda que soportan a la vez las familias, los bancos y el gobierno, como la que se alcanzó en muchos países en las décadas de 1920 y 1970. El crecimiento seguirá siendo lento, lo que también significa que el gobierno federal seguirá incurriendo en déficit, aunque más pequeños. Y ello se traducirá en una creciente factura de intereses. Según el escenario fiscal alternativo de la Oficina Presupuestaria del Congreso, los pagos de intereses de la deuda federal pasarán del 9 por ciento de los ingresos tributarios federales al 20 por ciento en 2020, el 36 por ciento en 2030 y el 58 por ciento en 2040.[35]

Cifras como estas implican, entre otras cosas, una rápida reducción de los compromisos militares estadounidenses en el extranjero. La Oficina está calculando ya lo qué se ahorraría si el número de soldados desplegados en el extranjero se redujera a 30.000 en 2013.[36] Eso es exactamente lo que cabe esperar que ocurra cuando los pagos de intereses superen al gasto militar como proporción de la renta federal, tal como pronto van a hacer.

¿El desplazamiento del centro de gravedad mundial de Occidente a Oriente implica un futuro conflicto? En un fundamental ensayo, Samuel Huntington predecía que el siglo XXI estaría marcado por «un choque de civilizaciones», en el que Occidente se vería enfrentado a un Extremo Oriente «sínico» y un Gran Oriente Próximo musulmán, y quizá también a la civilización ortodoxa del antiguo Imperio ruso.[37] «Los principales conflictos de la política global —escribía— ocurrirán entre naciones y grupos de diferentes civilizaciones. El choque de civilizaciones dominará la política global. Las líneas de falla entre civilizaciones serán las líneas de batalla del futuro.»[38] Tras su

publicación, se plantearon numerosas objeciones a esta predicción.[39] Sin embargo, parece ser una mejor descripción del mundo posterior a la guerra fría que las teorías rivales que Huntington descartó: que habría «un solo mundo» posthistórico (o neoconservador) bajo el liderazgo estadounidense; o una, más realista, contienda general entre casi 200 estados-nación, o simplemente una absoluta «apolaridad», también conocida como caos.

Sin embargo, el modelo de Huntington tiene un gran defecto: como profecía —hasta el momento—, no ha logrado materializarse. Huntington sostenía que «los conflictos entre grupos de civilizaciones distintas serán más frecuentes, más sostenidos y más violentos que los conflictos entre grupos de una misma civilización». Pero no ha sido ese el caso. Desde el final de la guerra fría no ha habido ningún aumento de la guerra entre civilizaciones. Ni tampoco las guerras entre miembros de civilizaciones distintas parecen durar más que otros conflictos.[40] La mayoría de las guerras de las dos últimas décadas han sido guerras civiles, pero solo una minoría de ellas se han adecuado al modelo de Huntington. Casi siempre, las guerras del Nuevo Desorden Mundial se han librado entre grupos étnicos dentro de una de las civilizaciones de Huntington. Para ser más exactos: de los treinta grandes conflictos armados todavía vigentes o que hacía poco que habían terminado en 2005 —doce años después de la publicación del ensayo original de Huntington—, solo nueve podía considerarse que se libraban en cierto sentido entre civilizaciones, en cuanto que un bando era predominantemente musulmán y el otro no musulmán. Diecinueve eran en esencia conflictos étnicos; los peores, las guerras que siguen acosando África Central, seguidas de cerca por las guerras del Gran Oriente Próximo, donde la inmensa mayoría de las víctimas han sido musulmanes muertos a manos de otros musulmanes.[41] Asimismo, muchos de los conflictos que tienen una dimensión religiosa son también conflictos étnicos; a menudo la afiliación religiosa tiene que ver más con el éxito local de los misioneros en el pasado relativamente reciente que con la pertenencia desde antiguo a una civilización cristiana o musulmana. Parece más probable, pues, que el futuro traiga múltiples guerras locales —la mayor parte de ellas, conflictos étnicos en África, el sur de Asia y Oriente Próximo— antes que una colisión global de civilizaciones. De hecho, estas tendencias centrífugas podrían acabar por desarticular las propias civilizaciones identificadas por Huntington. En suma: donde dice «choque de civilizaciones» léase «disloque de civilizaciones».

En el exitoso videojuego *Civilization*, creado por Sid Meier en 1991 y actualmente en su quinta versión, los jugadores pueden elegir entre 16 civilizaciones rivales, desde la estadounidense hasta la zulú. El reto consiste en «construir un imperio que resista la prueba del tiempo» en competencia con otros cuyo número oscila entre dos y seis. Hoy se puede ganar el juego de una de estas tres formas: si se llega al final de la era moderna con la puntuación más alta, si se gana la carrera espacial llegando al sistema estelar de Alfa Centauri, o si se destruye a todas las demás civilizaciones. Pero ¿es así realmente cómo funciona el proceso histórico? Como hemos visto, la civilización occidental, en la forma de las monarquías y repúblicas de la Europa occidental, destruyó o subyugó de hecho a casi todas las demás civilizaciones del mundo más o menos a partir de 1500. Sin embargo, gran parte de ello se logró con un mínimo de conflicto directo, al menos en comparación con el número y la escala de las guerras que las propias potencias occidentales libraron mutuamente.[42] El estancamiento económico y la marginación geopolítica de China fueron consecuencia, no de las guerras del opio, sino de una prolongada esclerosis interna inherente al sistema de cultivo de Extremo Oriente y al

sistema de gobierno imperial. La retirada del Imperio otomano del continente europeo, y su declive de gran potencia a sociedad «enferma», se debió solo superficialmente a las derrotas militares, ya que dichas derrotas se debieron a su vez a una incapacidad crónica de participar en la revolución científica. No hubo ningún conflicto a gran escala entre las civilizaciones americanas del norte y el sur; la primera simplemente fue superior a nivel institucional a la segunda, y pronto adquirió los medios para intervenir a voluntad en los asuntos del sur. Del mismo modo, las guerras libradas por los imperios europeos en África fueron trivialmente pequeñas comparadas con las guerras que estos libraron entre sí en la propia Europa. La subyugación de África fue un logro de la escuela misionera, la oficina de telégrafos y el laboratorio tanto como de la ametralladora Maxim. La revolución industrial y la sociedad de consumo no tuvieron que imponerse a los países no occidentales: si tenían un mínimo de sentido común, las adoptaban ambas voluntariamente, como hicieron los japoneses. En cuanto a la ética del trabajo, esta se difundió hacia el este, no por la espada, sino por la pluma; sobre todo, gracias a la importante mejora de la sanidad y la enseñanza públicas alcanzada a partir de mediados del siglo XX.

Es desde esta perspectiva como debemos entender el auge de China en nuestro tiempo. Pese a la frecuentemente manifestada preferencia china por un «ascenso tranquilo», algunos analistas ya detectan los primeros signos del choque de civilizaciones de Huntington. A finales de 2010, la reanudación de la atenuación cuantitativa por parte de la Reserva Federal estadounidense pareció provocar una guerra monetaria entre Estados Unidos y China. Si «los chinos no toman medidas» para poner fin a la manipulación de su moneda —declaraba en Nueva York el presidente Obama en septiembre de ese año—, «tenemos otros medios de proteger los intereses de Estados Unidos».[43] El primer ministro chino, Wen Jiabao, no tardó en responder: «No sirve de nada presionarnos sobre el tipo del renminbi… Muchas de nuestras empresas de exportación tendrían que cerrar, los trabajadores inmigrantes tendrían que regresar a sus aldeas. Si China experimentara turbulencias sociales y económicas, sería un desastre para el mundo».[44] Tales batallas dialécticas, sin embargo, no reivindican a Huntington más de lo que pudieran hacerlo los ocasionales incidentes navales sino-americanos o las disputas diplomáticas sobre Taiwan o Corea del Norte. Eran, de hecho, una forma de *pi ying xi*, el teatro tradicional chino de marionetas de sombras. La verdadera guerra monetaria se libraba entre «Chimérica» —las economías unidas de China y Norteamérica— y el resto del mundo. Si Estados Unidos imprimía dinero mientras China seguía en la práctica vinculando su moneda al dólar, ambas partes se beneficiaban, mientras que los perdedores serían países como Indonesia y Brasil, cuyos tipos de cambio reales ponderados se apreciaron entre enero de 2008 y noviembre de 2010, respectivamente, en un 18 por ciento y un 17 por ciento.

Sin duda, Chimérica ya ha dejado atrás sus días de esplendor; como matrimonio económico entre un despilfarrador y un ahorrador está mostrando todos los signos de haber tocado fondo.[45] Con la producción de China a mediados de 2010 en torno a un 20 por ciento por encima de su nivel previo a la crisis, y la de Estados Unidos todavía un 2 por ciento por debajo, parece claro que la simbiosis ha resultado más beneficiosa para el acreedor que para el deudor. Los políticos estadounidenses recitan el mantra «ellos nos necesitan a nosotros tanto como nosotros a ellos», y mencionan la famosa frase de Lawrence Summers sobre «la destrucción financiera mutuamente asegurada». Ignorantes de ello, los líderes de China ya tienen un plan para liquidar Chimérica y reducir su dependencia de la

acumulación de reservas en dólares y las exportaciones subvencionadas. Este no es tanto un plan para la dominación mundial según el modelo del imperialismo occidental como una estrategia para restablecer China como «Reino del Medio», el Estado tributario dominante en la región de Asia-Pacífico.[46] Si hubiera que resumir la nueva gran estrategia de China, el mejor modo de hacerlo podría ser definiéndola, a la manera de Mao, como los «Cuatro Mases»:

1. Consumir más.
2. Importar más.
3. Invertir más en el extranjero.
4. Innovar más.

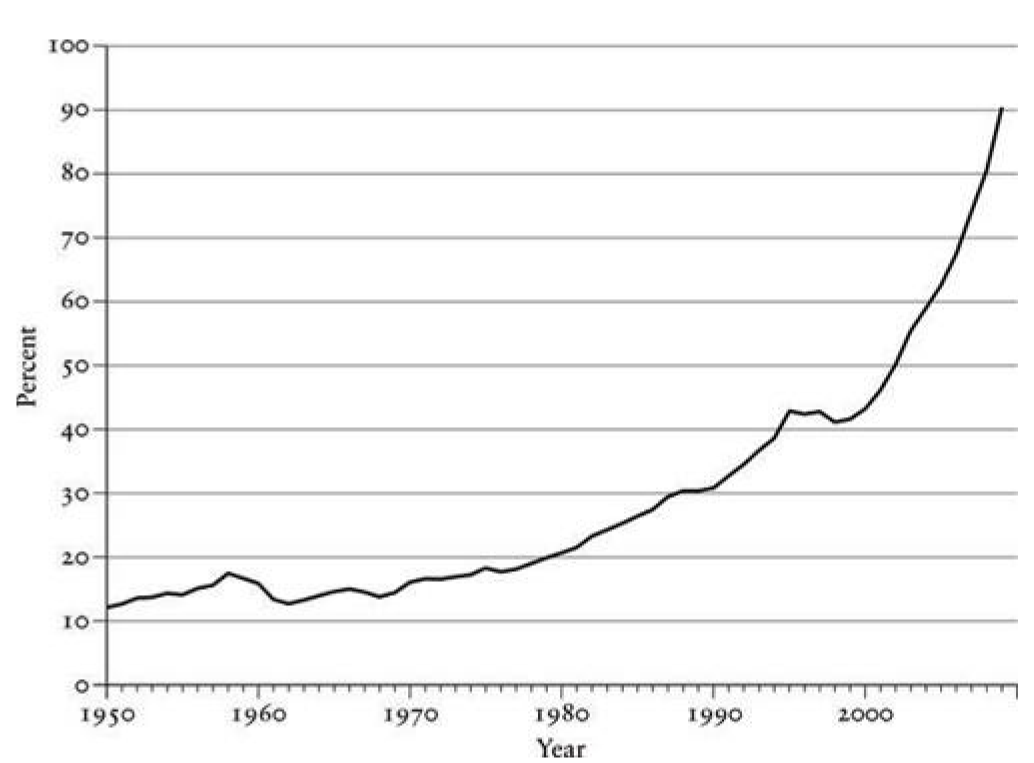
En cada caso, un cambio de estrategia económica promete ofrecer un jugoso dividendo geopolítico.

Consumiendo más, China puede reducir y reducirá su superávit comercial, y de paso se ganará el favor de sus principales socios comerciales, especialmente los demás mercados emergentes. China acaba de superar a Estados Unidos como el mayor mercado de automóviles del mundo (14 millones de ventas al año frente a 11 millones), y se prevé que su demanda se multiplique por diez en los próximos años. En 2035, según la Agencia Internacional de la Energía, China utilizará una quinta parte de toda la energía global, lo que representa un incremento del 75 por ciento desde 2008.[47] Según estimaciones del Instituto Mundial del Carbón, en 2009 el país representó aproximadamente el 46 por ciento del consumo global de esta fuente de energía, y asimismo consume una parte similar de la producción de aluminio, cobre, níquel y zinc del planeta. Tales cifras se traducen en grandes ganancias para los exportadores de estos y otros productos básicos. China ya es el mayor mercado de exportación de Australia, y en 2009 adquirió el 22 por ciento de las exportaciones australianas. Asimismo, compra el 12 por ciento de las exportaciones de Brasil y el 10 por ciento de las de Sudáfrica. También se ha convertido en uno de los principales compradores de productos manufacturados de alto valor de Japón y Alemania. Antaño China fue principalmente exportadora de productos manufacturados de bajo valor. Ahora que el país representa nada menos que una quinta parte del crecimiento global, se ha convertido en el más dinámico de los nuevos mercados para los productos de los demás. Y eso le hace ganar amigos.

Sin embargo, los chinos se sienten con razón inquietos ante las variaciones de los precios de los productos básicos en los mercados mundiales; ¿cómo podría ser de otro modo después de las enormes oscilaciones de precios del período 2004-2010? De modo que para ellos tiene sentido invertir en el extranjero a fin de adquirir activos destinados a la producción de productos básicos, desde yacimientos petrolíferos en Angola hasta minas de cobre en Zambia. En tan solo un mes (enero de 2010), los inversores chinos hicieron inversiones directas por valor de un total de 2.400 millones de dólares en 420 empresas extranjeras de 75 países y regiones. Una abrumadora mayoría de las inversiones se realizaron en Asia (el 45 por ciento) y en África (el 42 por ciento). Los principales sectores fueron la minería, la industria petroquímica y las infraestructuras de comunicaciones.[48] Hoy, la forma de operar china se halla ya bien establecida en toda África. Los acuerdos habituales intercambian inversiones en carreteras y otras infraestructuras por prolongados arriendos de minas o

de tierras agrícolas; y ello sin hacer demasiadas preguntas sobre violaciones de derechos humanos o sobre corrupción política.[49] Cuando se les cuestionó sobre las relaciones económicas de China con Sudán, en el apogeo del genocidio de Darfur, el subsecretario de Asuntos Exteriores chino respondió simplemente: «Los negocios son los negocios».[50] En julio de 2008, el enviado especial chino Liu Guijin reafirmó la política de China con respecto a la ayuda a África: «No imponemos condiciones políticas. Hay que entender que las circunstancias políticas y económicas [de África] no son las ideales. Pero no tenemos que esperar a que todo sea satisfactorio o que los derechos humanos sean perfectos».[51]

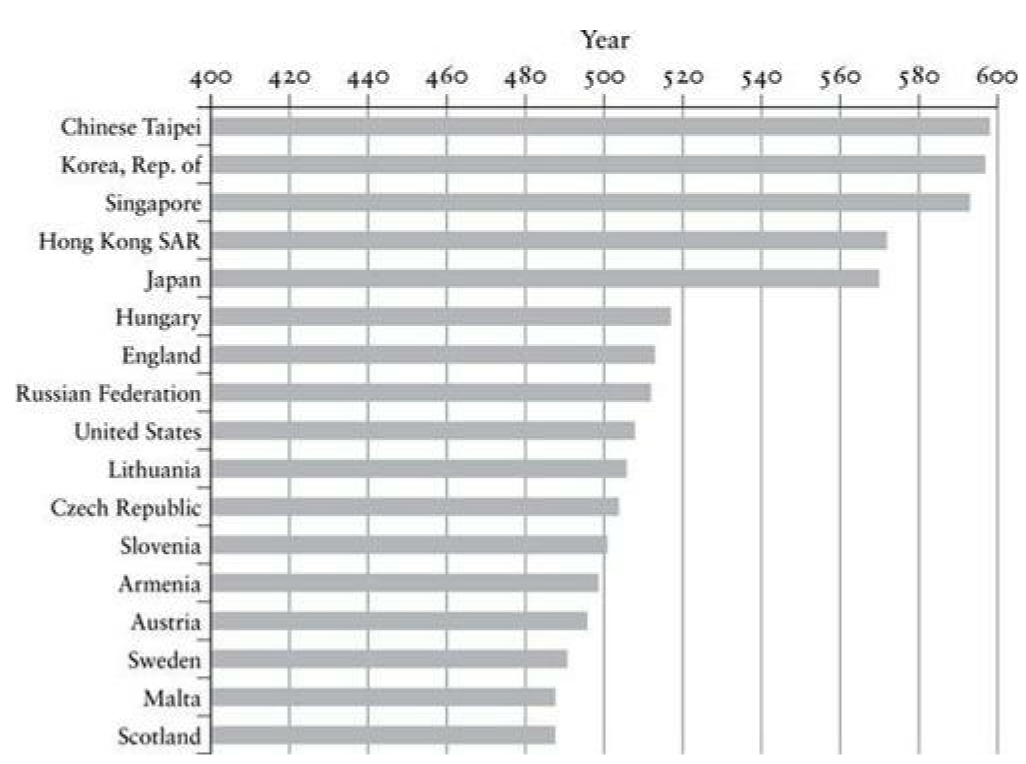
La creciente inversión extranjera en recursos naturales no solo tiene sentido como estrategia de diversificación para reducir la exposición de China al riesgo de depreciación del dólar. También permite a este país incrementar su poder financiero, entre otras cosas por medio de su vasto e influyente fondo soberano de inversión, la Corporación de Inversiones de China, que tiene alrededor de 200.000 millones de dólares en activos. Y la inversión en el extranjero justifica los ambiciosos proyectos de China para su expansión naval. En palabras del contraalmirante Zhang Huachen, subcomandante de la Flota del Mar Oriental: «Con la expansión de los intereses económicos del país, la marina quiere proteger mejor sus rutas de transporte y la seguridad de nuestras principales vías marítimas».[52] El mar de la China meridional se considera cada vez más de «interés nacional esencial», y se ha proyectado la construcción de puertos de aguas profundas en Pakistán —en el antiguo enclave omaní de Gwadar—, así como en Birmania y Sri Lanka. Es este un patrón marítimo muy distinto del modelo del almirante Zheng He (véase el capítulo 1), y proviene directamente del manual de la Marina Real británica de la era victoriana.



PIB de la Gran China expresado como porcentaje del de Estados Unidos, 1950-2009

Por último, y contrariamente a la opinión de que China está condenada a ser solo una cadena de montaje para productos «diseñados en California», hoy China innova más, aspirando a convertirse en el primer fabricante mundial (por ejemplo) de turbinas eólicas y paneles fotovoltaicos. En 2007,

China superó a Alemania en el número de nuevas solicitudes de patentes. Pronto hará lo mismo en cuanto a patentes concedidas, tras haber superado ya a Gran Bretaña en 2004, a Rusia en 2005 y a Francia en 2006. Desde 1995, el número de nuevas patentes concedidas a innovadores chinos se ha multiplicado por veintinueve.[33] Esto forma parte de un panorama más amplio de hegemonía oriental. China ha multiplicado por seis su gasto en investigación y desarrollo en la última década, ha incrementado en más del doble su número de científicos y actualmente solo le supera Estados Unidos en producción anual de revistas científicas y en capacidad de supercomputación. Sigue habiendo una diferencia significativa en cuanto al número de citas internacionales de investigaciones estadounidenses y chinas, pero hay buenas razones para esperar que dicha diferencia acabe por desaparecer.[54] Quizá la evidencia más convincente de que el desplazamiento de Occidente a Oriente es real radique en el ámbito de la enseñanza. En un estudio realizado en 2005 sobre el rendimiento académico de las personas de veinticinco a treinta y cuatro años, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico encontró un alarmante diferencial entre los países con resultados superiores, Corea del Sur y Japón, y los rezagados, Gran Bretaña e Italia.[55] La misma brecha se manifiesta en las pruebas estandarizadas de aptitud matemática realizadas entre alumnos de catorce años, donde los estudiantes de Singapur superan de lejos a los de Escocia: los primeros se sitúan un 19 por ciento por encima de la media internacional; los segundos, un 3 por ciento por debajo.[56]



Nota media de matemáticas de los estudiantes de octavo curso (±14 años), 2007

¿Qué podría frustrar el auge del dragón chino? Hay al menos cuatro hipótesis distintas propuestas por aquellos que esperan que tropiece. La primera es que en el caso de Japón solían hacerse proyecciones similares de ascenso inexorable. También se suponía que este país iba a superar a Estados Unidos y a convertirse en la superpotencia económica global número uno. Por lo tanto, prosigue el razonamiento, también China podría sufrir un día la misma suerte que Japón a partir de 1989. Precisamente porque los sistemas económicos y políticos no son realmente competitivos, una

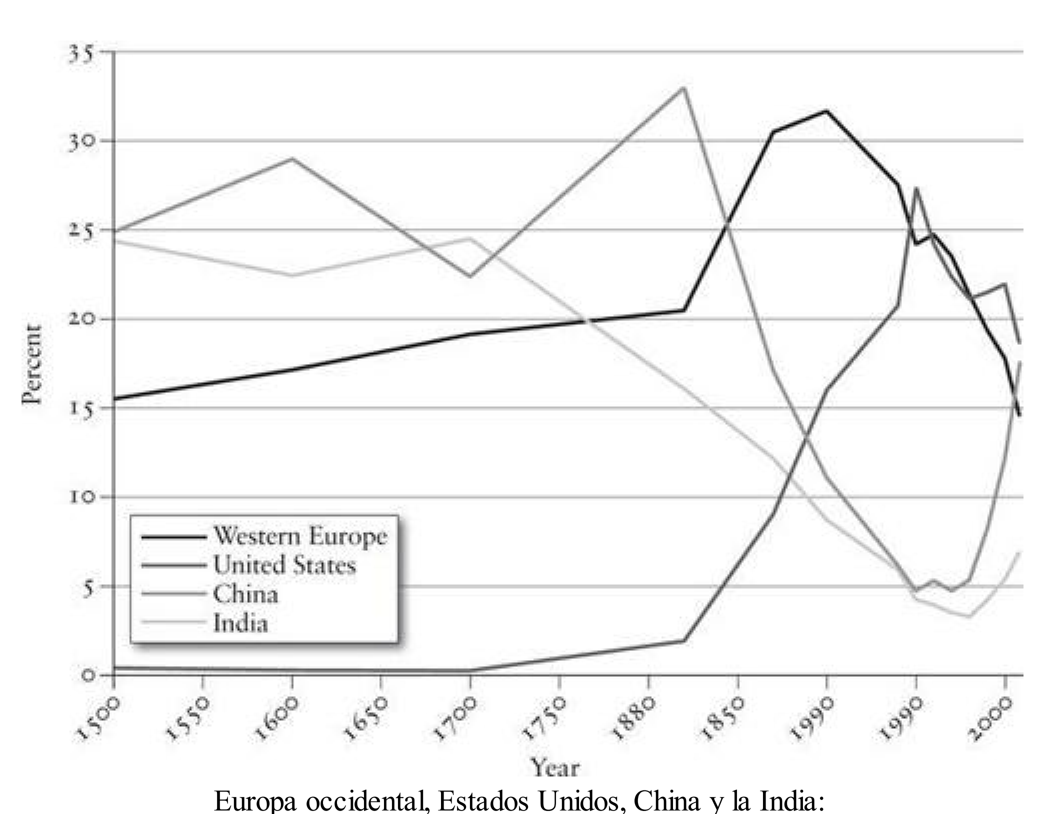
burbuja inmobiliaria o bursátil y su posterior pinchazo podrían cargar al país con bancos zombis, crecimiento plano y deflación, justo la grave situación que ha vivido Japón durante la mayor parte de las dos últimas décadas. La réplica a este argumento es que no era probable que un archipiélago de la costa este de Eurasia pudiera equipararse en ningún momento a una potencia continental como Estados Unidos. Sí resultaba creíble predecir incluso hace un siglo que Japón se adelantaría al Reino Unido, su equivalente occidental —tal como de hecho hizo—, pero no que alcanzaría a Estados Unidos. Además, la derrota de Japón en 1945 significó que a lo largo de todo su período de auge económico hubiera de depender de Estados Unidos para su seguridad, y, por lo tanto, tuviera que someterse a una apreciación monetaria más o menos forzosa, como, por ejemplo, en los Acuerdos del Plaza de 1985.

Una segunda posibilidad es que China pudiera sucumbir al malestar social, como con tanta frecuencia le ha sucedido en el pasado. Al fin y al cabo, sigue siendo un país pobre que ocupa el puesto 86.º del mundo en términos de renta per cápita, con 150 millones de sus ciudadanos —casi uno de cada diez— viviendo con el equivalente a 1,50 dólares al día o menos. La desigualdad ha experimentado un marcado aumento desde la introducción de las reformas económicas, de modo que su distribución de la renta es hoy característicamente americana (aunque no precisamente brasileña). Se estima que actualmente un 0,4 por ciento de las familias chinas poseen alrededor del 70 por ciento de la riqueza del país. Si a estas disparidades económicas se añaden los problemas crónicos de contaminación del aire, el agua y el suelo, no resulta sorprendente que las zonas más pobres del interior rural de China sean propensas a experimentar oleadas de protestas. Sin embargo, solo una imaginación febril podría construir un escenario revolucionario con tan magros fundamentos. Puede que el crecimiento económico haya hecho de China una sociedad más desigual, pero el régimen capitalista-comunista disfruta en la actualidad de unos niveles de legitimidad excepcionalmente elevados a los ojos de su propio pueblo.[57] De hecho, los datos de los sondeos sugieren que hoy los chinos están más comprometidos con la idea del libre mercado que los estadounidenses. La verdadera amenaza social para la estabilidad de China es de índole demográfica. Como consecuencia de la política del hijo único introducida en 1979, en 2030 China tendrá una población considerablemente más vieja que su vecina de tamaño comparable, la India. El porcentaje de la población de sesenta y cinco o más años será del 16 por ciento, mientras que en 1980 era solo del 5 por ciento. Y el desequilibrio de género en provincias como Anhui, Hainan, Guangdong y Jiangxi alcanza ya cifras sin parangón en una sociedad moderna: entre un 30 y un 38 por ciento más de hombres que de mujeres.[58] La próxima revolución china, si es que va a haber una, la encabezarán solteros frustrados. Pero la historia sugiere que los hombres jóvenes sin mujeres tienen tantas probabilidades de abrazar el nacionalismo radical como la revolución.

Un tercer escenario plausible vendría dado por la posibilidad de que la creciente clase media, como tantas veces en la historia occidental, exigiera una mayor representación política de la que actualmente tiene. China fue antaño una sociedad rural: en 1990 tres de cada cuatro chinos vivían en el campo. Hoy el 45 por ciento de la población vive en ciudades, y en 2030 la cifra podría elevarse al 70 por ciento. No solo la clase media está creciendo rápidamente en la China urbana: la difusión de la telefonía móvil y de internet significa que ahora esta puede formar sus propias redes horizontales espontáneas como nunca antes. El reto que esto representa lo personifica no el disidente

encarcelado Liu Xiaobo, premio Nobel de la Paz en 2010, quien pertenece a una generación anterior de activistas, sino el corpulento y barbudo artista Ai Weiwei, que ha utilizado su prominencia pública para hacer campaña en favor de las víctimas del terremoto de Sichuan en 2008. La réplica a este argumento viene aquí de una joven productora de televisión residente en Pekín a la que conocí mientras me documentaba para escribir este libro. «Mi generación se considera afortunada —me dijo una noche—. Nuestros abuelos tuvieron el Gran Salto Adelante; nuestros padres tuvieron la Revolución Cultural. Pero nosotros conseguimos estudiar, viajar y ganar dinero. Así que supongo que realmente no pensamos mucho en el tema de la Plaza.» Al principio no entendí qué quería decir, pero luego lo comprendí: se refería al «tema» de la plaza de Tiananmen, la protesta en favor de la democracia aplastada por la fuerza militar en 1989.

El cuarto y último peligro es que China pueda ganarse la antipatía de sus vecinos hasta el punto de que estos graviten hacia una coalición equilibradora liderada por unos Estados Unidos cada vez más realistas. Sin duda no escasea el resentimiento en el resto de Asia con respecto al modo en que China hace valer su fuerza hoy en día. Los planes chinos para desviar los recursos hídricos de la meseta Tibetana Qinghai tienen implicaciones preocupantes para Bangladesh, la India y Kazajistán. En Hanoi se les está acabando la paciencia con el hábito chino de emplear a su propia gente en las minas de bauxita vietnamitas. Y las relaciones con Japón dieron un giro a peor en una disputa sobre las diminutas islas Senkaku/Diaoyu, a las que China impuso un embargo sobre las exportaciones de tierras raras en represalia por la detención de un pescador chino que se había extraviado.[59] Sin embargo, estas fricciones están muy lejos de ser razones suficientes para lo que, de ocurrir, sería el mayor cambio en la política exterior estadounidense desde que Richard Nixon y Henry Kissinger reanudaron las relaciones diplomáticas con China en 1972. Y el 44.º inquilino de la Casa Blanca parece estar muy lejos de la tradición realista de la política exterior estadounidense, pese a la impresión que dejaron sus visitas a la India e Indonesia a finales de 2010.



Europa occidental, Estados Unidos, China y la India:

proporción estimada del PIB global, años escogidos, 1500-2008

El dilema que la potencia «entrante» plantea a la potencia «saliente» siempre resulta doloroso. El coste de oponerse al auge de Alemania resultó ciertamente gravoso para Gran Bretaña; era mucho más fácil pasar a asumir discretamente el papel de socio menor de Estados Unidos. ¿Debería este país tratar de contener a China? ¿O de apaciguar a China? Los sondeos de opinión sugieren que los estadounidenses de a pie no están más seguros de cómo responder que su presidente. En una reciente encuesta realizada por el Pew Research Center, el 49 por ciento de los encuestados dijeron que no esperaban que China «superara a Estados Unidos como primera superpotencia mundial», pero un 46 por ciento opinaban lo contrario.[60] Aceptar un nuevo orden global ya resultó bastante difícil tras la desintegración de la Unión Soviética, que trajo de cabeza a muchos analistas. Pero la guerra fría duró algo más de cuatro décadas y la Unión Soviética nunca estuvo cerca de superar a la economía estadounidense. Lo que hoy estamos viviendo, en cambio, es el final de 500 años de predominio occidental. Esta vez el desafío de Oriente es real, tanto económica como geopolíticamente. Es todavía demasiado pronto para que los chinos proclamen que «ahora somos los amos», aunque es evidente que han dejado de ser los aprendices. Sin embargo, el conflicto de civilizaciones en el sentido de Huntington todavía parece una perspectiva distante. Es más probable que presenciemos la clase de cambio que en los últimos 500 años casi siempre se ha producido en favor de Occidente. Una civilización se hace más débil; otra, más fuerte. La cuestión fundamental no es si ambas chocarán entre sí, sino si la más débil pasará de la debilidad directamente al colapso.

Retirarse de las montañas del Hindú Kush o de las llanuras de Mesopotamia ha sido durante mucho tiempo un presagio de una pronta decadencia y caída. Resulta significativo que la Unión Soviética se retirara de Afganistán en el *annus mirabilis* de 1989 y dejara de existir en 1991. Lo que ocurrió entonces, como los acontecimientos del lejano siglo V, es un recordatorio de que en realidad las civilizaciones no aparecen, crecen, imperan, declinan y caen según algún ciclo vital recurrente y predecible. Son los historiadores quienes retrospectivamente describen el proceso de disolución como un proceso lento con múltiples causas determinantes. Antes bien, las civilizaciones se comportan como todos los sistemas adaptativos complejos. Funcionan en aparente equilibrio durante un período impredecible. Y luego, de manera bastante abrupta, se desmoronan. Por volver a la terminología de Thomas Cole, el pintor de *El curso del imperio*, el paso de la consumación a la destrucción y luego a la desolación no es cíclico. Es repentino. Una representación visual más apropiada del modo en que se desmoronan los sistemas complejos podría ser un viejo póster en blanco y negro, antaño muy popular en miles de residencias universitarias británicas, donde se representaba a un tren de vapor descontrolado que había atravesado la pared de una terminal de ferrocarril de estilo victoriano y asomaba con el morro levantado en la calle adyacente: un freno defectuoso o un conductor durmiente pueden ser lo único que hace falta para precipitarse en el caos.

¿Se puede hacer algo para salvar a la civilización occidental de tal desastre? En primer lugar, no deberíamos ser demasiado fatalistas. Es cierto que las cosas que antaño distinguieron a Occidente del resto del mundo ya no las monopolizamos nosotros solos. Los chinos tienen capitalismo. Los iraníes tienen ciencia. Los rusos tienen democracia. Los africanos están teniendo (poco a poco) medicina moderna. Y los turcos tienen sociedad de consumo. Pero lo que eso significa es que los modos de funcionamiento occidentales no están en declive, sino que prosperan casi en todas partes,

con solo unas pocas bolsas de resistencia. Hoy un creciente número de habitantes del resto del mundo duermen, se duchan, se visten, trabajan, juegan, comer, beben y viajan como los habitantes de Occidente.[61] Además, como hemos visto, la civilización occidental no se reduce a una sola cosa: es un «paquete» de ellas. Tiene que ver con el pluralismo político (múltiples estados y múltiples autoridades) tanto como con el capitalismo; con la libertad de pensamiento como con el método científico; con el imperio de la ley y el derecho de propiedad como con la democracia. Aun hoy, Occidente todavía tiene más de todas estas ventajas institucionales que el resto del mundo. Los chinos no tienen competencia política. Los iraníes no tienen libertad de conciencia. En Rusia se puede votar, pero el imperio de la ley es una farsa. En ninguno de estos países hay una prensa libre. Estas diferencias pueden explicar por qué, por ejemplo, estos tres países van por detrás de los países occidentales en los índices cualitativos que miden el «desarrollo innovador nacional» y la «capacidad de innovación nacional».[62]

Obviamente, la civilización occidental está lejos de carecer de defectos. Ha perpetrado su ración de desafueros históricos, desde las brutalidades del imperialismo hasta la banalidad de la sociedad de consumo. Su intenso materialismo ha tenido toda clase de consecuencias dudosas, entre ellas el «malestar» que Freud nos animaba a consentir. Y desde luego ha perdido aquel ascetismo frugal que a Weber le resultara tan admirable en la ética protestante.

Sin embargo, este paquete occidental todavía parece ofrecer a las sociedades humanas el mejor conjunto disponible de instituciones económicas, sociales y políticas; aquellas que con más probabilidad suscitarán la creatividad humana individual capaz de solucionar los problemas que afronta el mundo del siglo XXI. En el último medio milenio, ninguna civilización lo ha hecho mejor a la hora de descubrir y formar a los genios que acechan en el extremo derecho de la curva de distribución de talento de cualquier sociedad humana. La gran pregunta es si todavía somos capaces o no de reconocer la superioridad de ese paquete. Lo que hace a una civilización real para sus habitantes, en última instancia, no son solo los magníficos edificios de su capital, ni siquiera el hecho de que las instituciones que alberga funcionen a la perfección. En su esencia, una civilización son los textos que se enseñan en sus escuelas, que aprenden sus estudiantes y que se recuerdan en los momentos de tribulación. La civilización de China se basó antaño en las enseñanzas de Confucio. La civilización del islam —del culto de la sumisión— todavía se basa en el Corán. Pero ¿cuáles son los textos fundacionales de la civilización occidental, aquellos que pueden sustentar nuestra creencia en el poder casi ilimitado del ser humano libre y concreto?[*] Y ¿cómo nos las apañamos a la hora de aprenderlos, considerando la aversión de nuestros teóricos pedagógicos al conocimiento formal y el aprendizaje mnemotécnico? Tal vez la verdadera amenaza no la planteen el auge de China, el islam o las emisiones de CO_2, sino la pérdida de nuestra propia fe en la civilización que heredamos de nuestros antepasados.

Nuestra civilización es algo más que —como bromeara el escritor satírico británico P. G. Wodehouse— lo opuesto a unas representaciones de teatro aficionado (véase el epígrafe que encabeza este capítulo). Churchill supo captar un elemento crucial cuando definió el «principio central de la civilización [occidental]» como «la subordinación de la clase dirigente a las costumbres establecidas del pueblo y a su voluntad tal como se expresa en la Constitución»:

> ¿Por qué [se preguntaba Churchill] las naciones no habrían de unirse en un sistema mayor y establecer el imperio de la ley en beneficio de todos? Esa seguramente es la esperanza suprema en la que deberíamos inspirarnos…
>
> Pero es vano imaginar que la mera declaración… de unos principios justos… será de algún valor a menos que estos vengan respaldados por las cualidades de la virtud cívica y el coraje viril —y ciertamente por los instrumentos y organismos de la fuerza y la ciencia[—] que en última instancia deben ser la defensa del derecho y la razón.
>
> La civilización no durará, la libertad no sobrevivirá, la paz no se mantendrá, a menos que una inmensa mayoría de la humanidad se una para defenderlas y para mostrar que se halla dotada de un poder policial que infunda temor a las fuerzas bárbaras y atávicas.[63]

En 1938, aquellas fuerzas bárbaras y atávicas estaban en el extranjero, sobre todo en Alemania. Pero, como hemos visto, estas eran un producto de la civilización occidental tanto como los valores de la libertad y el gobierno legítimo tan caros a Churchill. Hoy, como entonces, la mayor amenaza para la civilización occidental no viene de otras civilizaciones, sino de nuestra propia pusilanimidad, y de la ignorancia histórica que la alimenta.

Ilustraciones



Pequeños reinos guerreros: Inglaterra y Francia vuelven a chocar en la guerra de los Cien Años.



Las cuatro condiciones de la sociedad: Pobreza, Jean Bourdichon, c. 1500.



El triunfo de la muerte, Pieter Brueghel el Viejo, c. 1562.

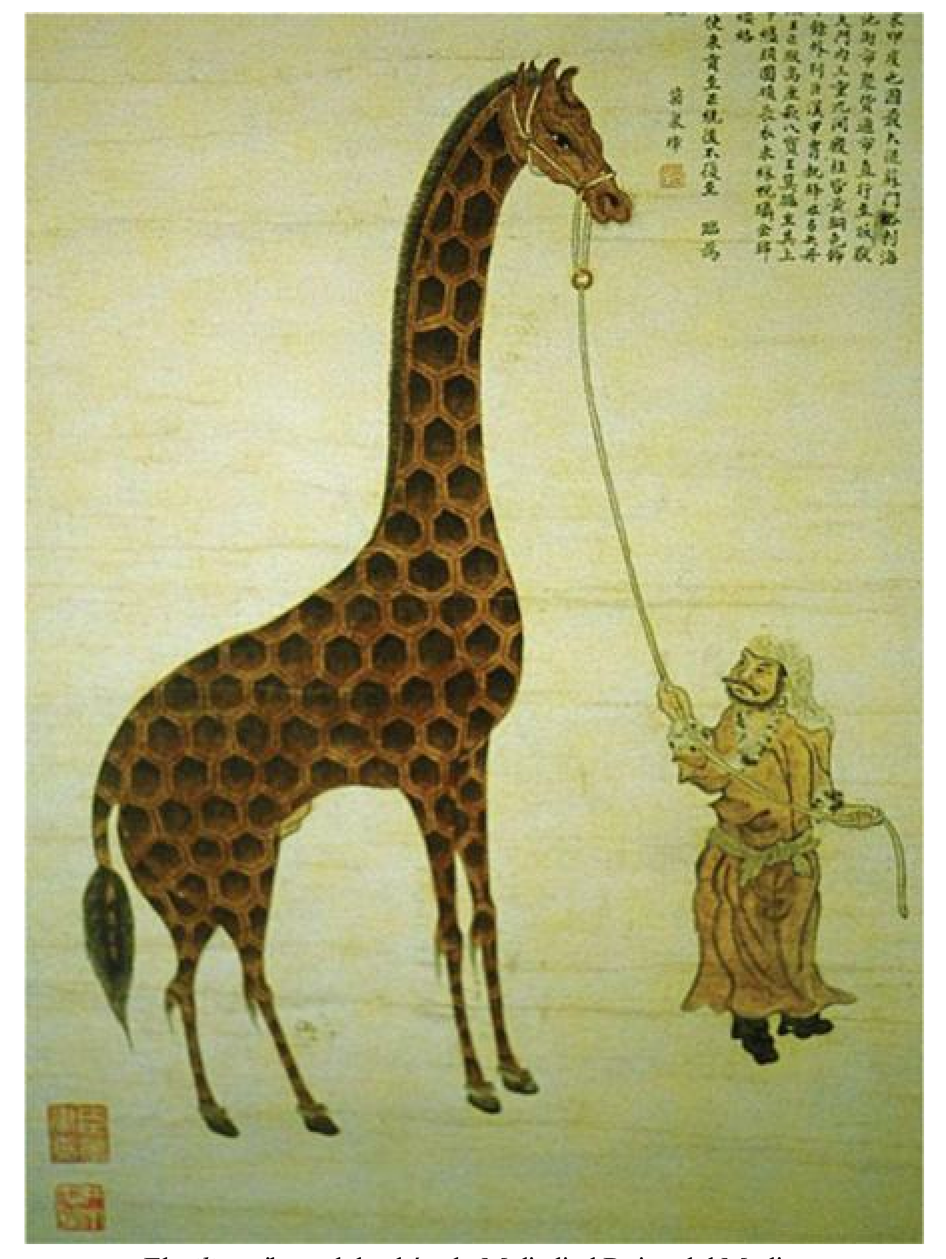


El emperador Yongle.

Reloj de agua de Su Song en la Ciudad Prohibida de Pekín.



Juego de golf chino (*chuiwan*).



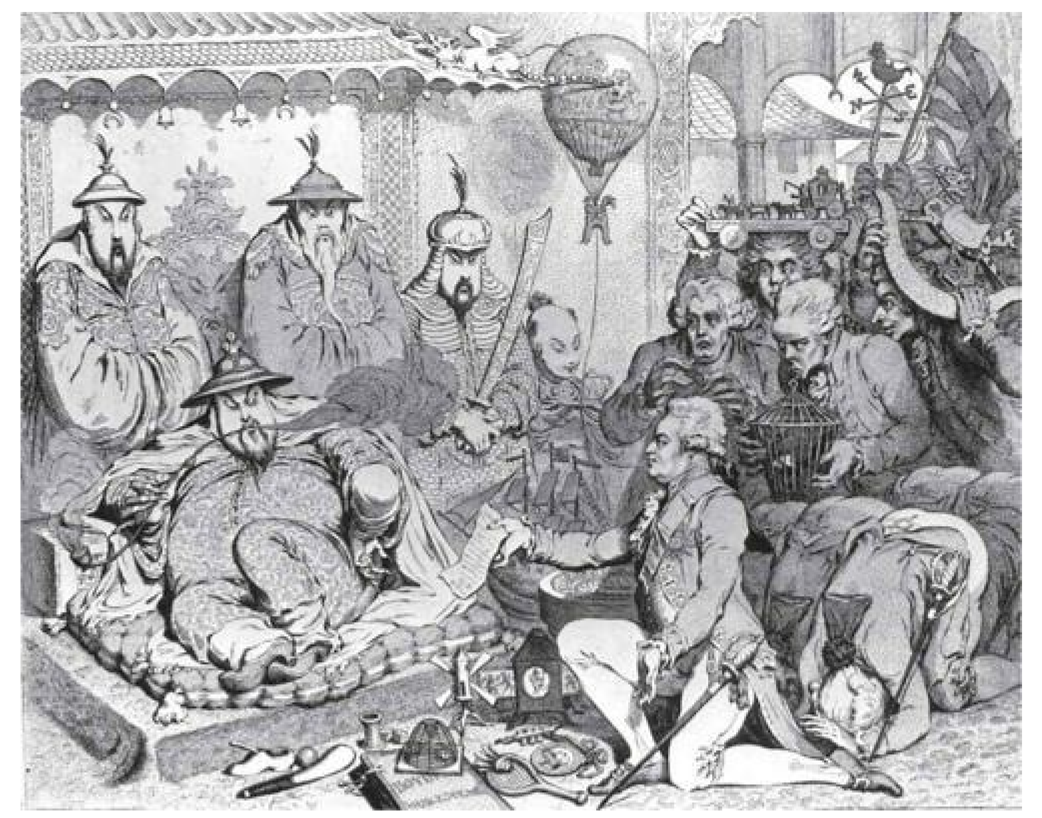
El *qilin*: tributo del sultán de Malindi al Reino del Medio.



La cultura de la conformidad: el examen de la administración pública china en el reinado del emperador Jen Tsung.



El vencedor de la carrera de las especias: tumba de Vasco da Gama, monasterio de los Jerónimos, Lisboa.



El conde Macartney trata en vano de despertar el interés del emperador Qianlong por la civilización occidental: dibujo de James Gillray.



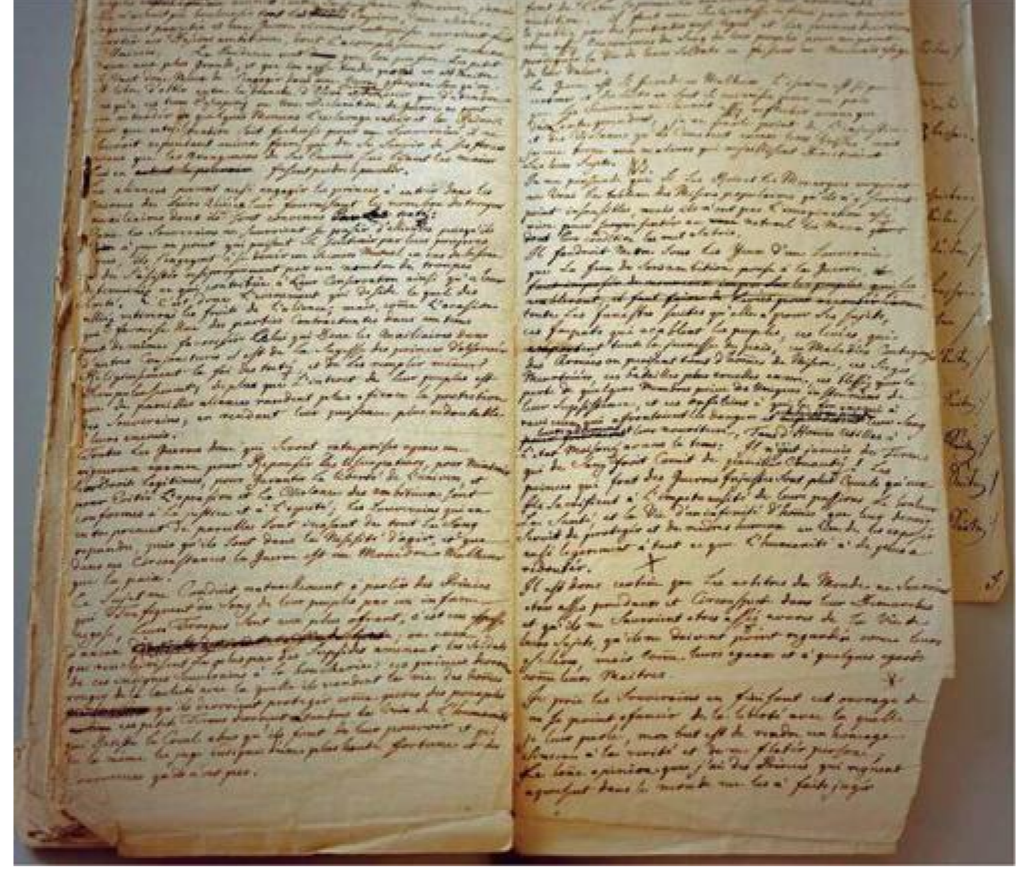
Los hombres de Juan Sobieski levantan el sitio de Viena.



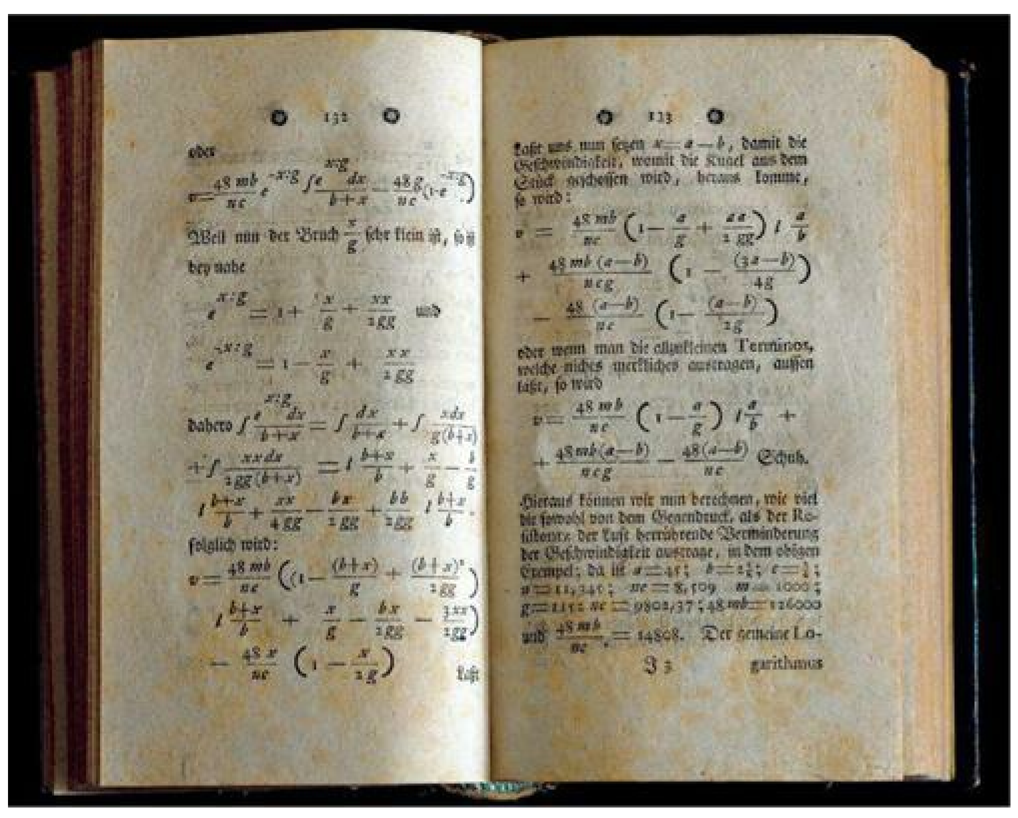
Prisionero del harén: el sultán Osmán III.



Llegada del enviado otomano Ahmed Resmî Efendi a Berlín, 1763.



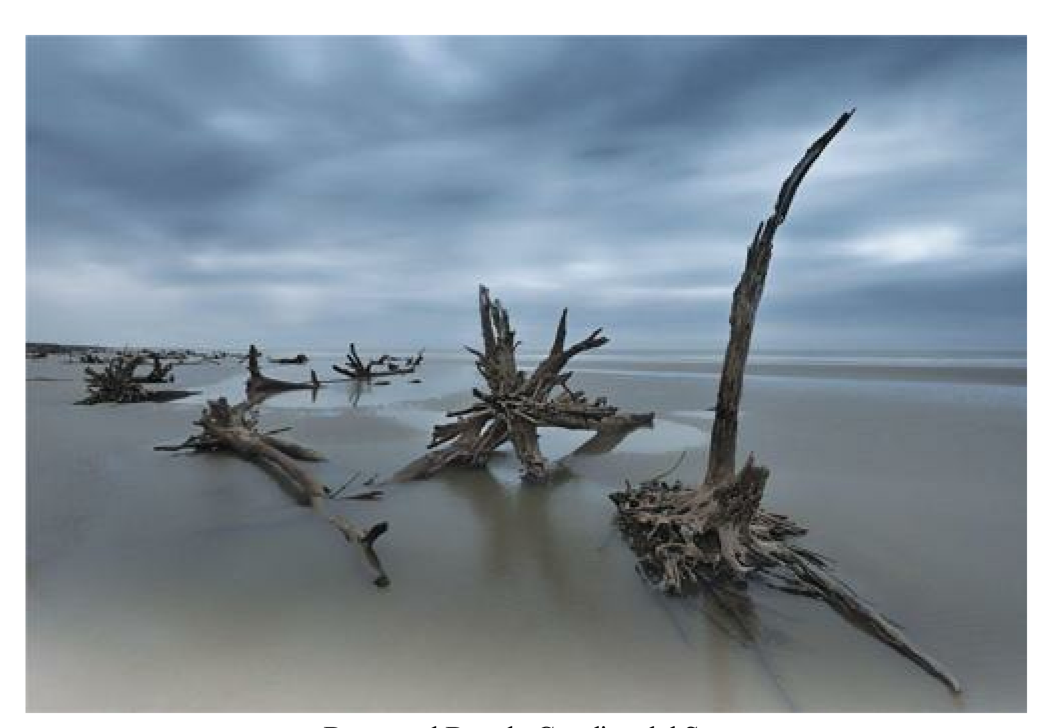
El manuscrito original del *Antimaquiavelo* de Federico el Grande, con anotaciones de Voltaire.



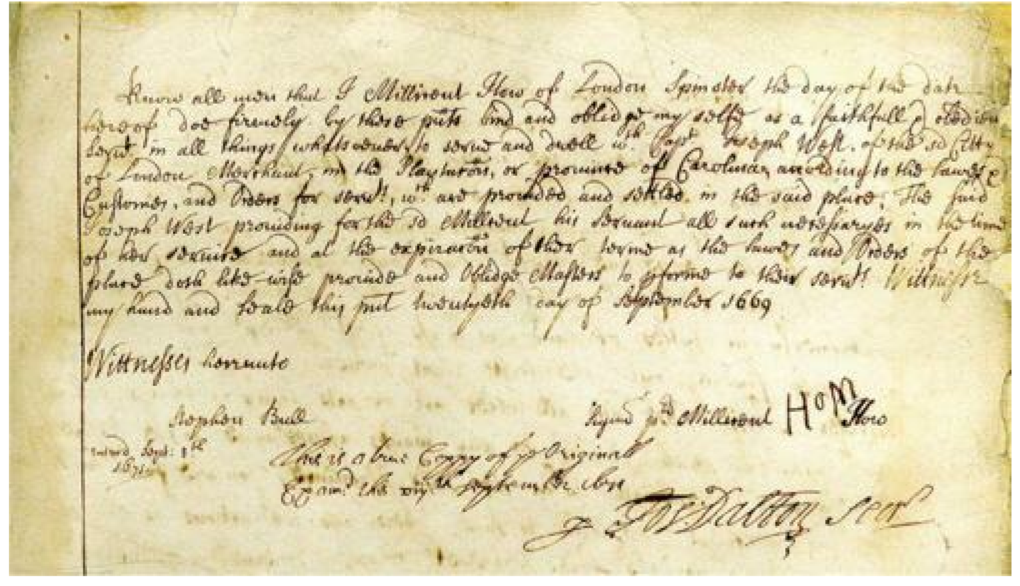
Páginas de la edición alemana de los *Nuevos principios de artillería* de Benjamin Robin.



Machu Picchu, Perú.



Boneyard Beach, Carolina del Sur.



Know all men that I Millicent How of London Spinster the day of the date hereof doe freely by these pnts bind and oblige my selfe as a faithfull & obedient servt in all things whatsoever to serve and dwell wth Capt Joseph West of the sd Citty of London Merchant in the Plantation or province of Carolina according to the lawes & Customes and Orders for servts wch are provided and settled in the said place, The said Joseph West providing for the sd Millicent his servant all such necessaryes in the time of her service and at the expiration of her terme as the lawes and Orders of the place doth likewise provide and oblige Masters to performe to their servts. Witnesse my hand and seale this present twentyeth day of September 1669

Witnesses hereunto

Stephen Bull

Signed pr Millicent H M How

Entered Sept: 1st [illegible]

This is a true Copy of ye Originall

Examd [illegible] September [illegible]

Jo: Dalton Secr

Si haces el trabajo…: contrato de vínculo laboral obligatorio de Millicent How.



Carolina. You are forthwith to admeasure and Lay out for Abraham Smith one of the freemen of this province one hundred Acres of Land in some place not yet Laid out or marked to be Laid out for any other person or use and if the same happen upon a Navigable River or a River capable of being made navigable you are to allow one fifth part of the depth thereof by the water side and a Certificate fully expressing the situation and bounds thereof you are to returne to us with all convenient speed. Given under our hands at Charles towne this 11th day of August 1677

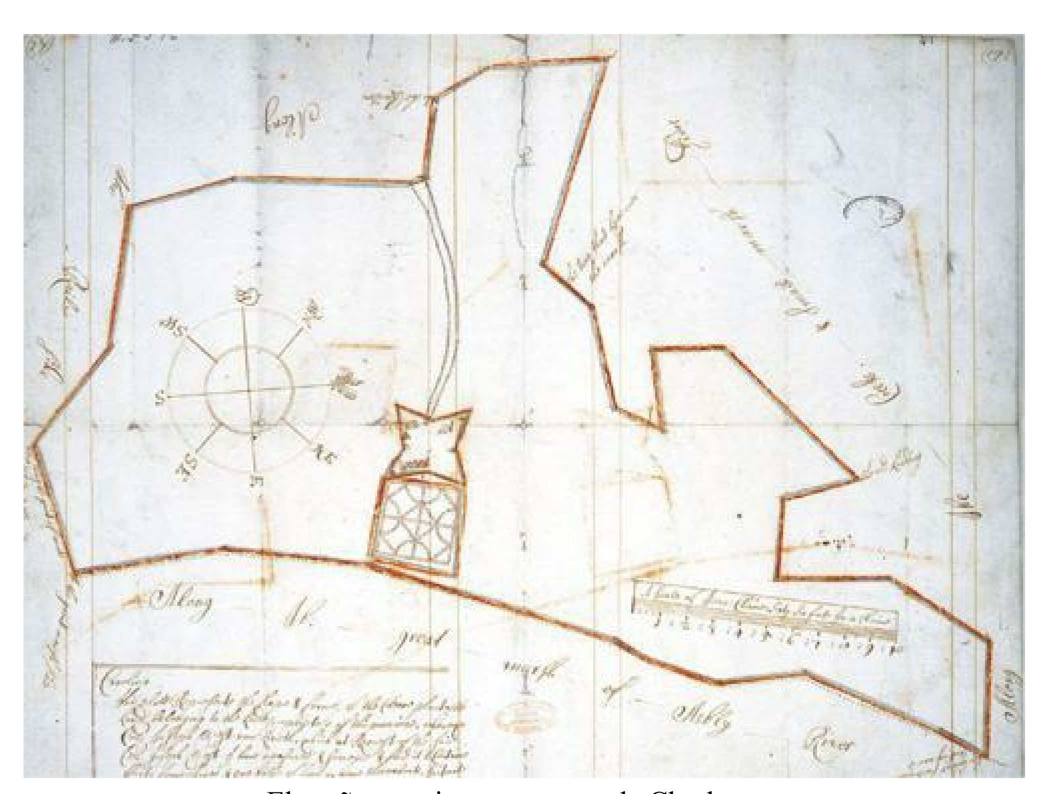
Abraham Smyth 100 Acres

Joseph West

To Capt. Maurice Mathews Surveyor

Rich Conant John Godfrey Andrew Percivall

… *tendrás la tierra*: documento de concesión de tierras a Abraham Smith.



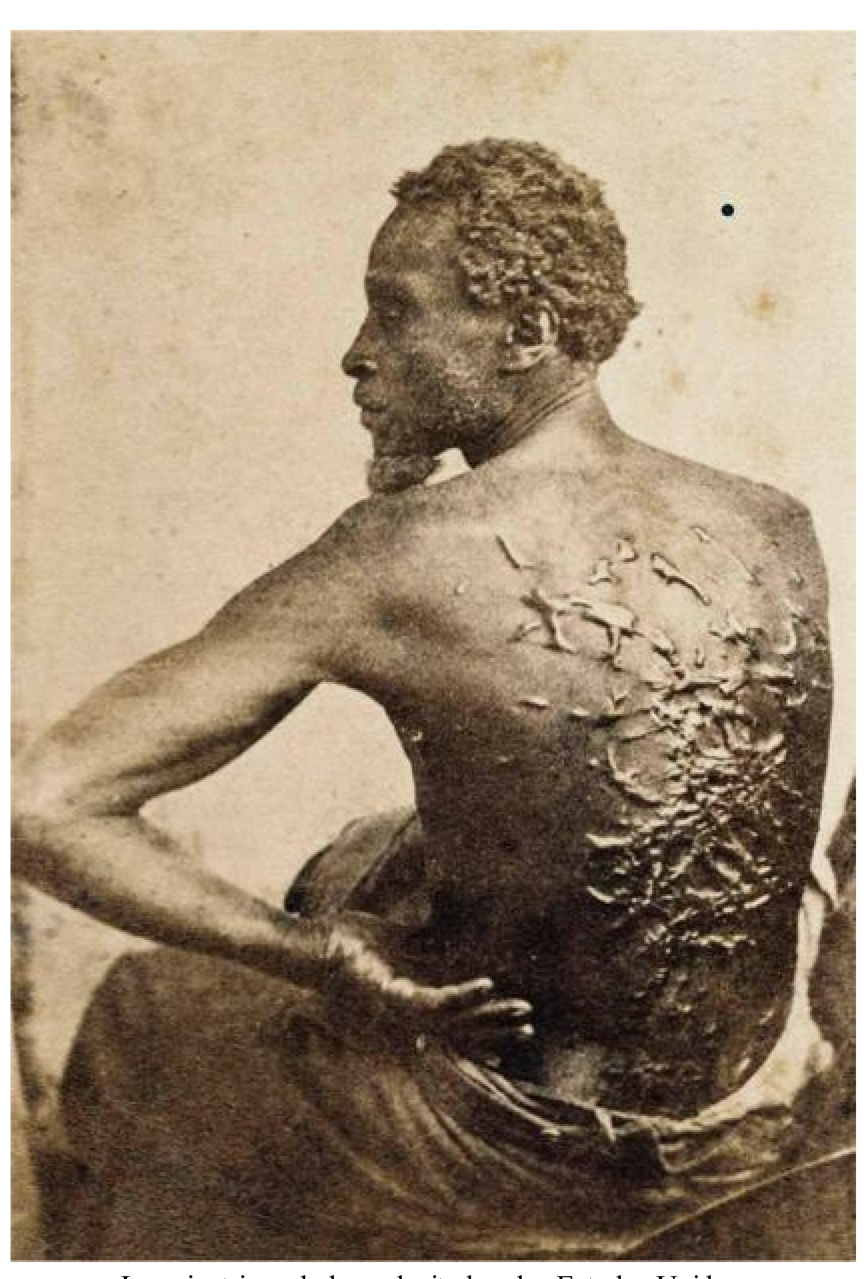
El sueño americano: un trozo de Charleston.



El conquistador Jerónimo de Aliaga.



El Washington que no fue: Mural de Simón Bolívar en la actual Caracas.



Las cicatrices de la esclavitud en los Estados Unidos.



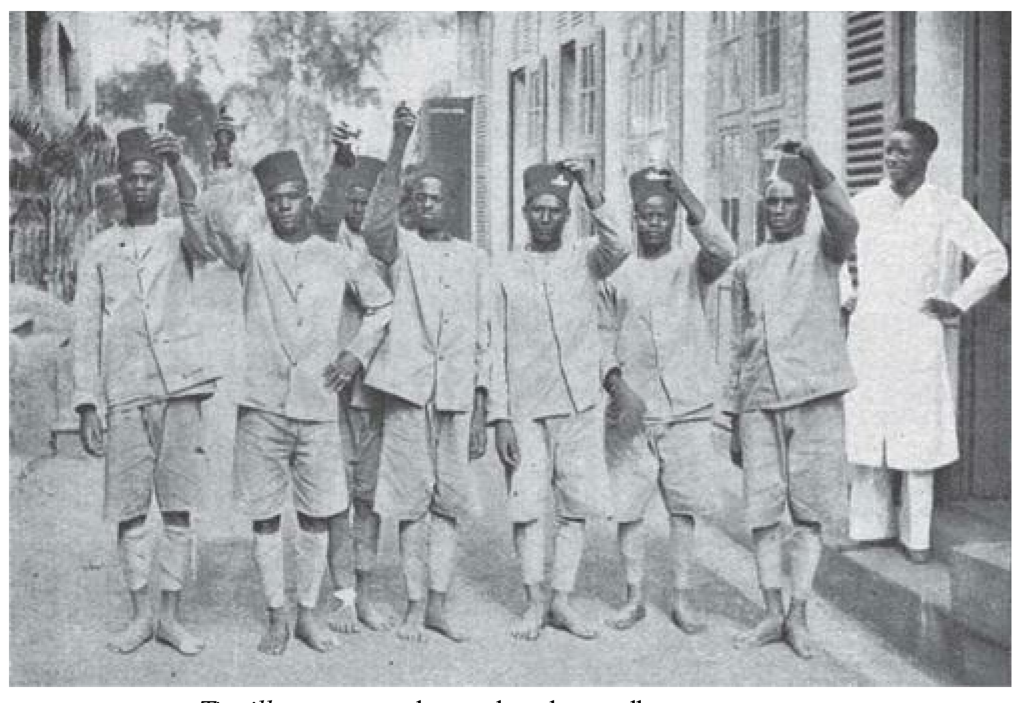
La *baguette* como herencia del imperio: Saint-Louis, Senegal.



. La oveja negra que derrotó a la oveja blanca. Blaise Diagne, el primer miembro negro de la Asamblea Nacional francesa.



Louis Faidherbe, gobernador de Senegal, ponderaba su misión civilizadora.



Tirailleurs senegaleses alzando orgullosos sus copas.



Médicos sin fronteras al estilo imperial: doctores franceses desafiando a los trópicos.







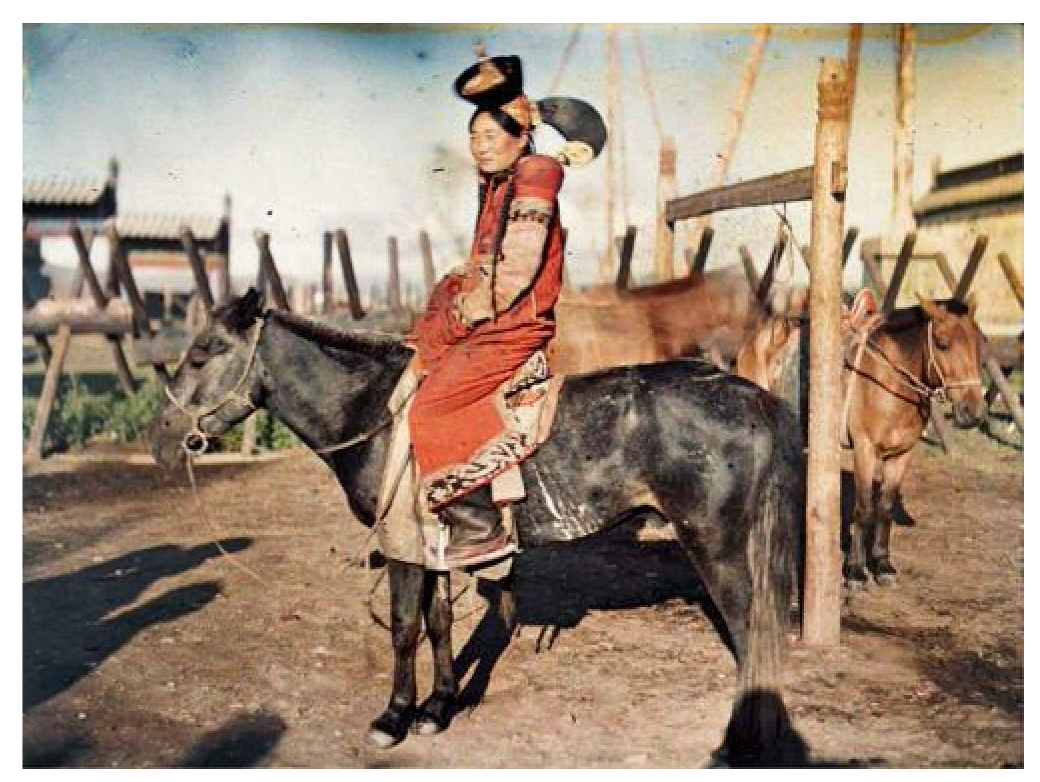
Tres fotografías de mujeres «bastardas» según el estudio de los baster de Rehoboth realizado Por el teórico racial alemán Eugen Fischer.



«Yo no sabía cómo era realmente la guerra»: *tirailleur* senegalés en el Frente Occidental.



Lüderitz, Namibia.



El mundo indumentario que hemos perdido: mujer joven a caballo, Urga (Ulan Bator), Mongolia, 1913; fotografía tomada por Stéphane Passet para «los archivos del planeta» de Albert Kahn.



Dos príncipes en Savile Row: Hiro-Hito y Eduardo.



La restauración Meiji, I: *Su Majestad Imperial presencia las maniobras militares de las fuerzas combinadas del ejército y la armada*, Yôshû Chikanobu, 1890.



La restauración Meiji, II: *Damas cosiendo*, Adachi Ginkô, 1887.



James Dean libera al «genio de los jeans» en *Gigante*.



La emblemática tienda Levi’s de Londres, en el 176 de Regent Street.



«Tienen miedo de la libertad. / Tienen miedo de la democracia… / Entonces, ¿por qué demonios tenemos miedo de ellos?»: el rock comunista soviético de The Plastic People of the Universe.



Maniquíes con pañuelos en la cabeza en Estambul.



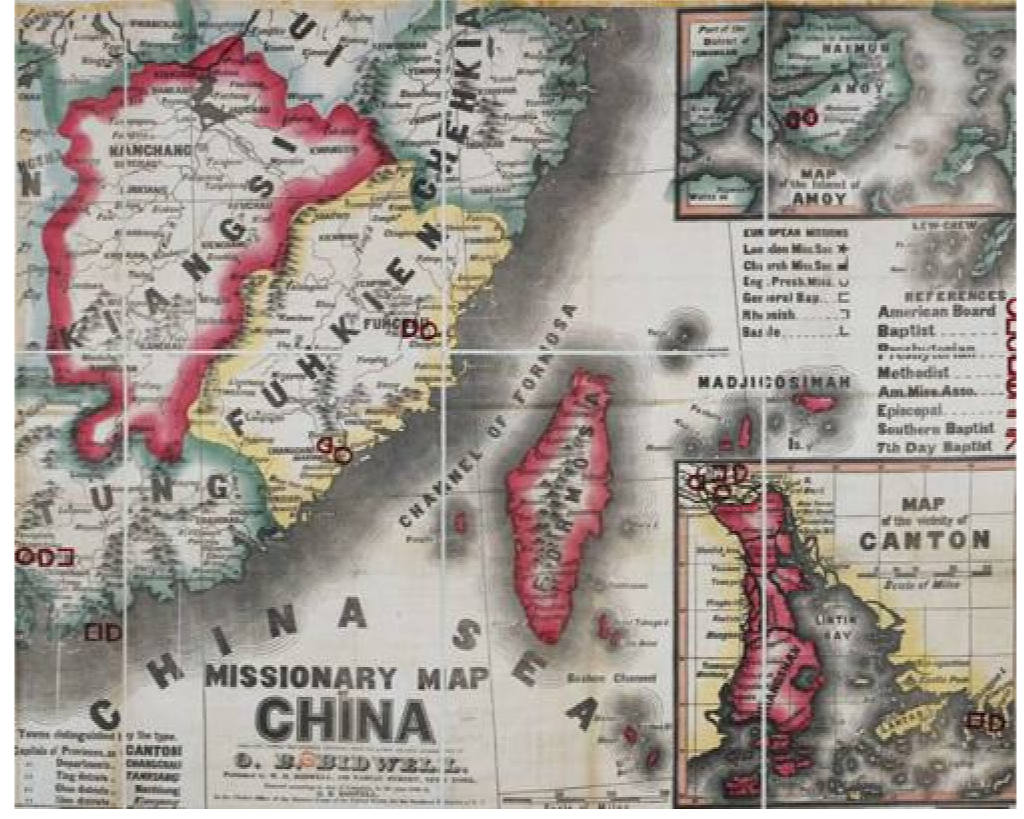
En busca de la ética protestante y el espíritu del capitalismo: Max Weber en América.



La abundancia norteamericana: La Exposición Universal de San Luis, 1904.

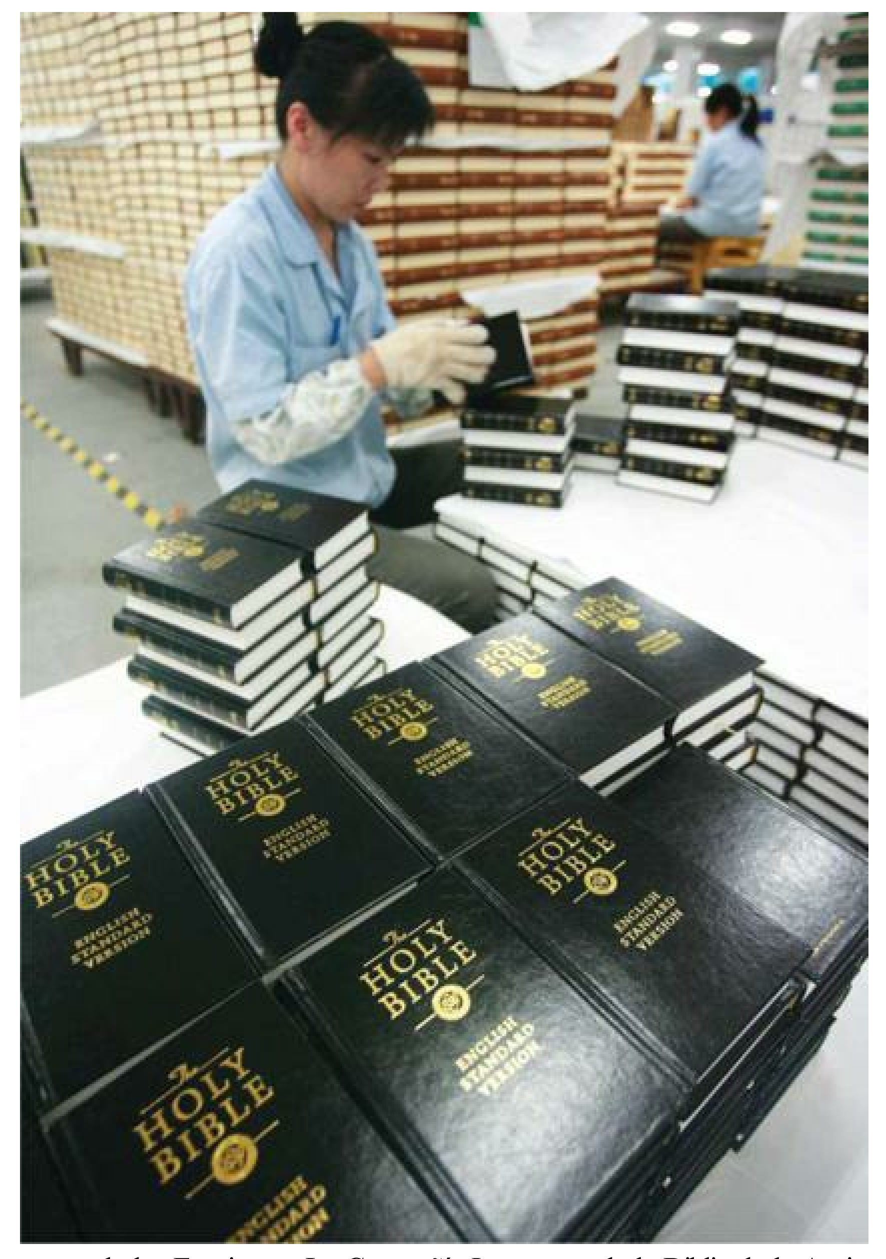


La Palabra llega a Wenzhou: Alumnos de la Misión Interior de China con su profesor, c. 1900.



La cartografía de la salvación: mapa misionero estadounidense del sudeste de China.


Una escena de muerte y destrucción de la Rebelión Taiping.



Producción en masa de las Escrituras: La Compañía Impresora de la Biblia de la Amistad de Nankín.



La revelación industrial: China hoy.



El fin del predominio occidental: el presidente estadounidense Barack Obama se inclina ante el primer ministro chino Wenjiabao, noviembre de 2009.

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN: LA PREGUNTA DE RASSELAS

Acemoglu, Johnson y Robinson, «Reversal of Fortune: Geography and Institutions in the Making of the Modern World Income Distribution», *Quarterly Journal of Economics*, 117 (2002), pp. 1231-1294.

Bagby, Philip, *Culture and History: Prolegomena to the Comparative Study of Civilizations*, Berkeley / Los Ángeles, 1959.

Bayly, C. A., *The Birth of the Modern World*, 1780-1914, Blackwell, 2004.

Bockstette, Valerie, Areendam Chanda y Louis Putterman, «States and Markets: The Advantage of an Early Start», *Journal of Economic Growth* (2002), pp. 347-369.

Bozeman, Adda B., *Politics and Culture in International History: From the Ancient Near East to the Opening of the Modern Age*, Nueva York, 1994 (1960).

Braudel, Fernand, *A History of Civilizations*, trad. Richard Mayne, Nueva York, 1993.

Brownworth, Lars, *Lost to the West: The Forgotten Byzantine Empire that Rescued Western Civilization*, Nueva York, 2009.

Cahill, Thomas, *How the Irish Saved Civilization*, Nueva York, 1995.

Chandler, T., *Four Thousand Years of Urban Growth: A Historical Census*, Lewiston / Queenstown, 1987.

Chaudhary, Latika, Aldo Musacchio, Steven Nafziger y Se Yan, «Big BRICs, Weak Foundations: The Beginning of Public Elementary Education in Brazil, Russia, India, and China, 1880-1930», borrador de documento de trabajo, 2010.

Clark, Gregory, *A Farewell to Alms: A Brief Economic History of the World*, Princeton, 2007.

Clark, Kenneth, *Civilisation: A Personal View*, Londres, 2005 [1969].

Coulborn, Rushton, *The Origin of Civilized Societies*, Princeton, 1959.

Darwin, John, *After Tamerlane: The Rise and Fall of Global Empires*, Londres, 2007.

Dawson, Christopher, *The Making of Europe: An Introduction to the History of European Unity*, Londres, 1932.

Diamond, Jared, *Guns, Germs and Steel: A Short History of Everybody for the Last 13,000 Years*, Londres, 1998 (hay trad. cast.: *Armas, gérmenes y acero. Breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años*, Barcelona, 2004).

———, «How to Get Rich: A Talk», *Edge*, 56,7 de junio de 1999.

Eisenstadt, S. N., *Comparative Civilizations and Multiple Modernities*, Leiden, 2003.

Elias, Norbert, *The Civilizing Process*, 2 vols., Oxford, 1969 y 1982 [1939].

Elvin, Mark, *The Pattern of the Chinese Past*, Londres, 1973.

Fernández-Armesto, Felipe, *Civilizations: Culture, Ambition and the Transformation of Nature*, Nueva York / Londres / Toronto / Sidney / Singapur, 2001.

———, *Millennium: A History of our Last Thousand Years*, Londres, 1997.

Findlay, Ronald, y Kevin H. O'Rourke, *Power and Plenty: Trade, War, and the World Economy in the Second Millennium*, Princeton, 2007.

Fogel, Robert W., *The Escape from Hunger and Premature Death, 1700-2100: Europe, America, and the Third World*, Cambridge, 2003.

Goody, Jack, *Capitalism and Modernity*, Cambridge / Maiden (MA), 2004.

———, *The Eurasian Miracle*, Cambridge / Maiden (MA), 2009.

Guyver, Robert, «England and the Battle for the Centre Ground: The History Working Group and the First History War (1988-1991) as an Archetype for Subsequent Wars», en Tony Taylor y Robert Guyver, eds., *History Wars in the Classroom: Global Perspectives* (en preparación).

Hibbs, Douglas A. Jr., y Ola Olsson, «Geography, Biogeography, and Why Some Countries are Rich and Others are Poor», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States*, 101, 10 (2004), pp. 3715-3720.

Huntington, Samuel, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York / Londres / Toronto / Sidney, 1996 (hay trad. cast.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, 2009).

Johnson, Samuel, *The History of Rasselas, Prince of Abissinia*, Boston, 1811 [1759].

Jones, Eric, *The European Miracle: Environments, Economies and Geopolitics in the History of Europe and Asia*, Cambridge, 2003.

Kagan, Robert, *Of Paradise and Power: America and Europe in the New World Order*, Nueva York, 2003.

Kennedy, Paul, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Nueva York, 1989 (hay trad. cast.: *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, 1994).

Landes, David S., *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some are So Rich and Some So Poor*, Nueva York, 1998.

Laue, Theodore H. von, «The World Revolution of Westernization», *History Teacher*, 20, 2 (1987), pp. 263-279.

MacGregor, Neil, *A History of the World in 100 Objects*, Londres, 2010 (hay trad. cast.: *Historia del mundo en 100 objetos*, Barcelona, en preparación).

McNeill, William H., *The Pursuit of Power: Technology, Armed Force and Society since AD 1000*, Chicago, 1982.

———, *The Rise of the West: A History of the Human Community*, Chicago, 1991 [1963].

Maddison, Angus, *The World Economy: A Millennial Perspective*, Paris, 2001. Melko.

Matthew, *The Nature of Civilizations*, Boston, 1969.

Matthews, Derek, «The Strange Death of History Teaching, Fully Explained in Seven Easy-to-Follow Lessons», folleto inédito, enero de 2009.

Morris, Ian, *Why the West Rules – For Now: The Patterns of History, and What They Reveal About the Future*, Nueva York, 2010.

Mumford, Lewis, *The City in History*, Nueva York, 1961.

Murray, Charles A., *Human Accomplishment: The Pursuit of Excellence in the Arts and Sciences,*

800 B.C. to 1950, Nueva York, 2003.
North, Douglass C., *Understanding the Process of Economic Change*, Princeton, 2005.
———, John Joseph Wallis y Barry R. Weingast, *Violence and Social Orders: A Conceptual Framework for Interpreting Recorded Human History*, Cambridge, 2009.
Osborne, Roger, *Civilization: A New History of the Western World*, Nueva York, 2008.
Pomeranz, Kenneth, *The Great Divergence: China, Europe and the Making of the Modern World Economy*, Princeton, 2000.
Putterman, L., y David N. Weil, «Post-1500 Population Flows and the Long Run Determinants of Economic Growth and Inequality», documento de trabajo, septiembre de 2008.
Quigley, Carroll, *The Evolution of Civilizations*, Nueva York, 1961.
Rajan, Raghuram G., y Luigi Zingales, «The Persistence of Underdevelopment: Institutions, Human Capital, or Constituencies?», NBER, documento de trabajo n.º 12.093, febrero de 2006.
Roberts, John, *The Triumph of the West*, Londres, 1985.
Schuker, Stephen A., «A Sea Change in the Atlantic Economy? How the West Pulled Ahead of the Rest and Why It May Cease to Do So», en William Anthony Hay y Harvey Sicherman, eds., *Is There Still a West? The Future of the Atlantic Alliance*, Columbia (MO), 2007, pp. 89124.
Scruton, Roger, *The West and the Rest: Globalization and the Terrorist Threat*, Londres/Nueva York, 2002.
Wallerstein, Immanuel, *The Modern World-System*, Nueva York, 1974, 1980 y1989.
Wong, R. Bin, *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience*, Ithaca/Londres, 2000.
Woods, Thomas E. Jr., *How the Catholic Church Built Western Civilization*, Washington, 2001.

1. COMPETENCIA

Barmé, G. R., *The Forbidden City*, Londres, 2008.
Barrow, sir John, *Some Account of the Public Life, and a Selection from the Unpublished Writings, of the Earl of Macartney*, 2 vols., Londres, 1807.
Birch, W., *The Historical Charters and Constitutional Documents of the City of London*, Charleston (SC), 2009.
Bishop, K., *China's Imperial Way*, Hong Kong, 1997.
Brook, Timothy, *The Confusions of Pleasure: Commerce and Culture in Ming China*, Berkeley, 1999.
Burrage, M. C., y D. Corry, «At Sixes and Sevens: Occupational Status in the City of London from the Fourteenth to the Seventeenth Century», *American Sociological Review*, 46,1 (1981), pp. 375-393.
Castor, Helen, *Blood and Roses: The Paston Family and the War of the Roses*, Londres, 2004.
Catto, Jeremy, «Written English: The Making of the Language, 1370-1400», *Past & Present*, 179 (2003), pp. 24-59.
Chirot, Daniel, «The Rise of the West», *American Sociological Review*, 50, 2 (1985), pp. 181-195.

Clark, Gregory, *A Farewell to Alms: A Brief Economic History of the World*, Princeton, 2007.
Cipolla, Carlo M., *Guns and Sails in the Early Phase of European Expansion, 1400-1700*, Londres, 1965.
Cotterell, A., *The Imperial Capitals of China: An Inside View of the Celestial Empire*, Londres, 2008.
Dardess, J. W., «A Ming Landscape: Settlement, Land Use, Labor and Estheticism inT'ai-Ho County, Kiangsi», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, 49, 2 (1989), pp. 295-364.
Dreyer, E. L., *Zheng-He: China and the Oceans in the Early Ming Dynasty, 1405-1433*, Londres, 2006.
Duyvendak, J. J. L., «The True Dates of the Chinese Maritime Expeditions in the Early Fifteenth Century», *T'oung Pao*, 34,5, 2.ª serie (1939), pp. 378-379.
Ebrey, Patricia Buckley, *The Cambridge Illustrated History of China*, Cambridge, 1996.
Fernández-Armesto, Felipe, *Millennium: A History of our Last Thousand Years*, Londres, 1997.
———, *Pathfinders: A Global History of Exploration*, Oxford, 2007.
Finlay, Robert, «Portuguese and Chinese Maritime Imperialism: Camoes's Lusiads and Luo Maodeng's Voyage of the San Bao Eunuch», *Comparative Studies in Society and History*, 34,2 (1992), pp. 232-241.
Flynn, Dennis O., y Arturo Giráldez, «Arbitrage, China, and World Trade in the Early Modern Period», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 38,4 (1995), pp. 429-448.
———, «Born with a "Silver Spoon": The Origin of World Trade in 1571», *Journal of World History*, 6,2 (1995), pp. 201-221.
Fogel, Robert W., *The Escape from Hunger and Premature Death, 1700-2100: Europe, America, and the Third World*, Cambridge, 2003.
Goody, Jack, *Capitalism and Modernity*, Cambridge/Malden (MA), 2004.
Guan Hanhui y Li Daokui, «The GDP and Economic Structure of the Ming Dynasty» (en preparación).
Higman, B. W., «The Sugar Revolution», *Economic History Review*, 53,2 (2000), pp. 213-236.
Hobson, John, *The Eastern Origins of Western Civilisation*, Cambridge, 2004.
Hoffman, Philip T., «Prices, the Military Revolution, and Western Europe's Comparative Advantage in Violence», *Economic History Review* (en preparación).
Huang, Ray, *1587: A Year of No Significance: The Ming Dynasty in Decline*, New Haven, 1977.
Inwood, S., *A History of London*, Londres, 1998.
Jones, Eric, *The European Miracle: Environments, Economies and Geopolitics in the History of Europe and Asia*, Cambridge, 2003.
Keay, John, *China: A History*, Londres, 2009.
Landes, David S., *Revolution in Time: Clocks and the Making of the Modern World*, 2.ª ed., Nueva York, 2000.
———, *The Wealth and Poverty of Nations: Why Some are So Rich and Some So Poor*, Nueva York, 1998.
Levathes, Louise, *When China Ruled the Seas: The Treasure Fleet of the Dragon Throne, 1405-*

1433, Oxford, 1994.

Menzies, Gavin, *1421: The Year China Discovered the World*, Londres, 2002 (hay trad. cast.: *1421, el año en que China descubrió el mundo*, Barcelona, 2003).

Mintz, Sidney W., *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History*, Londres, 1985.

Mokyr, Joel, *Lever of Riches*, Oxford, 1990.

Montesquieu, Charles de Secondat, barón de, *The Spirit of the Laws*, trad. Thomas Nugent y J. V. Prichard, Londres, 1914 [1748] (ed. cast.: *Del espíritu de las leyes*, Madrid, 2003).

Needham, Joseph, ed., *Science and Civilization in China*, 7 vols., Cambridge, 1954.

Newman, R., «Opium Smoking in Late Imperial China: A Reconsideration», *Modern Asian Studies*, 29 (1995), pp. 765-794.

Pelzer, John y Linda, «The Coffee Houses of Augustan Londres», *History Today*, 32 (1982), pp. 40-44.

Pinker, Steven, *The Better Angels of our Nature: The Decline of Violence and its Psychological Roots* (en preparación).

Ray, Haraprasad, «An Analysis of the Chinese Maritime Voyages into the Indian Ocean during Early Ming Dynasty, and their Raison d'Etre», *China Report*, 23, 1 (1987), pp. 65-87.

Smith, Adam, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Londres, 1904 [1776] (ed. cast.: *La riqueza de las naciones*, Madrid, 2010).

Tsai, Shih-shan Henry, *Perpetual Happiness: The Ming Emperor Yongle*, Seattle/Londres, 2002.

Wong, R. Bin, *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience*, Ithaca/Londres, 2000.

2. CIENCIA

Agoston, G., «Early Modern Ottoman and European Gunpowder Technology», en E. İhsanoğlu, K. Chatzis y E. Nicolaidis, *Multicultural Science in the Ottoman Empire*, Turnhout (2003), pp. 13-27.

Aksan, V. H., *An Ottoman Statesman in War and Peace: Ahmed Resmî Efendi, 1700-1783*, Nueva York, 1995.

Aldington, Richard, ed., *Letters of Voltaire and Frederick the Great*, Nueva York, 1927.

Allen, J. S., *The 1715 and Other Newcomen Engines at Whitehaven*, Cumberland, Londres, 1972.

———, *The Steam Engine of Thomas Newcomen*, Nueva York, 1977.

Araci, Emre, «Giuseppe Donizetti at the Ottoman Court: A Levantine Life», *Musical Times*, 143, 1880 (otoño de 2002), pp. 49-56.

Bailey, Jonathan, *Field Artillery and Firepower*, Oxford, 1989.

Bakar, O., *Tawhid and Science: Essays on the History and Philosophy of Islamic Science*, Kuala Lumpur, 1991.

Barkey, K., *Empire of Difference: The Ottomans in Comparative Perspective*, Cambridge, 2008.

Basalla, George, «The Spread ofWestern Science», *Science*, 156, 3775 (5 de mayo de 1967), pp.

611-622.
Blanning, T. C. W., *The Culture of Power and the Power of Culture*, Oxford, 2002.
Bohnstedt, John W., «The Infidel Scourge of God: The Turkish Menace as Seen by German Pamphleteers of the Reformation Era», *Transactions of the American Philosophical Society*, Nueva Serie, 58, 9 (1968), pp. 1-58.
Chakrabongse, C. [príncipe de Siam], *The Education of the Enlightened Despots*, Londres, 1948.
Cizacka, M., «Price History and the Bursa Silk Industry: A Study in Ottoman Industrial Decline, 1550-1650», *Journal of Economic History*, 40, 3 (1960), pp. 533-550.
Clark, Carol Lea, «Aristotle and Averroes: The Influences of Aristotle's Arabic Commentator upon Western European and Arabic Rhetoric», *Review of Communication*, 7, 4 (octubre de 2007), pp. 369-387.
Clark, Christopher, Iron Kingdom: *The Rise and Downfall of Prussia 1600-1947*, Londres, 2006.
Clark, Harry, «The Publication of the Koran in Latin: A Reformation Dilemma», *The Sixteenth Century Journal*, 15, 1 (primavera de 1984), pp. 3-12.
Clarke, E. C., «The Ottoman Industrial Revolution», *International Journal of Middle East Studies*, 5,1 (1974), pp. 65-76.
Coles, Paul, *The Ottoman Impact on Europe*, Londres, 1968.
Crofts, Richard A., «Printing, Reform and Catholic Reformation in Germany (1521-1545)», *Sixteenth Century Journal*, 16, 3 (otoño de 1985), pp. 369-381.
Darnton, Robert, *The Literary Underground of the Old Regime*, Cambridge (MA) / Londres, 1982.
Davison, Roderic H., *Essays in Ottoman and Turkish History, 1774-1923: The Impact of the West*, Austin (TX), 2001.
Deen, S. M., *Science under Islam: Rise, Decline and Revival*, Keele, 2007.
Dittmar, Jeremiah, «Ideas, Technology, and Economic Change: The Impact of the Printing Press», Universidad Americana, documentos de trabajo (septiembre de 2009).
Duffy, C., *Frederick the Great: A Military Life*, Londres, 1988.
Eisenstein, Elizabeth L., *The Printing Revolution in Early Modern Europe*, 2.ª ed., Cambridge, 2005.
Farley, James L., *Turkey*, Londres, 1866.
Faroqhi, Suraiya, *Subjects of the Sultan: Culture and Daily Life in the Ottoman Empire*, Londres, 2005.
Ferguson, Niall, *High Financier: The Lives and Time of Siegmund Warburg*, Londres, 2010.
Fernández-Armesto, Felipe, *Pathfinders: A Global History of Exploration*, Oxford, 2007.
Findley, C. V., «An Ottoman Occidentalist in Europe: Ahmed Midhat Meets Madame Gulnar, 1889», *American Historical Review*, 103, 1 (1998), pp. 15-49.
Forster, C. T., y F. H. B. Daniel, eds., *The Life and Letters of Ogier Ghiselin de Busbecq*, Londres, 1881.
Fraser, David, *Frederick the Great*, Londres, 2000.
Frederick the Great [Federico el Grande], *Anti-Machiavel*, ed. Werner Banner y Helga Bergmann, en

The Complete Works of Voltaire / Oeuvres complètes de Voltaire, vol. XIX, Oxford, 1996 (ed. cast.: *Antimaquiavelo o Refutación del Príncipe de Maquiavelo*, editado en 1740 por Voltaire, Madrid, 1995).

Freely, J., *Aladdin's Lamp: How Greek Science Came to Europe through the Islamic World*, Nueva York, 2009.

———, *The Emergence of Modern Science*, East and West, Estambul, 2004.

Gerber, H., «Jews and Money-Lending in the Ottoman Empire», *Jewish Quarterly Review*, 72, 2 (1981), pp. 100-118.

———, «The Monetary System of the Ottoman Empire», *Journal of Economic and Social History of the Orient*, 25, 3 (1982), pp. 308-324.

Goffman, D., *The Ottoman Empire and Early Modern Europe*, Cambridge, 2002.

Goldstone, Jack A., *Revolution and Rebellion in the Early Modern World*, Berkeley/Los Ángeles/Oxford, 1991.

Goodwin, Jason, *Lords of the Horizons: A History of the Ottoman Empire*, Londres, 1999.

Grant, J., «Rethinking the Ottoman "Decline": Military Technology Diffusion in the Ottoman Empire, Fifteenth to Eighteenth Centuries», *Journal of World History*, 10, 1 (1999), pp. 179-201.

Gribbin, J., *The Fellowship: The Story of a Revolution*, Londres, 2005.

Haffner, Sebastian, *The Rise and Fall of Prussia*, Londres, 1998.

Hall, A. R., «Intellectual Tendencies: Science», en *The New Cambridge Modern History*, vol. II: *The Reformation, 1520-59*, Cambridge (1962), pp. 422-452.

———, *Philosophers at War*, Cambridge 1980.

Hamdani, A., «The Ottoman Response to the Discovery of America and the New Route to India», *Journal of the American Oriental Society*, 101, 3 (1981), pp. 323-330.

Henry, John, *The Scientific Revolution and the Origins of Modern Science*, Basingstoke, 1997.

Hess, A. C., «The Evolution of the Ottoman Seaborne Empire in the Age of the Oceanic Discoveries, 1453-1525», *American Historical Review*, 75, 7 (1970), pp. 1892-1919.

Holborn, Louise W., «Printing and the Growth of a Protestant Movement in Germany from 1517 to 1524», *Church History*, 11, 2 (junio de 1942), pp. 122-137.

Huff, Toby E., *The Rise of Early Modern Science*, Cambridge, 1995.

İhsanoğlu, E., Science, Technology and Learning in the Ottoman Empire, Aidershot, 2004.

İnalcik, H., y D. Quataert, eds., *An Economic and Social History of the Ottoman Empire*, vol. II: *1600-1914*, Cambridge, 1994.

Kant, Immanuel, «Answer to the Question: "What is Enlightenment?"» Königsberg, 1784, EServer: Philosophy (ed, cast.: *¿Qué es Ilustración?*, Madrid, 2002).

Kinard, J., *Weapons and Warfare: Artillery*, Santa Bárbara, 2007.

Kinross, Patrick, *Atatürk. The Rebirth of a Nation*, Londres, 2001.

Kuhn, Thomas, *The Structure of Scientific Revolutions*, 2.ª ed., Chicago, 1970 (hay trad. cast.: *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, 2005).

Levack, Brian, *The Witch-Hunt in Early Modern Europe*, 2.ª ed., Londres 1995.

Levy, A., «Military Reform and the Problem of Centralization in the Ottoman Empire in the Eighteenth Century», *Journal of Middle Eastern Studies*, 18, 3 (julio de 1982), pp. 227-249.

Lewis, Bernard, *The Emergence of Modern Turkey*, Nueva York/Oxford 2001.

———, *The Middle East: Two Thousand Years of History from the Rise of Christianity to the Present Day*, Londres, 2001.

———, *What Went Wrong? The Clash between Islam and Modernity in the Middle East*, Londres, 2002.

Lyons, Jonathan, *The House of Wisdom: How the Arabs Transformed Western Civilization*, Londres, 2010.

McCarthy, J., *The Ottoman Turks: An Introductory History to 1923*, Londres, 1997.

Mango, Andrew, *Atatürk*, Londres, 1999.

Mansel, Philip, *Constantinople: City of the World's Desire, 1453-1924*, Londres, 2006.

Montesquieu, *Persian Letters*, trad. Margaret Mauldon, Oxford, 2008 [1721] (ed. cast.: *Cartas persas*, Madrid, 2010).

Morgan, Michael Hamilton, *Lost History: The Enduring Legacy of Muslim Scientists, Thinkers and Artists*, Nueva York, 2008.

Murray, Charles A., *Human Accomplishment: The Pursuit of Excellence in the Arts and Sciences, 800 B.C. to 1950*, Nueva York, 2003.

Özmucur, S., y S. Pamuk, «Real Wages and Standards of Living in the Ottoman Empire, 1489-1914», *Journal of Economic History*, 62, 2 (2002), pp. 292-321.

Palmer, R. R., «Frederick the Great, Guibert, Bülow: From Dynastic to National War», en Peter Paret, ed., *Makers of Modern Strategy: From Machiavelli to the Nuclear Age*, Oxford, 1986, pp. 91-123.

Pamuk, S., «From Bimetallism to the "Limping Gold Standard": The Ottoman Monetary System in the Nineteenth Century», en Philip L. Cottrell, ed., *East Meets West: Banking, Commerce and Investment in the Ottoman Empire*, Aldershot, 2008, pp. 11-24.

———, «Institutional Change and the Longevity of the Ottoman Empire, 1500-1800», *Journal of Interdisciplinary History*, 35, 2 (2004), pp. 225-247.

———, *The Ottoman Empire and European Capitalism, 1820-1913: Trade, Investment and Production*, Cambridge, 1987.

———, «Prices in the Ottoman Empire, 1469-1914», *International Journal of Middle East Studies*, 36 (2004), pp. 451-468.

Panaite, V., *The Ottoman Law of War and Peace: The Ottoman Empire and Tribute Payers*, Boulder (CO) / Nueva York, 2000.

Quataert, D., *Manufacturing and Technology Transfer in the Ottoman Empire, 1800-1914*, Estambul, 1992.

———, *Ottoman Manufacturing in the Age of the Industrial Revolution*, Cambridge, 1993.

Rafeq, Abdul-Karim, «Making a Living or Making a Fortune», en Nelly Hanna, ed., *Money, Land and Trade: An Economic History of the Muslim Mediterranean*, Londres y Nueva York, 2002, pp. 101-123.

Reid, James J., *Crisis of the Ottoman Empire: Prelude to Collapse, 1839-1878*, Stuttgart, 2000.

Senor, Dan, y Saul Singer, *Start-Up Nation: The Story of Israel's Economic Miracle*, Nueva York, 2009.

Shank, J. B., *The Newton Wars and the Beginning of the French Enlightenment*, Chicago / Londres, 2008.

Shaw, Stanford J., *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey*, Cambridge, 1976.

Smith, W. G. C., «Science and Technology in Early Modern Islam, c. 1450-c. 1850», London School of Economics, documentos de trabajo (s.f.).

Sprat, T., *The History of the Royal Society of London, for the Improving of Natural Knowledge*, 2.ª ed., Londres, 1702.

Steele, B. D., «Muskets and Pendulums: Benjamin Robins, Leonard Euler, and the Ballistics Revolution», *Technology and Culture Journal*, 35, 2 (1994), pp. 348-382.

Steinberg, S. H., *Five Hundred Years of Printing*, Londres, 1959.

Stewart, L., *The Rise of Public Science: Rhetoric, Technology and Natural Philosophy in Newtonian Britain, 1660-1750*, Cambridge, 1992.

Stoye, John, *The Siege of Vienna*, Edimburgo, 2006.

Sturdy, D. J., *Fractured Europe 1600-1721*, Oxford, 2002.

Terrall, M., *The Man Who Flattened the Earth: Maupertuis and the Sciences in the Enlightenment*, Chicago, 2002.

Thomas, Keith, *Religion and the Decline of Magic*, Londres, 1971.

Vlahakis, George N., *et al.*, *Imperialism and Science: Social Impact and Interaction*, Santa Bárbara, 2006.

Walsham, Alexandra, «Unclasping the Book? Post-Reformation English Catholicism and the Vernacular Bible», *Journal of British Studies*, 42, 2 (2003), pp. 141-166.

Weiker, Walter E., «The Ottoman Bureaucracy: Modernization and Reform», *Administrative Science Quarterly*, 13, 3 (1968), pp. 451-470.

3. PROPIEDAD

Acemoglu, Daron, Simon Johnson y James A. Robinson, «Reversal of Fortune: Geography and Institutions in the Making of the Modern World Income Distribution», *Quarterly Journal of Economics*, 117, 4 (2002) pp. 1231-1294.

———, «The Rise of Europe: Atlantic Trade, Institutional Change and Economic Growth», *American Economic Review*, 95, 3 (2005), pp. 546-579.

Adamson, J. A. A., «England without Cromwell: What if Charles I Had Avoided the Civil War?», en Niall Ferguson, ed., *Virtual History: Alternatives and Countefactuals*, Londres, 1993, pp. 91-125.

Arneil, Barbara, *John Locke and America: The Defence of English Colonialism*, Oxford, 1996.

Barrera-Osorio, A., *Experiencing Nature: The Spanish American Empire and the Early Scientific*

Revolution, Austin (TX), 2006.
Bedoya, Gabriel, *et al.*, «Admixture Dynamics in Hispanics: A Shift in the Nuclear Genetic Ancestry of a South American Population Isolate», *PNAS*, 103, 19 (9 de mayo de 2006), pp. 7234-7239.
Bingham, H., *Lost City of the Incas*, Londres, 2003.
Bolívar, Simon, *Selected Writings of Bolívar*, ed. Harold A. Bierck Jr., trad. Lewis Bertrand, comp. Vicente Lecuna, 2 vols., Nueva York, 1951 (en castellano puede consultarse, por ejemplo, *Escritos politicos*, Madrid, 1990).
Brown, Matthew, *Adventuring through Spanish Colonies: Simon Bolívar Foreign Mercenaries and the Birth of New Nations*, Liverpool, 2006.
Burkholder, M. A., *Colonial Latin America*, 2.ª ed., Oxford, 1994.
Carvajal-Carmona, Luis G., *et al.*, «Strong Amerind/White Sex Bias and a Possible Sephardic Contribution among the Founders of a Population in Northwest Colombia», *American Journal of Human Genetics*, 67 (2000), pp. 1287-1295.
Churchill, Winston S., «Civilization», en Randolph S. Churchill, ed., *Blood, Sweat and Tears*, Whitefish (MT), 2007 [1940], pp. 45-49.
Clark, Gregory, *A Farewell to Alms: A Brief Economic History of the World*, Princeton, 2007.
Clark, J. C. D., «British America: What If There Had Been No American Revolution?», en Niall Ferguson, ed., *Virtual History: Alternatives and Counterfactuals*, Londres, 1993, pp. 125-175.
———, *The Language of Liberty, 1660-1832: Political Discourse and Social Dynamics in the Anglo-American World*, Cambridge, 1993.
Cordeiro, José Luis, «Constitutions around the World: A View from Latin America», *Institute of Developing Economies Discussion Papers*, 164, 2008.
Creel, Margaret Washington, *A Peculiar People: Slave Religion and Community-Culture among the Gullahs*, Nueva York, 1988.
Curtin, Philip, *The Rise and Fall of the Plantation Complex: Essays in Atlantic History*, Cambridge, 1998.
Davis, David Brion, «Slavery», en C. Van Woodward, ed., *The Comparative Approach to American History: Slavery*, Nueva Jersey, 1969, pp. 121-135.
Egnal, M., *New World Economies: The Growth of the Thirteen Colonies and Early Canada*, Nueva York/Oxford, 1998.
Elkins, Stanley, *Slavery: A Problem in American Institutional and Intellectual Life*, Chicago, 1968.
Elliott, J. H., *Empires of the Atlantic World*, New Haven, 2006.
Eltis, David, «The Volume and Structure of the Transatlantic Slave Trade: A Reassessment», *William and Mary Quarterly*, 58, 1 (enero de 2001), pp. 17-46.
Emmer, P. C., ed., Colonialism and Migration: *Indentured Labour before and after Slavery*, Dordrecht, 1986.
Engerman, Stanley L., y Kenneth L. Sokoloff, «Once upon a Time in the Americas: Land and Immigration Policies in the New World», documento de trabajo, 2008.
Fage, J. D., «Slavery and the Slave Trade in the Context of West African History», *Journal of African History*, 10,3 (1969), pp. 393-404.

Ferguson, Niall, *The War of the World: History's Age of Hatred*, Londres, 2006 (hay trad. cast.: *La guerra del mundo: Los conflictos del siglo XX y el declive de Occidente, 1904-1953*, Barcelona, 2007).

Fernández-Armesto, Felipe, *The Americas: A History of Two Continents*, Londres, 2003.

Findlay, Ronald, y Kevin H. O'Rourke, *Power and Plenty. Trade, War, and the World Economy in the Second Millennium*, Princeton, 2007.

Graham, R., *Patronage and Politics in Nineteenth-Century Brazil*, Stanford, 1990.

Haber, Stephen, «Development Strategy or Endogenous Process? The Industrialization of Latin America», Universidad de Stanford, documentos de trabajo, 2005.

Hamnett, Brian R., «The Counter Revolution of Morillo and the Insurgent Clerics of New Granada, 1815-1820», *Americas*, 32, 4 (abril de 1976), pp. 597-617.

Hemming, J., *The Conquest of the Incas*, Londres, 1993.

Hobbes, Thomas, *Leviathan or the Matter, Forme, and Power of a Common Wealth, Ecclesiasticall and Civil*, Londres, 1651 (hay trad. cast.: *Leviatán o La materia, forma y poder de un estado eclesiástico y civil*, Madrid, 2009).

Jasanoff, Maya, *Liberty's Exiles: American Loyalists in the Revolutionary World* (en preparación).

King, James F., «A Royalist View of Colored Castes in the Venezuelan War of Independence», *Hispanic American Historical Review*, 33, 4 (1953), pp. 526-537.

Klein, Herbert E., y Francisco Vidal Luna, *Slavery in Brazil*, Cambridge, 2010.

Langley, Lester D., *The Americas in the Age of Revolution, 1750-1850*, New Haven / Londres, 1998.

Lanning, John Tate, *Academic Culture in the Spanish Colonies*, Port Washington (NY) / Londres, 1969.

Locke, John, *Two Treatises of Government: In the former, The false Principles and Foundation of Sir Robert Filmer, And his Followers, are Detected and Overthrown. The latter is an Essay concerning The True Original, Extent, and End of Civil Government*, Londres, 1690 (hay trad. cast.: *Dos ensayos sobre el gobierno civil*, Madrid, 1997).

Lynch, J., «Bolívar and the Caudillos», *Hispanic American Historical Review*, 63,1 (1983), pp. 3-35.

———, *Simón Bolívar: A Life*, Londres, 2006.

Markham, Clements R., ed., *Reports on the Discovery of Peru*, Londres, 1872.

North, Douglass C., John Joseph Wallis y Barry R. Weingast, *Violence and Social Orders: A Conceptual Framework for Interpreting Recorded Human History*, Cambridge, 2009.

North, Douglass C., y Barry R. Weingast, «Constitutions and Commitment: The Evolution of Institutions Governing Public Choice in Seventeenth-Century England», *Journal of Economic History*, 44, 4 (1989), pp. 803-832.

O'Brien, Patrick K., «Inseparable Connections: Trade, Economy, Fiscal State, and the Expansion of Empire, 1688-1815», en P. J. Marshall, ed., *The Oxford History of the British Empire*, vol. II: The Eighteenth Century, Oxford / Nueva York, 1998, pp. 53-77.

Ortega, F. A., «Earthquakes during the Colonial Period», *ReVista: Harvard Review of Latin America* (2007).

Pomeranz, Kenneth, *The Great Divergence: China, Europe and the Making of the Modern World Economy*, Princeton, 2000.

Poppino, Rollie E., *Brazil: The Land and the People*, Oxford, 1968.

Prado, C., *The Colonial Background of Modern Brazil*, Berkeley / Los Angeles / Londres, 1969.

Reid, James J., *Crisis of the Ottoman Empire: Prelude to Collapse, 1839-1878*, Stuttgart, 2000.

Rostworowski, María, *Doña Francisca Pizarro*, Lima, 1989.

Sato, A., *Legal Aspects of Landownership in Colonial Spanish America*, Tokyo, 1976.

Schaefer, Christina, *Genealogical Encyclopaedia of the Colonial Americas*, Baltimore, 1998.

Schwartz, Stuart B., «The Colonial Past: Conceptualizing Post-Dependentista Brazil», en Jeremy Adelman, ed., *Colonial Legacies. The Problem of Persistence in Latin American History*, Nueva York / Londres, 1999, pp. 175-192.

———, *Slaves, Peasants, and Rebels: Reconsidering Brazilian Slavery*, Champaign (IL), 1995.

Thomas, Hugh, *The History of the Atlantic Slave Trade 1440-1870*, Londres, 1997 (hay trad. cast.: *La trata de esclavos: Historia del tráfico de seres humanos de 1440 a 1870*, Barcelona, 1998).

Thornton, John, y Linda Heywood, *Central Africans, Atlantic Creoles, and the Foundation of the Americas, 1585*, Cambridge, 2007.

Tomlins, C., «Indentured Servitude in Perspective: European Migration into North America and the Composition of the Early American Labour Force, 1600-1775», en Cathy Matson, ed., *The Economy of Early America: Historical Perspectives and New Directions*, Filadelfia, 2007, pp. 146-182.

Ullrick, Laura E., «Morillo's Attempt to Pacify Venezuela», *Hispanic American Historical Review*, 3, 4 (1920), pp. 535-565.

Varón Gabai, Rafael, *Francisco Pizarro and his Brothers: The Illusion of Power in Sixteenth-Century Peru*, Norman, 1997.

Walvin, J., *Black Ivory: Slavery in the British Empire*, Oxford / Maiden (MA), 2001.

Wang S., N. Ray, W. Rojas, M. V. Parra, G. Bedoya et al., «Geographic Patterns of Genome Admixture in Latin American Mestizos», *PLoS Genet*, 4, 3 (2008), pp. 1-9.

Washington, George y William Crawford, *The Washington-Crawford Letters. Being the Correspondence between George Washington and William Crawford, from 1767 to 1781, Concerning Western Lands. With an Appendix, Containing Later Letters of Washington on the Same Subject; and Letters from Valentine Crawford to Washington, written in 1774 and 1775, Chronologically Arranged and Carefully Annotated*, Cincinnati, 1877.

Williams, Eric, *Capitalism and Slavery*, Londres, 1964.

Williamson, E., *The Penguin History of Latin America*, Londres, 1992.

Wood, Michael, *Conquistadors*, Londres, 2001.

Woodward, Margaret L., «The Spanish Army and the Loss of America, 1810-1824», *Hispanic American Historical Review*, 48, 4 (1968), pp. 586-607.

4. MEDICINA

Acemoglu, Daron, Davide Cantoni, Simon Johnson y James A. Robinson, «The Consequences of Radical Reform: The French Revolution», Oficina Nacional de Estudios Económicos (NBER), documento de trabajo n.º 14.831, abril de 2009.

Acemoglu, Daron, Simon Johnson y James Robinson, «Disease and Development in Historical Perspective», *Journal of the European Economic Association*, 1,2-3 (2003), pp. 397-405.

Anónimo, *Die Rheinische Mission und Der Herero-Aufstand: Erelebnisse und Beobachtungen rheinischer Missionare*, Barmen, 1904.

Asiwaju, A. L., *West African Transformations: Comparative Impact of French and British Colonialism*, Niger, 1991.

Bayer, Hauptmann M., *Mit dem Hauptquartier in Südwestafrika*, Berlin, 1909.

Beck, Ann, «Medicine and Society in Tanganyika, 1890-1930: A Historical Inquiry», *Transactions of the American Philosophical Society*, 67, 3 (1977).

Beckett, I., y K. Simpson, eds., *A Nation in Arms: A Social Study of the British Army in the First World War*, Manchester, 1985.

Berenson, E., *Heroes of Empire: Five Charismatic Men and the Conquest of Africa*, Berkeley / Los Angeles / Londres, 2011.

Betts, Raymond E., *Assimilation and Association in French Colonial Theory, 1890-1914*, Nueva York / Londres, 1961.

———, «The Establishment of the Medina in Dakar», *Africa: Journal of the International African Institute*, 41, 2 (abril de 1971), pp. 143-152.

Blanton, Robert, T. David Mason y Brian Athow, «Colonial Style and Post-Colonial Ethnic Conflict in Africa», *Journal of Peace Research*, 38, 4 (2001), pp. 473-491.

Brunschwig, H., *French Colonialism 1871-1914: Myths and Realities*, Londres, 1966.

———, «French Exploration and Conquest in Tropical Africa from 1865 to 1898», en L. H. Gann y P. Duignan, eds., *Colonialism in Africa, 1870-1960*, vol. I, Cambridge, 1969, pp. 132-164.

Buell, R. L., *The Native Problem in Africa*, Londres, 1965.

Burke, Edmund, *Reflections on the Revolutions in France: A Critical Edition*, ed. J. C. D. Clark, Cambridge, 2001 (hay trad. cast.: *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, Madrid, 2010).

Carter, Susan B., Scott Sigmund Gartner, Michael R. Haines, Alan L. Olmstead, Richard Sutch y Gavin Wright, eds., *Historical Statistics of the United States: Millennial Edition Online*, Cambridge, 2006.

Centre d'Informations Documentaires, *The Work of France in the Cameroons*, Paris, 1939.

Clausewitz, Carl von, *On War*, ed. Michael Howard y Peter Paret, Princeton, 1976 (ed. cast.: *De la guerra*, Madrid, 2005).

Cohen, William, *Rulers of Empire: The French Colonial Service in Africa*, Stanford, 1971.

Collier, Paul, *The Bottom Billion: Why the Poorest Countries are Failing and What Can Be Done about It*, Oxford, 2007.

Conklin, Alice L., *A Mission to Civilise: The Republican Idea of Empire in France and West Africa, 1895-1930*, Stanford, 1998.

Crowder, Michael, *Senegal: A Study of French Assimilation Policy*, Oxford, 1962.

Cruise O’Brien, Rita, *White Society in Black Africa: The French of Senegal*, Londres, 1972.

Daly, M. W., «Omdurman and Fashoda, 1898: Edited and Annotated Letters of F. R. Wingate», *Bulletin of the British Society for Middle Eastern Studies*, 10, 1 (1983), pp. 21-37.

Deutsch, Jan-Georg, *Emancipation without Abolition in German East Africa c. 1884-1914*, Oxford, 2006.

Drechsler, Horst, *Südwestafrika unter deutscher Kolonialherrschaft: Der Kampf der Herero und Nama gegen den deutschen Imperialismus (1884-1915)*, Berlin, 1966.

Easterly, William, *The White Man’s Burden: Why the West’s Efforts to Aid the Rest Have Done So Much Ill and So Little Good*, Londres, 2007.

Echenberg, Myron, *Black Death, White Medicine: Bubonic Plague and the Politics of Public Health in Senegal*, 1914-1945, Portsmouth (NH) / Oxford, 2002.

———, *Colonial Conscripts: The Tirailleurs Sénégalais in French West Africa, 1857-1960*, Londres, 1990.

———, «Medical Science in Colonial Senegal: The Pasteur Institute of Dakar and the Quest for a Yellow Fever Vaccine, 1925-1925», Universidad McGill documentos (s.f.).

Eichacker, Captain Rheinhold, «The Blacks Attack!», *New York Times Current History*, 9 (abril-junio de 1917), pp. 110-112.

Eiermann, Martin, «The Good, the Bad, and the Ugly: Colonial Violence, Domestic Discourses, and the Production of Truths in Imperial Germany, 1904 to 1908», Universidad de Harvard, tesis de licenciatura, 2010.

Evans, Andrew D., «Anthropology at War: Racial Studies of Prisoners of War during World War I», en H. Penny y M. Bunzl, eds., *Worldly Provincialism: German Anthropology in the Age of Empire*, Ann Arbor (MI), 2003, pp. 198-230.

Ferguson, Niall, *The Ascent of Money: A Financial History of the World*, Londres, 2008 (hay trad. cast.: *El triunfo del dinero. Cómo las finanzas mueven el mundo*, Barcelona, 2009).

Fieldhouse, D. K., *Black Africa 1945-80: Economic Decolonization and Arrested Development*, Londres, 1986.

Fischer, Eugen, *Die Rehobother Bastards und das Bastardierungsproblem beim Menschen: Anthropologische und ethnographische Studien am Rehebother Bastardvolk in Deutsch-Südwest-Afrika*, Jena, 1913.

Fonge, Fuabeh P., *Modernization without Development in Africa: Patterns of Change and Continuity in Post-Industrial Cameroonian Public Service*, Trenton (NJ) / Asmara (Eritrea), 1997.

Gandhi, Mahatma, *The Collected Works of Mahatma Gandhi*, libro electrónico, Nueva Delhi, 1999 (en castellano puede consultarse, por ejemplo, *El pensamiento de Gandhi: Antología*, Palma de Mallorca, 2010, o *Escritos esenciales*, Maliaño, Santander, 2004).

———, *Hind Swaraj*, ed. Jitendra T. Desai, Ahmedabad, 1938.

Gardiner, David E., «The French Impact on Education in Africa, 1817-1960», en G. Wesley Johnson, ed., *Double Impact: France and Africa in the Age of Imperialism*, Westport (CT) / Londres, 1985, pp. 333-344.

Gewald, Jan-Bart, «The Great General of the Kaiser», en *Botswana Notes and Records*, 26 (1994), pp. 67-76.

———, *Herero Heroes: A Socio-Political History of the Herero of Namibia, 1890-1923*, Oxford / Ciudad del Cabo / Atenas, 1999.

Gide, André, *Travels in the Congo*, Berkeley / Los Angeles, 1929 (ed. cast.: *Viaje al Congo*, Barcelona, 2010).

Gifford, P., y William Roger Louis, *France and Britain in Africa: Imperial Rivalry and Colonial Rule*, New Haven / Londres, 1971.

Hochschild, A., *King Leopold's Ghost: A Story of Greed, Terror and Heroism in Colonial Africa*, Nueva York, 1999.

Iliffe, J., *Africans. The History of a Continent*, Cambridge, 2007 11995].

Joireman, Sandra E., «Inherited Legal Systems and Effective Rule of Law: Africa and the Colonial Legacy *Journal of Modern African Studies*, 39, 4 (2001), 57, 196.

Kipling, Rudyard, «France at War: On the Frontier of Civilization», en *The Collected Works of Rudyard Kipling*, vol. II, Charleston (SC), 2008.

Klein, Martin A., *Islam and Imperialism in Senegal: Sine-Saloum, 1847-1914*, Stanford, 1968.

Kuhlmann, A., *Auf Adlers Flügeln*, Barmen, 1911.

Labrousse, Ernest, «1789-1830-1848: How Revolutions are Born», en François Crouzet, William Henry Chaloner y Fritz Stern, eds., *Essays in European Economic History, 1789-1914*, Londres, 1969, pp. 1-14.

Lenin, Vladimir Ilich, *Imperialism, the Highest Stage of Capitalism*, Moscú, 1963 [1917] (ed. cast.: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Madrid, 2007).

Leutwein, Theodor, *Elf Jahre Gouverneur in Deutsch-Südwestafrika*, Berlin, 1906.

Levine, Alison Murray, «Film and Colonial Memory: La Croisière noire, 1924-2004», en Alec G. Hargreaves, ed., *Memory, Empire and Post-colonialism: Legacies of French Colonialism*, Lanham (MD) / Oxford, 2005, pp. 81-97.

Lieven, Dominic, *Russia against Napoleon: The True Story of the Campaigns of War and Peace*, Nueva York, 2010.

Lunn, Joe, *Memoirs of the Maelstrom: A Senegalese Oral History of the First World War*, Londres, 1999.

McCullum, Jack E., *Military Medicine: From Ancient Times to the 21st Century*, Santa Bárbara, 2008.

MacLeod, Roy, y M. Lewis, eds., *Disease, Medicine and Empire: Perspectives on Western Medicine and the Experience of European Expansion*, Londres / Nueva York, 1988.

McLynn, Frank, *Napoleon: A Biography*, Londres, 2002.

Madley, Benjamin, «From Africa to Auschwitz: How German South West Africa Incubated Ideas and Methods Adopted and Developed by the Nazis in Eastern Europe», *European History Quarterly*, 35, 3 (2005), pp. 429-464.

———, «Patterns of Frontier Genocide 1803-1910: The Aboriginal Tasmanians, the Yuki of California, and the Herero of Namibia», *Journal of Genocide Research*, 6, 2 (2004), pp. 167-192.

Marcovich, A., *French Colonial Medicine and Colonial Rule: Perspectives on Western Medicine and the Experience of European Expansion*, Londres / Nueva York, 1988.

Marr, D. G., *Vietnamese Anticolonialism, 1885-1925*, Berkeley / Los Ángeles, 1971.

Mazower, Mark, *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*, Londres, 2008.

———, *Hitler's Empire: Nazi Rule in Occupied Europe*, Londres, 2008.

Moyo, Dambisa, *Dead Aid: Why Aid is Not Working and How There is Another Way for Africa*, Londres, 2010.

Ngalamulume, K., «Keeping the City Totally Clean: Yellow Fever and the Politics of Prevention in Colonial Saint-Louis-de-Senegal», *Journal of African History*, 45 (2004), pp. 183-202.

Olusoga, David, y Casper W. Erichsen, *The Kaiser's Holocaust: German Forgotten Genocide and the Colonial Roots of Nazis*, Londres, 2010.

Riley, James C., «The Timing and Pace of Health Transitions around the World», *Population and Development Review*, 31, 4 (diciembre de 2005), pp. 741-764.

Robiquet, Paul, ed., *Discours et opinions de Jules Ferry*, Paris, 1897.

Rohrbach, Paul, *Aus Südwest-Afrikas schweren Tagen: Blätter von Arbeit und Abschied*, Berlin, 1909.

———, *Deutsche Kolonialwirtschaft*, vol. I: *Sudwest-Afrika*, Berlin, 1907.

Rousseau, Jean-Jacques, *The Social Contract*, Londres, 1968 (ed. cast.: *El contrato social*, Madrid, 2010).

Rust, Conrad, *Krieg und Frieden im Hereroland: Aufzeichnungen aus dem Kriegsjahre 1904*, Berlin, 1905.

Sabatier, Peggy R., «"Elite" Education in French West Africa: The Era of Limits, 1903-1945», *International Journal of African Historical Studies*, 11, 2 (1978), pp. 247-266.

Saxe, Jo W., «The Changing Economic Structure of French West Africa», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 298 (1955), pp. 52-61.

Schama, Simon, *Citizens: A Chronicle of the French Revolution*, Londres, 1990.

Schneider, W. H., «Smallpox in Africa during Colonial Rule», *Medical History Journal*, 53, 2 (abril de 2009), pp. 193-227.

Seiner, Franz, *Bergtouren and Steppenfahrten im Hereroland*, Berlin, 1904.

Shaw, George Bernard, «Preface on Doctors», en *The Doctor's Dilemma, Getting Married, and the Shewing-Up of Blanco Posnet*, Rockville (MD), 2003 [1911].

Singer, B., y J. Langdon, *Cultured Force: Makers and Defenders of the French Colonial Empire*, Madison (WI), 2004.

Smith, Leonard V., Stephane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, *France and the Great War, 1914-1918*, Cambridge, 2003.

Smith, R., *Vietnam and the West*, Londres, 1968.

Steer, G. L., *Judgment on German Africa*, Londres, 1939.

Strachan, Hew, *The First World War*, vol. I: *To Arms*, Oxford, 2001.

———, *The First World War in Africa*, Oxford, 2004.

Tai, Hue-Tam Ho, «The Politics of Compromise: The Constitutionalist Party and the Electoral Reforms of 1922 in French Cochinchina», *Modern Asian Studies Journal*, 18, 3 (1984), pp. 371-391.

Taithe, B., *The Killer Trail: A Colonial Scandal in the Heart of Africa*, Oxford, 2009.

Taylor, Miles, «The 1848 Revolutions and the British Empire», *Past & Present*, 166 (febrero de 2000), pp. 146-180.

Tocqueville, Alexis de, *Democracy in America*, ed. Bruce Frohnan, Londres, 2002 (ed. cast.: *La democracia en America*, Madrid, 2007).

Twain, Mark, *Following the Equator: A Journey around the World*, vol. II, Nueva York, 1897 (hay trad. cast.: *Viaje alrededor del mundo siguiendo el Ecuador*, vol. 2: *India*, Barcelona, 1992).

Van Beusekom, Monica M., *Negotiating Development: African Farmers and Colonial Experts at the Office du Niger, 1920-1960*, Londres, 2002.

Weindling, Paul, *Health, Race and German Politics between National Unification and Nazism, 1870-1945*, Cambridge, 1989.

Winter, J. M., *The Great War and the British People*, Londres, 1985.

Wolpert, Stanley, *Gandhi's Passion. The Life and Legacy of Mahatma Gandhi*, Oxford, 2002.

Wright, P., *Conflict on the Nile: The Fashoda Incident of 1898*, Londres, 1972.

Yansane, A. Y., «The Impact of France on Education in West Africa», en G. Wesley Johnson, ed., *Double Impact: France and Africa in the Age of Imperialism*, Westport (CT) / Londres, 1985, pp. 345-362.

Zimmerer, «The First Genocide of the Twentieth Century: The German War of Destruction in South-West Africa (1904-1908) and the Global History of Genocide», en Doris L. Bergen, ed., *Lessons and Legacies: From Generation to Generation*, Evanston (IL), 2008, pp. 34-51.

5. CONSUMO

Allen, Frederick, *Secret Formula: How Brilliant Marketing and Relentless Salesmanship Made Coca-Cola the Best-Known Product in the World*, Nueva York, 1995.

Allen, Robert C., *The British Industrial Revolution in Global Perspective*, Cambridge, 2009.

———, «The Great Divergence in European Wages and Prices from the Middle Ages to the First World War», *Explorations in Economic History*, 38 (2001), pp. 411-447.

Allen, Robert C., Jean-Pascal Bassino, Debin Ma, Christine Moll-Murata y Jan Luiten van Zanden, «Wages, Prices, and Living Standards in China, Japan, and Europe, 1738-1925», documento de trabajo, 2005.

Bairoch, Paul, «International Industrialization Levels from 1750 to 1980», *Journal of Economic History*, 11 (1982), pp. 269-333.

Beasley, W. G., *Japan Encounters the Barbarian: Japanese Travellers in America and Europe*, New Haven, 1995.

Berg, Maxine, «From Imitation to Invention: Creating Commodities in Eighteenth-Century Britain»,

Economic History Review, Nueva Serie, 55, 1 (2002), pp. 1-30.

———, «In Pursuit of Luxury: Global History and British Consumer Goods in the Eighteenth Century», *Past & Present*, 182 (2004), pp. 85-142.

Berger, Helge, y Mark Spoerer, «Economic Crises and the European Revolutions of 1848», *Journal of Economic History*, 61,2 (2001), pp. 293-326.

Bergson, Abram, «How Big was the Soviet GDP?», *Comparative Economic Studies* (1997), pp. 1-14.

Bismarck, conde Otto von, *Reflections and Reminiscences*, Londres, 1899.

Broadberry, Stephen N., «How did the United States and Germany Overtake Britain? A Sectoral Analysis of Comparative Productivity Levels, 1870-1990», *Journal of Economic History*, 58, 2 (1998), pp. 375-407.

Buruma, Ian, *Inventing Japan: From Empire to Economic Miracle, 1853-1964*, Londres, 2003.

Carlyle, Thomas, *Past and Present*, Londres, 1843 (hay trad. cast.: *Pasado y presente*, Madrid, s.a.).

Clark, Gregory, *A Farewell to Alms: A Brief Economic History of the World*, Princeton, 2007.

Clark, Gregory, y Robert C. Feenstra, «Technology in the Great Divergence», en Michael D. Bordo, Alan M. Taylor y Jeffrey G. Williamson, eds., *Globalization in Historical Perspective*, Chicago / Londres, 2003, pp. 277-322.

Cole, Harold L., Lee O. Ohanian y Ron Leung, «Deflation and the International Great Depression: A Productivity Puzzle», Federal Reserve Bank of Minneapolis Research Department staff reports, 356, febrero de 2005.

Copeland, Melvin T., «Technical Development in Cotton Manufacturing since 1860», *Quarterly Journal of Economics*, 24, 1 (1909), pp. 109-159.

Cox, Mick, ed., *Rethinking the Soviet Collapse: Sovietology, the Death of Communism and the New Russia*, Londres, 1999.

Crafts, N. F. R., «British Economic Growth, 1700-1831: A Review of the Evidence», *Economic History Review*, 36, 2 (1983), pp. 177-199.

Cuenca Esteban, Javier, «Factory Costs, Market Prices, and Indian Calicos: Cotton Textile Prices Revisited, 1779-1831», *Economic History Review*, 52,4 (1999), pp. 749-755.

Darwin, Charles, *On the Origin of Species*, Oxford, 2008 [1859] (hay trad. cast.: *El origen de las especies por medio de la selección natural*, Madrid, 2010).

Dattel, *Gene, Cotton and Race in the Making of America: The Human Costs of Economic Power*, Nueva York, 2009.

Debray, Jules Régis, «The Third World: From Kalashnikovs to God and Computers», entrevista con Nathan Gardels, *New Perspectives Quarterly*, 3,1 (1986), pp. 25-28.

Dyos, H. J., y D. H. Aldcroft, *British Transport: An Economic Survey from the 17th Century to the 20th*, Leicester, 1969.

Ebadi, S., *Iran Awakening*, Londres, 2006.

Evans, Richard J., *Death in Hamburg: Society and Politics in the Cholera Years, 1830-1910*, Oxford, 1987.

Farnie, Douglas A., «The Role of Cotton Textiles in the Economic Development of India, 1600-

1990», en Douglas A. Farnie y David J. Jeremy, eds., *The Fiber that Changed the World: The Cotton Industry in International Perspective, 1600-1990s*, Oxford, 2004, pp. 395-430.

———, «The Role of Merchants as Prime Movers in the Expansion of the Cotton Industry, 1760-1990», en Douglas A. Farnie y David J. Jeremy, eds., *The Fiber that Changed the World. The Cotton Industry in International Perspective, 1600-1990s*, Oxford, 2004, pp. 15-55.

Ferdows, A. K., «Women and the Islamic Revolution», *International Journal of Middle East Studies*, 15, 2 (1983), pp. 283-298.

Ferguson, Niall, «An Evolutionary Approach to Financial History», *Cold Spring Harbor Symposia on Quantitative Biology*, 74 (2009), pp. 449-454.

———, *The War of the World: History's Age of Hatred*, Londres, 2006 (hay trad. cast.: *La guerra del mundo. Los conflictos del siglo XX y el declive de Occidente, 1904-1953*, Barcelona, 2007).

Findlay, Ronald, y Kevin H. O'Rourke, *Power and Plenty. Trade, War, and the World Economy in the Second Millennium*, Princeton, 2007.

Fordham, Benjamin O., «"Revisionism" Reconsidered: Exports and American Intervention in the First World War», documento inédito, Departamento de Ciencia Política, Universidad de Binghamton (SUNY), 2004.

Fowler, Alan, *Lancashire Cotton Operatives and Work, 1900-1950: A Social History of Lancashire Cotton Operatives in the Twentieth Century*, Farnham, 2003.

Fowler Mohanty, G., *Labor and Laborers of the Loom: Mechanization and Handloom Weavers, 1780-1840*, Nueva York / Londres, 2006.

Friedman, Milton, y Anna J. Schwartz, *A Monetary History of the United States, 1867-1960*, Princeton, 1963.

Fukuyama, Francis, *The End of History and the Last Man*, Nueva York, 1992 (hay trad. cast.: *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, 1992).

Gaddis, John, *The Cold War: A New History*, Londres, 2006.

Galeano, Eduardo, *Open Veins of Latin America: Five Centuries of the Pillage of a Continent*, Londres, 2009 (edición original: *Las venas abiertas de América Latina*, Madrid, 2003).

Gildea, Robert, *Barricades and Borders: Europe, 1815-1914*, Oxford, 1996.

Gong, Gerrit W., *The Standard of «Civilization» in International Society*, Oxford, 1984.

Grayling, A. C., *Toward the Light of Liberty: The Struggles for Freedom and Rights that Made the Modern Western World*, Nueva York, 2007.

Greer, Germaine, *The Female Eunuch*, Nueva York, 1980 [1970].

Guinnane, Timothy, Ron Harris, Naomi R. Lamoreaux y Jean-Laurent Rosenthal, «Putting the Corporation in its Place», NBER, documento de trabajo n.º 13.109, mayo de 2007.

Harrison, Mark, ed., *The Economics of World War II: Six Great Powers in International Comparison*, Cambridge, 1998.

Hirano Ken'ichiro, ed., *The State and Cultural Transformation: Perspectives from East Asia*, Tokio, 1993.

Howarth, S., *Henry Poole, Founders of Savile Row*, Honiton, 2003.

Hunt, Tristan, *The Frock-Coated Communist: The Revolutionary Life of Friedrich Engels*, Londres,

2009.
Hyman, Louis, «Debtor Nation: How Consumer Credit Built Postwar America», *Enterprise and Society*, 9, 4 (2008), pp. 614-618.
Jones, Peter M., «Living the Enlightenment and the French Revolution: James Watt, Matthew Boulton, and their Sons», *Historical Journal*, 42, 1 (1999), pp. 157-182.
Kaelble, Hartmut, *Industrialization and Social Inequality in 19th-century Europe*, trad. Bruce Little, Leamington Spa / Heidelberg, 1986.
Kamisaka, S., *Cotton Mills and Workers in Modern Japan*, Osaka, 1919.
Keene, Donald, *Emperor of Japan: Meiji and his World, 1852-1912*, Nueva York, 2005.
Kurlansky, Mark, *1968: TheYear that Rocked the World*, Nueva York, 2005.
Lamoreaux, Naomi, «Scylla or Charybdis? Some Historical Reflections on the Two Basic Problems of Corporate Governance», documento inedito, 2009.
La Porta, Rafael, Florencio Lopez de Silanes y Andrei Shleifer, «The Economic Consequences of Legal Origins», *Journal of Economic Literature*, 46, 2 (2008), pp. 285-332.
La Porta, Rafael, Florencio Lopez de Silanes, Andrei Shleifer y Robert Vishny, «Investor Protection and Corporate Governance», *Journal of Financial Economics*, 58, 1 (2000), pp. 1-25.
———, «Law and Finance», *Journal of Political Economy*, 106, 6 (1998), pp. 1113-1155.
Leggewie, Claus, «1968: A Defining Year in World Politics: A Return from Cultural Nostalgia to Political Analysis», Goethe Institute Online.
Leunig, T., «A British Industrial Success: Productivity in the Lancashire and New England Cotton Spinning Industries a Century Ago», *Economic History Review*, 56,1 (2003), pp. 90-117.
McKendrick, Neil, John Brewer y J. H. Plumb, *The Birth of a Consumer Society: The Commercialization of Eighteenth-Century England*, Londres, 1982.
McKeown, Adam, «Global Migration, 1846-1940», *Journal of World History*, 15 (2004), pp. 185-189.
Maddison, Angus, *The World Economy: A Millennial Perspective*, Paris, 2001.
Malony, B., «Modernity, Gender and the Empire: Gender, Citizenship and Dress in Modernizing Japan», *International Institute for Asian Studies Newsletter*, 46 (2008).
Marshall, Peter, *Demanding the Impossible: A History of Anarchism*, Oakland 2010.
Maurer, Noel, y Carlos Yu, *The Big Ditch: How America Took, Built, Ran and Ultimately Gave Away the Panama Canal*, Princeton, 2011.
Mazzini, Giuseppe, «To the Italians», en *The Duties of Man and Other Essays*, trad. Thomas Jones, Charleston, 2010 (en Castellano puede consultarse, por ejemplo, *Pensamientos sobre la democracia en Europa y otros escritos*, Madrid, 2004).
Meech-Pekarik, J., *The World of the Meiji Print: Impressions of a New Civilization*, Nueva York, 1986.
Mitchell, B. R., *Abstract of British Historical Statistics*, Cambridge, 1962.
Mokyr, Joel, *The Economics of the Industrial Revolution*, Londres, 1985.
Morris, Ian, *Why the West Rules – For Now: The Patterns of History, and What They Reveal about*

the Future, Nueva York, 2010.

Moser, Charles K., *The Cotton Textile Industry of Far Eastern Countries*, Boston (MA), 1930.

Nashat, G., «Women in the Islamic Republic of Iran», *Iranian Studies Journal*, 13, 1-4 (1980), pp. 165-194.

O'Brien, P. K., T. Griffiths y P. Hunt, «Political Components of the Industrial Revolution: Parliament and the English Cotton Textile Industry, 1660-1774», *Economic History Review*, 44, 3 (1991), pp. 395-423.

Okuefuna, David, *The Wonderful World of Albert Kahn: Colour Photographs from a Lost Age*, Londres, 2008.

Parthasarathi, Prasannan, «Rethinking Wages and Competitiveness in the Eighteenth Century: Britain and South India», *Past & Present*, 158 (1998), pp. 79-109.

Piketty, Thomas, y Emmanuel Saez, «Income Inequality in the United States, 1913-1998», NBER, documento de trabajo n.º 8.467, 2001.

Poiger, Uta G., *Jazz, Rock and Rebels: Cold War Politics and American Culture in a Divided Germany*, Berkeley / Los Angeles, 2000.

Pollard, Sidney, *Peaceful Conquest: The Industrialization of Europe, 1780-1914*, Oxford, 1981.

Ramet, Sabrina Petra, «Rock Music in Czechoslovakia», en Sabrina Petra Ramet, ed., *Rocking the State: Rock Music and Politics in Eastern Europe and Russia*, Boulder / San Francisco / Oxford, 1994, pp. 55-72.

Safanov, Mijail, «You Say You Want a Revolution», *History Today* (agosto de 2003).

Schorske, *Carl E., Fin-de-Siècle Vienna: Politics and Culture*, Nueva York, 1979.

Siefert, Marsha, «From Cold War to Wary Peace: American Culture in the USSR and Russia», en Alexander Stephan, ed., *The Americanization of Europe: Culture, Diplomacy and Anti-Americanism after 1945*, Oxford, 2006, pp. 185-217.

Singer, J. David, y Melvin Small, Correlates of War Database, Universidad de Michigan.

Sullivan, James, *Jeans: A Cultural History of an American Icon*, Nueva York, 2006.

Suri, Jeremi, *Power and Protest: Global Revolution and the Rise of Detente*, Cambridge (MA), 2003.

Tooze, Adam J., *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Londres, 2006.

Upadhyay, S. B., *Existence, Identity and Mobilization: The Cotton Millworkers of Bombay, 1890-1919*, Nueva Delhi, 2004.

Vries, Jan De, «Between Purchasing Power and the World of Goods: Understanding the Household Economy in Early Modem Europe», en J. Brewer y R. Porter, eds., *Consumption and the World of Goods*, Londres, 1993, pp. 85-132.

Wall, Rachel F., *Japan's Century: An Interpretation of Japan's History Since the Eighteen-Fifties*, Londres, 1964.

Westad, Odd Arne, *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of our Times*, Nueva York, 2005.

Wheen, Francis, *Karl Marx*, Londres, 2002.

Wilde, Oscar, *De Profundis and Other Writings*, ed. Hesketh Pearson, Londres, 1986 [1905] (hay trad. cast.: *De profundis*, Madrid, 2008).

Wolcott, S., y Clark, G., «Why Nations Fail: Managerial Decisions and Performance in Indian Cotton Textiles, 1890-1938», *Journal of Economic History*, 59,2 (1999), pp. 397-423.

Wolle, Stefan, *Der Traum von der Revolte: Die DDR 1968*, Berlin, 2008.

6. TRABAJO

Aikman, D., *The Beijing Factor: How Christianity is Transforming China and Changing the Global Balance of Power*, Oxford / Grand Rapids (MI), 2003.

Austin, Alvyn, *China's Millions: The China Inland Mission and Late Qing Society, 1832-1905*, Grand Rapids (MI) / Cambridge, 2007.

Bao, Limin, «The Intellectual Influence of Christianity in a Modern China Society», en H. Yang y Daniel H. N. Yeung, eds., *Sino-Christian Studies in China*, New Castle, 2006, pp. 265-279.

Barber, Benjamin K. *Jihad us. McWorld: Terrorism's Challenge to Democracy*, Londres, 2003.

Barro, Robert J., y Rachel M. McCleary, «Religion and Economic Growth across Countries», *American Sociological Review* (2003), pp. 760-781.

———, «Religion and Political Economy in an International Panel», Universidad de Harvard, noviembre de 2003.

———, «Which Countries Have State Religions?», Universidad de Harvard, documentos de trabajo, febrero de 2005.

Bays, D., «Chinese Protestant Christianity Today», en D. L. Overmyer, ed., *Religion in China Today*, Cambridge, 2003, pp. 182-199.

Becker, Sascha O., y Ludger Wössmann, «Was Weber Wrong? A Human Capital Theory of Protestant Economic History», *Quarterly Journal of Economics*, 124, 2 (2009), pp. 531-596.

Brown, Callum G., *The Death of Christian Britain: Understanding Secularization, 1800-2000*, Londres, 2001.

Bruce, S., *God is Dead: Secularization in the West*, Maiden (MA) / Oxford, 2002.

Caldwell, Christopher, *Reflections on the Revolution in Europe: Immigration, Islam and the West*, Nueva York, 2009.

Cantoni, David, «The Economic Effects of the Protestant Reformation: Testing the Weber Hypothesis in the German Lands», Universidad de Harvard, documentos de trabajo, septiembre de 2009.

Chen Cunfu y Huang Tianhai, «The Emergence of a New Type of Christians in China Today», *Review of Religious Research*, 46,2 (2004), pp. 183-200.

Chesterton, G. K., *A Short History of England*, Charleston (SC), 2009 [1917] (hay trad. cast.: *Breve historia de Inglaterra*, Barcelona, 2009).

———, «The Miracle of Moon Crescent», en *The Collected Works of G. K. Chesterton*, vol. XIII, San Francisco, 2005, pp. 94-117.

———, «The Patriotic Idea: England – A Nation», en James V. Schall, ed., *The Collected Works of*

G. K. Chesterton, vol. XX, San Francisco, 2001, pp. 595-623.
Chiswick, Barry, «The Economic Progress of American Jewry: From 18th Century Merchants to 21st Century Professionals», Universidad de Illinois, documentos de trabajo, noviembre de 2009.
Cohen, Paul A., *China and Christianity: The Missionary Movement and the Growth of Chinese Antiforeignism, 1860-1870*, Cambridge (MA), 1963.
Cox, Caroline, y John Marks, *The West, Islam and Islamism: Is Ideological Islam Compatible with Liberal Democracy?*, 2.ª ed., Londres, 2006.
Davie, G., *Europe: The Exceptional Case: Parameters of Faith in the Modern World*, Londres, 2002.
———, *Religion in Britain since 1945*, Maiden (MA) / Oxford, 1994.
Delacroix, Jacques, y François Nielsen, «The Beloved Myth: Protestantism and the Rise of Industrial Capitalism in Nineteenth-Century Europe», *Social Forces*, 80, 2 (2001), pp. 509-553.
Dickson, Tony, y HughV. McLachlan, «In Search of “The Spirit of Capitalism”: Weber’s Misinterpretation of Franklin», *Sociology*, 23, 1 (1989), pp. 81-89.
Dikötter, Frank, *Mao’s Great Famine: The History of China’s Most Devastating Catastrophe*, Londres, 2010.
Fenggang Yang, «Cultural Dynamics in China: Today and in 2020», *Asia Policy*, 4 (2007), pp. 41-52.
———, «Lost in the Market, Saved at McDonald’s: Conversion to Christianity in Urban China», *Journal for the Scientific Study of Religion*, 44, 4 (2005), pp. 423-441.
Ferguson, Niall, *The Ascent of Money: A Financial History of the World*, Londres, 2008 (hay trad. cast.: *El triunfo del dinero. Cómo las finanzas mueven el mundo*, Barcelona, 2009).
———, «Economics, Religion and the Decline of Europe», *Economic Affairs* (2004), pp. 37-40.
Freud, Sigmund, *Civilization and its Discontents*, trad. James Strachey, Nueva York, 1961 [1929-1930] (ed. cast.: *El malestar en la cultura*, Madrid, 2010).
———, *The Future of an Illusion*, trad. W. D. Robson-Scott, Nueva York, 1928 (ed. cast.: *El porvenir de una ilusión*, Barcelona, 2002).
Gibbon, Edward, *History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, ed. David Womersley, Londres, 1996 (hay trad. cast.: *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, Barcelona, 2003).
Giddens, Anthony, *Capitalism and Modern Social Theory: An Analysis of the Writings of Marx, Durkheim, and Max Weber*, Cambridge, 1971 (hay trad. cast.: *El capitalismo y la moderna teoría social*, Barcelona, 2001).
Goldsworthy, Adrian, *How Rome Fell: Death of a Superpower*, New Haven, 2009.
Green, Robert W., *Protestantism and Capitalism: The Weber Thesis and its Critics*, Boston, 1959.
Grier, Robin, «The Effect of Religion on Economic Development: A Cross National Study of 63 Former Colonies», *Kyklos*, 50, 1 (1997), pp. 47-62.
Guiso, Luigi, Paola Sapienza y Luigi Zingales, «People’s Opium? Religion and Economic Attitudes», *Journal of Monetary Economics*, 50 (2003), pp. 225-282.
Heather, Peter, *The Fall of the Roman Empire: A New History*, Londres 2006.
Hunter, Alan, y Kim-Kwong Chan, *Protestantism in Contemporary China*, Cambridge, 1993.

Iannaccone, Laurence R., «Introduction to the Economics of Religion», *Journal of Economic Literature*, 36, 3 (1998), pp. 1.465-1.496.

Jianbo Huang y Fenggang Yang, «The Cross Faces the Loudspeakers: A Village Church Perseveres under State Power», en Fenggang Yang y Joseph B. Tamney, eds., *State, Market and Religions in Chinese Societies*, Leiden / Boston, 2005, pp. 41-62.

Jiwei Ci, *Dialectic of the Chinese Revolution*, Stanford, 1994.

Kitch, M. J., *Capitalism and the Reformation*, Londres, 1967.

Koch, R., y C. Smith, *Suicide of the West*, Londres / Nueva York, 2006.

Kuang-sheng Liao, *Antiforeignism and Modernization in China, 1860-1980: Linkage between Domestic Politics and Foreign Policy*, Hong Kong, 1984.

Lehmann, Hartmut, y Guenther Roth, *Weber's Protestant Ethic*, Cambridge, 1993.

McLeod, Hugh, y Werner Ustorf, eds., *The Decline of Christendom in Western Europe, 1750-2000*, Cambridge, 2003.

Marshall, Gordon, *In Search of the Spirit of Capitalism*, Nueva York, 1982.

Micklethwait, John, y Adrian Wooldridge, *God is Back*, Londres, 2009.

Morrison, Eliza A., Mrs. Robert, *Memoirs of the Life and Labours of Robert Morrison*, vol. I, Londres, 1839.

Ng, PeterTze Ming, «Timothy Richard: Christian Attitudes towards Other Religions and Cultures», *Studies in World Christianity*, 14, 1 (2008), pp. 73-92.

Peng Liu, «Unreconciled Differences: The Staying Power of Religion», en Jason Kindopp y Carol Lee Hamrin, eds., *God and Caesar in China: Policy Implications of Church-State Tensions*, Washington, 2004, pp. 149164.

Pew Forum on Religion and Public Life, *Muslim Networks and Movements in Western Europe*, Washington, 2010.

Potter, P. B., «Belief in Control: Regulation of Religion in China», en D. L. Overmyer, ed., *Religion in China Today*, Cambridge, 2003, pp. 11-32.

Putnam, Robert D., y David E. Campbell, *American Grace: How Religion Divides and Unites Us*, Nueva York / Londres, 2010.

Roth, Guenther, y Wolfgang Schluchter, *Max Weber's Vision of History*, Berkeley, 1979.

Scaff, Lawrence A., «Remnants of Romanticism: Max Weber in Oklahoma and Indian Territory», *Journal of Classical Sociology*, 5, 53 (2005), 53-72.

Shaw, George Bernard, *Back to Methuselah: A Metabiological Pentateuch*, Charleston, 2009 [1921].

Sheehan, Rebecca, «Liberation and Redemption in 1970s Rock Music», en Niall Ferguson, Charles S. Maier, Erez Manela y Daniel Sargent, eds., *The Shock of the Global: The 1970s in Perspective*, Cambridge (MA) / Londres, pp. 294-305.

Simcox, Robin, Hannah Stuart y Houriya Ahmed, *Islamist Terrorism: The British Connections*, Londres, 2010.

Smith, Adam, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Londres, 1904 [1776] (ed. cast.: *La riqueza de las naciones*, Madrid, 2010).

Sprenkel, Otto B. van der, «Max Weber on China», *History and Theory*, 3, 3 (1964), pp. 348-370.

Steer, R., *J. Hudson Taylor: A Man in Christ*, 5.ª ed., Londres, 2009.

Stott, Grace, *Twenty-six Years of Missionary Work in China*, Londres, 1904.

Szasz, Thomas Stephen, *Anti-Freud: Karl Kraus's Criticism of Psychoanalysis and Psychiatry*, Siracusa, 1990.

Tawney, R. H., *Religion and the Rise of Capitalism: A Historical Study*, Nueva York, 1926.

Taylor, James Hudson, *Hudson Taylor: The Autobiography of a Man Who Brought the Gospel to China*, Minneapolis, 1987.

Thompson, Phyllis, *China. The Reluctant Exodus*, Sevenoaks, 1979.

Tolstói, Lev Nikolaievich, *The Kingdom of God is within You*, Charleston (SC), 2008 [1894] (ed. cast.: *El reino de Dios esta en vosotros*, Barcelona, 2011).

Trevor-Roper, Hugh, «Religion, the Reformation and Social Change», en Hugh Trevor-Roper, *Religion, the Reformation and Social Change*, Londres, 1967, pp. 1-46.

Viner, Jacob, *Religious Thought and Economic Society*, Durham, 1978.

Ward-Perkins, Bryan, *The Fall of Rome and the End of Civilization*, Oxford, 2005.

Weber, Marianne, *Max Weber: A Biography*, New Brunswick, 1988 (ed. cast.: *Max Weber, una biografía*, Valencia, 1995).

Weber, Max, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, trad. P. Baehr y G. C. Wells, Londres, 2002 [1905] (ed. cast.: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Madrid, 2010).

Woodberry, Robert D., «The Shadow of Empire: Christian Missions, Colonial Policy, and Democracy in Postcolonial Societies», tesis doctoral inédita, Universidad de Carolina del Norte, 2004.

World Values Survey Association, *World Values Survey 1981-2008 Official Aggregate v.*20090901, 2009, Aggregate File Producer: ASEP/JDS, Madrid.

Yihua Xi, «Patriotic Protestants: The Making of an Official Church», en Jason Kindopp y Carol Lee Hamrin, eds., *God and Caesar in China: Policy Implications of Church-State Tensions*, Washington, 2004, pp. 107-121.

Young, Cristobal, «Religion and Economic Growth in Western Europe: 1500-2000», documento de trabajo, Princeton, 2009.

Zakaria, Fareed, *The Future of Freedom: Illiberal Democracy at Home and Abroad*, Nueva York, 2003.

Zhao Dunhua, «Recent Progress of Christian Studies Made by Chinese Academics in the Last Twenty Years», en H. Yang y Daniel H. N. Yeung, eds., *Sino-Christian Studies in China*, New Castle, 2006, pp. 246-251.

Zhuo Xinping, «The Significance of Christianity for the Modernization of Chinese Society», en H. Yang y Daniel H. N. Yeung, eds., *Sino-Christian Studies in China*, New Castle, 2006, pp. 252-264.

Zuo Jiping, «Political Religion: The Case of the Cultural Revolution in China», *Sociological Analysis*, 52,1 (1991), pp. 99-110.

Berman, Paul, *Terror and Liberalism*, Nueva York, 2004.

Bolingbroke, Henry St. John, vizconde de, «The Idea of a Patriot King», en *The Works of Lord Bolingbroke, with a Life*, vol. II, Filadelfia, 1841, pp. 372-429.

Buchanan, Mark, *Ubiquity: The Science of History… Or Why the World is Simpler Than We Think*, Londres, 2005.

Cecchetti, Stephen G., M. S. Mohanty y Fabrizio Zampolli, «The Future of Public Debt: Prospects and Implications», BIS, documento de trabajo n.º 300, marzo de 2010.

Churchill, Winston S., «Civilization», en Randolph S. Churchill, ed., *Blood, Sweat and Tears*, Whitefish (MT), 2007 [1940], pp. 45-49.

Collier, Paul, *The Plundered Planet: Why We Must – and How We Can – Manage Nature for Global Prosperity*, Oxford, 2010.

Diamond, Jared, *Collapse. How Societies Choose to Fail or Succeed*, Nueva York, 2005 (hay trad. cast.: *Colapso: Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Barcelona, 2006).

Economy, Elizabeth, «The Game Changer: Coping with China's Foreign Policy Revolution», *Foreign Affairs* (noviembre-diciembre de 2010), pp. 142-152.

Eichengreen, Barry, *Exorbitant Privilege: The Decline of the Dollar and the Future of the International Monetary System*, Oxford, 2011.

Ferguson, Niall, *The Cash Nexus: Money and Power in the Modern World*, Londres, 2001.

Ferguson, Niall, y Moritz Schularick, «The End of Chimerica», *International Finance* (en preparación).

Goldstone, Jack A., «Cultural Orthodoxy, Risk and Innovation: The Divergence of East and West in the Early Modern World», *Sociological Theory*, 5,2 (1987), pp. 119-135.

———, *Revolution and Rebellion in the Early Modern World*, Berkeley / Los Angeles / Oxford, 1991.

Guan Hanhui y Li Daokui, «The GDP and Economic Structure of the Ming Dynasty» (en preparación).

Hayes, Brian, «Statistics of Deadly Quarrels», *American Scientist* (enero-febrero de 2002).

Hexter, J. H., «Seyssel, Machiavelli, and Polybius. VI: The Mystery of the Missing Translation», *Studies in the Renaissance*, 3 (1956), pp. 75-96.

Holland, John H., *Emergence: From Chaos to Order*, Nueva York, 1998.

———, *Hidden Order: How Adaptation Builds Complexity*, Nueva York, 1995.

Huntington, Samuel, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York / Londres / Toronto / Sidney, 1996 (hay trad. cast.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, 2009).

———, «The Clash of Civilizations», *Foreign Affairs* (verano de 1993), pp. 2249.

Jacques, Martin, *When China Rules the World. The Rise of the Middle Kingdom and the End of the Western World*, Londres, 2009.

Kauffman, Stuart, *At Home in the Universe: The Search for the Laws of Self-Organization and Complexity*, Nueva York, 1995.

Kennedy, Paul, *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, Nueva York, 1989 (hay trad. cast.: *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, 2004).

Kotkin, Stephen, *Armageddon Averted: The Soviet Collapse, 1970-2000* Oxford, 2001.

Krakauer, David, John Gaddis y Kenneth Pomeranz, eds., *History, Big History and Metahistory* (en preparación).

Luard, Evan, *War in International Society: A Study in International Sociology*, New Haven / Londres, 1987.

Maddison, Angus, *The World Economy: A Millennial Perspective*, Paris, 2001.

Marès, Arnaud, «Sovereign Subjects: Ask Not *Whether* Governments Will Default, But *How*», Morgan Stanley Research (agosto de 2010).

Marshall, Monty G., y Ted Robert Gurr, *Peace and Conflict 2005: A Global Survey of Armed Conflicts, Self-Determination Movements, and Democracy*, College Park (MD), 2005.

Mitchell, Melanie, *Complexity: A Guided Tour*, Nueva York, 2009.

Pinker, Steven, *The Better Angels of our Nature: The Decline of Violence and its Psychological Roots* (en preparación).

Quigley, Carroll, *Tragedy and Hope: A History of the World in our Time*, Nueva York / Londres, 1966.

Raine, Sarah, *China's African Challenges*, Abingdon, 2009.

Richardson, Lewis F., *Statistics of Deadly Quarrels*, Pacific Grove (CA), 1960.

Sargent, Thomas J., «The Ends of Four Big Inflations», en Thomas J. Sargent, *Rational Expectations and Inflation*, Nueva York, 1993, pp. 43-116.

Sen, Amartya, *Identity and Violence: The Illusion of Destiny*, Nueva York, 2006.

Sorokin, Pitirim, *Social and Cultural Dynamics: A Study of Change in Major Systems of Art, Truth, Ethics, Law and Social Relationships*, Boston, 1970 [1957].

Taleb, Nassim Nicholas, «The Fourth Quadrant: A Map of the Limits of Statistics», *Edge* (15 de septiembre de 2008).

Tusicisny, Andrej, «Civilizational Conflicts: More Frequent, Longer, and Bloodier?», *Journal of Peace Research*, 41,4 (2004), pp. 485-498.

Waldrop, M. Mitchell, *Complexity: The Emerging Science at the Edge of Chaos*, Nueva York, 1992.

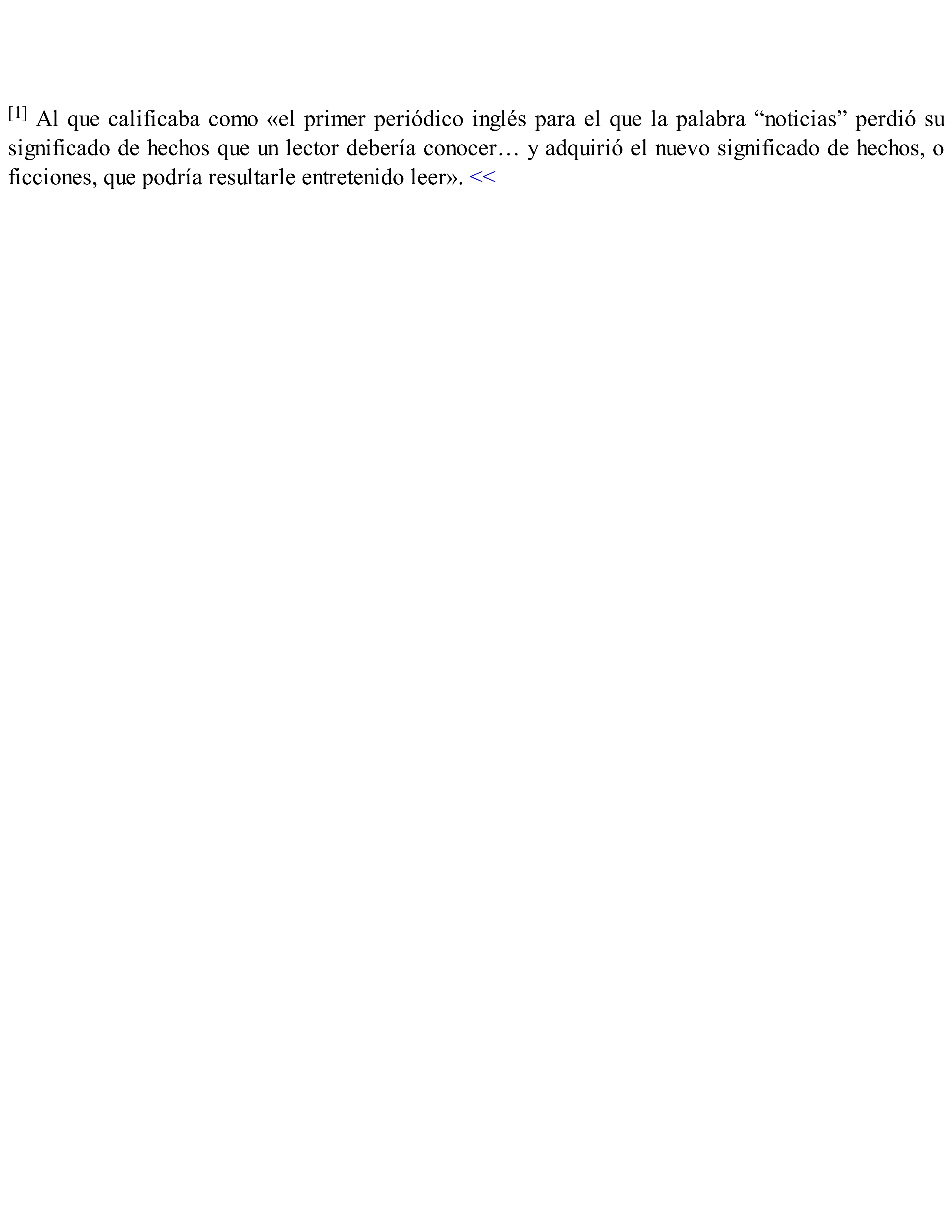
Zakaria, Fareed, *The Post-American World*, Nueva York, 2008.



Niall Ferguson (18 de abril de 1964, Glasgow) ocupa la cátedra Lawrence A. Tisch de Historia de la Universidad de Harvard y la cátedra William Ziegler en la Harvard Business School. Asimismo es profesor del Jesus College (Universidad de Oxford), y de la Hoover Institution (Universidad de Stanford).

Considerado el historiador británico más brillante de la actualidad por el *Times* y una de las cien personas más influyentes del mundo por la revista *Time*. Entre sus obras destacan *El imperio británico* (2003), *Coloso: Auge y decadencia del imperio norteamericano* (2004), *La guerra del mundo* (2006), *El triunfo del dinero* (2008), *Civilización. Occidente y el resto* (2011) y *La gran degeneración* (2012).

Notas


[1] Al que calificaba como «el primer periódico inglés para el que la palabra “noticias” perdió su significado de hechos que un lector debería conocer… y adquirió el nuevo significado de hechos, o ficciones, que podría resultarle entretenido leer». <<



[2] Cuando John fue brevemente encarcelado por haber desafiado al padre de ella, su esposa comentó con sorna: John Donne - Anne Donne: Un-done! [«John Donne -Anne Donne: ¡Deshecho!»]. No es de extrañar que él la amara. <<

[3] De aquí tomaría su título la célebre novela de Hemingway. *(N. del T.)* <<

[4] Versión de David Hota Pimentel. *(N. del T.)* <<

[5] *The Golden Treasury of English Songs and Lyrics*, una popular antología de la poesía inglesa escrita por el crítico y poeta Francis Turner Palgrave en 1861. *(N. del T.)* <<

INTRODUCCIÓN: LA PREGUNTA DE RASSELAS

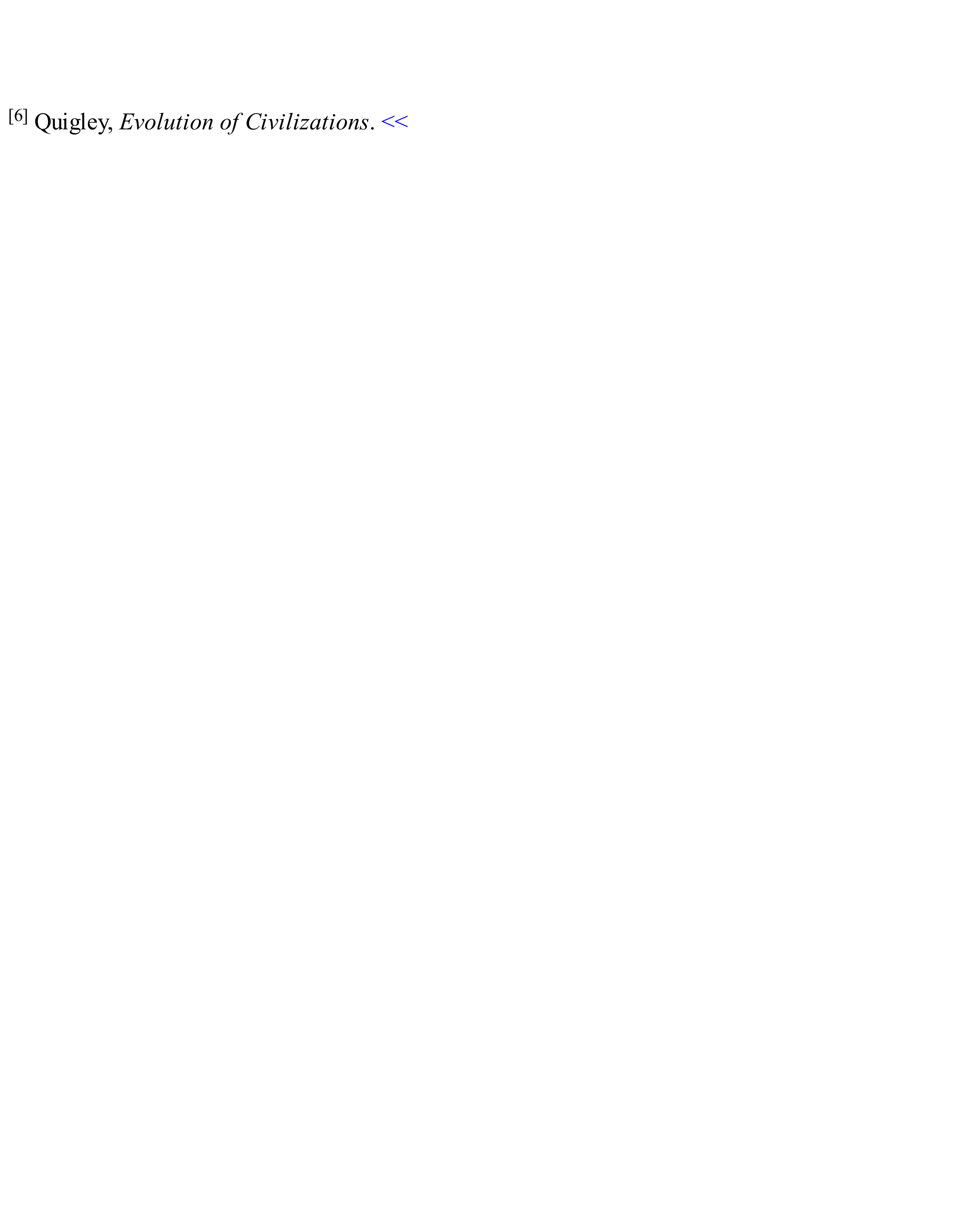
[1] Clark, *Civilisation*. <<

[2] Braudel, *History of Civilizations*. <<

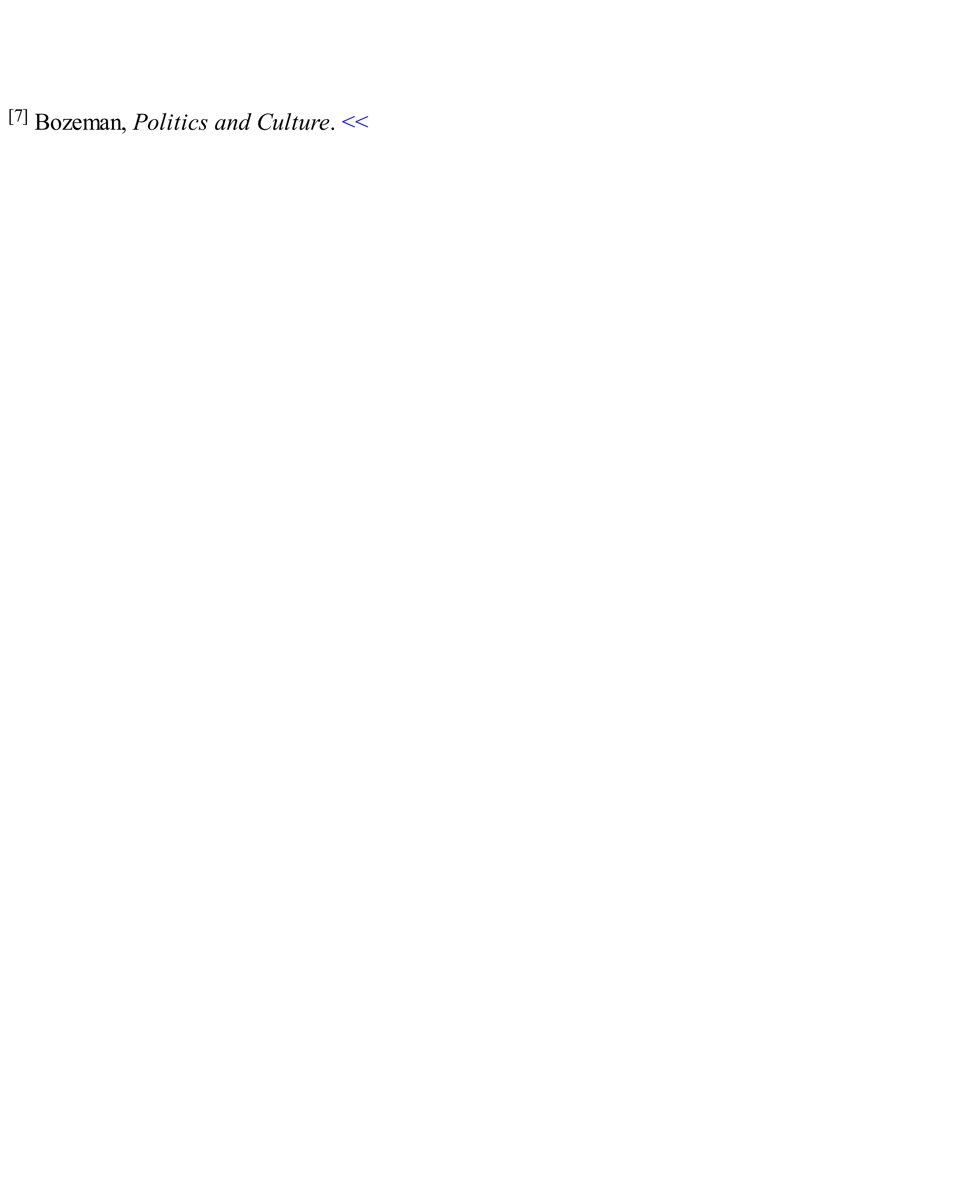
[3] Véase también Bagby, *Culture and History*; Mumford, *City in History*. <<

[4] Sobre las prácticas y los usos, véase Elias, *Civilizing Process*. <<

[5] Véase Coulborn, *Origins of Civilized Societies*, y, más reciente, Fernández-Armesto, *Civilizations*. <<



[6] Quigley, *Evolution of Civilizations*. <<



[7] Bozeman, *Politics and Culture*. <<



[8] Melko, *Nature of Civilizations*. <<



[9] Eisenstadt, *Comparative Civilizations*. <<

[10] McNeill, *Rise of the West*. <<

[11] Braudel, *History of Civilizations*, pp. 34 ss. <<

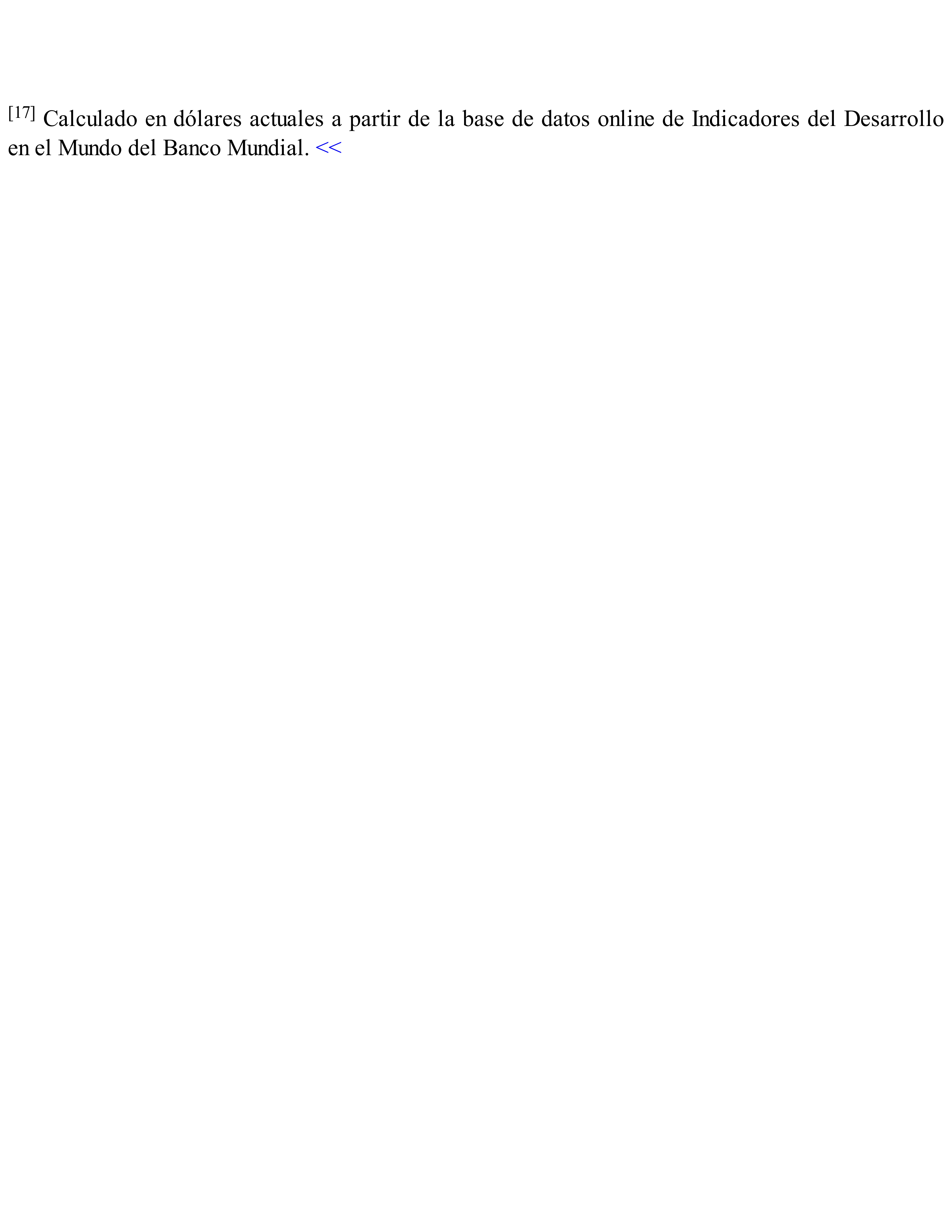
[12] Véanse Fernández-Armesto, *Millennium*; Goody, *Capitalism and Modernity* y *Eurasian Miracle*; Wong, *China Transformed*. <<

[13] McNeill, *Rise of the West*. Véase también Darwin, *After Tamerlane*. <<

[14] Según datos de Maddison, *World Economy*. Las cifras históricas sobre producción global (producto interior bruto) deben tratarse con más cautela que las de población debido a los arriesgados presupuestos que Maddison hubo de asumir para calcular sus estimaciones, y también porque decidió calcular el PIB en términos de paridad del poder adquisitivo a fin de dar cabida a los precios, mucho más bajos, de bienes no comercializados en países relativamente pobres. <<

[15] Véanse más detalles en Fogel, *Escape from Hunger*, tablas 1.2 y 1.4. <<

[16] Las cifras proceden de Chandler, *Urban Growth*. <<



[17] Calculado en dólares actuales a partir de la base de datos online de Indicadores del Desarrollo en el Mundo del Banco Mundial. <<

[18] Puede verse un análisis ilustrativo en Scruton, *The West and the Rest*. <<

[19] Véase, por ejemplo, Laue, «World Revolution of Westernization». <<

[20] Acemoglu et al., «Reversal of Fortune»; Putterman y Weil, «Post-1500 Population Flows». <<


[21] Pomeranz, *Great Divergence*. <<

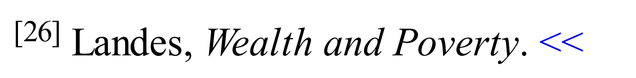

[22] Elvin, *Pattern of the Chinese Past*. <<



[23] Clark, *Farewell to Alms*. <<

[24] Johnson, *Rasselas*, pp. 56 ss. <<

[25] Murray, *Human Accomplishment*. <<


[26] Landes, *Wealth and Poverty*. <<

[27] Hibbs y Olsson, «Geography»; Bockstette et al., «States and Markets». <<

[28] Diamond, *Guns, Germs and Steel*. <<

[29] Diamond, «Flow to Get Rich». <<

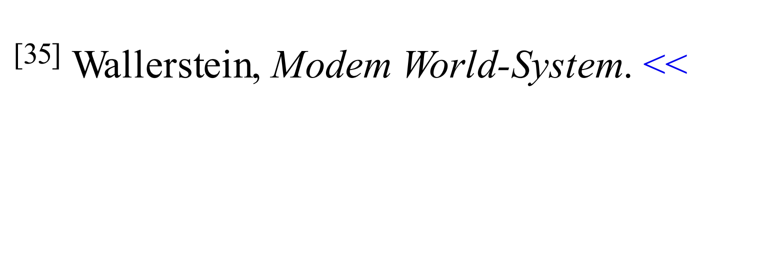
[30] Véase, por ejemplo, Roberts, *Triumph of the West*. <<

[31] Véanse North, *Understanding the Process of Economic Change*; North *et al.*, *Violence and Social Orders*. <<

[32] Clark, *Farewell to Alms*, pp. 337-342. <<

[33] Rajan y Zingales, «Persistence of Underdevelopment»; Chaudhary *et al.*, «Big BRICs, Weak Foundations». <<

[34] Huntington, *Clash of Civilizations*. <<



[35] Wallerstein, *Modem World-System*. <<

[36] Huntington, *Clash of Civilizations*. <<

[37] Véase, por ejemplo, Kagan, *Paradise and Power*, y, más reciente, Schuker, «Sea Change». <<

[38] Véase, como obra más reciente, Osborne, *Civilization*. <<

[39] Morris, *Why the West Rules*. <<

[40] Brownworth, *Lost to the West*. <<



[41] Cahill, *How the Irish Saved Civilization*. En el momento de redactar estas líneas está por ver si se les va a devolver el favor. <<

[42] Dawson, *Making of Europe*; Woods, *How the Catholic Church Built Western Civilization*. <<

[43] Matthews, «Strange Death»; Guyver, «England». <<



[44] Amanda Kelly, «What Did Hitler Do in the War, Miss?», *Times Educational Supplement*, 19 de enero de 2001. <<

[45] MacGregor, *History of the World*. <<

[*] Austria, Bélgica, Francia, Alemania, Italia, Países Bajos, Portugal, España, Rusia, Reino Unido y Estados Unidos. De ellos, solo Francia, Portugal y España existían en 1500 en una forma algo similar a la que tendrían a comienzos del siglo XX. Sobre la pretensión de Rusia de ser considerada parte de Occidente, véase más adelante. <<

[*] Esta pregunta se planteaba de hecho en los imperios no occidentales en el siglo XVIII. En 1731, el escritor otomano Ibrahim Müteferrika se preguntaba: «¿Por qué las naciones cristianas, que en el pasado eran tan débiles en comparación con las naciones musulmanas, empiezan a dominar tantas tierras en los tiempos modernos e incluso a derrotar a los antaño victoriosos ejércitos otomanos?». <<

[*] El término *killer application* o *killer app* (literalmente «aplicación asesina», pero mejor traducido como «aplicación rompedora» o «aplicación demoledora») designa a un programa informático que, por la razón que sea, llega a convertirse prácticamente en estándar universal en el uso para el que ha sido diseñado. Probablemente un buen ejemplo sea el programa Photoshop en la edición digital de imágenes. *(N. del T.)* <<

[*] Es una idea peculiar esa de que una de las civilizaciones más venerables del mundo deba tener un nombre que nadie, salvo un teórico político, ha oído nunca. En su ensayo original de 1993, Huntington empleaba el término «confuciana». <<

1. COMPETENCIA

[1] Smith, *La riqueza de las naciones*, libro I, caps. 8 y 11, libro IV, cap. 9. <<

[2] Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, libro VIII, cap. 21. Véase también libro VII, cap. 7, libro XIX, caps. 17-20. <<

[3] Véase en general Bishop, *China’s Imperial Way*. <<

[4] Tsai, *Perpetual Happiness*, p. 123. <<

[5] Brook, *Confusions of Pleasure*. <<

[6] Pinker, *Better Angels*. <<



[7] Castor, *Blood and Roses*. <<

[8] Fogel, *Escape from Hunger*, tablas 1.2 y 1.4. <<

[9] Clark, *Farewell to Alms*. <<

[10] Dardess, «Ming Landscape», pp. 323 ss. <<

[11] Needham, ed., *Science and Civilization*, vol. V, pp. 52 y 313. <<

[12] Ibid., vol. VI, pp. 558,571 y 581. Cf. Hobson, *Eastern Origins*, p. 201. <<

[13] Mokyr, *Lever of Riches*, pp. 209 ss. <<

[14] Needham, ed., *Science and Civilization*, vol. IV, p. 184. <<

[15] Ibid., vol. V, pp. 61, 157, 354 y 421. Cf. Hobson, *Eastern Origins*, pp. 207-212. <<



[16] Levathes, *When China Ruled the Seas*. <<

[17] Ray, «Analysis», p. 82. <<

[18] Ibid., pp. 82-84. <<

[19] Duyvendak, «True Dates». <<

[20] Cotterell, Imperial Capitals, p. 222. Véase también Fernández-Armesto, *Millennium*, cap. 4; *Pathfinders*, cap. 4. <<

[21] Landes, *Wealth and Poverty*, pp. 95 ss. <<

[22] Keay, *China: A History*, p. 385. <<

[23] Según Nicholas D. Kristof, «1492: The Prequel», *New York Times*, 6 de junio de 1999. <<

[24] Finlay, «Portuguese and Chinese Maritime Imperialism», pp. 240 ss. <<

[25] Flynn y Giráldez, «Born with a "Silver Spoon"», p. 204. <<

[26] Chirot, «Rise of the West», pp. 181 ss. <<

[27] Cipolla, *Guns and Sails*, pp. 77-82. <<



[28] Hoffman, «Why Was It that Europeans Conquered the World?». Sobre las deficiencias del sistema tributario de los Ming, véase Huang, *1587*, p. 64. <<

[29] Jones, *European Miracle*, p. 67. <<

[30] Ibid., p. 120. <<

[31] Birch, *Historical Charters*, pp. 3 ss. <<

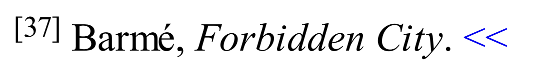
[32] Ibid., pp. 19 ss. <<

[33] Ibid., pp. 61 ss. <<

[34] Los detalles proceden de Inwood, *History of London*. <<

[35] Burrage y Corry, «At Sixes and Sevens». <<

[36] Landes, *Revolution in Time*, pp. 34-42. <<


[37] Barmé, *Forbidden City*. <<

[38] Cotterell, *Imperial Capitals*, p. 222. <<

[39] Cotterell, *China: A History*, p. 178. <<

[40] Catto, «Written English». <<

[41] Flynn y Giráldez, «Arbitrage, China, and World Trade». <<

[42] Ebrey, *Cambridge Illustrated History of China*, esp. p. 215. <<

[43] Puede verse un buen resumen en Goody, *Capitalism and Modernity*, pp. 103-117. <<

[44] Guan y Li, «GDP and Economic Structure». <<

[45] Véanse Mintz, *Sweetness and Power*, p. 191; Higman, «Sugar Revolution». <<

[46] Clark, *Farewell to Alms*, p. 57. <<

[47] Pelzer y Pelzer, «Coffee Houses of Augustan London». <<

[48] Puede verse una perspectiva revisionista, que subestima el perjuicio social producido por las exportaciones de opio de la India británica, en Newman, «Opium Smoking in Late Imperial China». <<

[49] Barrow, *Life of Macartney*, vol. I, pp. 348 ss. <<


[*] Los Paston eran una familia de la pequeña aristocracia inglesa de la que se conserva una numerosa correspondencia entre los años 1422 y 1509, por la que se conocen estos hechos. *(N. del T.)* <<

[*] Hubo un séptimo viaje en 1430-1433. El autor Gavin Menzies ha afirmado que los barcos chinos doblaron el cabo de Buena Esperanza, remontaron la costa occidental de Africa hasta las islas de Cabo Verde, cruzaron el Atlántico y luego llegaron hasta la Tierra del Fuego y la costa australiana; y que uno de los almirantes de Zheng He podría haber alcanzado Groenlandia, regresando luego a China por la costa norte de Siberia y a través del estrecho de Bering. Las evidencias de tales afirmaciones son en el mejor de los casos circunstanciales, y en el peor, inexistentes. <<

[*] Hasta no hace mucho denominado en algunos países de Occidente «río Azul». (N. del T.) <<

2. CIENCIA

[1] Véanse en general Bakar, *Tawhid and Science*; Morgan, *Lost History*, Lyons, *House of Wisdom*. <<

[2] Freely, *Aladdin's Lamp*, p. 163. <<

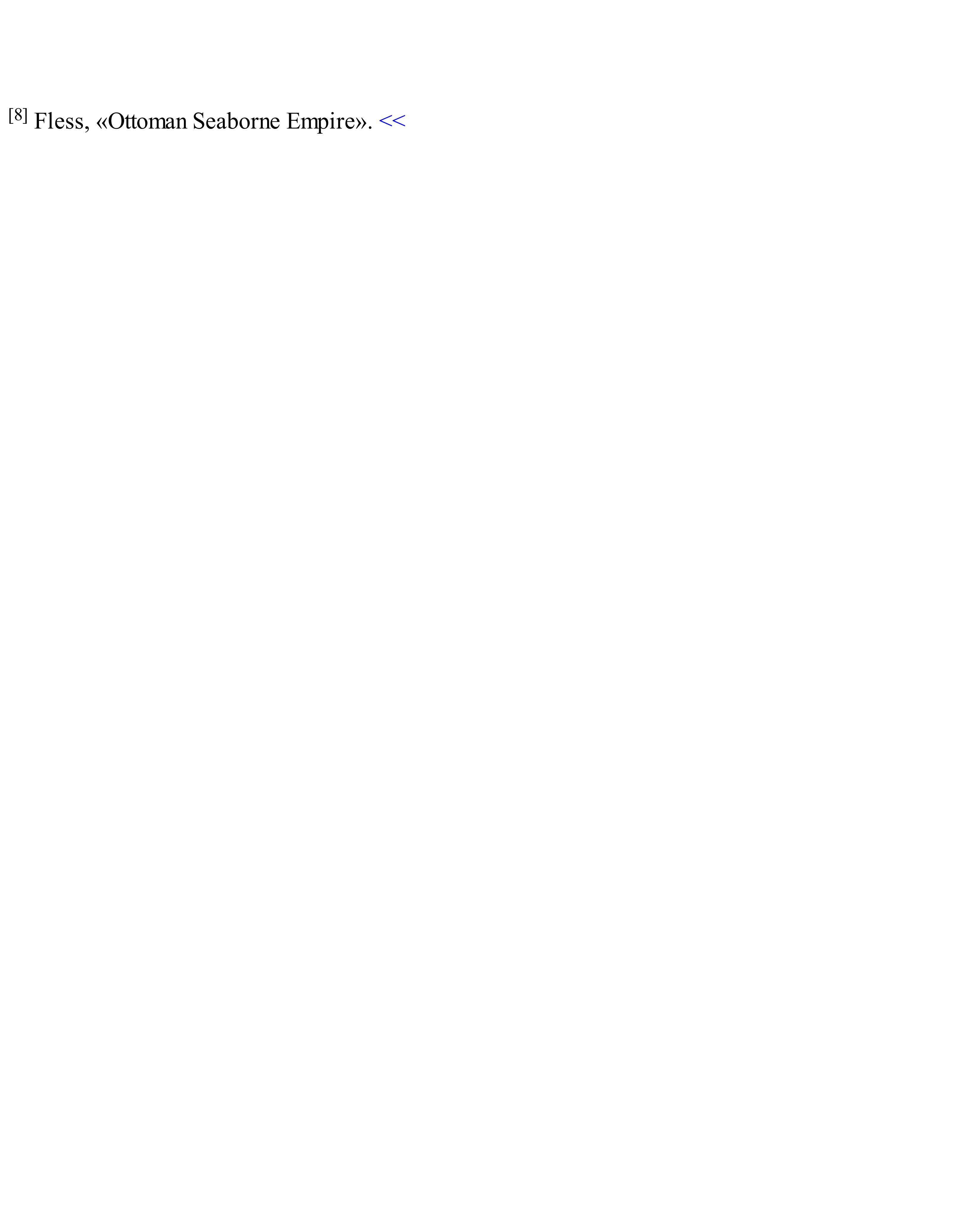
[3] Lyons, *House of Wisdom*, p. 5. <<

[4] İhsanoğlu, *Science, Technology and Learning*, pp. 16 ss. <<

[5] Mansel, *Constantinople*, p. 62. <<

[6] Hamdani, «Ottoman Response». <<

[7] Forster y Daniel, eds., *Life and Letters*, p. 221. <<



[8] Fless, «Ottoman Seaborne Empire». <<

[9] İnalcik y Quataert, *Economic and Social History of the Ottoman Empire*, p. xviii. <<

[10] Stoye, *Siege of Vienna*, p. 32. <<

[11] Ibid., p. 119. Cf. Panaite, *Ottoman Law*. <<

[12] Goodwin, *Lords of the Horizons*, p. 229. <<

[13] Lewis, *What Went Wrong?*, pp. 18 ss. <<

[14] Ozmucur y Pamuk, «Real Wages»; Quataert, *Ottoman Manufacturing*. Como en la India, la producción tradicional de tejidos se vio fuertemente afectada por la competencia europea a comienzos del siglo XIX, pero a la economía otomana le fue mejor en el período posterior a 1850. <<

[15] Rafeq, «Making a Living»; Pamuk, «Institutional Change». <<

[16] Grant, «Rethinking the Ottoman “Decline”». <<

[17] Steinberg, *Five Hundred Years*, pp. 22-25. <<

[18] Eisenstein, *Printing Revolution*, p. 168. <<

[19] Lutero, *La libertad cristiana* (1520). <<

[20] Crofts, «Printing, Reform and Catholic Reformation», p. 376. <<

[21] Holborn, «Printing and the Growth of a Protestant Movement», pp. 134 ss. <<

[22] Dittmar, «Ideas, Technology, and Economic Change». <<

[23] Walsham, «Unclasping the Book?», p. 156. <<

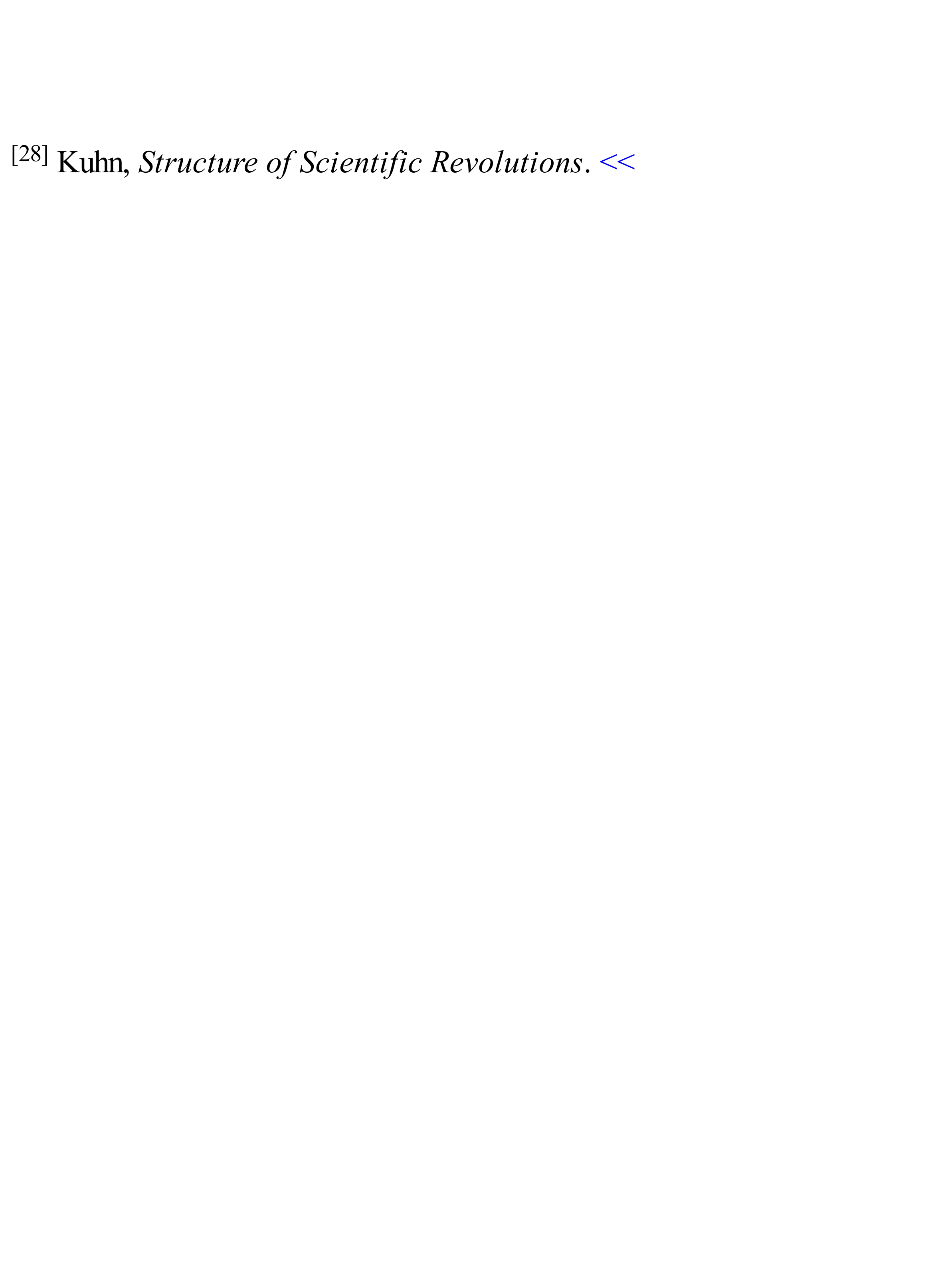
[24] Hall, «Intellectual Tendencies», pp. 390 ss. <<

[25] Bohnstedt, «Infidel Scourge of God», p. 24. <<

[26] Clark, «Publication of the Koran», p. 9. <<

[27] Thomas, *Religion and the Decline of Magic*; Levack, *Witch-Hunt*. <<

[28] Kuhn, *Structure of Scientific Revolutions*. <<



[29] Henry, *Scientific Revolution*, p. 74. <<

[30] Shank, *Newton Wars*, p. 239. <<

[31] Murray, *Human Accomplishment*, esp. pp. 257 ss. y 297 ss. Vease también Basalla, «Spread of Western Science». <<

[32] Smith, «Science and Technology». Cf. Clark, «Aristotle and Averroes». <<

[33] Deen, *Science under Islam*, pp. 122 ss.; Huff, *Rise of Early Modern Science*, p. 92. <<

[34] Huff, *Rise of Early Modern Science*, p. 75. <<

[35] Deen, *Science under Islam*, pp. 4 ss.; Faroqhi, *Subjects of the Sultan*. <<

[36] Mansel, *Constantinople*, p. 45. <<

[37] Lewis, *What Went Wrong?*, p. 43. <<

[38] Barkey, *Empire of Difference*, pp. 232 ss.; İhsanoğlu, *Science, Technology and Learning*, p. 20. Véanse también Mansel, *Constantinople*, p. 46; Vlahakis *et al.*, *Imperialism and Science*, p. 79. <<

[39] İhsanoğlu, *Science, Technology and Learning*, p. 4. <<

[40] Barkey, *Empire of Difference*, p. 233. <<

[41] Sprat, *History of the Royal Society*, pp. 63 ss. <<

[42] Fernández-Armesto, *Pathfinders*, p. 281. <<

[43] Gribbin, *Fellowship*, pp. 253 ss. <<

[44] Hall, *Philosophers at War*. <<

[45] Stewart, *Rise of Public Science*, p. 258. <<

[46] Allen, *Steam Engine*; Allen, *1715 and Other Newcomen Engines*. <<

[47] Goldstone, *Revolution and Rebellion*, p. 367. Cf. Gerber, «Monetary System»; Pamuk, «Prices».
<<

[48] Goffman, *Ottoman Empire and Early Modern Europe*, p. 119. <<

[49] Shaw, *History of the Ottoman Empire*, p. 207. <<

[50] Lewis, *Middle East*, p. 126. Véase también Goldstone, *Revolution and Rebellion*, pp. 378 ss. <<

[51] Lewis, *Modern Turkey*, p. 23. <<

[52] Coles, *Ottoman Impact*, p. 163. <<

[53] Mansel, *Constantinople*, pp. 86-96; Goodwin, *Lords of the Horizons*, p. 168. <<

[54] Clark, *Iron Kingdom*, p. 240. <<

[55] T. R. Ybarra, «Potsdam of Frederick the Great – After William II», *New York Times*, 10 de septiembre de 1922. <<

[56] Clark, *Iron Kingdom*, p. 189. <<

[57] Chakrabongse, *Education of the Enlightened Despots*, pp. 52 ss. <<

[58] Fraser, *Frederick the Great*, pp. 29 ss. <<

[59] Clark, *Iron Kingdom*, p. 215. <<

[60] Federico el Grande, *Antimaquiavelo*, cap. 26, trad. de Denes Martos. <<

[61] Clark, *Iron Kingdom*, p. 231. <<

[62] Ibid., pp. 241 ss. <<

[63] Haffher, *Rise and Fall of Prussia*, pp. 37 y 43 ss. <<

[64] Gerber, «Jews and Money-Lending». Véase también Quataert, *Manufacturing and Technology Transfer*. <<

[65] Clark, *Iron Kingdom*, p. 187. <<

[66] Blanning, *Culture of Power*, pp. 108 ss. <<

[67] Darnton, *Literary Underground*, p. 25. <<

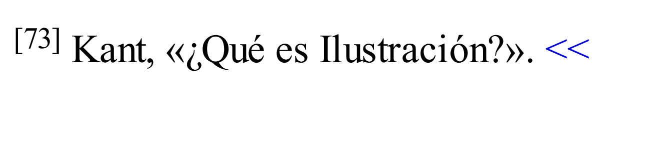
[68] Terrall, *Man Who Flattened the Earth*, pp. 181-185. <<

[69] Aldington, ed., *Letters of Voltaire and Frederick the Great*, p. 179. <<

[70] Federico el Grande, *Antimaquiavelo*, cap. 26, trad. de Denes Martos. <<

[71] Terrall, *Man Who Flattened the Earth*, p. 235. <<

[72] Shank, *Newton Wars*, p. 475; Fraser, *Frederick the Great*, p. 259. <<



[73] Kant, «¿Qué es Ilustración?». <<

[74] Clark, *Iron Kingdom*, p. 215. <<

[75] Ibid., p. 195. <<

[76] Palmer, «Frederick the Great», p. 102. <<

[77] Bailey, *Field Artillery*, pp. 165 ss. <<

[78] Duffy, *Frederick the Great*, p. 264. <<

[79] Kinard, *Weapons and Warfare*, pp. 157 ss. <<

[80] Steele, «Muskets and Pendulums», pp. 363 ss. <<

[81] Ibid., pp. 368 ss. <<

[82] Agoston, «Early Modern Ottoman and European Gunpowder Technology». <<

[83] Coles, *Ottoman Impact*, p. 186. <<

[84] Montesquieu, *Cartas persas*, carta XIX. <<

[85] Mansel, *Constantinople*, pp. 185 ss. <<

[86] Shaw, *History of the Ottoman Empire*, pp. 236-238. <<

[87] Lewis, *What Went Wrong?*, p. 27. <<



[88] Aksan, *Ottoman Statesman*. <<

[89] İhsanoğlu. *Science, Technology and Learning*, p. 56. Véase también Levy, «Military Reform». <<

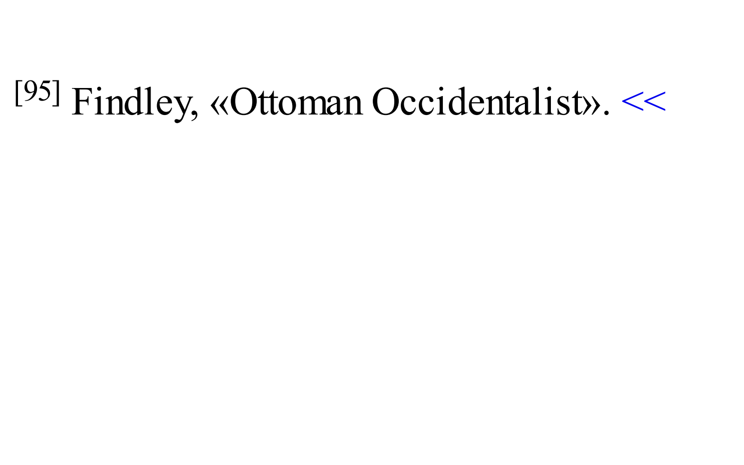
[90] Reid, *Crisis of the Ottoman Empire*, pp. 59-64. <<

[91] Mansel, *Constantinople*, pp. 237 ss. <<

[92] Araci, «Donizetti», p. 51. <<

[93] İhsanoğlu, *Science, Technology and Learning*, pp. 170 ss. <<

[94] Clarke, «Ottoman Industrial Revolution», pp. 67 ss. <<



[95] Findley, «Ottoman Occidentalist». <<

[96] Weiker, «Ottoman Bureaucracy», esp. pp. 454 ss. <<

[97] Pamuk, «Bimetallism», p. 16; Davison, *Essays*, pp. 64-67. Cf. Farley, *Turkey*, pp. 121 ss. <<

[98] Pamuk, *Ottoman Empire*, pp. 55-59. <<

[99] Kinross, *Atatürk*, p. 386. <<

[100] Mango, *Atatürk*, p. 396. <<

[101] Kinross, *Atatürk*, pp. 442 ss. <<

[102] Mango, *Atatürk*, p. 412. <<

[103] World Intellectual Property Organization, *World Intellectual Property Indicators 2010* (Ginebra, 2010): WIPO <<

[104] Senor y Singer, *Start-Up Nation*. <<

[105] Ferguson, *High Financier*, pp. 317 ss. <<

[*] Crucialmente, las aspiraciones territoriales del califato chocaron con el rechazo y la resistencia de los musulmanes shiíes de Persia y los menos doctrinales mogoles de la India. <<

[*] El título completo de Solimán era: «Su Majestad Imperial el Sultán Solimán I, Soberano de la Casa Imperial de Osmán, Sultán de Sultanes, Kan de Kanes, Comendador de los Creyentes y Sucesor del Profeta del Señor del Universo, Protector de las Ciudades Santas de La Meca, Medina y Jerusalén, Emperador de las Tres Ciudades de Constantinopla, Adrianópolis y Bursa, y de las Ciudades de Damasco y El Cairo, de toda Armenia, del Magris, de Barka, de Kairuán, de Alepo, del Irak árabe y de Ajim, de Basora, de Al-Hasa, de Dilen, de Raka, de Mosul, de Partia, de Diyarbakir, de Cilicia, de los Vilayatos de Erzurum, de Sivas, de Adana, de Karaman, de Van, de Berbería, de Abisinia, de Túnez, de Trípoli, de Damasco, de Chipre, de Rodas, de Candía, del Vilayato de Morea, del mar de Mármara, el mar Negro y también sus costas, de Anatolia, de Rumelia, Bagdad, Kurdistán, Grecia, Turkestán, Tartaria, Circasia, de las dos regiones de Kabarda, de Georgia, de la llanura de Kipchak, de todo el territorio de los tártaros, de Kefa y de todos los países vecinos, de Bosnia y sus dependencias, de la Ciudad y Fortaleza de Belgrado, del Vilayato de Serbia, con todos los castillos, fuertes y ciudades, de toda Albania, de toda Iflak y Bogdania». <<

[*] Leopoldo encarnaba tanto la capacidad de la familia de los Habsburgo para adquirir territorios por medio del matrimonio en lugar de la guerra como las consecuentes dificultades derivadas de la endogamia. Fue bautizado como Leopoldo Ignacio José Baltasar Feliciano de Habsburgo, y su titulatura completa cuando fue elegido emperador del Sacro Imperio Romano era: «Leopoldo I, por la gracia de Dios elegido Emperador del Sacro Imperio Romano, siempre Augusto, Rey de Alemania, Rey de Hungría, Rey de Bohemia, Dalmacia, Croacia, Eslavonia, Rama, Serbia, Galitzia, Lodomeria, Cumania y Bulgaria, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, Brabante, Estiria, Carintia, Carniola, Margrave de Moravia, Duque de Luxemburgo, de la Alta y la Baja Silesia, de Wurtemberg y Teck, Príncipe de Suabia, Conde de Habsburgo, el Tirol, Kyburgo y Goricia, Landgrave de Alsacia, Marqués del Sacro Imperio Romano, Burgovia, del Enns, de la Alta y Baja Lusacia, Señor del Marquesado de Eslavonia [y] de Puerto Naón y Salines». Dotado de una mandíbula inferior especialmente pronunciada (el conocido «labio de los Habsburgo»), Leopoldo se casó tres veces: primero con la española Margarita Teresa, que era a la vez su sobrina y su prima hermana, luego con la archiduquesa tirolesa Claudia Felicitas, y finalmente con la princesa Leonor de Neoburgo. Tuvo en total dieciséis hijos, de los que solo cuatro le sobrevivieron. <<

[*] La historia podría proceder de Alfred Gottschalk, autor de la primera edición del *Larousse Gastronomique* (1938). Al principio atribuyó el cruasán al sitio de Budapest en 1686, cuando un panadero supuestamente alertó a las autoridades del ruido que hacían los turcos al cavar sus túneles. En una edición posterior, sin embargo, Gottschalk cambió el escenario a Viena en 1683. <<

[*] Esa Versión Autorizada (como pasaría a conocerse la Biblia del rey Jacobo de 1611) figura junto al teatro de William Shakespeare entre las más grandes obras de la literatura inglesa. El equipo de 47 eruditos que la produjo se vio defraudado por los reales impresores una sola vez: la edición de 1631 —conocida como «la Biblia Malvada»— omitió la palabra «no» del mandamiento «No cometerás adulterio». <<

[*] De entre los avances científicos más importantes del mundo —los 369 acontecimientos que se mencionan literalmente en todas las obras de referencia sobre la historia de la ciencia—, una proporción asombrosamente alta (el 38 por ciento) se produjeron entre el comienzo de la Reforma y el principio de la Revolución francesa. El papel de la libertad de pensamiento, tanto religioso como político, es una variable clave en la notable pero olvidada teoría de Charles Murray sobre los logros humanos. Murray también identifica las aportaciones positivas de la urbanización y, quizá paradójicamente, el conflicto militar. Como veremos, la relación entre la guerra y el progreso científico ha sido ciertamente muy estrecha. <<

[*] En sus viajes, Cándido, Cunegunda y los leibnizianos doctor Pangloss y Cacambo sufren o presencian la flagelación, la guerra, la sífilis, el naufragio, el ahorcamiento, un terremoto, la esclavitud, la bestialidad, la enfermedad y la muerte por un pelotón de ejecución. <<

[*] Jerusalén fue ocupada temporalmente por fuerzas árabes en 1948 después de una dura lucha que presenció la expulsión de la comunidad judía y la destrucción de las antiguas sinagogas de la ciudad. Sin embargo, cuando se produjo el alto el fuego de enero de 1949, Israel había reivindicado su derecho a la ciudad nueva (Jerusalén Oeste) y el viejo barrio judío. Transjordania, por su parte, reclamaba Jerusalén Este, junto con Cisjordania (la orilla occidental del Jordán). Durante casi dos décadas la ciudad estuvo dividida en dos, en gran parte como le ocurrió a Berlín entre 1961 y 1989, aunque sin contar con el reconocimiento internacional. Pero luego, con la guerra de los Seis Días de 1967, Jerusalén Este fue «liberada» por las Fuerzas de Defensa de Israel, de nuevo desafiando a las Naciones Unidas. Bajo el mandato del alcalde Teddy Kollek, gran parte de la Jerusalén árabe fue destruida, incluyendo el barrio magrebí. La política de construir asentamientos judíos en Jerusalén Este también se diseñó para hacer permanente el control israelí. Pero los recurrentes brotes de violencia, especialmente las intifadas encabezadas por los jóvenes árabes, han tendido a restaurar la división de la ciudad, persuadiendo asimismo a muchos israelíes de que una vuelta a las fronteras anteriores a 1967 sería parte de un acuerdo de paz duradero. Sin embargo, la ley israelí sigue afirmando que «Jerusalén, completa y unificada, es la capital de Israel». Paralelamente, desde 1988 los palestinos han reclamado asimismo la ciudad (a la que ellos denominan al-Quds al-Sharif) como su capital. En el momento de redactar estas líneas resulta difícil imaginar una posible solución de compromiso a la cuestión. <<

3. PROPIEDAD

[1] Fernández-Armesto, *Americas*, p. 66. <<

[2] Las argumentaciones clásicas están en: Pomeranz, *Great Divergence*; Williams, *Capitalism and Slavery*. Puede verse una versión modificada del argumento en Acemoglu *et al.*, «Rise of Europe». <<

[3] Barrera-Osorio, *Experiencing Nature*. <<

[4] Churchill, «Civilization», pp. 45 ss. <<

[5] Fernando Montesinos, *Anales del Perú* (1906). <<

[6] Carta de Hernando Pizarro a los Oidores de la Audiencia de Santo Domingo. <<

[7] Wood, *Conquistadors*, p. 134. <<

[8] Hemming, *Conquest of the Incas*, p. 121. <<

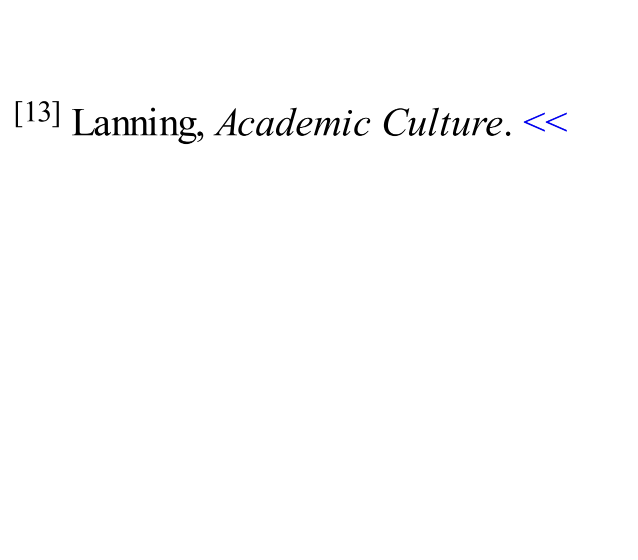


[9] Bingham, *Lost City*. <<

[10] Burkholder, *Colonial Latin America*, p. 46. <<

[11] Ibid., p. 126. <<

[12] Findlay y O'Rourke, *Power and Plenty*, figura 4.4. <<



[13] Lanning, *Academic Culture*. <<

[14] Barrera-Osorio, *Experiencing Nature*. <<

[15] Fernández-Armesto, *Americas*, p. 95. <<

[16] South Carolina Department of Archives and History, Charleston. <<

[17] Tomlins, «Indentured Servitude». <<

[18] Engerman y Sokoloff, «Once upon a Time in the Americas». <<

[19] Véase en general Egnal, *New World Economies*. <<

[20] Elliott, *Empires of the Atlantic World*, p. 411. <<

[21] Adamson, «England without Cromwell». <<


[22] Clark, «British America». <<

[23] Acemoglu *et al.*, «Reversal of Fortune». <<


[24] Clark, *Farewell to Alms*. <<

[25] Emmer, *Colonialism and Migration*, p. 35. <<

[26] North *et al.*, *Violence and Social Orders*, cap. 3. <<

[27] Fernández-Armesto, *Americas*, p. 159. <<

[28] La argumentación clásica es la de North y Weingast, «Constitutions and Commitment». Véase también, sobre el papel de la fortaleza fiscal y la expansión extranjera, O’Brien, «Inseparable Connections». <<

[29] Hobbes, *Leviatán*, parte I, cap. 13. <<

[30] Ibid., cap. 18. <<

[31] Ibid., parte II, caps. 17 y 19. <<

[32] Locke, *Dos Tratados*, libro II, cap. 3. <<

[33] Ibid., cap. 11. <<

[34] Ibid., cap. 6. <<

[35] Ibid., cap. 9. <<

[36] Ibid., cap. 13. <<

[37] Puede verse el texto completo en inglés de las «Constituciones Fundamentales de Carolina» en The Avalon Project (Yale Law School). La trad. cast. de los textos citados es de Luis Grau, de la Universidad Carlos III de Madrid. <<

[38] Engerman y Sokoloff, «Once upon a Time in the Americas». <<

[39] Arneil, *John Locke and America*, p. 98. <<

[40] Locke, *Dos Tratados*, libro II, cap. 5. <<

[41] Elliott, *Empires of the Atlantic World*, p. 135. <<

[42] Ibid., p. 40. Véase también Sato, *Legal Aspects of Landownership*. <<

[43] Engerman y Sokoloff, «Once upon a Time in the Americas». <<

[44] Ibidem. <<

[45] Véase Clark, *Language of Liberty*. <<


[46] Clark, «British America». <<

[47] Carta de George Washington a William Crawford, 20 de septiembre de 1767, cit. en Washington y Crawford, *Washington-Crawford Letters*, pp. 3 ss. <<

[48] Véase Jasanoff, *Liberty's Exiles*. <<

[49] Lynch, *Bolívar*, p. 63. <<

[50] Simón Bolívar, «Decreto de Guerra a Muerte». <<

[51] Ortega, «Earthquakes». <<

[52] Lynch, «Bolívar and the Caudillos», pp. 6 ss. <<

[53] King, «Royalist View». <<

[54] Lynch, «Bolívar and the Caudillos», pp. 16 ss. <<

[55] Woodward, «Spanish Army». <<

[56] Ulrick, «Morillos Attempt», p. 553. <<

[57] Hamnett, «Counter Revolution». <<

[58] Lynch, *Bolívar*, p. 99. <<

[59] Véase en general Langley, *Americas in the Age of Revolution*, esp. pp. 243-284. <<



[60] Simón Bolívar, «Carta de Jamaica». <<

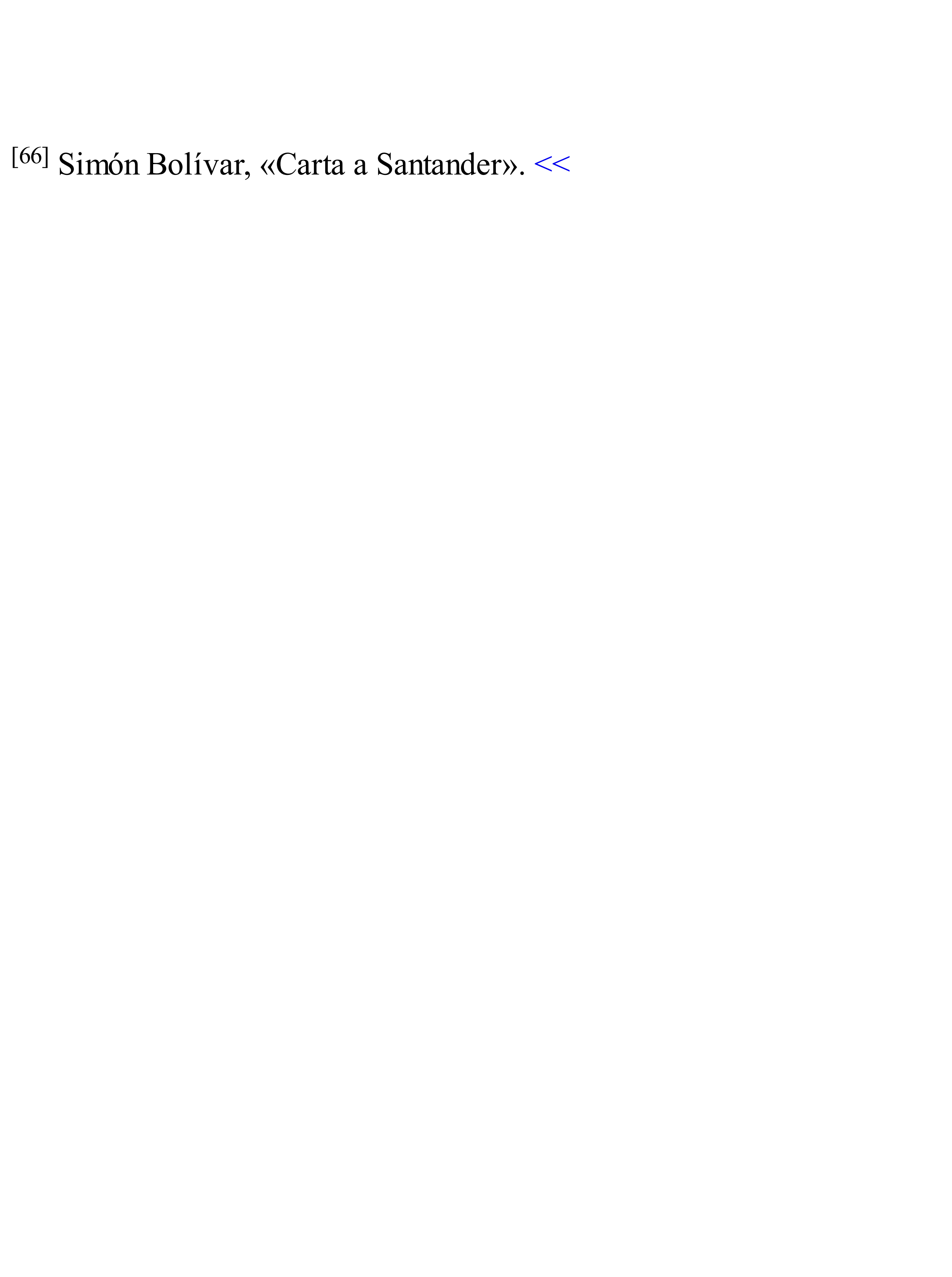
[61] Williamson, *Penguin History*, p. 218. <<

[62] Simón Bolívar, «Manifiesto de Cartagena». <<

[63] Simón Bolívar, «Carta de Jamaica». <<

[64] Discurso de Simón Bolívar ante el Congreso de Angostura. <<

[65] Simón Bolívar, «Manifiesto de Cartagena». <<



[66] Simón Bolívar, «Carta a Santander». <<

[67] Engerman y Sokoloff, «Once upon a Time in the Americas». <<

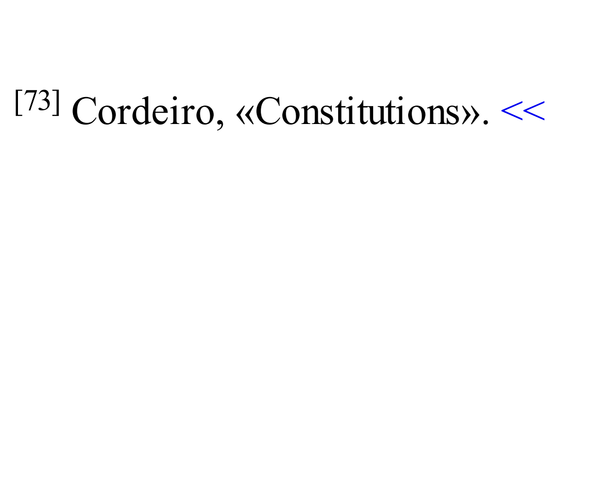
[68] Brown, *Adventuring*, figura 2.2. <<

[69] Lynch, «Bolívar and the Caudillos», pp. 16 ss. <<

[70] Datos procedentes de Engerman y Sokoloff, «Once upon a Time in the Americas». <<

[71] Lynch, «Bolívar and the Caudillos», p. 34. <<

[72] Carta de Simón Bolívar al general Juan José Flores. <<



[73] Cordeiro, «Constitutions». <<

[74] Engerman y Sokoloff, «Once upon a Time in the Americas». <<

[75] Fage, «Slavery and the Slave Trade», p. 395. <<

[76] Curtin, *Plantation Complex*, pp. 4-26. <<

[77] Thornton y Heywood, *Central Africans*. <<

[78] Curtin, *Plantation Complex*, p. 26; Klein y Luna, *Slavery in Brazil*, p. 28. Véanse también Prado, *Colonial Background*; Poppino, *Brazil*. <<

[79] Schwartz, «Colonial Past», p. 185. <<

[80] Schwartz, *Slaves, Peasants and Rebels*, p. 46. <<

[81] Graham, *Patronage and Politics*, p. 26. <<

[82] Elkins, *Slavery*, p. 76. <<

[83] Davis, «Slavery», p. 72. <<

[84] Thomas, *Slave Trade*, p. 633. <<

[85] Davis, «Slavery», p. 78. <<

[86] Schwartz, *Slaves, Peasants and Rebels*, p. 42. <<

[87] Elkins, *Slavery*, p. 40. <<

[88] Ibid., p. 50. <<

[89] Elliott, *Empires of the Atlantic World*, p. 283. <<

[90] Davis, «Slavery», p. 125. <<

[91] Walvin, *Black Ivory*, pp. 16 ss. <<

[92] Véase Rostworowski, *Doña Francisca Pizarro*. <<

[93] Wang et al., «Geographic Patterns». <<

[94] Carvajal-Carmona *et al.*, «Strong Amerind/White Sex Bias»; Bedoya *et al.*, «Admixture Dynamics». <<

[95] Ferguson, *War of the World*, pp. 20-22. <<



[96] Creel, *Peculiar People*. <<

[97] Eltis, «Volume and Structure», tabla 1. <<

[98] Schaefer, *Genealogical Encyclopaedia*; Thornton y Heywood, *Central Africans*. <<

[99] Langley, *Americas in the Age of Revolution*, p. 240. La cursiva es mía. <<

[100] Sam Roberts, «Projections Put Whites in Minority in U.S. by 2050», *New York Times*, 18 de diciembre de 2009. <<

[101] Haber, «Development Strategy». <<



[*] Waldseemüller podría muy bien haber llamado al continente «Colombia», pero el libro de Vespucio *Mundus novus* («Nuevo mundo»), de 1504, había robado una parte del éxito de Colón. <<

[*] Concretamente era el tipo de contrato conocido en inglés como *indenture*. La persona contratada, o *indentured servant*, era habitualmente un trabajador joven no cualificado, contratado en Inglaterra para trabajar en las colonias británicas durante un período de tiempo predeterminado, a cambio de comida, ropa, alojamiento, etc., pero sin recibir salario alguno. El trabajo era casi siempre en labores del campo o en el servicio doméstico. *(N. del T.)* <<

[*] Concretamente, el presunto derecho del heredero varón a heredar la tierra de su padre, la distinción en términos de alienabilidad entre dominio pleno y dominio limitado, la distinción en términos de seguridad de tenencia entre propiedad absoluta y propiedad restringida, el uso de la transgresión y la expulsión para determinar la titularidad, y la legitimidad del «uso» y el «fideicomiso» como forma de evadir cargas feudales u otras imposiciones. <<

[*] A la edad de diecisiete años Washington fue nombrado inspector topográfico del recién creado condado fronterizo de Culpeper. La experiencia le sería muy útil como oficial en la guerra Francesa e India, como los colonos llamaban a la guerra de los Siete Años. En 1752, Washington inició su carrera como especulador de tierras cuando compró 590 hectáreas a lo largo de Bullskin Creek, en el condado de Frederick, en Virginia. Tras la victoria en la guerra de Independencia, él y sus colegas veteranos se precipitaron sobre las tierras al oeste del río Ohio para quedárselas como legítimo botín de guerra. <<

[*] Sin embargo, algunos clérigos apoyaron el movimiento de independencia, especialmente en Nueva Granada, donde había un descontento considerable por los impuestos con que España gravaba a la Iglesia sudamericana. Los monárquicos azuzaron a la Inquisición de Cartagena contra aquellos sacerdotes disidentes. <<

[*] De hecho, el bíter conocido como Amargo de Angostura lo inventó un alemán al servicio de Bolívar, el doctor Johann Gottlieb Benjamin Siegert, que fue el primero en elaborar el concentrado alcohólico a partir de una receta todavía secreta en 1824. Un pisco sauer sin unas gotas del brebaje de Siegert no es digno de tal nombre. <<

[*] Todas las etapas del proceso —corte, acarreo, molienda, hervido y secado— exigían un gran esfuerzo físico, y no podía haber ninguna pausa entre ellas. <<

4. MEDICINA

[1] Puede verse una formulación clásica en el discurso de Jules Ferry del 28 de julio de 1885, citado en Brunschwig, *French Colonialism*, pp. 76 ss. <<

[2] Gandhi, *Hind Swaraj*, cap. VI. <<

[3] Twain, *Following the Equator*, p. 321. <<

[4] Lenin, *Imperialismo*, cap. X. <<

[5] Collier, *Bottom Billion*. <<

[6] Moyo, *Dead Aid*. Véase también Easterly, *White Man's Burden*. <<

[7] Gandhi, *Collected Works*, vol. LIV, pp. 233 ss. <<

[8] Riley, «Health Transitions», esp. figura 2, tabla 1. <<

[9] Ibid., pp. 750 y 752. <<

[10] Shaw, «Preface on Doctors», pp. LXVII-LXVIII. <<

[11] Burke, *Reflections*, p. 151. <<

[12] Ferguson, *Ascent of Money*, p. 154. <<

[13] Wikisource: Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. <<

[14] Burke, *Reflections*, pp. 190 ss. <<



[15] Rousseau, *El contrato social*. <<

[16] Burke, *Reflections*, p. 291. <<

[17] Schama, *Citizens*, sigue siendo el relato más ameno en inglés. <<

[18] Tocqueville, *Democracy in America*, pp. 148-151. <<

[19] Ibid., p 153. <<

[20] Carter *et al.*, eds., *Historical Statistics of the United States*, tabla Ed1-5. <<

[21] http://users.erols.com/mwhite28/warsl8c.htm (Enlace no operativo en 2016). <<

[22] Todas las citas proceden de Clausewitz, *De la guerra*, libro I, caps. 1, 2 y 7; libro III, cap. 17; libro VII, caps. 4, 5, 6 y 22; libro VIII, caps. 1-9. <<

[23] Acemoglu *et al.*, «Consequences of Radical Reform». <<

[24] McLynn, *Napoleon*, p. 664. <<


[25] Lieven, *Russia against Napoleon*. <<

[26] Ferguson, *Ascent of Money*, pp. 81 ss. <<

[27] Taylor, «1848 Revolutions». <<

[28] Blanton *et al.*, «Colonial Style». <<

[29] Crowder, *Senegal*, pp. 6 ss. y 14 ss.; Cruise O'Brien, *White Society*, p. 39. <<

[30] Klein, *Islam and Imperialism*, p. 118. <<

[31] R. L. Buell, *The Native Problem in Africa* (1928), citado en Crowder, *Senegal*, p. 23. <<

[32] Cruise O’Brien, *White Society*, p. 33. <<

[33] Gifford y Louis, *France and Britain*, p. 672. <<

[34] Cohen, *Rulers of Empire*, cap. 1. <<

[35] Brunschwig, «French Exploration and Conquest». <<

[36] Conklin, *Mission*, p. 13. <<

[37] Fonge, *Modernization without Development*, p. 66. <<

[38] Ibidem. <<

[39] Berenson, *Heroes of Empire*, pp. 197 ss. <<

[40] *Joireman*, «Inherited Legal Systems». <<

[41] Cohen, *Rulers of Empire*, pp. 79 ss. <<

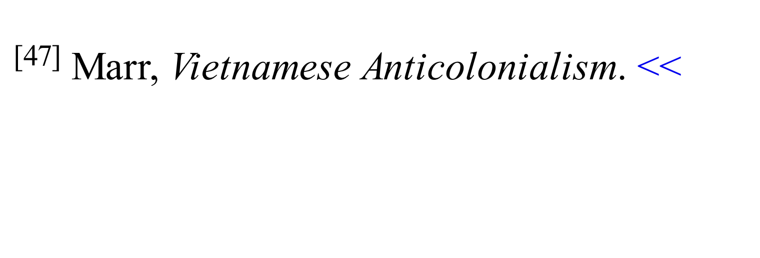
[42] Asiwaju, *West African Transformations*, p. 60. <<

[43] Taithe, *Killer Trail*. <<

[44] Echenberg, *Colonial Conscripts*, p. 18. <<

[45] Cohen, *Rulers of Empire*, p. 38. <<

[46] Lunn, *Memoirs of the Maelstrom*, p. 62. <<


[47] Marr, *Vietnamese Anticolonialism*. <<

[48] Gardiner, «French Impact on Education», p. 341. <<

[49] Sabatier, «“Elite” Education in French West Africa». <<

[50] Véase en general Acemoglu *et al.*, «Disease and Development». <<

[51] Iliffe, *Africans*, p. 70. <<

[52] Cohen, *Rulers of Empire*, p. 23. <<

[53] MacLeod y Lewis, eds., *Disease, Medicine and Empire*, p. 7. <<

[54] *Punch*, 16 de septiembre de 1903. <<

[55] MacLeod y Lewis, eds., *Disease, Medicine and Empire*. <<

[56] Echenberg, «Medical Science»; Marcovich, *French Colonial Medicine*. <<

[57] Véase, por ejemplo, Beck, «Medicine and Society». <<

[58] Conklin, *Mission*, pp. 56 ss. <<

[59] Ibid., pp. 51 ss. <<

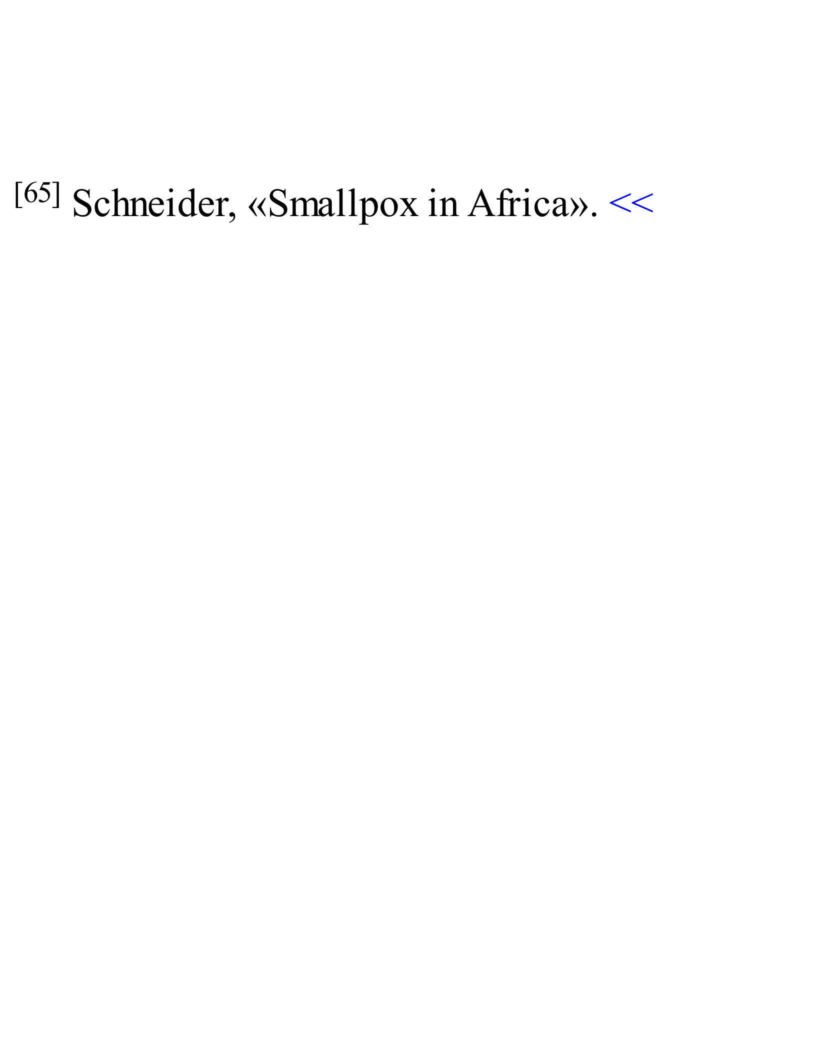
[60] Ibid., pp. 48 ss. <<

[61] Robiquet, ed., *Discours et opinions*, pp. 199-201 y 210-211. <<

[62] Cohen, *Rulers of Empire*, p. 74. <<

[63] Ibid., p. 77. <<

[64] Van Beusekom, *Negotiating Development*, p. 6. <<



[65] Schneider, «Smallpox in Africa». <<

[66] Ngalamulume, «Keeping the City Totally Clean», p. 199. <<

[67] Wright, *Conflict on the Nile*. Véanse también Daly, «Omdurman and Fashoda»; Chipman, *French Power*, p. 53. <<

[68] Gide, *Travels in the Congo*, p. 35. <<

[69] Crowder, *Senegal*, pp. 4 ss. <<

[70] Yansané, «Impact of France», p. 350; Gifford y Louis, *France and Britain*, p. 697. <<

[71] Betts, «Establishment of the Medina»; Cruise O'Brien, *White Society*, p. 54. Cf. Smith, *Vietnam*, pp. 88 ss. <<

[72] Cohen, *Rulers of Empire*, p. 49. Cf. Betts, *Assimilation and Association*, pp. 64 y 152. <<


[73] Echenberg, *Black Death*. <<

[74] Rohrbach, *Deutsche Kolonialwirtschaft*, vol. I, pp. 330-333. Cf. Steer, *Judgment*, p. 61. <<

[75] Madley, «Patterns», p. 169. <<

[76] Deutsch, *Emancipation without Abolition*. <<

[77] Steer, *Judgment*, pp. 55 ss. <<

[78] Seiner, *Bergtouren*, pp. 267-278. <<

[79] Olusoga y Erichsen, *Kaiser's Holocaust*, p. 118. <<

[80] Gewald, *Herero Heroes*, pp. 146 ss. <<

[81] Rust, *Krieg und Frieden*, pp. 6-15; Anónimo, *Rheinische Mission*, pp. 10-16; Leutwein, *Elf Jahre Gouverneur*, pp. 466-467; Kuhlmann, *Auf Adlers Flügeln*, pp. 42 ss. <<

[82] Olusoga y Erichsen, *Kaiser's Holocaust*, p. 139. <<

[83] Puede verse el texto completo en Gewald, «Great General», p. 68. <<

[84] Zimmerer, «First Genocide», p. 37. <<

[85] Gewald, *Herero Heroes*, p. 173. Puede verse una descripción alemana de la época en Bayer, *Mit dem Hauptquartier*, pp. 161-167. <<

[86] Drechsler, *Sudwestafrika unter deutscher Kolonialherrschaft*, pp. 251279. Cf. Olusoga y Erichsen, *Kaiser's Holocaust*, p. 235. <<

[87] Ibid., p. 224. <<

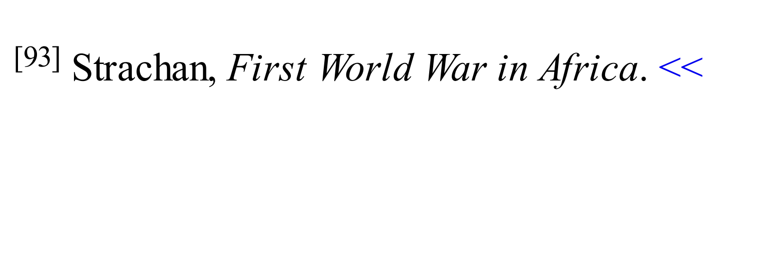
[88] Fischer, *Rehobother Bastards*, pp. 302 ss. <<

[89] Eiermann, «The Good, the Bad, and the Ugly». <<

[90] Rohrbach, *Aus Sudwest-Afrikas schweren Tagen*, pp. 177 ss. <<

[91] Puede verse una buena revisión de la hoy extensa bibliografía en Madley, «From Africa to Auschwitz». <<

[92] Un argumento bien defendido en Mazower, *Dark Continent*. <<


[93] Strachan, *First World War in Africa*. <<

[94] Strachan, *To Arms*, p. 95. <<

[95] Conklin, *Mission*, pp. 146-159. <<

[96] Lunn, *Memoirs of the Maelstrom*, p. 78. <<

[97] Ibid., p. 69. <<

[98] Ibid., p. 71. <<

[99] Ibid., p. 139. <<

[100] Eichacker, «Blacks Attack!». <<

[101] Smith *et al.*, France and the Great War, p. 128. <<

[102] Lunn, *Memoirs of the Maelstrom*, p. 140. <<

[103] Winter, *Great War*, p. 75; Beckett y Simpson, eds., *Nation in Arms*, p. 11. <<

[104] Kipling, «France at War», pp. 341 ss. <<



[105] Véase en general McCullum, *Military Medicine*. <<

[106] Olusoga y Erichsen, *Kaiser's Holocaust*, pp. 284 ss. <<

[107] Evans, «Anthropology at War». <<

[108] Madley, «From Africa to Auschwitz», pp. 453 ss. Véase en general Weindling, *Health, Race and German Politics*. <<

[109] Mazower, *Hitler's Empire*, pp. 147 y 584. <<

[110] Levine, «Film and Colonial Memory». <<

[111] Riley, «Health Transitions», tabla 4. <<

[112] Iliffe, *Africans*, pp. 251-253. <<

[113] Singer y Langdon, *Cultured Force*, p. 20. <<

[114] Tai, «Politics of Compromise». <<

[115] Saxe, «Changing Economic Structure». <<

[116] Centre d’Informations Documentaires, *Work of France*, p. 17. <<

[117] Hochschild, *Leopold's Ghost*. <<

[118] Mazower, *Hitler's Empire*, p. 205. <<

[119] Ibid., pp. 152 y 286. <<

[120] Ibid., p. 137. <<

[121] Ibid., p. 149. <<

[122] Ibid., p. 256. <<

[123] Ibid., p. 248. <<

[124] Fieldhouse, *Black Africa*. <<

[*] El simple pero eficaz depurador de agua de Dean Kamen podría ser distribuido bastante fácilmente a través de la incomparable red de instalaciones de producción y puntos de venta de la empresa de refrescos Coca-Cola, que se extiende a todos los países en vías de desarrollo. Considerando el asombroso número de vidas que se pierden cada año por beber agua contaminada, esto seguramente vendría a enterrar para siempre el peyorativo término de «coca-colonización». <<

[*] La expresión alude tanto al color de la piel de los habitantes del continente como a su relativo atraso económico (como cuando se habla de una «época negra» de la historia). Hoy África sigue siendo el «continente negro» en el sentido de que, vista de noche desde el espacio, se divisa relativamente muy poca luz artificial aparte de sus extremos norte y sur. <<



[*] Lo único que Burke no supo prever fue la adopción por parte de la Revolución de la guillotina como solución característicamente racionalista al problema de cómo poner fin a una vida humana de la manera más eficiente. <<

[*] Compuesta por Claude-Joseph Rouget de Lisle en abril de 1792, la letra rezaba: «Contra nosotros la tiranía / su estandarte sangriento elevó… / ¿Escucháis en las campiñas / rugir a esos feroces soldados? / ¡Vienen hasta vosotros, / a degollar a nuestros hijos y compañeras! / ¡A las armas, ciudadanos! / ¡Formad vuestros batallones! / ¡Marchad, marchad! / ¡Que una sangre impura / riegue nuestros surcos!… ¡Mas el déspota sanguinario… / todos esos tigres que, sin piedad, / desgarran el seno de su madre!…». <<

[*] Austerlitz (la actual Slavkov, en la República Checa) fue el escenario de la batalla que animó a Napoleón a encargar la construcción del Arco de Triunfo. <<



[*] En la Escuela Militar de París, Napoleón había sido examinado por Pierre-Simon Laplace, uno de los pioneros de las matemáticas de la probabilidad. <<

[*] Compárese, por ejemplo, la *Libertad guiando al pueblo* (1830) de Eugène Delacroix con el *Episodio de la Revolución belga de 1830* (1835) de Gustave Wappers, o (entre muchos otros ejemplos del siglo XX) *En el arsenal* (1928) de Diego Rivera. <<

[*] Según su autobiografía, Wagner había «concebido el plan de una tragedia para el escenario ideal del futuro, titulada *Jesús de Nazaret*. Bakunin me pidió que le ahorrara los detalles; y cuando traté de persuadirle de mi proyecto mediante algunas insinuaciones verbales, él me deseó suerte, pero insistió en que debía hacer a toda costa que Jesús apareciera como un personaje débil. En cuanto a la música de la obra, él me aconsejó, entre todas las variaciones, que usara solo una serie de frases; a saber: para el tenor: "¡Que le corten la cabeza!"; para la soprano: "¡Que lo cuelguen!"; y para el bajo continuo: "¡Fuego! ¡Fuego!"». La anécdota capta muy bien el acalorado espíritu de 1848. <<



[*] El sirviente encargado de hacer funcionar el *punkah*, un primitivo ventilador de techo, mediante un sistema de poleas. *(N. del T.)* <<

[*] Versión ligeramente adaptada del original inglés. *(N. del T.)* <<

[*] Pretenciosamente rebautizada como École Nationale de la France d’Outre-Mer en 1934. <<

[*] Más avanzada su vida, Galton escribió una novela, *Kantsaywhere*, que imagina una utopía eugenésica donde el derecho del individuo a reproducirse depende de su resultado en un examen y donde «la propagación de hijos por los no aptos se considera… un crimen de Estado». <<

5. CONSUMO

[1] Okuefuna, *Wonderful World of Albert Kahn*. <<

[2] Galeano, *Open Veins*, p. 47. <<

[3] Crafts, «British Economic Growth», tabla 6.1. <<

[4] Clark, *Farewell to Alms*, figura 9.2. <<

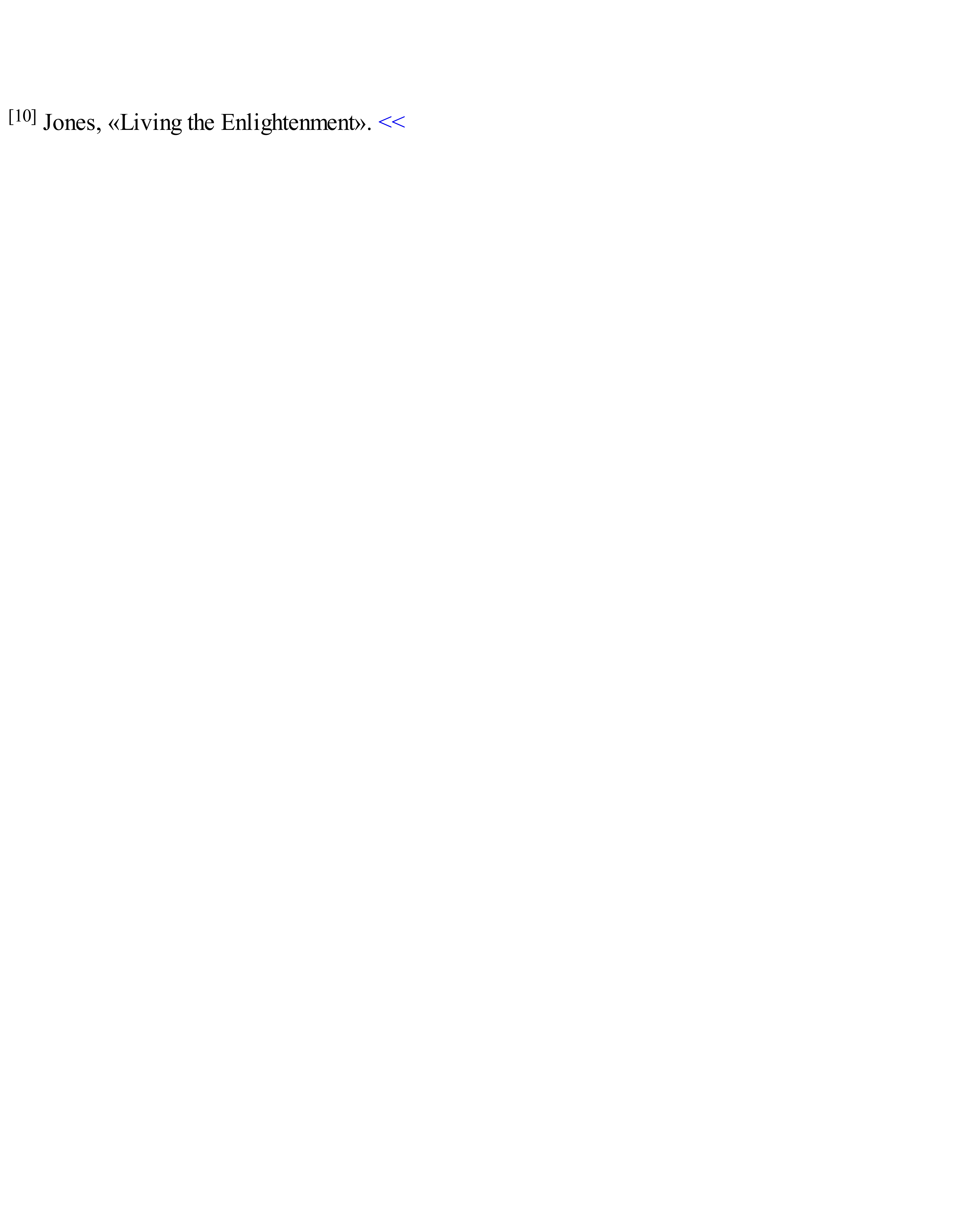
[5] Gildea, *Barricades and Borders*, pp. 6,145 y 181. <<

[6] Mokyr, *Industrial Revolution*, p. 109. <<

[7] Esteban, «Factory Costs», figura 1. <<

[8] Allen, *British Industrial Revolution*, p. 156. <<

[9] Morris, *Why the West Rules*, p. 497. <<


[10] Jones, «Living the Enlightenment». <<

[11] Morris, *Why the West Rules*, p. 491. <<

[12] Véase especialmente McKendrick *et al.*, *Birth of a Consumer Society*. <<

[13] Berg, «Pursuit of Luxury». <<

[14] Vries, «Purchasing Power». <<

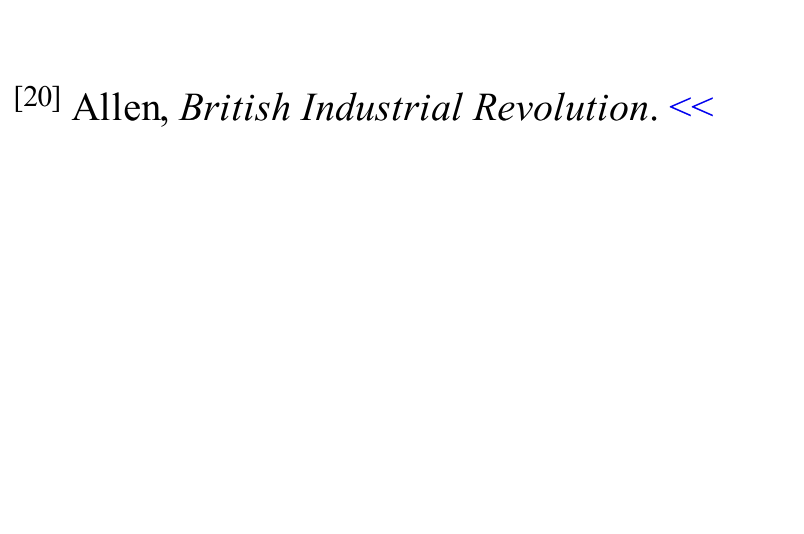
[15] Berg, «Imitation to Invention». <<

[16] Findlay y O’Rourke, *Power and Plenty*, tablas 6.2 y 6.4. <<

[17] La Porta *et al.*, «Law and Finance», «Investor Protection» y «Economic Consequences». <<

[18] O'Brien *et al.*, «Political Components». Véase también Leunig, «British Industrial Success», p. 93. <<

[19] Guinnane *et al.*, «Putting the Corporation in its Place»; Lamoreaux, «Scylla or Charybdis?». <<



[20] Allen, *British Industrial Revolution*. <<

[21] Parthasarathi, «Rethinking Wages». <<


[22] Pollard, *Peaceful Conquest*. <<

[23] Véase Fowler Mohanty, *Labor and Laborers of the Loom*, esp. p. 76. Sobre las amplias ramificaciones del cultivo del algodón, véase Battel, *Cotton and Race*. <<

[24] Clark, *Farewell to Alms*, p. 267. <<

[25] Farnie, «Role of Merchants», pp. 20 ss. <<

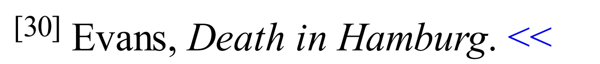
[26] Darwin, *El origen de las especies*, caps. 3, 4 y 14. <<

[27] Ferguson, «Evolutionary Approach». <<

[28] Carlyle, *Pasado y presente*, libro I, caps. 1-4, libro IV, caps. 4, 8. <<



[29] Kaelble, *Industrialization and Social Inequality*. <<


[30] Evans, *Death in Hamburg*. <<

[31] Grayling, *Light of Liberty*, pp. 189-193. <<

[32] Wilde, *De Profundis*, pp. 21, 23 y 33. <<

[33] Berger y Spoerer, «Economic Crises». <<

[34] Véase, por ejemplo, Fowler, *Lancashire Cotton Operatives*. <<

[35] Allen, «Great Divergence in European Wages». Agradezco a Robert Allen que me facilitara sus datos sobre salarios. <<

[36] Allen et al., «Wages, Prices, and Living Standards». <<

[37] Mazzini, «A los italianos». <<

[38] Bismarck, *Remembranzas*, vol. I, cap. 13. <<

[39] Schorske, *Fin-de-Siècle Vienna*. <<

[40] H. C. Martin, «Singer Memories». <<

[41] Maddison, *World Economy*, tablas B-10 y B-21. <<

[42] Kennedy, *Rise and Fall*, p. 190. <<

[43] Bairoch, «International Industrialization Levels». <<

[44] Broadberry, «Total Factor Productivity». <<

[45] Fordham, ««Revisionism» Reconsidered». <<

[46] Clark y Feenstra, «Technology in the Great Divergence», tabla 8. <<

[47] Dyos y Aldcroft, *British Transport*, tabla 4. <<

[48] Maurer y Yu, *Big Ditch*, p. 145. <<

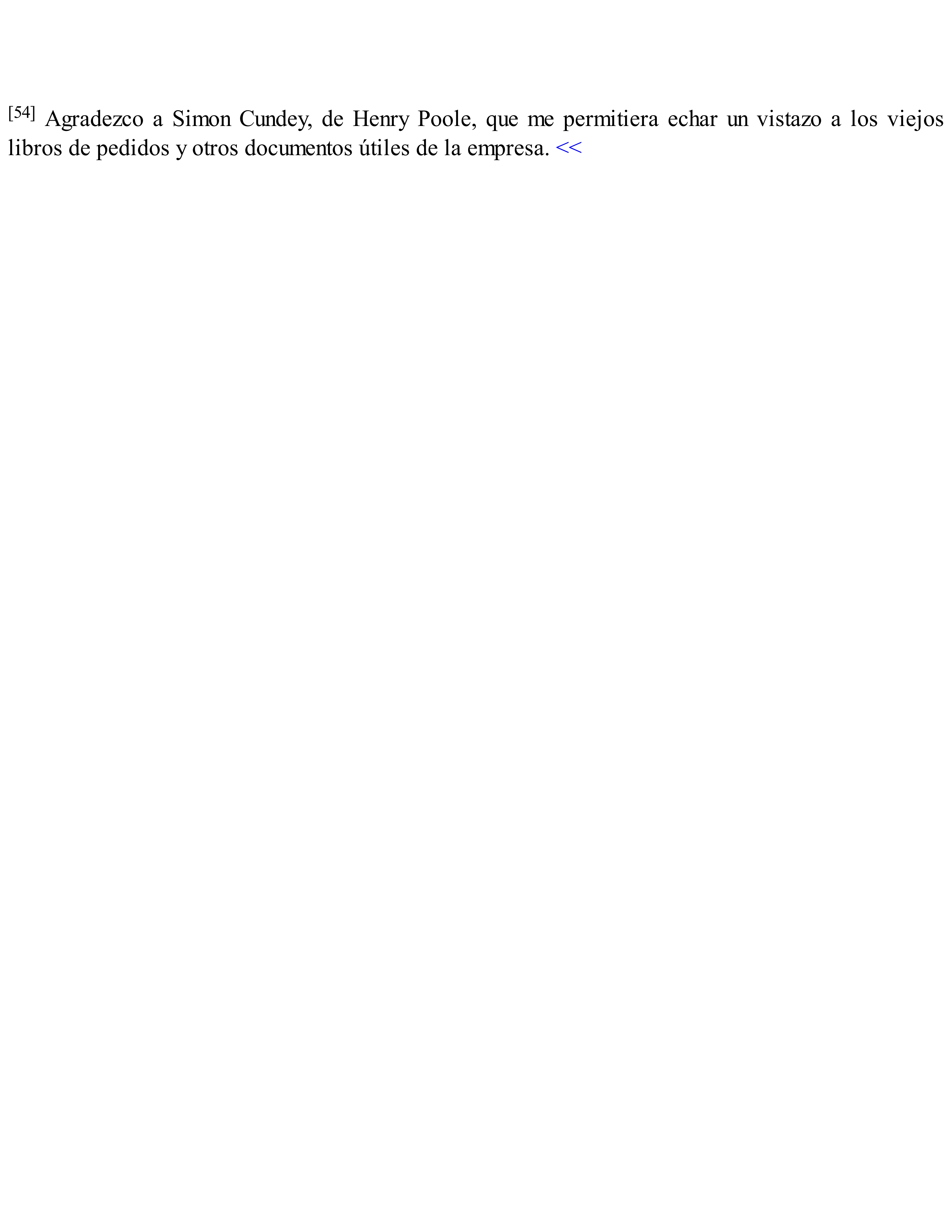
[49] Clark y Feenstra, «Technology in the Great Divergence». <<

[50] Clark, *Farewell to Alms*, tabla 15.3. <<

[51] McKeown, «Global Migration», p. 156. <<

[52] Carter *et al.*, eds., *Historical Statistics of the United States*, tablas Ad354-443. <<

[53] Mitchell, *Abstract of British Historical Statistics*, pp. 333 ss. <<



[54] Agradezco a Simon Cundey, de Henry Poole, que me permitiera echar un vistazo a los viejos libros de pedidos y otros documentos útiles de la empresa. <<

[55] Beasley, *Japan Encounters the Barbarian*. <<

[56] Véase Hirano, *State and Cultural Transformation*, p. 124. <<

[57] Keene, *Emperor of Japan*, p. 12.

[58] Malony, «Modernity, Gender and Empire». <<

[59] Véase *Ilustración de la ceremonia de promulgación de la Constitución*, artista desconocido (1890). <<

[60] Pennsylvania State University, *Making Japanese*. <<

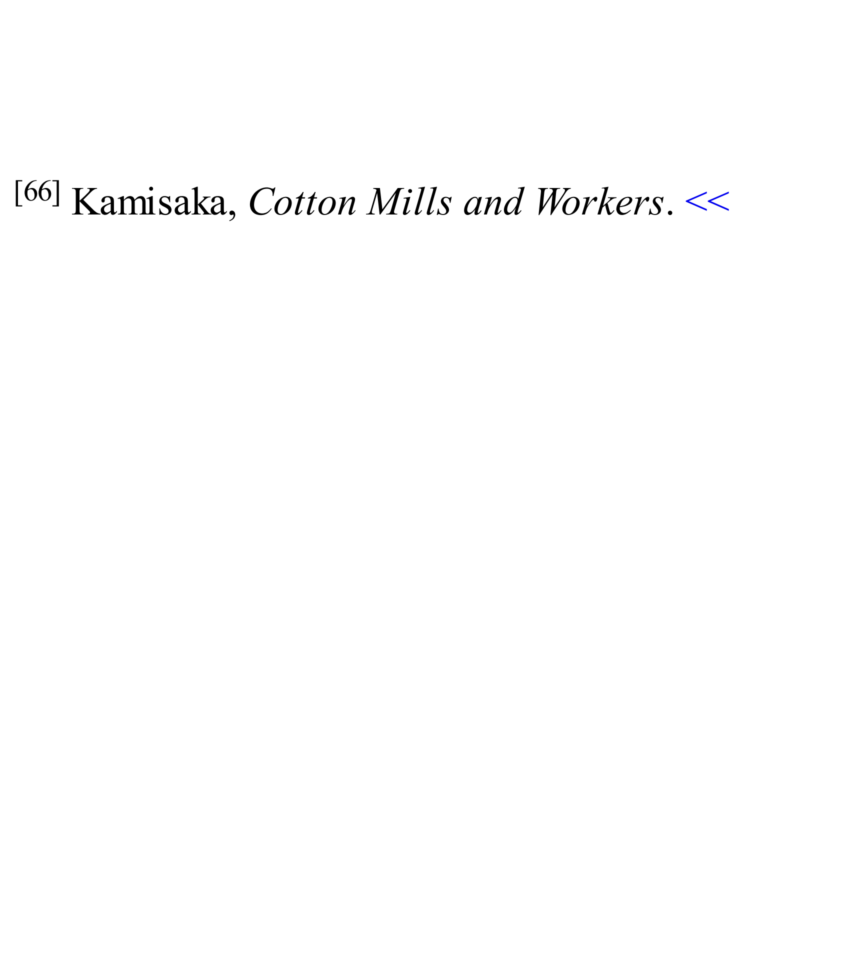
[61] Keene, *Emperor of Japan*, p. 295. <<


[62] Gong, Standard of «Civilization». <<

[63] Keene, *Emperor of Japan*, p. 194. <<

[64] Japan Cotton Spinners' Association, *Cotton Statistics of Japan: 1903-1924*, tabla 1. <<

[65] Wall, *Japan's Century*, p. 17. <<



[66] Kamisaka, *Cotton Mills and Workers*. <<

[67] Moser, *Cotton Textile Industry*, p. 30. <<

[68] Ibidem. <<

[69] Farnie, «Role of Cotton Textiles». <<

[70] Clark y Feenstra, «Technology in the Great Divergence». Sobre la productividad estadounidense, véase Copeland, «Technical Development». <<

[71] Véase, por ejemplo, Moser, *Cotton Textile Industry*, p. 102. Véase también Wolcott y Clark, «Why Nations Fail». <<

[72] Upadhyay, *Existence, Identity and Mobilization*. <<

[73] Un buen ejemplo es la xilografía de Mizono Toshikata conservada en el Museo de Bellas Artes de Boston. <<

[74] Meech-Pekarik, *World of the Meiji Print*, p. 145. <<

[75] De Lenin, *El Estado y la revolución* (1918). <<

[76] Cole *et al.*, «Deflation and the International Great Depression». <<

[77] Friedman y Schwartz, *Monetary History of the United States*. <<

[78] Keynes, *Tratado sobre la reforma monetaria* (1924). <<

[79] Tooze, *Wages of Destruction*. <<

[80] Pueden verse más detalles en Ferguson, *War of the World*. <<

[81] Harrison, *Economics of World War II*. <<


[82] Westad, *Global Cold War*. <<

[83] Ferguson, *War of the World*, pp. 606-617. <<

[84] Datos procedentes de Singer y Small, *Correlates of War*. <<

[85] Piketty y Sáez, «Income Inequality», esp. figura 20. <<

[86] Hyman, «Debtor Nation». <<

[87] Agradezco a mi colega Diego Comín que me proporcionara estas cifras. <<

[88] Sullivan, *Jeans*, pp. 9 y 77. <<

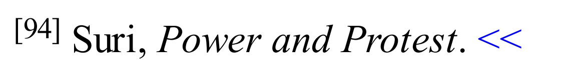
[89] Ibid., pp. 214 ss. <<

[90] «Coca-Cola as Sold Throughout the World», *Red Barrel*, 8,3 (marzo de 1929). <<

[91] Véase Allen, *Secret Formula*, p. 325. <<

[92] Entrevista con el autor, 2009. Véase también Wolle, *Traum von der Revolte*, esp. pp. 56-61. <<

[93] Debray, «The Third World», Recurso Online. <<



[94] Suri, *Power and Protest*. <<

[95] Kurlansky, 1968. <<

[96] Marshall, *Demanding the Impossible*, pp. 551 ss. <<

[97] Pueden verse los grafiti del 68 en Bureau of Public Secrets. <<

[98] Greer, *Female Eunuch*, p. 322. <<

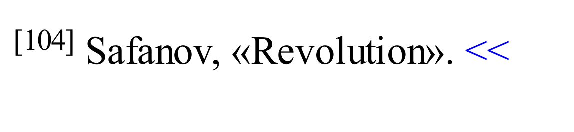
[99] Sullivan, *Jeans*, p. 131. <<

[100] Entrevista con el autor, 2009. <<

[101] Entrevista con el autor, 2009. <<

[102] Ramet, «Rock Music in Czechoslovakia», pp. 59 y 63. <<

[103] Poiger, *Jazz, Rock and Rebels*, pp. 62 ss. <<



[104] Safanov, «Revolution». <<

[105] Siefert, «From Cold War to Wary Peace». <<

[106] Entrevista con el autor, 2009. <<

[107] Bergson, «How Big was the Soviet GDP?». Véase en general Cox, ed., *Rethinking the Soviet Collapse*. <<

[108] Fukuyama, *End of History*. <<

[109] Gaddis, *Cold War*. <<

[110] Charlotte Sector, «Belarusians Wear Jeans in Silent Protest», *ABC News*, 13 de enero de 2006. <<

[111] Entrevista con el autor, 2009. <<

[112] Ferdows, «Women and the Islamic Revolution»; Nashat, «Women in the Islamic Republic». <<

[113] Ebadi, *Iran Awakening*, pp. 41 ss. <<



[*] Kahn, discípulo del filósofo Henri Bergson, se arruinó a causa de la Depresión, lo que puso fin a su grandioso proyecto fotográfico. <<

[*] Clark's, la firma que la construyó (y que proporcionó a Kenneth Clark los medios para convertirse en un caballero erudito), fue fundada en 1812. La fabrica que conocemos hoy se construyó en 1886, en un estilo utilitarista que habría causado la admiración de Jeremy Bentham. Se cerró en 1968, cuando dejó de ser rentable, como casi toda la industria textil británica, debido a la competencia japonesa. <<

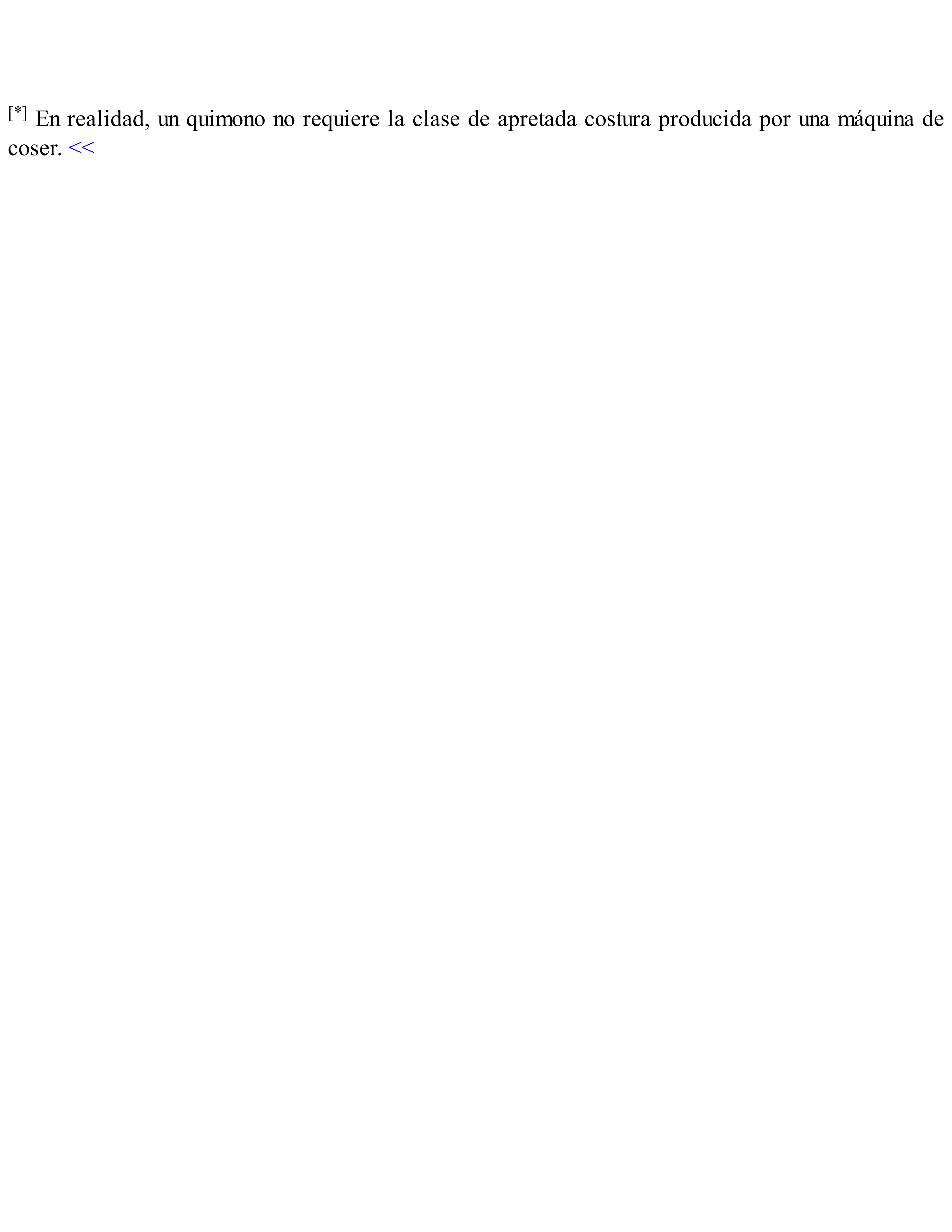
[*] La población de Inglaterra creció en más de un tercio entre las décadas de 1740 y 1790, y en la de 1860 era más del triple. La media de edad en el matrimonio bajó de los veintiséis a los veintitrés años, menos mujeres permanecían solteras, y había más nacimientos ilegítimos. El historiador Gregory Clark ha argumentado que la tendencia de los hijos de los más ricos a vivir más que los de los pobres explica la revolución industrial, dado que «los valores, y la orientación económica, de la clase media tenían más probabilidades de difundirse debido a la ventaja reproductiva… La frugalidad, la prudencia, la capacidad de negociación y el trabajo duro se imbuyeron en comunidades que habían sido derrochadoras, violentas, impulsivas y amantes del ocio» (Clark, *Farewell to Alms*). Pero presumiblemente a los hijos de los ricos franceses e italianos también les fue mejor que a los pobres. <<

[*] La ventaja comparativa es la capacidad de un país de producir un bien o servicio con un menor coste de oportunidad y/o una mayor eficacia relativa que otro. El famoso ejemplo de Ricardo alude al comercio entre Inglaterra y Portugal. En Portugal es posible producir tanto vino como paño más fácilmente y de forma más barata que en Inglaterra, pero en Inglaterra es mucho más difícil y, por ende, más caro producir vino que paño. Ambas partes salen ganando, pues, si Portugal se centra en la producción de vino, donde su ventaja comparativa es mayor, dejando a los ingleses la producción solo de paño. Los portugueses intercambian su excedente de vino por el excedente de paño inglés. Los primeros obtienen más paño del que obtendrían si produjeran su propio paño; los segundos consiguen el vino más barato. Cuando se aplicó a Irlanda, esta teoría tuvo unos resultados catastróficos. La especialización en la producción de carne para el mercado inglés condujo a una excesiva dependencia de la patata para alimentar a la mano de obra rural y, en consecuencia, a una fuerte vulnerabilidad al parásito de dicho tubérculo, *Phytophthora ínfestans*, que causó estragos a mediados de la década de 1840. Fiel a los principios ricardianos, el gobierno británico se negó a enviar alimentos de emergencia para aliviar el hambre; murieron un millón de personas, justificando, no a Ricardo, sino a Thomas Malthus, el autor del *Ensayo sobre el principio de la población* (1798), que había predicho tales calamidades. Los irlandeses que sobrevivieron se vieron obligados a emigrar, sobre todo a Norteamérica. <<

[*] Los «sombríos molinos satánicos» (en inglés «*dark Satanic mills*») del texto bien podrían referirse a la fabrica Albion Flour Mills, construida por Boulton & Watt en Londres en 1769 y destruida por el fuego en 1791. <<

[*] Apodos de los soldados franceses, alemanes e ingleses respectivamente *(N. del T.)* <<

[*] La siguiente lista de nombres habla por sí sola: Donna Karan, Calvin Klein, Estée Lauder, Ralph Lauren, Helena Rubinstein, Levi Strauss… Y lo mismo la lista de grandes almacenes: Abraham & Straus, Bergdorf Goodman, Bloomingdale’s, Macy’s, Neiman Marcus, Saks & Sears, sin olvidar la conocida cadena británica de tiendas de ropa Marks & Spencer. <<



[*] En realidad, un quimono no requiere la clase de apretada costura producida por una máquina de coser. <<

[*] James Poole, el padre de Henry Poole, había empezado a trabajar en Londres como «sastre» a comienzos de la década de 1800, estableciendo en 1828 su local en el número 4 de Old Burlington Street, con una entrada adicional por el 32 de Savile Street. Empezó haciendo uniformes militares. El genio de su hijo consistió en diseñar un atuendo para civiles aceptable por la corte real inglesa. <<

[*] Era en este emblemático edificio, el «Pabellón del Balido del Ciervo», diseñado por el inglés Josiah Conder, donde la élite japonesa llevaba sus vestidos de fiesta y sus levitas, y bailaba la contradanza, el vals, la polca, la mazurca y las últimas melodías europeas. Irónicamente, esta adopción de la cultura occidental a gran escala coincidió con un momento en que el arte japonés se puso de moda en Occidente —una moda que hasta Vincent van Gogh abrazó brevemente—, aunque esta última fue mucho más transitoria. <<

[*] Fueron Richard y Francis Trevithick, nietos del inventor Richard Trevithick, quienes ayudaron a los japoneses a construir su primera locomotora en Kobe en 1893. Estas se contaban entre las denominadas *yatoi* («máquinas vivas»), cuyo dominio asimilaron ávidamente los japoneses en la era Meiji. <<



[*] Un organismo concebido para aliviar el desempleo ofreciendo a los parados empleo público, financiado por el gobierno federal, en lugar de subsidios. *(N. del T.)* <<

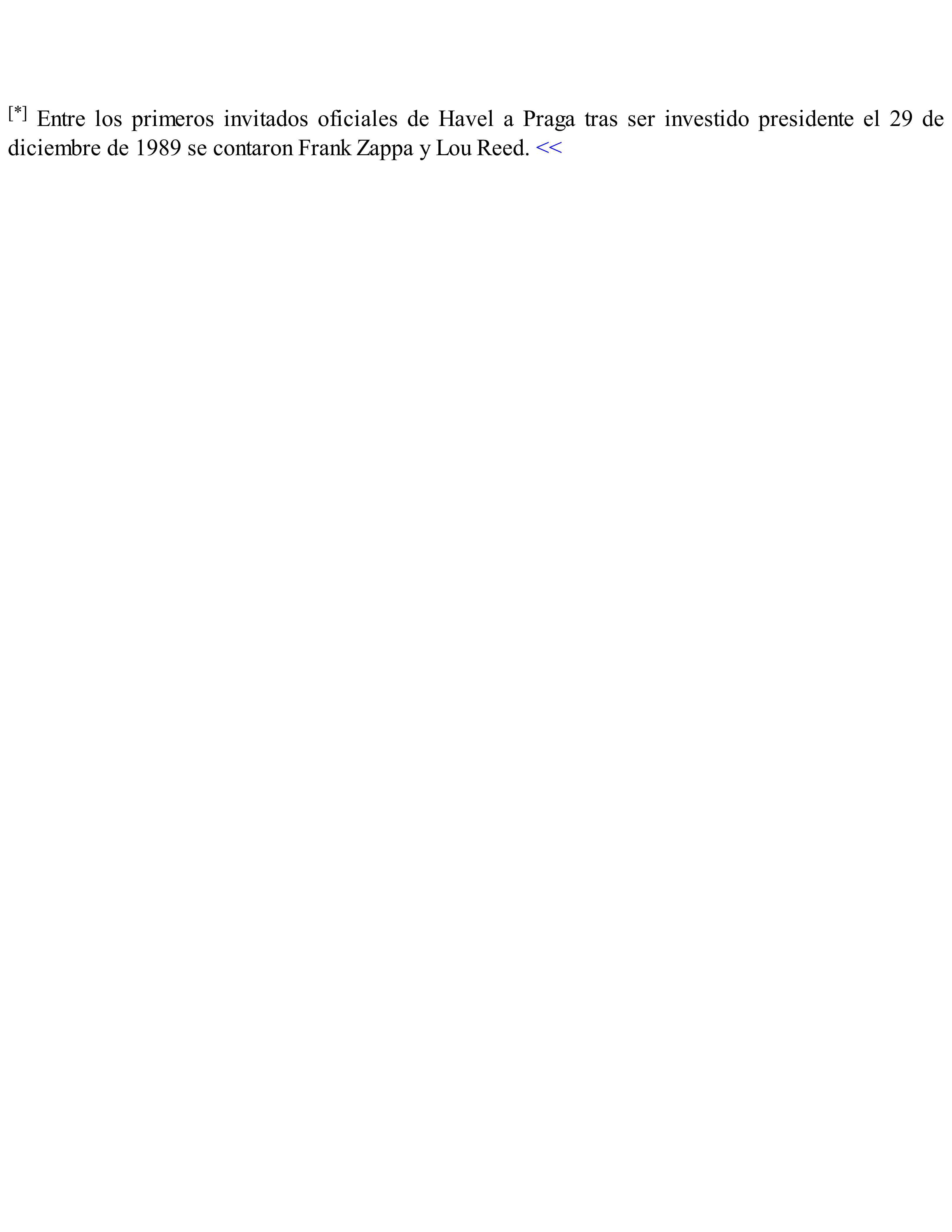
[*] La empresa de Boss, con sede en Metzingen, había ido a la quiebra a consecuencia de la Depresión en 1930. Tras unirse al Partido Nazi al año siguiente, no tardó en consolidarse como uno de los principales proveedores de uniformes del «movimiento hitleriano». <<

[*] El papel de los judíos en la vida intelectual de Occidente en el transcurso del siglo XX —sobre todo en Estados Unidos— fue de hecho desproporcionadamente elevado, lo que sugiere una ventaja genética además de cultural. Pese a representar únicamente alrededor del 0,2 por ciento de la población del mundo y el 2 por ciento de la de Estados Unidos, los judíos ganaron el 22 por ciento de todos los premios Nobel, el 20 por ciento de las medallas Fields para matemáticos y el 67 por ciento de las medallas John Clarke Bates para economistas menores de cuarenta años. Los judíos también ganaron el 38 por ciento de los Oscars al mejor director, el 20 por ciento de los premios Pulitzer de no ficción y el 13 por ciento de los premios Grammy a la labor de toda una vida. <<



[*] Juego de palabras con el título de una canción de David Bowie, *The Jean Genie*, a su vez también un juego de palabras con el nombre del literato francés Jean Genet. (N. del T.) <<

[*] La letra de su mayor éxito, «Zelva» (Tortuga), se inspiraba claramente en el hoy desaparecido John Lennon: «Si no prestas atención a las tortugas / ellas pueden engañarte. / Es difícil cazar tortugas / cuando están en el agua». <<



[*] Entre los primeros invitados oficiales de Havel a Praga tras ser investido presidente el 29 de diciembre de 1989 se contaron Frank Zappa y Lou Reed. <<

[*] La profecía más increíblemente exacta fue la del periodista estadounidense James P. O'Donnell en un artículo titulado «El tren fantasma de Berlín», publicado en la revista *Das Beste* (una especie de *Reader's Digest* de la Alemania occidental) en enero de 1979, que supo prever la destrucción del Muro diez años después y hasta la venta de sus fragmentos como recuerdo. Lamentablemente, las recompensas por tal capacidad de premonición son tan ínfimas como el precio que pagó toda una generación de desorientados «sovietólogos» académicos por su falta de visión. El negocio del pronóstico político sigue constituyendo un mercado sumamente ineficaz. <<

[*] El ideal de cubrir la cabeza (el término árabe es *hiyab*) y el cuerpo (*yilbab*) femeninos se deriva del Corán, que manda «a las mujeres que creen que humillen sus miradas y que observen la continencia, que no dejen ver de sus adornos más que lo que está en el exterior, que cubran sus senos con un velo, que no dejen ver sus encantos más que a sus maridos o a sus padres o a los padres de sus maridos, a sus hermanos o a los hijos de sus hermanos, a los hijos de sus hermanas o a las mujeres de estos o a sus esclavos o a los criados varones que no necesitan mujeres o a los niños que no distinguen todavía las partes sexuales de una mujer» (Sura 24, Al-Nur, 31). Los hadices, que relatan los hechos de Mahoma, van aún más lejos, exigiendo que se cubra el cuello, los tobillos y las muñecas. Los musulmanes más fanáticos propugnan el uso del *burka*, un término habitualmente empleado para referirse a la *niqab* y a la *abaya*. <<

[*] Estos acontecimientos inspiraron la trascendental novela *Nieve* (2002) de Orhan Pamuk. Cualquiera que desee entender la psicología del terrorismo islámico debe leer la conversación imaginada por Pamuk entre el responsable de Enseñanza de Kars y su asesino. <<

6. TRABAJO

[1] Gibbon, *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, cap. 31, partes III y IV. <<

[2] Scaff, «Remnants of Romanticism». <<

[3] Weber, *Max Weber*, p. 292. <<

[4] Weber, *Protestant Ethic*, pp. 112 y 154. <<

[5] Ibid., p. 119. <<

[6] Ibid., p. 24. Puede verse un replanteamiento moderno en Koch y Smith, *Suicide of the West*, pp. 184 ss. <<

[7] Weber, *Protestant Ethic*, p. 180. <<

[8] Ibid., pp. 70 ss. <<

[9] Ibid., p. 166. Véase Chiswick, «Economic Progress». <<

[10] Tawney, *Religion and the Rise of Capitalism*. <<

[11] Cantoni, «Economic Effects». <<

[12] Delacroix y Nielsen, «Beloved Myth». Véase también Iannaccone, «Introduction». <<

[13] Young, «Religion and Economic Growth». <<

[14] Grier, «Effect of Religion on Economic Development». <<

[15] Becker y Wossmann, «Was Weber Wrong?». <<

[16] Trevor-Roper, «Religion, the Reformation and Social Change». <<

[17] Woodberry, «Shadow of Empire». <<

[18] Guiso et al., «People’s Opium?». <<

[19] Barro y McCleary, «Religion and Economic Growth». <<

[20] Banco Mundial, Indicadores de Desarrollo Mundial online. <<

[21] Ferguson, «Economics, Religion and the Decline of Europe». <<



[22] Datos procedentes de Total Economy Database, de la organización Conference Board, septiembre de 2010. Véase también OCDE.Stat y otras publicaciones de la OCDE. <<

[23] World Values Survey Association, World Values Survey. <<

[24] Chesterton, *Short History*, p. 104. <<

[25] Bruce, *God is Dead*, p. 67. <<

[26] Datos procedentes del sitio web de la Iglesia de Inglaterra. <<

[27] Véase Brown, *Death of Christian Britain*, esp. p. 191. Véanse también los ensayos recopilados en McLeod y Ustorf, eds., *Decline of Christendom*. <<

[28] Bruce, *God is Dead*, p. 65. <<

[29] Davie, *Religion in Britain*, pp. 119 y 121. <<

[30] Davie, *Europe: The Exceptional Case*, pp. 6 ss. <<

[31] La célebre entrevista citada en el epígrafe que da comienzo al capítulo la realizó Maureen Cleave, «How Does a Beatle Live? John Lennon Lives Like This», *Evening Standard*, 4 de marzo de 1966. <<

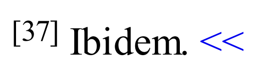
[32] Véase Barro y McCleary, «Religion and Political Economy». <<

[33] Tolstói, *Kingdom of God*, p. 301. <<

[34] Freud, *El porvenir de una ilusión*, trad. de Luis López Ballesteros. <<

[35] Ibidem. <<

[36] Ibidem. <<



[37] Ibidem. <<

[38] Freud, *El malestar en la cultura*, trad. de Ramón Rey Ardid. <<

[39] Szasz, *Anti-Freud: Karl Kraus's Criticism of Psychoanalysis and Psychiatry*. <<

[40] La asistencia a la iglesia ha bajado del 25-55 por ciento en la década de 1970 al 18-22 por ciento en la actualidad, pero es evidente que hoy la religión se consume de mil maneras distintas (televisión, internet…) imposibles de soñar siquiera hace cuarenta años: Putnam y Campbell, *American Grace*, pp. 74 y 105. <<

[41] Sheehan, «Liberation and Redemption», p. 301. <<

[42] Putnam y Campbell, *American Grace*, p. 326. <<

[43] Barro y McCleary, «Which Countries Have State Religions?». <<

[44] Iannaconne, «Introduction»; Davie, *Europe: The Exceptional Case*, pp. 43 ss. Puede verse un análisis más popular en Micklethwait y Wooldridge, *God is Back*, esp. p. 175. <<

[45] Smith, *La riqueza de las naciones*, libro V, cap. I. <<

[46] Micklethwait y Wooldridge, *God is Back*, p. 175. <<

[47] Zakaria, *Future of Freedom*, pp. 199 ss. <<

[48] Putnam y Campbell, *American Grace*, p. 137. <<

[49] Weber, *Protestant Ethic*, pp. 115 y 117. <<

[50] Puede verse un análisis de la crisis históricamente documentado en Ferguson, *Ascent of Money*. <<

[51] Pueden verse estimaciones diferentes en Aikman, *Beijing Factor*, pp. 7 ss. <<

[52] Bays, «Chinese Protestant Christianity», p. 182. <<

[53] Aikman, *Beijing Factor*, pp. 141 ss. <<

[54] Ibid., p. 285. <<

[55] Ibid., pp. 20-34. <<

[56] Morrison, *Memoirs*, pp. 77 ss. y 288 ss. <<

[57] Ibid., pp. 335 ss. <<



[58] Cohen, *China and Christianity*. <<

[59] Taylor, *Hudson Taylor*, pp. 144 ss. <<

[60] Stott, *Twenty-six Years*, pp. 26-54. <<

[61] Austin, *China's Millions*, pp. 4-10, 86-90 y 167-169. <<

[62] Ng, «Timothy Richard», p. 78. <<

[63] Austin, *China's Millions*, p. 192. Véase también Steer, *J. Hudson Taylor*. <<

[64] Véase en general Kuang-sheng, *Antiforeignism*. <<

[65] Thompson, *Reluctant Exodus*, esp. pp. 45-50. <<

[66] Aikman, *Beijing Factor*, pp. 53 ss. <<

[67] Dikötter, *Mao’s Great Famine*. <<

[68] Zuo, «Political Religion», p. 101. <<

[69] Aikman, *Beijing Factor*, pp. 159, 162 y 215. <<

[70] Véase Chen y Huang, «Emergence», pp. 189 y 196; Bays, «Chinese Protestant Christianity», pp. 194-196. <<

[71] Entrevista con el autor, 2010. Véase también Fenggang, «Lost in the Market», p. 425. <<

[72] Jianbo y Fenggang, «The Cross Faces the Loudspeakers». <<

[73] Jiwei, *Dialectic of the Chinese Revolution*, pp. 150 ss. <<

[74] Simon Elegant, «The War for China's Soul», *Time*, 20 de agosto de 2006. Véase también Bays, «Chinese Protestant Christianity». <<

[75] Aikman, *Beijing Factor*, pp. 73-89. <<

[76] Fenggang, «Cultural Dynamics», p. 49. Véanse también Sheila Melvin, «Modern Gloss on China's Golden Age», *New York Times*, 3 de septiembre de 2007; Timothy Garton Ash, «Confucius Can Speak to Us Still – And Not Just about China», *Guardian*, 9 de abril de 2009. <<

[77] Christian Solidarity Worldwide, *China: Persecution of Protestant Christians in the Approach to the Beijing 2008 Olympic Games* (junio de 2008); Bureau of Democracy, Human Rights and Labor, International Religious Freedom Report, 2007 (2007). <<

[78] Hunter y Chan, *Protestantism in Contemporary China*, p. 23. Véase también Yihua, «Patriotic Protestants». <<



[79] Simon Elegant, «The War for China’s Soul», *Time*, 20 de agosto de 2006. Véase también Potter, «Belief in Control». <<

[80] Evan Osnos, «Jesus in China: Christianity's Rapid Rise», *Chicago Tribune*, 22 de junio de 2008.
<<

[81] Hunter y Chan, *Protestantism in Contemporary China*, p. 6. <<

[82] Peng, «Unreconciled Differences», pp. 162 ss.; Zhao, «Recent Progress of Christian Studies». <<

[83] Aikman, *Beijing Factor*, p. 5. <<

[84] Zhuo, «Significance of Christianity». p. 258. <<

[85] Aikman, *Beijing Factor*, pp. 245 ss. <<

[86] Evan Osnos, «Jesus in China: Christianity's Rapid Rise», *Chicago Tribune*, 22 de junio de 2008. <<

[87] Bao, «Intellectual Influence of Christianity», p. 274. <<

[88] Aikman, *Beijing Factor*, p. 17. <<

[89] Chesterton, «El milagro de la “Media Luna”», trad. de Isabel Abelló de Lamarca. <<

[90] Craig Whitlock, «2 British Suspects Came from Africa», *Washington Post*, 27 de julio de 2005. <<

[91] Barber, *Jihad vs. Mc World*. <<

[92] Cox y Marks, *The West, Islam and Islamism*. <<

[93] Pew Forum, *Muslim Networks*, p. 6. <<

[94] Tony Barber, «Tensions Unveiled», *Financial Times*, 16 de noviembre de 2010, p. 9. <<

[95] Cálculos basados en cifras de la Encuesta de Población Activa del Reino Unido y la proyección a medio plazo de las Perspectivas de Población de las Naciones Unidas. Véase también «Muslim Population “Rising 10 Times Faster than Rest of Society”», *The Times*, 30 de enero de 2009. <<



[96] Caldwell, *Reflections*. <<

[97] Pew Forum, *Muslim Networks*, pp. 20-56. <<


[98] Simcox *et al.*, *Islamist Terrorism*. <<

[99] Véase Goldsworthy, *How Rome Fell*; Heather, *Fall of the Roman Empire*. <<

[100] Ward-Perkins, *Fall of Rome*. <<

[101] Chesterton, «Patriotic Idea», p. 618; Shaw, *Back to Methuselah*, pp. xv-xvi. <<

[*] De hecho, a lo largo del siglo pasado los judíos superaron a los protestantes en Estados Unidos, con ingresos y tasas de trabajo autónomo considerablemente más elevadas. De los directores generales de las 100 mayores empresas en 2003 según la revista *Fortune*, al menos el 10 por ciento eran judíos, como lo eran nada menos que el 23 por ciento de los enumerados por Forbes en su lista de 400. Los judíos no solo han tenido un éxito desproporcionadamente elevado en la puesta en marcha de nuevas firmas financieras, sino que también fueron fundadores o cofundadores de algunas de las mayores empresas tecnológicas del mundo, como, por ejemplo, Dell, Google, Intel y Oracle. <<



[*] En el original inglés el autor hace un juego de palabras intraducible entre *work ethic*, «ética del trabajo», y *word ethic*, «ética de la palabra». *(N. del T.)* <<

[*] Estas diferencias transatlánticas, no obstante, son hoy menores de lo que solían ser. El paro ha aumentado mucho más en Estados Unidos que en la mayor parte de la Unión Europea como consecuencia de la crisis financiera; en la OCDE, en el momento de redactar estas líneas, solo Hungría, Irlanda, Portugal, Eslovaquia y España tienen tasas de paro superiores a las de Estados Unidos. Tomando como referencia la media quinquenal (1996-2000) de días no trabajados por huelga por cada 1.000 empleados, Dinamarca, España, Irlanda, Italia y Francia resultan ser todos ellos más proclives a la huelga que Estados Unidos, pero los demás miembros de la Unión Europea lo son menos. <<

[*] El tema fue posteriormente versionado por el cantante londinense, productor discográfico y pedófilo convicto Jonathan King (educado en la Charterhouse School y en el Trinity College de Cambridge), también conocido por haber producido «Leap Up And Down (Wave Your Knickers In The Air)» y el álbum original de *The Rocky Horror Show*. <<



[*] Incluso en el verdadero Woodstock, los Who estrenaron partes de *Tommy*, la ópera rock de Pete Townsend sobre un mesías sordo, mudo y ciego. <<

[*] Chiang se había convertido al cristianismo en 1930. Su esposa era una de las hijas del millonario metodista Charlie Soong. (Utilizo aquí la forma de transcripción Wade-Giles, más familiar, de su nombre, como también la de Sun Yat-sen; en la transcripción pinyin serían Jiang Jieshi y Sun Yixian respectivamente.) <<

[*] Entre las organizaciones comparables en Estados Unidos se incluyen la Sociedad Islámica de Norteamérica (ISNA), el Consejo de Relaciones IslámicoEstadounidenses (CAIR) y la Sociedad Musulmana Estadounidense (MAS). Hay también filiales norteamericanas de la Liga Mundial Islámica y la Asamblea Mundial de la Juventud Islámica. <<

CONCLUSIÓN: LOS RIVALES

[1] Hexter, «Seyssel, Machiavelli, and Polybius». <<

[2] Goldstone, «Cultural Orthodoxy», pp. 129 ss.; Goldstone, *Revolution and Rebellion*, p. 354. <<

[3] Bolingbroke, *Patriot King*, p. 273. <<



[4] Sorokin, *Social and Cultural Dynamics*. <<

[5] Quigley, *Tragedy and Hope*, pp. 3 ss. Véase también Quigley, *Evolution of Civilizations*. <<

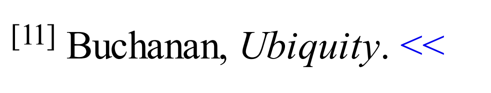
[6] Kennedy, *Rise and Fall*, p. xvi. <<

[7] Diamond, *Collapse*, p. 158. <<

[8] Puede verse una interesante crítica en la reseña de Joseph A. Tainter en *Current Anthropology*, 46 (diciembre de 2005). <<

[9] Véase una introducción en Mitchell, *Complexity*. <<

[10] Ibid., p. 5. Véase también Holland, *Emergence*. <<



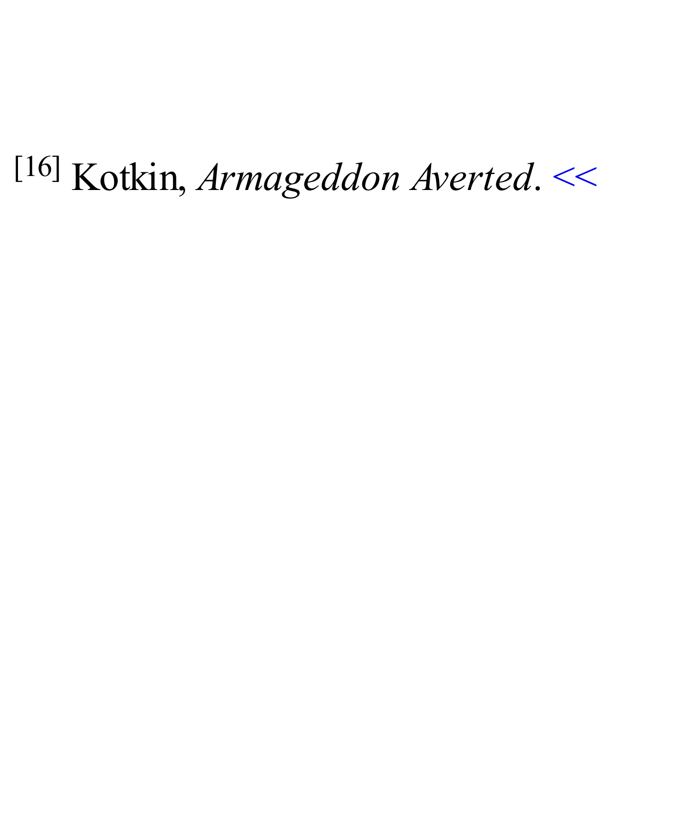
[11] Buchanan, *Ubiquity*. <<

[12] Waldrop, *Complexity*, 448 <<

[13] Taleb, «Fourth Quadrant». <<

[14] Krakauer et al., eds., *History, Big History and Metahistory*. Cf. Holland, *Hidden Order*. <<

[15] Richardson, *Statistics of Deadly Quarrels*. Puede verse una revisión moderna en Hayes, «Statistics of Deadly Quarrels», y la exposición en Pinker, *Better Angels*. <<



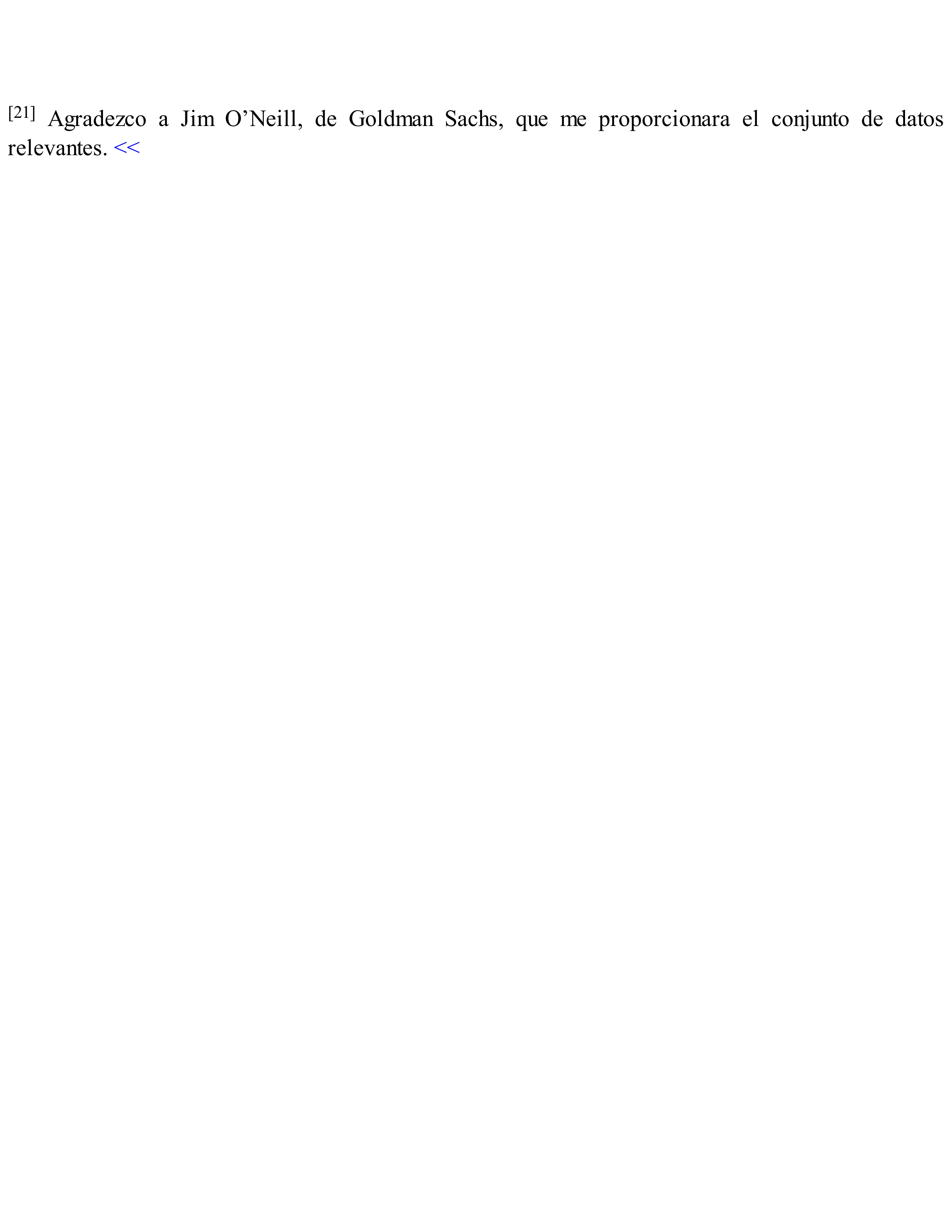
[16] Kotkin, *Armageddon Averted*. <<

[17] Guan y Li, «GDP and Economic Structure». <<


[18] Maddison, *World Economy*. <<

[19] The Global Competitiveness Report 2015-2016. <<

[20] Total Economy Database. <<



[21] Agradezco a Jim O'Neill, de Goldman Sachs, que me proporcionara el conjunto de datos relevantes. <<

[22] Martin Wolf, «Will Chinas Rise Be Peaceful?», *Financial Times*, 16 de noviembre de 2010. <<

[23] División de Población del Departamento de Asuntos Sociales y Económicos de la Secretaría de las Naciones Unidas, Perspectivas de Población en el Mundo: Revisión de 2008, 27 de noviembre de 2010. <<

[24] Huntington, *Clash of Civilizations*, tablas 3.1, 3.2, 3.3, 4.3, 4.5 y 4.6. <<

[25] Cecchetti *et al.*, «Future of Public Debt». <<

[26] Todos los detalles proceden de Ferguson, *Cash Nexus*. <<

[27] Congressional Budget Office, «Supplemental Data for the Congressional Budget Office's Long-Term Budget Outlook» (junio de 2010). <<

[28] Marès, «Sovereign Subjects», exposición 2. <<

[29] Sargent, «Ends of Four Big Inflations». <<

[30] Eichengreen, *Exorbitant Privilege*. <<



[31] People's Daily Online. <<

[32] Reuters. <<

[33] Business Week. (enlace inactivo: 2016) <<

[34] Sitio web del Departamento del tesoro de EE. UU. <<

[35] Cálculos del autor a partir de los datos de la Oficina Presupuestaria del Congreso estadounidense. <<

[36] Congressional Budget Office, «The Budget and Economic Outlook: An Update» (agosto de 2010), tabla 1.7. <<

[37] Huntington, *Clash of Civilizations*. <<

[38] Huntington, «Clash of Civilizations», p. 22. <<

[39] Sen, *Identity and Violence*; Berman, *Terror and Liberalism*. Véase también Edward Said, «The Clash of Ignorance», *Nation*, 22 de octubre de 2001. <<

[40] Tusicisny, «Civilizational Conflicts». <<

[41] Marshall y Gurr, *Peace and Conflict*, Apéndice, tabla 11.1. <<

[42] Véase, por ejemplo, Luard, *War in International Society*. <<

[43] David E. Sanger, «With Warning, Obama Presses China on Currency», *New York Times*, 23 de septiembre de 2010. <<


[44] Alan Beattie, Joshua Chaffin y Kevin Brown, «Wen Warns against Renminbi Pressure», *Financial Times*, 6 de octubre de 2010. <<

[45] Ferguson y Schularick, «End of Chimerica». <<



[46] Jacques, *When China Rides the World*. <<

[47] Agencia Internacional de la Energía, *World Energy Outlook 2010* (Londres, 2010). <<



[48] China.cn. <<


[49] Collier, *Plundered Planet*. <<

[50] Raine, *China's African Challenges*, p. 97. <<

[51] Ibid., p. 164. <<

[52] Economy, «Game Changer», p. 149. <<

[53] World Intellectual Property Organization, *World Intellectual Property Indicators 2010* (Ginebra, 2010). <<

[54] Mu Rongping, «China», en *UNESCO Science Report 2010*, pp. 379-398. <<

[55] OCDE, *Economic Survey of the UK* (octubre de 2005). <<

[56] Institution of Education Sciences, *Trends in International Mathematics and Science Study* (2007). <<

[57] Pew Global Attitudes Project, «The Chinese Celebrate their Roaring Economy, as They Struggle with its Costs», 22 de julio de 2008, www.pewglobal.org. <<

[58] Nicholas Eberstadt, «China's Family Planning Policy Goes Awry», American Enterprise Institute for Public Policy Research, 23 de noviembre de 2010, www.aei.org. <<

[59] Economy, «Game Changer». <<



[60] Pew Research Center for People and the Press, «Public Sees a Future Full of Promise and Peril», 22 de junio de 2010, peoplepress.org. <<



[61] Zakaria, *Post-American World*. <<

[62] Rongping, «China», p. 395. <<

[63] Churchill, «Civilization», pp. 45 ss. <<

[*] En su obra de 1966 *Tragedia y esperanza*, Quigley atribuía un gran poder a una misteriosa «sociedad secreta» angloamericana supuestamente fundada por Cecil Rhodes, Alfred Milner y el periodista William T. Stead, y dedicada a «expandir el Imperio británico» y convertirlo en una federación. El «grupo Rhodes-Milner» y sus caballeros de la Mesa Redonda —afirmaba Quigley— eran los responsables de la guerra de los bóers, el debilitamiento del Tratado de Versalles y la política de apaciguamiento de la Alemania nazi. Tras la muerte de Milner, en 1925, el grupo siguió ejerciendo una maligna influencia a través de la Fundación Rhodes, el Real Instituto de Asuntos Internacionales británico (Chatham House) y el Consejo de Relaciones Exteriores de Nueva York. Quigley exageraba tanto el secretismo como el éxito de las actividades de Milner. <<

[*] Nacido en Yorkshire en 1881, Richardson era cuáquero, objetor de conciencia durante la Primera Guerra Mundial (aunque de hecho condujo ambulancias en el Frente Occidental) y partidario del esperanto. Le deprimió el hecho de no poder encontrar ninguna evidencia de una tendencia hacia la disminución de las guerras, ni ningún indicador estadístico fuerte de cuándo y dónde ocurriría una guerra, aparte de dos relaciones relativamente débiles: las guerras eran más comunes entre estados vecinos, y más probables entre estados con religiones distintas. <<



[*] De hecho, el producto interior bruto conjunto en dólares actuales para todos los países definidos por Huntington como occidentales se ha mantenido notablemente constante entre el 61 y el 69 por ciento del total global desde 1960. <<

[*] Los únicos productos básicos de la exhaustiva base de datos del Fondo Monetario Internacional cuyo precio no ha subido desde febrero de 2009 son el gas natural, la madera, el aceite de oliva, la gamba y el pollo, una buena noticia para todo el que tenga previsto hacer una barbacoa de mar y montaña. <<

[*] Yo sugeriría la Biblia, los *Principia* de Isaac Newton, los *Dos tratados sobre el gobierno civil* de John Locke, la *Teoría de los sentimientos morales* y *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, las *Reflexiones sobre la Revolución en Francia* de Edmund Burke, y *El origen de las especies* de Charles Darwin, a lo que debería añadirse el teatro de William Shakespeare y una serie de discursos escogidos de Abraham Lincoln y Winston Churchill. Si tuviera que elegir un solo volumen como «mi Corán», serían las *Obras completas* de Shakespeare. <<